LA chica QUE SOÑABA CON RESPIRAR BAJO EL agua



JOANA ARTEAGA

Correctivia

LA CHICA QUE SOÑABA CON RESPIRAR BAJO EL AGUA

Joana Arteaga

Diseño de la portada: Fernando Gómez Mancha y Joana Arteaga
Foto: Undrey

Primera edición: marzo 2018

Registro de la obra: 1802235867132

ÍNDICE

Para los que creen que todo,
siempre, ocurre por alguna razón.

Para Gema,
por sentirla.

Nadie escoge su amor,
nadie el momento,
ni el sitio,
ni la edad,
ni la persona…

FRANCISCA, YO TE AMO
Luis Rosasco

¿Te gusta la música? Te invito a leer la novela con la *playlist* que he configurado con las canciones que salen en ella o la han inspirado de alguna manera. Leer con música es una experiencia que te recomiendo y que, seguro, mejorará el sabor que la historia te dejará al finalizarla.

Puedes encontrar todas las canciones de la banda sonora de LA CHICA QUE SOÑABA CON RESPIRAR BAJO EL AGUA, aquí:



Nota de la autora

En junio de 2011, Alabama firmó la Ley de Protección Ciudadana y del Contribuyente Beason-Hammon, conocida comúnmente como la Ley Migratoria BH 56, auspiciada por el entonces gobernador del estado, el republicano Robert Bentley.

Esta regulación es considerada la más restrictiva de toda la historia del estado y la más dura de toda Norteamérica. En ella, se consigna que la policía pueda investigar y detener a cualquier individuo del que se tenga una "razonable sospecha" de ser un indocumentado. También se asegura de que los inmigrantes sin papeles no tengan acceso a beneficios públicos. Incluso exige a las escuelas públicas y a las empresas que determinen la situación migratoria de sus alumnos y trabajadores. En el caso de los alumnos indocumentados, se les impediría matricularse en ninguna escuela o universidad pública de Alabama.

Su máximo defensor, Robert Bentley, aseguraba que con la BH 56 caería en picado el desempleo de Alabama y eso ayudaría a mejorar la situación de muchas familias legales que no tenían un medio digno para ganarse la vida.

Ante la dureza de esta ley, miles de inmigrantes en situación irregular dejaron el estado, y sus trabajos sin papeles, para huir de lo que parecía una deportación segura. En estas circunstancias, los campos de Alabama y las grandes plantaciones del estado, uno de los considerados principales en el abastecimiento agrícola del país, se quedaron sin su mano de obra habitual, provocando una de las situaciones más comprometidas de su historia para los terratenientes y dueños de las plantaciones más importantes de Alabama. Porque si bien es cierto que el estado tenía en esos momentos un alto índice de desempleo (un 9,9%), muy pocos de los residentes legales tomaron esos trabajos que los indocumentados dejaron libres tras su éxodo.

Aunque alguno de los aspectos más duros de la Ley Migratoria BH 65 fueron suavizados al interponerse demandas contra ella, hoy, la ley sigue en vigor.

Capítulo 1

¿Un rancho en Alabama?

—¡Maldito cacharro! —gritó con desesperación Jorie Sue Monroe, propinándole una patada a su desvencijado coche.

Las doce del mediodía en mitad de una interminable carretera del sur de Alabama, no eran el mejor momento y lugar para que la destartalada camioneta Chevy de Jorie decidiera morir de vieja. El implacable sol de julio no tenía piedad de los desafortunados que caían bajo el influjo de sus rayos inmisericordes, y Jorie maldijo por dentro su suerte mientras le daba patada tras patada a su coche y a sus esperanzas de huida.

Hacía solo una hora y media que había dejado todo atrás, su casa, sus recuerdos, las peleas con Bobby Dean… una hora y media que parecía poco, apenas 75 millas recorridas lejos de esa bestia que la tenía sometida y que no la dejaba ni respirar. «*Es ridículo*», se lamentó con rabia, «n*i siquiera he llegado al mar*».

Esa misma mañana, harta de todo, con un sentimiento de ancianidad impropio de sus veintitrés años de vida, Jorie Sue había cogido una maleta olvidada en un altillo de su dormitorio, la había llenado con las tres o cuatro cosas que tenía más a mano y se había subido a su camioneta sin pensárselo mucho. Bobby Dean se acababa de largar, medio borracho y con su habitual malhumor de las mañanas, a pescar con Joshua Bob Perkins y eso los mantendría ocupados hasta bien entrada la tarde.

La noche anterior, una cena rancia y recalentada, y su negativa a abrirse de piernas para él, le habían valido la enésima paliza de su miserable matrimonio, y ya no estaba dispuesta a aguantarlo más. Las opciones se habían reducido a huir lejos de allí o dejarse morir de pena y mala vida. La tercera opción, la de matarle ella a él, también se le había cruzado por la mente en un par de ocasiones, pero Jorie Sue era demasiado cobarde para atreverse a algo tan grande.

Cuando apenas había dejado su decrépita casa unos metros tras de sí, dio marcha atrás a la Chevy y volvió. No es que se lo hubiera pensado mejor, o que el pánico repentino a lo que Bobby Dean pudiera hacerle si daba con ella le hubieran hecho recapacitar y volver a la seguridad de su insatisfacción diaria… no, había decidido irse armando ruido. Porque, si bien era cierto que no era lo suficientemente valiente como para cargárselo, sí tenía las agallas necesarias para dejar un regalo de despedida a su abusivo marido antes de abandonarlo para siempre.

Por el retrovisor de la vieja camioneta, las llamas bailaban al son de una canción de Carrie Underwood, mientras Jorie Sue dejaba atrás

una casa que ardía con el fuego del odio que profesaba hacia quien tanto la había sometido e intentado borrar. Hubiera dado todo lo que tenía por poder ver la cara de Bobby Dean al regresar de su día de pesca y encontrarse con las cenizas de la vida que había dejado solo unas horas atrás en perfecto estado.

Apenas 75 millas después, su suerte se acabó de golpe, cuando la vieja camioneta decidió que no iría más allá. Jorie Sue deseaba llegar, al menos, hasta Mobile, convencida como estaba de que en una gran ciudad podría pasar más desapercibida. Y aunque no estaba lejos del que había sido su hogar, era una opción bastante segura para empezar de cero.

Tras descargar su frustración contra el parachoques delantero de la Chevy, que acusó los golpes con pétrea resignación, Jorie Sue intentó aplacar su decepción haciéndose una nueva composición del lugar, sopesando sus posibilidades con lo poco que ahora le quedaba: sus pies y sus enormes ganas de alejarse de Bobby Dean. Había dejado su teléfono móvil en casa, convencida de que solo conseguiría ayudar a su marido a localizarla y, a esas alturas, ya sería una chatarra inservible tras haber sido pasto de las llamas que ella misma había provocado.

Unos doscientos metros más adelante, se veía un cartel que indicaba una dirección y señalaba un camino que se abría hacia la derecha. Con curiosidad, dejó atrás la camioneta averiada en el andén de la carretera, y echó a andar hacia la indicación. El calor era abrasador y agradeció la elección de ropa que, casi sin pensarlo, había decidido escoger aquella mañana: unos *shorts* vaqueros que habían visto tiempos mejores y una camiseta de tirantes blanca, adornada con un enorme girasol amarillo. En su cabeza, un sombrero de *cowboy*, el favorito de Bobby Dean y su trofeo de venganza, evitaba que el sol de julio la tumbara de una insolación severa.

El indicador señalaba una sola dirección, 'Rancho Layton', que estaba a unos setecientos metros, según rezaba el maltrecho cartel. Durante unos minutos, Jorie Sue no se movió de esa intersección, ni separó sus enormes ojos azules de esas palabras, valorando si la mejor opción estaba en quedarse junto a la camioneta y esperar a que alguien pasara y le indicara la proximidad de un mecánico, o caminar en busca del lugar habitado que se prometía más próximo al sitio donde la Chevy la había dejado tirada.

Las letras rojas del desvencijado letrero relucían con una fuerza inusitada para lo deteriorado que estaba el cartel, y algo en ese fulgor del todo fuera de lugar, la convenció de seguir el camino que indicaba. Sin mucho dolor por abandonar su vieja Chevy, calculó que tardaría menos de quince minutos, mientras comenzaba a seguir el sendero con varias marcas de neumáticos recientes grabadas en su

superficie.

Al ritmo que su caminar determinaba, iba tarareando una vieja canción que tenía grabada en la mente desde que era niña. Jorie Sue había tenido una infancia llena de momentos dramáticos, pero su carácter abierto y su risa cantarina siempre habían conseguido que los nubarrones no le afectaran tanto. Al fin y al cabo, era una soñadora, y nunca había perdido la esperanza de que las cosas, algún día, comenzaran a mejorar para ella.

Ciertamente, Bobby Dean no supuso ninguna mejora, pero, en su momento, fue la vía de escape que necesitó para dejar atrás su hogar roto, su padre abusivo y borracho, y sus hermanos llorones y egoístas. Poco sabía entonces del hombre en cuyos brazos se lanzó sin apenas conocerle. Si hubiera esperado al menos un par de meses antes de darle su '*Sí, quiero*' en la desvencijada parroquia de Chatom, lugar al que había tenido que mudarse siguiendo al que creía que sería el amor de su vida, su historia hubiera sido, sin duda, diferente.

A los dieciocho años, con tantos sueños rondando la mente y con un hombre que acaba de 'salvarte' al lado, crees que estás a punto de comerte el mundo... ¡Qué equivocada había llegado a estar!

Aquella canción que ahora tarareaba entre los labios era su momento más feliz. El estribillo de esos momentos brillantes que habían conseguido que ella creyera en que todo mejoraría algún día. Y por eso, cuando estaba justo iniciando esa vida que había postergado interminablemente mientras se consumía a la sombra de otros, no podía faltar saliendo de sus labios aquella cancioncilla infantil que su abuela le había enseñado hacía un millar de años.

Cuando estaba a punto de iniciarla por tercera vez, oyó el inconfundible sonido de un motor que se acercaba veloz detrás de ella. Por un momento sintió cómo un nudo viscoso le atenazaba el corazón. Bobby Dean podía aparecer a su espalda en cualquier momento, sabía que tendría que vivir con esa sensación lo que le restaba de vida. Lo que no imaginaba era que ocurriera tan pronto. Según sus cálculos, puede que aún estuviera de pesca, o borracho como una cuba en el bar de Vilma, en compañía del estúpido de Joshua Bob y de alguna de las fulanas que solían frecuentar. O puede que, alertado por algún vecino, ya estuviera al corriente de que su casa y todo cuanto poseía había quedado reducido a unas ridículas cenizas grises.

Se paró en seco en medio de su camino. No se giró de inmediato e intentó calmar el desbocado sonido de su corazón asustado. Cuando el motor paró a su lado, Jorie Sue se negó a mirar y mantuvo sus ojos llenos de temor clavados en la tierra rojiza del camino.

—Buenos días, señorita —dijo una voz grave, con un profundo acento sureño— ¿Es suya esa vieja Chevy que hay parada en la carretera? No tiene muy buena pinta, si me permite el atrevimiento.

Jorie Sue, que a punto estuvo de desplomarse del alivio al comprender que quien ocupaba ese vehículo parado a sus pies no era Bobby Dean, se volvió hacia el hombre que le había hablado.

Sentado al volante de una *pickup* de aspecto nuevo, pero cubierta por una densa capa de polvo del camino, un sonriente hombre de mirada verde y pelo completamente blanco se acababa de convertir en la persona favorita de Jorie. De hecho, cualquiera que no fuera su marido era susceptible de hacerse con ese honor en esos momentos.

—Es mía, sí. Me dirigía a su… *rancho* en busca de alguna ayuda. No tengo ni idea de dónde dirigirme para encontrar un mecánico que le eche un ojo…

—Señorita, Layton no es mi rancho, pero estaré encantado de acercarla hasta allí. En un santiamén le ayudaremos a localizar al vago de Earl, el único mecánico de los alrededores, que quizá le pueda echar una mano. Aunque —dijo el hombre mientras negaba con la cabeza— no le auguro mucho futuro a esa vieja chatarra suya.

Jorie Sue sonrió de oreja a oreja ante la amabilidad de aquel desconocido que pretendía ayudarla al momento. Sabía, por propia experiencia, que su juventud, sus dorados cabellos que le tapaban la espalda casi al completo y la luz radiante de sus brillantes ojos azules, le solían abrir bastantes puertas. Si todo eso fallaba, siempre le quedaba su escote, fruto de una generosa talla 95, que conseguía, casi por unanimidad, que quien se perdiera en él la convirtiera en centro de su universo, al menos durante los segundos que ella tardaba en pedir lo que necesitaba.

—¡Gracias! ¡Me haría usted un favor enorme!

—Pues suba que ya la acerco yo a la finca. No tardaremos más que cinco minutos en llegar.

Jorie Sue ni siquiera se atrevió a considerar que, antes de subirse al coche de un desconocido, convenía tomar algunas precauciones, como decirle a alguien adónde y con quién ibas, o tener a mano un siempre socorrido espray de pimienta.

Estaba tan aliviada y contenta de que Bobby Dean no le pisara los talones (aún), y de que alguien la ayudara a seguir con su plan de huida, que ese hombre de pelo blanco bien podía ser tan bondadoso como Santa Claus o tan retorcido como Charles Mason, que ella iba a montarse en su coche y dejarse llevar adónde fuera que se encontrara ese teléfono que daba acceso al mecánico.

—Mi nombre es Dixon, y soy el capataz de los Layton. Llevo aquí toda la vida y creo que es la primera vez que recojo a alguien en el camino de entrada. Nunca nadie viene por aquí a no ser que deba hacerlo —comentó el hombre mientras arrancaba el coche rumbo a la plantación.

—No quisiera ser una molestia —dijo ella con una vocecilla suave,

entornando los ojos para parecer un pajarito desvalido.

—Ninguna molestia, señorita —aseguró Dixon soltando una risotada—. Ojalá todas las molestias fueran tan bonitas como usted.

Jorie Sue se ruborizó casi de inmediato, pero en sus labios pintó una sonrisa de suficiencia que pasó desapercibida para el hombre. Sabía que le sería difícil resistirse a los encantos de una chica de veintitrés años vestida con unos exiguos *shorts*. Y no es que Jorie hubiera pasado su vida sacando ventaja de su físico o de su forma de vestir. Bien se habían encargado su padre, primero, y Bobby Dean después, de hacerla sabedora de que solo las furcias baratas hacían ese tipo de cosas. Pero sí era cierto que ella tenía mucho bagaje televisivo, y no había teleserie de sobremesa que se le resistiera. En ellas, siempre había mujeres fatales que sabían manejar a los hombres a su antojo, hasta tal punto que se volvían marionetas entre sus manos. Jorie admiraba a esa clase de mujer que tenía la sartén por el mango en una relación, las que hacían que sus novios, maridos o intereses románticos les bailaran el agua y las consintieran como a reinas… Qué diferentes eran esas damas de la pantalla a su insignificante vida, encerrada en una casa destartalada y negada por un marido celoso, bruto y medio analfabeto.

—No sabía que por esta zona hubiera ranchos… me ha sonado a Texas o a Wyoming —bromeó Jorie Sue haciendo brillar sus preciosos ojos azules.

—No los hay como tales, pero el señor Layton es muy particular y no quería seguir llamando a la plantación de su familia por ese nombre. Dice que no le trae muy buenos recuerdos. Rancho Layton fue el único nombre que se le ocurrió para no seguir llamando plantación a su… bueno, a su plantación. Al viejo le daría otro infarto si hubiera sabido todo lo que su hijo cambió al morir.

Jorie Sue sabía mucho sobre dejar el pasado atrás y sobre los esfuerzos para taparlo por todos los medios. Lo malo era que el pasado solía alcanzar a sus víctimas en algún recodo del camino. Intentó alejar esos pensamientos de su cabeza y volver a la conversación con su salvador.

—O sea, que nada de grandes manadas de ganado y caballos.

—Más bien grandes extensiones de tierras de labranza y solo algún caballo. —Se notaba que Dixon era una persona alegre y dada a tratar con forasteros. De otro modo, Jorie no concedía su trato agradable y sus ganas de entablar conversación.

—No es usted de por aquí, ¿verdad, señorita?

—No, soy del norte del estado —contestó lacónicamente mientras dejaba vagar su vista por el terreno que se extendía a ambos lados del camino, bañado por el abrasador sol del verano a una hora tan cercana al mediodía. El termómetro de la *pickup* marcaba 38 grados,

Jorie Sue deseó, al instante, una limonada y un abanico.

—Espero que no pretenda ir muy lejos con su camioneta... como ya le he dicho, mucho futuro no creo que le espere —se interesó Dixon cuando ya, al fondo del camino, se intuían los edificios principales del *Rancho*.

—Quería llegar hasta Mobile. Allí quizá consiga otro medio de transporte. Quería ver el mar ¿sabe?

Jorie Sue vistió sus ojos de tal tristeza al decir esto, que Dixon no pudo evitar echarle un vistazo más largo de lo normal. Seguro que había intuido que algo preocupaba a la muchacha que llevaba al lado.

—¿No va a decirme su nombre, señorita? —El acento sureño de Dixon se incrementó al preguntar y Jorie Sue fue consciente, ahora sí, de que debía ser precavida y no fiarse de nadie.

Si quería mantenerse lejos de la vista de Bobby Dean y no darle pistas sobre su paradero o el camino que había tomado, debía tener más cuidado y no ser la chica confiada que solía ser ante una cara amable, soltando información sobre de dónde era o hacia dónde iba. No abundaban mucho en su entorno las personas que le infundieran esa clase de sentimientos confiados, por eso se lanzaba sobre ellos cuando veía alguno, como un sediento ante un vaso de agua fresca. Cerró los ojos y pensó en el camino que se abría ante ella, la posibilidad de ser libre y, por primera vez, sopesó la posibilidad de no seguir siendo Jorie Sue Monroe. No tenía por qué serlo. Y, muy firme, se volvió hacia Dixon, que esperaba expectante su respuesta.

—Me llamo Ava Mae Riperton —contestó dibujando una preciosa sonrisa en su rostro sereno. Había tomado el nombre de soltera de su abuela. Y lo hacía llena de orgullo. Era el nombre de la persona que más la había querido y, también, un nombre seguro; era imposible que Bobby Dean la buscara por él porque ella nunca hablaba de su abuela ni él la había llegado a conocer.

—Encantada de conocerla, señorita Ava Mae Riperton —dijo risueño,

—Puede llamarme Ava a secas, sin ceremonias.

Y ambos rieron mientras la *pickup* de Dixon entraba en la plantación Layton y Jorie Sue se quedaba con la boca abierta ante un lugar tan diferente a todo cuanto había conocido en su vida.

Ante sus ojos se alzaba una bonita casa de tres plantas, al más puro estilo *antebellum*, el sello más reconocido de las casas señoriales del sur. Esta, sin duda, databa de los días de gloria de las viejas plantaciones de algodón. Era blanca y gris, majestuosa toda ella gracias a las columnas de estilo neoclásico que la recorrían de arriba abajo, y coronada con un frontón triangular en su mismo centro que la hacía parecer más alta y elegante. Unas escaleras acabadas con pasamanos de mármol blanco daban a un porche que rodeaba la casa,

cercado por una barandilla nívea y lustrosa, y a la puerta principal, de madera oscura, tan señorial como el resto del conjunto.

A la derecha de la gran casa, sin duda centro de toda la plantación, se podía ver otro tipo de construcciones. Estaban alejadas como a doscientos metros y su uso debía ser laboral: almacenes, cuadras y alguna que otra vivienda, quizá de los trabajadores de la finca y de los temporeros. Esos edificios, aunque más modestos y pequeños, no desentonaban con la casa principal, con un estilo bastante parecido y el blanco como color primordial en todos ellos.

Aquí y allá había árboles de todo tipo, colocados estratégicamente para dar sombra y conciliar un conjunto soberbio y elegante como pocos. Tras la casa, se adivinaban jardines y Jorie Sue juraría que hasta una piscina y una pequeña casa de invitados.

En conjunto, la armonía en todo era absoluta, y se notaba que a la finca se le dedicaba mucho tiempo y esfuerzo para aparecer tan magnífica.

Dixon aparcó cerca de la casa principal y le indicó a Jorie que bajara del vehículo.

—Entre en la casa y busque a Vera. Dígale que ha venido conmigo y que le sirva un té helado. Yo iré a las oficinas e intentaré levantar de su asiento el culo gordo de Earl y traerlo hasta aquí. Por la hora que es y por este maldito calor, me costará lo que no está escrito, pero le garantizo que antes de que se ponga el sol, su camioneta estará lista para ir a Mobile, como que me llamo Mitchell James Dixon.

Jorie Sue agradeció con una sonrisa el empeño del capataz por ayudarla y, acobardada, se despidió de su nuevo mejor amigo para dirigirse a la imponente casa, a cuyos pies no quiso quedarse parada como un pasmarote. Subió las escaleras con cierto recelo, convencida de que, en cualquier momento, alguien saldría a gritarle que se alejara de allí, que aquel no era sitio para ella.

Demasiados años siendo sometida no eran la mejor carta de presentación, y Jorie no podía desprenderse de esa sensación. Sabía que eso iba a costarle años, si es que llegaba a lograrlo algún día.

Llamó a la puerta y esperó paciente a que alguien viniera a abrirle. Pasado un minuto, nadie había acudido a la llamada, pese a que ella había reiterado el gesto de llamar a la campana de aspecto antiguo que hacía de timbre.

Decidió aventurarse a la exploración, y se dirigió hacia la izquierda, siguiendo el porche que rodeaba la mansión. Las ventanas de la planta baja tenían las contras abiertas, y por ellas se podía ver un interior decorado con gusto, con un equilibrio perfecto entre funcionalidad y elegancia, entre modernidad y vanguardia. Dobló la esquina al llegar al final de la recta de la entrada y siguió su camino, hacia la parte de atrás de la casa. Al llegar a la zona posterior pudo comprobar que su

primera suposición era cierta y que, acompañando a los preciosos jardines, donde se apreciaba una gran variedad de flores y plantas, una piscina enorme y con forma de riñón hacía lucir sus aguas azules, que invitaban al baño inmediato, para librarse de las temperaturas abrasadoras que imperaban inmisericordes. La mansa calma del agua la tentó y la lleno de temores al mismo tiempo, como solía ocurrirle en sitios así. También comprobó que, pasada la piscina, había una copia, en menores proporciones, de la casa principal, la que Jorie supuso sería la casa de invitados.

A su espalda, en la casa grande, había una puerta abierta. Jorie Sue pensó que era la entrada de servicio y, con el corazón desbocado por la audacia que nunca pensó poseer, se internó por ella en busca de la tal Vera, la misma que podía ayudarla con eso del té helado. Nada le apetecía más que un trago frío para calmar la sed y la angustia que la huida habían instalado en su interior.

La puerta daba directamente a la cocina, que estaba completamente desierta. Decidió dar un paso más y puso un pie en el pasillo que daba a la zona de comedor y salón.

—¡Dios, Minerva! ¡No puedes estar hablando en serio! —Jorie Sue se paró en seco al escuchar esas palabras, pronunciadas con airado enfado por la voz profunda de un hombre con un cabreo monumental. Se paró en seco en mitad del paso, asustada, paralizada—. No puedes mandarme a la niña ahora. Me da igual que tengas que planear la boda del siglo, aquí están pasando cosas muy serias y toda la finca depende de que yo esté centrado ahora mismo... No, Minerva, no soy el centro del Universo, al contrario que tú, pero esto es grave. Echa un ojo a los periódicos, ¿quieres?

La conversación era claramente telefónica y Jorie Sue pensó que era un alivio para la otra persona estar lejos de la furia de aquel hombre. Al otro lado del hilo telefónico, la presuponía a salvo.

—Me importa un comino que Charles necesite focalizar la maldita boda y que tú no quieras contrariarle, pero piensa un poco, por favor. Ahora mismo no podría dedicarle a Olivia ni un segundo. La ley de ese obtuso de Bentley ha puesto a medio estado patas arriba y necesito estar centrado. No puedo cuidar de ella.

Las zancadas del hombre, de un lado para otro, marcaban el ritmo de la conversación, mientras Jorie, pegada a la pared, no se perdía ni una sílaba, enganchada como a uno de sus seriales televisivos de después de comer.

—Minnie, se razonable, por favor —dijo entonces él cambiando su tono y cesando su caminar frenético—. Dame unas semanas hasta que esto se soluciones y pueda tener garantizada la recogida de todas las cosechas... sí... sí... desde luego... no, Minerva, eso no... no... ¿QUÉ? ¡NO PUEDES ESTAR HABLANDO EN SERIO?

De repente, el sonido de algo golpeando fuertemente la pared hizo que Jorie despegara su cuerpo de la pared y se pusiera recta como una vara. El susto la pilló tan desprevenida que a punto estuvo de irse al suelo.

—¡VERA! ¡VERA! —rugió entonces el hombre, absolutamente fuera de sus casillas.

Al instante, el sonido de unos pies ligeros pero rápidos se empezó a escuchar acercándose al salón. Antes de entrar en él, la mujer a la que pertenecían se dio de morros con Jorie Sue, que ni siquiera había pensado en que lo mejor era poner tierra de por medio con ese panorama nada halagüeño.

La mujer, casi una anciana de piel negra y orondo cuerpo de poco más de metro y medio, la miró con confusión y sin entender la presencia de aquella muchacha en el pasillo. Pero antes de abrir la boca o preguntarle qué hacía allí, la estruendosa voz atronadora del hombre las sacó a ambas de esa situación comprometida.

—¡VERA! ¡MALDITA SEA! ¿DÓNDE DEMONIOS ESTÁS?

—Aquí mismo, hijo —dijo la aludida entrando en el salón y dejando a Jorie Sue pasmada del susto en el mismo lugar en el que la había encontrado—. Hay una chic...

—Vera, escúchame, no tenemos mucho tiempo —la cortó el hombre, tajante, sin dejarse interrumpir—, La loca de Minerva ha enviado a la niña. Cricket estará aquí en apenas unas horas.

—Pero... ¡No le tocaba venir hasta la segunda quincena de agosto!

—¿Entiendes mi nerviosismo ahora? Me ha llamado para decirme que Charles y ella no la quieren cerca mientras planifican la boda, como si eso fuera lo más importante del mundo. Pensaba que llamaba para negociar, y la muy perra ya había metido a la niña en un avión esta misma mañana.

—¿Quieres que envíe a buscarla o irás tú mismo?

—Iré yo, es lo menos que puedo hacer por mi hija. Pero necesito solucionar el modo en que Olivia pase aquí dos meses y más en estas condiciones. ¿A quién demonios le hago yo responsable de la niña si todos mis trabajadores habituales y sus esposas han huido espantados por la maldita ley de Inmigración?

El hombre, claramente afectado por la conversación telefónica que acababa de tener, dejó entrever lo impotente que la situación le estaba haciendo sentir, y Jorie Sue, que hasta hacía un minuto hubiera jurado que se trataba de la persona más feroz del planeta, ahora sintió una lástima enorme por él, y también por esa niña a la que tampoco conocía y a la que nadie parecía querer atender, ni de donde venía ni a donde llegaba.

—¿Y Colton? —aventuró la mujer con suavidad.

—¿Estás hablando en serio? Si ni siquiera puede encargarse de sí

mismo la mayoría de las ocasiones. Ya sabes dónde anda ahora mismo, en la cama, durmiendo la mona. Anoche llegó con la borrachera del siglo y apestando a marihuana. Daba pena verlo.

El silencio se hizo en el salón, parecía que habían llegado a un punto muerto. Se podía palpar la desesperación por hallar una solución incluso a través de la pared que separaba a Jorie de los dos habitantes de la casa.

—Yo me quedaré con Cricket, ¿qué otra cosa vamos a hacer?

—Vera, tú estás muy mayor y ya diriges demasiadas cosas. Tienes un millón de tareas en casa y fuera de aquí, no puedes llevar pegada a tus faldas a una niña de nueve años todo el día. Especialmente a una como esta. Ya sabes cómo es, ser criada por Minerva es lo que tiene, que al final te pasa factura.

—Pues pondremos un anuncio en el periódico. En un par de días tendremos a alguien con quien la niña se sienta a gusto y tú tendrás el tiempo libre que necesitas para lidiar con el tema de la contratación de la mano de obra para la finca —determinó la mujer con mucha rotundidad.

—Podemos contratar a alguien, pero sabes lo *especialita* que es Cricket para la gente. No creo que alguien escogido a todo correr sea la solución —contestó el hombre decaído, ya perdido todo ese ímpetu y ferocidad de hacía apenas unos minutos.

—Quizá no lo sea, pero al menos nos dará unos días para hallar una mejor...

—¡Ay, Vera! Menos mal que tú nunca me has abandonado...

—Tú me abandonaste una vez a mí, no lo olvides nunca —bromeó la mujer—. Y ahora, si me lo permites, voy a redactar ese anuncio y a llamar al *Press* para que lo publiquen mañana mismo. Ya verás cómo conseguimos a alguien adecuado...

De pronto, sin saber muy bien qué resorte se había movido en su interior y por qué razón no se había quedado callada, esperando en la cocina a que Vera le sirviera algo de beber antes de ir a comprobar que su coche podía seguir su camino hacia Mobile, Jorie Sue entró lenta pero confiadamente en el salón, dejando a las dos personas que ya lo ocupaban con la boca abierta.

—Quizá les sirva yo —dejó escapar de sus labios con una vocecita apenas audible y los ojos pegados al suelo. Desde luego, no era su mejor carta de presentación. Al instante, se dio cuenta de que, quizá, su entrada no había sido muy correcta, y se llevó la mano a la cabeza para descubrirla, quitándose el sombrero de Bobby Dean del que no se había desprendido desde que, esa misma mañana, saliera de su casa.

El hombre, que apenas podía creer lo que estaba sucediendo, miró a Vera de forma interrogativa, buscando las respuestas sobre los asuntos que habían traído a esa inesperada mujer al salón de su casa. Jorie

Sue, despegando los ojos del suelo, pudo comprobar el pasmo que se pintaba en los ojos azules de ese hombre al que, a *priori*, le calculó poco menos de cuarenta años. Era alto y vestía de manera informal, unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca que dejaba ver que estaba en forma. Su rostro, cubierto por una ligera barba rubia, era armonioso y elegante, a juego con su propia casa. Era atractivo, más aún por las arruguitas que circundaban sus ojos claros y por su espesa mata de pelo, del mismo tono que su vello facial.

—¿Se puede saber quién demonios es usted, señorita? —Volvió el tono airado a la voz del hombre.

—Mi nombre es Ava Mae Riperton. Solo Ava. Ava está bien... y... bueno, he venido con su capataz, con Dixon.

El asombro no abandonaba los ojos del dueño de la casa, que seguía mirándola como si alguien la hubiera colocado en su salón solamente para gastarle una broma de mal gusto.

—Mi coche se paró y ese hombre, Dixon, me dijo que iría a localizar al mecánico, que viniera aquí y buscara a Vera, que ella me daría algo de beber. Hace mucho calor fuera, ¿sabe?

La voz de Jorie Sue irradiaba toda la inocencia del mundo, lo que hizo que, casi por arte de magia, el semblante del hombre se suavizara y dejara de mirarla como si fuera un mosquito que se hubiera colado en su salón con la sola idea de estropearle el día.

Vera, por su parte, no pudo evitar dejar escapar una pequeña carcajada, que no le pasó desapercibida al señor de la casa, pese a que no abrió la boca.

—Sé que no me conocen de nada, pero soy buena con los niños. Tengo cinco hermanos menores, y de la peor calaña, se lo puedo asegurar, y a todos ellos les he cambiado los pañales, les he enseñado a hacer pis en su orinal, los he llevado a su primer día de escuela y les he dado su tortazo correspondiente al pillarles fumando detrás de las gradas del colegio —dijo Jorie de carrerilla, como un niño que se ha aprendido la lección, confiada en que su discurso podía estar calando en sus interlocutores—. Por muy difícil que sea su hija, no puede ser peor que esos cinco que yo tenía en casa.

En realidad, había sido mucho peor que todo eso. La vida en la casa de su padre, rodeada de los cinco hijos que tuvo con la mujer que reemplazó a su madre muerta, fue el auténtico infierno. Comparado con eso, convivir y soportar a Bobby Dean hasta había sido fácil.

Mientras esperaba que alguien abriera la boca tras acabar con su discurso, Jorie Sue no acababa de creerse que, de pronto, su corazón hubiera tomado el mando, siguiendo un impulso, y hubiera propuesto semejante oferta, muy lejos de los que le dictaba la frialdad de su cabeza. ¿Qué pasaba con eso de poner distancia entre ella y su marido, el cual, a esas horas, estaría casi seguro enfermo de ira y de

frustración, únicamente centrado en la idea de darle caza y matarla a palos? ¿Qué pasaba con eso de ir a Mobile, perderse entre la multitud y pasar desapercibida? ¿Y el mar? ¿Iba a posponerlo de nuevo? Pasase lo que pasase, ya parecía no depender de ella.

—Mire, señorita Riperton…

—Ava.

—Mire, Ava, no me puedo creer lo que estoy a punto de hacer porque ni la conozco ni tengo una sola referencia suya, pero en un momento de mi vida en la que todos mis trabajadores me están dejando los campos vacíos, solo se me puede ocurrir que su presencia aquí, en mi casa, y justo ahora mismo que necesito de la ayuda que me ofrece, es una especie de resquicio de luz entre tanta mala noticia. —Incluso sonreía ligeramente mientras la miraba a los ojos con una profundidad que hizo que las rodillas de Jorie Sue temblaran de forma casi imperceptible—. Voy a darle la oportunidad de que conozca a mi hija. Y una vez eso ocurra, estoy convencido que me pedirá que la deje marchar.

—Y yo estoy convencida de que eso no pasará.

—No conoce a mi hija.

—Ni usted me conoce a mí.

Y con una aseveración tan categórica, le cerró la boca al hombre malhumorado que, de pronto, había recuperado la sonrisa y hasta la esperanza.

Capítulo 2

Un demonio de pelo rojo

«*¿Ni usted me conoce a mí?*» Pero ¿qué clase de contestación era esa? Jorie Sue no podía dejar de darle vueltas a la confianza que había vendido en aquel salón, una confianza hecha de humo y que en nada era real. ¿O sí lo era? Podía ser cierto que ella siempre había vivido agachada y sometida, anhelando ser como las mujeres fuertes que tanto le gustaban de las telenovelas, pero... ¿no era también cierto que había tenido por fin las agallas para abandonar a Bobby Dean? ¿No había dejado su casa reducida a cenizas antes de hacerlo? ¿No era cierto que había dado un paso al frente y reclamado su vida? Pues si había nacido una nueva Jorie Sue Monroe rebautizada como Ava Mae Riperton, bienvenida era, y ni un hombre enfadado con el mundo ni la niña de nueve años más difícil del planeta (palabras de su propio padre), iban a aguarle la fiesta.

—Espero que tenga usted paciencia de santa, señorita Riperton —dijo el que iba a ser su jefe sacándola de sus pensamientos. Iban de camino al Aeropuerto Regional de Mobile adonde, en apenas treinta minutos, aterrizaría el avión que traía hasta Alabama a la señorita Olivia Georgia Layton, más conocida como Cricket o, más familiarmente aun, como «*ese demonio de pelo rojo e ideas de diablillo*».

La verdad es que era cierto todo lo que había dicho en el salón de los Layton: a ella a paciente no le ganaba nadie. Se había criado con los cinco hijos que su padre tuvo con Sally Jean, la mujer que ocupó el lugar que dejó su madre al morir. A todos salvo a Rod, el de más edad, les había tenido que cuidar ella, como hermana mayor y como única persona sobria de la casa. A Rod no le cuidó porque era casi de su edad. De hecho, Sally Jean se quedó embarazada de él antes de que Augusta, su madre, falleciera, lo que daba una idea de la catadura moral de ese hombre al que tuvo que llamar padre toda la vida y que nunca se ganó ese título.

—No creo que sea para tanto, señor Layton —dudó ella, más para convencerse a sí misma que a su acompañante—. Si es, como dice, una pequeña dama de la alta sociedad británica, ¿cómo casa eso con la idea de que sea un pequeño demonio con solo nueve años?

—Quiero mucho a mi hija, no me malinterprete —atajó él disimulando una carcajada—, pero, de verdad, espere a conocerla. Cricket la hará olvidar eso de pequeña dama de la alta sociedad británica en apenas unos segundos. Ya verá, ya...

Jorie Sue intentó disimular la punzada de miedo que sintió al escuchar las palabras de su recién estrenado jefe. No le asustaban los niños, de eso sabía bastante, pero que el propio padre de la criatura no le diera un voto de confianza sobre su propia hija, hacía que la

expectativa por encontrarse un auténtico monstruo aumentara. ¿Sería peor esta niña que cualquiera de sus hermanos? ¿Estaría por encima de Caleb en grado de desobediencia? ¿Sería aún más insolente que Mark? ¿Le daría patadas en las espinillas como gustaba de hacer Luke hasta bien cumplidos los catorce años? ¿Le robaría el dinero que tenía ahorrado como hacía Rod? ¿O le daría una de cal y otra de arena como solía suceder con Samuel, el único de los cuatro que, pese a todo lo malo, aun fue capaz de sacarle alguna sonrisa y regalarle algún que otro abrazo?

Estaba convencida de que una niña proveniente de la Gran Bretaña no podía ser peor que un puñado de chicos de la Alabama profunda, criados en una casa destartalada de solo dos habitaciones, entre un padre borracho, una madre ausente y ella misma, que no era ejemplo de ninguna virtud significativa. Se negaba a creerlo tan profundamente que, en su fuero interno, la señorita Olivia Georgia Layton era solamente una princesa desorientada. Estaba segura de poder con una princesa desorientada y, si no, siempre podía seguir huyendo, tampoco es que nada la retuviera allí de todos modos, ¿no?

Apenas veinticinco minutos después de iniciado el viaje, el señor Layton aparcó su coche en las instalaciones inmediatamente aledañas a la pista de aterrizaje del pequeño aeropuerto de la ciudad. Desde allí, se lamentó Jorie Sue, el mar quedaba demasiado lejos, así que estar en Mobile (o más bien en sus inmediaciones) no le iba a garantizar ver el basto océano... debería seguir esperando el día en que lo lograra por primera vez. Posar sus ojos en las aguas azules. Tocar con los dedos de sus pies el frescor de sus olas. Sentir en su cuerpo la maravillosa sensación de estar traspasando el medio...

—Será mejor cruzar los dedos para que el vuelo no venga con retraso —dijo secamente el señor Layton al apagar el contacto del coche, sacándola así de la ensoñación marina en la que se hallaba sumida—. Solo me faltaba pasarme las horas muertas en esos incómodos asientos de la terminal de llegadas.

El humor del señor Layton había ido oscureciéndose a medida que pasaban las millas. Mientras Jorie intentaba creer en sus palabras sobre su propia hija y se convencía de que era un exagerado, él se había pasado todo el tiempo que había durado el viaje desde el rancho preso de un silencio extraño, del que solo salía para emitir una queja por el tráfico, los semáforos del camino o el inclemente sol de julio.

Jorie deseó fervientemente que lo de su jefe fuera simplemente fruto del inconveniente de tener que ir a buscar a una niña a la que no esperaba hasta pasado un mes, y no porque ese fuera, en realidad, el carácter habitual del hombre. No le apetecía tener que pasar esa nueva etapa de su vida en compañía de alguien así. Bastante había tenido con Bobby Dean en los últimos años, experto en quejas,

malhumor y reproches. Estaba servida de esa clase de compañías para lo que le restaba de existencia.

Antes de bajar del vehículo, mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad y se recomponía un tanto la ropa, Jorie Sue le observó durante unos segundos. Era alto, de hombros anchos y cuerpo atlético. Tenía un atractivo incuestionable, de esa clase de atractivo que hacía que las piernas de cualquiera temblaran. Estaría muy próximo a la cuarentena, pero no por ello lucía ningún signo de esa edad, salvo la seguridad en sí mismo que dan la experiencia y los años. Sus ojos azules refulgían con el enfado y la rabia, como había comprobado un par de horas antes en el salón de su majestuosa casa, aunque estaba segura de que también lo harían con la alegría y en los momentos de pasión.

Se ruborizó al instante al pensar en él en un momento de pasión y desechó inmediatamente tal pensamiento, a riesgo de que él la cazara y se llevara una impresión de ella que, obviamente, no era la que deseaba transmitir.

Por último, admiró su cabello pajizo, rubio como un día de sol, que llevaba cortado de un modo desenfadado y práctico, y que no le restaba ni un ápice a su tremendo atractivo. Jorie Sue sabía que no debía mirar a su jefe con esos ojos, pero no era capaz de evitarlo, demasiadas telenovelas a sus espaldas con protagonistas con la misma hechura que el señor Layton eran un auténtico problema. Aun así, se prometió a sí misma mantenerse alejada de su camino, no le convenía ni por posición ni por temperamento, y eso debía grabárselo a fuego en la piel.

—¿Viene de una vez, señorita Riperton? —ladró él, sacándola de sus turbadores pensamientos.

—Sí, claro, claro —aseguró Jorie, apresurándose por salir del coche y unirse a él en su camino hacia la terminal de llegadas del aeropuerto.

—No sé cómo diablos se le ha ocurrido a Minerva enviármela así, sola —se quejó el señor Layton una vez entraron en la pequeña sala de espera, donde tomó asiento cerca de un enorme ventanal que le daba acceso visual a la pista de aterrizaje.

—¿Viene completamente sola? —preguntó de manera automática Jorie, sin pararse a pensar antes de abrir la boca.

—Así es como viene —corroboró el hombre con cierta amargura impregnándole la voz—. Con transbordo y todo. Ha llegado a Houston hace un par de horas, justo a tiempo para coger el vuelo hasta Mobile. Minerva dice que ha contratado el servicio ese de acompañamiento de menores, que la llevan del primer avión hasta el segundo, y que se aseguran de que queda sentada, con su cinturón de seguridad puesto y todo eso… pero, joder, tiene solo nueve años. No debería recorrer

7.200 kilómetros ella sola.

Jorie Sue estuvo de acuerdo. De ser ella la que tuviera que hacer ese viaje sola, se hubiera muerto de miedo. Con veintitrés años. No era capaz de imaginarse ser tan valiente con solo nueve años.

Cuando ella era pequeña, sus hermanos iban a su lado a todas horas. Era incapaz de separarse de ellos. Normas de su padre. Al principio, odiaba sentirse atada, no disponer ni de tiempo ni de momentos solo para ella. Pero, con el tiempo, desarrolló tal fobia a la soledad, tal miedo a hacer cosas ella sola, que aún no se creía que hubiera dado el paso definitivo del huir del lado de Bobby Dean esa misma mañana. La cantidad de valor necesaria para acometer tal empresa nunca le había cabido en el cuerpo… nunca hasta ese día, en el que había decidido que, aunque se muriera en el intento, iba a aprender a ser valiente de una vez por todas. Era eso, o consumirse al lado de ese miserable maltratador sin sentimientos ni corazón.

El señor Layton se esforzó por calmar su mal humor en los minutos siguientes, pese a que le suponía un esfuerzo monumental. Jorie Sue no estaba segura de qué era lo que más enfurecía al hombre. Si la poca previsión de su ex mujer al enviarle a su hija sin avisar y con un mes de antelación, o que la niña viajara completamente sola. Incluso podía ser que lo que le alteraba de esa forma tan evidente, fuera el haber sido arrancado de sus responsabilidades en la finca, ahora que todo andaba patas arriba en todas las explotaciones agrarias del estado.

No era ningún secreto que la reciente ley de inmigración había conseguido que medio Alabama estuviera en pie de guerra, con los latifundistas con enormes dificultades para encontrar mano de obra, y con miles de personas sin papeles huyendo para no ser deportados a sus países de origen. Jorie le había oído hablar a Bobby Dean en numerosas ocasiones de lo necesaria que era una ley que asegurara que los mejicanos se fueran de nuevo a sus hogares y dejaran de robarles los puestos de trabajo. Lo curioso era que, una vez se había promulgado la ley por la que tanto había suspirado, Bobby Dean, al que no se le conocía oficio ni beneficio, se había negado a tomar uno de esos puestos de mano de obra agrícola que habían quedado vacantes con la huida masiva de trabajadores extranjeros, aduciendo que él no iba a rebajarse a hacer el trabajo que un mejicano había dejado de hacer. Así era Bobby Dean, genio y figura.

Cuando avisaron de que el vuelo procedente de Denver estaba a punto de aterrizar, el señor Layton creyó morir de alivio. Unos minutos más y Jorie estaba convencida de que el hombre hubiera muerto de un ataque al corazón por culpa de la enorme inestabilidad emocional que lo embargaba. La muchacha a punto había estado de ofrecerse a prepararle una tila. Los últimos minutos los había

empleado en recorrer la sala de espera a grandes zancadas, como si caminar de un lado a otro del recinto fuera a hacer que el avión corriera más y aterrizara antes.

Las puertas se abrieron pasados veinte largos minutos tras el anuncio de aterrizaje inminente, y tras ellas, como un reguero incontinente, empezaron a salir personas que se unían a otras que las estaban esperando. Algunos se fundían en tiernos abrazos o se regalaban apasionados besos de reencuentro. Otros, los menos, se acercaban a estrechar las manos de desconocidos que portaban carteles con sus nombres. Jorie Sue observaba a todos y cada uno con ferviente interés, intentando esconder el repentino miedo que le producía saber que uno de los pasajeros recién desembarcados era su propia misión.

Cuando el último de todos los pasajeros hubo salido por esa puerta y no quedaba nadie más atrás, Jorie miró directamente a su jefe con ojos interrogativos. No había ni rastro de ninguna cría de nueve años viajando sola. Ninguna con el pelo rojo, ninguna que se hubiera soltado a correr hacia los brazos del señor Layton… el desconcierto en la mirada de ambos era evidente, no había respuesta posible para la ausencia de Cricket.

Cuando el hombre, claramente disgustado (más aún si es que eso era posible), estaba a punto de coger su teléfono móvil para preguntarle a su ex mujer sobre la posibilidad de equívoco con el número de vuelo de la niña, las puertas de salida de la terminal se volvieron a abrir para dar paso a dos enormes especímenes humanos vestidos con las ropas de seguridad del aeropuerto, que custodiaban a un retaco de apenas un metro y veinte centímetros de altura y el pelo más encendido que Jorie Sue había visto en toda su vida. Sin duda, se trataba de la señorita Olivia Georgia Layton, que venía bajo custodia de dos hombres con cara de muy malas pulgas.

Cuando la niña vio a su padre, lejos de alegrarse y lanzarse a sus brazos (en el hipotético caso de que los de seguridad le hubieran soltado los suyos), quiso resistirse a la autoridad que la sujetaba y volverse a meter dentro de la zona de desembarque. No cabía duda, Cricket hubiera preferido tomar cualquier otro avión a llegar a su destino y encontrarse con su padre. La cara de pocos amigos que se podía ver a través de su ceño fruncido, además del escaso afecto con el que recibió al señor Layton, no dejaban nada a la imaginación.

—¿Se puede saber por qué traen así a mi hija? —bramó su padre sin despegar los ojos encendidos de los dos gigantes de seguridad del aeropuerto—. Estoy convencido de que cualquier convicto que aterrice en este lugar bajaría del avión con menos represión que una cría de nueve años.

—Su hija, sin duda, necesita mucha más represión que la que

precisaría cualquier convicto —dijo con suficiencia la voz de alguien que llegaba tras la misma puerta por la que habían salido los guardas y la niña.

Pertenecía a una mujer de unos cincuenta años, con el rostro estirado, pinta de no pasar ni una y un traje chaqueta ajustado que le confería un aspecto de institutriz británica de mediados del siglo pasado que daba hasta miedo. Jorie Sue supo al instante que con esa mujer era mejor no discutir, opinión que pareció no compartir su jefe que, ante las palabras de la señora con aspecto de institutriz, se puso rojo de rabia. Estaba claro que no le gustaba que compararan a su pequeño demonio rojo con un convicto...

—Estoy seguro de que ninguna acción de mi hija justifica que me la entreguen así —señaló con furia a los dos guardas que aún sujetaban a la niña. Se les veía con cierto recelo a la hora de soltarla, como si no se fiaran del todo de que la criatura fuera a comportarse como es debido y no como una tormenta tropical en plena furia devastadora.

—Y yo estoy segura de que no querrán que la suelte en cuanto le cuente la que ha montado en el avión del que hemos tenido que bajarla a la fuerza y así, como usted la está viendo.

Parecía una lucha de titanes, ambos manteniéndose las miradas como si estuvieran echando un pulso visual. Jorie Sue no sabía por quién hubiera apostado en una luchar real entre ambos, aunque estaba convencida de que el señor Layton defendería y lucharía con uñas y dientes por el honor de su pequeña. Se sintió, por un mínimo instante, dentro de una de sus telenovelas favoritas, donde el héroe debía enfrentarse a la súper villana por la mujer que amaba. En este caso, era su hija, pero la tensión y el valor necesario para mantenerse firme frente a la señora del traje y el ceño fruncido, bien valían la escena de oro de un culebrón matutino.

Mientras el cruce de miradas airadas se producía en medio de esa sala que ya se había quedado completamente vacía, Jorie Sue aprovechó para fijarse, por primera vez, en la niña que iba a tener que cuidar tal y como se había comprometido.

En medio de aquel drama de aeropuerto, la pequeña, de aspecto candoroso y absolutamente inocente, miraba hacia ella con una tierna sonrisa pintada en sus delgados labios rojizos. Se parecía demasiado a lo que, en su imaginación, Jorie había pintado: una damita de la alta sociedad británica, educada, bonita y dulce. El cabello, de un rojo encendido, le caía por la espalda en una larga melena que, aunque estaba algo despeinada (después de dos aviones y más de siete mil kilómetros ¿quién sería capaz de mantener su pelo perfecto a los nueve años?), no presentaba signos de esa furia de la que la mujer del traje parecía querer hacerlos creer que había sido presa la niña. Sus ojos, azules como los de su padre, eran enormes y estaban llenos de

esa inocencia propia de los niños que no guardan ninguna maldad en su interior. Su nariz, respingona y cubierta por unas graciosas pecas, ligeramente más oscuras que el resto de su nívea piel, que le daban el aspecto de un duendecillo candoroso y llenaban su carita de una personalidad que la hacía única.

Iba vestida mejor de lo que nunca había visto Jorie Sue, con ropa de muy buena calidad, que se ajustaba a la perfección a su cuerpecito, más pequeño que lo que ella hubiera imaginado para una niña de su edad. Era menuda, sí, pero se la veía saludable, gracias al rubor de sus mejillas y al ligero bronceado que su blanca piel presentaba en brazos y piernas.

En ese momento, ella también se enfureció. Se negó a creer que ese ángel de escasa estatura y ojos claros fuera capaz de causar lo que fuera que hiciese que esa mujer hubiera decretado sacarla así del avión. Se puso del lado de su padre, se puso de su lado, y apretó los puños en los costados, segura de que esa señora iba a recibir su merecido, como en cualquier telenovela acabaría por pasar.

—Necesito que me acompañe a mi despacho, señor —pidió tajante la mujer de traje tras sostener el pulso al señor Layton. Lo dijo serena, sabedora de su victoria, con un deje sureño que, por primera vez, la hizo parecer una mujer real y no un personaje de televisión.

—¿Qué necesita decirme en su despacho? —desafió él sin perder el ardor de su mirada desafiante—. Puede decirme lo que sea aquí mismo, y pedir que esos dos suelten a la niña. Ya.

—Como usted quiera —adujo la mujer—. Pero creo que se sentirá más cómodo si se sienta en una silla de mi despacho y tratamos el tema de cómo su hija se ha negado a bajar del avión, ha agredido físicamente a dos auxiliares de vuelo, se ha atrincherado en la zona reservada al personal, ha atacado a los guardas de seguridad que trataban de sacarla lanzándoles más de dos mil dólares en comida de a bordo y, finalmente, cómo ha prendido fuego a la cabina y ha hecho que salten todos los sistemas anti-incendio del avión.

Por alguna extraña razón, escuchar todas esas barbaridades hizo que el señor Layton, lejos de mantener su actitud defensiva y protectora con su pequeña, bajara los hombros claudicando y dejando que la señora del traje ganara la partida. Ella, triunfal, esbozó una ligera sonrisa que, por suerte, murió al poco, ya que debió de apiadarse del semblante compungido de su contrincante recién abatido.

—Cricket, ¿te portarás como es debido mientras acompaño a esta señora a su despacho? —preguntó el señor Layton clavando sus ojos adustos sobre los de su hija—. ¿Me das tu palabra de que, si te sueltan, te comportarás de una manera civilizada, al menos, hasta que yo regrese?

Jorie Sue, completamente asombrada, no entendía que el señor Layton le hablara así a su hija. Sí, era cierto que él mismo le había prevenido contra la niña y que la mujer del traje hablaba con convicción… pero ¿cómo creer que todas las cosas que acababa de mencionar sobre la pequeña podían ser ciertas? ¡Si apenas pesaría veinte kilos!

—Señorita Riperton —Se volvió entonces hacia ella antes de seguir a la mujer a su despacho—. No le quite ojo de encima. Aunque la soborne o trate de escapar, no permita que se mueva de esa silla.

Señaló el sitio que ellos habían ocupado al llegar a aquella sala de espera aeroportuaria y, doblaba en su gesto, no hubo ninguna posibilidad ni de queja ni de réplica.

Los hombres, con mucha cautela, siguieron la orden de la mujer que, con un solo gesto de cabeza, había autorizado que la soltaran. Y la niña, candorosa como demostraba su apariencia de damisela, se alejó de ellos lentamente y sin perder su sonrisa inocente de los labios.

Solo cuando se hubo sentado donde señalaba su padre, este se dio la vuelta y se avino a seguir a la mujer del traje a donde quiera que estuviera su despacho. Lo hizo arrastrando los pies, sin una pizca de ese arresto que antes había iluminado su mirada y había hecho que sus hombros parecieran más anchos. Jorie sintió un poco de lástima de él… aunque es cierto que podía más el disgusto por tratar así a la cría que ninguna otra cosa y, al final, con eso es con lo que se quedó.

No le gustaban las injusticias. No le gustaba que las mujeres tuvieran que callar y bajar la mirada al suelo. Hacía siglos que lo detestaba, que lo había sufrido. Había tardado siglos, igualmente, en aprender a plantarle cara, y ahora, para bien o para mal, ya era tarde para cortarle las alas, silenciar su lengua y hacerla cerrar los ojos. Eso ya se había acabado.

—No vas a sobornarme, ¿verdad? —dijo intentando crear algún lazo, alguna complicidad con la pequeña, mientras tomaba asiento justo a ella, que volvió lentamente sus ojos azules hasta clavarlos en los suyos.

Y entonces, Jorie Sue, lo vio. Lo vio y un escalofrío la recorrió entera, porque sabía que estaba equivocada y que el candor y la inocencia de Cricket era todo una puesta en escena magnífica para parecer lo que no era. La sonrisa dulce se volvió maliciosa y la mirada virtuosa, se tornó astuta y oscura en un solo segundo. Jorie Sue tuvo que parpadear varias veces para lograr convencerse de que la otra niña, la pura, la buena, la virginal, acababa de desaparecer justo delante de sus narices.

—Pues creo que tengo que sobornarte —dijo despacio la niña, y entonces escuchó su voz por primera vez. Era cantarina, era musical, era como una canción. Lo malo era todo lo que encerraba dentro de

ella, tan poco acorde con la malicia que todas sus palabras parecían esconder—. Tengo que sobornarte para que no te acerques a mí. ¿Cuánto quieres por largarte lejos y no dejar que nadie nos vea sentadas juntas?

La miró con desprecio mientras escupía esas palabras. Ni siquiera la conocía y un rencor que Jorie Sue solo recordaba de sus peores momentos con su padre o con Bobby Dean, se dejaba entrever en todas y cada una de las sílabas que Cricket, la pequeña y frágil Cricket, dejaba escapar de sus labios.

—Será mejor que cierres la boca —le dijo sin apenas darle tregua. Era verdad que mantenía la boca abierta de puro asombro y que, por más que se lo dijo, fue incapaz de cerrarla, tal era su impresión—. Pareces una palurda.

Jorie Sue quiso echarse a llorar. Tanto tiempo deseando escapar de esa clase de improperios, de ese acoso, de esa forma de abuso verbal que siempre precedía a los golpes... que nunca imaginó que llegara de nuevo, cuando creía haberlo dejado atrás, de la boca de una niña tan pequeña. No quería ser una víctima de nuevo, pero ¿cómo no serlo si aquello parecía una maldita broma del destino?

—Es lo que más odio de volver aquí —continuó Cricket con desgana—, comprobar que mi padre vive rodeado de palurdos. De imbéciles que no saben tratar a una dama o de furcias que no saben vestirse como Dios manda.

¿Era de verdad una niña de nueve años la que estaba hablando como si fuera la dueña del mundo? Jorie Sue apenas podía creerlo. La acababa de insultar, de dejar su vestuario a la altura del betún, y lo había hecho todo con una indolencia propia de alguien que le doblaba la edad. ¿Qué clase de monstruosa criatura era esa junto a la que estaba sentada? ¿Era ese el trabajo que iba a llevarla de cabeza a su nueva vida?

Cerró los ojos y respiró hondo. Después de todo, pensó, aún estaba a tiempo de volver a huir. Al menos, había aprendido a hacerlo.

Capítulo 3
El otro señor Layton

El silencio fue tan intenso durante el viaje de vuelta, que Jorie Sue tuvo la sensación de viajar sola en aquella camioneta.

Al principio, cuando se subieron a ella, el señor Layton venía rojo, no sabía si de ira o de vergüenza, ella no fue capaz de decidirse. Arrastraba a su hija de uno de sus brazos, mientras tiraba de la pesada maleta que la acompañaba. Su semblante no invitaba a hablarle, a preguntarle o alentarle, solo a dejar que siguiera el camino hasta el coche en la mayor calma posible, sin provocaciones, sin palabras, sin gestos siquiera.

—Vas a pagar muy caros todos los destrozos que ha provocado en ese avión, Cricket —dijo por fin, una vez estuvieron sentados y con los cinturones puestos. El señor Layton no permitió que la niña viajara a su lado, y esta tuvo que conformarse con ocupar el asiento trasero de la camioneta.

—No me llames Cricket —contestó ella furibunda, con cara de muy pocos amigos—. Ese no es mi nombre.

—Ese ha sido siempre el modo en el que te hemos llamado en casa, señorita —bufó su padre—, y te aseguro que no pienso cambiar eso solo para complacerte. No tengo la culpa de que ahora no te agrade hablar de esto y te salgas por la tangente. Tenemos que hablar de esto porque ESTO no puede volver a repetirse.

La niña, sin poder contener su frustración ni su disgusto, le lanzó una mirada llena de odio. Estaba claro que padre e hija tenían muchos asuntos que solucionar si querían hacer de su convivencia algo sencillo. Jorie Sue se estremeció por un segundo. Qué dolor y qué grado de enfado se vislumbraban en los ojos de aquella cría de solo nueve años… ¿qué podría haber pasado para que su mirada reflejara todo eso y sus actos fueran los de la persona con más rencor acumulado del mundo?

—Me da igual cómo pretendas llamarme, Troy —dijo la niña utilizando el que debía de ser el nombre de pila de su padre y que Jorie, a esas alturas, aún desconocía—. Pero si pretendes que te conteste me llamarás Olivia. Olivia y solo Olivia. ¿Está claro?

—¿Me desafías tú a mí? ¿Me impones cosas tú a mí? ¿Tú te estás oyendo, mocosa malcriada? —El tono del señor Layton era ahora tan elevado que daba hasta miedo. Jorie pensó que ni siquiera Bobby Dean era capaz de desprender tanta rabia como aquel hombre estaba demostrando.

—Tengo derecho a…

—Tú no tienes derecho a nada mientras dependas de tu madre y de mí —la cortó antes de que otro conato de sublevación naciera de los

labios de la cría—. Sé que este no es el trato ideal, sé que no quieres estar aquí y que tampoco te apetece pasarte los días con tu madre con todo eso de la boda, pero debes entender que esto no depende de ti. Que no puedes decidir, que debes acatar lo que te pidamos y que no puedes, bajo ninguna circunstancia, agredir a gente, destruir cosas o provocar incendios. ¿Me has oído?

El silencio se impuso tras las últimas palabras airadas del señor Layton, ni Jorie ni la niña parecieron qué poder añadir tras ellas. El hombre, que esperaba una respuesta, se giró hacia su hija por primera vez desde que la discusión había comenzado y esperó, con falsa paciencia, a que la niña le respondiera a su pregunta. Se miraron a los ojos una eternidad, desafiándose como antes, apenas media hora, él había desafiado a la señora del traje que había relatado todo el estropicio causado por Cricket. Se evaluaron, con la mirada centrada el uno en el otro, como si no existiera nada más, como si la propia Jorie no estuviera a solo unos centímetros de ellos.

—¿Me has oído? —repitió el señor Layton lentamente, como en un susurro amenazante, sin borrar de su semblante una dureza que le confería el aspecto del más adusto de los hombres.

El siguiente silencio duró mucho menos. Cricket, doblegada por los ojos inclementes de su padre, giró la mirada hacia el exterior, clavándolos en la nada y abatiendo los hombros. Parecía estar vencida, cosa que le encogió el corazón a Jorie Sue, que volvió a ver en la niña a la criatura indefensa que había creído ver al bajar del avión, custodiada por esos dos enormes guardas de seguridad.

—Te he oído —susurró sin volver a mirar a su padre.

Su voz era apenas audible y su rostro, aunque girado de cara a la ventanilla, se había quedado blanco, como si se le hubiera helado esa rabia y ese ardor que antes crepitaban en su interior en la lucha de titanes que había protagonizado junto a su padre.

El señor Layton, satisfecho por la claudicación de su hija, se volvió de nuevo de cara a la carretera, giró la llave en el contacto de la camioneta y puso rumbo al rancho sin que nadie osará pronunciar ninguna otra palabra en todo lo que duró el corto viaje de vuelta a casa.

*****

La visión de la gran casa de los Layton dejó a Jorie Sue sin aliento por segunda vez ese día. Era tan majestuosa que le costaba pensar que ese iba a ser su próximo hogar. Estaba demasiado acostumbrada a casas cochambrosas y hogares rotos. Estar delante de esa fachada, con sus columnas, sus capiteles y su regia presencia, le hacía incluso dudar de que todo eso estuviera pasando en realidad.

Nada más aparcar junto a la entrada, el señor Layton se dispuso a bajar la maleta de su hija. No llegó muy lejos. Nada más apearse del vehículo, uno de los trabajadores de la plantación se acercó a toda prisa requiriendo su presencia más allá de los barracones. Al parecer, algún peón más de los que trabajaban allí había optado por huir para escapar de las consecuencias de la ley de inmigración, dejando trabajos a medio hacer y una falta de personal que ya empezaba a ser altamente preocupante para la granja.

—Señorita Riperton —dijo su jefe antes de irse tras el hombre que había venido a buscarle—. Busque a Vera. Ella le ayudará a instalarse y llevará a Cricket a su habitación. No quiero que salga de ahí hasta la hora de la cena. Para entonces espero que haya recapacitado y tenga la intención de ponernos las cosas más fáciles.

Ni siquiera miró a su hija mientras se marchaba. La niña no pudo ocultar una chispa de rabia refulgiendo en sus ojos azules, claro síntoma de que el castigo de su padre no le agradaba lo más mínimo.

—¿Quién ha llegado? —La voz de Vera se escuchó al pie de las escaleras que daban acceso a la mansión. Su mirada estaba clavada en la niña, y estaba llena de algo parecido a la nostalgia, al amor contenido, a la alegría, al deseo de abrazar a un ser querido. A Jorie nunca nadie la había mirado así y sintió una pequeña punzada de celos en su endeble corazón mientras la mujer bajaba despacio las escaleras y se acercaba a ellas—. Mi niña Cricket, mi pequeño tesoro de pelo rojo…

La oronda mujer abrió los ojos para recibir en su cuerpo el de la pequeña, que vaciló antes de echarse en sus brazos sin poder contener las lágrimas. Vera le acarició el cabello en un gesto maternal y consolador que a Jorie Sue le pareció la cosa más bonita del mundo. Era como si Cricket se sintiera en casa por primera vez desde que bajara de ese avión que la había traído a Alabama.

Sin embargo, el momento no duró mucho, y la niña se separó de la mujer secándose las lágrimas con el dorso de la mano y endureciendo su semblante con un gesto determinante. Estaba claro que no se lo iba a poner fácil a nadie.

—Mi padre quiere encerrarme en mi habitación, así que tengo que irme ya, Vera —dijo con un tono de voz altivo que, pese a todo, ocultaba mucho dolor contenido.

El rostro de Vera mostró tal confusión que clavó sus ojos interrogativos en los de Jorie, en busca de una respuesta que le aclarara las palabras de la niña.

—Ha habido un incidente en el aeropuerto y el señor Layton ha determinado que la señorita Olivia se quede en su habitación hasta que él acabe de resolver unos asuntos. —Jorie no sabía de parte de quién debía ponerse en aquel asunto, aunque la presencia de la

enorme mujer de color arropando a la pequeña, le decía que, si quería ganarse a la niña, era con Vera con quien debía aliarse en aquella casa.

—No te aflijas, mi tesoro. —La mano suave de la mujer recorrió el contorno del rostro de Cricket con tanta ternura que parecía su propia abuela—. Vera hará que tu padre te libere de todo castigo. Déjalo de mi cuenta.

La tomó de la mano con suavidad y la metió dentro de la casa, mientras la niña intentaba contener unas lágrimas pequeñitas que indicaban la falta de cariño real que traía a cuestas.

—¡Señorita! —la voz grave de Dixon, el capataz, le llegó a Jorie Sue desde atrás, sobresaltándola, justo cuando ella estaba luchando contra la enorme maleta de Cricket.

El capataz corrió en su dirección y se hizo cargo del equipaje sin ningún esfuerzo aparente, motivo de alivio para la joven. Le recompensó con su sonrisa más amplia y se congratuló de que el hombre hiciera gala de esa cortesía sureña que la evitaba tirar de la enorme maleta hasta el piso de arriba.

—Hemos traído su coche hasta el cobertizo del fondo —dijo Dixon sin que el esfuerzo de cargar con el peso extra se trasluciera de ninguna forma en su voz—. El viejo Earl no podrá echarle un ojo hasta mañana a mediodía, pero he sabido por Vera que quizá no lo necesite con tanta urgencia como pareció esta misma mañana.

El alivio que Jorie había sentido cuando, al abandonar la plantación camino del aeropuerto, había visto cómo remolcaban su camioneta para apartarla del camino, había hecho hasta que volviera a respirar tranquila durante unas horas. Saber que su coche no suponía una pista enorme e indiscutible sobre su paradero hacía que todo fuera más fácil y hasta se sintiera a salvo, aunque una pequeña punzada de angustia siguiera instalada en su pecho y fuera a resultar casi imposible deshacerse de ella mientras supiera que Bobby Dean seguía vivo y furioso con ella.

Aun así, no sabía cuánto tardaría el señor Layton en prescindir de ella, dado que su hija había demostrado ser el pequeño demonio que le habían prometido. No sentía miedo de la niña, pero sí no estar a la altura de un reto semejante. Sobre todo, tras comprobar que Cricket no parecía medir las consecuencias de sus actos y que ya había demostrado una abierta hostilidad hacia su presencia.

Tragó saliva antes de volverse hacia su salvador en aquella plantación.

—Se lo agradezco de corazón, señor Dixon. —El tono de sus palabras daba cuenta de la enormidad de su sentimiento de gratitud. Casi tuvo que esforzarse por contener unas lágrimas de alivio que amenazaban con avergonzarla.

—Nada que agradecer, señorita —atajó él con un gesto contundente, echando a andar delante de ella, en dirección a la gran casa—. Y nada de señor Dixon. Que sea Dixon a secas. Si alguien me llama señor, no me reconozco.

La sonrisa que se había pintado en su curtido rostro hizo que Jorie Sue sintiera unas ganas enormes de abrazarlo.

—Pues entonces tendrá que llamarme Ava y dejar también usted el señorita apartado —negoció ella entrando al amplio recibidor que se abría a la ancha y hermosa escalera principal de la casa—. Para estar en paz.

—Propongo que también dejemos los usted de lado ¿te parece, Ava? —propuso el viejo esbozando una sonrisa aún más grande que la anterior.

Ambos rieron y subieron a la planta de arriba, donde Vera los esperaba para deshacer el equipaje de Cricket y ayudar a la niña a acabar de instalarse.

Cricket estaba ya dentro de la alcoba, mirando por la ventana, de espaldas a todos. El viejo capataz se despidió tocándose el ala de su sombrero, lo que hizo que Jorie se diera cuenta de que ella no había descubierto su cabeza dentro de la casa. Se quitó el sombrero de Bobby Dean y se lo puso, nerviosa, a la altura de sus caderas. Mientras lo retorcía entre las manos, observó, parada en el umbral de la habitación, la suntuosidad de los detalles que atesoraba esa preciosa mansión.

Los techos eran altos y las paredes, de una blancura impoluta. Las puertas estaban bellamente ornamentadas y daban idea de que la casa era antigua, pero en un excelente estado de conservación.

Jorie Sue no pudo evitar acordarse de la vez que Bobby Dean la había llevado a Montgomery al poco de casarse, con la intención de comprarse una camioneta de segunda mano. Lo que para Jorie había sido una alegría, al saberse incluida en una de las excursiones a la capital de su marido, para él acabó por resultar un incordio, ya que su joven esposa esperaba que pasara tiempo con ella. Como no se mostró dispuesto a dejar de emborracharse en el bar más próximo al hotel, ni a permitir que un par de bellezas cayeran en sus brazos, Jorie Sue decidió hacer un poco de turismo por su cuenta. Al fin y al cabo, era la primera vez que pisaba la capital del estado.

En su deambular, mientras los celos y la rabia la consumían, llegó hasta la casa museo de los Fitzgerald, dedicada a ponderar la figura de F. Scott, autor de *El Gran Gatsby* entre otras, y su esposa Zelda. Se sintió atraída de inmediato por la apariencia hospitalaria de lo que un día fue el hogar de la famosa pareja. Jorie, que apenas había crecido con recursos, había desarrollado una fervorosa relación con la literatura que había fomentado su abuela antes de morir, regalándole

las obras de F. Scott Fitzgerald y la única novela de Harper Lee publicada antes de su muerte *Matar a un ruiseñor*.

Ahora, mientras recorría con sus cinco sentidos la casa en la que acababan de emplearla, se sintió transportada a aquella otra casa que visitó en Montgomery. Y pese a que la de los Fitzgerald era más modesta y empleaba los tonos marrones y rojizos en su exterior y en los elementos arquitectónicos principales, Jorie Sue sintió que se parecían. Ambas destilaban clase, poder… ambas le habían proporcionado seguridad y refugio. Ambas podían calmarla y hacerla sentir a gusto.

La casa de los Layton era más antigua, pero estaba conservada con mimo. Tenía el aspecto de un museo, sí, como pasaba con la de los Fitzgerald, pero también se notaba que era una morada viva, llena de gente que la llenaba de emociones, de sensaciones. Jorie Sue no pudo evitar querer quedarse allí para siempre, sentirse en casa de ese día en adelante.

—Señorita Riperton —dijo Vera sacándola de sus pensamientos de un sobresalto que a punto estuvo de hacerla desmayar del susto.

—¿Sí? —preguntó ella intentando recuperar el aliento.

—Deje que le enseñe cuál va a ser su cuarto antes de que termine aquí. —La enorme mujer salió de la alcoba de la niña y se adelantó por el largo pasillo hasta la puerta del final, que procedió a abrir y a dejar paso para que Jorie Sue entrara antes que ella—. Dixon me trajo su equipaje del coche, cuando lo trajeron desde la carretera, y me he permitido colocárselo en el armario y los cajones de la cómoda.

Jorie, con la boca abierta y la mirada desorbitada, apenas hizo caso a la mujer mientras lo observaba todo hipnotizada.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó incrédula con un hilo de voz.

—Claro… —dejó escapar Vera mirándola como si fuera una niña pequeña que acabara de recibir sus regalos de Navidad.

—¡Vera! —se oyó a Cricket al otro lado del pasillo. Era un grito estridente y con una nota de enfado en la voz. Estaba claro que la criatura no les iba a dar descanso a ninguno.

La mujer, con aire de resignación, la dejó en sus nuevos aposentos, cerrando la puerta tras dejar la habitación, después de indicarle dónde se hallaba el baño y de hacerle saber dónde podría encontrar toallas limpias.

Entonces, sin poder evitarlo, Jorie saltó encima de la enorme cama como si realmente fuera una niña pequeña y ese fuera el lugar más precioso de la tierra. La cama, majestuosa, ocupaba la parte central de la alcoba, pintada de blanco, amplia y luminosa. El sol entraba a raudales a través de una ventana que daba a los jardines y a la piscina y que dotaba a toda la habitación de una luz radiante que la hacía hasta brillar.

Las cortinas, vaporosas y llenas de florecillas amarillas, hacían juego con la colcha suave y voluminosa que cubría la cama. Una cama con dosel, como si se tratara del lecho de una princesa que esperara el beso de un príncipe para despertar. La cama era de madera oscura y maciza y el resto del mobiliario, igualmente robusto y elegante, hacía juego, sin desentonar ni un ápice. Un armario de triple hoja, una cómoda de cuatro cajones, un tocador con un espejo ovalado y un espejo más, este de cuerpo entero, completaban la decoración de la habitación.

Sobre la cómoda había flores frescas, lavanda, campanillas, calas y rosas, en un perfecto buqué, colorido y fragante, que daban idea del mimo con el que la habían querido recibir en esa casa que, ojalá, fuera a convertirse en su hogar.

La habitación era tan grande como toda la casa que, hasta esa misma mañana, había compartido con Bobby Dean, y se maravilló de que la suerte, esa a la que había tentado al abandonar a su violento marido apenas unas horas antes, la hubiera recompensado con ese premio que apenas lograba creerse.

Tras comprobar la consistencia del colchón con sus saltos infantiles, se dejó caer a plomo sobre la hermosa colcha salpicada de flores. Cerró los ojos un instante, saboreando esa pequeña victoria sobre su vida anterior, y sin creerse lo cansada que estaba, cayó en un sueño dulce en el que, sorprendentemente, el miedo a Bobby Dean y las consecuencias de su abandono, no tuvieron cabida.

Cuando despertó, el sol ya no daba tan de lleno en la casa. La tarde estaba a punto de ser engullida por la noche y Jorie se regañó por haberse dejado vencer por el cansancio, dejando desatendida la labor que le habían encomendado. Que la niña estuviera castigada no significaba que debiera tumbarse a echar una siesta de dos horas.

Con sigilo, buscó el baño de la planta y se dirigió a él con ropa limpia (y más discreta que su camiseta del girasol y sus exiguos *shorts* vaqueros) con la intención de darse una ducha.

Iba embelesada mirándolo todo a su alrededor. Era consciente de que parecía una ignorante en ese ambiente refinado que no estaba segura de dominar, pero no podía evitar admirarlo todo como si no acabara de creérselo.

—¡Vaya! —exclamó una voz en mitad del pasillo cuando ella iba a girar el picaporte de lo que creía que era el baño—. Así que era verdad…

Jorie Sue se sobresaltó y emitió un pequeño grito de angustia. Tenía los nervios a flor de piel, sabía que los tendría quizá mientras viviera, y esos sobresaltos amenazaban con hacer que su corazón se parara y la dejara paralizada.

—¿Quién… quién eres tú? —dijo balbuceando, casi temblando,

mientras clavaba sus ojos asustados en los iris más azules que había visto en su vida. Más azules que los suyos, incluso. Tan azules, que refulgían en el pasillo iluminado apenas por la luz tenue del final del día.

—Me gustaría más saber quién eres tú. —La voz del desconocido hablaba con socarronería, como si la broma le estuviera gustando tanto que no fuera a dejarla escapar sin que ella también participara. Pronunció cada palabra sabiendo que el poder era suyo, como si fuera el gato y ella el ratón. Como si la tuviera exactamente donde necesitaba que estuviera.

Jorie no pudo evitar estremecerse mientras lo examinaba. Él dio un paso hacia ella, entrando en un haz de luz que le permitió verlo mucho mejor. Era apenas un niño, más joven que ella, de unos dieciocho o diecinueve años, eso decía su apariencia, su pelo sedoso que le caía rebelde por la cara y el cuello, sus labios carnosos, su sonrisa suficiente y segura. Pero sus ojos… sus ojos azules, brillantes, hipnotizadores, sus ojos parecían los de un anciano. Eran igual que los suyos, no solo en el color, sino en todo lo que transmitían con un simple vistazo. Por un momento se vio sacudida por un escalofrío que no supo definir.

Su mejilla, notó al fijarse más intensamente, presentaba un color ligeramente amoratado, y su ceja derecha, perfilada con belleza, tenía una línea brusca que la partía en dos, roja como la sangre que, a lo mejor solo unas horas antes, debía de haber manado a través de la herida.

El chico amplió su sonrisa y se apoyó de la barandilla de la escalera que tenía a sus pies. Era todo aplomo y chulería. Era como un duque altivo esperando el vasallaje de su pueblo. Esperaba una respuesta y Jorie Sue no pudo hacer otra cosa que tragar saliva y admirar su porte, su altura y el enorme parecido con el señor Layton, de quien parecía una copia veinte años menor.

—Soy… Ava Mae —balbució sin poder evitar estremecerse—. Ava solamente. Ava…

—Ava —susurró él como saboreando el nombre, como si necesitara degustarlo antes de asimilarlo y concedérselo—. Ava Mae… precioso.

Su sonrisa se apagó por un momento, mientras se acercaba aún más a ella y la tomaba por la mano para besársela, gesto de caballerosidad sureña de otros tiempos. Ella, casi con ganas de echar a correr, reprimió otro escalofrío mientras sus labios se posaban sobre la piel helada de su mano y sentían que el beso del desconocido le quemaba y la abrasaba por dentro.

Qué extraña sensación, como si estuviera presa de su tacto y de sus ojos. Como si hubiera caído bajo el influjo de algo de lo que se sentía incapaz de escapar. Y, pese a todo, solo deseaba huir. No sabía hacia

dónde, solo sabía que era mejor mantenerse lejos de esos labios, de ese roce, de esos ojos viejos y llenos de algo que no acertó a definir, algo que se parecía al dolor que solía desbordar los suyos.

—Encantada de conocerte, pequeña Ava —lo dijo como si él fuera un hombre mayor, experimentado. Y a Jorie se le escapó un pequeño gemido de miedo.

No quería caer bajo el influjo de un hombre equivocado de nuevo, no al menos tan pronto, cuando acababa de poner tierra de por medio con su marido. Ella necesitaba estabilidad, cero problemas, nada de andar metida en líos por culpa de un crío que se creía un hombre.

Soltó con cierta brusquedad la mano que aún le tenía atrapada el chico y con un desdén que nunca había usado antes en su vida y que, de nuevo, había tomado prestado de las mujeres fatales de sus telenovelas de cabecera, se dispuso a tomar las riendas de la situación, por mucho que las piernas le estuvieran temblando de miedo y en la voz no acertara a enmascarar su falta de confianza en ella misma.

—Y tú, jovencito, ¿quién demonios eres tú? —acentuó el *jovencito* deliberadamente en un intento vano por situarse exactamente donde debía, esto es, por encima de él, al menos en edad cronológica, pero solo sirvió para que su mueca burlona volviera a aparecer pintada en sus labios.

—Soy alguien que hará que pagues ese apelativo, pequeña Ava, dalo por seguro. —Su gesto se volvió cruel por un instante, como si tuviera en mente someterla a una tortura dantesca solo para hacerla pagar su descaro al llamarlo jovencito. Y tenía toda la pinta de que era de los que cumplían sus promesas.

El escalofrío esta vez fue más intenso, más real, más visceral. Fue auténtico pánico lo que recorrió de arriba abajo toda su espina dorsal, dejándola aturdida y muerta de miedo.

—Colton, ¿quieres hacer el favor de dejar a la señorita Riperton en paz? —La voz grave y llena de determinación del señor Layton llenó todo aquel pasillo donde Jorie y el joven parecían estar retenidos. Ella giró su cara hacia las escaleras, donde su jefe se hallaba a media altura, casi encima de ellos.

No pudo reprimir una mueca de vergüenza, como si acabaran de pillarla en alguna falta grave. Cierto era que ella solo pretendía llegar al baño para ducharse antes de la cena, pero, por algún motivo, se sintió culpable de la escena, incitadora, provocadora, la única responsable a la que culpar.

—Señor Layton, disculpe yo… —empezó ella azorada, sin despegar los ojos del suelo, y con ganas de echar a correr y esconderse en el enorme armario de su recién estrenada habitación. Una habitación que, por cierto, podía perder incluso en menos tiempo que el que habían empleado en esa casa en otorgársela, si su jefe la encontraba

culpable de los cargos imaginarios que ella dibujaba en su cabeza.

—Nada que disculpar, señorita —aseguró el hombre sonando como un juez del Tribunal Supremo, sin apartar los ojos del joven que la acompañaba—. Si alguien debe pedir alguna clase de perdón, estoy seguro de que esa labor le corresponde a mi hijo…

Tenía lógica. De algún modo, ella lo sabía. Por los rasgos, por su seguridad en sí mismo, por su modo de hacerla saber que aquel suelo que pisaba le pertenecía por completo. Le parecía que el señor Layton era demasiado joven para tener un hijo cerca de la veintena y su mente había aventurado que, quizá, podría ser su hermano menor, pero, vamos, que el parentesco se deducía al primer vistazo.

—Colton —repitió el hombre con los ojos visiblemente cargados de un enfado que no era nuevo—. Lárgate de aquí ya. Y como te vea merodeando por este piso, te aseguro que te prohibiré la entrada en la casa.

No se movió ni un ápice. Ninguno de los tres lo hizo por espacio de varios segundos. Segundos que parecieron eones y que hicieron que Jorie Sue sintiera unas ganas horribles de echarse a llorar.

Por fin, como despertando de un sueño que los tenía paralizados y presos de un sortilegio, ella levantó los ojos hacia su jefe y le agradeció el auxilio con un gesto pequeño que, pese a todo, supo que no había pasado inadvertido.

El joven los observó un segundo más antes de bajar con estrépito los primeros peldaños de la escalera. Al pasar junto a Troy Layton, chocó deliberadamente su delgado hombro contra la corpulenta espalda de su padre.

Estaba claro que los hombres de la casa estaban en guerra y que ella acababa de ser testigo, y acaso desencadenante, de una de las batallas del enfrentamiento familiar. Deseó, por un instante, que las armas se depusieran, al menos mientras ella alcanzaba el baño y se ponía a salvo de las balas y el fuego de mortero.

Capítulo 4
Más problemas

La ducha fría acabó por calmar los temblores de Jorie Sue, a la vez que la sumía en una extraña paz que rezó por que durara.

Los penetrantes ojos de Colton Layton se fueron desdibujando de su mente, devolviéndole la cordura que había creído perder en su presencia. Su respiración volvió a la normalidad y sus piernas dejaron de sentirse como si fueran de gelatina. También los nervios por sentirse culpable delante del señor Layton, de su enfado constante, de su semblante hundido…

Aquel hombre la tenía fascinada de un modo que no acertaba a entender. Era como si cargara sobre sus hombros con todo el peso del mundo, como si todo conspirara para molestarle, para fruncirle el ceño y hacer que viviera en un enojo perpetuo. Se prometió a si misma bajo el chorro helado de la ducha que, si estaba en su mano, haría lo que pudiera para lograr que sonriera, al menos una vez. Una sola sonrisa real, llena de alegría genuina, era lo único que le pedía, lo que se retó a conseguir.

Se secó convencida de que su propósito no podía ser muy difícil de conseguir. Sabía que pasaba por ayudar al hombre a distender la guerra abierta con su hijo mayor y a hacer que la pequeña dejara las hostilidades de lado. Para lo segundo, lo único que veía factible en ese momento, solo se le ocurría alcanzar la razón del dolor que se dibujaba en el fondo de los ojos de la niña y tratar de paliarlo. No se le ocurría muy bien cómo, pero pensó que, quizá, una vez alcanzada la razón, la solución podría llegar por su propio pie.

Cuando se acabó de vestir se sintió imbuida de unas ganas nuevas. Era como si la Jorie Sue que había huido esa mañana de su casa hubiera logrado encontrar una especie de camino por el que discurrir para no acabar perdida en una cuneta cualquiera.

Había tres cosas que Jorie adoraba en este mundo: leer historias que hablaran de grandeza y corazón, las canciones de Elvis que su abuela escuchaba en su viejo tocadiscos, y que la gente buena lograra vencer los obstáculos y alcanzara la felicidad sobre todas las cosas.

No tenía manera de confirmar que el señor Layton fuera una de esas personas que podrían catalogarse como 'gente buena', pero algo en su corazón le decía que solo debía mantener la mente abierta con él, que las circunstancias parecían estarle superando y que, quizá con un respiro, el hombre pudiera relajarse y mostrarse como realmente era.

Claro que también podía estar equivocada y, cuando eso ocurriera, descubrir que, como Bobby Dean unos años antes, había logrado

engañarla completamente. No quería volver a caer en una trampa así, era demasiado doloroso volver a sentirse engañada y sometida.

Desechó esos últimos pensamientos pesimistas y tristes de su cabeza y salió del baño con la clara intención de empezar a disfrutar esa nueva oportunidad que la vida parecía estar brindándole. Dejar atrás a Jorie Sue y abrazar a Ava Mae era una decisión sensata, aunque el miedo no se fuera del todo y las manos se le crisparan a la menor oportunidad.

Se había puesto un sencillo vestido azul marino salpicado de flores diminutas de color rojo, que suponía una mejora sustancial con respecto a su vestuario anterior. Este atuendo era mucho más recatado y podía pasar por elegante para pasear por los pasillos de esa suntuosa casa que aún la intimidaba. Era consciente de que su forma de vestir podía resultar chocante en aquel ambiente, pero tampoco es que tuviera muchas más prendas de las que echar mano. Quizá, si hablaba con su jefe le podría adelantar algo de dinero de sus honorarios, esos de los que nadie había hablado aún, para adecentar su vestuario y sentirse a la altura del ambiente que la rodeaba.

Bajó distraídamente las escaleras mientras estos pensamientos la llenaban, cuando se encontró con Vera al poner un pie en la planta baja. Se moría de hambre y de vergüenza, nadie le había ofrecido nada de comer aún ni ella había sido capaz de pedir un trozo de pan que llevarse a la boca. No le gustaba sentirse tan miserable, ni tampoco que los demás se vieran obligados a darle cosas como si fuera una necesitada.

—El señor Layton me ha pedido que le diga que la cena ya está servida. La están esperando en el comedor —dijo el ama de llaves con su cara regordeta surcada por una enorme sonrisa—. Falta Cricket. ¿Quiere que la vaya a buscar yo? Entiendo que la niña no es un asunto fácil y usted acaba de llegar, señorita.

Jorie Sue se quedó paralizada por un instante. ¿La esperaban para cenar? En sus pensamientos se le había ocurrido que su lugar como empleada de la casa era cenar, con suerte, algo apresurado en la cocina y preguntar si la necesitaban o si debía retirarse a su habitación hasta que la mandaran llamar para hacerse cargo de la niña.

Estaba claro que allí nadie le había explicado las reglas. También era verdad que ella ni siquiera había preguntado por ellas. Aún se sentía extraña, el día había sido largo y había estado lleno de sorpresas. Y ni siquiera habían cenado.

—¿Está segura de que el señor Layton quiere que cene en el comedor? ¿Con ellos? —preguntó con una inocencia que hizo que Vera sonriera con ternura—. Yo había pensado comer algo rápido en la cocina, si no suponía ninguna molestia para nadie.

—La están esperando, estoy segura —aseveró el ama de llaves mientras esperaba a que ella se moviera y acudiera al comedor—. No va a cenar en la cocina usted sola. No sería propio de una casa de bien dejar que nadie cenara solo.

Jorie Sue tragó saliva con dificultad, asimilando que tendría que sentarse con un hombre enfadado y su hijo, el ser más intimidante que había conocido nunca, en el espacio reducido de una habitación. El salón era considerablemente grande, era cierto, pero se le antojaba diminuto si ambos hombres compartían el espacio y respiraban el mismo aire.

—Yo iré a por la señorita Olivia —dijo convencida de que ese papel era el que le tocaba desempeñar. Al menos, si se presentaba en el comedor con la niña, le daría menos vergüenza sentarse junto a ellos y hacerse a la idea de que tendría que compartir ese momento con la familia al completo—. Gracias por avisarme, Vera.

—De nada, niña, no tardéis que voy a servir la sopa ahora mismo.

Al decirlo, se encaminó a la cocina, moviendo sus caderas de forma excesiva, como una matrona de siglos atrás, y dejando muy claro que, al menos por lo que daba a entender, Vera no era ni enemiga ni amenaza. Lo que resultaba un tremendo alivio con una casa con tantos frentes de guerra abiertos.

Jorie aún empleó un segundo, al pie de las escaleras, para tomar aire y acometer la difícil empresa de bajar a la niña a cenar.

—¿Puedo pasar? —preguntó abriendo la puerta una vez arriba, y tras esperar, en vano a que ella le diera paso después de llamar un par de veces. Estaba claro que la criatura no iba a poner nada de su parte en esa relación.

—No, no puedes —susurró con un desdén parecido al que le había dedicado por la tarde en el aeropuerto, derramando su exquisito acento británico por toda la habitación—. Pero vas a hacer lo que te dé la gana porque lo que yo opine te trae sin cuidado.

Estaba sentada en el suelo, con la espalda descansando sobre la cama, descalza y despeinada, casi desgreñada, como si se tratara de una cautiva real, de esas que se pasan años presas en una celda sin contacto humano. Sus ojos, claros pero llenos de tormenta, la escudriñaron de un modo que la hicieron sentir un mero insecto. También vio en ellos ganas de pisotearla como si realmente pudiera conjurarla en uno.

Se la imaginó sola toda la tarde, dedicada a desquiciarse por el castigo nada más pisar suelo americano, sin nadie que la tratara salvo Vera, que había subido en un par de ocasiones para asegurarse de que todo iba bien.

—Te equivocas en eso —aseguró Jorie Sue intentando pintar su voz con una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Lo que tú pienses

no me trae sin cuidado. De hecho, lo que tú pienses me parece tan importante que mi intención es preguntarte en cada caso tu opinión y procuraré hacer que prevalezca. Siempre que no sea descabellada, vaya en contra de mis principios o le cause daño a alguien.

La dejó sin palabras por un espacio indeterminado. La niña nunca había recibido una respuesta así, saltaba a la vista por sus ojos desorbitados, su mandíbula desencajada y el asombro más infantil rondándole el rostro. Por primera vez desde antes de oírla hablar en el aeropuerto, volvió a pensar en ella como una niña. Una simple niña inocente con la que pasar el verano.

Dio un paso hacia ella y, de algún modo, la pausa se rompió. Cricket dejó la inocencia de lado y la volvió a mirar con el ceño fruncido y los labios abiertos en una sonrisa casi cruel.

—Los demás también me prometieron cosas —dijo mirando a la pared que tenía enfrente, evitando, deliberadamente, dejar que ella viera sus ojos mientras hablaba y hasta contenía un pequeño temblor en la voz—. Lo que yo piense, al final nunca importa.

A Jorie Sue se le cayó el alma a los pies. Verdaderamente la niña era dura e iba a costarle mucho llegar hasta ella. Tenían un par de meses por delante, solo quedaba echarle arrestos y no dejarse vencer por su rencor, su desdén o su apatía. No sería fácil, pero era su tarea, su trabajo, y estaba dispuesta a dar lo mejor de ella.

Muchas veces en su vida había pasado por alguna situación parecida. Gente que no quería tenerla cerca, gente que la apartaba sistemáticamente, a la que ella se aferraba, quizá de forma muy poco sana, pero a la que estaba convencida de acabar por ayudar. Le pasó con sus hermanos, aunque todos terminaron por abandonarla en brazos de su marido. O con Bobby Dean, al que le ofreció lo mejor de su vida a cambio de palizas, desprecio y una absoluta falta de sensibilidad hacia lo que ella padecía a su lado.

Solo deseó haberse endurecido lo suficiente, a través de todos esos años y esas personas tóxicas, para lograr encarar el futuro en esa casa junto a esa niña rota.

—Tú padre quiere que bajes a cenar —le comunicó cuando entendió que no había forma cortés de acercarse a ella mientras siguiera enfadada por lo sucedido aquel día.

—Dile a mi padre que no tengo hambre.

—Vale —contestó lacónica, como si ni siquiera le importara.

Jorie Sue no se lo pensó ni un solo segundo y, a continuación, se sentó junto a ella en el suelo, mirando a la misma pared en la que Cricket tenía los ojos clavados. No parecía el plan más inteligente del mundo, pero en ese momento solo se le ocurría aquello.

—¿Qué haces? —la voz estridente de la niña, que se vio sorprendida de nuevo, hizo que su acento británico fuera aún más

marcado. Esa vocecita y su reacción hicieron sonreír ampliamente a Jorie.

La miró un instante, intentando ocultar su sonrisa delatora. Le costó mucho, pero mantuvo una seriedad autoimpuesta cuando le respondió.

—Nada. Sentarme aquí —dijo intentando sonar natural—. Si tú no bajas a cenar, yo tampoco bajo. Y como no tengo ningún lugar al que ir… pues me quedo contigo.

No estaba nada segura de su táctica. Le podía salir el tiro por la culta. La criatura podría montar en cólera y organizarle un espectáculo. Podría, incluso, atacarla para librarse de ella. Pero también podría ser que la estrategia le funcionara y acabara por claudicar.

—No puedes quedarte conmigo.

—No me veo por qué no.

—Porque no me gustas.

—Tú tampoco me gustas a mí. Así que estamos en la misma situación.

—Eres una lunática.

—Y tú, una malcriada.

—¿Cómo demonios te atreves?

—Esa lengua, señorita. Nada de improperios o me veré obligada a…

—¿A qué?

—A decirle a tu padre que te niegas a bajar —Jorie Sue lanzó el farol definitivo. No sabía si daría en la diana, pero tenía que intentarlo—. Hoy ha tenido un día difícil, no creo que te apetezca que suba él mismo a buscarte.

El semblante de la niña se demudó. Tragó saliva y apartó la mirada de nuevo. Había funcionado, pensó Jorie con una satisfacción que se cuidó mucho de que no trasluciera a través de sus gestos, no quería que la niña supiera que se acaba de anotar un tanto con ella.

—Sé que no es fácil, pero para él tampoco debe de serlo…

—¿Qué sabrás tú? —preguntó Cricket con un dolor turbio y una rabia ardiente bailándole en sus preciosos ojos claros—. Vera me ha dicho que has llegado esta misma mañana. ¿Qué sabrás tú de nada?

—No sé nada, es verdad —concedió Jorie fijando de nuevo su mirada en la pared de enfrente. Una pared decorada con un papel pintado nacarado, con flores silvestres rosas y lilas, que le daban a la habitación un aire inocente y encantador sin caer en el infantilismo que, sin duda, Cricket hubiera detestado—. Salvo que conozco a los hombres, a los padres, especialmente a los enfadados. He tenido demasiados hombres enfadados en mi vida. Tú padre no parece mala persona, pero tiene demasiado peso sobre los hombros.

—Yo soy un peso…

—No —dijo Jorie lacónicamente—. Tú deberías ser una alegría. Y lo serás, en cuanto se haga a la idea de que estás aquí. No te esperaba y hoy, por lo que he podido ver, el día ha sido muy complicado. Eso es todo.

—Si no le conoces ¿por qué lo defiendes?

—No lo hago. Solo trato de entenderle —dijo Jorie Sue con cautela—. También trato de entenderte a ti.

—Pues se te da fatal.

—Lo sé.

Por unos segundos, ambas se sumieron en un silencio pastoso que se hizo presente como una losa. Jorie Sue no sabía qué más añadir para convencerla. Presentía que, aunque pequeño, parecía haber dado un paso en la buena dirección y no quería deshacer un camino que se presentaba tan arduo. Era mejor callar, otorgar, dejarla en paz. Que la decisión que tomara pareciera realmente suya, y no dirigida por esa adulta casi desconocida que tenía sentada al lado.

Pasado un tiempo prudente de reflexión, Jorie se movió inquieta sobre la alfombra. No quería añadir nada más, pero tampoco era bueno dejar que el silencio les ganara la batalla a las dos. El movimiento despertó también a la niña de su introspección y giró la cara hacia su reciente niñera. Parecía que había tomado una decisión.

—Voy a bajar a cenar —anunció por fin—. Pero solo porque me molesta mucho que estés aquí. No quiero que vuelvas a entrar en mi habitación y a sentarte a mi lado sin mi permiso. Y ten por seguro que, voluntariamente, nunca te daré permiso.

Jorie aceptó las condiciones con un gesto afirmativo y una sonrisa condescendiente. Se levantó del suelo a la vez que se levantaba Cricket y dio gracias a los cielos por haberla hecho entrar en razón. No se podía tener más hambre que la que ella tenía en esos momentos.

*****

—La sopa está buenísima, Vera —concedió Jorie Sue tras acabar el primer plato. La sopa estaba ya medio fría, pero era cierto que estaba exquisita.

Había bajado con la niña en medio del silencio más absoluto, no solo entre ellas, en el resto de la casa no se oía nada de nada. Era como si la mansión se hubiera visto despojada de su alma de repente y Jorie se aferró a la barandilla de la escalera mientras la bajaban una junto a la otra.

Tenía miedo de que el señor Layton la regañara por tardar o a su hija, por no estar lista un poco antes. Entendía que el hombre estaba a la defensiva, de los nervios, y eso la ponía a ella aún más cardíaca.

Cuando entraron en el comedor, el dueño de la plantación, su

insolente hijo y el ama de llaves parecieron despertar de un largo letargo. Vera las recibió con una sonrisa encantadora. Colton la repasó de arriba abajo con el mismo descaro de unos minutos antes; y el señor Layton, con gesto adusto y pocas ganas de hablar, se incorporó para servir la sopa.

A Jorie Sue le gustó ese gesto. Que fuera el señor y no la criada quien sirviera le dio a entender que allí todos se consideraban familia. Ella era la única extraña y, aun así, también la sentaban a su mesa, con una consideración que a ella le hacía una ilusión tremenda. También Vera tenía su sitio, justo al lado del señor Layton, desde donde las miraba con deleite y les señalaba el sitio de cada una: la niña junto a ella. Jorie Sue, por desgracia, justo al lado de Colton, frente a la pequeña Cricket.

La cena le sentó estupendamente a su estómago hambriento. No estaba ya caliente, pero la temperatura, pese a haber descendido la noche, era aún elevada y se agradecía no haberla ingerido tras sacarla del puchero.

Todos se miraban de un modo cortés pero no cordial, salvo en el caso de Vera. Jorie Sue tenía miedo, esa era su excusa. Se sentía fuera de lugar y eso hacía que no pudiera disfrutar del momento. Era una extraña. Se sentía una extraña.

Vera agradeció sus palabras acerca de la sopa, las primeras que nadie pronunciaba en la mesa tras sentarse a ella. Le dedicó un gesto cálido, inclinando la cabeza y esbozando una tímida sonrisa de satisfacción. Vera era una mujer que la tenía fascinada, siempre de buen humor y con predisposición a hacer la vida de los demás algo mucho más agradable.

Cuando puso sobre la mesa una bandeja de lubinas al horno de aspecto impresionante, a Jorie Sue se le hizo la boca agua. No recordaba haber tomado una cena tan sabrosa desde… bueno, en realidad nunca había cenado tan bien. En su casa siempre se hizo cocina de batalla, con materias primas pobres y sencillas, que nadie sabía maridar para crear buenos platos. Ella, por descontado, no tenía ni idea de cocina tampoco, y componía recetas de lo más básico —sota, caballo y rey—, que a Bobby Dean le daban un poco igual, porque paladar educado tampoco es que tuviera. Además, su marido jamás la había llevado a cenar fuera salvo cuando tenía ganas de engullir alguna hamburguesa, en cuyo caso la llevaba al mugriento bar de Vilma, donde él solía acudir a calmar sus apetitos, todos, los alimenticios y también los carnales.

Sacó de un manotazo mental a su marido de la cabeza y se relamió cuando una lubina, que olía a gloria y la hacía salivar de anticipación, fue depositada en el plato con un buen puñado de patatas asadas y brócoli de aspecto delicioso.

El primer bocado estalló en su paladar como si se celebrara una fiesta. Estaba en su punto de cocción perfecto, con el condimento adecuado y la jugosidad necesaria para convertirlo en un manjar. Cerró los ojos de forma inconsciente, para conseguir saborear el bocado como creía que se merecía, detectando todos los aspectos que lo convertían en algo excepcional. Estaba convencida de que hasta había soltado un pequeño gemido de satisfacción.

Cuando volvió a abrirlos, se dio cuenta que todos la miraban con semblantes de lo más diverso: Vera contenía una sonrisa divertida; Cricket la miraba con asco; Colton, con los labios curvados con lascivia y el señor Layton… el dueño de la casa la miraba como si la viera por primera vez, como si acabara de percatarse de que un ser digno de consideración estaba sentado a su mesa y había llamado su regia atención. Sus ojos, dos pozos de un insondable azul, la retuvieron por un instante eterno, en el que ella se ruborizó hasta la raíz de sus cabellos. Pese a todo, Jorie Sue tampoco pudo apartar la vista de la suya, en un esfuerzo monumental por mantener la cordura en un momento que ella interpretaba como el más vergonzoso de toda su existencia.

Gracias al cielo, el timbre de la puerta los sacó a todos de la incomodidad de retomar la cena tras vivir ese instante. Jorie casi saltó de la silla al escuchar la llamada desde el exterior, y hasta le pareció de lo más normal que alguien se presentara en casa ajena a esas horas. Sin que nadie osara retenerla, se ofreció voluntaria para abrir y huir así del bochornoso momento que acababa de protagonizar.

Solo cuando estuvo ya junto a la puerta, una punzada de miedo la hizo desear no haber sido tan impulsiva. ¿Y si se trataba de Bobby Dean que había descubierto dónde estaba y pretendía llevársela enganchada por los pelos? ¿Y si su huida había acabado apenas unas horas después de haberla comenzado? ¿Y si, ahora que había saboreado por fin la libertad, la volvían a encerrar para siempre?

Temblando, abrió la puerta con una lentitud propia de las películas de suspense y el corazón casi se le sale por la boca cuando vio confirmados sus peores temores posibles. Parado en el umbral de la casa, con un gesto adusto, una altura imponente y el uniforme impoluto, un oficial de la oficina del sheriff la miraba como si tuviera prisa por llevársela presa.

Inconscientemente, dio un paso atrás y se llevó la mano al pecho, como queriendo calmar las palpitaciones que estaba sintiendo en su corazón.

—Buenas noches, señorita —saludó él esbozando una sonrisa pequeña que pretendía ser amable—. Siento importunar a estas horas, pero debo hablar con el señor Layton, ¿está en casa?

Jorie Sue respiró por un momento al comprobar que no preguntaba

directamente por ella, aunque bien podría ser que quisiera advertir a su jefe de que había dado cobijo a una esposa fugitiva con instintos pirómanos, antes de llevársela a la cárcel o, peor, devolvérsela a Bobby Dean para que él mismo aplicara la pena que creyera pertinente. Era consciente de que en su cabeza era una idea descabellada, pero todavía estaba el miedo recorriéndole las venas vertiginosamente para cuando el dueño de la casa apareció detrás de ella.

—Buenas noches, Andy —saludó cauteloso el señor Layton al oficial—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Perdona que os moleste, Troy, lo lamento de verdad —aseguró el hombre con verdadera tribulación—. Pero el sheriff Cranston me envía para llevarme al chico.

El silencio se expandió entre ellos como si fuera el humo procedente de un espray de gases lacrimógenos, invadiéndolo todo y dejando la escena en suspenso. Jorie Sue supo enseguida que el chico era Colton y que los problemas del señor Layton no hacían si no multiplicarse. Debía de estar siendo el día más aciago de su existencia.

Miró de soslayo, por espacio de un solo segundo, a su jefe, que se estaba pasando la mano por la cara, como intentando apartar de sí la sensación de fracaso que ahora mismo debía de estar consumiéndole entero.

Jorie pensó en retirarse y dejarlos solos, pero le daba miedo mover un solo dedo y que la burbuja estallara. En lugar de eso, se dedicó a mirar al oficial que traía las horribles noticias para su jefe. Era alto, enorme, rubio, con el pelo cortado como si se tratara de un miembro de las fuerzas especiales. Era joven, apenas tendría veinticinco años, y en su mirada parecía danzar la inseguridad que conllevaba su acto presente: decirle a un hombre como el señor Layton que había venido a detener a su hijo. En su casa. A la hora de la cena. Jorie Sue hasta sintió un poco de pena por el gigante rubio.

—¿Qué demonios ha hecho esta vez? —preguntó por fin el señor Layton con la voz cargada, como si sus hombros sostuvieran una carga muy pesada.

El oficial se removió antes de posar sus ojos atribulados en los del dueño de la casa. Se sentía incómodo y no sabía cómo salir de esa situación, saltaba a la vista. Jorie Sue reprimió un primer impulso de ponerle una mano sobre las suyas, para transmitirle tranquilidad o lo que quiera que el muchacho precisara para acabar con el trabajo que le habían encomendado en aquella casa.

—Anoche agredió al hijo de Phillip Redman en un bar de Semmes —anunció Andy con un hilo de voz—. Ha pasado la noche en el hospital con una conmoción en la cabeza y ha despertado hace poco. Tiene varias contusiones de consideración… y es menor de edad, Troy.

Tengo que llevármelo a comisaría.

El señor Layton cerró los ojos y tragó saliva con dificultad. Jorie Sue vio cómo apretaba su puño con fuerza, conteniendo una ira que era demasiado conocida y que amenazaba con desbordarle y ganarle la partida.

Con resignación, abrió sus profundos ojos azules, nublados de nuevo por la rabia, y asintió casi imperceptiblemente.

—¡Colton! —bramó como si la tormenta le estallara en la voz y necesitara desatarla para volver a respirar con normalidad.

Cuando el muchacho apareció en la puerta del comedor, Jorie comprendió de dónde salían su ceja partida y su mejilla amoratada, y supo que lo que decía el ayudante del sheriff era una historia con muchas probabilidades de ser cierta. Lo sintió en el alma por su padre.

—Dile a Cranston que haga con él lo que deba hacer. A mí ha dejado de importarme —le dijo a Andy sin ni siquiera clavar sus ojos en los de su hijo, que recibió sus palabras como si se tratara de un puñetazo en el estómago.

El señor Layton se dio la vuelta y los dejó allí a los tres, a Jorie se le partió el alma al verlo tan derrotado mientras subía las escaleras y se perdía en la oscuridad que proyectaba el primer piso.

Colton se recuperó en un segundo de las palabras de su padre, o eso pareció, y pintó en su rostro, de nuevo, esa sonrisa de desdén que ya le había visto en dos ocasiones anteriores. Con determinación, impelido por su propio orgullo, pasó junto a ella al encuentro del ayudante del sheriff, rozándola deliberadamente con su mano.

Ella centró en el muchacho toda su atención, como si volviera a la vida tras dejarse envolver por la tristeza y derrota del señor Layton. Sintió un extraño escalofrío que la hizo estremecerse. Más aun cuando el ayudante del sheriff lo tomó del brazo y él, dejándose llevar, pero sin perderla de vista, le guiñó un ojo como si todo fuera un juego.

El juego más cruel de la historia.

Capítulo 5

El hombre más cansado del mundo

El día había resultado largo y agotador y Jorie Sue estaba deseando ponerle fin. Pese a todo, incluso con la cabeza ya descansando sobre la mullida y fresca almohada, algo le decía que, hasta que el sueño no la tuviera acunada entre sus brazos, aún podrían seguir pasando más cosas.

Tras la marcha de Colton con el oficial del sheriff todo en la casa se volvió repentinamente mortecino, como si se hubieran fundido los plomos y se hubieran quedado sin nada de luz. Fue una sensación extraña, sobre todo para Jorie, que no comprendía nada de lo que había pasado. Cómo, se preguntaba, alguien que lo tiene todo se la juega para perderlo. Si ella tuviera siquiera la mitad de todo eso, gente que se preocupara por ella, seguridad, un techo digno sobre la cabeza… si ella lo poseyera, jamás se la jugaría ni dejaría que las cosas se desmoronaran.

Vera había reprimido unas lágrimas que la habían asaltado sin previo aviso, mientras que la niña, recién reencontrada con su hermano, se quedó tan muda y contrariada como la propia Jorie. La acompañó a su cuarto antes de encaminarse al suyo, con la vana esperanza de caer rápidamente en un sueño reparador que la hiciera borrar de la mente el dolor de los ojos del señor Layton.

Pasaban las horas y ella solo podía dar vueltas y más vueltas en la cama. El calor era asfixiante y ni siquiera el gran ventilador que colgaba del techo, sobre su enorme y majestuosa cama, le daba un respiro.

Se levantó con cierta desesperación y encendió la luz. Subió la ventana y se asomó para dejar que la brisa nocturna le acariciara la piel. Su única prenda era un camisón corto que siempre usaba en las calurosas noches estivales, pero, aun así, sintió que le sobraba. Pensó en darse una ducha fría, pero no quería molestar con el ruido de cañerías a esas horas, así que acabó decidiéndose por rebuscar entre los cajones de la cómoda o de una de las mesillas de noche, donde estaba segura de que Vera había colocado el único libro que había rescatado de su casa antes de largarse: *Orgullo y Prejuicio*, de Jane Austen. Con ella de su lado, incluso lograría olvidarse del calor, tal era el poder increíble que Jane tenía sobre ella.

Efectivamente, Vera no había puesto su libro muy lejos: estaba en el cajón de su mesilla, justo al lado de su cama, en donde se recostó a leer con sumo placer. No había nada que la novela de Jane Austen no consiguiera. Estaba ajada de tantas relecturas que tenía. Jorie Sue no había conseguido reunir una gran cantidad de novelas en su vida, pero

esa era realmente especial. Fue lo único que se compró en su viaje a Montgomery con Bobby Dean, en aquel en el que había entrado en la casa museo de los Fitzgerald. Lo vio en el escaparate de una librería y sintió cómo la novela la llamaba. Ella siempre lo describiría como un momento tremendamente espiritual. Sabía que iba a convertirse en un libro especial y, junto a los que heredó de su abuela, conformaban su pequeña colección de tesoros.

Había leído mucho a lo largo de su vida, echando mano de la biblioteca de Selma, donde vivía con su padre y sus hermanos, la del instituto, cuando empezó a pasarse allí las horas muertas sin clases, o un desvencijado cacharro, al que llamaban bibliobús, que se paseaba por los pueblos pequeños, como Chatom, para que los lugareños con ganas de lectura y pocas posibilidades, como ella, no se quedaran sin la opción de poder hacerlo. Había leído gracias a los préstamos cientos y cientos de libros, de todos los géneros, de toda clase de autores, aumentando su cultura general, su vocabulario y las ganas desmedidas de escapar del agujero en el que siempre se sintió atrapada.

Pero, por muchos libros que cayeran en sus manos, los que ella poseía, eran siempre más especiales que cualquier otro. No eran mucho, pero eran suyos. Lo único que tenía y podía llamar suyo.

Por un momento sintió una leve punzada de dolor dentro de su corazón, al darse cuenta de que solo *Orgullo y Prejuicio*, de todas sus escasas joyas literarias, se había salvado de la quema de la casa de Bobby Dean. Leyó página tras página mientras se enjugaba unas lágrimas diminutas que derramaba con pesar en memoria de sus libros perdidos. No se le ocurría mejor homenaje que hacerles que disfrutar de la lectura de su único hermano superviviente. Y lo hacía intentando convencerse de que habían caído por una buena causa, y que su abuela habría estado de acuerdo con hacerlo. Incluso, estaba convencida, la habría aplaudido de haber estado presente.

Al filo de las tres de la mañana y sin que el sueño acudiese pese a su cansancio extremo, Jorie Sue echó mano de su última arma: tomarse una infusión relajante y encomendar su alma al dios de los sueños.

Se imaginó que la casa estaría dormida para ese entonces, momento ideal para no cruzarse con nadie y no tener que explicar así lo corto que era su camisón y lo poco que tapaba. Pese al calor, un atuendo así en púbico era muy poco decoroso.

Con los pies completamente descalzos —había olvidado también coger sus pantuflas que a esas horas ya no eran sino cenizas—. Se deslizó fuera de la cama y salió sigilosa al pasillo. La casa estaba a oscuras, aunque la luna en cuarto creciente se colaba entre las ventanas que jalonaban el pasillo, al pie de las escaleras, dando a la estancia un ambiente brumoso que, lejos de asustarla, la hizo sonreír

sin motivo. No sabía la razón, pero que la luna iluminara su camino le pareció una buena señal. La primera buena señal en años.

No sabía muy bien cómo tenía Vera organizada su cocina y, desde luego, su intención no era andar fisgando ni revolver nada. Buscó a tientas algún tipo de infusión sin excitantes que le ayudara a alcanzar el deseado sueño, y tardó algo más de diez minutos en dar con un buen arsenal de ellas. Para ser justos, pese a no querer fisgar en demasía, Jorie Sue se detuvo en los detalles de esa cocina elegante y funcional, más grande que toda la casa que ella misma había hecho arder esa mañana. Le maravilló su orden, su limpieza, su practicidad… Estaba convencida de que ese rincón de la casa era de propiedad exclusiva de Vera, y que ella adoraba esa estancia, puesta a su gusto y disposición. Por un segundo, se sintió una intrusa en casa ajena, no sabía si al ama de llaves le gustaría que asaltasen su feudo en su ausencia. Así que calentó agua rápidamente en el hervidor plateado que descansaba en una esquina, echó las hiervas relajantes pertinentes en la taza, y salió de allí lo más rápido que pudo.

Al pasar junto al salón, la estancia donde esa misma tarde había conocido a Vera y a su jefe oyó el ruido de un leve movimiento y se asustó. Su corazón comenzó a latir frenéticamente, como si estuviera bombeando sangre a una velocidad supersónica. Dudó entre echar a correr, escaleras arriba, o rebuscar en su interior a ver si hallaba un atisbo de valor para comprobar el origen del sonido que la había asustado. Si hubiera hecho caso de su sentido común, era probable que se hubiera decidido por el plan A, pero Jorie Sue parecía haberse olvidado de ese sentido en concreto y, pese a la punzada de miedo que le martilleaba en el centro del pecho, hizo acopio de una valentía que dudaba poseer y se asomó, poquito a poco, por la puerta entreabierta del salón.

Todo estaba oscuro, a excepción de la escasa claridad de la noche despejada que entraba por una ventana cuyas cortinas no estaban echadas. Al principio, sus ojos no fueron capaces de distinguir nada fuera de lo común, hasta que, de nuevo, el leve movimiento volvió a producir el ruido que la había alertado, y que no era otro que el choque del cristal con alguna otra superficie.

—No se quede en la puerta, señorita Riperton —dijo la voz ebria del señor Layton desde las sombras del salón—. Es de mala educación espiar a la gente.

—Yo… yo no… —balbució ella muerta de vergüenza y regañándose por no haber seguido su camino, escaleras arriba para disfrutar de su infusión en paz y, quizá, del sueño que vendría después.

—No se apure, no la estoy reprendiendo por pasear por la casa a las tres de la mañana. Puede hacerlo… pero no me gusta que me espíen.

—Le aseguro que no le estaba espiando —afirmó ella sin moverse ni

un ápice del sitio donde había sido descubierta.

—Si es así, pase, no voy a comerla.

Lo dijo como si realmente sí se la fuera a comer, con la voz ronca, claramente impregnada de la enorme cantidad de alcohol que llevara ya en el cuerpo. Lo dijo también con cierta amargura, que fue lo que, finalmente, hizo que Jorie Sue diera un paso en su dirección y no saliera huyendo hacia su habitación. De nuevo, lo más sensato no ganó la batalla y ella se introdujo en la boca del lobo.

—No quiero molestar, solo he bajado a por una infusión porque no podía dormir…

—¿No podía dormir? Ya somos dos —añadió él esbozando una sonrisa feroz que Jorie no supo descifrar.

En ese momento justo era la viva imagen de su hijo esa misma tarde, junto a las escaleras. Los mismos ojos hambrientos, la misma sonrisa desdeñosa y cruel. No pudo evitar, como le pasara en presencia de Colton, que un escalofrío le recorriera la espina dorsal y la llenara de un frío extraño por dentro.

—Si me permite, creo que voy a retirarme…

El silencio fue toda la respuesta que obtuvo de su jefe, que se había quedado absorto, con la mirada clavada en la única ventana que aportaba algo de claridad a la estancia. Tenía un vaso lleno hasta la mitad de un líquido ambarino en una mano y, en la otra, una delicada licorera de cristal tallado con apenas tres dedos del mismo líquido del que el vaso estaba lleno. Jorie Sue supo al instante que el movimiento de rellenar el vaso era el ruido que la había alertado sobre la presencia de su jefe en el salón.

Algo en su silencio, en ese mutismo recién adquirido, la hizo permanecer en su sitio en lugar de emprender la marcha hasta su dormitorio. No supo identificar lo que la había hecho permanecer en el salón, de pie, mirándolo como si fuera un niño pequeño que necesitara consuelo. Quizá fue que recordó su propio propósito de verlo sonreír, sonreír de verdad y no con amargura, desdén o sarcasmo, lo que la hizo quedarse. De cualquier modo, tomó su decisión consciente, sabiendo que, quizá, tuviera que lidiar con las consecuencias más tarde.

—¿Se encuentra usted bien, señor Layton? —En su cara se dejaba traslucir un destello de preocupación sincera que no estuvo segura de que su jefe observara.

Él la miró un instante, antes de apurar su vaso de un solo trago. La recorrió con una parsimonia propia de quien tiene todo el tiempo del mundo, como si ella fuera una talla mariana de belleza abrumadora que había que contemplar pormenorizadamente y adorar por su impecable factura. Fue entonces consciente de que su expedición a la cocina con su exiguo camisón no había sido, para nada, una buena

idea. A duras penas se sentía vestida y pudo ver, en los ojos de su jefe, que él tampoco la visualizaba de otro modo que prácticamente desnuda.

Se llevó las manos, instintivamente, a la zona en la que se juntaban sus piernas, cerrándolas en un gesto de protección que solía utilizar muy a menudo con su marido, y que a este le volvía loco de rabia.

—Mi nombre es Troy —dijo él con la voz ronca, tomada por el alcohol y la tristeza, rompiendo el silencio—. El señor Layton era mi padre y yo odio que me llamen así. Era un cabrón sin corazón, ¿lo sabía, señorita Riperton? Un cabrón sin sentimientos que me jodió la vida. A mí y a todos los que estaban a su alrededor. Murió solo, sin más compañía que esta plantación despiadada que solo da malas noticias… que te roba el alma poco a poco. Que te agría el carácter y te deja vacío por dentro… Joder, creo que dentro de poco me voy a convertir en mi padre…

Sus palabras se fueron apagando y él volvió a fijar sus ojos en la ventana. Sin mirar siquiera, se sirvió otro trago en el vaso inclinando a ciegas la licorera. Parte del brebaje de color ámbar acabó en la alfombra y a Jorie Sue le llegó inconfundiblemente el olor fuerte y dulzón del whisky, lo que provocó que tuviera que controlar una arcada. Era el hedor de Bobby Dean cuando regresaba a casa desde el bar de Vilma, completamente borracho, oliendo a una mezcla asquerosa de licor y sexo.

—Llámame Troy, señorita Riperton, o acabaré creyéndome que soy un cabrón sin corazón como lo era él…

Al escucharle esas palabras, tan cargadas de sentimientos vencidos y dolor, dio un paso en el interior del salón. Su semidesnudez pareció dejar de preocuparla, y tomó asiento, delicadamente, en el sofá que quedaba más alejado del sillón de su jefe. No quería invadir su intimidad, solo dejarle saber que estaba allí y que podía desahogarse, que era lo que más parecía necesitar en aquel momento.

—No creo que sea usted un cabrón sin corazón —susurró ella con un hilo de voz, tanto, que no estuvo segura de que él la hubiera escuchado.

Él bebió otro sorbo de su vaso, con parsimonia, con un deleite malsano en el regodeo de su fracaso. Se sentía vulnerable, se sentía cansado, frustrado, perdido… Jorie Sue sintió el deseo de acercarse a él y acunarlo entre sus brazos, como si fuera tan pequeño como su hija, como si no fuera más que un niño que necesitara un abrazo maternal y lleno de cariño.

—Usted no me conoce, señorita Riperton —dijo él, dejando claro que sí la había oído.

—No le conozco, tiene razón, señor Layton…

—Troy —la corrigió sin mirarla siquiera.

—Troy —repitió en un hilo de voz, que fue ganando en confianza a medida que continuaba su alegato—. No le conozco, pero sé que usted sí tiene corazón. No me diga que no lo tiene porque, si así fuera, ahora mismo estaría durmiendo a pierna suelta y no preocupado por su hijo, por la niña, por la finca… reconozca que eso no lo haría alguien sin corazón.

La volvió a mirar con interés. Esta vez, con un interés no tanto físico como meramente curioso. Parecía que la estaba viendo desde un punto de vista desconocido hasta la fecha, uno que no se le había ocurrido antes. La miraba como si ella poseyera respuestas. Jorie Sue se revolvió inquieta sobre su asiento al sentir la mirada escrutadora de su jefe y lamentó haber abierto la boca de forma tan vehemente.

—No estoy preocupado, estoy enfadado —aclaró él clavando en ella sus ojos, que sí reflejaban furia en ese momento—. No lo confunda.

—No le creo, aunque, si así fuera, si usted estuviera en lo cierto, la rabia es también un sentimiento. De nuevo me daría la razón: usted tiene corazón.

—Mire, señorita Riperton…

—Ava —lo interrumpió ella del mismo modo que él había hecho previamente.

La miró con una intensidad que la hizo arrepentirse al instante de haberle desafiado así. Pero él, de un modo que la dejó totalmente indefensa, esbozó una sonrisa burlona y la señaló con el dedo, travieso.

—Muy bien jugado, Ava. Es usted muy lista —dijo arrastrando las palabras cada vez más—. Aunque ahora he pedido el hilo de lo que quería decirle…

—Quizá sea entonces el momento de irnos a la cama.

Nada más acabar la frase supo que acababa de meter la pata. El silencio lo invadió todo en su forma más sepulcral, mientras ambos se miraban a los ojos. En los de ella había pánico. En los de él, burla.

—Me refería a cada uno a su cama, claro está.

—La había entendido, Ava —dijo remarcando su nombre con un tono divertido que volvió a sorprenderla—. Además, sería muy poco profesional, ¿no le parece?

Soltó unas risotadas propias de su estado de embriaguez que hicieron palidecer a Jorie Sue. No quería entrar en ese juego, porque sabía que no se le iba a dar bien. Ni siquiera siguiendo las directrices de la trama de sus telenovelas conseguiría estar a la altura de ese juego tan peligroso.

—En efecto, lo sería —confirmó ella sin saber muy bien qué más aportar.

Su tono, en absoluto acorde con la broma de Troy Layton, lo hizo callar de inmediato. Murió la risa sardónica en sus labios, que se

humedecieron en un gesto que pretendía ser casual. La miró, serio de nuevo, y asintió con deferencia, concediéndole que la broma, quizá, llegaba demasiado pronto en su relación laboral y personal.

—Váyase usted a la cama, Ava. Descanse por lo que pueda pasar mañana —dijo indicándole con un gesto que podía irse y dejarle allí, que él no tenía ninguna intención de acostarse todavía.

—¿Y qué cree que va a pasar mañana?

—Eso no puedo decírselo porque no lo sé. Aunque…

—Aunque…

Se quedó callado mirando a la nada. En su mano izquierda la licorera se inclinaba peligrosamente, como si fuera a dejarla caer de entre sus dedos, permitiendo que se estrellara contra el suelo y se disolviera en cien mil pedazos de diminuto cristal. Jorie Sue reprimió una lágrima por la suerte de la licorera, pese a que sabía que la razón real de su llanto contenido era la fragilidad que él demostraba pese a todo el alcohol ingerido y las bromas algo subidas de tono.

—Aunque espero que el día no sea tan malo como el de hoy.

—El día no ha sido tan malo —se apresuró a rebatir Jorie Sue, convencida como estaba de todas y cada una de sus palabras—. Su hijo es solamente joven, quizá no lo haya hecho bien, pero acabará por madurar. Y tiene en casa a su hija, a la que apuesto que hacía bastante que no veía. Eso, sin duda, es una alegría grande. ¿Me lo va a negar?

Él la miró como si pretendiera aprenderse su rostro de memoria. Jorie no sabía si se había enfadado de nuevo por contradecirle, pero se había quedado muy a gusto al hacerle ver una visión diferente. Creía, sinceramente, que justo era eso lo que Troy Layton necesitaba.

—Dígame, Ava, ¿cómo cree que puede ser bueno un día en el que pierdo a la mitad de mis jornaleros por una estúpida ley y, además, mis dos únicos hijos acaban metidos en sendos líos con las autoridades locales? ¿Diría usted que el día ha sido bueno con semejante panorama?

Jorie Sue se encogió en su asiento bajo la mirada llena de fuego de su jefe. Según hablaba, había incrementado su tono, su rabia… sus esperanzas rotas se habían vertido a través de unas palabras que dolía escuchar. Y lo entendió, vaya que si lo entendió. No es que no se alegrara de ver a la niña ni le doliera que su hijo estuviera en problemas… estaba tan superado, que cualquier cosa, pequeña o grande, hubiera desbordado las aguas de su rabia. Estaba cansado, casi derrotado, estaba cerca de la desesperación.

—Creo que nada de esto hubiera pasado si me hubiera quedado en Inglaterra —dijo suavizando algo su atormentada voz, dejando que los remordimientos lo envolvieran y tomaran el control—. Si me hubiera quedado con ellos y los hubiera visto crecer, en lugar de volver a este

sitio donde nunca fui feliz a… yo qué sé, a seguir siendo infeliz, supongo.

»Me marché por culpa de mi padre. Seguí a mi ex mujer a su país para escapar de él, pero regresé en cuanto el cabrón murió de un ataque al corazón fulminante, seguro que causado por todo el mal que tenía dentro. Esa negrura que nos hizo a todos la vida imposible en esta casa durante años. No me lo pensé y regresé para demostrarle que yo podía hacer las cosas aquí mejor que él.

Hizo una pausa para tomar un trago largo de su vaso, que saboreó como si fuera lo más precioso que se hubiera llevado nunca a la boca.

—Ni siquiera supuso un problema dejar a los niños con su madre —retomó su monólogo como si Jorie Sue no estuviera presente y a su lado. Parecía un hombre hablándole a la luna, a las paredes, a Dios—. Minerva y yo no estábamos bien y ya habíamos demostrado que casarnos había sido un error. Cricket era apenas un bebé y Colton… Colton era un crío con ganas de comerse el mundo y ser como yo… sin saber que yo era un egoísta y un gilipollas y que solo tenía una cosa en la mente: vengarme de mi padre, aunque él estuviera ya muerto y esa venganza me fuera a arrebatar todo lo demás.

Se calló de nuevo, miró su vaso vacío y luego la miró a ella, como valorando si rellenarla con el licor o estampar el vaso contra la pared. La rabia seguía rezumando por cada poro de su piel y el cansancio, el cansancio más devastador que Jorie Sue había visto en toda su vida, le hacía parecer derrotado, moribundo.

—Creo que es usted demasiado duro consigo mismo —acertó a decir Jorie Sue cuando comprobó que el hombre había acabado con su alegato de culpa.

—No lo soy, Ava, solo soy un hombre que ha fracasado y que sabe que lo ha hecho. Ojalá no fuera tan jodidamente consciente de mi fracaso.

—De lo que creo que no es consciente es de que hay cosas que se escapan a su control —dijo ella en apenas un susurro.

—Se escapan a mi control porque hace tiempo me desentendí de ellos… ahora mis hijos son como son y actúan como lo hacen porque yo me desentendí de ellos y los dejé con una mujer, como mínimo, tan egoísta como yo —bufó él ya sin ganas de seguir luchando contra sus propios delitos—. No se esfuerce en convencerme, la culpa es solo mía.

—Pero lo que ocurre en sus campos no lo es —alegó ella con vehemencia—. Eso no es su culpa ni consecuencia de nada que haya hecho antes. Y sus hijos… está a tiempo de todo con ellos. Cricket no ha cumplido ni los diez y puede llegar a ella. Colton le costará más, pero estoy convencida de que podrá con él, solo está pasando una etapa.

—Me temo que Colton está ya perdido… ni siquiera toma su medicación y yo… yo estoy harto de intentar hacerlo bien con él sin obtener respuestas —volvió el enfado a su voz, aunque claramente estaba más enfadado consigo mismo que con su hijo.

—Señor Layton, yo…

—Troy —volvió a corregirle él.

—Troy —repitió ella con la voz más dulce de la que fue capaz.

Él suavizó la suya poco a poco, como si fuera incapaz de mostrarse enfadado con ella, como si no se lo mereciera.

—Lo siento, Ava, siento haberla hablado mal, usted no se lo merece. Si le soy sincero, usted es lo único bueno del día de hoy.

Jorie Sue se quedó sin aliento por un segundo. En toda su vida nadie, nunca antes, le había dicho que ella era lo único bueno del día. Debía de haber muerto y haber ascendido al cielo, porque era como un auténtico sueño. Esbozó una tímida sonrisa y evitó mirarle a los ojos para que no viera el rubor que, de pronto, le cubría las mejillas.

—Usted ha sido muy bueno conmigo justo cuando más lo necesitaba —susurró—. No lo creerá, pero me ha salvado la vida esta mañana.

Troy Layton la miró con una curiosidad renovada y ella sintió una punzada de miedo. Había hablado demasiado, por muy borracho que estuviera y por mucho que él se hubiera abierto con ella esa noche, ella no podía hacer lo mismo. No iba a contarle sus culpas, sus pecados, su miseria. No quería que él le tuviera lástima por los abusos sufridos toda la vida o, peor, que la echara de su casa al conocer su manera de ponerle fin a esa clase de vida.

Sabía que él esperaba algo más de ella, pero no estaba preparada, por mucho que se obligara, no iba a salirle nada. Los nervios la amenazaron con escaparse por su boca y sintió la necesidad de poner tierra de por medio entre ambos. Pero no podía dejarlo así, embriagado por la pena, el alcohol y la culpa, así que se levantó de su asiento, lo miró a los ojos y solo supo hacer una cosa por él, justo en ese momento.

—Si me permite, creo que ya ha bebido suficiente —dijo acercándose a él y quitándole de las manos la licorera casi vacía y el vaso.

Al hacerlo, le rozó la piel y un sentimiento desconocido la invadió. No supo definirlo ni quiso pararse a analizarlo. Era algo nuevo, una sensación cómoda y, a la vez, devastadora. De algún modo, era como sentir fuego y hielo a la vez en su interior.

Él la miró, con intensidad, con pena también. Con derrota, con una amarga impresión anclada a sus ojos azules.

Jorie Sue se retiró dando dos pasos hacia atrás. No era buena idea seguir tan cerca de él, no se lo podía permitir.

—Voy a prepararle un vaso de leche caliente para ayudarle a conciliar el sueño y luego se irá a dormir.

Se giró y no le dio ninguna opción de réplica, ninguna razón para rechazar su ofrecimiento o negarse a su propuesta.

Jorie enfiló el camino a la cocina con el corazón a mil por hora. Sus manos le temblaban al tomar una taza del mismo sitio donde había encontrado la suya, con la infusión que había dejado, abandonada y medio fría, en el salón, junto a él.

Sirvió leche y la metió en el microondas, aplicó el tiempo y esperó, con las manos apoyadas en la encimera, crispadas, con los nudillos blancos de la tensión. Cuando lo sintió detrás de ella, cuando sus pasos le llegaron claros y su olor a whisky, madera y lágrimas lo llenó todo, Jorie Sue quiso salir corriendo, esconderse y desaparecer. Pero él era el hombre más atribulado del mundo, el más cansado, y sabía que no podría decirle que no, a nada, porque a ella la habían educado para eso, y era complicado deshacerse del yugo, sobre todo si el yugo tenía sus ojos y su olor.

Troy Layton la giró despacio, clavó su mirada en ella y derramó su alma en ese momento que compartieron, ambos, uno dentro del otro, ojo sobre ojo, mano sobre mano. Él acercó uno de sus dedos a su mentón y lo paseó por sus labios, semiabiertos, esperándole.

Cuando él se inclinó sobre ella y descargó su pena en un beso lleno de ganas, furia y dolor, Jorie Sue supo que él la necesitaba más que el aire para respirar justo en ese momento. Pero también supo que, si le ayudaba esa noche a matar los fantasmas, ella tendría que volver a huir por la mañana, en busca quizá del mar, en busca de otra oportunidad, en busca de sí misma.

Su beso se hizo profundo. Troy Layton bajó sus manos hasta posarlas en las nalgas de Jorie, la levantó en el aire, la acercó más a él, dejándole percibir su anhelo y su deseo. Ella le devolvía el beso como si le estuviera salvando, mientras su corazón latía a mil por hora y se decía a sí misma que debía pararle si deseaba una oportunidad.

«*Páralo. Para esto. Debes hacerlo*».

Quizá era que nunca nadie la había tocado así, con esas ganas devastadoras, con esa desesperación, o quizá era que sabía que ella, de pronto, se había convertido en su única esperanza para no darse por vencido… de un modo u otro, pese a que quiso ser racional, el deseo se impuso y ella también le acarició la amplia espalda, enredó las manos en su pelo, y deseó bajar hasta tocar su trasero, que imaginaba firme a través de sus vaqueros desgastados.

Quería ayudarle, quería sacarle del pozo de desesperación en el que andaba perdido, quería ayudarle a calmar los gritos y las pesadillas… quería...

El sonido del microondas los sorprendió y el corazón de Jorie Sue

se paró por una milésima de segundo. Fue suficiente para devolverle la cordura.

Lo miró a los ojos durante un segundo. Unos ojos llenos de miedo y dolor contenido. Se separó de él con movimientos lentos y parsimoniosos, sin perder el contacto visual. Cuando sus pies tocaron el suelo de nuevo, él movió la cabeza, negando, suplicando que no lo dejara allí.

Pero ella no podía ayudarlo más esa noche. Había dado demasiado y demasiado estaba en juego. Le limpió una lágrima que empezaba a recorrer su mejilla y le dio un beso, dulce, comprensivo y suave, en ese mismo lugar, como si pretendiera sellar el sitio donde su lágrima había muerto.

Cuando se fue y lo dejó atrás, en la cocina, oyó cómo él dejaba escapar un suspiro, y supo que había hecho lo correcto. Por ella. Por él. Por los dos.

Capítulo 6
Una habitación vacía

Había noches en las que Jorie Sue no soñaba nada. Noches blancas, noches sin nada que la agitara o la removiera. Esas noches eran sus favoritas, aunque, por desgracia, eran pocas, muy pocas.

Otras noches, la mayoría, soñaba que se ahogaba. Soñaba pesadillas inclementes que la atormentaban y la sumían en una angustia difícil de describir. Eran sueños tan reales que dolían, sueños en los que su fascinación por un mar que nunca había visto se unía a la pesadilla de verse atrapada bajo las aguas, sin poder respirar ni escapar de la prisión acuática que la mantenía lejos de la superficie.

Cuando una de esas pesadillas la despertaban en mitad de la noche, le costaba volver a encontrar su respiración de verdad, le costaba volver a creerse que solo había sido un sueño y que el aire entraba realmente en sus pulmones con normalidad.

Esa noche soñó, como tantas otras noches. Soñó que llegaba al mar, que sus pies lo tocaban con alegría, que sentía en su cuerpo la fuerza de las olas y que se dejaba llevar. Soñó que se adentraba en las aguas de un mar embravecido de pronto, soñó que el océano se la iba tragando poco a poco, con furia, como si la reclamase para su reino marino, para quedársela para siempre, para que descansara entre sus brazos.

Jorie Sue se agitó en sus sueños, esperando la pesadilla, que le faltara el aire, que la desesperación comenzara a engullirla y acabara por vencerla. Pero, por alguna extraña razón, ese momento no llegó. De pronto, sin saber cómo ni por qué, algo había cambiado dentro de ella. Sin que Jorie hiciera nada al respecto, sus pulmones se empezaron a adaptar al medio, y fue capaz de respirar bajo el agua, como si fuera lo más natural del mundo. Con un asombro que no supo disimular, comenzó a controlar el miedo y a dar paso a una nueva dimensión que nunca creyó posible: podía nadar, moverse sin angustia, disfrutar de estar ahí abajo, sepultada por las aguas, en perfecta paz, rodeada de silencio y una nueva realidad azul que llenaba su corazón de alegría.

Cuando abrió los ojos y vio que la luz del sol quería colarse a través de los resquicios que dejaban entrever las cortinas de su habitación, supo que había descansado por primera vez en muchos días y sonrió. Algo había cambiado y, aunque era incapaz de señalar el qué, sabía que ese cambio iba a traerle cosas mejores que las que dejaba atrás. Miró el reloj que descansaba en su mesilla de noche y comprobó que eran las nueve de la mañana y que, pese a todo, solo había dormido unas cinco horas.

Se duchó y se vistió despacio, evitando centrar sus pensamientos en lo que había pasado la noche anterior entre ella y su jefe. Se había ido a la cama con los nervios y los sentimientos alterados. No sabía qué creer, que sentir, qué paso dar a continuación.

Se había acomodado entre las sábanas temblando de pies a cabeza y aún tardó bastante en lograr serenar el bombeo incesante y frenético de su agitado corazón. Los labios de Troy Layton le palpitaban dentro de los suyos y su aroma se le había colado hasta el centro de su pecho, donde sabía que iba a costarle mucho sacarlo. Rememoró su tacto suave pero urgente, su manera de cargarla y hacer que respirara su propio aire. Era todo tan diferente a sus encuentros apresurados, bruscos y sin calor con Bobby Dean que tuvo que cerrar los ojos a causa del dolor que sintió en su interior. Tantos años entregados al bruto de su marido cuando había hombres que eran capaces de volverte de gelatina solo con rozarte la piel…

Cuando estuvo lista, ataviada con un peto con falda de color blanco y una camiseta azul con el logo de Superman plasmado en medio de su pecho, bajó a desayunar antes de ponerse a las órdenes de su jefe en lo concerniente a su hija. No sabía cómo iba a reaccionar en su presencia después de lo que había ocurrido en esa misma cocina hacia la que se encaminaba con paso vacilante. Peor aún, no sabía cómo reaccionaría él al volver a verla. Si el alcohol que había corrido por sus venas actuaría como un potente narcótico que le hiciera olvidar la conversación del salón y el beso en su cocina o si, consciente plenamente de sus actos, decidiera prescindir de su ayuda con la niña… al fin y al cabo, ¿quién querría en su casa a alguien que deja colgado a su propio jefe incluso si sus requerimientos no fueran precisamente de lo más ortodoxo?

Según se acercaba al piso de abajo, la voz inconfundible de Fred Astaire llenaba el aire con su *Cheek to Cheek*, mientras se oía a Vera cantando con él en perfecta armonía. Un aroma delicioso a café recién hecho, tostadas y mantequilla fresca lo inundaba todo, creando el ambiente perfecto para disfrutar de un desayuno reconstituyente de calidad.

Respiró hondo antes de entrar en la cocina, por si se encontraba con Troy Layton, pero solo estaba Vera, moviendo las caderas al ritmo de la vieja canción que parecía tenerla absorta. Estaba acabando de hacer una buena bandeja de tostadas cuando se giró al oírla entrar en su feudo.

Jorie Sue esbozó la mejor de sus sonrisas para el ama de llaves, que la recibió con la alegría incuestionable de quien disfruta con la compañía ajena. Con un solo gesto la hizo sentar en la enorme mesa de la cocina y le colocó delante la bandeja de las tostadas, antes de ir a buscar la jarra con el café y una taza.

—No sé cómo te gusta el café, cielo —dijo después de bajar un par de puntos el volumen de la música y dejar a Fred Astaire a un nivel mucho más adecuado para hablar en su presencia—. Pero apuesto a que las tostadas sí te gustan… sírvete las que quieras ahora que están calentitas y hay bastantes. En unos minutos llegarán los muchachos y esos no dejan ni las migas.

Sus labios se curvaron en una sonrisa mientras esperaba su respuesta sobre el café y Jorie Sue supo que, fácilmente, muy, muy fácilmente, se podría acostumbrar a aquello… nunca, nadie, en toda su vida, le había preparado el desayuno. Ni siquiera nadie le había preguntado cómo le gustaba el café.

—Me gusta con un poco de leche, gracias —se explicó para que Vera le llenara la taza—. ¿Qué quieres decir con que llegarán los muchachos?

—Los muchachos, los jornaleros —aclaró Vera—. Entran a trabajar muy temprano en esta época del año, antes de que apriete el sol y el campo se haga impracticable. Troy les insta a que, alrededor de las diez de la mañana, dejen sus quehaceres y se acerquen aquí a desayunar como Dios manda. Algunos empiezan la jornada con apenas un té en el cuerpo… así no se puede rendir ni es humano dejarlos que trabajen, porque la labor es dura en muchas ocasiones.

Jorie Sue se admiró de que un jefe tratara a sus trabajadores con tal consideración. Nunca había oído nada semejante del lugar del que ella procedía y entendió que había formas de hacer las cosas bastante diferentes a lo que ella estaba acostumbrada. En su pueblo y en el pueblo en el que se había criado, nadie trataba bien a sus semejantes solo porque sí. Normalmente había siempre una razón para hacerlo y ni siquiera ser parte de la familia era motivo suficiente para ser agradables los unos con los otros.

—¿Y…? ¿Y el señor Layton? —preguntó Jorie Sue con la voz temblorosa. No quería darle pistas a Vera sobre su desasosiego, pero se dio cuenta de que el ama de llaves era de lo más perspicaz porque se la quedó mirando como si la evaluara. Antes de que le notara más turbación aún, cayó en que no había hecho la pregunta correcta—. ¿Y la señorita Cricket? ¿Debería ir a buscarla para desayunar?

Vera ladeó la cabeza pensativa, luego negó con una sonrisa y puso otra cafetera al fuego.

—Coma tranquila —dijo sin levantar los ojos de sus quehaceres—. La niña ha dormido mal por el *jet lag*, deje que se despierte sin que la llamemos, tiene bien merecido no madrugar.

Guardó silencio unos segundos tras responder a la pregunta sobre Cricket y Jorie Sue se convenció de que lo hacía adrede, guardando la respuesta que más le interesaba solo por el mero hecho de hacerla sufrir. Sufrir solo un poco, lo justo para que rabiara un rato, porque

enseguida se giró y le mostró su enorme sonrisa de nuevo.

—Troy ha ido a pagar la fianza de Colton —aseguró complacida con el propósito de su patrón—. A intentarlo, al menos.

Jorie Sue sonrió también. No sabía por qué, pero algo le decía que la fianza de Colton tenía algo que ver con la conversación de la noche pasada. Quizá Troy Layton no estaba tan borracho como ella pensaba o puede que, en realidad, nada de eso tuviera relación con ella y con su conversación en el salón.

—Vera —dijo Jorie Sue de pronto, recordando algo que su jefe había dicho de pasada mientras hablaban—. El señor Layton dijo que Colton ya no tomaba su medicación… ¿Le sucede algo grave?

El ama de llaves se volvió a mirarla, evaluando lo que sabía y lo que, más o menos, podría averiguar por ella misma. Saltaba a la vista que el tema era delicado. Jorie Sue se dio cuenta por la forma en la que Vera torcía el gesto y, también, por la nube de turbación que le cubrió la mirada por un instante. Deseó no haber sacado el tema, pero la verdad era que, desde que Troy Layton lo había mencionado dentro de su alegato de dolor de la noche anterior, algo dentro de ella se quedó con la necesidad de esclarecer lo que pudiera sucederle a Colton.

—Entiendo que no hablen de ello —se disculpó atropelladamente mirando la comida sobre la mesa, cuando se dio cuenta de que el tema era algo que le costaba digerir al ama de llaves—. Siento haber preguntado.

Vera se sentó en la mesa, a su lado, y clavó sus ojos oscuros en los de ella, serios, obstinados, llenos de preocupación, pero también de un cariño que se le desbordaba. Asintió levemente y pareció encontrarla digna de la confianza de la familia, porque comenzó a hablar, no sin dificultad.

—Es un tema espinoso. —Su voz apenas era un susurro—. Sé que no es mera curiosidad lo que te lleva a preguntar, pero todo en torno a Colton es delicado.

—Entiendo —acertó a decir ella, asintiendo comprensiva a las palabras de Vera—. De verdad que no pasa nada, no necesito saber más. Yo solo…

El ama de llaves sopesó si seguir sentada y contar más o volver a sus labores en la cocina. Finalmente, y tras lo que pareció una ardua lucha interior, sonrió tristemente y puso una de sus enormes manos oscuras sobre la de Jorie Sue, al tiempo que entornaba sus hermosos ojos oscuros.

—Cariño, si te quedas en esta casa, deberías conocer los detalles que componen las personalidades de los que la habitamos —dijo con seguridad—. Aunque no sé si debo ser yo quien te cuente algo que no responde a nada mío. Solo te puedo decir que Colton tiene un

diagnóstico complicado, que no tiene ninguna dolencia física y que, para más detalles, acudas a Troy, que seguro que sabrá resolver todas tus dudas al respecto.

Con un sonoro suspiro, Vera se levantó de la silla y se volvió para seguir preparando el desayuno de los jornaleros. Jorie Sue, completamente fascinada por las palabras del ama de llaves, intentó contener la enorme curiosidad que todo el asunto despertaba en ella. Tendría que acudir a la fuente principal, reunir el valor suficiente para preguntarle a Troy Layton sobre ello, aunque Troy Layton le diera un miedo atroz después de lo de anoche, sobre todo por desconocer qué pasaría en su relación laboral después de besarla.

Intentando desterrar de su cabeza los besos de su jefe y sus ganas de saber más acerca de la enfermedad de Colton, se dispuso a disfrutar de su desayuno con toda la información que había logrado reunir y con la tranquilidad de saber que su jefe no andaba cerca. Cuanto más dilatara el momento del encuentro, mejor para sus pobres nervios. Así que se sirvió una generosa ración de tostadas en el plato, que acompañó con beicon y huevos revueltos que Vera tenía ya preparados y a buen recaudo, y se sintió tan saciada al terminar, que creyó no poder levantarse de la mesa siquiera.

Cuando ya las voces de los jornaleros se oían próximas a la casa, Jorie Sue recogió su plato y apuró su segunda taza de café. Lo metió todo en el lavavajillas y le dio un beso en la mejilla a Vera, era lo menos que podía hacer por sentirse tan bien cuidada.

—Gracias —le dijo al ama de llaves cuando se alejaba escaleras arriba en busca de la niña—. Gracias por hacer que me sienta en casa.

Estaba contenta. Estaba relajada. Con el estómago lleno y la presión fuera por saber a Troy Layton fuera de la casa, subió al piso de arriba pensando que ese día, su segundo día en compañía de esa gente, podía ser una gran jornada, sobre todo si su jefe sacaba a su hijo de comisaría y podía traerlo con él. Probablemente no se sentiría muy contento de desembolsar una cuantiosa cantidad de dinero por el mal comportamiento de Colton, pero la recompensa podía ser grande, podía empezar a construir algo nuevo con él.

Enfiló el pasillo hasta la habitación de Cricket, que permanecía en absoluto silencio. Ya habían dado las diez y la niña no daba señales de vida, así que Jorie Sue se atrevió a girar el pomo de la puerta y asomar la cabeza.

Todo estaba en penumbra. La luz no acertaba siquiera a trascender las enormes y pesadas cortinas que permanecían echadas para mantener a raya al inclemente sol de julio. Jorie entró sin hacer apenas ruido y corrió un poco, apenas unos centímetros, la cortina de la ventana más alejada de la cama.

La luz, pese al poco espacio que se le permitió, lo inundó todo de

una manera casi cegadora, al menos hasta que sus ojos se acostumbraron a esa nueva claridad. Se giró sobre sí misma, dispuesta a despertar a la niña sin brusquedad, pero con una enorme sonrisa en los labios. Quería dar buena impresión, comenzar de cero con ella, hilvanar una nueva historia en la que no la apartara sistemáticamente de su lado sin dejar que se conociesen.

La cama estaba vacía. Casi no estaba ni deshecha, apenas presentaba las arrugas propias de haber dormitado encima, sin llegar a meterse entre las sábanas en ningún momento.

Al principio, antes de que llegara el pánico y lo inundara todo, pensó en cosas racionales. Pensó en Cricket muerta de calor, durmiendo sobre la hermosa colcha llena de pensamientos y violetas, preciosos bordados hechos a mano, porque el calor de Alabama era demasiado intenso para una niña que había partido de Londres apenas unas horas antes. Pensó que el calor no la había dejado dormir y, ahora, para ponerle remedio, estaba en el baño, dándose una ducha fría. Pensó que, quizá, había ido a acostarse a la cama de su padre por la noche, acuciada por alguna pesadilla y por un arrebato de cariño que le había hecho dar el paso de romper su orgullo infantil. Pensó, finalmente, que se había levantado temprano y había salido a dar una vuelta por la finca, al fin y al cabo, conocía el lugar y llevaba muchos meses sin pisarlo.

Poco a poco, mientras las hipótesis circulaban vertiginosas por delante de sus ojos asustados, supo, de alguna manera que no pudo explicarse, que ninguna de ellas era correcta. Que Cricket no estaba en su cama por voluntad propia y que, lejos de estar en un lugar de fácil localización, la niña había cometido la imprudencia de escaparse de la casa, probablemente para llamar la atención o para aplacar el dolor que, sin duda, le producía el hecho de sentirse un peón en el juego de adultos que se traían sus padres.

Procuró que no se le notara la turbación cuando, pese a todo, recorrió el primer piso buscando como una loca, para despejar dudas, para asegurarse de que su oscura corazonada era cierta. Miró dentro de los baños, de todas las habitaciones, incluida la suya propia, y luego repitió la operación con toda la planta baja, exceptuando la cocina, donde un puñado de hombres desayunaban complacidos bajo el cuidado amoroso de una Vera encantada de darles de comer. Ni rastro de Cricket por ninguna parte.

Desechó la opción de alertar al ama de llaves, porque sabía que su única oportunidad de encontrarla sin hacer mucho ruido era hacerlo sin contar con Vera quien, sin lugar a dudas, pondría el grito en el cielo y daría la voz de alarma en el mismo instante en que supiera que la niña no aparecía por ninguna parte. Antes de que eso ocurriera, Jorie Sue quería tener su propia ocasión para hacer una búsqueda

silenciosa y resolver lo que fuera que había motivado la huida.

Pero, en realidad ni conocía a Cricket, ni conocía la hacienda ni, mucho menos, tenía idea alguna de por dónde empezar su búsqueda desesperada.

Cuando estaba a punto de salir al exterior, el pomo de la puerta giró y un rayo de esperanza se dibujó en su rostro contrito.

—¡Ava! Buenos días, ¿qué tal estás? —saludó alegremente Dixon entrando en la casa—. El mecánico vendrá en un par de horas, te mantendré informada.

—Dixon, gracias al cielo —le abordó ella empujándolo de nuevo fuera de la casa.

—¿Pasa algo? ¿Puedo ayudarte? —preguntó el capataz de lo más contrariado.

—Desde luego que puedes —aseguró Jorie Sue buscando con la mirada la *pickup* del hombre—. Necesito que me lleves a conocer el rancho.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo, y necesito conocer las partes *peligrosas* —dijo poniendo énfasis en la palabra que más miedo le daba y que peor se lo estaba haciendo pasar en relación a la desaparición de la niña—. Si voy a cuidar de la señorita Cricket es fundamental que conozca el terreno y los potenciales peligros, ¿no te parece?

—Pero…

—Por favor, Dixon —dijo componiendo su mirada de súplica, sabiendo que no le iba a fallar—. Por favor, antes de que vuelva el señor Layton, necesito esto para hacer bien mi trabajo.

El capataz asintió despacio. Jorie Sue no estaba segura de si había sido su mirada de súplica o la desesperación real que debían de trasladar sus ojos desde el primer vistazo. La verdad es que estaba terriblemente asustada y no sabía cómo era capaz de mantener a raya la ansiedad hasta el punto de parecer casi normal.

—Sube a la camioneta —claudicó por fin—. Pero me permitirás que te haga el tour corto, hoy hay mucha faena y andamos muy escasos de personal.

—Claro, no quiero causarte problemas.

Y lo decía en serio. Sabía lo que le estaba pidiendo, pero también la necesidad acuciante de su causa. La niña podía estar en peligro y necesitaba saber que había hecho cuanto había estado en su mano para ponerla a salvo. Si todo eso fallaba, siempre había tiempo de poner a todos sobre aviso e iniciar un protocolo de búsqueda más organizado y profesional. De momento, ella echaría el resto para evitarles el disgusto a los demás.

Cuando Dixon puso el vehículo en marcha, su corazón se aceleró de una forma similar al motor del coche. Cricket podía estar en cualquier

parte y la finca se le antojaba enorme. El capataz se dirigió al norte, a la parte más alejada de la plantación, pasando por delante de los cobertizos y las casas de los jornaleros. Decidió que, si no la encontraba en las partes peligrosas, lo que sería un alivio, volvería sobre sus pasos y repasaría con lupa los graneros, las viviendas de los temporeros y los cobertizos de herramientas, todos ellos buenos lugares para esconderse, aunque bastante transitados en horas de labor como para que una niña de nueve años pasase desapercibida.

El camino que los llevaba a las tierras situadas más al norte estaba inusualmente seco para esa época del año, cuando siempre había exceso de humedad y lluvias. Se notaba que el año estaba siendo anormalmente seco. Las temperaturas ese verano eran más altas de lo normal y las precipitaciones más escasas, lo que, unido a la baja oferta profesional para manejar los campos, podía suponer el peor año para los granjeros de Alabama en décadas. Afortunadamente, se anunciaban lluvias para esa misma semana, y eso diluía algo la poca bonanza agraria de ese verano ardiente.

Pese a todo, los campos estaban en flor, esplendorosos y muy próximos a su fecha de cosecha. Todo alrededor era blanco y hermoso y daba gusto dejar vagar la vista por el paisaje aledaño.

Junto a los campos de cultivo se alzaban algunos graneros y cobertizos, sin duda, útiles para guardar semillas, maquinaria y herramienta y no tener que mover nada de todas esas cosas de unos terrenos a otros. La finca era grande y había que optimizar al máximo si se querían sacar beneficios aceptables. Se fijó en que todos los cobertizos, al menos los que quedaban cerca de la carretera, estaban cerrados con enormes candados, lo que los descartaba como escondites de una fugitiva de nueve años, a menos que se hubiera hecho con las llaves y jugara con una ventaja que ellos desconocían.

Uno de ellos, sin embargo, había desaparecido engullido por las llamas, componiendo un paisaje extraño, negro y moribundo, entre el verdor de los campos en su máximo esplendor estival. Dixon le contó que había habido un incendió en esa zona hacía poco, y que los restos de lo que había sido un granero de la época de la Guerra de Secesión, aún no habían sido retirados por esa falta de personal que los estaba volviendo locos a todos en la plantación desde la salida de la maldita ley de inmigración.

Al fondo del camino se observaba una construcción de madera medio ruinosa, junto a la que Dixon aparcó la camioneta. No habían pasado más de diez minutos desde que salieron de la casa grande, y Jorie Sue calculó que, en media hora se podía llegar andando a buen paso, incluso para una niña de la edad de Cricket. Si ella tuviera nueve años y estuviera huyendo, se le podía antojar ese lugar como posible escondite.

—Estas tierras se llaman *Higher Ground* y son muy adecuadas para el cultivo del algodón —le explicó Dixon haciendo gala de su enorme sabiduría agraria, complementando con datos interesantes la vuelta de reconocimiento que creía que Jorie Sue estaba dando—. Llevan dando algodón de la mejor calidad cerca de dos siglos y medio, según contaba el viejo Layton. Y yo doy fe de que nunca, desde que trabajo en la plantación, hemos tenido mala cosecha en *Higher Ground*.

Sonrió mientras, orgulloso, hablaba de las tierras de su jefe como si las sintiera como propias. Pero no propias de posesión, sino de sentirse responsable de ellas, lleno de satisfacción por todos los logros que obtuvieran.

Jorie Sue le devolvió el gesto, intentando parecer agradable, pero estaba demasiado nerviosa para pararse a charlar sobre agricultura dentro de la camioneta.

Pensaba continuamente en la noche anterior, en las tribulaciones de Troy Layton, en cómo se sentía responsable de todo lo malo que sucedía alrededor de sus hijos, y se prometió a sí misma que eso, la huida de Cricket, no iba a ser un problema más que sumar a la pesada carga que el hombre ya soportaba.

Sin parecer descortés con Dixon, pero sin poder disimular ya su desasosiego y sus miedos, bajó del vehículo y enfiló el camino hacia el cobertizo medio caído, con la esperanza de hallar algo a lo que aferrarse para no acabar por volverse loca.

Sus pasos eran rápidos, casi frenéticos. Cuando alcanzó la desvencijada puerta echó una ojeada y vio que dentro todo era un desastre, demasiado para albergar a una niña de nueve años. Quizá un adulto sí pudiera hacer de ese lugar un escondite duradero, pero no se imaginó a Cricket allí, sola, lejos de la seguridad que daba la gente, la casa de su padre, la *civilización*. Se giró sobre sí misma y se llevó las manos a la cabeza, con los nervios intentando colapsar sus neuronas y sus pensamientos racionales.

Estaba claro que la hazaña era más complicada de lo que pensaba en un principio y que estaba perdiendo el control.

—¿Hay…? —empezó intentando poner orden en sus palabras—. ¿Hay algún pozo en la finca? ¿Algún lugar extremadamente peligroso? ¿Algún sitio que podamos mirar?

Dixon la había seguido con paso más calmo y con la certeza, ya a esas alturas, de que algo pasaba. Por sus ojos cargados de interrogaciones, dudas y algo de miedo, parecía empezar a entender la magnitud del desasosiego en aumento de Jorie Sue, y la razón también.

—¿Puedo saber qué es lo que pasa realmente? —le preguntó sin cortapisas.

No había necesidad de seguir manteniéndolo en secreto. Era

patente que necesitaba la colaboración de alguien que conociera la finca y pudiera ayudarla a dar con la niña antes de que fuera demasiado tarde.

Se volvió de cara a él, conteniendo las lágrimas que luchaban por abrirse paso y tratando de calmar el temblor de su voz. Lo miró a los ojos y retuvo un escalofrío. Sabía que Dixon era la persona adecuada para ayudarla a llevar esa carga.

—La niña… —empezó crispada—. La niña no estaba en su habitación esta mañana y no había ni rastro de ella. Tengo que encontrarla antes de que vuelva su padre. ¿Lo entiendes, Dixon? No llevo aquí ni veinticuatro horas y ya la he perdido.

El hombre le sujetó los hombros e hizo que le mirara a los ojos. Necesitaba que se centrara y que calmara esos nervios que no iban a servir de ninguna ayuda.

Jorie se sintió anclada a la tierra que pisaban al notar las manos del capataz sobre ella, era como entender que no estaba sola, que todo podía mejorar si alguien hacía de esa misión algo compartido y ella podía dejar de soportar el peso de una culpa que no dejaba de echarse.

«*Y si hubiera pasado antes por su habitación. Y si hubiera tenido un sueño más ligero. Y si se hubiera tomado más en serio su labor con Cricket y no se hubiera pasado la noche intentando consolar a su padre. Y si…*»

—¿Por qué no lo has dicho antes? —dijo y Jorie Sue supo que estaba conteniendo las ganas de gritar—. ¿Cuándo fue la última que vez que la viste?

Jorie tragó saliva. Se sentía como cuando tenía doce años y su padre la reprendía por haber dejado que alguno de sus hermanos se escapara de casa y se fuera a los recreativos a gastar un dinero que no tenían. No quiso volver a esos recuerdos, necesitaba centrarse en Cricket y no es su propia miseria.

—La vi anoche —contestó procurando serenarse sin mucho éxito—. La acompañé a su habitación y yo me fui a la mía. Y esta mañana no estaba, y me asusté mucho. Pensé que si la encontraba sin que nadie supiera que no estaba, no habría motivo para preocupar a nadie. Pero esto es muy grande y no tengo ni idea de cómo piensa una niña de nueve años recién llegada de Inglaterra, enfadada con el mundo y con mucha mala leche.

Algo cruzó el gesto del capataz, que pareció asentir en silencio y se relajó visiblemente.

—Por suerte para ti, creo que yo sí lo sé —dijo Dixon con una sonrisa enigmática mientras le soltaba los hombros y le hacía un gesto para que la siguiera de nuevo al interior de la camioneta.

De algún modo, sin saber si saltar, gritar o romper a llorar, Jorie Sue volvía a tener esperanzas y a pensar que aún podía ahorrarle a Troy Layton una piedra más en su montaña de tristezas.

Capítulo 7

La flor enjaulada

El camino de vuelta le pareció mucho más largo a Jorie Sue.

No podía explicarse qué sentimientos se arremolinaban en el centro de su pecho, pero algo en la actitud de Dixon le daba cierta esperanza a la que no supo si agarrarse. Sería peor la decepción si la suposición del capataz no era correcta y no quería desplomarse y perder la opción de encontrar a la niña.

El capataz la miraba de hito en hito, sabedor de los nervios de su acompañante. Procuró correr, pero el camino tampoco era bueno para volar por las pistas entre cultivos.

—Si mi corazonada es buena, no tardaremos en dar con ella —quiso tranquilizarla con una sonrisa amplia que contenía una calma que Jorie envidió profundamente.

Quería creerle con tantas fuerzas que le dolía hasta el corazón con ese deseo.

—¿Dónde está? —quiso saber, dejando escapar una nota de histerismo en su voz.

Se replegó en el asiento mientras lo miraba con la necesidad de conocer el destino al que se acercaban más despacio de lo que le gustaría. Tenía que matar el tiempo, necesitaba que le contara algo, que la mantuviera distraída.

—Por favor, dime dónde está…

—Te lo diré —accedió él—. Te diré dónde creo que se esconde. Pero antes deja que te cuente una pequeña historia, Ava, algo que creo que debes saber para manejar a la pequeña Cricket y no acabar enferma de preocupación y con los nervios disparados.

Jorie Sue asintió agradecida. Dixon iba a darle justo lo que necesitaba, palabras para hacerle olvidar que tenía el corazón en un puño y la sangre bombeándole con fuerza en las sienes. Le hizo un gesto para que continuara y se obligó a sí misma a relajar su respiración desacompasada y distender todo su cuerpo, que mantenía en una tensión dolorosa.

—La señorita Cricket no nació aquí —comenzó él con un tono claro y lleno de cariño—. Fue la primera Layton que no lo hacía desde que la plantación se levantó allá por 1850. Eso, lejos de mantenerla separada de la finca, la ha unido más si cabe. No creo que haya nadie en el mundo que haya disfrutado más sus veranos en estas tierras.

Calló un segundo para evocar recuerdos nostálgicos que le hicieron aflorar una sonrisa paternal y cálida en sus viejos labios. Se aclaró la voz y continuó sin darse cuenta de cuánto transmitía con sus gestos y cuánto amor tenía guardado para la niña en cada una de sus palabras.

—Siempre ha sido traviesa, mucho —siguió ensanchando aún más su sonrisa—. Las personas encargadas de cuidarla siempre acababan por renunciar y se largaban en busca de niños menos movidos, menos revoltosos y más dóciles. Una mujer, en concreto, puso hasta una denuncia por daños y perjuicios. Al parecer, Cricket le robó la pintura de las vallas a un jornalero y se la colocó en el sombrero de la niñera, cuando quiso ponérselo, se le estropeó todo el conjunto de ropa, además del sombrero y el pelo requirió de un corte completo…

Rio al recordarlo, como si la escena hubiera compuesto un cuadro verdaderamente divertido, Jorie Sue también sonrió al imaginarse a la mujer cubierta de pintura, aunque entendió que a ella no le hiciera ni la más mínima gracia.

—La niñera montó en cólera y le dio un tortazo a la niña de proporciones bíblicas, tanto que la tumbó del golpe. Ella, lejos de amilanarse, se levantó y le lanzó el resto del cubo de pintura a la cara, para acabar de completar su obra. Tenía solo seis años.

Jorie se sintió momentáneamente orgullosa de la niña y sus arrestos, ella era de las que rara vez devolvían el golpe y se quedaban amilanadas en un rincón. Al menos, hasta que le había dado por convertir su vida pasada en cenizas… Si Cricket era así ya con seis años, sabía que nada, nunca, iba a arrinconarla, y eso solo podía alegrarla.

—Siempre era así, pero de un modo totalmente adorable. Un diablo de pelo rojo, como la llamábamos todos —continuó Dixon—. Su padre y Vera la reprendían cuando se pasaba de la raya y Colton se encargaba de que las cosas no pasaran de meras travesuras, aunque a veces también le tocaba a él sufrirlas. Recuerdo que una vez que él no la dejó entrar en su cuarto una tarde de lluvia en la que ella estaba muy aburrida. Para vengarse, entró a hurtadillas cuando él no estaba y le robó todos sus cómics de *Star Wars*, que acabaron en el abrevadero viejo de los caballos, irrecuperables. Eran su tesoro más preciado, se montó un buen revuelo entre los dos y estuvieron casi todo el verano sin hablarse.

»Aunque la niña es más que todo eso. Ha dado mil alegrías a la gente de aquí. Cuando se ríe… cuando se oye su risa tú eres incapaz de contener la tuya, es contagiosa, te lo aseguro. Es generosa con aquellos a los que quiere, y hasta cariñosa. Pero también tiene en los ojos una tristeza que yo nunca antes había visto en alguien tan pequeño. Se parece a la de su hermano, ambos son como dos niños rotos que no saben realmente a dónde pertenecen… a veces mirarles me parte el corazón en dos.

Jorie no pudo negar esa última afirmación, porque a ella le pasaba igual con Cricket. No sabía qué podía producir tal tristeza, pero lo cierto es que era tan visible que dolía.

—Aún no la conozco mucho, obviamente —añadió ella—, pero noto algo que va más allá de las travesuras… Hace daño intencionadamente y no se comporta como si midiera las consecuencias de sus actos y sus palabras.

—Sí, sé a qué se refiere…

—Ayer destrozó el avión que la traía a casa y conmigo fue mezquina de un modo que me resultó impactante… ni siquiera me conocía y usó todo su arsenal de crueldades contra mí —le informó Jorie que, enseguida, tuvo la sensación de que la estaba acusando, como si fuera una chivata cualquiera que pretendiera que hicieran pagar a quien le había hecho daño.

No era esa su intención, solo pretendía informar de lo que ella había vivido con Cricket, que distaba bastante de la niña simplemente traviesa que Dixon le estaba describiendo. El capataz asintió y ella se relajó al comprobar que no pensaba mal de ella por hablarle del comportamiento reprochable de la niña.

—A finales del verano pasado empezó a pasar. —La voz de Dixon ahora mostraba más preocupación que otra cosa—. Su comportamiento se volvió mucho más cruel y buscaba el daño por el daño. Troy incluso tuvo que pedirle a Minerva que viniera a buscarla, él era incapaz de controlarla.

—¿Sabes si le había pasado algo?

—Bueno, solo puedo especular, pero se empezaron a producir cambios a su alrededor —continuó el capataz—. Colton ya no era un niño y no le hacía tanto caso. Su madre se acababa de prometer con el hombre con el que se va a casar y a ella la habían matriculado en un internado al que no quería ir, y… bueno, Troy empezó a salir con Lisbeth, y ella los vio antes de que él pudiera decírselo con tacto. Así que… supongo que todo a la vez la superó.

El corazón de Jorie se volvió a acelerar al oír que Troy Layton salía con alguien, lo cual era estúpido, se dijo, porque a ella eso no debería importarle. Y, además, era lógico que saliera con chicas, con mujeres, era un hombre atractivo con toda la vida por delante. Con un gesto mecánico, se apartó un mechón de la cara mientras procuraba arrinconar esos pensamientos tan perturbadores en algún sitio de su cabeza, donde no le causaran más confusiones ni latidos de corazón salidos de ritmo. No podía enfrentarse a eso en ese preciso momento.

—El que su madre la haya metido en ese avión a todo correr no ha debido de ayudar mucho —dijo Dixon meditabundo—. Ni tampoco lo de su hermano, que todavía es muy reciente.

Ahí estaba otra vez la mención al problema de Colton. La curiosidad de Jorie Sue rallaba la obsesión, pero, para ser justa, creía que debía hacer caso a las palabras y el consejo de Vera y preguntarle a Troy Layton sobre el caso de su hijo. Incluso, si la apuraban, quizá

debería ser el propio Colton el que se lo contara, si es que aceptaba, respetando así su intimidad. Al fin y al cabo, cuando había problemas médicos, se exigía tacto y confidencialidad y solo dependía del paciente decidir si lo compartía o no. Pese a todo, las ganas de saber y, sobre todo, lograr encajar a Colton y sus circunstancias en el rompecabezas que suponía ayudar a Cricket, hicieron que deseara, más que nunca, obtener respuestas.

—Para mí Colton es un misterio aún mayor que su hermana —casi susurró Jorie Sue, convencida de que Dixon la entendería.

—Lo es, créeme, Ava, lo es.

—¿Lo que le pasó…? —se atrevió a preguntar con mucha cautela—. ¿Lo que le pasó tuvo que ver con Cricket?

Dixon guardó silencio durante unos instantes que a Jorie Sue se le hicieron eternos. Tuvo miedo, de repente, de que el capataz la acusara de ser demasiado curiosa y de meter las narices donde no le incumbía. Pero el hombre esbozó una sonrisa triste y la miró un segundo antes de responder a su pregunta.

—Supongo que todo lo que le acontece a esta familia tiene que ver… Yo no sé, pero comparten todos una tristeza que da que pensar.

Jorie Sue estuvo de acuerdo con las palabras de Dixon. Ella no provenía de un hogar feliz, pero nunca había visto tanta gente desdichada junta. En su casa no había muestras de cariño y todo era excesivo y negruzco, sobre todo el desdén y el desprecio por lo ajeno. En la plantación, en cambio, la vida era de un gris atenuado, como si el tiempo hubiera detenido todo, colocando un filtro perlado que hacía que nada pudiera brillar. Era una sensación extraña que la hacía sentir como si fuera una intrusa que se hubiera colado en el cuadro de un pintor que miraba la realidad con unas gafas distorsionadas. No era capaz de explicar mejor la sensación que percibía de esas gentes y ese entorno, aunque estaba segura de que todo ello tenía remedio y de que, con las herramientas adecuadas y, sobre todo, con la dedicación, las ganas y la intención necesaria, el filtro podría desaparecer para hacer que los colores, a su alrededor, brillaran tanto como si reflejaran el mismo sol.

—¿Dónde está la niña, Dixon? —preguntó ella con el corazón embargado por parte de esa tristeza que emanaba todo a su alrededor.

Antes de contestar, el capataz paró la camioneta y Jorie Sue se dio cuenta de que estaban en la zona de viviendas de los jornaleros, la parte en la que había pensado mirar más tarde sin ninguna esperanza, porque pensó que jamás alguien huiría para esconderse a la vista de todos.

—Deja que te acabe de hablar de ella.

—Pero la niña…

—Sí tengo razón, estará sana y salva.

Ante ese alegato y la seguridad con la que el capataz la hizo, a Jorie no le quedó más remedio que aceptar las condiciones sin rechistar. Por absurdo que fuera, por mucho que fuera contra su instinto de protección y sus ganas de aclarar el misterio de su desaparición. Sabía que necesitaba detalles sobre Cricket para conocerla y comprenderla mejor, pero, justo en ese momento, Dixon bien podía dejarlos para más adelante, para cuando la cría estuviera localizada y ella pudiera volver a respirar con normalidad.

—En sus veranos aquí, Cricket se enamoró de Alabama con toda su alma —retomó Dixon—. Era como si hubiera nacido aquí, como si todos fuéramos su familia. Nos trataba con una familiaridad impensable para lo poco que os veía y todos la tomamos un cariño sin mesura. Cuando hacía una de las suyas, la cubríamos o la escondíamos, y cuando necesitaba refugio, cada uno de nosotros le abría los brazos. Pero de todas las personas en esta plantación, Cricket tenía una que brillaba más que las demás. Estoy convencida de que aún hoy, con todo lo que ha cambiado, lo es. Siempre ha habido dos cosas que han fascinado a Cricket de Alabama sobre todas las demás, las Damas Azalea[1] y Martha Morgan.

No podía más con la intriga, Jorie Sue se hubiera mordido las uñas de haberlas tenido largas. Hizo un amago de bajarse de la camioneta, pero se contuvo, porque sabía que Dixon no le diría nada si se marchaba a buscarla por su cuenta.

—Y tanto las Damas Azalea como Martha Morgan convergen en un solo lugar: la primera casa de la izquierda —señaló el capataz con el dedo, mientras la miraba con una sonrisa confiada en la que Jorie Sue quiso creer.

—¿Quién vive ahí? —preguntó ella—. ¿Quién es Martha Morgan?

Dixon sonrió mientras se apeaba del vehículo e invitaba a su acompañante a hacer lo mismo. Si lo que decía el capataz era cierto, la pesadilla podía terminar cruzando el umbral de esa casa, la primera de la hilera, la más bonita, la única decorada con flores turquesas, amarillas y fucsias en sus ventanas y su pequeño balcón. Todas las casas tenían la misma hechura, tamaño y elementos arquitectónicos. Todas era blancas, pequeñas y coquetas, como si fueran una urbanización que reprodujera a escala la casa grande. Pero la vivienda que señalaba Dixon destacaba por encima de todas las demás. Tenía personalidad, vida, y hasta se podía respirar la importancia de la casa, sensación que no generaba ninguna de las otras.

—Martha es la hija mayor de Vera —dijo él sacándole de una de sus dudas, aunque en su cabeza aún se movían muchísimos más interrogantes—. Es una persona muy… muy especial a quien Cricket adora. Lo hace desde pequeña y, por mucho que hayan cambiado las cosas, estoy convencida de que ha venido a refugiarse entre sus

brazos, como cada vez que se la ha complicado algo o la ha necesitado.

Jorie Sue se preguntó que tendría de especial esa mujer. Qué la haría merecedora de ese cariño tan intenso del que no parecían disfrutar los demás (a excepción, quizá, de Vera). Se acercó a la puerta de la casa junto a Dixon, y rezó todas las oraciones que se sabía para que el capataz no estuviera equivocado. Lo deseaba tanto que, a esas alturas, estaba convencida de que tenía que ser cierto, que estaba a punto de encontrarla.

—La casa es preciosa —admiró Jorie Sue, que era incapaz de mantener sus ojos alejados de la colorida fachada repleta de flores.

—¿Qué esperabas siendo el lugar donde vive Vera? —replicó él como señalando una obviedad.

—Di por hecho que Vera vivía en la casa grande.

—Vera se pasa allí gran parte del día, supervisando, arreglando, dirigiendo… pero vive aquí —aclaró—. Con su hija. Esta casa pertenece a su familia desde hace generaciones. Nació aquí, como han nacido aquí todas las personas de su familia desde que formaban parte de la plantación como una posesión más. La familia de Vera lleva unida a los Layton durante siglos.

—¿Quieres decir que los antepasados de Vera eran esclavos de los Layton y, pese a todo, se mantuvieron aquí una vez abolida la esclavitud? —preguntó asombrada Jorie Sue, que estaba realmente fascinada por ese dato.

—Has visto muchas películas y te han contado muchas historias, me parece a mí —rio el capataz—. No todos los métodos de los esclavistas suponían torturas y mal vivir para los esclavos. Está documentado que muchos de ellos eligieron quedarse en las plantaciones, de forma legal y remunerada, una vez se abolió aquella tara. Date cuenta de que algunos no sabían hacer otra cosa, que el miedo a lo desconocido era grande y que, por mucha libertad que se les diera para ir a donde quisieran, aquí en el sur no se les consideraba ciudadanos de primera, y para ellos solo quedaban los peores trabajos. Era mejor seguir en un sitio conocido para aquellos con serias dudas sobre un futuro mejor lejos de donde habían nacido. La familia de Vera fue de esa opinión, y se mantuvo unida a la plantación durante generaciones… o sea, hasta el día de hoy.

Jorie estaba maravillada con la historia de Vera, pero se impuso de nuevo la urgencia de localizar a la niña. Quiso entonces llamar a la puerta, pero Dixon no se lo permitió. Directamente tomó el pomo de metal y, antes de empujar la pequeña puerta de madera para entrar dentro de la casa, se volvió a ella y la miró con solemnidad.

—Que no le engañe su aspecto —la advirtió con serenidad y una sonrisa beatífica en los labios, mientras se despojaba de su sombrero

como gesto de cortesía antes de traspasar el umbral de la casa—. Como le he dicho, Martha es especial, aunque la vea muy deteriorada físicamente. Su mente es ágil y sus réplicas están a la altura de cualquiera de nosotros. De hecho, es una de las personas más sensibles e inteligentes que conozco.

Dicho esto, empujó la puerta y traspasó el umbral de la casa con familiaridad, como si estuviera acostumbrado a entrar allí e hiciera eso muy a menudo.

La pequeña vivienda era tan bonita y coqueta por dentro como lo era por fuera. Estaba decorada con sencillez, pero con mucho gusto, aunando lo clásico con pequeños toques modernos. La cocina, que se veía abierta al pasar junto a ella, era funcional y vanguardista, con la misma practicidad y modernidad que la de la casa grande. Los techos, aunque bajos, no daban sensación de agobio y el salón, al que llegaron desde un pasillo diáfano y claro, era una pieza perfecta para sentirse a gusto de inmediato. Pese a todo, algo desentonaba en esa habitación grande, la más amplia de toda la casa. Al lado de un sofá grande y de aspecto cómodo, conviviendo con los muebles de madera oscura y toque *vintage*, había una serie de elementos distorsionantes que parecían fuera de lugar.

Desde el salón se accedía, a través de unas puertas francesas, al pequeño jardín trasero que cada casita poseía. En este se podían ver árboles, flores y hasta un pequeño huerto. Las puertas estaban abiertas y, a través de ellas llegaban voces. Una de ellas, inconfundiblemente, pertenecía a Cricket Layton.

El suspiro de alivio que Jorie Sue soltó fue tan evidente que hasta Dixon dejó escapar una carcajada discreta y cómplice. Con la mano sobre su espalda, la animó a recorrer los metros que los separaban del jardín, a donde se dirigieron sin dudarlo.

La escena maravilló a Jorie de un modo asombroso. En el jardín, plenamente en vida gracias a la época del año y a los cuidados que sin duda recibía a diario, una mujer recostada en una silla de ruedas extremadamente complicada y moderna escuchaba cómo Cricket le leía en voz alta con un cariño y una ternura que era difícil de asumir viniendo de la niña cruel y desdeñosa que ella había conocido el día anterior. Estaba recostada en una tumbona de estilo playero, imitando la posición de Martha Morgan que, a su lado, era incapaz de mover ningún músculo, pero la escuchaba atenta, como si lo único importante de todo el universo fuera la niña y su voz.

—«*El reloj dio las seis y, tras barrer el hogar, Beth acercó a él un par de zapatillas viejas para que se calentaran. Aquello tuvo un efecto tranquilizador en las muchachas, pues sabían que significaba que su madre no tardaría en volver. Se prepararon para recibirla. Meg dejó de sermonear a sus hermanas y encendió la lamparita, Amy se levantó de la butaca sin*

que se lo pidieran y Jo se olvidó de lo cansada que estaba y se incorporó para sostener las zapatillas cerca de las llamas».

Jorie Sue reconoció uno de los primeros párrafos de *Mujercitas*, otra de esas obras de referencia que se había leído mil veces por ser uno de los pocos libros que heredó de su abuela. Entendía por qué Cricket leía con esa emoción, la misma que ella había sentido al leerlo por primera vez, al cumplir los ocho años.

No pudo evitar esbozar una sonrisa y verse a ella misma en los gestos, la voz y el entusiasmo de la niña. Daba gusto verla, tan relajada y feliz que no parecía ella misma, como si fuera una niña de nueve años con una infancia normal, sin rastro de dolor, frustración, desdén o crueldad dentro de ella.

A los pies de la silla donde yacía Martha Morgan se encontraba desplegado un álbum de fotos, abierto por una página cualquiera, donde se veía a una joven risueña y jovial, vestida con uno de los vistosos trajes de las Damas Azalea en tono lavanda. Las fotos tenían ese aire algo rancio de las imágenes antiguas, lo que hizo pensar a Jorie que tendrían, al menos veinte años o más. En ellas, la chica lucía su preciosa piel canela con orgullo, como si ser una mujer de color y estar incluida en ese selecto grupo fuera lo más importante del mundo.

Jorie Sue se fijó entonces en la mujer de la silla de ruedas, en Martha Morgan, la hija de Vera. Estaba muy delgada y su cuerpo permanecía rígido al lado del de la niña. Su silla era moderna y sofisticada, aunque Jorie Sue sintió una punzada de compasión que no pudo disimular. La mujer parecía no poder mover más músculos que sus globos oculares y ser presa de esa silla, de un cuerpo que no le respondía.

Se acercaron un paso más, revelando su presencia. Cricket dejó de leer inmediatamente y los miró, devolviendo a sus ojos ese gesto de cinismo y arrogancia que, ahora sí, tan familiar le resultó a Jorie Sue. Apartó la novela y le dedicó una última mirada de cariño a Martha, antes de encararse a ellos.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —casi chilló rozando la histeria—. Tú no puedes estar aquí —dijo señalando a Jorie con un dedo amenazante y el rostro desencajado—. ¿Por qué la has traído, Dixon, por qué no podéis olvidaros todos de mí?

Jorie Sue retrocedió un paso por el impacto de esas palabras, que la dejaron sin aliento. Miró, por un instante, a la mujer de la silla, y vio que estaba poniendo el respaldo recto de su silla mediante un mecanismo parecido a un *joystick* y que manejaba con la mano agarrotada, como si fuera de piedra. Así mismo, con un movimiento similar, comenzó a mover su silla hasta ellos. Jorie pudo verla más de cerca, con más detalle, y comprobó que debía de ser extremadamente

costosa, y que llevaba una especie de pantalla de ordenador en la parte izquierda, a la altura de su agarrotada mano, en la zona contraria al *joystick* que manejaba la silla.

Se fijó en sus rasgos entonces, al tenerla más cerca. Había algo familiar en ella, pese a la piel más clara, pese a la delgadez extrema y los estragos calamitosos de la enfermedad, no cabía duda de que era hija de Vera. Algo que se le hacía conocido, que le daba una seguridad, algo que de verdad la ubicaba y le daba personalidad lejos de esa silla y de la enfermedad que la tuviera presa.

—Hola, usted debe de ser esa horrible chica que ha salido de la nada. —La voz que salió de Martha Morgan no era de Martha Morgan propiamente dicha. Sonaba humana pero no lo era, y salía, de algún modo, del aparato de la parte izquierda, de la pantalla de ordenador.

Jorie Sue pensó que eso ya lo había visto antes, aunque ahora no acertara a precisar cuándo ni dónde.

Pese a sus palabras sin inflexión debido a la pronunciación tecnológica, Jorie supo al instante que estaba repitiendo las palabras textuales de Cricket para convertirlas en una broma. Le gustó Martha Morgan inmediatamente, pese a que acababa de llamarla *esa chica horrible* a la cara.

—Y usted debe de ser Martha Morgan, la hija de Vera.

—La misma —dijo la voz metálica mientras los ojos de ambas se encontraban y, de algún modo, esbozaban una sonrisa.

Era curioso comprobar cómo los ojos de Martha tenían una vida difícil de explicar, aunque siendo la única parte visiblemente viva de toda su anatomía, era normal que así fuera.

En la silla, y en posición erguida, Martha parecía como si estuviera retorcida sobre sí misma. Las extremidades agarrotadas y el torso encogido, la cabeza ladeada y la boca, con una mueca perenne de asombro y duda.

Jorie Sue se preguntó qué clase de Dios manda algo así a una persona, una muchacha que tuvo la vitalidad de la salud y la juventud, como se veía en las fotos ataviada como Dama Azalea, y que ahora estaba condenada a sufrir la muerte de su propio cuerpo mientras su conciencia seguía viva en el interior. Era como si la flor que había sido en otro tiempo ahora viviera presa, enjaulada dentro de su propio cuerpo.

—¡Quiero que te vayas! —volvió a chillar Cricket cuando vio que entre Martha y Jorie Sue parecía circular una corriente de simpatía.

—Mi niña —dijo la voz tecnológica de Martha—. Susan está a punto de venir a buscarme para mi masaje de media mañana, creo que es mejor que te vayas con ella a casa.

Cricket se quedó de una pieza, tan asombrada que no fue capaz de pronunciar un alegato que luchaba en su interior por salir a la

superficie y convencerla de lo contrario.

—Mañana podrás venir otro rato y continuaremos con *Mujercitas* —convino la mujer—. Me muero por saber cómo sigue.

—¿De verdad quieres que me vaya? —preguntó la niña con un tono de voz lastimero, como si le estuviera preguntando si ella también tenía previsto dejarla de lado, como hacían todos los demás.

Jorie Sue fue consciente de que Cricket se sentía tan sola, que cualquier clase de abandono, incluso el que no lo era como tal, la afectaban de manera significativa. Los ojos de Martha, expresivos como pocos, mostraron una pena que los turbaron por unos momentos. Estaba claro que no quería alejar a la niña, pero quería darle a Jorie una oportunidad, casa que ella agradeció infinitamente.

—Sabes que nunca quiero que te vayas, cariño —dijo Martha—. Nunca, nunca, nunca. Pero ya conoces a Susan, no le gusta trabajar bajo supervisión y cuando estoy tumbada para mi masaje ni siquiera puedo contestar cuando me hablas…

Cricket era muy lista y muy intuitiva, en su rostro se veía perfectamente que sabía la carta que Martha estaba jugando con ella, aunque estaba claro que le valían sus palabras, sobre todo escuchar que nunca quería separarse de ella.

—Vuelve mañana —le pidió—. Prométemelo.

—Mañana volverá —aseguró Jorie Sue sin pensárselo mucho, lo que le ganó una mirada airada de su joven protegida.

—No hace falta que contestes por mí —contestó con indignación ante la intromisión de Jorie.

—No, claro que no —concedió esta—. Pero sí es necesario que yo sepa dónde estás para evitarme el susto de esta mañana. Si te vuelves a escapar sin permiso, habrá consecuencias.

Un silencio tenso se impuso entre ambas, como dos titanes uno frente a otro, dispuestos a descargar la artillería pesada al menor parpadeo.

—Cricket te avisará —prometió Martha en nombre de la niña, rompiendo el ambiente de clara hostilidad entre las dos—. Si no lo hace, no podrá quedarse más.

Jorie Sue no sabía cómo agradecerle que le allanara el terreno con Cricket, aunque temía consecuencias que, de ningún modo quería que la mujer acabara por pagar. Estaba claro que adoraba a la niña tanto como Cricket la quería a ella, y no quería que su balsa de aceite naufragara en aguas turbulentas por su intervención. Algo le decía, no obstante, que Martha Morgan era más que capaz de manejar el mar embravecido que suponía una Cricket Layton en pleno ataque de rabia desatada.

Jorie Sue agachó ligeramente la cabeza en dirección a Martha, en un claro gesto de agradecimiento y admiración. No sabía cómo pagar

el tacto de la mujer para hacer que Jorie no pareciera la mala de la película. Pese a todo, sabía que Cricket seguiría echándole la culpa de todo a ella.

—Te odio —dijo pasando junto a Jorie y dejándole esa perla como pago por arrancarla del calor de Martha.

El camino a casa iba a ser sumamente tenso.

Capítulo 8
Sin promesas

Mientras la camioneta de Dixon las acercaba a ambas a casa, el silencio era espeso, tenso, era una barrera insalvable entre ambas.

Jorie Sue sabía que tenía de decir algo para evitar que el ambiente se enquistara del todo, pero también sabía que no serviría de nada con la niña tan enfadada como estaba al salir de la vivienda de Martha Morgan. Pensó que era mejor que se desinflara, que dejara que la rabia se le escapara del cuerpo poco a poco antes de hablar con ella y hacerla razonar.

¿Sería posible que solo llevara veinticuatro horas en esa casa? Sentía como si el tiempo se hubiera detenido, como si fuera ya una veterana en la plantación, al cuidado de Cricket, custodiando la tristeza de Troy Layton, preocupada por la suerte de Colton y enamorada hasta las trancas de Martha Morgan, la mujer más fascinante que había conocido jamás.

Estaba realmente bloqueada en cuanto a su manera de proceder con la niña. Se debatía entre dos opciones, opuestas ambas, cuyas consecuencias podrían acertar con ella, o alejarla definitivamente. Con sus experiencias con sus hermanos en una mano y sus maratones de telenovelas en la otra, le quedaba jugar el papel de poli bueno (la heroína de la historia) o de poli malo (la villana del culebrón). Cuál de los roles jugar era su máxima preocupación en esos momentos.

Llegaron a la casa en unos minutos y Cricket salió del vehículo sin ni siquiera despedirse de Dixon. Jorie Sue le agradeció todo su tiempo y su enorme ayuda con un beso rápido en la mejilla. Cuando estaba a punto de salir de la camioneta para correr tras Cricket y evitar que se le escapara, el capataz la sujetó de la mano para retenerla un momento.

—Lo estás haciendo muy bien, Ava.

No añadió nada más y la soltó con suavidad. Sonrió ligeramente y le indicó con un gesto que se diera prisa en salir detrás de la pequeña. Jorie Sue se sintió abrumada por ese comentario. En absoluto pensaba que estuviera haciendo nada bien con Cricket, que iba siempre un paso por delante, siempre un poco más enfadada, siempre con el cuchillo en alto, dispuesta a clavárselo en el mismo centro del corazón.

Pero se lo agradecía, vaya si lo hacía.

Subió las escaleras a toda prisa y llegó hasta Cricket antes de que la niña se pudiera escabullir en su habitación.

—Tenemos que hablar, señorita —la apostilló sin darle oportunidad para volver a escapar de ella—. Lo de hoy no puede repetirse.

—¡No necesito un perro guardián aquí, tengo edad suficiente para ir a dónde me dé la gana yo sola! —escupió sin poder disimular la rabia y el dolor.

Sin mediar palabra, Jorie la tomó del brazo y la metió dentro de su habitación, cerrando la puerta tras ellas. No pensaba montar ningún número en el pasillo. No cuando Cricket estaba dispuesta a dejar desbordar la ira acumulada sin medir las consecuencias.

—Quiero que me escuches un segundo —le dijo con el tono de voz más comedido del que fue capaz—. Quiero que…

—¡No quiero promesas! —volvió a chillar Cricket—. ¡Nada de promesas o… o no respondo de mis actos!

Jorie la estudió un segundo, convencida de que decía la verdad y de que no podía contrariarla si no quería que todo se les fuera (aún más) de las manos.

—No voy a prometerte nada —accedió—. Pero escúchame y no vuelvas a gritarme, o me iré por esa puerta y no podrás escuchar mi oferta ni lo que puedes sacar tú de bueno con ella. Tú decides.

Se miraron, se volvieron a medir. Los ojos de Cricket echaban unas chispas azules que Jorie Sue vio claramente cómo se iban aplacando con muchísima dificultad. La cría estaba haciendo un esfuerzo dantesco por rebajar su tono, su enfado y hasta sus ganas de sacarla a patadas de su habitación. Estaba claro que había picado el anzuelo y Jorie se regodeaba en ello mientras se alababa a sí misma por escoger la opción de villana de la historia. El poli malo acababa de entrar en acción.

—Te vas a levantar todos los días y vas a bajar a desayunar conmigo y, si es posible, con el resto de tu familia —comenzó Jorie Sue intentando que su voz sonara calmada e inflexible. Cricket hizo amago de intervenir para emitir una protesta por las palabras de la joven, pero Jorie la atajó de inmediato, levantando un dedo de su mano derecha, exigiendo el silencio al que la niña había accedido abandonando su lucha abierta—. Luego podrás ir a ver a Martha, dos horas como mucho para no fatigarla, y yo te llevaré y te traeré, sin rechistar y sin quejarte. Si Martha no se encuentra bien, no la vamos a molestar, y eso tampoco admite discusión. Nadaremos en la piscina si el tiempo acompaña, o nos dedicaremos a alguna actividad de interior si no lo hace. Después de comer echarás la siesta o te relajarás en tu habitación, hasta que baje un poco el sol, que podrás hacer lo que quieras, siempre que me lo digas antes y yo esté de acuerdo. Antes de cenar pasarás algo de tiempo con tu padre o tu hermano si ellos no están ocupados y, finalmente, después de cenar, podrás irte a tu habitación a leer o a la sala de arriba a ver un rato la tele.

Cuando Jorie Sue acabó la enumeración del horario que había ido construyendo sobre la marcha, pero que creyó bastante adecuado para

tener a Cricket bajo su estrecha vigilancia, la niña aún tardó unos momentos en reaccionar. Jorie no supo si la había abrumado e iba a echarse a llorar, o acabaría por reírse en su cara por lo absurdo de su actuación. Estaba segura de que no había estado a la altura de una mala de televisión en condiciones, pero sí sabía que el mensaje, aunque no la hubiera acabado de convencer, le estaba haciendo pensar.

—¿Y qué demonios saco yo con seguir tus estúpidas pautas? —alegó la niña una vez se hubo recuperado de su asombro inicial.

—Ganas que yo no me meta en tu vida más de lo necesario, que no le vaya a tu padre con el cuento de tus diabluras, incluida la de hoy de escaparte sin permiso de nadie y sin avisar a ninguna persona, y que, en la medida de lo posible, lo mantendré alejado de ti —enumeró Jorie muy seria y muy segura de sí misma—. Si eso es lo que quieres, claro está.

La niña volvió a quedarse sin palabras. Estaba claro que le estaba dando vueltas a toda la propuesta, valorando si realmente ella salía ganando en algo. Era desconfiada, reticente y muy lista, eso saltaba a la vista, pero Jorie Sue creyó ver una fisura, una grieta diminuta, que podía significar la caída, poco a poco, del muro de su orgullo y su desdén.

—Y desde luego, toda esa planificación no está escrita en piedra —añadió Jorie con la intención de darle un poco de cancha, de dejar salir un poco al poli bueno y ver cómo reaccionaba su oponente—. Podemos hacer cosas que tú quieras, como ir de compras, a la biblioteca a buscar más libros para que le leas a Martha o a pasear…

—Preciosa la estampa, tú y yo, caminando cogidas de la mano hacia la puesta de sol… verdaderamente encantador —se burló la niña con la voz aguda. Jorie torció el gesto en una sonrisa condescendiente. Se lo merecía, supo encajar el golpe y volvió a meterse en el papel de la villana.

—O podemos recurrir a castigos, a retirarte privilegios, a contarle a tu padre que no estás interesada en colaborar…

Cricket la miró como si pretendiera hacerla desaparecer solo con un movimiento de su mano, como si fuera una bruja poderosa con el poder de convertirla en una simple mosca, para aplastarla de un manotazo después.

—Tú decides, Olivia —dijo despacio y sin apartar sus ojos imperturbables de los de su contrincante, pronunciando su nombre real con intención, recordando el día anterior cuando le advirtió a su padre que ella no respondería más al nombre de Cricket—. Tú decides si lo hacemos fácil o si recargamos las armas y seguimos en pie de guerra.

—Puedo probar a hacerlo a tu modo —claudicó tras un instante

más de duda—. Pero no creas que así te vas a hacer mi amiga ni vamos a crear vínculos y todas esas chorradas.

—Estoy de acuerdo totalmente —le dio la razón Jorie Sue, dejándola descolocada—. No tengo ni la más mínima intención de ser amiga de alguien que tiene el corazón tan negro como el tuyo.

Fue en golpe bajo, Jorie Sue lo supo en cuanto esas palabras salieron de su boca. Y vio, inmediatamente, cómo conseguían afectar a la niña que apretó la mandíbula en una tensión inaudita y necesaria para no derramar una lágrima que amenazaba por escaparse de sus ojos claros. Jorie quiso retirarlas, retractarse y mandar el personaje de mala de la película a la porra, pero sabía que parte de la actuación había surtido su efecto y que había conseguido el propósito de doblegarla en cierta medida.

Se mantuvo pétrea, como si no le importara que sus palabras llenas de maldad la hubieran afectado tanto, y se dispuso a abandonar la habitación.

—Ponte el bañador —le pidió con la voz neutra, sin inflexiones ni emoción—. En diez minutos te espero en la piscina.

Se disponía a salir por la puerta para dirigirse a su propia habitación para cambiarse de ropa, cuando sintió que Cricket hablaba, medio rota por la angustia de contener unas lágrimas que, estaba segura, necesitaba sacar pero que de ningún modo iba a permitir que ella viera.

—Nunca me hagas promesas —dijo apretando los dientes—. Mientras mantengas esa parte del trato, yo cumpliré la mía.

*****

Jorie Sue apenas necesitó cinco minutos para prepararse. Ella no tenía traje de baño porque no había caído en la cuenta de meterlo en su pobre maleta cuando inició su huida, así que simplemente se tumbaría junto a la piscina para vigilar a la niña.

Aún podía sentir la angustia en el pecho tras la tensa negociación con Cricket. No podía negar que había sido uno de los momentos más duros de toda su vida, sobre todo porque el modo en el que podría haberse desarrollado el asunto era del todo impredecible. Y esa incertidumbre, ese desconocimiento total de lo que pudiera hacer Cricket, era su punto más débil.

Estaba acostumbrada a ejercer de hermana mayor o de figura adulta, lo había hecho con la mayoría de sus hermanos, sobre todo con los más pequeños antes de que crecieran y la sobrepasaran en altura y seguridad en sí misma.

Con ellos siempre estaba preparada para lo que siguiera a sus encontronazos, siempre sabía que la cosa podía golpearla, pero nunca

dejarla fuera de combate del todo.

Pero con Cricket… con Cricket era un salto al vacío sin paracaídas, sin red de seguridad, sin tecla de pausa. Era una locura, un torbellino de emociones y una lucha a muerte. Y solo hacía unas horas que compartían el mismo techo.

—¿Qué tal va la mañana, querida? —La voz de Vera la sobresaltó y la sacó de esos pensamientos tan turbadores.

La mujer se dirigía al salón cargada con un gran montón de ropa blanca, probablemente manteles y otras piezas similares. Se la veía en su salsa, como si dirigir esa casa y organizar sus pormenores fuera lo que le diera sentido a su vida.

—¿Necesitas ayuda con eso? —se apresuró a ofrecerse.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —terció el ama de llaves esbozando una sonrisa complaciente—. Solo tengo que llevar esto al aparador de la ropa blanca y habré acabado con las tareas matinales.

—Mañana puedo ayudarte, Cricket se quedará un rato con tu hija —anunció con cierto regocijo al saberlo un triunfo de su voluntad sobre la de la niña—. Si se comporta como es debido, claro.

Vera siguió su camino hacia el aparador de la ropa blanca, haciendo un gesto a Jorie Sue para que la siguiera. No iba a dejar de hacer sus labores solo por quedarse a charlar en el pasillo de la planta baja.

—Has conocido a Martha, entonces.

—La he conocido y ha sido un auténtico flechazo…

Vera se rio. Su risa era cristalina, tan pura y blanca… a Jorie Sue le gustó y se maravilló de su sonido, de lo precioso que sonaba. Desde luego, nunca había oído una risa tan auténtica en toda su vida.

—Martha se los lleva a todos de calle, no hay duda.

Lo dijo con tanta dulzura, con tanto amor, que sintió una pequeña punzada de envidia. A ella nunca la habían querido así, nunca había despertado ese amor, esa consideración, en nadie. ¿Cómo sería saberse querido? ¿Cómo sería sentir ese cariño y poder devolverlo en un acto tan natural como hermoso? Jorie suponía que ella no lo sabría nunca. Había quien nacía con estrella y quien moría estrellado. Ella, sin duda alguna, pertenecía a la segunda categoría.

—¿Qué tal la niña? Dime que no te están entrando ganas de tirarla a un pozo o algo así… —preguntó mirándola a los ojos con una especie de preocupación maternal que hizo que el corazón de Jorie Sue se estremeciera. Era consciente de que las había oído discutir un rato atrás y esa era su manera de saber si todo iba bien.

—No —rio de forma tímida ante las palabras del ama de llaves. Con todo, el tema de Cricket aún la ponía nerviosa y notó una punzada de miedo en el pecho—. Creo que podré con ella.

—Pues ten cuidado, no sea que quien acabe en el interior de un

pozo seas tú. Si la conocieras…

Las risas se intensificaron y esta vez hasta Jorie Sue, algo más relajada, participó de ellas. Seguía nerviosa por cómo estaba yendo todo con Cricket, pero no quería dar muestras de ello. Ni a Vera ni a su jefe ni, por supuesto, a la propia niña.

—¿No ha vuelto el señor Layton? —Cambió de tema para no hacer patentes sus inseguridades.

Quiso preguntarlo de forma inocente, sin que ninguna inflexión modulara su voz, permitiendo lecturas distorsionadas de su pregunta. Creyó conseguirlo, al menos hasta que descubrió que los labios de Vera se torcían en una ligera sonrisa que, en seguida, desapareció y que incluso Jorie se cuestionó sobre su existencia real o sobre si se la habría imaginado.

—No —respondió dejando toda la ropa colocada en su sitio—. Y supongo que es buena señal. Si les hubieran denegado la fianza, ya estarían aquí desde hace algunas horas. Ese abogado suyo sabe hacer las cosas. Démosle un voto de confianza.

Su sonrisa, ahora sí, se hizo enorme, transmitiendo una esperanza inquebrantable en su jefe, en la justicia y en ese abogado al que acababa de alabar.

—¿Y tú? —preguntó señalándola—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Estoy esperando a Cricket para ir un rato a nadar a la piscina antes de comer —contestó señalando la parte trasera de la casa—. Bueno, nadará ella y yo la miraré. No me parece muy correcto nadar sin traje de baño y hasta que pueda ir a comprarme uno, no podré hacer más que animarla desde la orilla.

Vera la observó unos segundos, entornando el cuello, como calibrando sus palabras. Sus palabras y ese cuerpo menudo suyo que no tenía un traje de baño con el que disfrutar de la piscina con la niña.

—Espera aquí. —Fue todo lo que dijo antes de abandonar la sala y subir las escaleras.

No tardó en volver con un bañador negro, liso, sencillo y de apariencia cómoda de la mano. Se lo tendió con naturalidad, como si lo más normal del mundo fuera decir que una no tiene traje de baño y apareciera uno por arte de magia delante de sus narices.

—Quizá este te pueda servir —dijo evaluándola de nuevo—. Es un modelo deportivo que puede adaptarse a ese cuerpo tuyo. Es de Lisbeth, del verano pasado.

Lisbeth. Otra vez el nombre de Lisbeth. La mujer con la que Troy Layton salía y que ya había mencionado Dixon como una de las causas de que Cricket cambiara para peor el verano anterior.

—No quisiera causar ninguna molestia ni usar ropa que otra persona pudiera requerir. Gracias, pero no me parece correcto.

—No seas tonta, niña —atajó sus reservas Vera con un tono de voz

que no admitía réplica—. Nadie va a venir a reclamarlo por el momento y es estúpido que este bañador se quede en un cajón y tú en la orilla por un reparo que ni siquiera entiendo.

Jorie Sue se sintió como una niña pequeña a la que estaban reprendiendo. Lo curioso fue que, por alguna extraña razón, le gustó que alguien se tomara la molestia de hacerlo. A ella nunca le habían hablado antes de ese modo, con un afectuoso cariño envuelto en reproche. Vera había actuado como una madre de una manera instintiva que la hizo sentir cosas extrañas pero calurosas en el centro de su pecho.

Sonriendo, tomó el bañador de su mano y le agradeció con un gesto el que la tratara con esa familiaridad y ese cariño que estaba convencida que aún no se había ganado. Por el amor de Dios, si ni siquiera la conocía… ¿Era posible que hubiera personas que, con solo cruzar unas frases, ya derramaran su afecto a través de sus actos y palabras para encender el corazón de una pobre huérfana a la que nunca nadie había querido?

—Enfrente de la cocina hay un pequeño aseo, por si quieres cambiarte aquí abajo —le indicó Vera antes de comenzar a subir las escaleras.

Jorie Sue cerró la puerta tras ella una vez que hubo entrado en el aseo que Vera le había indicado. Seguía sintiendo reparo por vestir una prenda de otra persona, pero pensó en las palabras del ama de llaves mientras se desprendía de su peto blanco y su camiseta de Superman. Se preguntó qué habría querido decir Vera con eso de que nadie iba a venir a reclamar el traje de baño. Y se preguntó, con más curiosidad aún, quién demonios era esa misteriosa Lisbeth de la que ya había oído hablar dos veces en apenas una hora.

El bañador le quedaba bien. Era una pieza elástica sin florituras que, sin ser lo más favorecedor del mundo, se adecuaba correctamente a su cuerpo menudo, cumpliendo su función de poder nadar un rato en la piscina sin que nada se le saliera de su sitio. Nunca antes había tenido una prenda tan sencilla ni de un color tan apagado. Ella vestía siempre colores luminosos y fuertes, bastante oscuridad había a su alrededor como para contribuir ella más con la presencia de prendas negras y sin personalidad. Pese a todo, cuando se miró en el espejo, no consideró que el negro le quedara mal, cosa que le agradó comprobar.

Ya tenía una mano en el pomo, para salir del baño, cuando oyó que la puerta principal se abría. Del amplio recibidor le llegó una voz inconfundible. Troy Layton estaba en casa.

—El problema es el momento, que no podía ser peor —se quejaba amargamente su jefe—. La pelea de Colton me puede salir muy cara.

—Lo importante es que han aceptado la fianza —se oyó decir a otra voz, desconocida del todo para Jorie Sue—. Han sido muy buenos

alegatos.

Jorie se retrajo dentro del baño, desde luego no pensaba salir en ese momento. De hecho, en lugar de ir hasta la piscina solo con el bañador, se volvió a colocar su ropa para andar por la casa. Siempre podía volvérsela a quitar al llegar junto al agua. No le parecía correcto pasearse en traje de baño, y menos delante de una persona a la que no conocía, ni de su jefe, dado el comportamiento que tuvieron ambos la noche anterior.

—Lo has conseguido tú solo, Aaron —dijo Troy Layton con cortesía—. Gracias a Dios, tengo al mejor abogado de todo el estado.

Los dos hombres rieron y Jorie notó cómo el ambiente distendido cambiada el tono y la forma de hablar de Troy. Seguía preocupado, pero se le notaba a gusto con el tal Aaron. Eso le gustó, saber que podía relajarse y bajar la guardia. Se apuntó ese dato en lo más profundo de la mente.

—Hemos tenido suerte de que nos hayan atendido —añadió el abogado—. Yo creo que tenían ganas de quitarse este marrón de en medio. Estos días nada que no sea el pirómano les interesa. ¿Sabes que ayer hubo otro incendio más allá de Chatom? Nunca había actuado tan al norte, pero creen que puede tratarse del mismo tipo.

A Jorie Sue casi se le sale el corazón por la boca. ¿Estaban hablando del incendio que ella misma había provocado el día anterior? ¿Qué significaba eso de que había un pirómano suelto por los alrededores? ¿Estaba ella metida en un lío mayor aún que el de quemar su propia casa? Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para controlar el inesperado temblor que, de pronto, había comenzado a invadir todo su cuerpo. Estaba segura de que, lo que había sido una simple venganza pasional, podía meterla en un lío épico si alguien relacionaba su incendio con los del loco del que estaban hablando.

—El mundo se va a la mierda. Aaron —aseguró Troy Layton con amargura—. Pocas cosas nos quedan por ver. Ya ni nos extraña que alguien vaya por ahí quemando cultivos, casas, coches y hasta personas. ¿Te lo puedes creer?

Jorie Sue sintió en su propia piel las palabras de su jefe y rezó para que nunca descubriera lo que le había hecho a su casa antes de largarse para siempre de ella.

—Me piro a dormir un rato. —Jorie distinguió entonces a Colton que, hasta ese momento había permanecido callado y ella hasta había dudado de que los acompañara—. No he pegado ojo en toda la noche.

—¿Y qué esperabas? —la voz de su padre volvió a sonar dura y distante—. ¿Una suite de cinco estrellas?

—Esperaba no tener que dormir en la cárcel por algo que yo no empecé. —Colton no parecía estar de humor para discutir sobre su

noche en prisión.

—No lo empezaste, pero está claro que lo terminaste. Y de qué manera: mandando a un crío al hospital —apostilló su padre sin piedad.

Un silencio tenso siguió a las últimas palabras de Troy Layton. Lo siguiente que Jorie escuchó fueron unos pasos alejándose, que supuso pertenecerían al joven Colton. La chica se alegró profundamente de que el chico hubiera decidido no seguir porque la conversación no llevaba el mejor camino del mundo. Si las cosas estaban ya tensas entre ambos, estaba claro que la detención de Colton no iba a ayudar a que mejoraran en un futuro cercano.

—No seas tan duro con él, Troy —le dijo el abogado con confianza—. Recuerda cómo era tener diecinueve años y un padre severo.

Jorie Sue supo al instante, sin ver la escena, que esas palabras harían mella en Troy Layton, más que si le hubiera lanzado un cubo de lava por encima de la cabeza. Recordaba sus amargos recuerdos sobre su padre, y lo poco que le agradaba una comparación con él.

—¿Crees que yo soy como mi padre? —le recriminó con un rastro de tristeza en la voz—. Peor aún, ¿crees que yo se lo ponía tan difícil como Colton me lo pone a mí?

—Desde luego que no te pareces a tu padre. En nada —aclaró Aaron—. Pero al chico no se lo pones nada fácil. Desde que está aquí nunca te he visto tratarlo con cariño.

El silencio que siguió dio idea a Jorie de que, quizá, su jefe estuviera analizando esas palabras, quizá poniéndolas en perspectiva. Sabía que él no se lo estaba poniendo fácil, en eso coincidía con el abogado, pero estaba segura de que había una razón para ello que aún desconocía o que, quizá, Troy Layton tuviera problemas para aceptar la misteriosa enfermedad de su hijo.

—Desde que está aquí él no ha actuado tampoco como un hijo modelo, precisamente —se escudó con los dientes apretados. Estaba claro que se había puesto a la defensiva—. ¿Sabes lo que supone que le haya dado una paliza al hijo de Phillip Redman justo en este momento?

—No lo hizo a propósito, Troy —intentó aplacarlo el abogado—. ¿Entiendes que no fue a buscarlo a propósito diciéndose a sí mismo «*voy a joder un rato a mi padre y sus negociaciones para conseguir los jornaleros disgustados de Redman, y así dejarle con el culo al aire*»? Dime que lo entiendes, Troy, porque si no lo haces, tienes un problema mucho más grave que el de perder la oportunidad de volver a llenar tus campos de trabajadores. Deberías descansar. Tú también deberías darte un respiro de vez en cuando.

Troy Layton no contestó a eso y dejó que su abogado se fuera. Jorie

Sue estaba convencida de que su jefe estaba sumido en un mar de dudas, de tribulaciones internas por todo cuanto estaba aconteciendo a su alrededor esos días, aunque tampoco sus formas fueran las más correctas del mundo.

Dejó pasar un par de minutos antes de decidirse a salir del baño. En la casa solo reinaba el silencio y estaba convencida de que podría salir hasta la parte trasera de la piscina a esperar a Cricket sin encontrarse con Troy. No quería enfrentarse a él después de lo que acababa de pasar y, menos aún, al recordar la noche anterior. Si bien es cierto que había centrado todas sus esperanzas en que él no recordara absolutamente nada de lo sucedido entre ambos, no podía estar segura al cien por cien. No en vano, ella lo recordaba todo demasiado bien.

—Buenos días —saludó la voz de Troy Layton desde la cocina, donde se estaba tomando un refrescante vaso de agua. Estaban frente a frente, ella junto a la puerta del baño, él, junto a la nevera de la cocina.

—No sabía que seguía aquí —dejó escapar ella, delatando sin pensarlo su presencia en el baño y, por consiguiente, el haber escuchado la conversación de unos minutos atrás.

—Pues sigo… —dijo arrastrando las palabras—. Veo que le gusta mucho escuchar detrás de las puertas. Pensé que lo de ayer, cuando llegó y se ofreció para cuidar de mi hija, había sido algo excepcional, pero parece que es de lo más habitual.

La miró entrecerrando los ojos, haciéndola sentir una delincuente común, como si hubiera cometido un terrible crimen que él, estaba segura, iba a hacerle pagar de alguna manera. Se sintió incómoda de muchas maneras, aunque, sorprendentemente, también le gustó sentir el calor de sus ojos sobre su cuerpo. Los recuerdos del beso de la noche anterior, de su forma de tocarla y alzarla del suelo, justo en ese lugar que él ocupaba en ese momento, acudieron a su mente, nublándole el sentido. Sabía que él probablemente no se acordaba de nada y que, para Troy Layton, ese lugar no significara nada en absoluto, pero, de algún modo, eso no le quitaba importancia.

—Lo siento mucho, señor Layton —se apresuró a disculparse—. Le aseguro que no estaba escuchando a propósito. Solo estaba esperando a Cricket para ir a la piscina. De hecho, tarda, así que voy a ir a buscarla para que no nos den las tantas y nos perdamos la comida.

Sin esperar su respuesta, echó a andar, casi a correr, en busca de las escaleras. Pretendía ponerse a salvo, huir de sus ojos inquisitivos y de la vergüenza que sentía al saberse pillada en falta, por más que esa falta fuera involuntaria y absolutamente inocente.

—Espere. —La voz de su jefe sonó autoritaria, sin ninguna opción para desobedecerla y continuar la huida escaleras arriba.

Giró sobre sus talones y se colocó de cara a él, esperando la

reprimenda que, estaba segura, le iba a caer a continuación.

—¿No le quedó claro ayer que no me gusta nada que me llamen señor Layton?

Lo dijo con una sonrisa enigmática bailándole en la boca, esa boca sensual y de gusto dulce que ella había saboreado unas horas atrás, y a Jorie Sue se le paró el corazón por un segundo mientras la miraba con los ojos del cazador que tiene acorralada a su presa.

Estaba claro que Troy Layton recordaba al milímetro todo lo ocurrido entre ambos la noche anterior. Y no estaba muy segura de si eso la atormentaba o, de repente, ponía las cosas mucho más interesantes para los dos.

Capítulo 9

Ojos de hielo ardiente

Una semana después, Cricket Layton parecía respetar su parte del trato.

A diario, desayunaban juntas (aunque sin dirigirse la palabra) y, a veces, se les unía su hermano (que tampoco hablaba mucho). Troy Layton no compartió desayuno con ellos en toda la semana, pero, para ser francos, apenas le vieron en pelo en todos aquellos días. Las cosas en los campos no andaban muy bien y el dueño de la finca se desdoblaba para estar en todas partes y para trabajar de sol a sol sin apenas descansos.

Después de desayunar, iban a casa de Martha Morgan a pasar con ella un par de horas. A veces, Jorie Sue la dejaba allí leyendo o charlando con Martha mientras ella salía a pasear, recorriendo partes de la plantación que aún desconocía. Para ella, era fundamental hacerse con el lugar, conocerlo y saber por dónde se movía. No quería volver a estar tan a ciegas como el día que creyó haber perdido a Cricket.

Pero no siempre le daba por pasear y explorar las inmediaciones. A veces, cuando Martha estaba más contenta o se la veía más participativa, se quedaba en un rincón y las observaba. Si Martha se dirigía a ella muy de seguido, notaba cómo Cricket se tensaba y se le formaba una nube negra de malhumor sobre la cabeza. No quería desafiar a los elementos, así que procuraba callarse y contestar con monosílabos, para que Martha se diera cuenta de lo que le pasaba a la niña. Siempre lo comprendía, era una mujer extraordinaria con un sexto sentido, una intuición natural que no dejaba de sorprenderla.

Cuando acababa el tiempo preestablecido con Martha, ambas volvían a la casa, donde Cricket elegía cómo pasar el tiempo. Podían ir a la piscina, a montar a caballo o quedarse en la casa a hacer parte de la tarea escolar que la niña traía para completar durante los meses estivales.

Vera le había dicho que el curso que recientemente había terminado Cricket había sido el primero en el internado al que su madre la había mandado, y que los resultados académicos habían sido bastante malos, más viniendo de una alumna notable como siempre había demostrado ser. A Jorie Sue no le extrañaba nada, se veía a la legua que la cría no estaba a gusto en ese sitio y que sacar malas notas era su forma de expresarlo. Ella nunca había ido a internados, pero se le antojaban como cárceles horrorosas a donde a una la enviaban para deshacerse de su presencia unos cuantos meses.

Cada día que pasaba, Jorie comprendía un poco mejor a Cricket.

Había momentos en que la niña se quedaba como ausente, mirando a la nada, reflejando en sus insondables ojos claros la mayor tristeza que Jorie hubiera visto en su vida. Eso le partía el corazón. Pero si intentaba iniciar alguna conversación al respecto, algún acercamiento que le indicara a Cricket que ella estaba de su lado, la niña se ponía tensa y le recordaba su parte del trato: nada de promesas. Entonces Jorie Sue se mordía el labio, se obligaba a cerrar la boca y dejaba que esa tristeza de la niña pasara a engrosar su propia tristeza, en un rincón del corazón que estaba empezando a rebosar por culpa de lo que Cricket le hacía sentir.

Después de comer, la niña se retiraba a su habitación y Jorie aprovechaba para leer, dormitar o charlar con Vera, si se acercaba hasta la parte de atrás, donde la mujer aprovechaba esos ratos de la tarde para descansar tirada en una de las tumbonas junto a la piscina, si es que no se escapaba a su casa para ver a su hija. Vera le contaba historias de la plantación y de los niños cuando eran pequeños. A veces también hablaba de Martha, pero a Jorie no le gustaba sacar el tema para no pintar en sus ojos una enorme pena. Tener que sufrir la enfermedad de su hija debía de ser tan cruel como no poder hacer nada más para aliviar su carga.

Cuando bajaba el sol, Jorie Sue sacaba a Cricket de la casa. Paseaban hasta los campos de cultivo para ver cómo los jornaleros trabajaban o se acercaban a los cobertizos y los establos, donde la pequeña se podía pasar horas cepillando a los caballos y dándoles de comer y beber.

En todos esos días, apenas había habido salidas de tono. Cricket se mordía la lengua y la toleraba. A duras penas, pero lo hacía. Estaba claro que el temor a las consecuencias pesaba más que toda esa ira contenida en su pequeño cuerpo, y eso le dolía profundamente a Jorie Sue, que nunca le había gustado imponerse por la fuerza. Bastante lo habían hecho con ella, bastante la habían doblegado con amenazas o con golpes, y ella odiaba hacerle eso a otra persona. Pero cuando alguien tan testarudo y quebrado como Cricket no te daba otra alternativa, ¿qué demonios se suponía que podía hacer para que su dolor y su rabia no explotaran y alcanzaran a todo el mundo alrededor debido a la onda expansiva?

Solo deseaba que se abriera, que no la viera como a una enemiga, que la dejara traspasar el umbral de sus temores y que, al menos, dejara alguna vez una ventana abierta, algún resquicio, por pequeño que fuera, para poder colarse por él.

Pero solo obtenía de ella silencio, odio con cada mirada y condescendencia que la turbaba de un modo inimaginable. Vera insistía en que parecía el camino correcto el que estaba siguiendo con la niña, pero ella no estaba convencida de ello. Es más, creía todo lo

contrario: que cuanto más tiempo pasaba con ella, más lejos estaban la una de la otra, más se internaban en un camino sin retorno; una rumbo a Marte, la otra, viajando hacia Saturno.

—¿Te das cuenta, pequeña Ava, de que, al final, siempre acabas en un pasillo estrecho enfrente de mí?

La voz de Colton Layton la sacó de su ensimismamiento. Había dejado a Cricket con Martha Morgan apenas unos minutos atrás y había emprendido un camino sin rumbo que la había llevado a los establos. Estaba tan profundamente concentrada en su problema de comunicación con la niña, que ni siquiera se había dado cuenta de que el muchacho se encontraba justo en su camino, cepillando a un hermoso percherón de pelo castaño.

Cuando reparó en su presencia —alto, majestuoso bajo el sol, con el torso descubierto y una sonrisa burlona danzando entre sus labios carnosos—, ya era demasiado tarde. No estaban, esta vez, en un pasillo estrecho, pero entendía la referencia de Colton. No había escapatoria, como no la había habido una semana atrás, de no haber sido por la oportuna intervención de su padre.

Habían coincidido algunas veces a lo largo de esos días en la finca, en algunos desayunos, de camino a casa de Martha, incluso en la piscina (no en vano, él vivía en la pequeña casa de invitados al otro lado de la piscina), pero siempre había gente alrededor, siempre había una barrera que le impedía hacer justo lo que estaba haciendo en esos momentos: mirarla con esos ojos claros que era como dos trozos candentes de hielo puro, un hielo que quemaba, que resquebrajaba la voluntad incluso.

Jorie Sue había pensado mucho en esos ojos en los días pasados. Había pensado tanto que había llegado a una conclusión desconcertante y esa no era otra que Colton Layton la causaba un miedo de muerte. Tanto era así, que se descubrió temblando de pies a cabeza en su presencia, calibrando sus zonas de escape y rezando porque se produjera de nuevo el rescate a manos de su padre o de cualquier otro que acertara a pasar por delante de los establos.

—Hola, Colton —intentó serenar su voz, privarla de toda ansiedad. Se le ponía el bello de punta solo de escucharle decir *pequeña Ava*, que era la única manera que tenía de dirigirse a ella—. Bonito día para cepillar caballos.

¿Bonito día para cepillar caballos? ¿Es que se le habían fundido los plomos por culpa de esos ojos de fuego helado o es que el miedo ya era completamente el dueño de todo, hasta de su cerebro, que se divertía soltando la frase más estúpida del universo?

—Bonito día para cepillar caballos —corroboró él con una risa burlona que la hizo enrojecer hasta la raíz de su cabello. Estaba claro que se estaba riendo de ella. Estaba claro, también, que se lo merecía

completamente.

Jorie Sue hizo amago de continuar su camino, de jugársela y desafiarlo dejándole allí tras ese breve intercambio de frases sin sentido. Pero estaba claro que Colton Layton no se lo iba a permitir.

—¿A dónde vas tan deprisa, pequeña Ava? —inquirió cortándole el paso cuando intentaba dejarlo allí, así, sin más.

Lo miró un instante, a los ojos, antes de retirarlos rápidamente por miedo a quemarse. Agachó la mirada, metió las manos en los bolsillos de sus *shorts* vaqueros y jugó todas sus cartas para lograr salir ilesa de ese encuentro.

—Dicen que va a llover y estamos lejos de la casa —dijo precipitadamente, a la misma velocidad irracional a la que latía su frenético corazón.

—Si llueve, aquí tenemos los establos —alegó él con suficiencia—. ¿Por qué deberíamos preocuparnos?

Jorie Sue quiso gritarle que estaba preocupada por ella, porque no quería estar cerca de alguien como él. Porque era preciso que se alejara de hombres que la miraban así, que la juzgaban, que la acorralaban, que la hacían sentir inferior, más débil, más tonta, más fácil.

No dijo nada, no le dijo nada acerca de sus miedos ni del sentimiento de inferioridad que le atenazaba el corazón en su presencia. Puestos a dejarse vencer, mejor era hacerlo por voluntad propia, así que dejó de luchar contra eso que le oprimía el pecho con una fuerza devastadora y asumió que el control era todo suyo. Solo le quedaba una carta que jugar, la de hacerse la valiente, aunque por dentro estuviera tan petrificada como una estatua de sal.

—Quizá el hombre del tiempo se equivoque, después de todo —dijo ella intentando parecer relajada y casual—. No se ve ninguna nube.

—¿Sabes? Casi me dan ganas de hacer la danza de la lluvia de los iroqueses para hacer que llueva ya. —Seguía cepillando al caballo mientras hablaba y no apartaba de ella sus ojos. Guiñó un ojo, travieso, sabedor de que el juego acababa de empezar.

Jorie Sue no quería entrar ahí, porque podía quedarse atrapada en el entretenimiento de él, pero no se le ocurría otro modo de salir de allí sin sufrir ningún daño.

—Ya no tienes marcas de la pelea. —Se fijó ella con interés, ya que su ceja y su mejilla parecían del todo curadas. También lo estaba su torso, que no había llegado a ver desnudo tras la pelea pero que, por lo violenta que parecía haber sido, algún rastro habría dejado por ahí también.

—Apenas me tocaron —dijo él como si nada, encogiéndose de hombros.

—¿Tocaron? —preguntó Jorie Sue abriendo mucho los ojos— ¿Es

que te peleaste con más de uno?

Un silencio incómodo los rodeó por un segundo. Parecía que Colton Layton había hablado demasiado y había sido pillado en falta. Estaba claro que no quería que ese dato fuera de dominio público, porque la versión oficial es que se había peleado con un único chico, el hijo menor de edad de uno de los terratenientes de la zona, enemigo declarado de su padre.

—No fue nada…

—Colton… ¿Te pegaste con más de uno?

El tono de Jorie Sue había cambiado y ahora era apremiante. No sabía en qué momento exacto, ni de qué modo, la muchacha asustada había dado paso al sentimiento de hermana mayor. Sabía mucho de eso. Sus hermanos la trataban mal, como si fuera una intrusa, una persona sin valor, pero ella siempre acababa preocupada por ellos, dando por los cinco mucho más que lo que recibía de ninguno de ellos. Era como un síndrome de Estocolmo de proporciones bíblicas, y estaba pasándole con Colton en ese preciso momento.

Se reprendió a sí misma, se intentó forzar a abandonar el tema, a dejarlo pasar, pero era demasiado tarde. Había visto la duda y el dolor que habían atravesado esos ojos extraños suyos y ya no había vuelta atrás. Tocaba jugar a ser una kamikaze emocional.

—¿Por qué no le has dicho a tu padre que era más de uno? ¿Eran todos menores de edad? ¿Tenían algo contra ti? —preguntó con una rapidez que dejó a Colton boquiabierto.

—No… yo…

Lo había dejado sin palabras. No supo si por su cambio de actitud repentino o por esa inesperada muestra de interés. Asumió, para su pesar, que Colton no estaba acostumbrado a que se interesaran por él, algo parecido a lo que sufría su hermana. Las cosas en esa familia estaban para lanzarse de cabeza a terapia de grupo, no cabía ninguna duda al respecto.

—Colton —atajó ella sus balbuceos, colocándole una mano sobre la que sostenía el cepillo que había dejado de repasar el pelo del caballo—. ¿Te provocaron?

Él siguió con la mirada la mano de ella, pareció estremecerse bajo su tacto y, como si no acertara a comprender nada, volvió los ojos hacia los de Jorie Sue, donde los ancló con una expresión devastada. Estaba claro que Jorie había tocado el punto preciso para hacerle caer en un estado de ruptura emocional que ella nunca hubiera creído en él. Las cosas que se desataban dentro de uno cuando alguien tocaba el botón adecuado…

—Tú no entiendes nada —dijo nervioso, sabiendo que lo había pillado en falta, sabiendo que había descubierto que el chico duro que reflejaba por fuera, no se parecía en nada al chaval doblado por el

miedo que vivía dentro—. Nadie entiende nada.

—Seguro que podría hacerlo si me lo explicaras —intentó darle la confianza necesaria para que se abriera y le expusiera esos temores que se alojaban dentro de él—. Soy buena escuchando.

La miró un segundo, condensando una rabia nueva que acababa de inundar su mirada triste.

—¿Y de qué serviría? Las cosas no van a cambiar —añadió con amargura.

—Las cosas no cambian si no se sacan.

—Créeme, te aseguro que no serviría de nada. Mi padre ya me ha condenado sin ni siquiera escucharme.

Lo miró con pena, estaba tan derrotado que parecía estar pidiendo un abrazo a gritos. Era solo un crío, un crío abandonado y triste que no acababa de entender ciertas cosas de cómo funcionaba la vida adulta.

—Tu padre está intentando lidiar con muchas cosas…

Las palabras de Jorie Sue se perdieron en el viento. Colton no pudo reprimir una risa amarga y un gesto de fastidio. Era como si mandara a su padre lejos de un puntapié, como si lo mandara todo lo más lejos posible.

—¿Qué narices sabrás tú? —se quejó—. Las pocas veces que te he oído abrir la boca ha sido para defenderlo. Y ni siquiera lo conoces. Lo defiendes porque no lo conoces, porque aún no te ha hecho a ti lo que le hace a todo el mundo. Con su carita de niño bueno puedes pensar que es un santo, pero es un cabrón de manual… Ten mucho cuidado con él si no quieres acabar como yo. O peor…

¿Sería verdad eso de que lo defendía cada vez que abría la boca? Tenía que confesar que sentía una estúpida debilidad por Troy Layton, que los hombres torturados eran su talón de Aquiles, y que los desvalidos, como el propio Colton, hacían que su instinto humano se disparara de una forma alarmante, hasta acabar metida en berenjenales de campeonato. Le había pasado desde siempre, desde que era una cría sin más fundamento que el deseo de agradar a todos, tan pocas veces satisfecho. Porque, hiciera lo que hiciera, nunca nadie parecía estar contento con todos sus esfuerzos, siempre le exigían más, le pedían que diera más de ella, que fuera un poco más allá… su padre, sus hermanos, su marido, pero también cualquiera que se cruzara en su camino al que viera necesitado de alguna forma, en el instituto, en el centro comercial, en el bar de Vilma, al cruzar la calle… era un desvío emocional que sabía que estaba dentro de ella, quizá para evitar mirarse el ombligo propio y empezar por arreglar sus propios asuntos, por echarse una mano a sí misma para no ser tratada como siempre había sido. Fuera lo que fuera, ahí estaba otra vez, resbalando por sus sentidos, haciendo que no tuviera más opción que

lanzarse a la piscina para rescatar a quien lo necesitara a continuación.

—Colton —intentó razonar con él, sabiendo que el resentimiento estaba demasiado arraigado e iba a ser complicado hacerle cambiar de opinión—. Creo que todos somos capaces de entender una verdad cuando la escuchamos. Incluso tu padre, esté ocupado o no. Sea un insensible, como dices, o no. Si no lo intentas, nunca lo sabrás.

—¿Crees que no lo he intentado? ¿Crees que no le he dicho ya que yo no lo empecé? ¿Que solo me defendí como hubiera hecho él o cualquiera? —le respondió con la furia más encendida calcinando sus ojos de hielo.

—¿Él sabe que fue más de uno? ¿Sabe que te provocaron?

—Yo no te he dicho que me provocaran. Me lo has preguntado y no te he dicho nada.

—¿Crees que no se nota? —le arrinconó, cansada de que quisiera jugar con ella para mantener su estatus de chico misterioso—. Dices con tus actos mucho más que con tus palabras. Tu cara te delata. Te provocaron, ¿verdad?

Colton le dio la espalda, se rio como si no acabara de creérselo, como si pensara que le había tocado la gorda con esa loca que se les había colado en casa, que lo arrinconaba y que aseguraba que decía cosas sin decirlas. Habrase visto, pero qué mal estaba la peña…

—No pienso contarte una mierda —le dijo apuntándola con el dedo—. ¿Me entiendes? Son cosas mías y no tengo por qué sacarlas de aquí. —Volvió el dedo que apuntaba hacia ella y lo clavó en su pecho, señalándose a sí mismo con una sonrisa que encubría un cabreo que iba en aumento.

—No le veo el sentido a ocultar algo así, la verdad...

—¿Y tú, pequeña Ava? ¿Qué es lo que ocultas tú? —la atacó él, claramente a la defensiva—. ¿Por qué nos miras a todos con esa carita de niña buena, como si supieras algo que a nosotros se nos escapa? ¿Quién coño te crees que eres tú para venir a rescatarnos a todos? Vete al infierno y deja de hacer esa mierda de psicoanálisis o lo que sea que intentes hacer. Conmigo no te va a funcionar…

Se dio cuenta, demasiado tarde, de que casi le gustaba más el Colton que la mataba de miedo, con una sola de sus miradas de hielo y fuego, que el que ahora la recriminaba con tanta dureza. Si se hubiera mantenido al margen, si hubiera salido corriendo, quizá su amor propio no hubiera resultado tan dañado. Quizá era que se lo merecía por meter las narices en asuntos ajenos, pero era superior a sus fuerzas, más cuando sabía que podía ser muy fácil poner de su parte y solucionar los problemas que el muchacho tenía encima.

—Colton —dijo apenas en un susurro—. Yo solo…

—¿Tú solo qué? —la desafió elevando el mentón y dando un paso

en su dirección. Si pretendía asustarla… si pretendía asustarla con su actitud de macho alfa, de vuelta el Colton que tenía controlada la situación, le estaba funcionando, pensó Jorie Sue con horror.

Intentó retroceder, pero se dio de espaldas con la pared de los establos. No había ningún lugar al que escapar y él estaba enfadado, no podía imaginarse un escenario peor y se recriminó por su estupidez, por haberlo provocado sin motivo, solo para calmar los gritos de su cerebro, esos que le pedían, le exigían, que lo salvara.

—Creo que es mejor que me vaya…

—Y yo creo que es mejor que te deje clara una cosa —dijo él siseando cada palabra, cerca de su oreja, notando el roce de su respiración sobre su piel como una corriente eléctrica que amenazaba con electrocutarla de arriba abajo—. No te metas en mi vida. Yo no te he invitado y no lo voy a hacer. Ahora que, si quieres algo más superficial… soy capaz de dejar que conozcas partes de mí algo más escondidas.

De pronto, a Jorie Sue la respiración dejó de fluirle por el pecho. No alcanzaba a llegar a sus pulmones y temió morirse allí mismo, en presencia de Colton Layton, que la miraba como si fuera a convertirla en ascuas ardientes y a bailar después sobre sus cenizas.

El pecho de Colton, al descubierto y perlado de gotas de sudor, subía y bajaba agitado. El de Jorie Sue, cubierto pero expuesto, quemaba de tanto como estaba sintiendo en ese preciso instante. Solo pensaba en marcharse y huir de ese momento y de ese lugar. De salir de la boca del lobo en la que ella misma se había metido.

Y sí, quiso correr y escapar, quiso desvanecerse y convertirse en aire, todo con tal de escapar de sus ojos y de sus brazos, que, colocados uno a cada lado de su cuerpo, apoyados en el establo, la tenían retenida y a su merced. Él, sabedor del poder que tenía sobre ella en ese preciso instante, esbozó una sonrisa de lobo que la hundió aún más, que la hizo temblar y hasta le dieron ganas de gritar de miedo, de impotencia y de desesperación.

—Por favor… —acertó a pedir, con los ojos cerrados, suplicando que no le hiciera eso de nuevo, que no la encerrara en esa atmósfera opresiva que eran sus ojos y sus brazos.

Cuando él se apiadó de ella (o quizá fue que se cansó de su juego) y se separó para darle el espacio necesario para escapar, ella no lo dudó ni un segundo y salió corriendo en dirección a las casas de los jornaleros. No estaba dispuesta a quedarse ni un segundo más del necesario en compañía de una persona que no quería ser salvada y que, más aún, parecía empeñado en arrastrarla con ella al hondo agujero de la desesperación.

Corrió como si su vida le fuera en ello. Corrió como si estuviera escapando de sus mayores temores y la persiguieran dragones, ogros y

alimañas. Y solo cuando vislumbró las primeras casas del complejo donde vivían los peones, cuando estuvo segura de que él ya no podría alcanzarla en caso de arrepentirse de haberla dejado marchar, volvió el aire a sus pulmones y la sangre a sus venas, sintiéndose viva otra vez después de haber permanecido aletargada y medio muerta durante los últimos minutos pasados en su compañía.

Hizo los últimos metros que la separaban de la casa de Martha Morgan con una lentitud pasmosa, y más teniendo en cuenta el ritmo frenético de su camino de escape desde los establos. Necesitaba recuperar el aliento, el color de las mejillas y la serenidad necesaria para mostrarse de nuevo en público. No quería que la tomaran por loca o que se preocuparan si llegaba con cara de haber pasado un mal trago. Algunas de las personas de por allí ya empezaban a conocerla y, según ella creía, también a tomarla afecto, así que no era una opción alarmar a nadie.

Al llegar a la puerta de Martha, justo antes de llamar, tuvo una revelación que a punto estuvo de volver a robarle el aliento. Quizá, si las palabras de Colton eran ciertas, se estaba metiendo donde no debía, se estaba involucrando y estaba haciendo que las cosas no fueran bien, incluso aunque sus intenciones fueran las mejores del mundo. ¿Y si, por mucho que le doliera reconocerlo, era mejor que abandonara ese lugar de una vez por todas y buscara otro sitio donde esconderse y hallar su camino?

Llamó al timbre sin tener muy claro que esa opción no fuera la correcta, convencida por la terrible mirada de odio, dolor y rabia que Colton le había dedicado antes de dejarla marchar, de que allí no conseguiría encontrar paz y tranquilidad. La respuesta a sus cuestiones no se hizo esperar y quiso reírse del destino, que enviaba a Troy Layton en persona a abrirle la puerta de Martha.

Cuando él se fijó en ella, en lo acalorada que llegaba, en su pecho que subía y bajaba con rapidez, y con los ojos vidriosos y perdidos en turbios pensamientos, cambió la expresión seria con la que había abierto la puerta, por otra de preocupación y duda. La miró un segundo más de lo necesario y le puso una mano bajo el mentón para elevar su cara hacia la suya. Así, Jorie Sue pudo contemplarle con la seguridad de que él no iba a juzgar su descaro por fijar su mirada en él y quedarse anclada en sus hermosos ojos claros, ojos de tormenta, ojos de huracán.

—¿Se encuentra bien, Ava? —preguntó él sin apartar su mano de la barbilla de Jorie Sue—. ¿Ha pasado algo?

No sabía qué contestarle, si contarle la verdad, presentar su renuncia, volver a huir de un Layton o meterse dentro de la casa e implorar el asilo de Martha Morgan como único refugio seguro que en ese momento se le ocurría.

Sin embargo, no hizo nada de eso. Lo miró durante un segundo más y, aplacando la intensidad de los latidos de su corazón, que amenazaban con hacerle estallar su pecho, dijo lo único que no se esperaba decir.

—Troy, tenemos que hablar.

Se le encogió el estómago al decirlo, porque no tenía ni idea de qué era eso de lo que iba a hablarle. Colton se le vino a la mente y supuso que era él de quien debía tratar la conversación. Si iba a salir huyendo de nuevo, esta vez, en lugar de quemar una casa, tendería un puente. Así sentía que compensaba una acción con otra y su conciencia podría dejarla dormir con mayor relajación por las noches.

—Ahora mismo me iba a Semmes, tengo unos asuntos que tratar allí.

Lo dijo con tanta pena, que Jorie Sue supo al instante que nada le gustaría más que tener esa charla con ella. Que hubiera cambiado sus planes y hasta su día entero a cambio de sentarse con ella para ayudarla a apaciguar la inquietud que se asomaba a su semblante, aún cubierto del color de la carrera hasta ese lugar.

Sintió cómo el dedo índice de Troy le acariciaba la piel de la barbilla e, incluso, se atrevía a bajar ligeramente por su cuello, que ella mantenía estirado para seguir mirándole, sin perderse detalle de sus ojos claros, llenos de tempestad y dolor contenido. Sintió sus dedos ásperos acariciarla y se estremeció, como lo había hecho unas noches antes al sentir su lengua dentro de su boca o sus manos bajo sus nalgas. El pecho se le contrajo al sentir miedo y deseo a la vez, y quiso estar lejos de esa casa, de la vista de todos, y esconderse en un lugar oscuro y suyo, para ser arrastrada y sentirse presa de esos labios y esos ojos una vez más.

Algo pasó entonces, porque Troy Layton cambió su expresión de dolor, transformándola por una de determinación. Bajó su mano, dejó a Jorie Sue huérfana de su tacto, y miró por encima de su hombro, antes de volver a retenerla con el poder de su mirada. Ahora a Jorie la contemplaba un hombre totalmente diferente.

—Suba a la camioneta. Acaba de obtener el resto de la mañana libre.

Y mientras los dos abrían las puertas respectivas de sus asientos en la *pickup* aparcada en la sombra, Jorie Sue percibió cómo el cielo se rasgaba en dos con los brazos luminosos del relámpago más estremecedor que había contemplado en toda su vida.

Capítulo 10
Frente a la ley

El aire había cambiado de repente y hasta olía diferente.

A bordo de la camioneta de Troy Layton, Jorie Sue se sentía a salvo de las inclemencias de un tiempo que estaba convirtiendo la mañana de julio en una plomiza jornada de oscuridad borrascosa. Al final, el hombre del tiempo iba a tener razón y las lluvias iban a convertirse en las protagonistas del día.

Mientras el vehículo dejaba atrás el rancho Layton y tomaba la carretera de Semmes, Jorie se preguntaba si acompañarle era lo correcto. Al principio, cuando él le había propuesto subirse dentro de la camioneta y acompañarle, el corazón le había dado un vuelto, un salto mortal de proporciones desconocidas hasta la fecha. Había sentido miedo y un raro cosquilleo de anticipación, como si se dirigieran a ese rincón olvidado para seguir sintiendo sus dedos en la piel.

Pero él había pasado de largo la gran casa, y había tomado el camino que le había dicho al confesar que tenía cosas que hacer en el pueblo. No sabía si pesaba más el alivio o el pequeño pinchazo de decepción que había sentido en la boca del estómago. No sabía si quería o no quería. Si sentía o no sentía.

Lo miraba mientras conducía, fijamente, y él, que se sabía observado, sonreía de un modo enigmático, sin despegar sus ojos claros y hermosos de la carretera. Para Jorie Sue era un auténtico misterio, un jeroglífico imposible de descifrar, un juego de cartas del que desconocía hasta las instrucciones. Pese a todo, se moría de ganas por jugarlo.

—¿Me va a contar de qué quería hablarme, Ava? —preguntó él por fin, rompiendo ese silencio encantado en el que ambos parecían haberse sentido cómodos.

Jorie Sue no abrió la boca. No quería hacerlo porque no quería estropear el momento. Si le decía algo, cualquier cosa («*tus hijos te necesitan. Soy una pirómana que acaba de abandonar a su marido. Tengo cicatrices en el cuerpo y en el alma que te harían llorar. Necesito irme lejos de ti*») sabía que todo se acabaría. La magia de ese momento, el confortable silencio, la cercanía y la intimidad de esa nada que aún tenían. No podía ponerlo en riesgo tan pronto, así que decidió seguir jugando y sacarse una distracción de la manga.

—Deje que llame a Vera para que envíe a Dixon a por la niña. No me siento muy responsable habiéndome ido sin avisar siquiera. Aunque tenga permiso del jefe —dijo intentando vestir de broma su preocupación real por Cricket. Lo último que quería es que la cría se

sintiera nuevamente abandonada.

Él asintió con un leve movimiento de cabeza y la dejó que llamara. Le tendió su teléfono móvil y sonrió complacido, la intensidad del celo con el que guardaba a Cricket era algo con lo que, seguro, nunca había contado.

—Quiero que me tutees. Quiero tutearte. Quiero llamarte Ava sin más y dirigirme a ti sin formalismos. ¿Crees que podría ser posible? —anunció a bocajarro, una vez Jorie hubo acabado su llamada para prevenir a Vera.

Ella sintió una emoción especial en el pecho. Era un paso importante, aunque se le antojó prematuro. No quería estropear nada, no adelantarse ni crear una confianza que luego corriera en su contra.

—Puedes tutearme, Troy Layton —aceptó ella—. Pero no puedes volver a besarme.

El silencio que siguió a las palabras de Jorie Sue les duró hasta que Troy aparcó la camioneta junto a la oficina del sheriff. Fue entonces cuando su corazón amenazó con salirse de su pecho y quiso correr para esconderse, como si temiera que estar frente a ese edificio fuera suficiente para condenarla por su delito y hacerla desaparecer para siempre. Le temblaban las manos cuando su jefe le abrió la puerta, como buena muestra de su gentileza sureña, y la invitó a bajar.

Quiso recurrir a la sangre fría de sus heroínas televisivas, de esas villanas que tanto la habían fascinado culebrón tras culebrón, pero supo que tenía perdida la batalla de antemano. Nada de lo que la tele le hubiera podido enseñar servía para calmar los nervios en un momento de pánico como ese.

—¿Qué…? —balbució aterrada—. ¿Qué hacemos aquí?

Troy Layton desvió la mirada hacia la oficina del sheriff, como si realmente para él fuera aún más duro que para ella estar allí, y volvió a centrarse en ella, sujetando aún la puerta de la camioneta con infinita paciencia.

A Jorie Sue se le notaban los temblores, por eso se veía incapaz de bajar y poner los pies en el suelo, temerosa de que pudiera perder el equilibrio y acabar en el suelo, muerta de vergüenza. Como ella dudaba y no se decidía a bajar, él esbozó una sonrisa condescendiente y alargó su mano hasta ponerla a la altura de su pecho, en espera de que ella la tomara para bajar del coche. El gesto le pareció tan natural que no la sorprendió en absoluto. Por alguna razón, era justamente lo que necesitaba. Era esa escala por la que subir el arduo monte de la valentía, para salir del vehículo y no desfallecer mientras se enfrentaba a sus fantasmas.

A lo lejos, un trueno la sacó de su ofuscamiento mental y la llevó a tomar la mano que Troy Layton le ofrecía. El tacto con él volvió a derramar chispas ardientes por toda su columna vertebral y estuvo

segura de que él lo había notado al instante, porque todo el vello de su brazo se puso de punta como si la hubiera recorrido un escalofrío de arriba abajo. Él, que parecía estar tan a gusto en ese gesto que le costaba deshacer el contacto, demoró el momento de soltarla hasta que ella ya estuvo de pie, junto a él, a salvo, sin tropiezos y sin más temblores que la hicieran tropezar. Por alguna razón, el roce de la mano de Troy Layton había hecho desaparecer el miedo y la sacudida que la había inundado al llegar a la oficina de sheriff.

—Podría esperarte en el coche —susurró ella aún con su mano sujeta a la de él—. No quiero molestar.

—Quizá tarde. Será mejor que entres por si acaso. La tormenta puede descargar en cualquier momento y no quiero que estés sola en la camioneta.

Su preocupación la enterneció. Esbozó una sonrisa de agradecimiento y se perdió en la intensidad azul de sus ojos, más oscuros de lo habitual. El calor que emanaba de sus manos unidas le llegó hasta las mejillas, que se tiñeron de un rubor que la desconcertó. No recordaba haberse sentido nunca antes tan cuidada ni tratada con tanta consideración en toda su vida.

—Te acompañaré entonces —dijo con un hilo de voz que le salió a duras penas. Por ella, no se hubiera movido en todo el día de ese lugar ni de su tacto suave.

Cuando Troy Layton le soltó la mano, Jorie Sue se sintió huérfana por unos instantes. Fue tal el sentimiento de pérdida, que hasta su corazón se lo hizo saber, regalándole un pinchazo desconocido, algo que nunca antes había experimentado en toda su vida.

Echaron a andar uno al lado del otro sin que mediara más contacto entre ambos. Se miraron de reojo, pero siempre a contratiempo: cuando uno levantaba la mirada, el otro corría a esconderla para no ser descubierto, un tira y afloja más propio de dos adolescentes que de dos personas adultas que tenían claras algunas cosas. Otras, por desgracia, estaban tan turbias que les obligaba a no adentrarse mucho en esas aguas desconocidas y turbulentas.

—Buenos días, May —saludó Troy Layton a la cincuentona que, con unas gafas colgando del cuello y la permanente más extrema del estado, tecleaba algo en una vieja máquina de escribir dedo a dedo. Era tan anacrónica en su estilo y al lado de ese artilugio de los que apenas se veían ya fuera de los museos, que Jorie Sue se preguntó si la puerta de la oficina del sheriff no llevaba a una dimensión alternativa donde aún era 1987.

—Buenos días, Troy —le devolvió el saludo la afable mujer con sus mejillas cargadas de colorete de color melocotón y sus labios rojo intenso, que contrastaban con la palidez espectacular de su propia piel—. Jay te está esperando.

—Delante de los ciudadanos debes llamarme sheriff Cranston —la corrigió un hombre fornido, de piel tan negra como el café, y de la misma edad aproximada de la secretaria de la permanente y los labios carmín—. Treinta años después, sigues sin decirlo bien.

—Vamos, Jay —le instó ella para nada preocupada por el tono rudo de su jefe—. Que es Troy Layton, no un representante de la oficina del Gobernador. Lo conocemos desde que era un crío…

—Esa no es la cuestión y lo sabes —rezongó él un poco más, antes de indicarle a Troy que le siguiera a su oficina.

Jorie Sue, que seguía muerta de miedo, y más cuando el enorme sheriff hizo su aparición, había dejado vagar su mirada asustada por la estancia que recibía a los ciudadanos que entraban allí por los más diversos asuntos. Los representantes de la ley de la comarca se concentraban en esas oficinas que, por alguna razón, estaban inusualmente desiertas, a excepción de May y del sheriff Cranston.

La sala de recepción era amplia y era como se supone que debía ser una comisaría al uso. La de Semmes era de las pequeñas, y no tendría más que cuatro o cinco agentes destinados en ella. Se veían varios puestos de trabajo, con ordenadores de este siglo y no máquinas de escribir de hacía décadas. Al fondo, una puerta daba al despacho del sheriff y, más allá, se imaginó que habría una sala de detenciones y las celdas, en una de las cuales Colton habría pasado una noche la semana anterior, cuando le detuvieron por su pelea.

—¿Vienes, Ava? —la voz de Troy Layton la sacó de su minuciosa radiografía a la oficina del sheriff, antes de que llegara a acercarse al tablón de los delincuentes más peligrosos, donde tuvo dudas sobre si ella estaría incluida.

Se rio por su broma personal, aunque era verdad que no había pasado ni un solo minutos desde que abandonara su casa en llamas sin que se preguntara por las consecuencias de lo que había hecho, sin que sintiera la presencia invisible de Bobby Dean respirándole en el cuello, mortificándola con un miedo transparente y visceral con el que sabía que tendría que convivir lo que le restaba de existencia.

Se dio cuenta de que Troy esperaba que la acompañara en el umbral del despacho del sheriff, y se preguntó si sería una buena idea que escuchara lo que tenía que hablar con el representante de la ley. A Jorie Sue le parecía que esos temas eran de índole privada y que, al fin y al cabo, ella era casi una extraña para su jefe.

—Puedo esperar aquí —dijo señalando el banco de la sala de espera, una estructura desgastada y con aspecto incómoda que no le apetecía nada de nada ocupar. Y menos sin saber cuánto tendría que esperar por él.

—No sigas tonterías —adujo Troy sin darle opción a rechistar. Sabía que lo decía por su bien, para librarla del torturador asiento de

madera, pero no le gustó nada que decidiera por ella. Si había huido de su casa era, precisamente, para poder decidir por ella misma si quería aposentar su trasero en el mecanismo de tortura perfecto por espacio de horas. De semanas si era preciso.

Aun así, se dijo, ella decidía ir, solo por escapar del banco, que quedase claro que la decisión de entrar en el despacho del sheriff, donde podía incluso meterse en líos, fue suya y solamente suya. Rezó, eso sí, un par de oraciones antes de seguir a los dos hombres, pidiendo a quien la escuchara que el sheriff no la acorralara con pruebas irrefutables sobre su autoría en los hechos que componían su delito. De ser así, estaba segura de que duraría apenas unos segundos antes de derrumbarse y confesarlo todo.

—Tú dirás, *sheriff Cranston* —dijo Troy con sorna, remarcando el nombre que le había pedido a su secretaria que usara con él—. ¿Para qué querías verme? ¿Colton se ha vuelto a meter en un lío?

La broma le duró tan poco tiempo como tardó en mencionar el nombre de su hijo. Su voz se endureció al pronunciarlo y sus hombros se crisparon como si un peso enorme recayera en ellos de repente.

El sheriff, que le sonrió burlonamente, le indicó que se sentara en la silla de frente a él. Luego la miró a ella, con suspicacia, y Jorie Sue supo que al hombre no le hacía nada de gracia tener una conversación con Troy Layton con ella delante. Podía haber aducido que, debido a exigencias legales, Jorie no podía estar presente, pero, por alguna extraña razón, se encogió de hombros y le indicó a ella la silla que quedaba libre. Troy los presentó y Cranston le dio la mano con educación.

—El chico no es la razón por la que te he pedido que vinieras —le informó el sheriff tras tomar asiento, mientras rebuscaba entre sus papeles y sacaba una carpeta color salmón—. Te he llamado por el otro gran tema. Nos acaban de pegar un toque, hay que pillar al pirómano como sea. Le está dando mala fama a la ley de ese cabrón de Bentley.

—Esa ley ya tiene mala fama por sí sola —apostilló Troy Layton sin pestañear.

—Puede ser, pero hay quien piensa que los incendios y la aplicación de la ley están relacionados.

—Quieres decir que un inmigrante sin papeles, obligado por Bentley a dejar su casa y su trabajo, los está provocando para vengarse —Troy no preguntó, sino que hizo una afirmación tajante con las suposiciones que el sheriff daba a entender.

—No sería descabellado pensar así —el sheriff mantuvo la mirada pétrea de Troy durante unos segundos, antes de desviarla hacia la pared que se encontraba a su derecha.

Jorie Sue se fijó entonces en que ese muro era un panel de pruebas,

fotos, pistas y hechos relacionados con el caso del pirómano que tenía a todos en el condado con los nervios de punta. Y vio, en una esquina, apartado pero unido con un hilo incuestionable, algo que la hizo palidecer. Pese al deterioro ocasionado por el fuego, pese a que apenas se podía reconocer, comprobó que su casa, la que ella había quemado, estaba entre los hechos probados de ese caso, y quiso que se la tragara la tierra.

—Pues tienes suerte, Jay —la voz de su jefe consiguió traerla de vuelta a ese despacho, aunque con suma dificultad—. Ahora ya tienes bien acotada la búsqueda de tu culpable. Dejas fuera a todos los blancos, que somos todos de lo más honorable, luego a los negros que se ganaron su derecho a ser ciudadanos legales hace ya unas cuantas décadas, y te quedas con los mejicanos pobres, los sin papeles, los encierras a todos en un campo de refugiados, a los que no se han ido ya asustados por la mierda de ley esa, y los vas deportando uno a uno, tras sacarles información sobre tu pirómano. El plan es genial y, además, le haces la mitad del trabajo al cabrón de Bentley. Veo un ascenso en tu carrera.

La dureza de sus palabras lo inundó todo en esa habitación. El sheriff apretó la mandíbula como si fuera a romperse sus propios dientes. Sus puños se agarrotaron y se pusieron tan blancos que parecían irreales y sus ojos, negrísimos y enormes, echaban chispas de ira de manera incontrolada. Jorie Sue sintió verdadero pánico por la reacción que el sheriff Cranston pudiera tener a continuación.

—¿Me acabas de llamar racista, Troy? —dijo despacio, sin poder contener la rabia que se intuía en su interior—. ¿Te recuerdo lo que sufrió mi gente hace un siglo? ¿De verdad quieres que entremos en eso?

—Jay, no juegues la carta del color de tu piel —le contestó Layton sin inmutarse—. Sabes tan bien como yo que no tenéis ninguna pista que justifique que le cargues el muerto a un indocumentado. Puede ser un tarado, tan blanco como yo o tan negro como tú. Un ciudadano respetable, un padre, la mujer del supermercado, el maestro de tus hijos… echarle más mierda a esa gente justo ahora... joder, pensaba que tú lo entenderías.

La pena se derramó entre las palabras de Troy Layton, que miró al sheriff Cranston como si no lo conociera. El representante de la ley le devolvió la mirada, aplacada de algún modo, como si los argumentos del hombre que lo contemplaba entristecido hubieran aniquilado su rabia y sus ganas de aplastar cabezas.

—No puedo descartar nada, Troy —dijo el sheriff lacónico—. Es una pista y tengo que seguirla. Por eso estás aquí.

—No voy a señalar a nadie —afirmó su jefe levantando una mano en dirección al sheriff—. No tengo ningún sospechoso si me lo vas a

preguntar.

—Tu granero fue el primero que ardió.

—Lo sé muy bien. Y nadie vio nada, ya te lo dije el día que pasó.

Jorie Sue recordó entonces el montón de ruinas calcinadas que había visto junto a los campos, cuando Dixon la acompañó en busca de Cricket, la semana anterior. Debían de estar refiriéndose al granero que el capataz le dijo que había ardido recientemente. Se estremeció al pensar que algo que había empezado en las tierras de su jefe, había acabado por estar relacionado con su escape del bruto de su marido.

—Sé que no te va a gustar, pero necesito una lista de toda la gente de la plantación Layton —Troy arrugó el gesto y Jorie no supo si era por el requerimiento del sheriff o por escuchar ese nombre para llamar a su rancho, que él había desterrado para no vincularse con su padre—. De los que tenías allí trabajando antes de que empezaran a largarse por la entrada en vigor de la Ley, también. Vamos a pedir nombres en todas las plantaciones y pueblos donde ha habido un fuego no justificado en los últimos meses y me da igual si eso es racista. Hay que acabar con esto si no queremos que alguien salga herido. Es cuestión de tiempo que no solo estemos hablando de propiedades y lo sabes.

Troy Layton desvió sus ojos del sheriff, fijándolos en el techo, como si lo que acababa de pedirle fuera un auténtico despropósito. Se pasó las manos por el pelo y asintió con fastidio. Sabía que no podía negarse o se enfrentaría a cargos por desacato y por no colaborar con la justicia.

—Necesitamos pistas y ya hace una semana que no hay rastro de él —añadió el sheriff claramente preocupado.

—Quizá se haya auto deportado y esté ya en México —le pinchó Troy con una sonrisa sardónica que hizo que Cranston pusiera los ojos en blanco.

—Déjalo ya, Troy, por el amor de Dios. —Estaba claro que ni su jefe iba a olvidar el tema tan fácilmente, ni el sheriff iba a soltarlo sin luchar por las pistas que pudieran llevarlo a su sospechoso.

Jorie volvió a fijar su vista en la esquina donde su casa quemada estaba fija en la pared. A su lado, papeles con indicaciones señalaban nombres y alguna anotación que ella no lograba vislumbrar desde su sitio. El sheriff pareció leerle la mente, porque dirigió sus ojos al mismo sitio que ella y, señalándolo, lo convirtió en su siguiente punto del orden del día.

—Esa casa al norte de Chatom es el único punto discordante en toda la historia —apuntó sin ser consciente del terremoto emocional que sus palabras desataban en el interior de Jorie Sue.

Se frotó las manos, que le sudaban copiosamente, y se mordió el labio, mientras rezaba sus oraciones para no ponerse en evidencia. No

podían saber que ella estaba involucrada, se decía a sí misma, pero nada lograba convencerla de que eso era así, y que solo la casualidad la había sentado en esa silla y metido en ese despacho para ser testigo de cómo esos dos hombres trataban el tema de la destrucción de su vida pasada.

—¿Qué tiene de discordante? —quiso saber Troy Layton con franco interés.

A Jorie se le heló la sangre solo de saber que se podía desatar el apocalipsis si tenían el testimonio de Bobby Dean ahí mismo, en esas carpetas color salmón, y la mencionaba a ella, quizá con fotos y todo, imposible no reconocerla por su aspecto. No podía evitar pensar que había sido estúpida al meterse de lleno en la boca del lobo.

—No sé, el tipo que puso la denuncia estaba un poco confundido con todo y no supo… bueno, que todo fue un lío desde el principio —intentó explicar el sheriff, dejando más interrogantes que antes de intentar contestar a la pregunta de Troy.

—No te sigo…

—Cuando llegó la primera patrulla al lugar de los hechos, el dueño no estaba por allí —comenzó de nuevo, intentando hacerle mejor—. El fuego había sido declarado a primera hora de la mañana, eso ya es diferente a todos los demás, que siempre se han producido por la noche. En fin, que cuando el dueño apareció los bomberos ya casi se marchaban después de terminar de apagar el fuego. El hombre, según los chicos de la patrulla, estaba borracho perdido, y empezó a llamar a una mujer a gritos, como si dentro hubiera estado alguien, su mujer o algo así —hizo una pausa que a Jorie casi la mata de la ansiedad que tenía.

El que Bobby Dean la hubiera mencionado a ella no era buena señal, era, más bien, un cataclismo, un tsunami que podía alcanzarla en cualquier momento, para ahogarla y dejarla sin sentido. Al borde del colapso, solo quería que el sheriff continuara con lo que fuera, para acabar de una vez y entregarse allí mismo, si acababa siendo descubierta.

—Total, que le aseguraron que dentro de la vivienda no había nadie y que podía estar tranquilo —siguió el sheriff, acelerando el corazón de Jorie Sue—. Entonces empezó a echar pestes contra la mujer a la que minutos antes había estado llorando. Cuando lo apartaron para que se tranquilizara, estuvo hablando con alguien, creo que uno de esos buitres del seguro, lo siguiente que aparece en el registro de su declaración es que estaba convencido de que el pirómano del que todo el mundo hablaba, había sido el causante del incendio de su casa.

—Está claro que la mujer le quemó la casa antes de dejarlo —dijo Troy con una naturalidad que puso a Jorie Sue al borde del desmayo. Lo miró como si fuera a morirse del susto allí mismo, y apenas pudo

creer que no le hubiera dado ya un ataque al corazón.

—Eso creemos nosotros —aseguró el sheriff Cranston—. Pero él asegura que su mujer está perfectamente en casa de unos parientes en Selma y que, por supuesto, ella no le ha quemado la casa.

Rieron los dos con lo que parecía ser el chiste más gracioso del día y ella empezó a notar que le faltaba el aire. Sin poderlo evitar, se puso en pie como si hubiera saltado un resorte en su interior, y se precipitó hacia la puerta.

—¿Estás bien, Ava? —preguntó Troy Layton con una clara preocupación asomándole al semblante.

Ella le quitó importancia al asunto, pese a que sabía que estaba pálida como una losa y que el sudor le resbalaba, copioso, por la frente. Quizá si contaba que se estaba mareando, la dejaran irse corriendo a esconderse en cualquier lugar lejos de allí.

—Lo siento —dijo atropelladamente—. Necesito ir al baño con urgencia.

Salió del despacho sin darles opción a decir nada más y se encerró en el baño, cuya puerta abierta estaba justo al lado de la habitación de la que acababa de huir.

Se miró en el espejo y se agarró al lavabo con una fuerza que desconocía. El corazón le latía tan deprisa que pensó, por un momento, que se le iba a romper dentro del pecho, dejando esparcidos sus pedazos diminutos por todo su organismo. Se rio de sus estúpidas analogías y de lo poco inteligente que había sido entrar en la oficina del sheriff. No quería ponerse dramática, pero si daban con ella iba a tener que dar muchas explicaciones y no le apetecía nada. Sobre todo, no quería dárselas a Troy Layton, que parecía haber confiado ciegamente en ella desde el primer minuto. Y mira que no parecía un hombre que entregara su confianza así como así, menos aún a una completa desconocida que iba a encargarse de vigilar y cuidar a su hija de nueve años.

Abrió el grifo del agua fría y se refrescó la cara. Sintió que el agua fresca en el rostro le devolvía parte de la serenidad que necesitaba para volver a salir por la puerta y enfrentarse a ambos hombres aparentando una normalidad que estaba muy lejos de sentir. Se preguntó, por un instante, qué pasaría si salía de allí sin avisar, escabulléndose cuando nadie mirara o intentando escaparse por la diminuta ventana del baño. Sabía que no iba a hacerlo, pero eso no evitó que fantaseara con ello y se sintiera la heroína de una de sus telenovelas, escapando de la justicia que tan injustamente estaba a punto de tratarla.

Pasaron algunos minutos en los que procuró que su respiración volviera a parecer normal, antes de salir y enfrentarse con el mundo. Cuando se creyó lista para acometer tal empresa, tomó una gran

bocanada de aire y abrió la puerta. Creía tenerlo todo bajo control, creía que podría con todo lo que vendría a continuación y, si no era así, se dijo a sí misma que podría con las consecuencias, asumiéndolas con deportividad y sangre fría.

Pero toda esa charla interna en tono motivacional no sirvió de nada, sobre todo cuando oyó a los dos hombres a través de la puerta que ella había dejado entreabierta en su huida sin volver la vista atrás.

—Troy, no puedes negar que es raro que no sepas de ella más que su nombre —le decía el sheriff Cranston a su jefe. Ambos estaban de pie, en lo que parecía los prolegómenos de una despedida. Jorie Sue respiró con alivio por irse de allí, pese a no poder relajarse del todo al saber que estaban hablando de ella.

—No necesito saber más —adujo Troy Layton con despreocupación—. Solo está con la niña mientras encuentro a alguien más capacitado. Está de paso, así que no me preocupa en absoluto.

El corazón de Jorie Sue, ahora sí, se rasgó de parte a parte, rompiéndose de forma irremediable, al escuchar lo prescindible que era y los planes que no la incluían y que su jefe tenía para ella. Se sintió tan herida en su orgullo y en su amor propio, que una lágrima llena de rabia y dolor se deslizó lentamente por su mejilla, mientras se prometía a sí misma que esa misma tarde volvería a hacer la maleta y a tomar la carretera que la llevaría, finalmente, hasta el mar.

Capítulo 11
Una tormenta devastadora

La lluvia comenzó a caer con fuerza antes de que ella alcanzara la puerta de la oficina del sheriff.

Jorie Sue dio una pequeña patada contra el suelo, al modo que suelen hacer los niños pequeños, como única forma de canalizar la frustración que la invadía al no poder largarse de allí. Parecía ser que el destino tenía otros planes para ella y huir esta vez no iba a ser tan fácil como la primera.

—Uy, parece que se va a poner fea la cosa —dijo la secretaria a su espalda, alertada por el ruido de la lluvia que había roto el apacible silencio que solo su tecleo sobre la vieja máquina de escribir parecía haber perturbado hasta entonces.

Jorie miró en su dirección y la vio encogiéndose de hombros, como si no quedara otra cosa por hacer que claudicar y asumir que la tormenta los había alcanzado.

—Tocará tierra en Texas, así que de esta no tendremos que preocuparnos —añadió May con cierta satisfacción. Jorie supuso que, pese al tiempo transcurrido, aún tenían todos a Katrina metida en los huesos.

El hombre del tiempo había dicho que sería una tormenta tropical y que les tocaría ligeramente. La peor parte se la llevarían México y Texas, así que al menos no era de las peligrosas, no era un ciclón o un huracán, este se llamaba Don[2], no Katrina, la historia no iba a volver a repetirse, al menos no ese día de julio de 2011.

Recordaba a Katrina, su devastación, su furia, su daño… no había nadie en Alabama que no recordara agosto de 2005 y el huracán que los asoló. Por eso, cada vez que tenían encima la amenaza de una tormenta, siempre volvían a los días en los que la naturaleza arrasó con todo y los dejó temblando, desde Florida a Texas, todo asolado al paso de un huracán que los había marcado con el signo del miedo y la desesperación desde entonces.

Era cierto que la zona en la que vivían era propensa a las tormentas, sobre todo en temporada de huracanes, justo en la que se encontraban, pero tras comprobar lo devastador que podían llegar a ser cuando Katrina se ensañó con ellos, el respeto se había vuelto auténtico terror por repetir algo como aquello.

—Necesito hacer una llamada —dijo de pronto, dirigiéndose a la secretaria con un punto de ansiedad en la voz.

El sheriff y Troy Layton seguían hablando junto a la puerta del despacho de Cranston y parecían ajenos al aguacero que estaba descargando su fuerza en el exterior. May le tendió el auricular del

teléfono de su mesa sin hacer preguntas y ella agradeció el gesto con una sonrisa diminuta que pretendía ser agradable.

Marcó el número de la casa que se había aprendido de memoria el mismo día de su llegada, y esperó paciente a que Vera cogiera la llamada. Esperó un tono, dos… cinco tonos, hasta que la llamada se desconectó sola. Volvió a intentarlo con idéntico resultado, y nada. Nadie respondía al otro lado, lo que aumentó su angustia. Por más que se decía que era solo una tormenta, en la mente de Jorie Sue la desesperación por mantenerlo todo bajo control en una situación de hipotético peligro la tenía totalmente presa de un posible ataque de pánico.

Fue entonces, en medio de ese miedo ilógico al preguntarse por el paradero y la seguridad de la niña que tenía encomendada, cuando se dio cuenta de que irse de la casa iba a ser más duro de lo que pensaba, que un calentón fruto de unas palabras ardientes, quizá no era la mejor respuesta. No es que la quisiera con locura, no es que ya no pudiera vivir sin ella, era más su sentido de la responsabilidad total, ese que le había hecho siempre sacrificarse por los demás, aunque los demás la trataran a patadas. Había cosas que una no podía sacar de sí misma, y una de ellas era su estupidez natural de quedarse junto a personas que no la apreciaban, solo por el mero hecho de pensar que ella podía ayudarlos de algún modo.

—¡Troy! —gritó sin medir las consecuencias de elevar la voz allí dentro. Ni siquiera le importaban las malditas consecuencias.

Al instante, el sheriff y su jefe salieron del despacho, alertados por el tono perentorio de Jorie Sue. Troy Layton la miró con una interrogación en los ojos, preguntándose a qué venía esa urgencia en su voz.

—No contesta nadie en la casa —dijo ella apresuradamente—. No hay nadie con la que está cayendo. Por favor, llama a Dixon o a alguien.

Troy asintió sin decir nada, se despidió del sheriff y de su ayudante y la sacó de allí sin mediar una sola palabra.

Al salir a la calle, el agua caía torrencialmente, parecía que el mundo iba a acabarse ese mismo día. El cielo, encapotado pero con rastros de puro azul que habían visto antes de entrar en la oficina del sheriff, ahora era de una oscuridad terrible, como si la noche se hubiera presentado en el pueblo sin haber dado aún la hora de comer. Y, lo peor de todo, era que parecía que no iba a ser una cosa pasajera, sino que esa bruma negruzca tenía toda la pinta de que había venido para quedarse y hacerles muy complicado el viaje de vuelta a la plantación.

Troy Layton se quitó su camisa y se la colocó por encima de la cabeza a Jorie Sue mientras la acompañaba corriendo a su lado de la

camioneta. No servía de mucho porque el aire huracanado no permitía que la exigua pieza de tela se mantuviera con mucha exactitud sobre sus cabezas, pero el gesto tuvo mucho de gentilidad sureña, y a Jorie Sue se le llenaron los ojos de unas lágrimas que no dejó salir, solo por el hecho de tener que prescindir de la compañía de una persona que la trataba con algo parecido al afecto.

Cuando Troy estuvo seguro de que ella estaba dentro, cerró la puerta del copiloto y corrió a su propio sitio, adonde llegó empapado, chorreando agua por toda su piel, como si se acabara de lanzar a una piscina con ropa y todo.

Se miraron un segundo, y una corriente eléctrica, igual a la que surcaba el cielo en esos momentos, los recorrió enteros. Fue un momento revelador, en el que ambos sintieron que una fuerza arrasadora los había sacudido de una forma que no acertaron a describir. Jorie Sue ni siquiera quiso hacerlo, no quiso pensar en ello porque no se lo podía permitir. Odiaba que él la hubiera apartado con esas palabras tan hirientes que había pronunciado en presencia del sheriff Cranston y que, a la vez, se sintiera tan atraída por él, por su cuerpo mojado, sus ojos anegados de dolor y toda la tristeza que arrastraba tras de sí.

—Llama, por favor —volvió a insistir, desplazando así el estremecimiento que, estaba segura, ambos habían sentido al mirarse con tanta franqueza, como si se hubieran mostrado desnudos y sin equipaje uno al otro.

Troy Layton sacó su teléfono móvil del bolsillo del pantalón mientras la lluvia golpeaba con furia los cristales de la camioneta. Buscó en la agenda un número y llamó. Su cara de circunstancias le dijo a Jorie Sue que las cosas no iban bien.

—Ni siquiera da llamada —dijo Troy con cierta preocupación, pero no con la desesperación que la embargaba a ella. ¿Por qué no estaba preocupado hasta el punto de poner la camioneta a mil por hora en ese mismo instante y salir corriendo para saber cómo estaba la gente que quería?

—¡Pues vamos! —casi grito ella, intentando contener sus nervios con muy poco éxito.

Troy la miró durante un segundo antes de arrancar el coche y emprender el camino de vuelta. En la comisura de su boca bailaba una sonrisa que indicaba que la reacción de Jorie le divertía, aunque fuera solo un poco. Por toda respuesta, ella solo tenía ganas de apartarle del volante y apretar el acelerador a fondo.

—¿No puedes ir un poco más deprisa? —le apremió ella sin dejar de mover las piernas, presa de un tic nervioso que no la dejaba relajarse en ningún momento.

—¿Estás bien, Ava? —preguntó él con la voz cargada de

comprensión—. ¿Me vas a decir qué demonios te ocurre? ¿Te asustan las tormentas? ¿Es eso?

¿Cómo explicarle lo insegura que se sentía cuando el cielo parecía que iba a romperse en pedazos sepultándola bajo ellos? ¿Cómo explicarle la sensación de estar a merced de fuerzas demasiado descontroladas como para sentirse mínimamente a salvo?

—Digamos que no me siento cómoda con una encima —dijo con un nudo de miedo estrangulándole la garganta—. Y no me negarás que esta no es como para preocuparse.

—Las he visto peores, créeme, mucho peores que esta —aseguró Troy Layton mientras intentaba conducir sin ninguna visibilidad camino adelante.

La lluvia caía con tanta intensidad que golpeaba los cristales como si su intención fuera atravesarlos por la fuerza, rompiéndolos en cientos de miles de pedacitos que se clavarían en todos los rincones de su cuerpo. Jorie Sue se estremeció ante ese pensamiento tan perturbador y se hizo un ovillo en el asiento del copiloto, asustada como una niña de seis años.

—¿Te encuentras bien, Ava? —volvió a preguntar él, como cuando había abandonado el despacho del sheriff con esa lividez mortal que había cubierto su rostro de repente—. No tienes buena cara.

—Estoy preocupada por la niña —dijo con un hilo de voz, a punto de derramar su miedo de forma descontrolada por todo el espacio que la separaba de Troy.

Él, con un toque leve de su mano libre, la que no estaba en el volante, acarició con suavidad la pierna desnuda de Jorie en un gesto tan tierno como el que le dedicaría a su hija pequeña. A Jorie Sue le ardían los ojos, pero los cerró con fuerza para mantener a raya la humedad. No iba a llorar por miedo, no iba a hacerlo tampoco porque ya estaba echando de menos ese tacto que pronto iba a salir de su vida.

—Están todos bien. El rancho está preparado para este tipo de tormentas, todos saben lo que deben hacer y no va a pasar nada —intentó tranquilizarla él—. ¿Me ves preocupado? ¿No crees que si no creyera lo que te estoy diciendo estaría de los nervios por saber que mis hijos están allí y pueden estar en peligro?

Tenía sentido. La casa era grande, tenía buenos cimientos, estaba construida con calidad. Y en esa zona todo el mundo tenía formación para protegerse de las tormentas.

—Pero nadie contestó al teléfono…

—Cuando se acerca una de estas, todos saben qué deben hacer y, probablemente, estaban haciéndolo justo cuando llamaste. Creo que ahora deberías preocuparte más por nosotros… no logro ver nada —confesó—. Llegar a casa va a ser una tarea casi imposible.

Jorie Sue se irguió en el acto, abandonando su posición fetal en el asiento. No era negociable no llegar. No lo era tampoco jugarse la vida haciéndolo. Troy iba con mucho cuidado, pero era cierto que no se veía apenas nada por la ventanilla delantera y que, en cualquier momento, podían tener un desgraciado accidente solo por jugársela en la carretera. Calculó que el pueblo ya había quedado atrás hacía un par de minutos, y que, por delante, solo les quedaba carretera, camino, cultivos y terrenos de los Layton. No era mucho trecho, pero las condiciones, desde luego, eran de lo más desfavorables.

Continuaron en silencio y en tensión algunos minutos más. Jorie Sue estaba atenta a cada cosa que pudiera visualizar para prevenir a su jefe de posibles problemas. Un rayo cayó justo a su lado, lo que hizo que Troy diera un volantazo y Jorie soltara un grito angustioso que los sobresaltó a ambos aún más.

Aquello era una locura y Jorie se maldijo por haber subido a la camioneta sabiendo que se acercaba una tormenta considerable. ¿Es que acaso tenía el juicio tan nublado por su encuentro con Colton que no había visto las señales?¿Es que era tan tonta como para pensar que estar un rato al lado del hombre al que se moría por salvar compensaba pasar por todo eso?

Se volvió a encoger en el asiento, y dejó que su mente se escapara del vehículo. Si se centraba en cosas que le gustaran y olvidaba el diluvio que los tenía cercados en esa camioneta, quizá consiguiera llegar a casa sin volverse loca de los nervios. Apretó con fuerza los párpados y se concentró en aquellos pequeños detalles que hacían su vida más agradable. Pensó en sus libros, en cómo olían, en los culebrones donde vencía siempre el amor, en la limonada que aplacaba la sed los días extremadamente calurosos, en su camiseta del girasol. Vio la sonrisa maternal de Vera, la carita de Cricket cuando le leía a Martha, la paz de Martha cuando escuchaba a Cricket. La vulnerabilidad que Colton se había olvidado de ocultar durante un segundo esa misma mañana, el beso en la cocina que Troy le dio, despertándola de algún modo, haciendo que lo viera, lo sintiera y lo deseara de ese modo tan inconveniente… Y se vio a ella misma, ella siendo libre, siendo Ava Mae Riperton, siendo dueña de su destino, de sus miedos, sus deseos y sus ganas de seguir un camino aún no escrito. Y sonrió, sonrió porque le gustaba sentirse atada a cosa bonitas y que estas le hicieran más fácil pasar por cosas feas, aterradoras y que la inquietaban.

Sintió entonces la mano de Troy Layton, esta vez dentro de la suya. Y ella la apretó con fuerza porque, precisamente, eso era lo que necesitaba junto al recuerdo de la belleza de los pequeños detalles de su día a día. Abrió los ojos y se miraron un instante fugaz, perdidos uno dentro del otro, como si el único lugar de la tierra fuera donde

estuvieran esos ojos que se miraban tan intensamente…

Lo siguiente que Jorie Sue recordó de aquel momento fue que la camioneta resbaló estrepitosamente, como si una rueda hubiera explotado o hubieran topado con un muro invisible, y se salió de la carretera pese a los buenos reflejos que Troy Layton demostró, manejando con destreza el vehículo hasta estacionarlo, no sin esfuerzo, en el arcén justo al lado de la carretera principal.

El tiempo se paralizó, la mente de Jorie Sue fue invadida por fugaces pensamientos de pérdida y dolor, y se agarró por inercia a los salientes del salpicadero, intentando mantenerse amarrada para no salir disparada. La fuerza de la camioneta sin control le asustó tanto como la propia tormenta y dejó escapar un grito desgarrador que no supo controlar.

Se volvieron a mirar de nuevo, con el susto aún presente en esos ojos que acababan de derramarse unos dentro de los otros, y suspiraron con un alivio franco por sentirse a salvo, ambos, sin mayores percances. El tiempo seguía paralizado, todo discurría como a cámara lenta, como si alguien hubiera pulsado la tecla de pausa en un reproductor imaginario, como si estuvieran suspendidos en el aire, en el tiempo. A Jorie le costaba respirar, pese al alivio, pese a comprobar que ambos estaban perfectamente.

Fue Troy quien rompió la quietud del momento con un suave movimiento. Quien le puso una mano en la cara, quien le acarició el pelo, quien le preguntó sin palabras si estaba bien. Y ella, asustada pero feliz de estar viva y con él, asintió también sin palabras, solo con la sonrisa inocente de quien se encuentra al lado mismo de la única persona del planeta con quien querría estar.

El agua seguía cayendo de forma descontrolada, repiqueteando en la carrocería de la camioneta y componiendo la banda sonora de un momento que Jorie Sue describiría más tarde como mágico. Mientras él seguía acariciando su pelo, ella le puso una mano en la mejilla. No supo por qué necesito tocarlo de repente, pero el impulso le sacó una sonrisa a Troy, tímida, diferente a todas las demás, una que, por fin, le llegó hasta los ojos, donde estalló de una forma que la dejó sin aliento.

Lo miró fijamente, sin ambages, con la confianza del que acaba de vencer a la muerte y se siente sobrehumano. Lo estudió para aprendérselo, para quedarse con sus facciones, para grabárselas a fuego en la memoria y no olvidarlas nunca. Si no les quedaba mucho tiempo juntos, ella tenía que esforzarse más, porque seguía pensando que a Troy Layton le hacía falta sonreír más y hacerlo de verdad. Y era su misión, rescatarle y dejarle en un lugar seguro donde sonreír no hiciera daño y dejarse llevar por el dolor no fuera una opción.

Contempló su rostro con ternura, y pensó que estaba muy guapo cuando él la miraba a ella preocupado y aliviado a la vez. Estaba

empapado y olía a tierra mojada y ella solo quería perderse en esa humedad y ese perfume que la estaba volviendo completamente loca.

Tenía tantas ganas de volver a sentir su boca sobre sus labios que hubiera matado porque lo hiciera. Pero el miedo era más fuerte, y el dolor, porque sabía que para él era prescindible, porque le había oído decir que solo estaba esperando el momento adecuado para decirle que se fuera.

El corazón le latía a mil por hora. Dependía de ella todo en aquel coche. Él era un perfecto caballero sureño y ella le había pedido que no la volviera a besar. La podía tutear pero sus labios se los había prohibido. Podía desdecirse, podía invitarle a hacerlo. Podía ser ella quien se inclinara sobre él y rozara sus labios, dejando abierta la posibilidad de que él siguiera. Su respiración se hizo pesada entonces, imaginando qué pasaría, dejando que su imaginación jugara con lo que sus cuerpos, el espacio, el miedo y las ganas podrían hacer. Y al final, cuando las imágenes fueron tan vívidas que le dolieron, dijo lo único que podía decir, matando su propia expectación, negándose a tomar aquello que anhelaba.

—No podemos quedarnos en el coche con la tormenta encima —le apremió ahogando un sollozo de impotencia por su propia cobardía—. Sácanos de aquí antes de que nos caiga un rayo.

Él la miró decepcionado. Durante un segundo no se movió, no retiró la mano de su pelo ni deshizo el nudo que le ataba a sus ojos. Durante un segundo eterno le imploró que no hablara, le suplicó que diera un paso atrás, que lo hiciera de modo diferente. Pero ella ya había tomado su decisión, y miró por la ventanilla, al otro lado de la carretera, intentando que él no viera una triste lágrima solitaria que se le acababa de escapar de entre sus párpados anegados.

El sonido del motor de la camioneta los hizo volver a ambos a la fría realidad donde no se habían besado, donde habían dejado pasar la oportunidad de enredarse el uno en el otro como si no existieran las consecuencias y no estuvieran justo en el centro del fin del mundo. Troy intentó poner el vehículo de nuevo en la carretera, pero las ruedas traseras patinaban y eran incapaces de salvar el barrizal que debía de haberse formado en aquel camino.

Abrió la puerta y la violencia de la tormenta lo golpeó de frente. No había más alternativa que comprobar sus opciones sobre el terreno, así que se dispuso a bajar y dejar que el temporal lo engullera. Jorie lo retuvo posando su mano de nuevo sobre él.

—¿A dónde demonios crees que vas? —le gritó con el miedo dibujado en los ojos, elevando su voz para hacerse oír sobre el fragor de la tormenta. Quedarse sola le asustaba de una forma difícil de describir, pero que él saliera a la intemperie y que le pasara algo, eso no alcanzaba ni a imaginarlo. ¿Qué haría entonces ella? ¿Cómo

manejaría esa situación? No se le daba bien enfrentarse a cosas que se escapaban de sus capacidades, y menos hacerlo en la completa soledad de un vehículo varado en el barro en medio de una tormenta.

—A solucionar eso —dijo en el mismo tono de voz elevado, señalando las ruedas traseras—. No tardaré, te lo prometo.

A diferencia de Cricket, a ella le gustaban mucho las promesas. Esa, en particular, le sonó a música celestial. Ese *no tardaré* pronunciado mirándola a los ojos, con la confianza del que sabe que va a cumplir, la llenó de algo parecido a la esperanza. Y, por un instante, dejó de tener miedo.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció sin pensarlo mucho.

No es que ella tuviera mucha fuerza o algo de experiencia en solucionar ese tipo de contratiempos, pero sabía que dos manos con las que contar durante un problema así, siempre era bienvenidas.

—Colócate al volante. Aquí —dijo señalando el lugar que, en ese momento, aún ocupaba su cuerpo fornido y medio empapado—. Sabes conducir, ¿verdad? —Ella asintió y él sonrió—. Bien, voy a intentar buscar alguna rama o tablón para que las ruedas no patinen. Si no, probaré a empujar mientras tú arrancas y tratas de sacar la camioneta, ¿de acuerdo?

Jorie Sue le hizo un gesto afirmativo y él salió a la intemperie sin esperar nada más. Jorie Sue hubiera querido abrazarlo con fuerza antes de irse, como si partiera hacia la guerra en otro continente y no a solucionar un problema de barro al otro lado del vehículo. Se situó donde él le había indicado y esperó por su señal. Contó los segundos primero, intentando concentrar sus pensamientos descontrolados en algo que le resultara familiar. Luego fueron los minutos, mientras seguía sin recibir ninguna señal de él.

Sintió entonces la soledad del habitáculo, la calidez pegajosa de la humedad que desprendía la tormenta, el olor a maleza mojada y a aire revuelto… sintió sus terminaciones nerviosas en tensión y supo que estar sola no le convenía, porque podía hacerla volver a pensar cosas inadecuadas, todas ellas relacionadas con Troy Layton.

Cuando finalmente apareció de repente en la ventanilla y le indicó que arrancara la camioneta, ella casi había perdido la cuenta del tiempo transcurrido y de los pensamientos poco razonables que habían conseguido sortear su bloqueo.

Llevó a cabo todas sus indicaciones, a ciegas, porque él había vuelto a desaparecer y no tenía ni idea de dónde estaba. Se lo imaginaba detrás, empujando con su peso el coche, embarrado, cubierto por la lluvia cegadora, por su violenta crueldad, y se sintió sola en el cubículo de la camioneta que, de repente, era enorme por su ausencia. Pisó el acelerador todo lo que el pedal le permitió, pero era inútil, no se movía ni un milímetro del sitio. Estaba tan concentrada

que se asustó cuando la puerta del vehículo se abrió de golpe y él pidió permiso para entrar con su presencia junto a ella. Jorie Sue se arrastró al asiento del copiloto, abrumada.

Él parecía estar sin aliento por el esfuerzo, y trató de recuperarlo antes de dirigirse a ella con resignación.

—No hay nada que hacer. —Su pecho subía y bajaba con intensidad, respirando como si acabara de intentar mover el mundo entero. Las gotas de lluvia le resbalaban por el rostro, y el barro alcanzaba más arriba de sus rodillas. Pese a todo, estaba guapo, rabiosamente guapo, tanto que Jorie Sue se preguntó cómo era posible, si en realidad estaba hecho un desastre—. Tendremos que quedarnos aquí dentro hasta que alguien nos vea y nos remolque fuera del barrizal, o hasta que vuelvan a funcionar los teléfonos y podamos avisar para que vengan a sacarnos.

—Pero… pero aquí parados nos puede caer un rayo —dijo ella dejando que la histeria traspasara su voz—. ¡Estamos en peligro!

Él rio con ganas, la miró y no pudo reprimir unas carcajadas que hasta sonaban relajadas y despreocupadas. ¿Cómo era posible que estuviera tan tranquilo? Era inaudito.

—Aquí estamos más a salvo que fuera, en la intemperie —trató de tranquilizarla—. ¿No has oído hablar nunca de la jaula de Faraday?

Jorie Sue lo miró como si estuviera loco de atar. Seguía sin entender que no estuvieran buscando alternativas. Pensar que le podía caer un rayo al coche, que estaban tan expuestos, le revolvía el estómago.

—¿Qué es eso? ¿Qué tiene que ver con esto? —preguntó a la defensiva, señalando nerviosa la tormenta que continuaba desatando su furia contra los cristales de la camioneta.

—Eso es una teoría de la física que dice que, si nos impactara un rayo en el coche, la electricidad solo circularía por el exterior de la camioneta, por todos los elementos metálicos de fuera, sin conseguir alcanzar el interior, siempre que mantengamos puertas y ventanas cerradas —explicó Troy Layton con el tono de un maestro que aleccionaba a su alumna—. Al parecer, la electricidad no puede acceder al interior y solo se pasearía por el exterior del coche. Así que estamos más a salvo aquí dentro que corriendo fuera en busca de un refugio que, creo, nos costaría bastante encontrar.

Jorie Sue lo miró alucinada, como si acabara de asistir a uno de esos sermones súper convincentes e intensos de un telepredicador. Aún estaba reticente de aceptar su palabra, pero intentó darla por buena, no le quedaba otra si no quería que sus nervios estallaran en mil pedazos.

—Ava… en serio, créeme —dijo reteniendo su mirada un instante antes de hacerle otra promesa, una que ella se moría por ver

realizada—. Te prometo que no te pasará nada. No dejaré que te pase nada.

Por un lado, sabía que era el perfecto caballero sureño que vivía dentro de él quien había pronunciado ese compromiso, pero por el otro, algo dentro de ella se estremeció solo al pensar que alguien, en esa vida, estaba dispuesto a mantenerla a salvo. Y quiso creerle, tanto, que cerró los ojos e imaginó que las palabras anteriores, esas que iban a sacarla de su casa, las que aseguraban que ella solo estaba de paso en vida, nunca habían sido dichas, ni pensadas siquiera.

Engañarse era fácil… tan fácil cuando se cerraba los ojos, que Jorie Sue decidió cerrarlos a todo lo que le hacía daño. Al menos mientras el tiempo siguiera en pausa y el mundo siguiera reducido a esa camioneta, al camino, a la tormenta y a Troy Layton.

Capítulo 12
A corazón abierto

La furia de la tormenta seguía golpeando el parabrisas de la camioneta, mientras esperaban con paciencia a que alguien los rescatara.

Jorie Sue pensaba que ellos eran también metáfora de un rescate, dispuestos para salvarse el uno al otro en cuanto se lo pudieran permitir. Era extraño, era como dejarse mecer por el oleaje mientras el barco que los mantenía a salvo se hundía poco a poco, inexorablemente.

Habían permanecido unos minutos en silencio, evaluándose, haciéndose composición de lugar, sopesando sus opciones, sobre todo las que les implicaban a ellos mismos. Jorie llegó a una conclusión dolorosa mientras se sujetaba el pelo en una coleta y dejaba que él la mirara con un descaro que no la inquietó. Sabía que aquello que les pasaba era tan violento y efímero como la propia tempestad, y eso la desconcertaba a la vez que le agujereaba el pecho con un dolor desconocido hasta la fecha.

—¿Por qué te asustan tanto las tormentas? —quiso saber Troy, rompiendo ese silencio mutuo y acomodándose en el asiento del conductor, dejando caer su peso contra la ventanilla de su izquierda. Desde esa posición la miraba de frente y ella podía tener una visión completa de su cuerpo empapado y castigado por la tormenta.

Jorie Sue desvió la mirada de sus ojos y optó por mirar más allá de la luna del vehículo, como si pudiera ver a través de la cerrada tempestad que se cernía sobre el coche. Le daba miedo abrirse así, pero tampoco tenían nada mejor que hacer que hablar de ellos mismos, y era una buena manera de conocerse más y mejor. Aunque les durara poco ya la relación profesional, no estaba de más aprenderse detalles importantes del otro, por lo que pudiera pasar.

Antes de abrir la boca, mientras se pensaba si lo hacía, se inclinó sobre el aparato de radio de la camioneta y pulsó el botón de inicio del CD que estaba dentro del reproductor. La voz de Freddie Mercury inundó el habitáculo con su potencia y su sonoridad tan característica. Cantaba *Somebody to Love* y ella sonrió, cerrando los ojos.

—Porque… porque llegan sin avisar, lo derrumban todo, te llenan de miedo y se van, dejando solo destrucción a su paso —lo dijo en un susurro que no estuvo segura de que él pudiera haber escuchado.

Volvieron a guardar silencio unos segundos. Él, respetando el momento de su confesión. Ella, sopesando qué significaba abrirse así y dejarse conocer. Bobby Dean nunca quiso conocerla, nunca le preguntó por qué le asustaban las tormentas, nunca le colocó su

camisa por encima de la cabeza para protegerla de la lluvia, nunca la miró como si ella fuera interesante o tuviera algo que ofrecer.

En realidad, era la primera conversación que mantenían, si ignoraba la de la noche de su llegada que acabó con ellos enredados en aquel beso visceral y hermoso de la cocina. No lo conocía, pero sabía que no había hombre sobre la faz de la tierra más distinto a Bobby Dean Monroe, el tipo al que, equivocadamente, unió su destino a los dieciocho años.

And I start to pray
Till the tears run down from my eyes
Lord, somebody (somebody), ooh somebody
(Please) can anybody find me somebody to love?[3]

Sonrió condescendiente ante la plegaria de Freddie Mercury en busca de amor. Ella también se había hecho esa pregunta muchas veces, si había por ahí alguien a quien amar, alguien que le devolviera lo mismo que ella estaba dispuesta a dar. Supuso que le quedaba aún tiempo para descubrirlo, sobre todo si conseguía dejar atrás a Bobby Dean para siempre y lanzarse de cabeza a la vida que se abría en su horizonte.

—Tú vives en una casa de cimientos sólidos, lo dijiste antes —continuó ella, superponiendo su voz por encima de la del cantante de Queen—. Nunca has sentido el miedo a que el viento se llevara el tejado y te dejara a su merced. Yo me crie en la casa más destartalada de Alabama, sin ninguna seguridad, en ningún sentido. Las noches de tormenta era incapaz de dormir, sentía el deber de vigilar que el tejado continuara allí por la mañana…

—Tener miedo es normal —añadió él intentando hacer que ella sintiera que sus temores no suponían ninguna debilidad, ni siquiera ahora que ya no era una niña—. La vida te enseña que la mayoría de ellos son infundados. El techo jamás dejó de taparte, ¿verdad?

Jorie Sue dejó vagar su mente por esos recuerdos dolorosos, llenos del pánico infantil que tanto la había perseguido, y esbozó la sonrisa más triste del mundo antes de dirigirse de nuevo a él.

—¿Me creerías si te dijera que mis miedos se hicieron realidad?

Troy Layton la miró un instante con la sorpresa pintada en los ojos, que abrió como si no acabara de creer en sus palabras. Pero algo debió de ver en ella, porque se convenció de que decía la verdad. Al instante, además, lo entendió todo.

—Katrina —dijo en un susurro. Parecía que no quería conjurar su fantasma y traer recuerdos peores. Aunque siempre que llovía de ese modo, la memoria, de un modo u otro, traía al huracán a la mente de todos.

—Katrina —confirmó Jorie con una sensación de ahogo que se cernía sobre su garganta—. Katrina se lo llevó todo y nos dejó sin

nada. Por eso me dan miedo las tormentas, porque, a veces, hacen realidad los peores miedos y te lo quitan todo.

—Y a veces, son solo tormentas —añadió Troy mirándola con una lástima nueva que Jorie Sue no quiso recoger.

Odiaba ver que era el centro de las miradas de pena, prefería que pensaran en ella como alguien que podía seguir viviendo pese a todas las cosas malas que le habían pasado a lo largo del camino.

Después del huracán, cuando lo perdieron todo, solo le quedó una vía que tomar. Entonces había pensado que era la correcta, pero Bobby Dean no lo era en absoluto y tardó poco en comprenderlo. A Katrina le debía su matrimonio, a una tormenta arrasadora que le había arrebatado todas sus demás opciones.

—A Cricket también le dan miedo las tormentas —dijo entonces Troy con la voz más dulce que le recordaba, como si evocar los temores de su hija fuera la cosa más tierna del mundo. Jorie lo agradeció. Después de su confesión, prefería que la pena recayera en otros lugares—. Cuando pasó Katrina, tenía poco más de tres años y estaba pasando aquí sus primeras vacaciones sin su madre. No me dejó separarme de ella ni un minuto aquellos días y, pese a todo lo que había que hacer a nuestro alrededor, no pude decirle que no. Me pegué a ella como a una lapa, la protegí de todo e intenté que nada de lo de afuera llegara a afectarla. Pero supongo que fracasé, porque en noches de tormenta sigue con ese miedo reflejado en el rostro y me cuesta horrores no volver a cogerla en brazos y ayudarla a matar los fantasmas.

—¿Y por qué no lo haces? —le preguntó ella con inocencia, sin comprender que ese tipo de preguntas siempre hacen daño—. Quizá no tiene miedo a la tormenta en sí, sino a que no estés tú a su lado cuando ocurre.

La miró estupefacto, como si nunca se le hubiera ocurrido esa respuesta tan simple, tan natural, a los miedos de su propia hija. Se pasó una mano por la cara y la mantuvo oculta durante unos segundos. Cuando la retiró, sus ojos volvían a reflejar la tempestad más oscura, la negrura de la tristeza.

—Soy un padre terrible, ¿verdad? —preguntó sabiendo cuál era la respuesta a esa cuestión.

—Creo que tus hijos te necesitan —dijo ella sin ambages. Si iba a despedirla, al menos que sus palabras le sirvieran de ayuda en algo—. Los dos tienen cosas dentro que creo que solo tú puedes ayudarles a sacar. Colton está enfadado con el mundo, y te culpa, de algún modo, de no ayudarle a derrotar a quien tanto daño le hace. Y Cricket… Cricket es un juguete roto que solo necesita cariño. Pero cariño de verdad, que le dediquen tiempo, que alguien quiera estar con ella, sin condiciones. Y ese alguien debes ser tú. O su madre. Ese alguien tiene

que ser de primera división.

Troy Layton asintió casi de manera imperceptible. Parecía estar dándole vueltas a sus palabras, como si fueran el consejo más valioso que nunca hubiera recibido de nadie. Estaba claro que había conflicto en su interior, y dolor, un dolor que iba más allá de lo que significaba haberles fallado a sus dos hijos.

—Colton no empezó la pelea del otro día —se atrevió ella a añadir, sabiendo que se estaba metiendo en medio de una batalla entre Troy y el muchacho—. Y fue más de uno. Él estaba solo y le atacaron. Quizá deberías… no sé, hablar con él sin llevar artillería pesada.

—Con Colton es todo muy complicado… —Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, mientras él se perdía en unos pensamientos que no debían de ser nada agradables—. Creo que nos parecemos demasiado.

—¿Y eso es malo?

—Bueno no es, desde luego, porque ambos somos cabezotas, orgullosos, tozudos y obstinados. —Su voz tenía un cierto toque de tristeza que desmoronó a Jorie Sue—. Además, los dos somos especialistas en no saber gestionar las emociones y solemos joderla a lo grande.

Le gustaba el Troy Layton franco, el que se estaba desnudando para ella. El que confesaba que no era buen gestor de afectos y sensaciones, y el que aceptaba que también la fastidiaba… qué pocos hombres conocía que fueran capaces de reconocer algo así…

—¿No has pensado en acudir a un profesional para que os ayude? —propuso Jorie con cierta cautela, sabiendo que el tema era de los que mejor se pasaban de puntillas.

—Colton tiene una terapeuta —repuso Troy con cierto pesar—. Pero yo no he ido nunca con él. Tampoco me lo ha pedido… supongo que no quiere que me meta en esas cosas.

—Podrías proponérselo…

—Me miraría de reojo y se largaría sin contestarme —replicó con una tristeza que decía mucho del verdadero alcance de su maltrecha relación con su hijo—. Hace tiempo que no tenemos más conversaciones que los portazos de las puertas cuando uno de los dos abandona la habitación.

Aunque Jorie Sue quería pensar que no era capaz de imaginar cómo un padre y un hijo podían acabar así, lo cierto es que ella nunca había mantenido buena relación con el suyo, llevaba años sin hablar con él y no le pesaba nada en absoluto. Su padre había sido toda la vida un borracho, un despreocupado, un caradura y un maltratador, y se sentía liberada al saberlo fuera de su vida.

—Supongo que repetiremos la historia y él acabará odiándome como yo odiaba a mi padre —dijo con un nuevo nivel de desolación

que conmovió profundamente a Jorie Sue—. Si es que no lo hace ya.

—Las relaciones familiares pueden ser muy complicadas, lo sé por experiencia —alegó ella con la esperanza de que Troy viera lo que ella veía al mirarlos como familia—. Pero vosotros tenéis algo. No me preguntéis el qué, porque no sabría especificarlo, pero creo que podríais salvaros y vivir juntos de otro modo.

—Ava…

—Sí, lo sé, no debería meterme donde no me llaman, pero Colton parece tan frágil y tú… tú podrías ayudarle.

—No tengo ni idea de cómo hacer eso. —La amargura le teñía la voz, dotándola de un tono lastimero que Jorie Sue quiso borrar. Detestaba verlo así, aunque sabía que estaba hablando de un tema muy personal, uno especialmente espinoso—. Ni siquiera sé qué decirle la mayoría de las veces.

—Hazlo como lo estás haciendo conmigo…

La miró fijamente y Jorie se preguntó si estaba calibrando su grado de salud mental, si la estaba considerando apta para seguir manteniendo esa conversación tan íntima y tan ligada a los sentimientos que le despertaba su propio hijo.

—Colton lleva aquí conmigo desde diciembre —dijo Troy Layton, serio de repente, distante incluso, como si fuera el presentador de las noticias que se dispusiera a dar datos impersonales, vacíos, fríos sobre algún tema indeterminado. La sangre de Jorie Sue amenazó con congelarse dentro de sus venas ante la aparente indiferencia de su jefe—. Vino como parte de su terapia de recuperación después de un intento de suicidio fallido. Le recomendaron que dejara su zona de conflicto, o sea, con su madre, y buscara una zona segura. Eso se supone que es conmigo. Mira nuestro avance. Dan ganas de llorar.

Jorie Sue comprendió entonces algunas cosas, como la medicación y la terapia de Colton, pero, sobre todo, supo interpretar mejor todo lo relacionado con el muchacho. No sabía explicar por qué, pero ahora entendía la confusión, el dolor, las reacciones extremas, el sentirse fuera de lugar… era como si alguien le hubiera quitado una venda de delante de los ojos. Aun así, la revelación dejaba abiertas muchas más incógnitas que las que respondía y, sobre todo, dejaba más camino aún para actuar, para arreglar, juntar, recomponer y rescatar.

—Siento oír eso… —añadió de corazón, porque lo sentía, porque nunca se desea escuchar algo así de alguien a quien se conoce—. ¿Sabéis el motivo por el que lo hizo?

—El motivo… El motivo es que no es feliz, supongo —respondió Troy encogiéndose de hombros—. Siempre ha tenido una tristeza pegada de la que nunca ha podido desprenderse. A veces, me recuerda a mí mismo. Aunque yo no intenté suicidarme, de joven hacía bastantes imprudencias sabiendo que podía acabar todo muy mal. Y

no me importaba en absoluto.

Troy bajó la mirada hasta sus manos, que descansaban en su regazo. Las miró como si fueran, de repente, lo más interesante del universo entero, como si allí estuvieran escondidas todas las respuestas a los grandes enigmas de la humanidad. Y Jorie Sue, que sentía un nudo apretándole el corazón hasta casi detenerlo, quiso acogerlo entre sus pequeños brazos y acunarlo como si fuera un niño que acabara de extraviarse de la amorosa compañía de su madre. Se preguntó qué pasaría si se acercaba a él y lo consolaba, si trataba de entregarse como siempre hacía con todo aquel que ella creía que podía necesitarla… no tuvo oportunidad de comprobarlo, porque Troy Layton levantó sus ojos azul tormenta y los clavó en los suyos, casi entre lágrimas, y le ofreció la sonrisa más triste que Jorie había visto en toda su vida.

—Es todo culpa mía —susurró con un lamento desgarrado rompiéndole la voz—. Y ni siquiera sabiéndolo soy capaz de ponerle remedio.

—Quizá no eres tú el único que deba ponerle remedio —se apresuró ella a añadir, incapaz de verlo sufrir así sin intentar aliviar su carga—. ¿Qué hay de su madre?

—Su madre es aún más incompetente que yo en el tema de los hijos —profirió con amargura—. Ya has visto cómo se ha deshecho de Cricket. Primero la ha tenido encerrada en un internado el año entero y ahora, sin previo aviso, me la envía para que no la moleste mientras prepara su boda. Y Colton… se sintió tan aliviada cuando el problema Colton dejó de ser suyo… tenías que haberla escuchado…

Jorie Sue sentía una gran curiosidad por la exmujer de Troy, por la madre de esos niños, culpable de parte de los problemas actuales de sus hijos, de eso sí podía dar fe. Porque ¿qué madre metía a su hija de nueve en un avión rumbo a otro país, al otro lado del océano, sin avisar primero? Le costaba asimilar el papel de esa mujer porque no lograba entenderla.

—¿Y no hay nadie que pueda echarte una mano? ¿No tienes más familia? —preguntó Jorie con una dulzura que no concordaba en absoluto con los sentimientos tan oscuros que la estaban invadiendo en esos momentos, según avanzaba su charla con Troy Layton.

—No hay mucha más gente —confesó él con franqueza—. Está Vera, que es mi ángel. Y está mi hermana, pero bastante hace ella, teniendo en cuenta sus circunstancias. Por lo demás, estamos los chicos y yo. Y el rancho, el maldito rancho Layton.

Dijo esto último apretando los dientes, como si realmente su finca fuera una maldición y no una próspera plantación agrícola en el corazón de Alabama. Sabía de personas que hubieran matado por una posesión como esa, pero Troy Layton abominaba de su legado, como si

alguien hubiera firmado su sentencia de muerte al haberle hecho responsable de la finca que llevaba el nombre de su familia desde hacía casi tres siglos.

Él había vuelto a esconder sus ojos entre los pliegues de sus manos, y ella lo contempló recorriendo sus contornos, aprendiéndoselo de memoria, calcando en su retina todos los detalles que hacían de él Troy Layton, el hombre más cansado del mundo. Si le quedaba poco tiempo allí, tenía que aprovecharlo, tenía que ayudarlo a aligerar su carga, pese a que él no fuera fácil dejándose ayudar y, peor aún, pese a que ese hombre era el mismo que había declarado hacía un rato que pronto se desharía de ella.

Cuando sus ojos volvieron a elevarse y se encontraron con los de ella, las chispas volvieron a saltar, el dolor se encontró con una especie de deseo, y el golpeteo furioso de la tormenta se hizo eco de un anhelo que llevaba allí desde el principio, desde que esa misma mañana ella había aporreado la puerta de la casa de Martha y sus ojos se habían encontrado en medio de la oscuridad.

Estaba claro que algo en el ambiente acababa de cambiar.

—Si me miras así, no tendré más remedio que besarte —susurró él con la voz ronca, cargada de un deseo primitivo que la hizo estremecer—. No dejaré pasar otra oportunidad de hacerlo.

—Sí que lo harás —contestó ella con el mismo tono en su voz—. Porque eres un caballero y porque yo te he dicho que no podrás volver a besarme.

La evaluó, pintando en sus labios carnosos y tan apetecibles una sonrisa sardónica que la hizo olvidar de un plumazo al Troy derrotado de hacía unos segundos. Había mutado en un ser lleno de ganas de dar rienda suelta a sus instintos y de tomar lo que quería. Y estaba claro que lo que quería era a ella.

—Soy un caballero que no entiende por qué no puede besarte —dijo irguiendo su cuerpo, clavando aún más en ella esos ojos de un azul eléctrico y encendido—. Me muero de ganas de hacerlo.

Esta vez el escalofrío que recorrió la columna vertebral del Jorie Sue le robó hasta el aliento. Sus palabras, la voz llena de una sensualidad nueva, de un deseo tan básico y de unas ganas que la invitaban a abandonarse a él, eran todo lo que hubiera necesitado para saltar a sus brazos y dejarse llevar por esa corriente de energía pura y brutal que los estaba empujando uno al otro desde el mismo instante en que se habían conocido.

—No puedes besarme porque te he oído hablar con el sheriff y sé que pronto me vas a decir que me marche —confesó con un tono firme y sin fisuras, que había creído que sería incapaz de sacar de dentro de su pecho, demasiado afectado por esa atmósfera sexual inminente—. No puedo exponerme así y luego esperar que no me

duela recoger los pedazos antes de irme.

Entonces él se movió por primera vez desde que se había acomodado en el hueco de la ventanilla del conductor. Se inclinó sobre ella y le alzó el mentón, consiguiendo que ella clavara sus ojos azules en los suyos, azul sobre azul, chispa con agónico deseo.

—¿De verdad crees que quiero que te vayas, Ava? —le preguntó con una voz dulce, llena de una consideración nueva, sincera, hermosa, clara y tan sencilla que la hizo olvidarse de su miedo a no ser querida en ese lugar.

—Te escuché decir que…

—¿Sabes quién es la persona más entrometida del mundo entero? —la cortó él sin darle más opciones para que siguiera dudando de sus palabras—. ¿Sabes que si no hubiera logrado desviar su atención con esas evasivas Jay no me hubiera dejado abandonar su despacho hasta elaborar un informe detallado sobre tu presencia en mi casa? Créeme, si lo conocieras, si supier…

No acabó la frase. Los labios de Jorie Sue fueron al encuentro de los suyos para fundirse en una sola boca y cortar de raíz los argumentos que él quería darle. Le bastaba con lo que había escuchado, su corazón latía a mil por hora de pura felicidad, solo por saber que la querían en la vida de esa gente, solo por saberse necesitada y hasta protegida de los ojos del sheriff y de sus pesquisas.

Troy Layton no tardó en recuperarse de la sorpresa que supuso sentir la boca y el cuerpo de Jorie sobre él. La atrajo aún más cerca de su pecho y pasó sus manos por su pelo, aceptando sus labios, entreteniéndose en ellos, paseando la carnosidad de su lengua por una boca que estaba dispuesta a recibirlo. La besó con la misma furia con la que la tormenta los abatía desde el otro lado de los cristales de la camioneta y él, incapaz de retenerse por más tiempo, la alzo hasta sentarla sobre su regazo, poniendo a la misma altura sus ojos, que se abrieron un instante para reconocerse en ese deseo mutuo que ahora ya era tan grande como la tempestad de fuera.

Acarició su espalda con sorprendente suavidad, regodeándose en la sensualidad del cuerpo pequeño de ella, a merced del suyo, mucho más grande, más amplio, más dispuesto para contenerla dentro de él. Sin dejar de recorrer sus labios con su boca, sus manos la estudiaron con pericia, despertando un deseo en ella que nunca antes había creído que podría sentir. Y ella, que tenía miedo pero que podían más sus ganas, le dejó dibujarla con sus manos enormes, suaves y tiernas pese a pertenecer a alguien que trabajaba la tierra.

Troy Layton parecía que no podía controlar su necesidad de ella, subiendo en intensidad sus besos, que estaban siendo cien mil veces más potentes que la furia del mayor ciclón, y hacían que su corazón bombeara con una fuerza descomunal dentro de su pecho. Se sintió

pequeña entre sus brazos, pero, a la vez, jamás se había sentido tan grande y poderosa como en ese mismo momento. Cuando él le subió la camiseta para chupar y conquistar la piel de su abdomen, Jorie Sue ya estaba convencida de que moriría allí mismo.

Parecía que el tiempo estaba suspendido, que los besos eran el único modo de contar los minutos y que sus cuerpos eran el reloj por el que la vida pasaba a un ritmo lento y sensual. Jorie Sue tembló cuando Troy deslizó las manos con parsimonia por sus costados y la acercó más a él, hasta que pudo sentirlo. Y lo sintió, lo sintió tanto que dejó escapar un pequeño gemido de sorpresa y anticipación. Los músculos de él estaban en tensión por tenerla sobre su regazo, unos músculos que la encajaban y protegían, a la vez que la disfrutaban y la degustaban con una avidez extraña, como colgada de un frágil hilo.

—Ava… —susurró Troy, imbuido de la esencia de ella, mientras su boca formaba círculos alrededor de su ombligo y bajaban un poco más cada vez.

Ella arqueó su espalda al sentir el aliento de su voz y el cosquilleo que sus palabras le produjeron, y pensó que nunca antes en la vida había sentido una oleada de deseo recorriendo su cuerpo de ese modo tan abrasador. Notaba entre sus piernas que a él le ocurría lo mismo y pensaba que aquello solo podía acabar con su corazón en pedazos. Pero ¿qué importaba cuando ahora era el corazón el que le pedía que no parara? ¿Cuando era su palpitante corazón quien le estaba pidiendo más y más para acallar la rabia de la tormenta y sus propias ganas de sentirse parte de algo?

Como escuchando sus devastadores pensamientos, Troy le levantó un poco más su camiseta y dio con su sujetador, uno floreado e infantil del que ella enseguida se avergonzó. Pero Troy parecía divertido y se lo apartó sin muchas más contemplaciones, acariciando su pecho y saboreándolo con unas ganas desbordantes por hacerlo suyo. Mientras lo hacía, subió sus caderas, haciendo que Jorie Sue sintiera todo el énfasis de una envestida brutal. Aún con la ropa puesta, sabía que podía sentir mil cosas con todos esos movimientos tan intensos que la estaban llenando de sensaciones desconocidas.

Antes de que supiera qué estaba haciendo, le sacó la camiseta por la cabeza, empapada y con ese aroma inconfundible de él, para tener acceso a una espalda ancha, fornida y suave que se moría por acariciar, arañar, morder y saborear.

La mano de él se desplazó entonces hacia abajo, rodeando sus nalgas, dejando un rastro ardiente que la quemaba y la volvía fuego a la vez. Cuando sus dedos alcanzaron el botón de sus pantalones, Jorie se estremeció imaginándose su tacto unos segundos antes de sentirlo realmente. Troy la alcanzó con delicadeza. Mientras sus labios la devoraban con voracidad, sus dedos comenzaron a explorarla como si

fuera una mina antipersona que necesitara de reconocimiento táctico antes de pasar a desactivarla. Y eso precisamente era ella en ese momento, una bomba que podía estallar en cualquier momento a manos de quien tan perfectamente la estaba manejando.

Nunca antes hubiera podido imaginar que algo tan nimio como el simple roce de unos dedos llenos de intenciones y deseo, manejados con la maravillosa destreza de Troy Layton, pudieran hacerla arder de ese modo tan delicioso. Todo en ella estaba en ebullición, las ganas, el cuerpo, su mente desatada, su necesidad de que siguiera explorándola y llevándola a sitios donde jamás antes había estado. Movió su cuerpo para ayudarle, para que el contacto quemara más, para que llegara antes la locura y el desenlace, para liberarse de esa combustión que amenazaba con consumirla si no lograba que estallara dentro de ella y la ayudara a renacer de unas cenizas a las que estaba destinada.

Al moverse, al ayudarle a él con esos movimientos rítmicos, pero cada vez más audaces, entendió que él también salía beneficiado. El roce de ambos cuerpos justo en la zona donde más calor tenían, solo podía traer consecuencias similares. Él sonrió entonces, satisfecho con el roce, el contacto, el placer mutuo y la mirada de satisfacción de su compañera, que estaba nublada de sensaciones desconocidas.

Troy sabía perfectamente lo que se estaba gestando en su interior, así que intensificó el ritmo, se pegó más a ella mientras la besaba con un anhelo rayano en la locura.

Se separó de su boca un instante, y ella sintió un dolor que no supo describir. Cuando volvió a sentirle junto a su oreja, dispuesto a susurrarle, creyó que no podría aguantarlo más.

—Déjate ir, Ava, déjalo… —musitó con la voz ronca, cargada de todo ese deseo animal que los envolvía.

Y ella se dejó ir, arqueando la espalda, contrayendo los músculos y sintiendo que la oleada del fuego más intenso que jamás había sentido, la invadiera por todo su cuerpo, como si uno de los rayos que los amenazaban dentro de esa tormenta, la hubiera alcanzado en el centro de su pecho.

Mientras gemía con una pasión demoledora y él intentaba contenerla con más besos, el sonido inconfundible de una sirena se empezó a oír a lo lejos. Al principio, Jorie Sue pensó que era alucinaciones, una consecuencia de su reciente estallido en pedazos, pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocada y que el sonido era real, ambos lo escuchaban, cada vez más cerca.

Pararon de inmediato los besos, el movimiento y hasta el corazón de Jorie sufrió una leve sacudida. Cuando vieron de refilón las luces de una ambulancia sobrepasarlos y dejarles atrás, la pregunta estaba ya en el aire. ¿A dónde iría una ambulancia en medio de aquella tempestad y por qué demonios no iba más deprisa?

Troy la miró un instante antes de bajarla de su regazo y buscar su camiseta. No estaba claro del todo, porque la visibilidad era realmente mala, pero parecía que había girado más arriba, justo donde nacía el camino que llevaba a la plantación de los Layton. Ambos se pusieron en tensión, una tensión diferente a la de un minuto antes, pero igual de poderosa. Se miraron a los ojos, donde el miedo se acababa de instalar y ambos supieron que los pensamientos del otro iban en la misma dirección que los propios.

No pasaron ni tres minutos desde que la ambulancia había desaparecido en el camino del rancho, cuando un coche patrulla estacionó en la carretera, a su misma altura. Los nervios y la frustración de Troy se estaban encargando de que el hombre pareciera estar sufriendo del corazón o algo así. Sin pensárselo un minuto, salió de la camioneta y fue al encuentro del coche patrulla. Era su única opción.

Afuera seguía el aguacero, el pecho de Jorie Sue subía y bajaba con un ritmo frenético y su mente solo pensaba en que acababa de firmar una sentencia de muerte lenta y dolorosa. No quería pensarlo, pero lo hacía, y más porque necesitaba no pensar en lo que significaba esa ambulancia, para quién podría ser, por qué motivo… si Cricket estaba en peligro por haberse largado con su padre para acabar retozando con él en medio de la tormenta, jamás lograría perdonárselo.

Solo un minuto después, Troy Layton entró de nuevo en la camioneta con el gesto descompuesto y aún más empapado que la última vez. A Jorie se le paró el corazón en el pecho durante un instante y casi quiso abofetearle para que abriera la boca y le contara qué demonios le había dicho el sheriff.

Le colocó una mano dentro de la suya, la acarició con una ternura que le sacó de su estupor y le cogió del mentón para que lo mirara, esperando una respuesta a la pregunta muda que le hacían sus ojos con desesperación.

—Es Martha —dijo Troy con lágrimas en los ojos—. La ambulancia era para Martha.

Capítulo 13

La tristeza primera

El coche patrulla del sheriff los remolcó fuera del barro en cuestión de minutos, aunque no sin esfuerzo.

La tormenta no amainaba y tanto el sheriff Cranston como Troy se tuvieron que emplear a fondo para conseguir sacar las ruedas de la camioneta del barrizal donde se hallaba atorada. Mientras tanto, Jorie Sue solo podía contemplarlos y rezar en silencio para que fueran lo más rápido posible y poder alcanzar así la plantación antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando Troy entró dentro del vehículo, ni siquiera parecían importarle las enormes gotas de lluvia que le resbalaban por la cara y apenas le dejaban ver. Jorie pensaba que algunas podían ser lágrimas incluso. Se tomó un segundo para coger aire y respirar, antes de hacer girar la llave del contacto y arrancar la camioneta, para ponerla rumbo a casa.

El camino fue complicado, como lo había sido hasta que el coche había patinado y se había salido de la carretera. La visibilidad seguía siendo casi nula y los nervios no se lo ponían nada fácil. Afortunadamente, que el sheriff los precediera con las luces de la sirena puestas, actuando como referencia, ayudó en gran medida a que Troy siguiera el camino correcto sin tener que poner todos sus sentidos en ello. Bastante tenía con no volverse loco de desesperación.

Jorie Sue la sentía al otro lado del vehículo. Sentía su frustración por no estar ya en la finca, ayudando o, al menos, sabiendo con exactitud qué demonios pasaba. Lo entendía a la perfección porque a ella le pasaba algo parecido.

—¿Qué te ha contado el sheriff? —preguntó Jorie intentando calmar la ansiedad de ambos. Sabía que hablar solía ayudar y no le costaba nada probar.

Troy tardó una eternidad en contestar, como si no la hubiera escuchado. Cuando lo hizo, su voz parecía que provenía de ultratumba, tan taciturno sonó.

—Que Martha se empezó a ahogar un instante antes de que la tormenta comenzara a descargar encima del rancho —dijo escuetamente.

—Oh, Dios mío —dejó escapar Jorie Sue, llevándose las manos a la boca. Ahora la angustia era mayor y comprendía perfectamente que Troy estuviera así de ausente y de frustrado.

—No pinta bien —confirmó sus temores sembrando aún más desasosiego en el interior de la camioneta—. Pero al menos pudieron llamar a emergencias antes de que la señal telefónica se perdiera por

culpa de la tormenta.

Desde ese momento, ninguno de los dos volvió a abrir la boca, cada uno sumido en sus propios pensamientos, gestionando la inseguridad y la congoja de no saber nada de Martha. Jorie Sue no recordaba ningún otro momento de su vida en el que el tiempo discurriera tan despacio, ni siquiera cuando Katrina les destrozó la vida o cuando Bobby Dean descargaba su mal humor sobre su cuerpo en forma de golpes y abusos de lo más variado.

Cuando la casa grande se vio al final del camino que llevaba a la finca, ambos suspiraron con alivio. La pesadilla parecía estar tocando a su fin y pronto tendrían más certezas que suposiciones con respecto a Martha. El sheriff pasó de largo la casa y Troy hizo lo mismo, no había tiempo que perder y era el hogar de Vera y su hija el que importaba en ese momento.

La ambulancia, aparcada junto a la casa, era mudo testigo de la desolación de todos cuantos rodeaban el vehículo, sin importar el diluvio que estaba cayendo sobre sus cabezas. Varias personas rodeaban a Vera, que lloraba encogida, abrazada por Colton, que parecía todo un hombre sosteniéndola para que no acabara derrumbada sobre el suelo encharcado. A su lado, Cricket, de la mano de Dixon, miraba con desolación a través de las gruesas gotas de lluvia, en dirección a donde dos miembros del personal médico de la ambulancia estaban sacando de la casa una camilla con Martha dentro y una tercera persona sobre ella, haciéndole un masaje cardíaco ininterrumpido. Les habían colocado un plástico para que la lluvia no les empapara y les subieron de inmediato al interior del vehículo. La cosa parecía realmente grave.

Cuando aparcaron, Troy salió disparado, pero justo en ese momento acababan de cerrar las puertas de la ambulancia. Se acercó a Vera entonces, desorientado, y abrazó a la mujer, que abandonó el regazo de Colton sin dudarlo. Troy la apretó con fuerza, acunándola, mientras la ambulancia partía con toda la rapidez que la tormenta les permitía, con las luces en marcha y la sirena a todo volumen. El sheriff Cranston se despidió de ellos tocándose el ala de su sombrero, y se colocó delante del vehículo sanitario para escoltarlo. Ni siquiera se había apeado del coche.

Jorie Sue se acercó a Troy y Vera y los miró con una ternura desbordante, tan grande como el dolor que se veía reflejado en los ojos devastados del ama de llaves.

—Tengo que ir con ella, Troy, tienes que llevarme —gimió la mujer desesperada.

—¡No! —gritó él haciéndose oír por encima de la estruendosa furia de la tormenta—. Vete a la casa grande y espera por noticias, con este tiempo es una imprudencia que te muevas de aquí. Yo iré y me

ocuparé de todo.

Vera se debatía entre obedecerle o rebelarse y declarar abiertamente su derecho a ponerse en peligro para sujetar la mano de su hija en esos momentos de tanta necesidad. Pero Troy Layton tenía razón y ella lo sabía. Era una locura total jugársela en la carretera. Si les pasaba algo, no le serían de ninguna utilidad a Martha, y eso no se lo podía permitir.

Asintió casi sin creérselo, como si al hacerlo demostrara que era una mala madre, que elegía su propia seguridad antes que estar junto a la cama de su hija. Se sintió así por un instante, hasta que Troy supo encontrar las palabras correctas para convencerla de lo contrario.

—Te prometo que no me voy a separar de ella y que serás tú quien esté a su lado en todo momento… pero solo a partir de que sea seguro que vayas. —Su voz, como la de un barítono, llegó alta y clara a oídos de Jorie Sue, que esbozó una triste sonrisa de admiración por el hombre extraordinario que estaba demostrando ser—. En cuanto el tiempo se calme, mandaré a buscarte. Te lo prometo. Mientras tanto, mantente a salvo.

La besó en la frente y ella claudicó finalmente, sabedora de que Troy Layton la estaba salvando de muchas maneras.

—¿A dónde la llevan? —preguntó dirigiéndose a su hijo—. ¿Lo han dicho?

—Al Providence —declaró Colton con entereza, pese a que sus ojos también mostraban lo afectado que estaba por la salud de Martha Morgan—. Se la llevan al Providence Hospital.

Troy no necesitó más y soltó a Vera, no sin antes darle otro beso lleno de amor en la frente. Le acarició la mejilla y se alejó hasta llegar a Jorie Sue, que estaba temblando bajo el aguacero que la había calado hasta los huesos.

—Ava, necesito que te lleves a Vera y a Cricket a casa —le pidió con voz clara y gesto contundente—. Cambiaros de ropa, tomad una ducha caliente y bebed chocolate o cualquier cosa que os haga entrar en calor. Y no las dejes solas.

Se separó de ella sin esperar siquiera una respuesta. Se veía la urgencia absoluta en sus ojos, necesitaba ponerse en marcha y llegar cuanto antes al hospital.

Antes de que se escapara de su radio de acción, Jorie Sue lo cogió del brazo con resolución, impidiéndole que se fuera sin escucharla.

—Ve con cuidado —le dijo con dulzura y mucha preocupación—. Por favor.

—Claro.

Y esbozó una sonrisa hermosa y pequeña solamente para ella, que le llegó al corazón y la hizo sonreír a ella a su vez.

—Gracias —añadió antes de soltarse de su brazo, solo moviendo los

labios para el que viento no se llevara sus palabras.

Jorie sintió que le fallaban las piernas, de repente frágiles y sin sostén por su marcha apresurada.

Pero en seguida reaccionó. Le había encomendado una labor, y no iba a dejar de hacerla solo porque ya lo estuviera echando de menos. Vio cómo se montaba en la camioneta y cómo desaparecía, engullido por la tormenta, antes de que ella tomara las riendas de la situación, tal y como él acababa de pedirle.

Dixon estaba listo para llevarlos a todos a la casa grande, y Jorie agradeció el servicio de chófer como si llegara caído del cielo. El resto de los trabajadores de la finca que se habían reunido para acompañar a Vera en ese momento tan duro, ya se estaban yendo a la comodidad de sus hogares, lejos de la lluvia, para cuando el capataz puso en marcha su vehículo.

Tenía a Cricket a un lado y a Colton al otro, los tres en la parte trasera de la camioneta. Iban en silencio y Jorie Sue no quiso acordarse de los ojos últimos del muchacho, en el establo, justo antes de abrir el agarre al que la tenía sometida y dejarla marchar. Se miraron fugazmente un instante, ella muerta de miedo por lo que pudiera pasar si volvía a desarmarla con una amenaza directa que podía llegar simplemente de una mirada suya.

No pasó nada.

Colton estaba tan devastado como los demás, y ella supuso que estaban todos demasiado centrados en la preocupación que sentían por Martha como para desviar la mente en otros asuntos. El alivio que sintió casi le causa un desmayo.

Al llegar a la casa grande, Jorie los envió a todos a ducharse y cambiarse de ropa, para entrar en calor. Ella, a pesar de los escalofríos y de la desagradable sensación pegajosa de llevar la ropa empapada y tan adherida a la piel, se quedó en la cocina, preparando chocolate caliente para todos. Mientras removía el cazo con la leche, ya próxima a ebullición, solo se preguntaba si había hecho lo correcto al volver a besar a Troy Layton. Si se hubiera mantenido alejada de él, quizá ahora no tendría grabado su sabor en la piel ni su mente no estaría perdida en el tacto de sus manos recorriendo su cuerpo o entrando dentro de ella, en lugar de centrarse en cuidar y ayudar a las personas de esa casa, que lo estaban pasando realmente mal.

Cuando el cacao estuvo terminado, lo sirvió en tazas y subió a ducharse ella misma. No tardó ni diez minutos en estar lista y bajó a todo correr las escaleras, dispuesta a no dejar a Vera ni a la niña solas ni un solo minuto más de lo necesario.

Las dos estaban en la sala, en aquella sala donde la primera noche halló a Troy Layton sumido en su tristeza y derramado en alcohol. Cricket se había puesto su ropa de dormir, como la propia Jorie, ropa

cómoda para pasar lo que restaba de día al refugio de la casa, donde no llovía y se estaba a salvo. Vera, sin embargo, se había vestido de punta en blanco, como si fuera a salir de allí para ir directa a la iglesia. Jorie supuso que era su forma de prepararse para ir al hospital en cuanto Troy diera luz verde.

La tormenta seguía aporreando las ventanas, donde todas las contras estaban echadas para evitar que la fuerza del vendaval destrozara los cristales. Con cada embestida devastadora del viento atronador, con cada trueno ensordecedor y cada cegadora descarga eléctrica que se conseguía colar a través de los portones cerrados, Cricket se estremecía con un miedo aterrador.

Estaba tumbada en el sofá, usando de almohada las piernas de Vera, que le acariciaba tranquilizadora el cabello. Tenía cerrados los ojos, apretados más bien, concentrando su temor y luchando contra él con todas sus fuerzas.

—¿Dónde está Colton? —preguntó Jorie Sue, tomando asiento y cogiendo entre sus manos una de las tazas de cacao, ahora más templada que como ella las había dejado en la cocina, minutos atrás.

—Se ha ido a la casa de la piscina a cerrar las contras de las ventanas —dijo Vera con su suave voz saliendo con dificultad de su enorme cuerpo—. Supongo que se quedará allí, aquí no hay mucho qué hacer sin electricidad.

Jorie asintió. Colton vivía normalmente en la casita del otro lado de los jardines y la piscina, como signo de su mayoría de edad, y como acto de rebeldía y distancia con su padre. Pero estuvo de acuerdo en que poco podría hacer allí sin electricidad y solo. Allí, Vera había colocado algunas velas y la oscuridad no era total. A pesar de que apenas eran las cuatro de la tarde, parecía que la noche se había cernido sobre ellos de una manera antinatural. Gracias a Dios, la cocina funcionaba con gas y podrían cocinar algo para cenar si la luz no volvía.

—¿Qué tal te encuentras, Vera? —quiso saber entonces Jorie, convencida como estaba de que la mujer necesitaba hablar y despejarse para no enfermar de pura preocupación.

—Como si me hubieran arrancado el corazón —confesó cerrando los ojos un instante, como si intentara buscarlo en su interior para confirmar sus sospechas.

Cuando volvió a abrirlos, estaban anegados de un llanto que se moría de ganas de correr libre por sus mejillas. Jorie Sue sintió todo ese dolor contenido, toda esa cantidad ingente de amor que ahora mismo tenía muy lejos a su receptor. Y pensó que, al menos una persona en esa casa era capaz de amar así de simplemente, sin torturas, sin batallas, sin tristezas, sin ambages.

—¿Qué es lo que ha pasado, Vera? —preguntó sin saber muy bien

el motivo. Quizá a ella no le apetecía tratar el tema, pero no fue capaz de contenerse y quedarse con la duda del problema real de Martha.

Vera se humedeció los labios y la miró con ternura. No parecía molesta por la pregunta y eso alivió a Jorie, que esperó su respuesta con más ganas de las que hubiera creído al formular la cuestión.

—¿Conoces la condición de mi hija?

—¿Te refieres a lo que tiene? ¿Es decir, a lo que tenía antes de hoy? —dijo Jorie medio aturullada.

El ama de llaves rio levemente ante la vergüenza de Jorie por no saber expresar lo que para ella era tan fácil.

—Sí, me refiero a la enfermedad de Martha.

—Al principio pensé que había tenido un accidente y que podía tratarse de tetraplejia o algo así —confesó con cierto rubor tiñéndole el rostro. No era fácil hablar de eso con Vera—. Pero luego la oí hablar a través de ese sistema que tiene integrado y me recordó a Stephen Hawking, el científico, y sé que él tiene una enfermedad. Que supongo que es la que Martha padece.

Vera asintió con el rostro compungido, pero complacida por ver que Jorie Sue había prestado atención a su hija más allá de lo que podía parecer más fácil de precisar.

—Martha padece esclerosis lateral amiotrófica desde los diecinueve años —aclaró la mujer con un nudo en la garganta—. La llamamos ELA por acortar, pero también porque está tan presente en nuestras vidas que es una forma de que esa cercanía se convierta en algo natural. Y sí, es la misma enfermedad que padece Stephen Hawking y como le pasa a él, esta ELA es excepcional.

—¿En qué sentido?

—Verás, la enfermedad suele atacar a partir de los cuarenta, y no deja mucha esperanza de vida, apenas un puñado de años, sobre todo porque se deteriora el sistema respiratorio y los músculos encargados de la nutrición —explicó Vera—. A Martha se la diagnosticaron muy pronto y enseguida entró en toda serie de tratamientos y pruebas experimentales, y nunca le ha afectado al sistema respiratorio ni digestivo… al menos hasta hoy.

Pronunció esas últimas palabras como si se estuviera refiriendo a Martha como una sentenciada a muerte. A Jorie Sue se le cayó el alma en los pies al comprobar que, si Vera perdía la esperanza, sería muy fácil desmoronarse, como si fuera un castillo de naipes que solo precisara de un pequeño soplo de aire para venirse abajo y acabar destrozado.

—Estoy segura de que Martha se pondrá bien —afirmó Jorie, rezando para estar en lo cierto y no estar alimentando una expectativa que luego hiciera más daño si no se cumplía—. Es una luchadora.

—Sí que lo es —confirmó Vera.

No había dejado de acariciar el cabello de Cricket que, milagrosamente, se había calmado y se había quedado dormida en su regazo, pese a que la tormenta aún estaba haciéndose notar a su alrededor. Jorie la envidió y estaba segura de que a Vera le pasaba lo mismo. Ambas hubieran dado la vida por un poco de descanso, por desconectar la mente, por olvidar durante un momento que todo pendía de un hilo.

—En esta familia todos los son, aunque a algunos se les olvide a veces —susurró Vera, centrando su mirada en la pequeña que descansaba amorosa sobre ella, proyectando en ella toda esa ternura que no podía darle a su propia hija en esos momentos.

Algo en la frase de Vera hizo que Jorie Sue recordara unas palabras de Troy en la camioneta. Todo cobraba sentido, sobre todo el dolor y el miedo y la prisa de su jefe por correr al lado de Martha, como si lo necesitara físicamente, como si se sintiera atado a ella de algún modo que, hasta ese momento ella no había considerado.

—Martha es su hermana, ¿verdad? —preguntó sabiendo que la respuesta de Vera iba a confirmar su sospecha. Que Martha era esa hermana de la que Troy había hablado antes, en medio de la tormenta, esa que bastante hacía por él teniendo en cuenta sus circunstancias.

—Martha es hija de George Layton, el padre de Troy, sí —corroboró el ama de llaves mirándola a los ojos sin ningún signo de vergüenza o de arrepentimiento.

Vera la observó unos segundos, evaluando su reacción ante la revelación que acababa de hacerle. Si se sorprendió ante su falta de sorpresa, no dio muestras de ello. Y Jorie Sue quiso creer que eso la confortaba de algún modo, como si se sintiera a gusto con ella por no juzgarla. Sin duda, habría tenido que lidiar con eso en muchas ocasiones a lo largo de la vida, pero ¿quién demonios era ella para emitir valoraciones acerca de algo que en su vida era igualmente natural como tener un hijo con una mujer mientras se está casado con otra? ¿Acaso su propio padre no había hecho lo mismo, con el resultado de que ella y su hermano Rob apenas se llevaban un par de meses de vida?

—Sé que mi época no es la de la vieja plantación, el amo acostándose con las esclavas y todo eso. —Vera hablaba con tal conmiseración que Jorie Sue estaba convencida de que su voz estaba a punto de quebrarse—. Yo estuve con él porque me dio la gana, porque estaba sufriendo y porque siempre había estado enamorada de él.

—No necesitas justificarte, Vera —aclaró Jorie que, sin embargo, estaba fascinada y se moría de ganas de saber más detalles. Era como estar asistiendo a una de esas confesiones televisivas de sus culebrones que tanto interés le generaban cuando las veía, arrellanada en el sofá

de su vieja casa, intentando contener la emoción y las ganas de gritar de alegría ante cada una de esas escenas dignas de las mejores telenovelas. Pero eso no era un serial de la tele, no era ficción, era la vida real de Vera Morgan, la persona más amable, más vital, más asertiva y más bonita que había conocido nunca.

—¿Y por qué sufría George Layton? —preguntó Jorie Sue, incapaz de contenerse—. ¿Es algo que les pasa a todos los que llevan su sangre en esta casa?

—Aunque no lo creas, no es la sangre de los Layton la que lleva el sufrimiento —contestó enigmática—. Al menos eso dicen los informes de Colton.

—¿Qué dicen los informes de Colton? —no podía dejar de preguntar, pese a que sabía que Vera, en un momento dado, dejaría de contestar—. Troy me ha contado lo de… lo de su *problema* —quiso aclarar para que no se cerrara en banda como cuando se lo preguntó la vez anterior, desayunando en la cocina.

El ama de llaves la evaluó por un instante, antes de echar la cabeza ligeramente hacia atrás, hasta reposarla en el sofá. Sus ojos eran inescrutables en ese momento, y Jorie Sue pensó que quizá era mejor no saber ciertas cosas.

—George Layton estaba sufriendo porque su esposa, la madre de Troy, acababa de quitarse la vida solo tres semanas después de haber dado a luz a su primer y único hijo —declaró Vera con la voz neutra, como si eso fuera un hecho que no les hubiera ocurrido a ellos, que no lo hubieran vivido sino leído en el periódico o tal vez oído en la cola del dentista.

Jorie Sue acalló un gemido de angustia al escuchar la confesión de Vera. No era de extrañar que todo en esa casa girara en torno a una tristeza ubicua, invisible pero presente, que lo inundaba todo.

—La señora Layton sufría depresión clínica —continuó—. Y, por desgracia, hay un factor hereditario, una predisposición genética natural, en esa enfermedad terrible.

—Que Colton parece haber heredado…

—Eso dictaminó el psiquiatra que llevó su caso en Londres —añadió—. Aunque también determinó que su madre y su relación con ella habían actuado de desencadenante. En cualquier caso, Troy no creas que se libra de parte de la tara.

Eso la desconcertó aún más. Como bien había dicho Troy en la camioneta esa misma mañana, que él hubiera cometido imprudencias en su juventud, no lo convertía en un suicida en potencia.

—¿Troy también? —Necesitaba que Vera le confirmase o le desmintiese las propias palabras que él le había dicho.

Sentía, de pronto, un miedo frío y visceral recorriéndole la columna vertebral. Tanto es así que se revolvió en su asiento para no dar a

entender su grado de preocupación al respecto.

—Troy siempre fue un muchacho vital y optimista, pero también, en ocasiones, se mostraba taciturno y poseído por un pesar que él no sabía ni de dónde le venía —explicó Vera, llenando sus ojos de una luz especial al hablar de Troy—. Como supondrás, yo crie a ese muchacho y no puedo por menos que quererle y preocuparme por él. Muchas veces actuaba por instinto, sin sopesar las consecuencias, como si le trajeran sin cuidado. Sobre todo, a partir de los catorce o quince años, cuando descubrió que Martha era su hermana y que su padre era una especie de traidor hacia la memoria de su madre.

»Es curioso que a mí no me echara la culpa y que no cambiara su relación estrecha y de afecto hacia mí. Yo lo crie y para él yo era la única madre que había conocido, y eso no cambió en absoluto. Con Martha, con quien había crecido, empezó a estrechar aún más sus lazos, pero con su padre… con su padre empezó una lucha sin cuartel que los llevó a estar enfrentados hasta la muerte de George, sin solución posible entre ambos. Y es verdad que al viejo Layton había que conocerle para comprenderle, porque no era un hombre fácil, pero de ahí a esa guerra sin cuartel entre los dos…

Guardó silencio unos instantes, mientras intentaba que la pena de sus palabras no conjurara viejos pesares del pasado y llenara sus ojos de tristezas y lágrimas que no podían ser derramadas justo en ese momento de su vida. Estaba claro que todo eso era muy duro para Vera, pues se trataba de su familia. De una familia desestructurada, rota y frágil, pero la suya, con todas las de la ley.

—Cuando Troy cumplió los dieciocho, consumó todas sus amenazas y se fue de aquí —continuó Vera con el aire contenido—. Se alistó y a su padre y a mí se nos rompió el corazón. Lo mandaron a Afganistán menos de un año después. Era un crío, pero eso no pareció importarles.

Desvió la mirada un segundo, ahora ya más incapaz de controlar el dolor de lo que les tocó vivir con la marcha de Troy de su lado.

—Antes de irse a la otra punta del mundo llamó a su padre para contárselo —dijo cuando se recuperó y pudo continuar contándole a Jorie Sue los sufrimientos lejanos por culpa de ese hijo que no llevaba su sangre, pero sí todo su afecto y cariño—. Y le dijo que se había casado y que esperaba un niño. Corría como si la vida le persiguiera. Un crío, solo era un crío que ya estaba jugando en las grandes ligas, con esposa, un bebé en camino y un destino en una guerra en Asia. ¿Te lo puedes creer?

»George no volvió a ver a su hijo nunca más. Cuando cumplió su servicio se fue con Minnie a Londres, que es de donde ella era pese a haberla conocido una tarde de permiso en Nueva York. El niño, sin embargo, nació aquí en Alabama, porque Minerva sabía que eso era

importante para los Layton, y Troy no estaba aquí para impedírselo. Con Cricket no tuvimos esa suerte, nació en Londres y su abuelo nunca llegó a conocerla…

Sus palabras murieron en su boca con el sabor amargo de los recuerdos tristes.

—Eso demuestra que Troy es testarudo, y hasta extremo en sus decisiones, pero no que tenga una predisposición a la depresión…

—¿No lo has entendido? —contrarrestó Vera con dolorosa convicción—. ¿Por qué crees que se alistó y se fue al lugar más peligroso de la Tierra? ¿Crees que solo fue por poner distancia con un padre al que odiaba?

Jorie Sue guardó silencio, analizando sus palabras, entendiendo la razón que llevaban y lo doloroso que era para Vera haberlas asumido antes que ella, haciéndole partícipe de esa dolorosa verdad. Troy Layton había jugueteado con la muerte, la había tentado, había ido a su encuentro, aunque, al parecer, el destino le tenía reservado otros planes.

—Cuando volvió a casa, hacía ya tres años que Martha convivía con la ELA —añadió Vera, que parecía no haber acabado la historia—. No se perdonó haberse perdido esos tres años, desde entonces, no se ha separado de ella, no ha escatimado en gastos, en llevarla a especialistas, en adaptar la casa a sus necesidades y contratar gente para ayudarla a sobrellevarlo mejor. Y aunque Martha y yo nos hemos negado a venir a vivir a la casa principal, tenemos muy presente que somos la familia de Troy, la única junto a Colton y Cricket. Y eso es algo que, creo, de alguna manera le ha ayudado a aprender a acallar las voces que le dicen que no se merece esta vida que ha heredado, que no se merece ser feliz, que no se merece la oportunidad que el destino le regaló devolviéndole de una pieza de Afganistán…

Las palabras de Vera se perdieron entre el repiqueteo constante de la lluvia que, desde las contraventanas, les advertía que la tormenta estaba aún encima de ellas, velando sus confesiones, esa tertulia improvisada llena de las memorias de una casa que había visto tantas cosas… Jorie Sue se sintió privilegiada al haber tenido esa oportunidad para conocer más a Troy Layton y sus circunstancias.

Y sí, estaba completamente de acuerdo con Vera, Troy tenía muchas cosas encima, pero, sobre todo, tenía una familia especial que era la razón de que estuviera donde estaba. Si solo se diera cuenta de que todo lo demás era un auténtico regalo… si solo entendiera que tenía un privilegio enorme por más que se lo negara a sí mismo…

Jorie Sue cerró los ojos un instante, prometiéndose que lo ayudaría en eso también, que le haría verlo, apreciarlo, valorarlo en la medida que todo aquello se merecía. Quizá en aquella misión radicaba la primera, quizá si conseguía ayudarle a entender aquello, la sonrisa

saldría sola, y solo quedarían ganas de mantenerla.

—No sé si prevenirte para que te alejes de él ahora que aún estás a tiempo o animarte a que sigas haciendo lo que sea que hayas comenzado a hacer…

Escuchar a Vera fue como un verdadero cataclismo que no supo cómo interpretar. Se sujetó el corazón porque, de repente, había comenzado a latir con un frenesí gemelo al de la tempestad de fuera. Y quiso rebatir sus palabras, negarlas o aceptarlas, pero solo le salieron lágrimas. Lágrimas y un suspiro que lo resumía todo.

Capítulo 14

El abrazo del guerrero

Lloró sin cortapisas en aquella habitación a oscuras, iluminada por el titileo de un buen puñado de velas, en presencia de una niña dormida que la odiaba y una mujer que tenía el corazón roto pensando que podía perder aquello que más amaba en el mundo.

Le pareció egoísta ser ella quien derramara esas lágrimas y desbordara su pena cuando Vera estaba destrozada justo en esos momentos, pero pese a su propia autorrecriminación, fue incapaz de detener su llanto desconsolado.

No sabía si lloraba por lo que acababa de escuchar, por su propia vida inclemente, sin ningún rastro de esa preciosa clase de amor que Vera repartía sin limitaciones, o por sus últimas palabras, porque le dolían y le aliviaban el alma de igual manera. Qué contradicción tan devastadora, qué trágica su vida siempre así, siempre esquivando la felicidad, bordeando los instantes, perdiendo las batallas…

Vera le hizo un gesto para que se acercara a ella. Fue un gesto imperioso y maternal. No podía moverse para no despertar a Cricket, pero tenía la necesidad urgente de cobijar el cuerpo tembloroso de Jorie Sue entre sus brazos.

En toda su vida, nadie había abrazado a Jorie en sus veintitrés años de vida, salvo su abuela, y de aquello hacía ya más de quince. ¿Cómo se sobrevivía en un mundo donde no se abrazaba, donde la violencia era la compañera habitual en el viaje de la vida y donde cualquiera pasaba por encima de ti sin importarles el daño que te hicieran con cada pisotón? Jorie no tenía ni la menor idea de cómo lo había logrado, aunque era muy consciente de las carencias que esa falta de afecto habían provocado a lo largo de su vida. Su autoestima, su sentido del deber y su anhelo de amor, estaban tan trastocados que era difícil entender cómo había sido capaz de llegar a ese momento sin haberse vuelto loca de remate.

Sabía que su necesidad de salvar a todo el mundo nacía de esa falta de cariño, de la obligación que sentía de servir de algo para, quizá, recoger unas migajas de afecto después. Dar para recibir, mendigar casi… ¿Le compensaba esa forma de vida? Creía sinceramente que no, pero deshacerse del hábito era más difícil que arrancarse una mano o el mismísimo corazón. Por eso seguía haciéndolo, pese a que apenas conocía a esa gente, pese a que Cricket la seguía echando de su lado, Colton asaltando a la menor oportunidad y Troy Layton… Troy Layton ni siquiera sabía qué hacer con ella salvo consolarse de sus propias carencias afectivas.

—Háblame de Martha —le pidió entonces entre sollozos, dentro del

cuerpo de Vera, que la había acogido en ella como una madre osa con su osezno recién nacido. Le temblaba todo de la misma angustia y, sin embargo, Vera no aflojaba el nudo que había enlazado con ella.

La mujer se detuvo incluso en el simple acto de respirar al escuchar la petición de Jorie Sue. Sin duda, el tema de conversación era el más adecuado para esa tarde de tormenta, en la que la propia aludida se encontraba luchando en un hospital a pocas millas. Además, Jorie necesitaba conocerla mejor, de algún modo, quería hacerla tan suya como era de todos los demás. Sin olvidarse de que, a Vera, sin ninguna clase de dudas, hablar de su hija le supondría el mejor antídoto contra la ansiedad y la angustia de no recibir noticias de ella.

—Cuando Martha nació, Troy tenía ocho años y nunca se cuestionó que ella fuera hija de su padre —comenzó la mujer con la voz partida de emoción—. Yo lo había criado y entendió que ella iba a ser su hermana, de la misma manera que yo era su madre. Sin sangre de por medio, solo unidos por ese afecto que nos teníamos todos. Casi fuimos una familia de verdad, al menos hasta que Martha cumplió seis años y en la fiesta de cumpleaños, Troy se enteró de toda la verdad.

Calló un segundo para recuperar el aliento. Debía de ser duro volver a los malos momentos, aunque detenerse en los buenos ayudaba, o eso creía, porque ella, de los segundos, apenas tenía ninguno.

—Fue un momento tenso y horrible para todos —continuó, recuperada—. Había oído rumores porque tampoco era un secreto del que nos avergonzáramos, simplemente había pasado y para mí, fue lo más importante del mundo.

»Tampoco creas que éramos una familia feliz y que actuábamos como tal. La razón por la que Troy no sabía nada de la paternidad de George es que su padre y yo nunca estuvimos realmente juntos. Él era demasiado orgulloso para quererme abiertamente, y yo no toleraba que estuviera conmigo por pena. Así que algunas veces nos escondíamos de los demás y nos amábamos sin muchas condiciones, y otras podíamos pasar semanas enteras sin dirigirnos la palabra. Y en todo ese tiempo, la casa era mía, y los niños, mi responsabilidad. Hasta ahí podía llegar nuestra relación.

Jorie Sue se imaginó la vida de Vera y se estremeció. Ella debió de notarlo, porque la estrechó aún más entre sus brazos, mientras le pasaba la mano por la frente y le retiraba un mechón de pelo rebelde de delante de los ojos.

—En medio de todo eso, Martha creció con toda la normalidad que la extraña situación nos concedía y solo puedo decir que fue una niña de lo más feliz y risueña. —Jorie notó que esbozaba una sonrisa mientras evocaba la infancia de su única hija—. Se parecía mucho a Cricket, y creo que por eso se llevan tan bien. Me da tanta pena que la

niña solo la haya conocido ya enferma… de pequeña corría por la finca con despreocupación, les gastaba bromas a todos, y todo el mundo la quería con locura porque, pasara lo que pasara, siempre estaba contenta.

»Como Cricket, desde que tenía uso de razón, Martha quiso ser una Dama Azalea, así que se esforzó al máximo para conseguirlo. Se hizo voluntaria en mil asociaciones, se presionó al máximo en sus estudios y en sus créditos extracurriculares, se apuntó al equipo de Debate, participó en el periódico de la escuela, visitaba enfermos en el hospital… George, que se esforzó por compensar con cosas materiales el poco afecto que le dispensó como padre —algo parecido a lo que hizo con Troy, no te creas que en eso los trató de forma muy diferente—, la había matriculado en un instituto de Mobile a los catorce años, para poder optar a uno de los cincuenta puestos de Dama Azalea en su último año escolar y, aunque él nunca lo confesó, sé de corazón que algún hilo movió para asegurarse de que Martha cumpliera el sueño y fuera seleccionada.

Para entonces, Jorie ya había calmado su llanto, embelesada como estaba con la voz mágica y llena de nostalgia de Vera, que, poco a poco, conseguía transportarla a esos momentos importantes de la vida de Martha.

—Tenías que haberla visto ese año —dijo Vera con una alegría contenida en la voz, sin duda complacida por esos recuerdos felices—. Nunca ha estado más bonita, más risueña y dichosa. Sonreía a todas horas y cada vez que tenía que ponerse aquel endiablado vestido color lavanda, se le encendía la mirada de un modo precioso. Hasta George la miraba con un orgullo mal disimulado y se le pintaban sonrisas estúpidas en esos labios rígidos a los que tanto les costaba curvarse para sonreír.

»Con las Damas visitó Chicago, Nueva York, Boston… iban como invitadas y embajadoras del sur, participaban en desfiles, en conmemoraciones, recibían personalidades aquí en Mobile… y Martha formaba parte de eso. Siendo medio negra, además, porque las Damas aún hoy se asocian a los ideales sureños, y ya sabes que el tema de la esclavitud o del poco respeto a la gente de color siempre se acaba colando en este tipo de actividades. Ella lucía con orgullo tanto el color de su piel como el color pastel de su vestido emperifollado al estilo de *Lo que el viento se llevó*. Y tengo que decir que eso es lo que más me ha gustado siempre de ella, la forma de tomarse las cosas, de ser rebelde sin llamar la atención, de acallar a quien pretendía ofenderla con una actitud sobresaliente… esa era la Martha de dieciocho años, la niña más feliz del mundo.

Vera parecía transportada a otra época, como si de verdad sus ojos estuvieran contemplando a su hija vestida de Dama, con la felicidad

pintando sus ojos, la misma que parecía estar presente en los suyos al recordar. Sin embargo, algo se rompió dentro de ella de repente, cambiando hasta el color de su semblante, empalideciéndolo considerablemente. Jorie Sue, aún atada a ella por ese abrazo en el que la tenía envuelta, apretó su mano, intentando transmitirle la fuerza y los ánimos que parecía empezar a necesitar de nuevo.

—La primera vez que lo notamos fue el desfile del día de Acción de Gracias, en Chicago —lo dijo angustiada, rememorando lo que fue el inicio de la pesadilla—. Habíamos ido a verla, era la primera vez que George iba a verla desfilar fuera de Mobile y doy gracias a Dios de que lo hiciera. De lo contrario, yo no hubiera sabido estar a la altura de las circunstancias.

—¿Qué pasó? —preguntó Jorie con un hilo de voz, temerosa de romper los pensamientos de Vera.

—Pasó que se tropezó en mitad del desfile y se dio en la cara —explicó—. Perdió el conocimiento durante un buen rato y tuvieron que llamar a una ambulancia por si se había producido una conmoción cerebral o algo. Allí le hicieron unas pruebas y emitieron el primer diagnóstico. Cuando nos contaron que creían que era ELA y nos explicaron detalladamente en qué consistía la enfermedad… el alma se me cayó a los pies y creo que ahí sigue, porque jamás he vuelto a sentir paz desde ese día.

»Le dieron una esperanza de vida de cinco años, como máximo, y ya han pasado casi doce. Los médicos están maravillados con ella, porque es una luchadora nata. Yo creo que antes de esa caída ella ya sabía que le pasaba algo, y que sabía que no se avecinaba nada bueno… y, sin embargo, no renunció a las Damas. Le quedaban desfiles, presentaciones, recepciones… le quedaban dos meses de pertenencia a la corte de las Damas Azalea y los cumplió. No se volvió a caer, no permitió que la enfermedad volviera a manifestarse vestida de lavanda, la mantuvo a raya hasta que pasó el testigo a la siguiente chica que habría de ocupar su puesto, y lo hizo sin perder la sonrisa, aun sabiendo lo que estaba por venir.

»Y luego… —la voz de Vera se apagó. Por alguna razón ese parecía su límite.

Y Jorie Sue no quiso empujarla a ir más allá. Le bastaba con haber conocido a la Martha sana a través de sus palabras, a la jovial y feliz Martha que ella nunca vería vestir de lavanda o desfilar en multitudinarios desfiles de una punta a otra del país.

—Martha no ha estado siempre así, ¿sabes? —destacó la obviedad, tratando de que Jorie Sue viera más allá y entendiera que antes de su hija enferma existió otra, a la que echaba de menos con todo su corazón—. Tenías que haberla visto detrás de su hermano, como un perrito faldero, maquinando con Lisbeth para que las hiciera caso,

teniendo sus sueños, cumpliéndolos…

El nombre de Lisbeth volvía a aparecer y Jorie Sue no supo si debía hacer que Vera desviara la atención al tema de Martha o, precisamente, podía suponer una distracción ahora que se metía en terreno pantanoso. Y ella quería saber, necesitaba saber quién era Lisbeth, qué significaba.

—Vera… —tanteó con miedo—. ¿Quién es Lisbeth?

—Lisbeth Dixon, la hija del capataz —resolvió ella con voz cautelosa. Parecía saber exactamente el porqué de la pregunta de Jorie Sue, lo que hizo que la joven se ruborizara y se reprendiera por haber dejado que la curiosidad ganara la partida—. Se crio con Martha, eran las dos únicas niñas de la plantación que aguantaron aquí. El resto de los niños siempre se acababan yendo porque eran hijos de temporeros o de peones que no se quedaban el tiempo suficiente para echar raíces. Así que crecieron juntas, a la sombra de Troy, al que idolatraban, perseguían chinchaban y, en ocasiones, hasta secuestraban.

Jorie sintió una punzada de celos injustificados. No sabía de dónde le nacía la sensación, como si Troy Layton fuera algo por lo que competir y se sintiera en inferioridad de condiciones al saber que su rival había crecido con él. Contra eso era muy difícil luchar. Imposible ganar.

—¿Y dónde está ahora?

—Ahora está… creo que está en Europa, pero tampoco me hagas mucho caso. Se mueve constantemente, es toda una aventurera.

No se podía negar que el aire había vuelto a recorrer con normalidad su caja torácica al escuchar la enorme cantidad de millas existentes entre Troy y esa Lisbeth. Su pulso incluso había retomado su habitual ritmo y pudo comprobar que una leve sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro, como si le hubiera ganado la batalla, así de un plumazo, deshaciéndose de una rival fuerte. Pero ¿rival de qué? Se preguntó al instante su parte racional, la que no entendía los sentimientos encendidos que la sola mención del nombre de Lisbeth era capaz de desatar en su interior.

—Siempre estuvo enamorada de Troy, hasta la médula —apostilló Vera, sin darse cuenta de que Jorie Sue ya no quería oír nada más—. Cuando se fue, se quedó devastada. Era solo una cría de diez años y parecía una viuda da guerra, pobre niña —rio recordándola—. Aunque no fue nada comparado con conocer la enfermedad de Martha. Aquello sí que la tocó de una forma… yo creo que eso es lo que la hizo ser como es, siempre de un lado al otro, viviendo al máximo. Porque ver a Martha tal y como está ahora le recuerda que la vida es un suspiro, y ella no está dispuesta a desperdiciarla ni a dejarla pasar sin aprovecharla.

Guardaron silencio de nuevo, cada una inmersa en sus propios

pensamientos. Estaban a gusto, aunque las dos sabían que ese momento era tan efímero que no les quedaba mucho. Jorie Sue se quiso incorporar para no sufrir de antelación al pensar que pronto Vera desharía su nudo con ella. Antes, con un susurro pequeño y lleno de emoción, quiso apostillar el momento.

—Nunca me habían abrazado.

Vera la estrechó aún más junto a su pecho y sonrió ante las palabras tristísimas de Jorie Sue.

—Mi abuela debió de hacerlo —intentó rememorar—. Pero casi no lo recuerdo.

Había mucho dolor y mucha soledad en sus palabras. Parecía que casaban perfectamente con el momento nostálgico y evocador, con el ambiente, con la tormenta que, sin darse apenas cuenta estaba empezando a remitir poco a poco. Vera le acarició el rostro con una ternura infinita, dejando un rastro suave a lo largo de toda su mejilla.

—Tienes algo muy bonito dentro —confesó la mujer antes de soltarla definitivamente—. Aunque lo hayas tenido difícil, más incluso que la gente de aquí, me atrevería a conjeturar, la tristeza no te ha podido ganar y devuelves la sonrisa siempre. No te rindes nunca. Y eso es hermoso. Entiendo lo que Troy puede ver en ti que tan fascinado le tiene.

La dejó sin aliento, se le paró incluso el corazón. Nadie, nunca, había dicho que ella tenía algo bonito en su interior. Era la cosa más maravillosa que había escuchado en su vida referente a ella misma y, como no estaba acostumbrada a recibir tales alabanzas, estaba desconcertada, perdida. Sabía que, viniendo de alguien como Vera, no eran lisonjas vacías, halagos huecos ni ninguna clase de adulación sin fundamento. Estaba convencida de sus palabras y por eso le costaba llegar a creérselas.

Sonrió incorporándose y se inclinó para besar su mejilla caliente, que recibió el beso con un cariño que no sabía de dónde podía provenir. Al fin y al cabo, hacía una semana que se conocían… ¿Qué había hecho ella desde entonces para ganarse ese afecto que, de algún modo, ella necesitaba tanto como el alimento o el aire para respirar?

—Voy a hacer algo de cena para que la toméis cuando tengáis hambre —dijo levantándose y dejando con cuidado la cabeza de Cricket apoyada suavemente sobre un cojín de organza granate—. ¿Me acompañas a la cocina?

Pasaron un buen rato preparando unas ensaladas y hamburguesas y patatas fritas. Cuando estuvo todo preparado, Vera se acercó a la casa de la piscina con una bandeja para que Colton cenara y llamó a Cricket para que se uniera a ellas en el comedor. Comieron las tres en silencio, sumidas cada una en sus propios pensamientos. Cuando estaban a punto de acabar, sonó el teléfono, que las sacó del

ensimismamiento que las tenía como hipnotizadas.

La tormenta, efectivamente, ya había amainado hasta hacerla humanamente soportable y, como ya funcionaban de nuevo las comunicaciones y hasta había vuelto la luz, Troy Layton llamaba para dar el visto bueno a Vera para que se acercara a ver a su hija. Dixon la recogería en diez minutos y se la llevaría a Mobile.

—¿Qué tal está Martha? —preguntó Cricket con la ansiedad pintada en su pequeño rostro serio.

—Aún no saben nada, mi niña —dijo Vera, sin duda tragándose su propia preocupación—. Pero prometo llamarte con noticias en cuanto los médicos nos digan algo.

Se retiró para coger sus cosas cuando Jorie le impidió recoger la mesa con los restos de la cena. Cricket también se retiró a su habitación y ella se encargó de dejarlo todo limpio y recogido.

Cuando Vera escuchó el claxon de la camioneta de Dixon, bajó las escaleras y se dispuso a salir a la intemperie. Jorie, que estaba esperándola, se acercó a ella y la abrazó. Esta vez el abrazo lo dio ella, y Vera fue quien lo recibió con una especie de gratitud que a punto estuvo de hacer que sus piernas le fallaran. Sin duda alguna, ella también necesitaba ser quien obtuviera esas muestras de afecto de los demás.

Se despidieron con una sonrisa, triste pero esperanzada, y Vera cerró la puerta tras de ella. Jorie Sue la vio partir y luego, sin otra cosa que hacer, se encaminó escaleras arriba. Se preguntó si debería pasar a ver a Colton en su refugio, pero tenía que reconocer que le daba un poco de miedo no saber lo que iba a encontrarse, así que eligió el otro caso difícil. Al menos Cricket no la atemorizaba hasta el punto de perder el control sobre sus propias emociones.

Subió las escaleras despacio, haciendo tiempo para retrasar el desastre. Se paró en el medio del pasillo, intentando escuchar la tormenta, que aún persistía, aunque ya causaba menos temor que unas horas antes. Si se fijaba bien, los truenos sonaban lejanos, pero aún se oían y el repiqueteo del agua en las contraventanas todavía era el sonido predominante en el silencio de la noche.

Se acercó procurando no hacer mucho ruido hasta la habitación de Cricket y, una vez delante de la puerta, que permanecía entornada, llamó suavemente con los nudillos. No oyó que la niña la invitara a pasar, pero sí que estaba despierta y haciendo alguna cosa, porque se oía movimiento en el interior.

—¿Puedo pasar? —dijo tras llamar de nuevo, asomando un palmo por la puerta entornada.

—Vas a entrar te diga lo que te diga —contestó con su mismo tono habitual. Ni las grandes tormentas podían con su desdén, pensó Jorie Sue con amargura.

Estaba inclinada sobre la cómoda de frente a su cama, donde descansaba un pequeño televisor que su padre había hecho instalar ahí el verano pasado, según le había contado Vera. Buscaba algo en la estantería que se encontraba justo enfrente, hasta que pareció dar con la carcasa de un DVD. La miró un segundo, asintió casi imperceptiblemente y sacó el disco de la caja, introduciéndolo a continuación en el reproductor que descansaba bajo el aparato de televisión.

Jorie Sue, que se había acercado para ver más detenidamente lo que Cricket estaba haciendo, se fijó en que la carátula del DVD correspondía a la película *Dirty Dancing*, y que la niña se disponía a verla. Sonaba a plan de noche de tormenta y no podía negar que la elección del título le sorprendía para alguien tan pequeña. Al fin y al cabo, se trataba de una película de casi veinticinco años de antigüedad.

—Tiene buena pinta, ¿puedo quedarme a verla?

Cricket la miró en silencio, incrédula, incapaz de dar crédito a sus palabras. Jorie sabía que ella no quería que intentara que fuera su amiga, pero no quería dejar a la niña sola. Su padre había dicho que las tormentas la asustaban, y estaban ellas dos solas en la casa. Era Jorie o nadie, y estaba segura de que Cricket la preferiría a ella a quedarse sola esa noche.

Como dándole la razón, un trueno sonó a lo lejos, y la niña se estremeció con un temor infantil que enterneció a Jorie Sue mucho más que cualquier otra cosa. Le entraron unas ganas terribles de consolarla y, como último recurso, se lo jugó todo a una última carta desesperada.

—Verás —empezó con voz tímida, como si le avergonzara muchísimo confesarle un secreto—. Me harías un favor terrible si dejaras que pasara aquí contigo la tormenta. La verdad es que no me gustan y no me siento segura estando sola.

Cricket dudó. Era demasiado lista para no creer que estaba jugando con ella. Jorie Sue estuvo a punto de decirle que, pese a querer que ella aceptara para no dejarla sola, lo cierto es que a ella las tormentas tampoco le gustaban, y que no quería estar sola en una noche como esa, con tempestades climatológicas y emocionales devastando todo a su paso.

—Sería solo por esta vez y te juro que no tenemos que ser amigas —dijo levantando la mano para prestar solemne juramento—. Y me estarías haciendo un favor enorme. Te debería una bien grande.

Jorie Sue la contempló medio divertida, medio expectante, esperando por un veredicto del que no estaba del todo segura. Lo que sí era cierto es que Cricket se lo estaba pensando, que la estrategia de hacer que el favor a deber recayera en Jorie y no en ella era una muy

buena oferta a tener en cuenta. Sobre todo, porque pensaba que su contrincante no sabía nada de su miedo a las tormentas y que siempre pensaría que la que hizo algo por la otra fue ella y no Jorie.

Pasados unos segundos de cavilación, la niña la miró con suficiencia, como si fuera un emperador romano siendo indulgente con un cristiano antes de que lo devoraran los leones. Asintió poco a poco, con cierto recelo, pero dio su visto bueno y eso fue un auténtico triunfo para Jorie Sue, que a punto estuvo de ponerse a bailar alguna danza de la alegría. Obviamente, tuvo que tragarse el regocijo y simplemente esbozar una tímida sonrisa medio cohibida en señal de agradecimiento ante la magnanimidad mostrada por Cricket.

—¿Sabes que nunca he visto esa película? —dijo con cautela, empezando su misión de acompañamiento de tormenta con algo neutro y sencillo, que no supusiera fricciones ni recelos.

—¿Lo dices en serio? —preguntó la niña con incredulidad, mirándola como si fuera un extraterrestre o alguna clase de ser extraño del espacio exterior—. ¿Nunca has visto *Dirty Dancing*? Yo tengo nueve años y ya la he visto veinte veces…

Jorie Sue la miró divertida. Le gustaban esos aires de superioridad que se daba, al menos aplicados a algo tan frívolo como ser la campeona de visionado de *Dirty Dancing* de la casa.

—Siempre he vivido rodeada de chicos, ¿sabes? —le explicó aún parada en mitad de la habitación, frente a frente las dos, preparadas aún para batirse en duelo—. En nuestra tele solo se veían pelis de vaqueros, que eran las favoritas de mi padre, o de peleas y coches, que eran las que les gustaban a mis cinco hermanos. Para las chicas nunca había sitio.

Dijo esta última frase con pena, mucha, derramándose a través de sus palabras. Los recuerdos no eran felices, y el simple hecho de enfrentarse a la cuestión de no haber visto la película *para chicas* por excelencia, de pronto, la hizo sentir como un auténtico bicho raro.

Cricket pareció apiadarse de ella por un instante, y retiró sus ojos beligerantes de los de Jorie, bajando la guardia. Se acercó a la cama y retiró la colcha para meterse dentro. Cogió el mando a distancia del DVD de encima de la mesilla de noche y le hizo un gesto a Jorie Sue para que se le uniera en la cama. Estaba claro que el espectáculo estaba a punto de comenzar.

—No te muevas mucho y ni se te ocurra quedarte con toda la colcha —le advirtió mientras la mujer la imitaba y se metía en la cama, colocándose a la izquierda de la niña.

Jorie reprimió una risa ante las barreras que Cricket seguía levantando entre ambas. Y, pese a todo, sabía que el dejarla pasar ese rato con ella había supuesto un triunfo, pequeño y sencillo, pero un triunfo, al fin y al cabo, sobre todos los muros que la pequeña quisiera

levantar.

—Es la película favorita de Martha, ¿sabes? —le dijo Cricket sin mirarla, con la mano extendida hacia la tele y el mando listo para hacer reproducir la película—. No sé si me gustará tanto esta vez como las anteriores. Es la primera vez que la veo sin ella.

Jorie Sue se quedó sin palabras. ¿Qué le decía a continuación para consolar toda la tristeza compungida que acababa de destilar la voz de una niña de nueve años que podía estar perdiendo, en esos mismos momentos, a una de las personas más importantes de su vida? Le gustó el homenaje que Cricket pretendía hacerle a Martha y la miró sin ambages, directamente, sin miedo ni tacto, sin temer derribar nada de lo poco construido. Con una franqueza que, creía, el propio momento requería ferozmente.

—Las primeras veces siempre dan vértigo —dijo con franqueza, mirando a Cricket a los ojos, reteniendo los iris azules de la niña dentro de los suyos con una mirada de comprensión y apoyo—. Ser valiente también. Y estoy segura de que Martha estará muy orgullosa de que veas la película por ella, que la disfrutes por ella, y mañana mismo se lo cuentes.

Cricket valoró esas palabras que estaba claro que justamente necesitaba escuchar. Eran una forma de asumir que estaba bien si la veía sin Martha, que era incluso una forma de homenajear su ausencia, que ella no solo lo entendería, sino que también se alegraría. Que no pasaba nada, que no la estaba traicionando, ni siquiera por verla con otra persona que no fuera ella, alguien que la disgustaba tanto como Jorie Sue.

—¿Se va a poner bien? —preguntó entonces Cricket con una vocecilla llena de un miedo profundo y oscuro.

Jorie Sue quiso decirle que sí, por supuesto, pero no supo si valía la pena prometerle algo de lo que no estaba segura solo para tranquilizarla. ¿Y si no superaba lo que fuera que la tenía en el hospital? ¿Y si le generaba falsas expectativas que acababan por hacerla más daño si no se cumplían?

—No lo sé —dijo Jorie con el corazón en un puño—. Martha es muy fuerte, es una luchadora, pero la enfermedad a la que se enfrenta es muy difícil de combatir. Te aseguré que no te haría promesas y creo que no quieres que te haga una sobre Martha, porque si no se cumple… si no se cumple me odiarás mucho. Y yo no quiero que me odies más todavía.

Cricket se recostó sobre la almohada, afectada por sus palabras, pero también consciente de que Jorie Sue no podía dar respuesta a sus preguntas. Debían esperar. Rezar, quizá. Y ver la película como si Martha estuviera allí, con ellas.

Cuando apretó finalmente el botón de inicio de la película, una

pequeña sonrisa triste afloró a sus labios, y Jorie Sue estuvo segura de que la niña le pedía perdón a Martha en sus pensamientos y le pedía que volviera pronto a casa.

La pantalla, desde negro, se llenó con parejas bailando en actitud sensual mientras las Ronettes cantaban aquello de *Be my Baby*. Jorie se preguntó si sería una película apta para menores. Borró de su mente las posibles excusas que podría poner para no permitir que Cricket la viera, desechándolas bien pronto… ¿Acaso no decía la niña que ya la había visto más de veinte veces en compañía de Martha Morgan? ¿Qué importaba entonces que la viera una vez más, si además eso parecía ayudarle a pasar el trago de la angustia de no saber nada de ella?

A Jorie Sue le gustó *Dirty Dancing*. Mucho. Le gustó, sobre todo, porque hablaba un poco de ella. De una chica insegura, pequeña y casi transparente, que un día decide tomar su vida por las riendas y, además, hacerlo ayudando a los demás. Vale que Baby no vivía sometida y apaleada como ella cuando se escapó, vale que sus padres eran protectores, cariñosos y comprensivos (al menos al final de la película) y vale que no se había tenido que escapar ni quemar una casa, pero sí era cierto que Baby había vivido siempre pensando que la vida era de una manera y que ella se merecía poco, hasta que, siendo valiente y haciendo lo correcto, consigue más de lo que esperaba (y a Patrick Swayze, todo sea dicho).

Cuando Baby y Johnny hicieron su espectacular baile final, a Jorie Sue el corazón no le cabía en el pecho de la emoción. Ese «*no permitiré que nadie te arrincone*», se le había metido dentro, como un virus, como si necesitara saber que ella también podía dejar de sentirse arrinconada.

Sonrió con los títulos de crédito y miró a Cricket para hacerle saber que ver la película había sido una buena idea. La tormenta ni las había molestado, ni se habían acordado de ella pese a que aún se la intuía al otro lado de los cristales. Pero Jorie Sue no encontró reflejo en su sonrisa porque la niña parecía que llevaba dormida un buen rato. La arropó y se quedó junto a ella, por si la fuerza de la tempestad la despertada durante la noche.

No tardó en llegar tampoco el sueño para ella. A decir verdad, estaba agotada, demasiadas emociones para un solo día. Se durmió pensando en los besos de Troy Layton, en las caderas de Patrick Swayze y en sus propias ganas de reclamar las riendas de su vida.

Se despertó un par de horas después, cuando sintió un ruido en la habitación que la sobresaltó.

—Lo siento, no quería despertarte —susurró la voz de Troy desde el otro lado de la cama, donde permanecía de pie, mirando a su hija.

Su semblante mostraba el cansancio de todo el día y las ganas que

parecía tener de irse a dormir.

—¿Qué tal Martha? —preguntó Jorie en el mismo tono sigiloso que el que el hombre había utilizado.

—Estable dentro de la gravedad. Mañana nos dirán más cosas. Los médicos piden paciencia.

Jorie no supo qué más añadir y lo miró esperando instrucciones. No sabía qué era lo que él pretendía, y tampoco quería preguntar.

—Venía a ver si Cricket estaba bien —explicó él en susurros, por fin, sacando a Jorie de todas sus dudas—. Y a hacerte caso. A pasar la tormenta con ella, como cuando era pequeña, aunque ya se esté alejando.

El corazón de Jorie Sue dio un triple salto mortal justo en ese momento. Y no supo si fue más a causa de que Troy acudiera al rescate de su propia hija tras tenerla abandonada durante tanto tiempo, o que lo hiciera espoleado por sus propias palabras. Tuvo que retener la emoción para que no asomara a sus ojos, mientras se incorporaba para dejarlos solos.

—No… —susurró él clavando su mirada oscura en ella, a través de la penumbra de la habitación—. Quédate, por favor…

Se quedó quieta, como congelada, incluso dejó de respirar por un instante. Aquel gesto la había descolocado y, a la vez, le hacía sentir que formaba parte de algo. No sabía de qué, pero era algo, sin duda alguna. La súplica en la voz de él era suficiente para acceder. El que ella quisiera quedarse también solo era otro punto a favor.

Asintiendo cohibida, se volvió a acostar en la cama, al lado de Cricket, mientras Troy Layton se quitaba las botas y los pantalones y se metía en el otro lado. Tenían a la niña entre los dos en esa cama que, afortunadamente podía albergarlos a todos y, aun así, sentía que nuca había estado más cerca de Troy Layton.

Cuando colocó una mano sobre Cricket en una actitud protectora que no acertaba a explicar de dónde le venía, Troy colocó, con suavidad, la suya encima, entrelazando sus dedos. La sensación de ternura, de acogida, de protección fue tan intensa, que no quiso que él la soltara jamás. Y mientras él acariciaba sus dedos y ella soñaba con abrazos de madres postizas y besos bajo la lluvia torrencial de una tormenta devastadora, la noche los acunó entre sus brazos, unidos por algo más que dos manos hambrientas de cariño.

Capítulo 15

La calma tras la tempestad

La mañana encontró a Jorie Sue y a Cricket solas en la cama.

La niña había despertado en mitad de la noche y se había abrazado a su padre como si fuera un salvavidas en mitad del mar. No lo había soltado en ningún momento, amarrada a él para no perderlo de vista.

Ahora, sin embargo, estaban las dos solas y Cricket, además, continuaba durmiendo el sueño de los justos. No era de extrañar, porque apenas eran las siete de la mañana. Sin embargo, Jorie Sue ya no fue capaz de volver a conciliar el sueño y fue a darse una ducha rápida y a ponerse ropa más decorosa.

No acababa de creerse que hubiera compartido cama con Troy y con Cricket, como si fueran una familia que afronta el miedo a la tormenta en compañía, haciendo fuerza de la unión y venciendo a los fantasmas todos juntos. Tampoco quería hacerse muchas ilusiones, pero sí disfrutar de los pequeños momentos que esa nueva vida le estaba regalando. Bien sabía Dios que no había tenido muchos de esos en la anterior.

Mientras bajaba al piso inferior, dispuesta a tomar el mando de la cocina que Vera había dejado vacante, el sonido de la música le dio a entender que se le habían adelantado. El aroma penetrante y delicioso del pan tostado y el café recién hecho se coló en sus fosas nasales, haciéndole inspirar para empaparse de él. Podría acostumbrarse a esos olores, a esa forma de vivir, podría hacerlo, aunque dudaba de que pudiera hacerlo sintiéndose merecedora de ello. Al fin y al cabo, no era más que una intrusa en la vida de esa gente. Una intrusa y una impostora, que ni siquiera les había dado su nombre real.

Al llegar al umbral de la cocina, todos esos pensamientos se esfumaron, barridos de su mente por la visión de Troy Layton en pantalones cortos, camiseta blanca y delantal, preparando tostadas, zumo, fruta y café. Estaba de espaldas y cantaba con la radio el *Nothing's gonna Stop us Now* de Starship que se escuchaba desde las escaleras, sin dejar de moverse por la cocina. Lo observó como si quisiera aprendérselo de memoria, a él y al momento, como si estuviera coleccionando recuerdos para cuando ya no tuviera acceso a eso, a esas vivencias, a esas personas, a esa casa. Parecía que esperaba perderlo en cualquier momento, convencida de que algo así no podría durar.

Troy se giró para servir las tostadas en la mesa y entonces la vio. Sus ojos colisionaron y se sonrieron tímidamente. Su sonrisa fue llena, entera, sincera, una de esas que Jorie Sue pretendía que dibujara más en su rostro preocupado, para borrar todo rastro de tristeza pasada.

Ella, azorada, desvió la mirada hacia la bandeja que acababa de dejar encima de la mesa. Se relamió y se la señaló, asombrada.

—Huele como el mismísimo cielo —dijo sin acabarse de creer esa faceta culinaria de su jefe.

—Pues espero que sepa aún mejor. Aunque debo reconocer que estoy un poco oxidado en esto de cocinar —bromeó limpiándose las manos en el delantal—. Deja que pruebe una de estas antes para estar seguro de que no corremos el riesgo de que te envenenes.

Cogió una tostada y se la llevó a la boca, dándole un mordisco considerable y guiñándole un ojo. Se veía a la legua que estaba contento, que destilaba alegría y eso la descolocó por un momento. No parecía haber ni el más mínimo rastro del Troy Layton melancólico, apagado y gruñón. ¿Qué le habría pasado para celebrar ese repentino festejo matutino?

—¿Ha habido buenas noticias?

—Las mejores —confirmó con una sonrisa enorme y preciosa que la sumió en un estado de euforia que jamás creyó sentir viniendo de Troy—. Martha está fuera de peligro. Los médicos han confirmado que no va a necesitar un respirador pese al debilitamiento progresivo del diafragma y los músculos intercostales. Aún aguantan, aún es capaz de respirar por sí misma. Lo de ayer fue una crisis respiratoria que ya ha superado.

Sí que eran buenas noticias, sí que justificaban el buen humor mañanero de Troy Layton, y hasta que se hubiera animado a preparar el desayuno para un batallón entero. Se alegraba tanto por Vera que estuvo a punto de ponerse a bailar en medio de la cocina, como había pillado a Troy haciéndolo solo un minuto antes, y como hiciera Vera la primera mañana en que se despertó en esa casa, cuando la pilló cantando con Fred Astaire.

—Me he despertado y el día solo podía presentarse como malo —dijo mirándola, sin guardarse esa alegría recién estrenada, nueva, al menos para ella—. La lluvia ha hecho muchos destrozos, tengo poco personal, el tema de Colton aún en el aire, y Martha… sobre todo, ante todo, Martha. He salido fuera de la casa para echar un vistazo, solo a lo que se ve desde la puerta, para derrumbarme un poco antes de desayunar…

—Eres un poquito masoquista, ¿no? —río Jorie Sue.

—Siempre, querida, siempre —continuó él la broma—. El caso es que llegaba Dixon en ese momento de Mobile, del hospital. Le he invitado a tomar café y me ha contado las noticias, las mejores noticias que podía traerme. Así que... a la mierda la plantación. Hoy a la mierda todo lo que no sea que mi hermana no va a necesitar un maldito respirador para seguir viviendo.

Dio gracias a las revelaciones de Vera del día anterior, porque si se

hubiera llegado a enterar en ese momento del parentesco entre Troy y Martha, igual se hubiera caído de espaldas. Le gustó oírle decir la palabra hermana con ese orgullo, con esa contundencia, con esa seguridad. La proeza de Martha, lo que parecía la gesta del siglo según él lo relataba, era sin duda la mejor noticia que podían recibir. Pensó en Vera, inmediatamente, en Vera, sobre todo.

—Me alegro sinceramente por tu hermana —dijo Jorie Sue pronunciando con una familiaridad natural la palabra que lo unía a Martha, como si fuera obvio que lo fueran, como si nadie hubiera necesitado contárselo para asumirlo—. Y por Vera. Y por todos, en realidad. ¡Me alegro hasta por mí!

Él la miró con un afecto nuevo pintado en esos ojos que ese día no reflejaban tormentas sino radiantes cielos azules. Daba gusto verlo así, parecía un hombre nuevo, alguien con sueños, esperanzas y propósitos. Alguien con ganas de no dejarse vencer, con ganas de comerse el mundo. Ese día, más que nunca, Troy Layton parecía hermano de Martha Morgan.

—¿Y la plantación? ¿Está tan mal como creías? —le preguntó porque sabía que eso, tarde o temprano, acabaría emergiendo y, quizá, hasta robándole la alegría de ese momento.

—Dixon ha ido a dar una vuelta y sí, los campos de *Higher Ground* están completamente anegados por la tormenta —dijo con pesar—. Ahí están los cultivos de algodón y en un mes deberíamos empezar a cosecharlos. Si no conseguimos sacar el agua de la tierra, corremos el riesgo de que el cultivo se asfixie y el suelo pierda base, afectando a las raíces. Y así, la cosecha entera se puede perder. Dixon no ha dado buenas noticias, al parecer, la mayoría de los campos necesitan drenaje. La trompa de agua de ayer dejó demasiados litros por metro cuadrado.

—¿Y qué se puede hacer?

—Solo drenarlo con bombas. Sale caro, se pierde tiempo y en la mayoría de las tierras de *Higher Ground* no hay instalado ningún sistema, pero, con todo, llevando motores y gente, supongo que podremos hacerlo. —Troy parecía barajar sus opciones mentalmente, casi como si se hubiera quedado solo en esa cocina—. Lo malo es que apenas tengo peones… de eso me queda muy poco. Quizá hoy lleguen nuevos hombres, pero no depende de mí y el asunto se puede complicar mucho… crucemos los dedos para que la tormenta no vuelva a aguarnos el día, esta vez de forma metafórica.

Jorie Sue entendió la gravedad del asunto. Mucho trabajo y poco personal por culpa de la ley de inmigración que había dejado la finca bajo mínimos. Se preguntó qué pasaría si por falta de trabajadores se perdía el cultivo del año entero y se estremeció al pensar en las consecuencias. Layton era una plantación grande, pero un año sin

cosecha seguro que pasaba una factura de la que se tardarían en recuperar.

—Hoy ocuparé yo el sitio de Vera en la cocina —se ofreció asumiendo que el ama de llaves se quedaría en el hospital mientras su hija ocupara allí una cama—. Daré de desayunar a los obreros y prepararé comida para llevar. Cuando la tenga lista, cogeré a Cricket e iremos a buscaros. Echaremos una mano en lo que podamos. Si te faltan manos, cuenta con estas. Y con las de tus hijos. Dinos qué hacer y para qué te podemos servir.

Troy la miró fascinado. Jorie Sue no sabía si su discurso le había convencido o si la miraba así porque no acababa de creerse que tuviera ideas tan disparatadas. Se arrepintió un poco de haber sacado esa vehemencia de dentro, de haber parecido una pirada. ¿Quién se creía ella que era organizando la finca como si fuera su dueña? Por lo que ella sabía, no era sino la última mona del lugar.

—Eres asombrosa, Ava Mae Riperton —dijo Troy sin poderlo remediar, haciendo que el aire volviera a los pulmones de Jorie Sue—. ¿Quién eres realmente y dónde has estado toda nuestra vida?

Jorie pensó, justo en ese momento, que no era para nada asombrosa. Que era una impostora, que no era Ava Mae Riperton y que les estaba mintiendo. Que les mentía a diario y se odiaba por ello, más cuanto más los conocía y comenzaba a apreciarlos de verdad.

Y se dio cuenta, quizá demasiado tarde, de que las preguntas sobre ella que, curiosamente nadie había pronunciado, empezarían a llegar ahora. Quién era, de dónde venía, qué historia tenía detrás, qué es lo que realmente buscaba allí… Si no recordaba mal, la única cuestión que Troy Layton le había hecho fue el porqué de su miedo a las tormentas, y se preguntó si él, hasta entonces, había tenido bastante con tan exiguos datos. Troy era un hombre parco en palabras, pero… ¿de verdad nadie indagaría más sobre la mujer en cuyas manos dejaba a su hija cada día?

Fue consciente de que su semblante había empalidecido y eso, en cualquier situación normal, habría alertado a algún otro. Troy Layton, sin embargo, se acercó a ella, la tomó por el mentón y la hizo mirarle a esos ojos que relucían de esperanza esa mañana.

—Eh… —susurró—. Cuando estés lista, me lo contarás todo sobre ti.

Jorie Sue se quedó sin aliento al escucharle decir esas palabras, que parecían ser producto de alguien que sabía escuchar la mente del otro. Cerró los ojos, reprimiendo un llanto que no podía dejar libre en ese momento, tragó aire y los volvió a abrir, más tranquila, más relajada, creyendo a pies juntillas lo que Troy acababa de decirle, que la esperaría, que le dejaba el espacio y el tiempo suficiente para que se preparara y estuviera lista.

—Me muero de ganas por saber qué es lo que te hace tan asombrosa —dijo él en un hilo de voz, dejando un dulce beso en la punta de su nariz.

Nunca, en toda su vida, un simple gesto había descolocado tanto a Jorie Sue. Ese suave roce, la familiaridad del pequeño beso, la ternura que le había transmitido… y los recuerdos que desató en su interior… las caricias apasionadas de la tarde anterior dentro del coche, los besos cargados de urgencia, sus dedos dentro de ella, la humedad de su tacto al intentar poseerla…

Jorie se ruborizó solo de pensar en lo que habían hecho en el interior de la camioneta hacía solo un puñado de horas, y se preguntó si ese tema de conversación sería tocado por ambos en algún momento o si pasarían de puntillas por todo lo que tenía que ver con los dos, juntos, revueltos en esos abrazos para nada inocentes.

—Siéntate y come —le pidió él dándole la espalda para acabar de preparar el desayuno colectivo—. Aprovecha ahora que estás sola. Hoy no calentará mucho y no podemos permitirnos el parón del almuerzo de las diez de la mañana, así que los chicos llegarán en cualquier minuto para desayunar aquí e irnos todos juntos a los campos de *Higher Ground*.

No, estaba claro que Troy no iba a tocar el tema de los besos bajo la tormenta, al menos no mientras le servía el desayuno. Así que comió, se relajó y pensó en que era lo mejor, al menos hasta que se solucionaran los problemas de la finca, que ahora era lo que tenía a su jefe centrado al cien por cien, sobre todo tras saber que Martha estaba fuera de peligro.

—¿Qué es esto? —preguntó Jorie, señalando un papel que contenía el anuncio de una competición de pesca, aprovechando así para no seguir pensando en lo incómodo que podía ser si salía a relucir de verdad algo de la tarde anterior en una conversación.

—Lo trajo Dixon —contestó Troy, encogiéndose de hombros—. Lo encontró en el hospital y lo trajo para mí. Antes solía ir mucho a pescar y me gustan los torneos de pesca. Así que Dixon pensó que esto me ayudaría a liberar estrés, porque dice que necesito relajarme.

—Totalmente de acuerdo —soltó Jorie sin ni siquiera pensarlo.

—¿Ah sí? —dijo él, como en un jadeo, situándose justo a su lado, aunque sin tomar asiento. Desde esa posición, le pasó la mano por la nuca y se la acarició, consiguiendo que todo el vello de su cuerpo se le erizara por el escalofrío que la recorrió.

Estaba claro que no iban a tocar el tema con palabras, pero los gestos podían escribir tratados completos. Solo acariciarle la nuca ya decía más que tres horas de palabras, más que una conferencia entera. Y quiso quedarse así, a merced de sus manos y sus caricias lo que le restaba de vida, convencida de que entre sus brazos podría encontrar

un refugio y un muro contra las adversidades. No estaba segura de lo que sentía estando con él, salvo seguridad, una seguridad que la relajaba y le hacía bajar la guardia.

Jorie Sue no podía describir lo que le pasaba al lado de Troy Layton. No estaba enamorada de él, no lo conocía lo suficiente como para entregarle su corazón, pero sí sabía que la atracción que sentía por él era más fuerte que su propia cordura, y que, seguramente, acabaría por pasarle factura. Aunque estaba segura de que, si mantenía sus sentimientos lejos de él, quizá pudiera salir indemne de esa misión suicida.

—Creo que relajarse es bueno —susurró ella al comprobar que él esperaba una respuesta.

—Desde luego que lo es…

Siguió acariciándola mientras ella se abandonaba al tacto de sus manos sobre su piel desnuda. La calidez de la caricia, del tacto suave, de las sensaciones que despertaba en ella, del estallido de todas las células nerviosas de su cuerpo… cerró los ojos y se abandonó a ese pequeño placer, procurando reprimir un jadeo que amenazaba con escaparse de su boca.

Cuando sus manos tocaron sus labios, recorriéndolos con un deseo contenido que gritaba en silencio entre los dos, Jorie imploró por una tregua, o por fugarse juntos a algún rincón de esa casa, a permitir que él la abrasara del todo con el fuego que la quemaba con cada una de sus caricias.

El sonido del teléfono los sacó a ambos de ese agujero negro de anhelo y ganas, sobresaltándolos y haciendo que Jorie Sue se sintiera como si la hubieran pillado en falta. Se separaron al instante y Troy contestó al teléfono, saliendo de la cocina.

—Es Vera —susurró antes de abandonar la estancia, aclarando quién era el emisor de la llamada.

Antes de que los trabajadores llegaran, Troy volvió a la cocina, pero algo había cambiado. Jorie supuso que se había dado cuenta que ese lugar y ese momento no eran apropiados para esos juegos subidos de tono entre los dos, así que se miraron un instante, en el que ambos asintieron de conformidad. No había lugar para las dudas. Aquello no podría seguir así mucho tiempo porque acabaría estallando.

Con el rostro cabizbajo, Troy se ausentó para avisar a Colton de que fuera a desayunar para ir luego a echar una mano, y subió, a continuación a ponerse ropa más adecuada para trabajar en el campo. Así que dejó sola a Jorie Sue que, dudando incluso de que acabara de pasar lo que acababa de pasar, intentó acabar su desayuno, sin mucho éxito, y siguió preparando la mesa para los hombres que no tardarían en aparecer, instándose a sí misma a no dedicar ni un solo pensamiento a lo que había vivido hacía un minuto de manos de Troy

Layton.

Sin embargo, la primera que acudió a la cita con el desayuno fue Cricket, perfectamente vestida y peinada, como si dentro de ella aún tuviera la estricta etiqueta del internado británico donde había pasado todo el curso pasado.

—Oh —fue todo lo que dijo al entrar en la cocina. La sonrisa que traía preparada se esfumó en cuanto se encontró con Jorie Sue como única ocupante de la estancia.

—Buenos días —dijo ella con alegría, no dejando que la actitud de la niña pudiera minar su confianza—. ¿Qué te apetece desayunar?

—Lo que haya —se limitó a contestar Cricket, sentándose a la mesa—. Me da igual.

Jorie dejó que el silencio las rodeara, dándole tiempo a que probara bocado y así, quizá, poder disipar ese aparente mal humor que la acababa de alcanzar. No entendía la razón y se propuso levantarle el ánimo antes de que llegaran los obreros y se quedaran sin oportunidad.

—Dixon trajo buenas noticias esta mañana. Martha se pondrá bien.

La cara de Cricket se iluminó, igual que si un relámpago como los de la tarde anterior hubiera iluminado la estancia. La miró, con los ojos llenos de ilusión, con las ganas de creerse que la noticia era real.

—¿Lo dices de verdad?

—Claro. ¿Cómo podría mentir con algo tan importante?

La propia inseguridad de la niña era la que había preguntado, de eso no cabía dudas. Jorie Sue ya la había notado en ocasiones anteriores, lo que no dejaba de sorprenderla, sobre todo por la aplastante confianza cuando hablaba y la dejaba hecha polvo con alguna de las cosas, cargadas de maldad, que le decía.

Cricket calló, asimilando las noticias, pintando su cara de sonrisas, aunque íntimas, para ella misma, no permitiría que Jorie ni nadie compartiera aquel regocijo con ella.

—Ayer disfruté mucho con la película —intentó volver a la noche anterior, a su pequeño triunfo sobre la niña—. Gracias por dejarme verla contigo.

La miró de refilón, con ese gesto de desdén que había vuelto a sus labios, apagando la sonrisa por las noticias sobre Martha.

—Que hayamos visto una película juntas no significa que seamos amigas —dijo con la misma frialdad de aquel primer día en el aeropuerto de Mobile—. ¿O te pensabas que iba a cambiar algo?

Cricket, clarísimamente, se estaba regocijando de la cara de pesar, sorpresa y circunstancias que se le quedó a Jorie Sue al escucharle decir esas palabras tan afiladas y tan poco necesarias. ¿De verdad hacía falta ser tan mezquina y hablar con tanto odio hacia alguien a quien apenas conocías y quien te lo había puesto bastante fácil desde

el primer día? Pese a desear con todas sus fuerzas que la niña no supiera lo herida que se sentía, Jorie estaba segura de que había sido incapaz de disimular, así que se acercó a la encimera, tomó los cereales y el pan sin tostar, que era lo que faltaba de colocar en la mesa, y lo puso delante de Cricket sin mediar palabra. No pensaba intentarlo, al menos de momento. No, cuando aún sentía que la niña se le acababa de volver a escurrir entre los dedos, como si se tratara de mantequilla derretida.

Permanecieron en silencio. Un silencio tenso y pegajoso e incómodo. Jorie Sue no sabía qué decir y Cricket no quería que ella abriera la boca. Era como las dos caras de una moneda o los dos lados de un espejo, tan cerca, tan fácil y tan imposible… al menos mientras no se acercaran posturas y Cricket no le dejara la puerta abierta, aunque fuera solo un poco.

Cuando la cocina se empezó a llenar de gente —trabajadores, Colton, Troy—, el trajín y el buen humor por el estado de salud de Martha, a quien allí todos parecían querer, se hicieron con los mandos y pareció que la distancia con Cricket ya no importaba tanto. Al menos, ahora podía hablar con más gente y era gente que sí quería estar con ella.

Tenía que confesar que le gustaban esos desayunos multitudinarios en la enorme cocina de la casa de los Layton. Había asistido a alguno en esos días que llevaba viviendo allí y se sentía fascinada por el motivo que llevaba a Troy a juntar así a sus trabajadores. Si era por mantenerlos contentos, por asegurarse de que comían bien, por estrechar lazos de amistad más allá del trabajo de la finca o si, simplemente, era porque creía que era lo correcto. Conociendo a Troy Layton como iba conociéndolo, seguro que era la mezcla perfecta de todos esos ingredientes. Porque era un hombre de personas, de generosos detalles, de preocuparse por los demás y de premiar el trabajo duro.

Hubo un momento, entre toda aquella gente, en el que echó de menos a Vera, como si de repente le faltara el corazón a todo ese ente que eran ellos mismos, reunidos sin el ama de llaves. Y luego, sin previo aviso, sintió que ella no pertenecía a ese lugar, que esa no era su gente y que no se merecía disfrutar de buenos momentos como ese.

Como si una sombra oscura hubiera tomado posesión de su corazón y su cabeza, su mente se cegó por completo con esa idea, y el pesar se reflejó en sus ojos, que se hundieron sin remedio en el suelo. Cuando sintió la mirada de Troy sobre la suya, cuando le quemó su intensidad y no pudo hacer otra cosa que acudir con sus ojos al encuentro de los de Troy, se sintió estúpida. Pertenecía allí, al menos, en ese momento estaba donde debía estar. De eso estaba segura.

De hito en hito, en medio de aquella algarabía, ellos se iban

buscando. Se clavaban uno en el otro los ojos, las ganas y las intenciones. Se mantenían a flote sujetando al otro en brazos. Aunque no se tocaran. Aunque ocuparan cada uno de ellos un rincón opuesto en aquella abarrotada cocina y ninguno de los dos diera ni un solo paso en dirección al otro. ¿Qué falta hacía si se lo estaban diciendo todo en silencio? ¿Qué falta hacía si, en realidad, ellos estaba solos y nada más importaba?

Jorie Sue se sentía en una nube todo el rato, rodeada de irrealidad y ensoñamientos. A veces creía que aquella podía convertirse en toda su vida, y otras estaba segura de que el destino ya se encargaría de echarla de sus vidas a patadas. Y ella cerraba los ojos, y rezaba, e imaginaba que volvía a meterse en la cama de Cricket para ver una película, que dejaba de tener miedo de Colton y juntos apagaban incendios, y que los besos, los de Troy, iban en serio y no eran solamente una excusa para no sentirse solo ni enfadado, sin ninguna esperanza que lo sustentase.

Y creía que el invierno podía demorarse y hacer que el sol les durara. Pero luego abría los ojos y comprendía que la Tierra no iba a detener su movimiento de rotación por ella, y que era inevitable que se acabara el verano, que las hojas cayeran y llegara el frío denso y oscuro del mes de diciembre. ¿Qué pasaría con ella cuando llegara el invierno? La respuesta a esa pregunta era lo que más le aterraba en el mundo entero.

Por un momento, un instante infinito que le robó el aliento y paró su corazón, creyó que había estado equivocada. Que sí quería a Troy Layton, que sí lo amaba, como amó al bestia de su marido unos minutos después de conocerlo. Que Troy era la persona que más y mejor había intentado hacerla feliz, que más libertad le había dado, y espacio para no contarle nada y seguir a su lado. Pero esa sensación duró poco. Jorie Sue sintió una punzada de miedo, de dolor, de ahogo que la dejó temblando, que la hizo reprimir una lágrima amarga que amenazaba con delatarla y partirla en dos delante de toda esa gente. Y comprendió que no, que no quería a Troy Layton, que solo amaba el reflejo de ella que le devolvía, la parte en la que la veía como alguien que merecía cariño. ¿Cómo no entenderlo así? ¿Cómo no dejarse llevar e iniciar el emocionante viaje de empezar a quererse a una misma?

Cuando los primeros trabajadores comenzaron a despejar la cocina para empezar la ardua jornada de trabajo que tenían por delante, Jorie Sue ya estaba convencida de que acababa de vivir una experiencia reveladora, y que no debía volver a darle muchas vueltas al asunto para no volverse loca. De todos modos, era algo que, justo ese día, no se podía permitir.

—Ava. —La voz de Troy la sacó de su ensimismamiento y la trajo

de vuelta al mundo real—. Me llevo a Cricket a los campos, estará entretenida y no te molestará mientras preparas los bocadillos.

—¿Te lo ha pedido Cricket? —preguntó con un hilo de voz, aún recuperándose del maremoto emocional que acababa de experimentar.

—Sí, y creo que me gusta la idea de pasar más tiempo con ella. Al fin y al cabo, el verano pasa rápido y en días como hoy, todo se hace más fácil con la familia cerca.

Jorie buscó con la mirada a la niña, pero no se encontraba por ninguna parte. Se la imaginó subiendo entusiasmada al piso de arriba a lavarse los dientes con celeridad, para luego pasar el día en el campo con su padre. Sonrió y se alegró por ella, al menos parecía que estaba proporcionando buenos consejos.

Asintió entonces, complacida, y quiso darle la espalda para empezar a recoger y comenzar a preparar el almuerzo. Eran muchas bocas y ella solo tenía dos manos.

Se apoyó en la encimera para detener el frenético latir de su corazón. Aún estaba afectada por sus pensamientos fuera de control y por cuestionarse tan a fondo sus sentimientos. Desde luego que no era el mejor momento para ponerse vulnerable, pero aquello amenazaba con superarla. Agradeció que ya se hubiera ido todo el mundo, y esperó a que Troy los imitara y la dejara sola.

Pero no ocurrió. Troy Layton la giró y se ancló a sus ojos, como si alrededor suyo se hubiera desatado una tempestad como la del día anterior y la necesitara desesperadamente para mantenerse a flote. Sin pensarlo siquiera, acercó su boca a la suya, la apresó bajo el amarre firme de sus labios y se fundió con ella de una forma que Jorie Sue no creyó que fuera posible.

El momento era tan parecido al que vivieron la noche de su llegada, que Jorie no pudo evitar recordar una cita que había leído en un libro que decía que un amor se veía siempre determinado por los primeros gestos que los amantes intercambiaban.[4] Aunque allí no hablaran de amor, sí que estaban repitiendo el gesto, y el sabor, y el rastro que ese beso estaba dejando en ella, marcándola.

Cuando Troy Layton se separó de sus labios, dejándola hambrienta y llena de un deseo primario que sabía que no iba a ser satisfecho, la sonrió con ternura y le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Gracias, Ava —susurró sin apartar su cuerpo del de ella, reteniéndola entre sus cálidos brazos—. Gracias por quedarte con nosotros.

Y Jorie Sue, que necesitaba algo a lo que sujetarse para no perder la esperanza, de repente tenía algo por lo que dejarse la piel. Troy Layton acababa de firmar su sentencia de vida.

Capítulo 16

Un niño perdido

En cuanto todos se marcharon, Jorie Sue aprovechó el momento a solas para detenerse un segundo, tomar aire y empezar de cero.

Necesitaba sentir que era una pizarra en blanco con todo el espacio disponible para sobrescribir una historia diferente. Mientras buscaba por la cocina ingredientes, cestas y utensilios, se hacía una composición de lugar a la vista de los últimos acontecimientos. Y determinó, no sin darle antes muchas, muchísimas vueltas, que ese era el primer día del resto de su vida. Una vida que iba a merecer ser vivida y en la que, por primera vez desde que había nacido, iba a ponerse ella por delante, aunque solo fuera de vez en cuando.

Tomó entre sus manos el panfleto que Dixon había traído del hospital para Troy, el que anunciaba el torneo de pesca, y se lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón. En su mente se estaba gestando una idea y, aunque no estaba del todo planificada, algo sí había empezado a mover los engranajes de su cerebro. Faltaban dos semanas para la fecha del torneo, tenía tiempo de sobra para poner en marcha las argucias que iban a conseguir que su misión en esa casa comenzara a dar sus frutos.

Hizo bocadillos de queso, *pastrami*, mortadela, tortilla de atún y pastel de carne. Los envolvió cuidadosamente en papel de estraza, y los depositó en dos cestas de picnic que había encontrado en la despensa aledaña a la cocina. Preparó, además, cuencos de ensalada, peló y troceó fruta, hizo acopio de cubiertos y vasos de plástico, y no se olvidó de las servilletas ni de bolsas de desecho para meter luego las sobras y la basura que generaran.

Lo repasó todo tres veces, luego dio una vuelta por la casa para buscar más cosa que hacer, y cuando hubo pasado el polvo, barrido y cerrado las ventanas que alguien había abierto para ventilar, subió a cambiarse de ropa, a ponerse algo más cómodo y fresco, y llamó a Troy desde el teléfono del salón, para avisarle de que estaba todo listo y que ya podía enviar a alguien a buscarla.

Cogió todas las cosas y las sacó al porche, donde se sentó en una mecedora que miraba al frente a esperar al vehículo que vendría a recogerla.

El sol había salido con timidez esa mañana, pero a esas horas ya se había desecho de las nubes que aún quedaban como rastro de la tormenta del día anterior, y lucía radiante en el cielo. Jorie Sue dejó que caldeara su rostro, cerrando los ojos, recordando cuando era solo una niña que jugaba sola a apretar mucho los párpados mientras miraba al sol, para ver sombras de color rojizo frente a sus ojos

cerrados. Siempre le había fascinado ese poder tan enorme del sol, saber que, incluso cegándose uno mismo y privándose de él voluntariamente, podía colorear las cosas y borrar la penumbra y la oscuridad.

Era curioso el modo en que su mente volvía al pasado, con mucha más frecuencia desde que había escapado de la vida gris, a veces negra, que había compartido con Bobby Dean. Pensaba que era su propia limitación para ser feliz del todo, que le hacía volver a cuando lo pasaba mal, para recordarle que así eran las cosas, así habían sido siempre.

Ella nunca había sido una persona que se regodeara en sus lamentaciones porque creía, sinceramente, que eso no servía de nada. Ahora, sin embargo, algo le hacía recrearse en el dolor de no haberse sentido nunca parte de algo sólido. Su familia nunca fue suya desde que murió su abuela, y su matrimonio nunca fue nada más que una farsa orquestada para que Bobby Dean tuviera comida caliente en el plato y un cuerpo inerte sobre el que derramarse cuando no estaba tan borracho como para dormirse encima de ella, aplastándola con su peso muerto, apestando a sudor, a alcohol y a perfume barato.

En aquella plantación no había habido tampoco una familia funcional al modo ordinario, pero al menos nadie podía decir que se hubiera sentido como una posesión, como una criada al servicio de hermanos, padre o marido déspotas, violentos, egoístas y despreciables. Esa era la diferencia entre Troy Layton y sus disputas con su padre, y la carencia total de cariño en la vida de la niña perdida que siempre había sido, malviviendo únicamente para buscar desesperadamente ser amada.

Con el corazón encogido por la dolorosa realidad de esa incuestionable verdad, Jorie Sue ni siquiera se dio cuenta de que una de las camionetas del rancho había parado justo delante de la casa. Intentó serenarse al percatarse de que habían venido a buscarla y se incorporó con paso torpe de la mecedora. Sentía que, al levantarse de ella, dejaba allí a la mujer sufridora por la que había estado penando hasta ese momento. Y se levantaba otra Jorie, la que tenía que fingir que todo aquello estaba bien, que ella seguía pudiendo con todo.

El castillo de naipes estuvo a punto de derrumbarse cuando comprobó que, quien abría la puerta del vehículo y se acercaba a ayudarla con todo lo que había que cargar en la camioneta, no era otro que Colton Layton. Caminaba a su encuentro dentro de unos vaqueros que se le resbalaban por sus estrechas caderas y una camiseta blanca con manchas, fruto del trabajo físico, que se le pegaba al cuerpo de una manera que le recordó al Stanley Kowalski de *Un tranvía llamado Deseo*, cuando este se vistió con la piel y el aspecto brutalmente sexy de Marlon Brando.

El hijo rebelde, el que no seguía los protocolos, se metía en líos, fumaba marihuana y había intentado quitarse la vida. El niño que no sabía cómo ser un hombre y se desesperaba y amargaba, el que la arrinconaba, la asustaba y hacía que se olvidara hasta de pensar. El que despertaba en ella una especie de ternura disfuncional y singular que no sabía cómo gestionar.

Sintió un escalofrío al instante, muy diferente al que había sentido en la cocina, ante el roce de los dedos de su padre sobre la nuca desnuda. Tan distinto que no entendió cómo era posible que la sensación fuera, en realidad, tan extrañamente parecida.

—Deja que te eche una mano con eso —dijo apresurándose a coger las cestas de la mano de Jorie Sue.

La caballerosidad sureña, esa que aún consideraba un acto de cortesía tratar a las mujeres como si fueran de porcelana, incapaces de sostener dos cestas cargadas de bocadillos… Era curioso comprobar cómo muchos hombres aún se guiaban por esos preceptos, cuando en casa luego eran unos maltratadores y unos auténticos parásitos, que no entendían para nada en qué consistía realmente ser cortés con una mujer.

Jorie apartó de un manotazo mental sus pensamientos sobre el tema, que sabía que solo eran distracciones y trampas que su propia mente colocaba para evitar abordar el asunto principal de la mañana: compartir vehículo con Colton Layton hasta *Higher Ground*.

—Gracias —musitó en cuanto las manos del muchacho le arrebataron las cestas.

No se atrevía a ir más allá.

Mientras él colocaba los bultos en la parte de atrás de la *pickup*, Jorie se dio prisa en abrir la puerta y tomar asiento en el puesto del copiloto. Si la cortesía sureña se extendía más allá de las cestas, lo siguiente hubiera sido abrirle la puerta y no estaba dispuesta a pasar por eso.

Lo esperó paciente a que volviera a subirse al vehículo mientras miraba muy seria al frente y se hacía promesas férreas de no caer por tercera vez en los juegos mentales del muchacho. Había sido presa de ellos en las escaleras de la casa al conocerle y el día anterior, en los establos. Eso era todo cuanto estaba dispuesta a concederle de ventaja. Desde ese momento, las riendas de su extraña relación las llevaba ella. O al menos, eso es lo que trató de decirse a sí misma en un intento desesperado por convencerse de ello.

—Mi padre me ha enviado a buscarte —dijo en un tono neutro que satisfizo a Jorie. Un tono neutro estaba bien. Un tono neutro no entrañaba peligro ni le hacía flojear las rodillas de puro miedo.

—¿No había nadie más? —preguntó ella imprudentemente, sin medir las consecuencias de esa cuestión soltada a bocajarro y sin

pensar. Se hubiera dado de cabezazos contra el salpicadero de la camioneta.

Él esbozó una sonrisa de lobo antes de encogerse de hombros y arrancar de nuevo el vehículo. Jorie Sue quiso que la tierra se la tragara en ese preciso momento.

—Seguro que lo había —contestó con desdén—. Siento que no te agrade la elección, pero las cuentas las arreglas con él.

Jorie supo que acababa de meter la pata y no pretendía eso. Quería hacer las paces, llegar a una tregua, alcanzar una entente cordial con el muchacho. Si con su hermana eso parecía imposible, quizá, razonando con Colton, lo suyo no sería incómodo nunca más. Tenía que haber un modo.

—No pretendía decir eso… —intentó excusarse para sentirse mejor.

—No, seguro que no.

Jorie no supo qué más añadir y permanecieron en silencio algunos segundos, hasta que la camioneta enfiló el camino de los cultivos del norte, donde la mayoría de los obreros trabajaba ese día. El terreno estaba cubierto de charcos que la tormenta había dejado a su paso, así que el trayecto se preveía que duraría más que cuando Dixon la llevó hasta allí, buscando a Cricket.

Al pasar cerca de las casas de los jornaleros se veía apenas un leve movimiento de vida. La mayoría de ellos habían enviado a sus familias al otro lado de la frontera, evitando males mayores. Mejor era que solo uno se la jugara, mientras los demás esperaban a que se calmaran las cosas y tuvieran su vida de vuelta. Era por eso por lo que las casas parecían muertas, abandonadas, sin apenas vida. No había niños jugando, no había hombres y mujeres haciendo sus quehaceres y disfrutando de la vida social… solo había obreros en los campos, varones todos, que llegaban a casa y apenas tenían ganas de nada más que no fuera saborear la amarga soledad que esa estúpida ley de inmigración les había obligado a abrazar.

—¿Qué tal estás? —inquirió ella tras el silencio, como impelida a hablar para solucionar su última y desafortunada intervención.

—Muy bien, gracias —contestó él con sarcasmo, sin desviar los ojos del tortuoso camino que los acercaba a su destino.

—No te creo.

—Es tu problema.

—No, es nuestro problema.

—Estás loca.

—Y tú, totalmente a la deriva.

Colton paró el coche bruscamente. Respiró hondo y se giró de cara a ella, con sus ojos de fuego helado llenos de una rabia que antes nunca había estado ahí, al menos no para ella. Jorie se estremeció y hasta tuvo miedo. Solo un instante, se diría después, pero tuvo que

confesarse que lo sintió de verdad.

—Te dije ayer que no jugaras a psicoanalizarme ni a meterte en mi vida —siseó con los dientes apretados—. ¿Es que acaso estás sorda?

—No…

—No ¿qué?

Silencio. Silencio sordo martilleando sus oídos. Y dolor. Mucho. Por su tono, su rabia, sus ojos centelleantes y su corazón latiendo a mil por hora. El de ella también.

—No ¿qué? —volvió a preguntar él respirando con dificultad, alterado como nunca antes le había visto y levando la voz hasta casi convertirla en un grito.

Jorie Sue comprendió, demasiado tarde, que había despertado un sentimiento demasiado oscuro, y que era mejor retirarse, lamerse las heridas, dejarle en paz, tal y como no se cansaba de pedirle. Se odió por no haberse mantenido fiel a su propósito de sostener ella las riendas, porque aquello se le acababa de escurrir de las manos. Estrepitosamente.

—Lo siento —susurró ella, en el límite de la audición humana.

—No te he oído.

Silencio.

—¡No te he oído! —le gritó él fuera de sí, inclinado sobre ella con una actitud amenazadora que le robó a Jorie Sue hasta el color de la cara y el aliento.

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento…

Colton se quedó petrificado mirándola. En sus ojos había confusión, hasta que entendió que la había presionado demasiado.

—Lo siento, lo siento, lo siento, lo siento… —Jorie lo decía en cadena, sin apenas respirar, como si se tratara de una plegaria, una oración, su penitencia. Y le miraba a los ojos, con una lágrima resbalándole con su rostro contraído por una pena que le nacía tan de dentro, que no sabía ni siquiera el origen que la había hecho germinar y anidar en su interior.

La furia pareció abandonarle, sustituida por un terror absoluto que desdibujó su mirada. Seguía inmóvil, se convirtió en una estatua que incluso dejó de respirar. Hasta que subió su mano, con lentitud y ternura, y la posó en su mejilla, limpiando esa lágrima de la que se sentía responsable.

—Pequeña Ava —musitó acongojado, mirándola de frente, con la certeza de que algo se había roto dentro de ella.

Jorie Sue abrió la puerta del coche y se bajó. De pronto, notaba que le costaba respirar y que necesitaba oxigenar sus pulmones con el aire limpio del exterior. Si se quedaba más tiempo en ese coche, junto a él, iba a morir ahogada.

Dio tres pasos para separarse de la camioneta, buscando poner

distancia entre ambos, una distancia física y emocional que le devolviera la calma que acababa de entregarle. No entendía su reacción, por qué le había molestado hasta hacerlo rugir. Por qué esas intenciones malsanas de provocarlo y sacarlo de sus casillas. Entendía que tenían un problema y que, quizá, fueran sus propios miedos los desencadenantes de tanta tortura emocional.

Lo sintió tras ella apenas un minuto después. Colton le colocó una mano con suavidad en el hombro, pero Jorie Sue se deshizo con brusquedad de ella. No podía soportar su contacto en esos momentos, solo necesitaba volver a aprender cómo demonios se respiraba sin morir en cada exhalación.

—Pequeña Ava…

—No me llames así —intentó rescatar su voz del ahogo, sin dejar de buscar el aire que no le llegaba a los pulmones.

Se secó las lágrimas rebeldes que no había podido sujetar dentro de sus párpados y se convenció de que había recuperado el control de la situación. Había vuelto el aire a llenarla por dentro y el convencimiento de que aquello había que solucionarlo de una vez por todas. Al fin y al cabo, Colton no era Cricket. Colton no tenía nueve años y, a todas luces, era un joven adulto con el que podría razonar y, con suerte, llegar a alguna clase de pacto de no agresión mutua.

—¿Por qué contigo tiene que ser todo tan complicado? —preguntó cuando, por fin, se creyó preparada para enfrentarse de nuevo a él—. ¿Por qué toda esa intensidad, Colton? ¡Dios, me robas hasta la capacidad para respirar!

El muchacho acusó el golpe. Dio un paso hacia atrás, dibujando en su rostro el dolor que sus palabras le causaban. Y ahí estaba, justamente ahí, la intensidad desbordante de su gesto, de esa pena y de esa manera de sentir las cosas. Jorie Sue quiso aplacar sus reservas y volver a ser quien deseaba salvarle. Solo debía sacarse de dentro las dos o tres cosas que ya no podía callarse delante de él.

—Si supieras las ganas que tengo de ayudarte…

—Apenas me conoces, ¿y quieres ayudarme? —contestó Colton a la defensiva, incrédulo—. Estás loca, pequeña Ava.

No dijo su nombre como las veces anteriores. No lo dijo masticándolo, con la intención incitadora del que quiere devorar a una presa acorralada. Lo pronunció despacio, con un atisbo de afecto, con una sencillez que no implicaba ninguna otra intención. Y aquello fue tan diferente, que Jorie Sue lo comparó con los rayos del sol saliendo tímidamente después de un día oscuro y tormentoso.

—¿Qué más debo conocer para prestarte mi ayuda? —dijo con una inocencia que sacó la sonrisa más hermosa que había visto nunca en el rostro de Colton.

—Todo.

—Colton…

—Será mejor que te guardes el esfuerzo, ¿no ves que no hay nada que hacer?

A Jorie Sue se le rompió un poco el corazón ante el conformismo pesimista de él. ¿No se daba cuenta de que era apenas un niño y que era absolutamente antinatural que hablara como lo hacía? ¿Que esa negrura que lo envolvía solo significaba que la ayuda que ella le ofrecía era tan necesaria como el aire que le había faltado en los pulmones solo unos segundos antes?

—Colton, sé la razón por la que estás aquí —admitió en un susurro, procurando no asustarlo.

El muchacho la miró un instante con el pánico pintado en los ojos, pero apenas duró un suspiro. Se recuperó del golpe con asombrosa rapidez y, para sorpresa de Jorie, no se puso a la defensiva, actitud que bien podría esperarse viniendo de él.

—Así que sabes que estoy completamente jodido —respondió desalentado.

—Sé que necesitas encontrar razones para quedarte y quiero ayudarte a encontrarlas.

La miró sin saber qué añadir. La verdad es que se le veía descolocado y sin palabras con las que continuar esa conversación que, desde el primer minuto, era como Jorie Sue describía: intensa por demás.

—Lo único que necesito es que no se me recuerde a cada minuto que soy desastroso —se quejó con voz lastimera, empezando a caminar hacia la camioneta de nuevo. Parecía un niño pequeño, contrariado, sin saber cómo actuar realmente.

Jorie Sue le siguió. Si acababa de huir de allí ella misma, ahora le tocaba hacer el papel de perseguidora. Sabía que valía la pena intentarlo, así que estaba dispuesta a jugar todas sus cartas en esa partida.

—Colton, no eres desastroso —le aseguró, alcanzándolo—. Eres solo un crío. Uno que está perdido, nada más.

Se revolvió de cara a ella, se puso muy cerca, a apenas unos centímetros, y levantó un dedo para apuntarla, antes de rebatir sus argumentos. Jorie Sue se preparó para recibir otra descarga de rabia.

—No soy un crío. A mi edad mi padre ya me tenía, había desafiado al suyo, se había alistado, luchaba una guerra estúpida y a todo el mundo le parecía bien cada cosa que hacía.

—Míralo de otro modo, Colton —dijo Jorie con una confianza aplastante—. Tú padre se fue y nadie fue a buscarlo. Él ha ido a por ti, te tiene a su lado. Piensa en eso.

—¿Crees que eso es una respuesta? ¡Vamos, Ava! Sabes que me tiene a su lado solo para machacarme más y no dejar que me olvide de

que he fracasado.

A Jorie Sue se le clavaron esas palabras en la mente. Sabía que, pasara lo que pasara, jamás iba a olvidarlas mientras viviera. Sobre todo, por el tono lastimero, de auténtico cachorro abandonado, con el que las había pronunciado. Sintió una lástima tan grande en el centro de su pecho que, de haber estado segura de que él no la fuera a rechazar, lo hubiera acogido en sus brazos, donde le tendría preparado un refugio, una casa segura donde no dar pábulo a toda esa colección de sentimientos negativos, de baja autoestima y pesar que hacían que se le abrieran las entrañas.

—Me da tanta pena que pienses así —le confesó abatida—. Si solo hablaras con tu padre… Si os sentarais los dos y ambos pusierais de vuestra parte, todo sería infinitamente más sencillo.

—¿Eso crees?

—Tú padre quiere ayudarte, de corazón.

—Ya estás otra vez de su parte, defendiéndolo… —Su tono de voz expresaba lo dolido que estaba por eso, como si lo estuviera traicionando, como si no pudiera pretender ayudarlo dándole también la razón a su padre. Como si fueran cosas excluyentes que no pudieran considerarse dentro de la misma cuestión.

—Estás equivocado, Colton —intentó convencerlo—. Cuando le dije que la pelea no la empezaste tú…

—¿Le has contado eso? —preguntó con los ojos desorbitados.

—Le conté que creía sinceramente que la culpa no había sido tuya.

—Eso ya se lo había dicho yo, pero me hizo más caso Aaron que él, y solo porque quería construir el caso ante los tribunales a partir de algo que me exculpara —agregó lacónico—. No te equivoques, pequeña Ava, por mucho que le dé la verdad en las narices, mi padre es incapaz de verla si esta dice que yo no tuve nada que ver. ¡Y solo me estaba defendiendo, joder!

Le dio una patada al suelo, mezcla de rabia y frustración. De nuevo pareció más un niño pequeño agraviado que el adulto que se creía que ya era. Y otra vez quiso abrazarlo para consolar esa parte contrariada y que se negaba a ver que las cosas no se arreglaban sin ceder un poco antes de recibir nada.

—¿Por qué eres tan testarudo? —acabó por reprocharle con la misma frustración que él demostraba.

—Siempre lo he sido —dijo Colton, sonriendo sin malicia—. La verdad es que no creo que te vayas a encontrar con nadie más cabezota que yo en toda tu vida.

Rieron ambos, se había distendido el ambiente. Aquella conversación estaba resultando ser una montaña rusa de emociones que Jorie Sue no estuvo segura de poder seguir soportando. La tensión había sido abrumadora. Ahora, aflojando la tirantez del momento,

parecía que aquello había pasado cien mil años atrás.

—Volvamos al coche —pidió ella—. Creo que con tu cabezonería y la mía luchando a muerte, no vamos a sacar nada en claro.

Colton asintió y le abrió la puerta, tal y como Jorie Sue había temido que hiciera al subirse a la camioneta la primera vez. Le hizo un gesto de agradecimiento y se instaló en el cómodo asiento del copiloto. Necesitaba aclarar sus ideas y llegar al fondo del muchacho. Necesitaba dar un volantazo y sacarlos de la carretera de la indiferencia donde él parecía sentirse tan condenadamente a gusto. Así no se iba a solucionar las cosas.

—Dime, Colton —preguntó Jorie, cambiando de tema para ayudarle a relajarse del todo—. ¿Qué cosas te gustan aparte de meterte en peleas, odiar a tu padre y hacerme llorar? Ah, y no menciones los cómics de *Star Wars*, que eso ya me lo sé —añadió guiñándole un ojo.

—¿Por qué me lo preguntas? Veo mucho interés… —bromeó y Jorie pensó que esa batalla se la apuntaba ella. Que sonriera era la prueba final de que ella había ganado.

Colton puso de nuevo el coche en marcha y, esquivando algunos charcos que plagaban el camino, puso rumbo a su destino con un humor muy diferente al de hacía solo unos minutos.

—Claro que tengo interés —afirmó ella—. Has dicho que debo conocerte mejor para ayudarte. Me apetece conocerte, si me dejas.

El muchacho guardó silencio unos segundos, sopesando sus palabras. Por un momento, Jorie Sue temió que volviera a retraerse, a encogerse sobre sí mismo, a perderlo de nuevo, pero, por alguna extraña razón, esa vez Colton decidió quedarse en terreno seguro y no se deslizó hacia el lado oscuro. Jorie se regodeó en ello, saboreando la sensación de victoria.

—No te equivoques conmigo, guapa, me gusta todo lo que tiene que ver con *Star Wars*, no solo los cómic —empezó él, aflorando una sonrisa tontorrona en los labios de Jorie Sue—. También me gusta el karate. Hasta los catorce años pensé en que podría ser profesional. Pero me desgarré los ligamentos jugando al fútbol en plan bruto en el colegio y se acabó el sueño. Aunque ahora creo que es mejor que pasara, porque no me veo aguantando esa vida tan dura. Me gusta jugar al *Scrabble* y al *Street Fighter*, emborracharme solo y ver pelis de Jean Claude Van Damme. Me gustan los guisos de Vera, que me saben a infancia y que me traen los mejores recuerdos de este lugar. Me gusta charlar con Martha, sobre todo por la noche, cuando ya nadie espera que aparezca, yo voy y nos tiramos horas y horas hablando. Me gusta conducir deprisa, no se lo digas a mi padre porque entonces no me dejará volver a tocar un volante. Me gusta Cricket, aunque últimamente no nos hayamos visto mucho, yo aquí, ella en el internado… y me gusta que estés aquí, mucho, porque creo que nos

haces mucha falta, aunque yo me empeñe en no hacerte sentir a gusto.

Se emocionó al escucharlo. Le entró una repentina congoja al oírle decir esas palabras, más cuando la incluyó a ella, que no se lo esperaba y jamás lo hubiera dicho. Le sonrió aguantando las lágrimas de alegría y se serenó para seguir indagando.

—¿Y pescar?

—¿Qué?

—Que si te gusta pescar.

—Pescar… —dijo Colton sopesando la palabra—. Hace mil años que no voy a pescar. Antes, cada verano, íbamos a la casa de Dauphin Island y mi padre sacaba casi a diario el velero, su pequeño tesoro, el Shelby II. Desde hace tres o cuatro años, ni siquiera salimos de la plantación en todo el verano. A veces lo echo de menos, y otras… hasta se me olvida que antes hacíamos cosas diferentes.

—Cambiar a veces nos da otra perspectiva…

—Sí, pero otras muchas nos deja sin cosas que formaban parte de nosotros y a mí eso me da hasta pena. Sobre todo por Cricket, porque ella no está creciendo con las mismas cosas que hice yo.

Guardaron silencio unos segundos mientras seguían avanzando por el camino embarrado. A la derecha se podían ver los restos calcinados del almacén que había ardido a manos del pirómano, según había sabido por el sheriff Cranston, y Jorie cerró los ojos instintivamente, sabiendo que ese fuego podía complicarle la vida al meter el suyo propio en el mismo saco.

—¿Y a ti? ¿Qué te gusta? —La voz de Colton le hizo abrir los ojos de golpe. No esperaba la pregunta, no estaba acostumbrada a que la cuestionaran con cosas tan banales, tan normales. Y para ella, cualquier cosa normal, era motivo de alegría.

—A mí me gusta el verano, leer durante horas y que a la gente buena le pasen cosas buenas.

—Qué sencilla —dijo Colton con una admiración sincera que la hizo sonreír.

Al cabo de solo un minuto, Colton detenía la camioneta junto a los otros vehículos de la finca. El trayecto se había acabado y, pese a la tensión y el desgaste emocional, parecía que había tenido recompensa al final. Se miraron un instante y asintieron ambos, convencidos como estaban de haber superado esa prueba infernal. Con nota.

Cuando Jorie Sue desvió la mirada de sus ojos, para buscar a Troy en medio de aquel ambiente de trabajo frenético, no le costó mucho tiempo encontrarlo, pues estaba hablando con un hombre corpulento y que Jorie nunca antes había visto en su vida. No parecía una conversación muy amistosa y confirmó que no lo era en cuanto Colton vio lo que ella estaba mirando.

—Mierda —musitó apretando los dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó Jorie Sue asustada, con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—Es Phillip Redman —dijo señalando a su padre y al hombre con el que hablaba—. Y no puede traerle nada bueno hasta aquí.

Bajó de la camioneta con decisión, como si pretendiera rescatar a su padre de las garras de aquella persona, y echó a andar en su dirección. Jorie Sue se dio prisa en seguirlo, si se olían problemas, prefería no estar lejos de los hombres Layton. Por lo que pudiera pasar.

—...Y sigues sin dejar de decir esas cosas —estaba diciendo Troy a Phillip Redman con un tono hastiado y con un profundo enfado poseyéndolo todo—. ¿Tú te escuchas?

—Es un hecho probado que has estado intentando robarme a mis jornaleros desde que todo este lío comenzó. ¿O es que crees que soy idiota y no me doy cuenta?

—Que tus trabajadores piensen que eres un explotador que les paga una miseria por reventarles en el campo y que piensen que hay opciones más dignas, no implica que te robe nada. —La furia rondaba los ojos de Troy, que mantenía contraídos los puños, gesto que Jorie Sue temió, por si le daba por soltarlos y liarse a puñetazos con el señor Redman.

Jorie Sue cayó en la cuenta de lo que pasaba allí. Esa misma mañana, en el desayuno, Troy había dicho que, quizá, ese día, llegarían más hombres para trabajar en la plantación. Sin duda era de esos hombres de los que iba toda esa conversación a gritos, todas esas ganas de machacar al otro, sin piedad, sin cuartel. Parecía una guerra antigua, que traía heridas sin curar de antaño. Como si de frente anduvieran peleando Capuletos contra Montescos en una lucha irreconciliable que durara generaciones enteras.

—Sois todos iguales, Layton, todos desde tu abuelo. Unos aprovechados y unos manipuladores —escupió con desprecio Phillip Redman—. Y unos violentos —añadió con rabia señalando a Colton, de cuya presencia a su lado acababa de percatarse.

Troy también se dio cuenta de que tanto su hijo como Jorie Sue estaban tan cerca que era imposible ahorrarles la escena. Los miró como si fueran las dos últimas personas que desearía ver sobre la faz de la tierra y volvió a la carga, para defenderse ante los ataques de su adversario. Jorie se temió cuáles fueran a ser sus próximas palabras, recordando las que le había dicho sobre ella al sheriff solo para mantenerla a salvo de él. ¿Y si le daba por hacer lo mismo para proteger a Colton? Estaba segura de que el chico se lo tomaría como otro ataque y que no sería tan fácil convencerle de lo contrario, como había ocurrido con ella.

—Deja al muchacho fuera de esto, Redman —pidió con la voz

tomada por la más absoluta de las determinaciones, mientras Jorie Sue contenía el aliento de un modo que casi le roba el aire—. Los tribunales decidirán la condena que merece mi hijo, pero yo que tú iba preparando un buen abogado para contraatacar, porque no voy a permitir que tu gente no solo provoque a Colton, sino que le intentéis cargar el muerto a él solo porque tuvo la osadía de plantarles cara a tus chicos, y salir mejor parado que el terrorista de tu hijo.

Phillip Redman se quedó sin argumentos, pero Colton Layton casi se desmaya al escuchar hablar así a su padre. Como si se le hubiera concedido alguna clase de deseo largamente acariciado, su semblante estaba tan emocionado que Jorie Sue no se hubiera sorprendido de haber visto caer lágrimas, o directamente sollozos, de esos ojos anegados de sentimientos encontrados. Sonrió con dulzura al mirarlo, tan tierno, tan vulnerable, y desvió sus ojos hacia Troy, al que quiso besar en ese mismo momento, tan valiente y tan bravo para defender a su hijo, que nunca antes lo había visto tan sumamente arrebatador como en ese preciso instante.

—Estás loco, Layton —dijo Phillip Redman con una rabia contenida que amenazaba con explotarles a todos encima de la cara—. Y lo vas a pagar muy caro, créeme. Vas a tener que ver a tu hijo a través de los barrotes de una prisión muchos años… y te lo tendrás bien merecido.

Se dio la vuelta con una falta de mesura considerable, dejando en el ambiente la amenaza que a todos les tocaba el corazón. Había conseguido que casi todos los hombres que estaba allí se pararan a mirarlos, los testigos de la conversación eran muchos y los ánimos enrabiados estaban en su máximo apogeo. Nada bueno podía salir de allí, salvo la lanza que Troy Layton había roto en defensa de su hijo.

Cuando el coche de Phillip Redman abandonó los campos de *Higher Ground* el ambiente estaba cargado de muchas cosas, todas ellas en su más intensa acepción: enfado, rabia, dolor, angustia… pero también perdón, amor, emoción.

Colton y Troy se miraban como si hiciera años que no se vieran. Y puede que así fuera. Puede que acabaran de dar el paso más importante de toda su vida, uno en dirección del otro. Y Jorie Sue rezó para que durara, para que no se entrometieran rencores viejos, acumulados, y ambos pudieran ponerse en marcha para resolver los cabos sueltos en la relación más importante de todas, la que les ataba a su propia historia y a su propia alma.

Capítulo 17
Trabajo duro

Los campos aún estaban bastante anegados cuando Phillip Redman se fue y dejó esas sensaciones intensas tras su marcha.

Troy Layton estaba como ausente, como en *shock*. Tardó unos segundos en volver en sí, antes de darse la vuelta e irse, dejando atrás a todo el mundo. Estaba claro que necesitaba un minuto para recuperar la serenidad que su vecino le había arrebatado con toda esa colección de improperios y amenazas que podían desestabilizar a cualquiera.

Jorie Sue sopesó la posibilidad de ir tras él, ayudarle a tranquilizarse o simplemente aguantar que él quisiera seguir gritando y desahogándose y no tuviera con quien. Pero, por alguna extraña razón, algo en su interior le decía que era mejor dejarle unos minutos en paz, a solas con aquello con lo que debía de estar lidiando en su interior.

Estaba segura de que la conciencia de Troy Layton se estaba debatiendo en esos momentos entre varias cuestiones y que no querría a nadie cerca mientras se volvía loco de preocupación. Decidió darle unos minutos, solo unos pocos minutos antes de acudir a rescatarle, para evitar que cayera en las fauces de la autocompasión, algo que en esa familia eran muy propensos a hacer.

Se acercó con cautela hasta el último coche aparcado en la fila de vehículos para comprobar que Cricket estaba bien.

La encontró jugando a un videojuego, concentrada y sin mucha conciencia del exterior que la rodeaba. Barajó la posibilidad de entablar algún tipo de conversación con ella, pero desechó rápidamente ese pensamiento, creyendo que era mejor no despertar al león dormido. No se creía preparada para recibir más desdén a manos de una cría a la que le costaba tanto llegar. No después de lo que acababa de vivir con Colton.

Así que la dejó tranquila con sus videojuegos y se prestó voluntaria para realizar cualquier labor para la que pudiera ser apta.

Los campos de algodón estaban preciosos. El blanco sedoso de las flores ya asomaba y, pese a la terrible tormenta del día anterior, muchas plantas habían aguantado el vendaval estoicamente. Aunque, ciertamente, no todas. Además, los cultivos estaban completamente anegados y daba toda la impresión de que la tierra sería incapaz de absorber toda esa humedad en siglos. Por eso, en algunos puntos de los campos, los hombres estaban instalando motores que, unidos a unas bombas especiales, conseguían ir eliminando poco a poco agua de los surcos, facilitando la oxigenación de las plantas de nuevo.

Eso sí, era un proceso arduo y costoso. Los motores precisaban de varios hombres para moverlos y el combustible que gastaban era mucho. El precio del algodón de ese año ya podía ser elevado para afrontar gastos extras. Eso sin contar que no todas las plantas serían cosechadas y eso significaba que el año no sería tan abundante y próspero en la recogida del algodón como había sido el anterior.

También vio que, ante la escasez de bombas de drenaje, muchos obreros estaban dándole al pico y al azadón, y estaban abriendo los surcos, para evacuar el agua. De eso sí había. Había mucha herramienta al pie del camino, así que a una señal de Colton, que sabía ya de qué iba eso, ambos cogieron una azada del montón y se acercaron a Dixon.

El capataz les indicó una zona en la que podrían trabajar, imitando el modo de hacerlo de los trabajadores de al lado. Jorie Sue nunca había trabajado en el campo. Su padre se había dedicado a la chatarra y a vivir de las ayudas sociales, y Bobby Dean echaba una mano a un contratista, le ayudaba a levantar paredes y a trabajar algo la madera. Así que esa era su primera relación con el trabajo agrícola y, de alguna manera, le gustó de una forma que no hubiera creído.

Se familiarizó pronto con la tarea, doblando los riñones, como decía Dixon, y dando golpes a la tierra húmeda, para abrir huecos por los que desaguar la humedad sobrante. No era complicado y hacerlo la llenaba de un sentimiento de comunidad que nunca había experimentado. Nunca había trabajado en equipo, nunca se había sentido parte de algo así, comunal y colaborativo. Y le gustó sentirse así, vaya que si le gustó.

Compartía surco con Colton, que estaba de un humor impecable, sonriente, jovial y bromista. Nunca lo había visto tan relajado y tan vital. Viéndolo así, jamás hubiera dicho que el muchacho arrastraba una compleja enfermedad que hacía que su equilibrio emocional pendiera de un hilo.

Trabajaron duro y a Jorie le encantó hacerlo. Cuando pararon a comer, notó que podría estar haciendo eso el resto de su vida y sonrió.

Pararon y se lavaron las manos con garrafas de agua limpia que habían llevado con buena previsión. Jorie Sue miró a su alrededor y comprobó que Troy no había regresado al trabajo y comprendió que la discusión con Phillip Redman le debía de haber dejado más tocado de lo que ella había imaginado en un principio.

Desoyendo la voz de su interior que le decía que debía quedarse para atender el reparto de la comida, por si hubiera dudas con el trabajo que había hecho en su preparación, echó a andar siguiendo el camino que Troy había tomado para huir de la escena y hallar una paz que necesitaba antes de volver al trabajo.

Se había alejado bastante más de lo que Jorie Sue hubiera

imaginado. Acabó por distinguirlo a lo lejos, en el granero ruinoso donde Dixon la llevó el día que creyó haber perdido a Cricket. Estaba sentado sobre un tocón de madera que, en otro tiempo, había servido para amarrar a los caballos, con la cabeza gacha, clavando sus ojos en la tierra. El cuerpo abatido, los hombros caídos, la actitud derrotada…

—Hola —susurró ella nada más alcanzar el granero.

Sabía que él la había sentido llegar, pero no hizo nada por hacérselo notar. Sin embargo, cuando escuchó su voz y notó el peso de su cuerpo acomodándose junto a él, levantó la cabeza y clavó sus ojos azules en los suyos. Volvía a haber tormenta en su interior, y conflicto, y sentimientos que batallaban unos en contra de los otros. Troy Layton volvía a estar triste y en tensión. Y Jorie Sue supo que le tocaba volver a rescatarlo para traerlo de nuevo junto a ella.

—Hola —dijo él en un hilo de voz, devolviéndole el saludo.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Se limitaron a quedarse el uno junto al otro, acompasando sus respiraciones. Jorie miraba al frente, al horizonte. Troy, al suelo, a esa tierra que lo mantenía atado de pies y manos, y que le procuraba tantas alegrías como decepciones.

—¿Tan malo ha sido? —preguntó Jorie con ternura—. ¿O es que acaso te estabas haciendo el interesante, esperando que una chica a la que le importas hiciera el esfuerzo de venir a buscarte?

No contestó de inmediato. Se limitó, por unos segundos, a esbozar una sonrisa triste que, sin embargo, le llegó hasta los ojos. Una de esas sonrisas que Jorie le buscaba sin cesar y de las que se felicitaba cuando conseguía arrancárselas.

—No ha sido fácil —concedió por fin—. Tampoco esperar aquí por la chica…

Rieron ambos tímidamente. A Jorie Sue el corazón le bailaba cada vez que él soltaba una carcajada, por pequeña que fuera. Se hubiera pasado la vida escuchando ese sonido, hubiera sido la banda sonora perfecta para disfrutar el resto de su existencia.

Después de la risa volvió el silencio. Jorie estaba empezando a acostumbrarse a estar con él así. A charlar, a compartir cosas, a ponerse trascendentales y a intercalar esos silencios que, casi siempre, decían más que una conversación entera. Los respetaba, los entendía, los disfrutaba. Los estaba empezando a necesitar ella también. Y a veces, como en ese preciso momento, la seguían desesperando, porque si él no hablaba, ella no sabía qué le estaba afligiendo, y desconocerlo la afligía a ella.

—Háblame, Troy —suplicó cuando ya no pudo más—. Dime qué te pasa.

Él aún se tomó unos segundos de silencio más, pero entendía que no podía dejarla así. No después de haber ido a buscarlo. No sabiendo

que venía a sostenerlo una vez más.

—Llevo semanas cuestionándome si hacía bien en recibir a los obreros de la plantación de Phillip Redman en estos momentos de necesidad de mano de obra —comenzó con la voz tan apagada que a Jorie Sue le costó entenderle al principio—. Me siento como un miserable por arrebatárselos a alguien que, como yo, está luchando una batalla cruel contra el tiempo, sin manos que le ayuden a cumplir los plazos que cada finca exige. Pero ese tipo no los trata bien, no les paga de acuerdo a su tiempo y sus esfuerzos y, al final, siento que debo garantizar a esos hombres y mujeres un mínimo de humanidad que, con Redman, no están consiguiendo.

—¿Y por qué te cuestionas si la única respuesta posible es la que ya te has dado a ti mismo?

—Porque sigo sintiéndome miserable… no importa lo que me diga, no importa lo que intente justificarme a mí mismo, sigo sintiéndome como la peor persona del mundo por hacer algo así.

Ahora fue Jorie la que tuvo que guardar silencio. Un silencio forzado porque necesitaba tiempo para hallar las palabras adecuadas que darle. Sabía lo que tenía que decir, pero no quería sonar condescendiente, no quería que él pensara que le estaba diciendo precisamente lo que necesitaba oír, porque eso no era lo que pretendía y no hubiera sido justo.

Miró al suelo, igual que hacía él, como intentando que le llegara la inspiración por ese medio. Pero no encontró nada que pudiera usar. Entonces lo intentó de otro modo. Soltó su mano del tocón donde se hallaban apoyados y la situó sobre la suya. Despacio, con tiento, intentando llegar a él sin sobresaltos, con la naturalidad del que busca al otro simplemente porque sí. Cuando él notó el primer roce de la piel de Jorie, levantó la mirada y la clavó en la de ella. Los dedos de la chica avanzaron y se enredaron con los de Troy, cálidos, fuertes, familiares, y entonces supo que no había respuestas correctas, que con él no valían las palabras adecuadas. Solo servía lo que le nacía del corazón, porque eso era lo único que él hubiera aceptado de ella.

—Quizá seas la peor persona del mundo por hacer algo así. —Las pupilas de Troy se dilataron al instante al escuchar esas palabras—. Pero esa gente ha venido aquí porque a ese señor no les unía nada, ni compromiso ni lealtad ni nada. ¿Crees que uno solo de tus hombres aceptaría hacer por él lo que los que antes trabajaban para Redman han hecho hoy por ti? ¿Crees que si les ofrecieran el doble del jornal que ganan contigo se irían todos con él? Alguno lo haría, porque el poder del dinero es muy fuerte, pero para muchos, para la mayoría, pesará más el poder de la lealtad, de lo que tú les inspiras, de lo que obtienen contigo, tu atención, tus formas, tu manera de tratarlos, considerarlos y cuidarlos… Eso no tiene precio, Troy. No lo tiene…

Acabó su discurso con un hilo de voz, agotada emocionalmente de decirle la verdad. No la que necesitaba oír, sino la verdad pura y dura, la que ambos sabían y compartían.

—Ava, las cosas no se hacen así —se quejó él sin mucha convicción. Parecía que aún necesitaba ratificarse más en su acción, como si no se acabara de creer que lo que había hecho no era tan abominable.

—¿Y cómo se hacen, Troy? ¿Cómo demonios se hacen?

—No lo sé… ojalá lo supiera —se lamentó casi sin fuerzas, volviendo a clavar sus ojos en el suelo, abatido y derrotado.

—Tú cuidas de esa gente —añadió Jorie tomándole el mentón para que la mirara directamente a los ojos—. Los cuidas porque te preocupas, y lo haces con todos nosotros, aunque a veces no te salga del todo bien. Nos das techo, comida, trabajo, afecto… apostaría a que ya te sabes los nombres de todos los que acaban de llegar. —Troy sonrió al escucharla, porque ambos sabían que así era—. Intentas que consigan sus papeles, que consigan la residencia, les haces la vida más fácil, los ayudas de tantas maneras que ni te imaginas. Y, a cambio, ellos te quieren y se quedan contigo. Aunque muchos se hayan tenido que ir por miedo, muchos otros siguen aquí. Y siguen aquí por ti, únicamente.

Troy la miraba como si fuera el ancla al que necesitaba asirse para permanecer a flote y no hundirse sin remedio. Apretó con fuerza y ternura la mano por la que estaban unidos y Jorie Sue dejó escapar el aire contenido de sus pulmones.

—Yo sigo aquí por ti…

Aunque no se lo había planteado hasta ese momento, supo que era cierto. Lo supo en cada célula de su ser. Seguía allí porque el escondite era perfecto. Porque sentía que allí tenía una misión. Porque no tenía ningún otro lugar a donde ir. Y porque estaba él. Quizá Troy no fuera su única razón, pero sí era una de muchísimo peso para seguir en la plantación y querer seguir estándolo.

La miró y ella desvió la mirada. Se había extralimitado y lo sabía. Se separó de él unos centímetros, poniendo entre ellos una distancia metafórica que, solo con llevarla a cabo, ya le dolió. No quería separarse, pero tampoco quería que pensara cosas raras. No quería que pensara que se estaba enamorando de él.

Troy, que parecía leer todos y cada uno de sus caóticos pensamientos, no dijo nada. Se limitó a mirarla, aunque ella no quisiera mirarlo a él. Y sonrió. Sonrió de una manera enigmática que parecía indicar que él sabía una cosa que ella desconocía.

—De todos modos, si llevo aquí tanto tiempo es porque no sé qué demonios hacer —confesó Troy, haciendo que la conversación girara de nuevo en torno a los motivos que lo habían mantenido tanto tiempo alejado de los campos. Debía de ser grave, pensó Jorie, porque

Troy Layton no parecía la clase de hombre que se agobia porque hay mucho trabajo, y luego se escaquea de cumplir con las obligaciones que ese trabajo trae consigo—. Me estoy cuestionando seriamente mandar a todas esas personas con Redman de nuevo.

—¿Bromeas? —exclamó Jorie sin poderse contener—. ¿Le estás dando vueltas al asunto de hacer que regresen después de darle vueltas al asunto de que se queden? Si les mandas de vuelta sabiendo cómo los trata ese tipo, sí que serás una mala persona, Troy Layton. Si les quitas esta opción después de ofrecérsela…

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que le quite las opciones a Colton por desafiar a un hombre en algo tan importante como esto?

Silencio. Más silencio. Esta vez espeso, viscoso, pesado, irrespirable. Un silencio que servía para que tomaran aliento. Para que Jorie Sue se horrorizara y, a la vez, admirara más a ese fascinante hombre que tenía delante. Para que Troy se volviera a quedar absorto en la mirada llena de angustia de ella… esa mirada que Jorie era incapaz de esconder y que decía tantas, tantísimas cosas…

—Colton es inocente —dijo como única réplica Jorie Sue, angustiada porque él no lo sintiera como lo sentía ella. Sin entender muy bien por qué, le soltó la mano, como si en ese momento fuera realmente incapaz de seguir unida a él.

—Lo sé —confesó Troy, y ella respiró con alivio—. Pero Redman tiene contactos. No quiero que Colton acabe en la cárcel por algo que hay entre ese hombre y yo. No sería justo. Ni sería conveniente. No duraría ni un mes antes de que intentara… ya sabes.

No hacía falta completar la frase para saber lo que Troy pretendía decir. La insinuación valía para que Jorie Sue se imaginara al muchacho solo, más triste que nunca, con más ganas que nunca de volver a intentar acabar con todo. No, es verdad que esa no era una opción. Pero Jorie, por alguna estúpida razón, no veía el problema. Ella creía que un inocente no podría ir jamás a prisión y Colton lo era… ¿dónde estaba el problema?

Miró a lo lejos, dejando vagar sus ojos a lo largo de los campos de algodón de la finca. Vio belleza, verdad, vida… vio cosas hermosas a las que ella nunca había tenido acceso, y se preguntó cómo era posible que eso le estuviera pasando a ella. Cómo es que había dado con ese lugar y esas gentes que, pese a hacer bien poco que los conocía, ya se le habían metido muy dentro, bajo la piel.

El viento era suave, y el día se había quedado realmente precioso después del paso de esa tormenta fugaz. Los campos verdes y blancos eran un escenario perfecto para esa jornada de trabajo y confesiones. Pero Jorie Sue sabía que algo se le estaba escapando. Troy Layton se abría con ella, era algo que había comprendido ya la primera noche de su estancia en la plantación, pero, por alguna razón, él era incapaz de

abrirse a sí mismo, a darse treguas, a dejarse llevar soltando el lastre de sus fantasmas.

—Creo que deberías confiar más en las posibilidades de tu hijo —dijo Jorie Sue con calma. A continuación, se bajó del tocón y se alejó unos pasos de él.

La distancia que interpuso entre ambos le produjo un dolor casi físico, como si estuviera cortando un hilo invisible que los había unido hasta un minuto atrás. Troy también debió de notarlo, porque sus hombros se abatieron, mostrando una nueva derrota en todo su cuerpo.

—No me la puedo jugar, Ava —suspiró sin poner barreras a su lamento—. Si lo condenan por haber hecho esto, nunca me lo perdonaré.

—Si despides a esos hombres que acaban de llegar y los condenas a volver a un sitio donde no les tratan bien, tampoco podrás perdonártelo y lo sabes —replicó ella con dureza—. Hagas lo que hagas, creo que no podrás dormir por las noches. Y bajarás de nuevo al salón, a las sombras, a beber hasta perder el sentido o hasta que yo aparezca y descargues toda tu culpa y tu dolor en mí.

Lo dejó sin aliento. Lo golpeó sin tocarlo, lo hundió sin ni siquiera pretenderlo. Le acababa de dar donde más escocía y ella era consciente de ello. Dolorosamente. Pero ¿qué más podía hacer si no era despertarlo, aunque se odiara por los métodos crueles para conseguirlo?

—Quería disculparme por acorralarte aquel primer día —dijo él con la voz rota, tras unos segundos de silencio luctuoso entre ambos—. Esa noche no estaba bien y yo no suelo actuar así con mis trabajadores. Fue una falta de profesionalidad imperdonable y te ruego que aceptes mis disculpas.

Ahora el golpe lo recibía ella. Que la tratase de mera trabajadora la colocaba en una situación muy penosa. Ella, estúpidamente, nunca se había considerado así, y ahora, esas palabras lanzadas a bocajarro por Troy Layton, el señor Layton, le hacían ver lo equivocada que estaba, lo especial que se había sentido sin llegar a serlo en ningún momento. Y se sintió estúpida. Estúpida por sentir, por dar, por aceptar migajas, por desear ser parte de algo que lo integrara a él… estúpida por estar tan cerca de empezar a enamorarse de él.

Quiso desvanecerse como una columna de humo barrida por la brisa, como una brasa consumida por las llamas, como una gota de agua evaporada por un sol inclemente. Quiso estar muy lejos de allí, de él y de todo cuanto tenía que ver con ese hombre que había puesto su mundo patas arriba. ¿Qué había pretendido al acercarse a él? ¿Que le entregara su corazón solo porque había dejado que la besara en la cocina y le hubiera despertado las sensaciones más hermosas en su

piel y en su cuerpo la tarde anterior, bajo la tormenta? ¿Que lo dejara salvarlo para sentirse útil, amada e integrada en algo que ella nunca había tenido? ¿Que la tomara tal y como era, sin preguntas, sin pasado, como si Jorie Sue realmente nunca hubiera existido?

Pensó por un segundo, un doloroso instante, que jamás se habían conocido y, de ese modo, amar era condenadamente complicado. Así que quizá ella no estaba empezando a sentir cosas, y era todo un truco de su mente, que había entendido mal todo ese asunto desde el principio.

—Disculpas aceptadas —contestó sin mirarlo a los ojos, intentando que el dolor no engolara sus palabras—. Está usted disculpado, señor Layton.

Y echó a correr de vuelta a los campos de algodón donde estaban drenando el agua de la lluvia, intentando que las lágrimas no la cegaran y le permitieran ver el camino de vuelta con claridad. No hizo caso de su llamada, de Troy Layton gritando su nombre y echando a correr tras ella. No hizo caso de su corazón enloquecido, de sus ganas de volver y refugiarse en sus brazos, en su boca, en el hueco de su pecho que soñaba conquistar. No quiso hacer caso de nada que no fuera ella huyendo de allí, intentando buscar fórmulas para matar el dolor y olvidarse de lo que acababa de pasar y sentir.

Pensó que eso debía de ser lo que suponía que te partieran el corazón, pero no estuvo segura del todo, porque nunca le había pasado. Bobby Dean nunca lo había poseído de un modo tan intenso como para que tuviera ese poder sobre ella, así que desconocía si esa sensación de quemazón y vacío, ese peso muerto que parecía una piedra abrasadora en el centro de su pecho, era un corazón roto. Supuso que sí, porque ciertamente así se sentía, como si se hubiera desgarrado por dentro y le hubieran arrancado un órgano vital de su interior.

Cuando él por fin la alcanzó (estaba claro que él era más rápido que ella, pero que había tardado demasiado en reaccionar a sus palabras y a sus ojos llenos de dolor y miedo), los campos de trabajo llenos de gente estaban a solo unos metros. Si alguien se dio cuenta de que pasaba algo entre ellos, nadie hizo nada ni dejó sus labores por dedicarles su atención. Pese a todo, ninguno de los dos se sentía cómodo haciendo eso tan cerca de los demás.

Él la tomó del brazo para hacer que parara. Su agarre fue firme pero delicado, y estaba claro que su último deseo era lastimarla, más. Jorie Sue no opuso resistencia. Una parte de ella lo detestaba profundamente por haber dejado que empezaran a pasar cosas dentro de su corazón con respecto a él. Otra, no podía evitar que quisiera que esas cosas permanecieran ahí, y que él las agrandara, que la volviera a besar y a acariciar como si fuera la única mujer sobre la faz de la

tierra.

—¡Joder! —gritó de forma contenida, para que nadie más que él en aquellos campos pudiera escucharla—. Deja de buscarme, Troy Layton, o voy a acabar por morirme.

Él la soltó despacio, subiendo las manos en actitud de paz, de no agresión, pidiéndole solo un minuto de su tiempo, un minuto con sus sesenta segundos para intentar arreglar lo que acababa de romper.

—Ava —comenzó con tiento, sabiendo que debía manejar su discurso de forma correcta si no quería volver a perseguirla entre los cultivos—. Ava, perdóname. Perdóname por todo, pero sobre todo por hacerte pensar que no me importas. Porque no es así. No sé qué me pasa últimamente, estoy hecho un auténtico lío. Y tú no ayudas… joder, no ayudas en nada.

Ella estuvo a punto de girarse y volver a seguir su camino. Desde luego, no se esperaba que la hubiera detenido para echarle encima aún más reproches y abrirle de forma más dolorosa la herida que acababa de infligirle en el centro de su corazón.

—Escúchame —la retuvo, tomándola de la mano, aunque ella la retiró bruscamente y no le permitió esas licencias, pese a que, al no permitirle tocarla, era ella quien más sufría de los dos—. Lo siento. Soy un estúpido y la he fastidiado.

Lo miró un segundo, dos, cinco. Lo miró intentando encontrar en él una verdad que, en el fondo ya sabía. Porque sabía que Troy Layton estaba disculpándose realmente, aunque a ella le siguiera doliendo el pecho, siguiera llorando y siguiera sin creerse que esas cosas podían pasar en un espacio de tiempo tan limitado como era un insignificante minuto y medio.

Jorie, sin embargo, se mantuvo firme, muda, distante. No se lo podía poner tan fácil. Y, además, tampoco le daba la gana. Ya estaba harta de dar tanto de ella a todo el mundo, para acabar pisoteada sin razón en cuando alguien decidía que eso era divertido, se lo merecía o simplemente era lo normal, como le pasaba con Bobby Dean, o solamente porque les entraba miedo, como acababa de pasar con Troy Layton.

—¿Te importo? —le preguntó entonces él, a bocajarro.

—¿Qué?

—Que si te importo… antes lo has dicho, pero quiero corroborarlo —le recordó él—. Cuando has llegado al granero me has preguntado si estaba esperando que una chica a la que le importase hiciera el esfuerzo de venir a buscarme. ¿Lo recuerdas?

El semblante de Jorie Sue se tiñó de un rojo intenso, presa de una vergüenza tan devastadora, que solo le hizo desear ser tragada por la tierra. Pero asintió, porque era verdad que lo había dicho y porque quería ver cuál era el argumento que él manejaba a continuación,

echando mano de esas palabras que ella había dicho, medio en broma, medio en serio, un rato antes.

—Pues tú me importas a mí —confesó Troy con un hilo de voz, con una pena desbordante en sus ojos azules y los hombros abatidos, como si cargara con todo el peso del mundo sobre ellos.

No supo qué decir. No quería añadir nada que frivolizara el momento o que le robara la sensación de euforia y miedo que la estaba devorando por dentro en ese instante. No sabía qué podía responderle a tal revelación, pero podía mirarle sin rabia, podía devolverle una mirada cristalina y limpia, sin rastro de odio, furia o dolor. Y eso hizo, lo miró como si no existiera ninguna otra persona en todo el mundo que lograra que ella se sintiera así.

Troy Layton no supo qué hacer a continuación, salvo imitarla, mirarla con una intensidad que iba más allá de todo lo razonable. Y Jorie Sue solo pensaba en lo guapo que estaba, en las ganas que le estaban entrando de besarlo y en lo enfadada que, de algún modo, aún se sentía con él por haberle roto el corazón tan fácilmente.

—Troy. —La voz de Colton llegó hasta ellos alta y clara, llamando a su padre, a quien se dirigía por su nombre de pila. Ninguno de los dos se había percatado de su presencia cerca de ellos, y ambos pegaron un pequeño respingo cuando lo notaron casi al lado—. Quería darte las gracias por lo que le has dicho a ese cabrón de Redman.

—Colton, eres mi hijo y no voy a permitir que Phillip Redman te amenace —dijo mirándolo de frente, con el ardor de la batalla pasada volviendo a refulgir en el azul de sus iris.

—Phillip Redman es un malnacido que se merece todo lo malo que le pase.

Jorie Sue tembló al comprobar la rabia que arrastraban las palabras de Colton. El verle tan contento después de que su padre diera la cara por él, había impedido ver que la actitud y las amenazas de ese hombre lo habían afectado de verdad.

—Puede ser, pero de momento ya tiene bastante con haber perdido parte de sus hombres hoy —intentó aplacarlo su padre—. Dejemos que las aguas vuelvan a su cauce, no queremos que se fije en nosotros más de lo normal. Recuerda que hay un juicio que tenemos que afrontar y la acusación depende de él.

Colton apretó la mandíbula y asintió de mala gana. Estaba claro que la aparición de Redman no le había sentado nada bien, aunque, para ser sinceros, le había reportado un acercamiento con su padre, y solo por eso ya podía decirse que inútil del todo no había sido.

Jorie Sue creyó conveniente distraer a Colton y volver a recordarle el sentimiento de complacencia que había sentido ante la defensa de su padre. Por eso, se volvió de cara a él y le propuso volver al campo, juntos. Quizá si empezaban de nuevo a abrir surcos en los cultivos



para drenar el agua, todo lo que les consumía y les ardía por dentro, podría aplacarse a golpe de azadón.

Capítulo 18
El peso del agua

Se propuso evitar a Troy Layton el resto del día.

Era más una cuestión de confusión mental que precisaba arreglar antes de volver a estar cerca de él, que por el mero hecho de repudiar una compañía que, en el fondo, no dejaba de desear.

Se fue con Colton a continuar trabajando en la tarea de drenar los cultivos y salvar la cosecha de algodón. Se había apurado tanto a aquella labor, charlando animadamente con el muchacho para hacerle olvidar la visita de Phillip Redman y sus amenazas, que ella casi había logrado enterrar su sentimiento de ahogo y abandono cuando creyó que Troy la tenía por una más de sus subordinados, alguien que no tenía ni un ápice de toque especial ni significaba mucho más para él que el obrero que se afanaba a su izquierda.

Trabajó tanto que, cuando dieron por concluida la labor en esa parte y el agua estuvo controlada y fuera de los cultivos, apenas se lo podía creer. Aún no era ni media tarde, así que lo habían conseguido y en tiempo récord, además.

Al acabar la jornada, se las arregló para no encontrarse con Troy y hacerse con un hueco en la camioneta de Dixon, colocando a su lado a Cricket pese a sus protestas. Ese día ya la había descuidado bastante y, le gustara o no a la niña, la vuelta la tendría que hacer con ella.

Con el gesto enfurruñado y pocas ganas de hablar, Cricket asumió su lugar, y se arrellanó en la parte de atrás del vehículo, con Jorie Sue justo a su lado. Los otros espacios y la parte dedicada a la carga estaban ocupados por jornaleros que volvían a casa tras la larga jornada de trabajo. La niña, que había apartado su videojuego porque se le había agotado la batería, miraba por la ventanilla, ajena a todo, o al menos, haciéndoselo creer a Jorie Sue.

—¿Qué tal te lo has pasado? —le preguntó, intentando un acercamiento que ya sabía fracasado antes incluso de iniciarse.

—¿Tú qué crees? —le contestó Cricket con su desdén habitual—. Vaya *planazo*, venir a los campos de mi padre a jugar al *Super Mario* durante siete horas seguidas.

—Al menos no me has tenido a mí encima todo el día —bromeó Jorie.

—Pues sí, en eso tienes toda la razón. Una cosa buena al menos.

Se sonrieron con tirantez unos segundos y luego, cada una volvió a lo suyo. Cricket, a ignorarla por completo, Jorie Sue, a buscar puentes que tender hacia ella para no perderla por completo.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —interrumpió su silencio tras varias millas concentrada en buscar algo interesante que decir.

—Puedes hacer lo que te dé la gana.

Jorie suspiró de pura impotencia. No sabía qué demonios tenía en su contra, pero estaba claro que era más poderoso que todos sus intentos juntos.

—Olivia, por favor —dijo su nombre de pila, por el que siempre la llamaba cuando estaba exasperada, cosa que era bastante habitual—. Solo quiero que me digas si echas de menos alguna cosa. Es una pregunta sencilla. ¿Cuándo vienes aquí hay algo que te gustaría hacer o ver de las cosas que habitualmente haces o ves en Inglaterra?

Aquella pregunta y, sobre todo, el interés que parecía absolutamente genuino de Jorie Sue por saber de sus carencias en Alabama, hizo que su semblante cambiara por un segundo. Jorie comprobó que, al menos, su pregunta no recibía su habitual indiferencia por todo lo que le proponía, y se felicitó por haberle hecho la cuestión. Aunque, para ser sincera, tampoco quería emocionarse mucho. A esas alturas ya conocía a la niña y cómo se las gastaba para dar una de cal y otra de arena, sin dar apenas tiempo para asimilar una y otra.

—¿Lo preguntas en serio?

—Claro.

—No sé qué demonios pretendes… —empezó un poco a la defensiva.

—Esa boca… —la atajó Jorie—. Y no pretendo nada. Solo charlar y conocerte un poco más y… bueno, si hay algo que desees y que solo puedas tener en Inglaterra, me gustaría saberlo para comprobar que no hay nada que podamos hacer para replicarlo aquí.

En el silencio que siguió, Jorie supo que la pregunta la tenía realmente atrapada, y que se debatía entre contestar y dejar libres sus deseos o guardárselos para darle con ellos en las narices a la entrometida de Jorie Sue.

—Aquí nunca he tenido un cumpleaños —dijo con sencillez, mirando por la ventana para no enfrentarse a la mujer y que ella pudiera ver la vergüenza que se pintaba en su rostro enrojecido—. Si pudiera traer algo de Londres a Alabama, traería mi cumpleaños.

—¿Cuándo es?

—El 7 de febrero.

—Y siempre lo pasas allí, claro —afirmó Jorie Sue, dejando bien patente la obviedad.

—Nunca lo he celebrado con mi padre, ni con Martha y Vera —susurró la niña con dolor.

Jorie Sue pensó en sus siguientes palabras, sopesando todas y cada una de ellas, para conseguir no perderla, al menos no hasta haber acabado aquella conversación.

—¿Sabes una cosa? Te entiendo perfectamente, a mí me pasaba

algo parecido.

Cricket volvió la cara hacia su interlocutora, mirándola con reticencia, como si dudara de la veracidad de sus palabras. Jorie Sue tomó aire, tragó saliva y la sonrió, dispuesta a contarle una de sus intimidades, una que no había compartido nunca en su vida.

—Yo nunca celebraba mi cumpleaños porque en mi casa esas cosas no se solían hacer —comenzó en un tono lleno de complicidad que quería incluir a Cricket y hacerle partícipe de todo lo que la historia pretendía contar—. Éramos muchos hermanos y mi padre y mi madrastra pensaban que no era importante celebrar nuestro día. Así que nos pasábamos nuestros cumpleaños haciendo lo mismo que el resto de los días regulares, nada en especial.

—¿De verdad? —preguntó asombrada la niña—. Pero eso es aún peor que no tener cumpleaños en Alabama. Al menos yo lo celebro en Londres…

—¿Sabes cómo lo solucioné? —preguntó Jorie Sue con una sonrisa radiante, ancha y hermosa rondándole los labios.

Cricket negó con la cabeza, absolutamente embelesada por la historia de Jorie. La mujer se alegró tanto de tenerla así por primera vez desde que la conocía que hubiera pagado porque ese momento les durara eternamente.

—Leí un libro que me explicó que era mejor celebra cada día, porque todos los días son igual de importantes.

La niña la miró con suspicacia, como si la anécdota acabara de perder todo su encanto. Jorie Sue pudo ver un poso de decepción en sus ojos, y se apresuró a continuar contándole su pequeña historia.

—¿Has leído *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí* de Lewis Carroll?

—Claro, es uno de mis libros favoritos, junto con la primera parte, *Alicia en el país de las Maravillas*.

—Yo lo leí cuando tenía tu edad —confesó Jorie—. Y es un libro que contiene muchísimas respuestas, bueno, las dos partes de la historia las contienen. Por ejemplo, si nadie se acuerda ni quiere celebrar tu cumpleaños… puedes celebrar tú los días de tu No Cumpleaños.

Los ojos de Cricket se iluminaron al reconocer el pasaje al que Jorie Sue estaba haciendo mención, concediéndole así más crédito para que continuara con aquello que, de pronto, parecía lo más interesante que había oído en todo el día.

—Porque… ¿sabes cuántos días de No Cumpleaños tiene el año que solemos desperdiciar sin pararnos a pensar en ellos?

—Sí, pero celebrarlos no cambiará el hecho de que el día real de mi cumpleaños siempre me tocará pasarlo lejos —se lamentó Cricket sin llegar a entender el punto al que Jorie Sue quería llevarla.

La mujer hizo una pausa antes de continuar, procurando ser más clara y hacerle partícipe de sus locas ideas a propósito de los No Cumpleaños.

—Verás, Olivia —continuó muy seria—. Cuando yo tenía tu edad, leí a Alicia, y entendí cosas como que nosotros somos los que decidimos cuándo son importantes las cosas. Yo decidí ser Sombrerero Loco y Liebre, y celebré mi No Cumpleaños durante un año entero. Cada día me levantaba y hacía algo que me gustaba, o iba a un sitio bonito, o ahorraba para regalarme algo, aunque fuera un simple caramelo. Durante un año nadie me dio nada, me lo di yo todo. Puede que fuera la única vez en toda mi vida que pensara en mí antes que en los demás, pero te aseguro que aquello fue lo mejor que he hecho nunca.

—¿Quieres decir que, si yo decido que un día es importante, aunque no sea mi cumpleaños, puedo hacer que lo sea?

—Exactamente eso es lo que quiero decir —sonrió Jorie y Cricket asintió como si acumulara toda la esperanza del mundo en ese gesto—. Yo estaba triste porque nadie me daba una fiesta o me regalaba cosas, así que decidí hacerlo yo todo. En tu caso, conozco a muchísimas personas que estarían más que encantadas de celebrar tu No Cumpleaños de la manera que más y mejor te gustaría a ti.

Cricket desvió su mirada al infinito, sin duda, recopilando deseos para decirlos en voz alta, esperando que alguno se pudiera hacer realidad. Celebrar un No Cumpleaños, de repente, parecía la cosa más importante del mundo.

Jorie Sue miró hacia adelante, al camino encharcado que los devolvía a casa, y sus ojos se toparon con los de Dixon a través del espejo retrovisor. El capataz le sonreía, a la vez que un leve gesto de aprobación se adivinaba por el movimiento afirmativo de su cabeza. Jorie le devolvió la sonrisa, sabiendo que ciertamente acababa de dar un paso de gigante, aunque se negaba a cantar victoria, al menos de momento.

Cuando la camioneta se detuvo junto a la puerta de entrada de la casa de los Layton, las chicas saltaron fuera del vehículo con una actitud mucho menos distante. No es que se la hubiera ganado, pero sabía que acababa de hacer algo importante en su proceso de acercamiento. Y eso se tenía que notar en la actitud de ambas.

Troy Layton ya había llegado y, tras colgar una llamada que lo retenía al teléfono móvil, las esperó en la entrada. Miró a Jorie Sue con cautela, sin saber muy bien qué esperarse de ella, y se dirigió a su hija, con un tono paternal que era perfecto para acabar de rematar la jugada con la niña, el plan de Jorie Sue parecía tener la rúbrica perfecta.

—Acabo de hablar con Vera —anunció contento—. Martha ha

tenido un buen día y está completamente fuera de peligro. Se quedará un par de días más en observación por si las moscas, pero solo por precaución.

—Eso es maravilloso —dijo Jorie mientras Cricket saltaba como loca de alegría.

Verla así de feliz era una recompensa enorme por todo lo demás. Era un espectáculo tan bonito que Jorie incluso se emocionó.

—¿Te apetece ir a verla? —preguntó Troy dirigiéndose a su hija.

Su respuesta afirmativa no se hizo esperar y su padre la envió a ducharse y ponerse presentable antes de irse a Mobile. Echó a correr escaleras arriba, pero se dio cuenta de algo que parecía haber olvidado, y giró sobre sus talones para acercarse a ellos con la misma rapidez. Se colgó de los brazos de Jorie Sue, obligándola a agacharse para ponerse a su altura. Una vez la tuvo así, se acercó a su oreja para susurrarle algo al oído. Jorie miró a su padre y ambos intercambiaron un encogimiento de hombros y una sonrisa cómplice.

—Quiero celebrar mi cumpleaños con una fiesta lejos de la plantación —susurró su secreto, la petición que, al parecer, llevaba varios minutos considerando—. Y que vengan Martha y Vera, por supuesto. Y tú.

Cuando terminó de confesarle su deseo, se fue sin mirar atrás. Era la viva imagen de la alegría. Y solo había hecho falta echar mano de *Alicia en el país de las Maravillas*, se dijo Jorie Sue divertida.

—¿De qué iba a todo eso? —preguntó Troy intrigado.

Jorie se hizo la enigmática. No pensaba compartir todo eso todavía con él. No cuando aún no las tenía todas consigo con respecto a él. Quería organizar algo, quería acabar de redondear su plan, donde, de repente, cabía perfectamente una fiesta de No Cumpleaños.

—Si no te importa, preferiría no contártelo. Es una cosa de chicas —explicó como si eso fuera suficiente para que él no hiciera más preguntas—. Y ahora, si me disculpas, voy a ducharme y a meterme en la cama. No creo que pueda mantenerme en pie mucho más tiempo.

Pasó por delante de él, camino de las escaleras de la entrada, pero la detuvo un segundo, tomándola de la mano. Ella la retiró, aunque con mucha más delicadeza que en los campos, cuando él trataba de explicarse y ella no quería escucharle.

—Ava…

—Hasta mañana, Troy.

Al menos, habían vuelto a desterrar el formar *señor Layton* de la conversación.

*****

Aquella noche soñó que volvía al mar.

Se acercaba a la orilla despacio, sola, con la brisa del atardecer acariciándole las mejillas, pintando sonrisas en sus labios. Quería estar allí, el miedo y las ganas lo ocupaban todo, el respeto por lo que podía hallar más allá de la arena, en esas olas calmas que la invitaban a mecerse entre ellas.

Jorie Sue llevaba un vestido blanco y corto que se le escurría por los hombros, de encaje, veraniego y favorecedor. Su piel estaba bronceada y sus manos temblaban de expectación. Sus pies descalzos dejaban huellas en la arena impoluta. Nadie más la había pisado ese día, la playa era solamente suya.

Oía el ruido de las gaviotas y de las olas estrellándose contra la orilla. Eso era todo. Eso y su respiración agitada que trataba de calmar con cada exhalación. Olía a salitre, a tierra, a vida.

Cuando el agua tocó las puntas de los dedos de sus pies, sintió un escalofrío. Estaba más fría de lo que había imaginado y, aun así, ese frescor era justo lo que necesitaba. Venció esa sensación inicial y comenzó a internarse poco a poco, un pie tras otro, un paso cada vez, lentamente, pero sin dejar de avanzar.

El agua le llegaba a la altura de la cintura. Miró hacia atrás, a la orilla que acababa de dejar, y se sintió a salvo. Todavía se sentía a salvo. El mar continuaba llamándola, invitándola con voz evocadora. No había prisa por volver, aún podía dar algunos pasos más allá, sumergirse un poco más, hacer caso a esa voz dulce y persuasiva que la estaba llamando.

Dio otro paso más y luego otro. El mar se la estaba tragando y ella avanzaba con una canción en el corazón. No importaba, aún podía retroceder. Cuando el agua alcanzó su pecho, pensó que todavía podía dar otro paso más. Lo dio, y el mar se tragó su cuello, alcanzando su barbilla.

Fue entonces cuando ocurrió. Siempre ocurría cuando el agua la tenía casi entera en su poder. El cielo, en calma hasta ese momento, la brisa suave y las gaviotas revoloteando a su alrededor, desaparecieron, engullidos por los vientos huracanados de una tempestad violeta y salvaje que venía a por ella.

Las olas alcanzaron alturas imposibles, el agua pasó de fresca a gélida, como una caricia de dedos inertes, devorándola, tragándola sin remedio, hundiéndola en sus entrañas, anclándola a las profundidades de un mar que, de pronto, no era apacible ni la llamaba por su aspecto candoroso y sereno. Ya no era apetecible, ahora se había convertido en una trampa mortal.

Notaba el peso del agua rodeándola, oprimiéndola, requiriéndola. Lo notaba y no sabía cómo deshacerse de él para escapar a sus reclamos y volver a ser libre y poder respirar de nuevo con

normalidad.

El aire almacenado no tardó en consumirse y ella dejó de notar que le llegaba a los pulmones. Se ahogaba sin remisión. El pelo se le ponía por delante de los ojos, la cegaba, a la vez que el agua comenzaba a entrar en ella. Se agarraba el pecho, se lo golpeaba con furia y desesperación, trataba de mover las piernas para ascender, para salir a la superficie y pedir ayuda. Pero no podía, un peso muerto tiraba de ella hacia abajo, y la superficie parecía inalcanzable, como si fuera el mismísimo cielo.

Sabía que no le quedaban más que segundos. A través de las aguas oscuras le llegaban las llamaradas de salvajes relámpagos que iluminaban su alrededor desde la superficie, llenándolo todo de un pánico primitivo que la volvía loca.

Cuando las piernas comenzaron a pesarle como si fueran de piedra, cuando luchar se volvió tan difícil que no le veía sentido, cuando el aire empezó a ser tan escaso como su propia cordura, quiso dejarse ir. Quiso dejar de luchar, de patalear, de intentar ascender, de buscar una bocanada de aire limpio que respirar para seguir viviendo. Era tan fácil dejarse ir, abandonarse en ese mar oscuro y embravecido… era tan sencillo no seguir sufriendo, que lo hizo, se abandonó al mar, a sus brazos que la acunaban como una recién nacida, que la consolaban por el final de su vida…

De pronto, como uno de esos rayos que iluminaban las aguas tenebrosas de cuando en cuando, notó que alguien se acercaba, moviéndose con elegancia y sorprendente habilidad bajo las aguas. Primero fue una figura lejana, pero se acercaba a toda prisa, como guiado por la urgencia más ansiosa, por la necesidad primigenia de llegar hasta ella antes de que fuera demasiado tarde.

Cuando la figura la alcanzó, vio que tenía los rasgos, la hechura y las formas de Troy Layton, que la miró durante un segundo eterno antes de inclinarse sobre ella, ya medio consumida por la falta de aire. Era Troy Layton, no dejaba de repetir su cerebro ya casi muerto, Troy Layton, Troy Layton…

Sus labios se tocaron. Él la besó asiéndola de las caderas para acercarla a él. Entreabrió sus labios y exhaló su aliento a través de ellos, dándole el aire necesario para volver de ese sitio al que ya casi había llegado.

Sus pulmones comenzaron a expandirse de nuevo. Podía respirar. Respiraba bajo el agua gracias a Troy Layton, que le regalaba bocanadas de aire puro, que le regalaba la vida. Y Jorie, incapaz de desprenderse de esa sensación de grandeza que siempre la invadía al estar tan cerca de él, se volvió valiente y le devolvió el beso, salvándolo a su vez, justo cuando Troy comenzaba a quedarse vacío por haber regalado su hálito de vida tan generosamente.

Así, uno en los labios del otro, respirándose en un círculo infinito, se sintieron poderosos, como si acabaran de encontrar la solución definitiva para vencer a la muerte. Podrían haber estado así tanto tiempo como durara el beso, y ninguno de los dos parecía estar dispuesto a ponerle fin. Las manos de Troy la asían con fuerza, la sujetaban, evitaban que siguiera hundiéndose. Y las de ella, aferradas a su cintura, impedían que él se desvaneciera, amarrándole a ella tanto como era físicamente posible.

Cuando ya se había instalado en esa nueva calma, en esa realidad que ahora lo era todo, cuando ya había asumido que así era cómo debían ser las cosas y se encontraba acunada en esa especie de felicidad pausada, en brazos de Troy Layton, respirándole y dándole aliento, unas manos gélidas, retorcidas, que se le clavaron en la piel como espinas, la arrastraron hacia la superficie.

No supo cómo ni de dónde provenían, solo supo que se sintió morir al abandonar la seguridad que Troy le estaba procurando. Era una clase de muerte diferente al ahogamiento, era como si le abandonaran las ganas de seguir. Sin él, no quería salir a la superficie, no quería estar allí sin que él estuviera a su lado.

Pero no la siguió. Las manos la sacaron a la superficie a ella sola. Pudo volver a respirar por su cuenta, sintió toda la mecánica de sus pulmones en pleno funcionamiento, pero su corazón, había dejado de latir sin un propósito. Sin él, nada tenía ningún sentido. Prefería quedarse eternamente a merced de las aguas con él, que a salvo sobre ellas sin su compañía.

La decepción, no obstante, apenas duró un segundo. Pronto fue sustituida por el más puro terror que jamás había sentido en toda su vida. Frente a ella, riendo como un demente, satisfecho por su miedo, por haberle arrebatado todo al sacarla del mar, vio a su marido, a Bobby Dean, que, de algún modo, había conseguido traerla de nuevo a la orilla, y se erguía sobre ella, amenazador, desquiciado y fuera de sí, mientras Jorie permanecía tirada en mitad de la arena de la playa.

El corazón regresó de la muerte, de la ausencia de Troy Layton a su lado, regresó para gritar. Para gritar tanto como nunca antes había gritado en toda su existencia. Gritó y gritó, apretando los párpados con fuerza, para alejar así los ojos inyectados en sangre de Bobby Dean, su mandíbula poderosa que se cerraba amenazante, sus manos, que ya venían a rodear su blanco cuello, a quitárselo todo…

Gritó y gritó hasta que, finalmente, consiguió despertarse y volver a llenar de aire sus pulmones, puestos en suspenso desde que su marido había aparecido en su sueño, hasta convertirlo en la peor pesadilla que pudiera imaginarse.

La puerta de su habitación se abrió de golpe y ella se incorporó en la cama, bañada en sudor, con tanto miedo como ganas de desterrar

esa imagen horrible de su mente, donde amenazaba con quedarse alojada para manchar todo lo demás.

Miró a Troy a los ojos un segundo. Había entrado como una tromba de agua al abrir una compuerta que la dejaba escapar y fluir libre y torrencialmente. La miraba con una preocupación tan honda en el fondo de sus ojos azul tormenta, que deseó volver a su sueño, al sueño de antes de Bobby Dean, a dejarse alimentar por él, por su respiración pura y vital, tan llena de ternura y gozo.

—¿Estás bien? —preguntó con un hilo de voz, dando un paso en dirección a ella.

Le conmovió la expresión que se leía en sus ojos, se sintió a salvo de una manera que no podía explicar, y su corazón, que aún latía a mil por hora a causa del miedo que acababa de experimentar, se empezó a relajar, sintiéndose como si estuviera en casa, guardado de la amenaza que Bobby Dean pudiera suponer.

Recordó entonces esa misma tarde, en los campos, cuando le había abandonado tras confesarle que ella era importante para él.

Apenas se habían visto desde entonces. Sobre todo, porque ella le había evitado, incapaz de seguir ahondando en todas las sensaciones que había experimentado esa tarde en los campos. No le había buscado con la mirada, no había querido preocuparse más por él y así, de alguna forma, el corazón se le había resentido menos.

En su interior había una lucha titánica entre razón y pasión, y no sabía a cuál de las dos mitades enfrentadas hacerle caso. Aún le dolían sus palabras y la indolencia que tuvo con ella. Aún sentía que el cuchillo que le había desgarrado el corazón seguía clavado en su pecho, de alguna forma retorcida y perversa. Pero también era consciente de que Troy se había abierto, y le había entregado algo realmente esencial, algo que le hacía vulnerable, y es que había declarado que ella era importante. De algún modo, Jorie Sue era importante para Troy y eso, por supuesto, lo cambiaba todo.

No sabía muy bien qué decir o qué hacer. No le gustaba que él la hubiera visto en ese momento de angustia y vulnerabilidad total, ese despertar brusco y bañado en un sudor frío que la empapaba de miedos e inseguridades. Pero había pasado, ahí estaba. Quizá toda la casa estaba despierta por su culpa, pero el que había acudido con la velocidad y la urgencia del que siente una preocupación real, había sido Troy Layton. Sonrió para sí al considerar ese dato, y se estremeció. Sí que era cierto que ella era importante, después de todo, era verdad que lo era.

—¿Estás bien? —volvió a preguntar él, sin moverse ni un milímetro, asustado por la reacción de ella, completamente a merced de su respuesta.

—No lo sé —susurró Jorie Sue porque, realmente, no tenía ni idea.

No sabía si estaba aterrada, aliviada, preocupada o simplemente alterada por un sueño que no se esperaba. No al menos la forma en la que acababa. Bobby Dean nunca había aparecido en sus sueños bajo el mar, y se preguntaba qué demonios podía significar aquello.

Si había conseguido vencer su sueño recurrente de ahogarse bajo las aguas, aprendiendo a respirar bajo ellas, si sola o con ayuda de Troy había logrado descifrar una manera de hacerlo, evitando así la angustia que llevaba acompañándola toda la vida, ¿por qué todo volvía a complicarse con la presencia amenazadora y brutal de su marido, vengándose de ella, persiguiéndola y machacándola como si se tratara de una presa a la que jamás fuera a dejar marchar sin hacerle pagar por sus pecados?

Todo su cuerpo se puso en tensión ante la presencia en su cabeza de ese inquietante pensamiento, y Troy intuyó que algo seguía sin ir bien. Se resistía a dejarla así, sin asegurarse de que la pesadilla y la angustia habían pasado e iban a esperarla sueños más tranquilos.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de agua? ¿Un vaso de whisky? ¿la botella?

La broma los hizo sonreír débilmente a los dos y le quitó intensidad al momento, algo que Jorie Sue agradeció. Negó con la cabeza, no necesitaba que le trajese nada. En realidad… necesitaba otra cosa.

Cuando Troy entendió que no podría hacer nada por ella, le dijo un buenas noches apenas audible y se giró para cerrar la puerta tras él.

—Troy. —Su nombre en los labios de Jorie sonó a urgencia, a miedo, a deseo—. ¿Podrías quedarte a dormir conmigo esta noche?

Él la miró un instante, un instante eterno en el que ella incluso creyó que estaba sopesando la manera de rehusar su petición de una manera que resultara educada y no la hiciera daño. Pero, en lugar de hacer eso, Troy se acercó a su cama y se introdujo dentro con lentitud.

Jorie acomodó su cuerpo al de él mientras la abrazaba por detrás, encajándola sobre él en una actitud hermosamente protectora y tierna. Al sentir su cuerpo tan cerca, una descarga eléctrica la recorrió entera, y una emoción indescriptible, al saber que era capaz de hacer algo así por ella, le llenó los ojos de unas lágrimas diminutas, que supo controlar dentro de sus párpados, a fuerza de apretarlos y no dejarlas salir.

Él, como si entendiera el torrente emocional que la estaba asolando por dentro, la besó en el cabello y la estrechó aún más fuerte, como si pretendiera fundirse con ella para evitar que se volviera a despeñar por el agujero negro de los malos sueños.

Y Jorie Sue, que jamás se había sentido tan protegida como en ese momento, se olvidó de las lágrimas, pintó una sonrisa confiada en su rostro y se dispuso a soñar sin sueños o, como mucho, a soñar lugares donde respirara bajo el agua atada a sus labios.

Capítulo 19

Noches de fuego y abrazos

Jorie Sue se despertó al alba, aún recogida en el abrazo protector de Troy.

Parpadeó una vez, dos, tres veces, aún incapaz de creer que la noche hubiera pasado ya. Si le daban a elegir, hubiera escogido quedarse a vivir allí, en el hueco que sus brazos y su pecho le ofrecían.

Permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, sintiendo la respiración suave y rítmica de Troy sobre su nuca, absorbiendo su calidez y el tacto de sus manos, que la rodeaban en ademán posesivo y garante de sus sueños.

Bobby Dean no había vuelto a importunarla, no se había presentado para llenar sus pesadillas ni alterarla con nuevos sueños aterradores donde ella volvía a ser una víctima. Cuando despertó, sintió un alivio inmenso por haberse librado de él, pero también una angustia opresora al pensar que podía presentarse en sus sueños de nuevo cuando menos lo esperara. Sabía que no había modo de escapar de su marido, que siempre iba a perseguirla, pero no contaba con que inundara sus pesadillas de un modo tan aterrador.

Jorie Sue sintió ganas de girarse de cara a Troy y darle un beso de agradecimiento, de besarle con toda su alma para calmar los miedos y hallar algo de paz, aunque fuera tan efímera como esos momentos entre sus brazos. Pero desechó la idea. No quería acabar así esa noche que había sido especial, no quería poner besos ni más carnalidad a esa comunión que, sin palabras ni más gestos que un simple abrazo, les había fundido en una sola persona.

Así que, acallando a su cuerpo, encendido bajo la protección y el tacto de Troy, se levantó con cautela y se fue a dar una ducha. Era mejor poner tierra de por medio para evitar caer en la tentación.

Diez minutos después estaba partiendo pan para las tostadas, batiendo huevos y preparando café. La ausencia de Vera la obligaba a esmerarse, era consciente de que sus desayunos no iban a estar a la altura, pero no iba a dejar a veinte hombres sin almuerzo por no haberlo intentado.

Cuando el olor del café lo invadió todo con su aroma exquisito, oyó a su espalda los pasos contenidos de Troy. No sabía si girarse para recibirlo o seguir con lo que estaba haciendo, demostrando una normalidad que no estaba segura de poder poner en práctica.

—Buenos días —dijo él con jovialidad al acercarse a donde ella estaba.

Jorie Sue sintió todo su cuerpo en tensión por la cercanía, preparada por si había que hacer algo o responder a algún gesto que él

tuviera con ella. Se imaginaba que él se cercaba por detrás y la besaba, recorría su nuca con besos ardientes y dulces, que la dejaban con ganas de más. O que la volvía a rodear con sus fuertes brazos, deseándole un buenos días más intenso y prometedor que el que solo ofrecían las palabras.

Pero Troy Layton solo se puso a su lado, la miró mientras cocinaba y la sonrió con timidez. Parecía un niño pequeño esperando a que le den la venia para poder salir al patio a jugar. Jorie escondió su decepción por no recibir un saludo más intenso, y se mordió el labio antes de contestarle.

—Buenos días —dijo con voz débil y las piernas convertidas en gelatina.

—¿Has dormido bien? —Troy parecía inocente al hacer la pregunta, pero Jorie se preguntó si quería sacarle más cosas que una simple respuesta cortés.

Lo miró un segundo, sin que la sonrisa tímida abandonara los labios de ninguno de los dos, y asintió. Sí que había dormido bien, mejor que bien, aunque eso no se lo iba a confesar tan abiertamente.

—Gracias por quedarte anoche… —fue lo único que dejó salir, lo único que en ese momento necesitaba que él supiera.

—Nunca había escuchado a nadie gritar como tú lo hiciste anoche —admitió Troy con una preocupación sincera en sus palabras y en sus ojos azules—. Espero que te encuentres mejor… y si quieres hablar, puedes contarme lo que sea, espero que lo sepas.

Lo dudaba. No podía imaginarse contándole lo de Bobby Dean. No todavía, para eso no estaba preparada, quizá no lo estuviera nunca. De hacerlo, de confesarle esa parte negra de su vida, quizá el no volvería a tratarla con la entereza con la que lo había hecho hasta la fecha. Quizá empezara a sentirla como un ser débil, una flor frágil a la que cuidar, y no la tendría en cuenta como hasta ahora, no dejaría en sus manos asuntos y personas tan importantes para él.

Troy no esperó su respuesta, sabía que no iba a llegar. La miró un segundo más y luego se acercó a la radio que descansaba sobre la nevera. Era ya un ritual ponerla para cocinar en aquella casa. La encendió y dejó que las notas de la canción en curso tomaran el control de la conversación, callándolos mientras se miraban un instante más.

Parecía que el destino se burlaba de Jorie Sue. Sonaba *Last Night I Dreamt that Somebody Loved me*, de los Smiths, que le hablaba directamente a ella, a sus sentimientos, a lo que creía tener en el pecho, a las trampas que ella misma se colocaba para apagar sus emociones o dejarse llevar por ellas por completo.

Last night I dreamt
That somebody loved me

No hope, no harm
Just another false alarm.
Last night I felt
Real arms around me
No hope, no harm
Just another false alarm.[5]

Se miraron un segundo más, conteniendo el aliento. Él serio y circunspecto, sin dejar que Jorie supiera lo que le estaba pasando por la mente en esos momentos. Ella, absolutamente consumida, deseando cerrar los ojos y que él se acercara a susurrarle en el oído que no había sido un sueño, que aquella noche la había amado y que sus brazos la habían sostenido por la razón correcta, porque la quería cerca, junto a él.

—Dime en qué te puedo ayudar —dijo entonces Troy, con la voz rota, tragando saliva, claramente sobrepasado por toda la emoción que circulaba alrededor de ambos en esa cocina que, de repente, era demasiado pequeña para albergar la profundidad de ese momento.

—Puedes ir troceando la fruta. Está en la nevera.

A Jorie apenas le salían las palabras, se le trababa la lengua, le temblaban las rodillas. Necesitaba aire de nuevo, no entendía qué le pasaba con la gente de esa casa, que le robaban hasta su capacidad para respirar con normalidad.

Oyeron la puerta abrirse, a modo de una tregua que necesitaba para no sucumbir a ese ambiente cargado que, de repente, lo invadía todo. Jorie Sue dejó escapar un suspiro de alivio y pintó en su cara una sonrisa despreocupada que era falsa, tan de mentira, que estuvo segura de que nadie iba a creérsela.

—Anoche hubo otro incendio —dijo la voz seria y sin inflexiones de Dixon cuando entró en la cocina.

Jorie Sue fingía que los huevos revueltos que estaba preparando eran lo más interesante del mundo, mientras Troy cortaba kiwi y sandía para todos los hombres que estaban a punto de llegar a desayunar. Se volvieron ambos ante las palabras del capataz, incapaces de pasarlas por alto.

Troy lo miró con preocupación y Dixon les contó lo poco que sabía.

—Ha sido de madrugada. Mismo *modus operandi* que las veces anteriores, así que se intuye que el autor es el mismo. Y…

—¿Y? —le inquirió Troy con impaciencia.

—Y malas noticias para nosotros. Ha sido en la plantación de Phillip Redman.

Guardaron silencio los tres, porque todos sabían lo que eso significaba. Que les iban a echar las culpas. A Troy o a cualquiera de la finca. A alguno de los hombres que acababan de abandonar a Redman por el rancho Layton o a cualquiera que hubiera escuchado la

conversación entre ambos propietarios la tarde anterior.

—¡Mierda! —no pudo evitar soltar Troy, lanzando sobre la tabla de cortar, el trapo de cocina que, hasta ese momento, había descansado en su hombro—. ¡Qué oportuno! Supongo que en nada tendremos a Cranston tocando al timbre y haciendo preguntas.

—Con todos los incendios que ha habido, ¿por qué que le toque a Philip Redman tiene que apuntar directamente a Layton? —Preguntó Jorie Sue con inocencia.

—Porque a Redman ya le quemaron un cuarto de herramientas hace un mes, no es la primera vez que es víctima del pirómano, y porque es mucha casualidad después de lo de ayer —la voz de Dixon no admitía réplica, parecía que les estaba apuntado directamente la acusación y que no iba a ser fácil librarse.

El capataz parecía tan seguro como Troy de que las cosas se pondrían difíciles para ellos. Jorie se preguntó si él había recapacitado, si enviaría a los hombres que habían llegado ayer de nuevo con su antiguo jefe o si el fuego hacía que cambiara de opinión. Troy iba a defender a su hijo a toda costa, iba a protegerlo de Redman y sus amenazas. Pero si uno de los trabajadores nuevos era el causante del fuego… ¿cómo hacía para parar eso? ¿Los devolvía? ¿Los mantenía a su lado para ver si el enfado del culpable se aplacaba en caso de ser uno de ellos?

Pese a la tensa espera, ese día el sheriff Cranston ni ninguno de sus ayudantes se presentaron a las puertas del rancho Layton en busca de respuestas. Cuando llegó la noche, parecía que podían relajarse todos, aunque sabían que la amenaza de su visita estaba en el aire. También lo estaban los fuegos, el pirómano, las razones de semejantes actos, las sospechas de que el culpable podía esconderse allí, de ser uno de ellos…

Cuando el día acabó y la tensión de la posible cadena de acontecimientos derivada del fuego pareció morirse con la luz del sol, algunos respiraron aliviados. Jorie Sue fue una de ellos, no quería el tema de los incendios cerca, no que llegara hasta la plantación Layton, no que pudiera salpicarla, no que la hiciera revelar su verdadera implicación en el asunto.

Así que se fue a la cama cansada de estar todo el día en alerta, de haber mantenido la coraza puesta a pesar de no haber tenido que usarla.

Se desvistió deprisa y se metió en la cama agradecida. Rezó para tener sueños blancos y dulces esa noche, y apagó la luz.

No sabía por qué, pero su corazón estaba demasiado desbocado, no conseguía serenarlo, parecía que preveía acontecimientos, y era incapaz de acallar sus gritos ensordecedores. Dio vueltas en la cama, se deshizo en plegarias para poder alcanzar un poco de paz, para caer

rendida al sueño que parecía eludirla, pero no había nada que lograra aplacar el desasosiego interno al que no sabía dar explicación. Estaba segura de el culpable de todo era el miedo a que el tema del fuego la salpicara, pero no lo estaba tanto como para apartarlo de un manotazo y descansar tranquila.

Cuando la puerta de su cuarto se abrió, despacio, como a cámara lenta, supo que la solución a toda su inquietud acababa de llegar. Sin mediar palabra entre ambos, se apartó, levantó las sábanas para dejarle entrar, y se acomodó de nuevo al abrigo de su abrazo. El corazón detuvo su latir desenfrenado al momento, sus dudas, sus temores, su tortura, todo cesó en el mismo instante en que su cabeza descansó suavemente sobre su pecho, escuchando los latidos acompasados y fiables del pulso de Troy.

Cerró los ojos, inhaló su aroma a hierba, a lluvia y a madera, y se sintió en casa. No hacía falta nada más. Pensó que eso era mejor que morirse con cada beso, con cada respiración tomada de su boca, que sentir sus dedos recorriendo su piel desnuda o introduciéndose en ella para acallar sus ensordecedores gritos mudos. Deseaba a Troy Layton, pero lo necesitaba más como protector, como aplacador de ansiedad y temores, que cuando suspiraban por fundirse uno en el otro.

Cayó pronto en un sueño profundo, limpio, sin pesadillas y sin miedo. Y se despertó más descansada que en toda su vida. Relajada, casi feliz, con una sonrisa estúpida en la cara que tardó mucho en borrar de ahí.

Repitieron esa rutina noche tras noche. Solo dormían, solo se abrazaban, solo se tocaban de un modo inocente, como si fueran dos niños dándose cariño.

Por el día, el tema del fuego continuaba dando que hablar. Dos nuevos incendios —otro en la finca de Redman, esta vez un coche, que parecía indicar que el pirómano sí que la había tomado con el vecino de los Layton; y el otro unas millas más al norte, en el condado de Clarke—, se habían unido a la lista y la intranquilidad iba en aumento en toda la zona. Los dueños de las plantaciones estaban nerviosos y esos nervios se palpaban en el ambiente.

La oficina del sheriff había pedido refuerzos a Birmingham, y pronto los tendrían de su lado para seguir investigando el misterioso caso de los incendios de la zona. Era extraño, pero aún esperaban a que alguien viniera a interrogar a la gente de la plantación Layton, sin que hubiera rastro alguno de los agentes del sheriff por allí.

Martha regresó a casa, se restablecieron las rutinas, los campos de algodón se secaron, Cricket se mostraba más abierta y Colton daba una cal y otra de arena, aunque cuando estaba de malas, no arremetía contra nadie en particular y, simplemente, se quedaba encerrado en la casa de la piscina, evitando a todos su mal humor y su negatividad.

Parecía que una calma extraña se había instalado en la finca tras los días caóticos de la tormenta y los que la siguieron. En todas partes se hacía notar esa apacible sensación, salvo en el interior de Jorie Sue, que cada noche, cuando caían las sombras, recibía en su cuarto la visita de Troy Layton sin que él iniciara ningún acto de mayor aproximación.

Los primeros días ella misma necesitaba relajar su relación, hacerla más grande a base de movimientos más lentos, con más calma y más cabeza. Dormir en sus brazos, sentirle tan cerca cada noche, se le antojaba lo mejor del mundo… hasta que empezó a desear con demasiadas ganas que sus abrazos se volvieran caricias y sus susurros, besos apasionados. Deseó volver a los primeros días, cuando él la tomaba por sorpresa y se hundía en sus ojos, ofreciendo pura pasión, rabia y sensaciones intensas, llenas de ardor y fuego.

Tampoco hablaban mucho. En silencio, solo se abrazaban, dormían y se acompañaban, como si aquel ritual requiriera un silencio sepulcral que, de otro modo, acabaría con el hechizo de ese momento. Jorie había querido romperlo muchas veces, pero sabía que todo lo que tuvieran que decirse, podrían hacerlo por la mañana. Al menos, hasta una noche, pasada ya una semana desde que dormían juntos, en la que tuvo que hablar, porque si no lo hacía, acabaría enloqueciendo, tantas eran sus ganas de incorporarse sobre él y pedirle que la amara.

—Troy —susurró débilmente—. ¿Estás despierto?

—Mmmm —contestó él con la misma debilidad, como si levantar la voz fuera contra las normas no escritas de lo que ellos eran, de lo que estaban haciendo.

Si se sorprendió de que ella le hablara por primera vez desde que aquello había empezado, no dio ninguna muestra de ello.

—Necesito tu ayuda con Cricket.

—¿Sigue sin portarse bien contigo?

—No, no es eso —le aseguró rápidamente para tranquilizarlo—. Es que el otro día me contó lo que más le gustaría tener aquí y… me preguntaba si podrías ayudarme a conseguírselo.

—Es mi hija, ayudarte con ella está fuera de toda cuestión.

Esa era la respuesta que Jorie Sue sabía que un hombre como Troy Layton iba a proporcionarle al pedir ayuda. No cabía duda de que comenzaba a conocerle y a anticiparse a él. Así que le contó su conversación con Cricket sobre su cumpleaños, sobre su posible No Cumpleaños y sobre lo que de verdad quería para celebrar el segundo.

—Ella quiere una fiesta fuera de la plantación y, por supuesto, que estéis todos juntos.

—¿Y quieres que yo aporte las ideas? —preguntó él.

—No, tengo la idea. Pero te necesito para llevarla a cabo —dijo ella con resolución—. Si es que te parece bien, claro.

—Cuéntame —la animó, estrechándola aún más en sus brazos.

Jorie Sue tomó una gran bocanada de aire. No sabía cómo se lo iba a tomar él, aunque estaba convencida de que, por su pequeña, ahora que ya habían dejado ambos las hostilidades, haría exactamente lo que estaba a punto de pedirle.

—Había pensado que, el domingo, te apuntes al concurso de pesca y que te los lleves a todos contigo —propuso con cautela, exponiendo la idea a la que llevaba días dándole vueltas—. Sé que tú lo pasarías bien porque Dixon me ha contado que te encanta salir en tu barco a pescar, que hace años que no lo haces. Y te gusta más aún si hay un torneo de por medio. Colton echa de menos esos veranos en los que hacíais cosas juntos. Y Cricket… Cricket solo desea sentir que cuentas con ella, que eres capaz de dedicar un poco de tu tiempo a hacerla feliz. Podrías, incluso, llevarte a Vera y a Martha, que después del susto, seguro que agradecen el día de diversión. Podríais pasar un día en familia, como la verdadera familia que sois, y yo prometo que, si dices que sí, hasta os haré una tarta. Una preciosa tarta de No Cumpleaños que Cricket adorará.

Troy se quedó en silencio por espacio de cinco angustiosos segundos. Jorie Sue sabía que debía darle tiempo para asimilar el plan, porque seguro que le encontraba lagunas y peros. Quizá estuviera buscando propuestas que añadir, quizá pensara en qué más podría poner él para que la idea se acabara de redondear. O puede que, simplemente, estuviera buscando la forma dulce y cortés de decirle que se metiera en sus propios asuntos y dejara los arreglos familiares de lado, que para eso se bastaba y se sobraba él solo. Carraspeó y se aclaró la voz, y el corazón de Jorie se saltó un par de latidos mientras esperaba, expectante, por el veredicto de Troy Layton.

—Creo que es una idea estupenda —dijo por fin, con la voz suave, dulce, del que se siente satisfecho con algo—. Sin embargo, hay algo que no creo que nos cuadre y, por lo tanto, el plan entero se puede ir al traste.

Jorie Sue se preguntó qué podía haber dejado en la exposición de la idea, y se preocupó seriamente por haber metido la pata. ¿Se estaba refiriendo al tiempo? ¿Vendría de camino otra tormenta tropical de la que ella no había tenido noticia?

—¿Y qué es lo que no cuadra? —preguntó perdida, incapaz de hallar algo que se le pudiera haber escapado.

—No cuadra que faltes tú, Ava.

Jorie Sue abrió la boca, pero no encontró palabras para contestarle. Le subió por el pecho una emoción nueva y, a la vez, tan antigua, que casi la partió en dos. ¿Qué le contestaba a eso? ¿Cómo decirle que incluirla en un evento de familia no tenía sentido? ¿Cómo contarle

que, sin duda, se moría de ganas de poder formar parte de algo así aunque no le perteneciera en absoluto?

—Yo no pintaría nada en una celebración familiar —confesó por fin con la voz débil y el corazón en un puño.

Troy se la incorporó con suavidad y decisión y la colocó frente a él, en una postura en la que ella se apoyaba sobre su pecho con ambas manos y podía notar los latidos y el pulso rítmico que bombeaba sangre a sus venas. Lo miró a través de la penumbra de la habitación, llena de timidez, como si el tema que estaban tratando fuera sumamente delicado y le avergonzara como ninguna otra cosa.

—La celebración no sería igual sin ti —dijo muy serio—. Ha sido idea tuya y no puedes faltar.

Jorie Sue se conformó con esas palabras, aunque no implicaran que la quisieran por otra cosa que porque la idea hubiera partido de ella. Una decepción amarga le cruzó el semblante y, a pesar de la poca luz que había en la habitación, no le pasó inadvertida a Troy Layton.

—Ey —susurró colocando los suaves dedos de su mano bajo el mentón de Jorie—. ¿Recuerdas que me importas y que yo te importo? Y sé que mis hijos también son importantes para ti. ¿Qué más necesitamos para que te sientas incluida en todo esto? ¿Necesitas palabras? ¿Necesitas gestos? Te daré cuanto necesites para que no te sientas fuera… no podría soportarlo si te sintieras así.

Le subió un acceso de llanto súbito que la partió en dos. Detestaba mostrarse tan vulnerable, pero era imposible resistirse a esas palabras, a ese argumento que apelaba tan directamente a la mayor carencia con la que había vivido toda su vida. Si le estaba dando un sitio entre ellos, si había decidido abrirle los brazos para que formara parte de algo más grande que ella misma, que ellos dos mismos juntos, entonces solo podía responderle con el llanto más impetuoso que jamás la había azotado. Lloró como un hombre que acaba de perderlo todo, como un niño que no halla consuelo, como una mujer que, de repente, halla todas las respuestas. Lloró en sus brazos como unos días atrás lloró en brazos de Vera, demostrándose a sí misma que repetía gestos, que volvía a caer en actos de debilidad, de máxima humanidad, que la estaban cambiando del todo.

Troy, en lugar de asustarse, la contuvo contra su pecho, abrazándola tan fuerte como era posible sin lastimarla. La sujetó y consoló como hizo Vera, le acarició el pelo, la espalda, los brazos, le susurró que todo iba a ir bien y la acunó como si fuera una niña perdida que necesitara de su consuelo para seguir viviendo.

En toda su vida, apenas había llorado. La habían hecho fuerte a golpe de desdén, de dejarla de lado, de dañarla a conciencia, de golpearla, vapulearla, humillarla y quitárselo todo, incluida su capacidad de réplica. Cuando su padre la hacía sentir como si fuera

transparente, sus hermanos como si fuera el objeto prescindible y su marido, un saco de golpes, quedaba poco margen para las lágrimas, porque había aprendido que llorar no solucionaba sus problemas. Por eso le gustaban las telenovelas, porque en ellas, las mujeres fuertes no lloraban, y las buenas, las que lloraban por amor, conseguían al chico, pero no el respeto de la audiencia. Y ella quería respeto, quería formar parte de algo por derecho propio, quería alcanzar sus metas sin parecer débil ni dañar a nadie por el camino.

Las palabras de Troy habían desatado una vorágine de tal envergadura, que Jorie Sue temió perder el control de todo su cuerpo, así que rompió el abrazo que lo unía a él, y lo miró a los ojos a través de la penumbra. De sus iris azules escapaba un brillo eléctrico que la hizo estremecer, haciendo que todo su cuerpo se tensara en una rigidez difícil de soportar. Los sollozos habían ido amainando y ya no la sacudían, aunque aún le resbalaban lágrimas cristalinas por las mejillas. Él acercó sus pulgares para limpiarlas, deslizándolos con una lentitud abrasadora, haciendo que ella desease que, tras acabar con esa tarea, siguieran recorriéndola entera, con esa ternura y esa dedicación.

Troy parecía debatirse entre el deseo y el deber. Estaba claro que, si aún no había ido más allá, era porque él mismo se había impuesto unas reglas con respecto a ella que ahora se estaba planteando romper. No había duda de que la batalla por hacer lo correcto se estaba librando y perdiendo a pasos agigantados.

Cuando sus dedos llegaron a la base de su cuello, Troy ya se sabía perdido, y hundió sus labios en los de ella, buscando el sabor de su boca y la sensación poderosa de dominar su dolor y su furia con cada nuevo beso que le arrancaba. Jorie se dejaba hacer, aplacando la sed que tenía de él, entregándose a la tarea de besarlo como si fuera lo único posible en ese momento y ese lugar.

Él la abrazó con fuerza y la colocó a horcajadas, sobre su regazo, de un modo parecido a como la había sostenido dentro de la camioneta al día de la tormenta. La tenía a su merced y él se mantenía preso de lo que ella demandase de él. Se estaban consumiendo el uno con el otro, anticipando un deseo y unas ganas que llevaba muchos días queriendo emerger y dominarlo todo.

Desde esa posición de poder, Jorie Sue accedió a su boca más limpiamente, mordisqueando sus labios, reclamándolos y tomándolos a voluntad. Él, que la recorría con sus manos como si fuera una estatua de mármol que pretendiera aprenderse de memoria, luchaba por mantener su boca junto a la de ella, sin dejar de perseguir la suavidad de su cuello y la voluptuosidad de sus caderas.

Con las manos temblorosas, Jorie le quitó la camiseta con la que solía dormir. Dejó al descubierto los músculos de su pecho y su

espalda, que acarició y repasó como si fueran una tierra recién conquistada. Él la imitó, sacando su camisón por encima de la cabeza y lanzándolo lejos. Ahora tenía acceso a su cuerpo, a todo él, y no pensaba dejar libre ni un hueco sin explorar.

Empezó por llegar con su lengua a sus pechos, que hizo suyos con ternura y dedicación. Luego, ella curvó su espalda y su registro continuó, más abajo, siempre un poco más abajo, hasta que llegó a su ombligo y se detuvo en las inmediaciones. Ella quería más, cerró los ojos con fuerza, como si deseándolo pudiera llegar, y Troy, que parecía estar dentro de su cabeza, la complació retirando su ropa interior y acariciándola y volviéndola loca.

Cuando la temperatura de Jorie estaba a punto de hacer estallar todos los termómetros, Troy dejó de acariciarla por un instante, la tomó en brazos y volvió a colocarla encima de él. Se había deshecho del resto de prendas que los molestaban y solo estaba ellos dos, piel con piel, vulnerables y desnudos, sin más escudo que sus corazones, ardiendo en unas llamas que solo el otro podía aplacar a fuerza de deseo.

La sentó sobre él, la encajó sobre sus piernas y entró en lo más profundo de su alma sin desprenderse de la red de seguridad que eran sus ojos. Ella, llena por completo de él, comenzó a moverse despacio, como reconociendo un camino que quería recorrer y conocer a fondo. Se miraban y se decían cosas intensas y hermosas sin palabras, mientras sus manos se acariciaban y, sus labios corrían a buscarse para darse de beber mutuamente.

Jorie, desde su posición privilegiada, controlaba los movimientos de su baile, el ritmo de sus cuerpos, de cada embestida. Y él, sujeto por completo a sus costados, como temiendo perder el control, se dejaba hacer sin condiciones, sabiendo que estaba jugando un juego peligroso y excitante, como si los fantasmas esa noche no pudieran alcanzarle.

Cuando Jorie sintió que no podía más, que el ritmo había alcanzado cimas de locura y paroxismo sin límites, se dejó caer al abismo, atrapada por la sensación más hermosa del universo, arropada por unas manos que prometían no dejarla desvanecerse y perderse en la oscuridad. Él la siguió muy pronto, anclándose en sus ojos claros, sujetándose para no perderse él también en manos de una perversa sombra que los amenazaba con llevárselos. Troy acababa de alcanzar una paz largamente deseada. Jorie Sue, la primera vez que alguien le entregaba su alma en un acto tan carnal, tan visceral y con tanto corazón.

Cayó sobre su pecho sudoroso, intentando aplacar la furia de sus frenéticos latidos, que se habían acompasado con los de Troy en un ritmo infernal. Le dolía el cuerpo solo de pensar en toda la tensión

acumulada que acababa de liberar y sonrió, intentando que esa sonrisa de satisfacción pasara inadvertida para Troy. Él, con los ojos fijos en ella, se la bebía con cada mirada, disfrutando de sus labios curvados en esa sonrisa preciosa, la más bonita que nunca había visto. Y quiso que aquello nunca acabase, que juntos combatieran fantasmas y pesadillas, y que se dieran de beber mutuamente con cada respiración.

Todo eso antes de los remordimientos, de los segundos pensamientos, de la rabia contra uno mismo por acabar por cometer siempre los mismos errores estúpidos.

Cuando Jorie Sue despertó a la mañana siguiente, Troy Layton había desaparecido de su cama. Por alguna extraña razón, dentro de su corazón sabía que no iba a volver.

Capítulo 20
A tientas

El presentimiento de Jorie Sue se hizo realidad desde la primera mañana después de haber estado en brazos de Troy Layton.

Ni siquiera se había presentado a desayunar y Jorie sintió que algo volvía a romperse en su interior. No sabía explicarlo, pero lamentaba profundamente haberse dejado inundar por él, si el precio era perderle en todos los demás sentidos.

Vera ya estaba de nuevo al pie del cañón desde hacía algunos días y Cricket había vuelto a retomar sus visitas a Martha, eso sí, con mucha cautela, sin hacerla forzar en ningún momento y, sobre todo, bajo la supervisión directa de la enfermera que no se separaba de Martha ni un solo instante.

Martha había vuelto muy pálida del hospital, extremadamente cansada, pero feliz de saber que seguiría respirando por ella misma un tiempo más, sin vivir conectada a una máquina que hiciese ese trabajo por ella. Esperaba que pudiera estar presente en la fiesta de Cricket, porque sabía la enorme ilusión que algo así le haría a la niña, aunque tenía algunas dudas al respecto.

Ese día, tras desayunar frugalmente, incapaz de introducir nada sólido en el estómago a riesgo de acabar por echarlo fuera, decidió que aprovecharía las horas en las que Cricket y Martha estaban juntas, para ir al pueblo a comprarle un regalo de No Cumpleaños a la niña y, así, airearse y evitar encontronazos con Troy. A todas luces parecía que la estaba evitando, así que iba a ponérselo fácil.

Tras despedirse de las chicas y desearles feliz lectura, decidió acercarse a los almacenes donde tenían su vieja Chevy en custodia. El mecánico, que había acudido puntualmente a diagnosticar el problema de su vieja camioneta, le había hecho un apaño rápido y para el que no ofrecía muchas garantías, pero que había conseguido mantener con vida a su vieja compañera de aventuras.

Las llaves estaban puestas, así que se subió a ella y cerró la portezuela mientras la invadía una sensación extraña de reencuentro con un buen amigo, largamente añorado, como si los recuerdos se agolparan en su mente, pidiendo paso, llevándola a sitios y lugares que creía ya olvidados.

La Chevy la había heredado de su hermano Rod, que iba a convertirla en chatarra y venderla al mejor postor. En realidad, no la heredó, se la tuvo que pagar, tuvo que hacer lo que él le pidiera durante un mes. Un mes de muchas humillaciones que ella aguantó sin rechistar por alcanzar su propósito: tener una vía de escape.

Tenía dieciséis años y sentía que acababa de conquistar algo

importante, que podía si quería, que todo era posible con determinación. Qué pronto se olvidó de esa sensación de poder que ganar la Chevy le había proporcionado unos años atrás. Ni mirándola a diario fue capaz de recordarlo, al menos hasta ese día que hizo su pequeña maleta y pegó fuego a la vida que no reconocía y que solo le había regalado sinsabores, golpes y amargura.

Arrancó con cuidado, temerosa de que la vieja camioneta, despertada bruscamente, se negara a acompañarla en esa pequeña aventura al pueblo. Era la primera vez que iba a ir sola y estaba aterrada. Pero también fuertemente determinada. Tenía que ir conquistando pequeñas parcelas, ganándole terreno al miedo poco a poco, si no, estaría condenada a esconderse lo que le quedaba de vida, y no estaba dispuesta a vivir así lo que le quedaba, fuera mucho o poco.

Así que salió con cautela de los almacenes. En el asiento del copiloto llevaba su libro de Jane Austen, *Orgullo y Prejuicio*, entre cuyas páginas consoladoras había ido guardando los sobres con la paga semanal que Vera se encargaba de hacerle llegar de parte de Troy Layton. No habían acordado una cantidad en ningún momento antes de comenzar a cuidar a Cricket y Jorie no sabía cuánto le pagaban por su trabajo. Aún no se había atrevido a abrir ninguno de esos sobres porque no le había hecho falta el dinero para nada.

Ahora, su intención era gastarlo en algo bonito para Cricket y en ingredientes para una preciosa tarta de No Cumpleaños. Creía que su presencia en la celebración no estaría justificada mientras sentía que algo se había vuelto extremadamente extraño entre Troy y ella, pero eso no quitaba para que le pudiera preparar la tarta más bonita del mundo, si es que conseguía serenarse y dejaba de temblar a cada minuto que pasaba. No era buena cocinando, pero era excelente con la repostería, eso era lo mejor que sabía hacer con sus manos.

Cuando llegó a la altura de la casa, vio salir de ella la figura de Colton, vestido con unas bermudas color gris oscuro y una camiseta azul intenso, con un R2D2 enorme en el pecho. El muchacho le hizo una señal para que parara justo delante de él, y apoyó su cuerpo contra el interior del coche, cuando Jorie Sue bajó, manualmente y no sin esfuerzo, la ventanilla que correspondía al lado del copiloto.

—Buenos días —saludó Colton repasando la camioneta con ojos extrañados—. ¿A dónde vas en esta cafetera? ¿Estás segura de poder llegar a alguna parte?

La broma no le sentó mal, estaba demasiado acostumbrada.

—Voy a Semmes, a hacer unas compras. Y no te rías de mi vieja Chevy, es más dura de lo que aparenta.

—Seguro que sí —rio de buen humor Colton.

Parecía que hoy tenía uno de sus días buenos, se regocijó Jorie, que

odiaba verlo penando por las esquinas cuando salía uno malo y le costaba tanto llegar a él. Hoy estaba guapo, con sus mejillas sonrosadas, el pelo cayéndole rebelde sobre los ojos, y sus labios llenos e inusualmente rojos, que parecían haberse atiborrado de fresas y cerezas.

—¿Puedo acompañarte? —soltó él a bocajarro, sin que Jorie se esperase tener compañía en ese viaje al pueblo y al centro de su dolor.

Quizá le vendría bien la compañía para no volverse loca de darle vueltas a la cabeza a la ausencia de Troy esa mañana. Además, el chico parecía estar en uno de sus días buenos, como ya había observado, así que no se le ocurrió motivo para negarse a dejarse acompañar.

—Sube —accedió con una sonrisa—. Pero lo haces bajo tu responsabilidad. Si estás seguro de que la camioneta pueda conseguirlo, bienvenido seas.

—Me arriesgaré —dijo divertido—. Siempre es mejor eso a que me pillen holgazaneando y me pongan a trabajar. Y hoy llevo mi camiseta nueva. No me lo puedo permitir.

A Jorie Sue le gustaba especialmente cuando Colton Layton reía. No sabía por qué sus ojos, a veces, se convertían en ascuas ardientes de hielo y su semblante perdía toda la luz. Pero cuando ocurría lo contrario, cuando en su mirada solo había cosas hermosas y en su rostro una sonrisa limpia, Jorie adoraba mirar a Colton y estar con él. Era divertido y listo. Era atrevido, cariñoso y leal. Era un compendio de virtudes preciosas que se morían al instante cuando la oscuridad le alcanzaba, como un rayo perdido de una tormenta lejana que, de pronto, se desataba en su interior.

Jorie puso rumbo al pueblo, convencida de que haber aceptado su compañía había sido una buena idea. Aunque solo habían pasado unos días, la conversación del día siguiente a la tormenta les había valido a ambos para acercar posturas y dejar las armas de lado. Colton veía en ella a una aliada, finalmente, aunque a su padre le seguía costando acercarse de una manera más afectiva.

—Mi padre me ha contado esta mañana que iremos a navegar el domingo —compartió con ella sus noticias—. Me ha dicho que ha sido idea tuya.

Jorie Sue se revolvió inquieta en el asiento de la camioneta. Hubiera preferido que Troy se atribuyera el mérito, apuntándose el tanto con sus dos hijos, en lugar de hacerse el humilde y darle a ella el crédito que su acción parecía merecer.

—Bueno, solo fue una propuesta, depende de tu padre todo lo demás —añadió con timidez—. Creo que os vendrá bien pasar un día en familia y celebrar algo todos juntos.

—No se celebra nada en esta familia desde… —Intentó hacer

memoria entornando los ojos cómicamente—. Bueno, no sé, supongo que en algún momento se celebraría algo, pero no lo recuerdo.

Se rio de su propio chiste, fijando a continuación los ojos en la carretera. Había captado el ánimo ciertamente luctuoso que lucía Jorie Sue ese día, cosa que no era difícil, porque ella no sabía cómo disimularlo.

—¿Te encuentras bien, pequeña Ava?

Cada vez que la llamaba así, cada vez que alguien pronunciaba ese nombre para dirigirse a ella, se le hacía más difícil fingir que era otra mujer. Sentía que los estaba engañando a todos, tener otro nombre y ser otra persona, se le desgarraban las entrañas de pura decepción consigo misma. Pero ya no podía cambiar lo que había hecho. Ahora que confiaban en ella, que incluso tomaban en consideración los planes que proponía para que sintieran, al menos por un día, que eran una familia de verdad y que incluso se querían, no podía decirles que Ava Mae Riperton no existía, que ese no era su nombre ni ella era una chica sin pasado ni pecados que los estaba utilizando para esconderse de sus miedos y sus inseguridades.

—Algún día te contaré una historia muy triste que hará que comprendas que no todos hemos tenido suerte en la vida —le dijo con un hilo de voz, sin ser consciente realmente de que estaba dando más pistas sobre la verdadera Jorie Sue de lo que hubiera pretendido en un principio.

—Puedes contármela ahora —se ofreció con una sinceridad pura y hermosa que hizo que Jorie Sue esbozara una débil sonrisa. Colton Layton podía ser el ser más dulce y precioso de la tierra cuando mantenía encadenados y lejos de su cabeza a todos esos demonios que solían atormentarle—. Aunque a veces parezca un imbécil integral, puedo llegar a sorprenderte. Si me dejas.

Dijo esas últimas palabras mientras se miraban por un instante fugaz a los ojos, antes de que Jorie tuviera que devolverlos a la carretera para no tener que lamentar un accidente. Lo que vio en ellos le asustó mucho más que la más negra oscuridad que pudiera estar acechando a Colton. Lo que vio la dejó sin aliento, la mortificó e hizo que su desasosiego, en lugar de calmarse por la compañía, se incrementara hasta niveles estratosféricos, al juntarse con el que ya traía de casa por culpa de su padre.

Colton Layton la miraba como si la adorara, como si estar con ella y ofrecerse a ayudarla, escucharla o acompañarla fueran lo mejor que le podría ocurrir ese día. No supo identificar justo el momento en que lo había sentido, pero sí que sus ojos no dejaban lugar a dudas. Colton tenía un enamoramiento juvenil con ella y no sabía cómo gestionar tamaña responsabilidad.

Se asustó muchísimo, porque no quería decepcionarlo, pero lo

acabaría haciendo porque no podía corresponderle. ¿Cómo demonios se manejaba un asunto como ese, con una persona emocionalmente tan delicada e inestable como ese niño roto que tenía al lado?

Carraspeó para deshacerse de esa sensación de acorralamiento y ese miedo viscoso que, de repente, lo había invadido todo, y se pintó en los labios una sonrisa, intentando desviar la atención sobre ella y sus miserias.

—Colton, eres un cielo —dijo ella procurando parecer despreocupada—. Pero no me hagas caso. Hoy me he levantado algo nostálgica y no he podido evitar ponerme en plan dramático.

Le pasó una mano por el hombro en señal de agradecimiento. Luego se arrepintió. No debía alentarle con gestos o palabras que pudieran ser malinterpretadas a su favor. No debía darle alas ni esperanzas. No debía poner piedras en su mochila, porque cuando cayera al pozo de la desesperación al que tan propenso era, la mochila pesaría demasiado y dejarse hundir por ella sería mucho más fácil.

Sentía que con él debía andar a tientas, con pasos cortos, lentos, con un tacto especial, con tanto mimo como cautela. La misión era tanto o más arriesgada que cuando quería matar en él la sensación de inutilidad y desprecio que lo inundaba con respecto a su padre, y se regañó al instante, porque sabía que, al meterse de lleno en aquel proyecto, había descuidado la parte en la que ella se le mostraba igualmente vulnerable y caótica. Así, era fácil sentir empatía y acabar creyendo que ella era parecida a él, y creer que la quería, que ella podría corresponderle y que todo podría ser idílico y especial.

En realidad, lo que todo podía acabar siendo era doloroso, aterrador y letal, pero Jorie Sue ni siquiera quiso pensar en ello.

Aparcó en el centro del pueblo, desde donde podía ir sin problemas a los comercios que tenía señalados en su lista, en busca de los ingredientes de la tarta y del regalo de Cricket. Estar ocupada en esos quehaceres era de agradecer. Dar tantas vueltas a las cosas iba a acabar por volverla loca de remate.

Colton se dispuso a acompañarla, pegado a ella como si fuera su guardaespaldas, y Jorie Sue no supo si lo prefería al lado y controlado, que lejos, donde no fuera una fuente de conflicto emocional a ese nivel tan elevado.

Entraron en el pequeño supermercado del pueblo y, con rapidez, hicieron una pequeña compra que incluía mantequilla, azúcar glas y aroma de vainilla natural. Los huevos y la leche los podría obtener en la plantación, así que la lista era bastante más limitada que de haberse hallado en su casa. También adquirió una manga pastelera y algunos botes con confeti decorativo comestible de color rosa. Iba a hacerle a Cricket una tarta de princesa, aunque, realmente, no sabía mucho de los gustos de las niñas actuales que no iban a cumplir nueve o diez

años el domingo.

—¿A Cricket le gustan las princesas? —le preguntó a Colton, decidiendo que, ya que estaba allí, podía utilizarlo para afinar a la hora de elaborar la tarta y acertar de pleno con la niña.

—A Cricket le gusta leer y hacer trastadas —aportó Colton—. Y le gustan las zanahorias, los pasteles de carne y *Dirty Dancing*. De princesas no tengo ni idea, salvo de la princesa Leia, de la que tenía una muñeca articulada a los cuatro o cinco años que me robó a mí de mi colección de *Star Wars*.

Vale. Zanahorias. La tarta sería de zanahoria en lugar de vainilla. Y no llevaría princesas ni confeti rosa. Dejó las cosas que ya no iba a utilizar en su estante correspondiente y metió en la cesta de la compra *fondant* para modelar. Si sus dotes escultóricas no se habían atrofiado mucho desde la última vez, podría hacerle a Cricket una tarta sin princesas, pero sí con algunos elementos que le iban a gustar. Sonrió de anticipación y agradeció a Colton su ayuda.

Pagó sacando el dinero correspondiente de entre las páginas de *Orgullo y Prejuicio*. El cajero la miró divertido y ella, casi feliz, le devolvió una mirada parecida. Pese al peso muerto que suponía la metafórica pérdida de una parte de Troy, en ese momento, justamente, estaba de buen humor y no tenía reparos en compartirlo con el mundo.

Salió del supermercado con Colton a su zaga y se giró sobre sus talones. Echó un vistazo a la pequeña plaza del pueblo y sus ojos se quedaron clavados en un rincón diminuto que estaba, justamente, al lado contrario a donde se encontraban.

Sus pies la llevaron allí velozmente, con unas ganas tremendas de esconderse en ese lugar y no salir jamás. Recordó que solo disponía de un tiempo limitado, que su deber era ir a buscar a Cricket, pero es que no entraba en una librería desde hacía años, desde aquella única vez en Montgomery, donde solo pudo llevarse un libro a casa. Ahora, con un dinero que era suyo por primera vez y una tienda pequeña pero abarrotada de libros, no pudo dejar de pensar en darse un capricho. Le compraría el regalo a Cricket, pero también se haría uno a ella misma, se lo merecía.

Entró con cautela en la coqueta librería. Detrás del mostrador, un hombre de edad avanzada, largos bigotes blancos y una sonrisa amplia y generosa, la invitó a recorrer las abarrotadas estanterías de su diminuto local. Sentía el aliento de Colton en la nuca, que no se había querido separar de ella tampoco en la tienda de libros. Si debía sentirse nerviosa por esa cercanía, quizá poco adecuada, en ese momento ni lo valoró. Estaba en el paraíso en ese momento y ni el aparente enamoramiento juvenil de Colton ni la huida de su padre de la cama que habían compartido, iban a estropearle ese momento.

Repasó las estanterías de arriba abajo, estudió los títulos que más le llamaron, los autores que sabía que no la iban a defraudar, las sinopsis y portadas más tentadoras… y se decidió por un pequeño botín que pensaba llevarse con ella, para saborear y para meter en su humilde maleta si tocaba volver a emprender viaje hacia ninguna parte. Escogió tres títulos para ella y dos para Cricket. Si por ella hubiera sido, hubiera acabado con el dinero escondido entre las páginas de la novela de Jane Austen, pero sabía que necesitaba de cuanto pudiera reunir por si había que planear otra huida y diseñar sueños lejos de la plantación de los Layton.

Le entregó al librero sus tres libros —*Cien años de soledad*, *Jane Eyre* y *La señora Dalloway*— y él la miró con aprobación. Eran ediciones modernas, sin muchas pretensiones, buena encuadernación, buen precio. Para Cricket, sin embargo, escogió una preciosa versión ilustrada de *La Bella y la Bestia*, con unos dibujos magistrales, elegantes y hermosos que era una auténtica maravilla, y una edición especial, antigua y con historia, de *El Principito*. Probablemente, Cricket ya se habría leído ambos, por eso quiso escoger ediciones con algo que las hiciera destacar y que le gustaran al corazón lector de su joven protegida. Antes de abandonar la tienda, no obstante, le entregó al librero un ejemplar de la primera entrega de *Harry Potter* para que lo incluyera en el paquete, no sabía si Cricket lo había leído, pero sí que era indispensable que lo hiciera.

Cuando salieron de la librería, Jorie con pena, Colton con ganas, se encontraron de frente con una pandilla de muchachos, de la edad de Colton, aproximadamente. Él se paró, como si se acabara de convertir en estatua de sal, y los otros, con la mirada torva, se acercaron más a ellos.

Instintivamente, Colton la apartó con la mano, suavemente, hasta colocarla por detrás de él. El gesto la llenó de ternura, pero, sobre todo, de alarma. Algo le decía que los problemas que a ella tan poco le gustaban, acababan de encontrarlos.

Colton, que, superado el impacto inicial, había cuadrado los hombros y sacado pecho, parecía tener todo bajo control. Eras cuatro en contra, pero a él le daba exactamente igual, o esa era la impresión que daba. Era peor, le gustaba. De repente había dado la vuelta a la situación y estaba encantado de tener a esos chicos enfrente, con una actitud nada amistosa y los puños preparados para atacar.

Jorie Sue lamentó no tener un teléfono a mano para llamar a Troy y prevenirle de eso, llamarle para que acudiera al rescate, porque ella podía ayudar a Colton en caso de necesidad, criarse con sus hermanos le había dado un curso acelerado en peleas callejeras, pero eran cuatro y Colton era, parecía, tan frágil…

El pulso que mantenían los cuatro chicos con Colton, examinándose

y desafiándose solo con mirarse, le puso de los nervios. El corazón empezó a latirle a mil por hora y la cabeza le daba vueltas, intentando hallar la solución menos complicada a esa situación nada prometedora. Nada, no se le ocurría nada, salvo tomar de la mano a Colton y salir de allí corriendo, cosa que estaba segura de que él detestaría y que no se prestaría a hacer.

—Vaya, Layton —dijo el más alto de todos, un líder natural, el cabecilla de esa pequeña banda de terroristas adolescentes—. No pensé que te fuéramos a ver tan pronto. Nos ha contado un pajarito que el sheriff Cranston te enchironó… qué pena que el dinero de tu padre te sacara tan rápido.

El chico era mucho más grande que Colton, vestía con pantalones holgados y camiseta ajustada. Llevaba una gorra de béisbol puesta del revés, que dejaba ver si pelo oscuro y largo por debajo de ella. Tenía la cara larga, la nariz grande y los labios finos. No era una belleza, pero tampoco podía decirse que fuera feo. Era el prototipo de niñato de dieciocho o diecinueve años, uno de esos que se creían los reyes del universo y tenían la suerte de que un puñado de chavales con menos personalidad que él, le seguían el juego. Los otros tres, estaba cortados por un patrón similar, vestían casi del mismo modo y los miraban como si fueran una mosca que se hubiera posado sobre su chuleta con guarnición.

El cabecilla le hizo un gesto para que respondiera a su provocación, pero, gracias a Dios, Colton no le dio pie a ello. Simplemente apretó sus puños hasta hacer que la piel perdiera todo su color y solo quedara el pálido blanco que indicaba que ahí no le estaba llegando la sangre. Jorie Sue temió que sacara la rabia que notaba que le estaba bullendo por dentro en forma de pelea a puñetazos. No contra cuatro, no con cargos de agresión en su contra pendientes de juicio.

—¿Sabes que a Luka casi te lo cargas el otro día? —preguntó el mismo chico señalando al que tenía a su izquierda, más bajito y con un apósito en la frente, señal inequívoca de que aquel era a quien Colton había mandado al hospital y por el que fue detenido—. Su padre no está nada contento contigo.

—Ni con tu padre —le espetó entonces el aludido—. Menudo cabrón, robarle los trabajadores a traición. Pagaréis caro lo que habéis hecho, los Layton sois solo escoria.

Colton seguía crispado, las ganas de liarse a golpes eran más que evidentes. Si seguía callado, algo aún podía hacerse, pensó Jorie, asumiendo que era cuestión de tiempo que las cosas se complicasen si no hacía algo.

—Por cierto —intervino de nuevo el del apósito en la frente, a todas luces, el hijo de Phillip Redman—. Si arde una sola cosa más en la plantación de mi padre, date por muerto. Sabemos que sois vosotros

los que nos estáis jodiendo y ya estamos hartos de quedarnos quietos y callados.

La furia del muchacho era considerable, material inflamable que estaba a punto de desencadenar una guerra sin cuartel a puñetazos. La de Colton, no se quedaba atrás. Sabía que debía quedarse callado, no entrar en el juego de las provocaciones y salir de allí de la manera más limpia posible. Si volvía a pelearse, la vista del juicio se complicaría y su padre no volvería a sacar la cara por él. Jorie notaba su tensión, sus ganas de dejarse vencer por la rabia y explotar, como una granada lanzada con la simple idea de acabar con todo.

—Colton —suplicó Jorie Sue poniendo su mano sobre los puños apretados del muchacho en un intento desesperado por calmarlo y sacarlo ileso de allí—. No lo hagas.

—¿Y esta monada? —dijo entonces el alto, adelantándose un paso hacia ellos y reparando en Jorie, como si no la hubiera visto hasta que ella misma había abierto la boca—. Qué escondida que la tenías, Layton.

Dio otro paso más hasta casi alcanzar a Colton y Jorie, y trató de tocar un cabello suelto que a ella se le había escapado de la coleta en la que tenía recogido su pelo. No llegó a poner ni un dedo sobre ella, Colton, aún más protector que unos minutos antes, se interpuso totalmente entre los dos, impidiendo que ninguno de ellos pudiera tocarla.

—Si le pones un solo dedo encima, juro que te mato, Jimmy —le advirtió Colton, arrastrando las palabras con una furia sobresaliente que le heló la sangre a Jorie.

El aludido esbozó una sonrisa burlona, dio un paso atrás y evaluó la situación. Claramente seguían siendo más que ellos, pero la actitud de Colton era la de una fiera enjaulada que solo necesitaba que le abrieran la puerta para saltar a la yugular de su presa.

—Mira qué valiente es el niñato —dijo a modo de chanza, simplemente para conseguir las risas de sus amigos y seguir por encima de su adversario.

Pero lo que sus amigos no veían es que el tal Jimmy miraba ahora a Colton con otros ojos. No con miedo, no con dudas sobre si podría vencerlo, pero sí con algo parecido al respeto.

—Mira, Layton —le desafió para dejar claro que su amenaza no le había hecho mella—. Si quiero ponerle un dedo encima a esta preciosidad o todo lo que yo quiera mío encima, te aseguro que eres muy poca cosa para pararme.

—Jimmy, si la tocas, te mato —dijo Colton muy despacio, masticando las palabras, una a una, dejándole muy claro el planteamiento.

El aire estaba enrarecido, la tensión del ambiente era asfixiante y el

corazón de Jorie amenaza con salírsele por la boca y dejarla sin sangre en las venas. Estaba aterrada, pero no por lo que ese crío pudiera hacerle, sino por lo que Colton podría llegar a hacer por defenderla.

Pensó fugazmente en Bobby Dean y en su manera de arreglar siempre las cosas a puñetazos. Con ella, con cualquiera con el que discutiera, con cualquiera que se metiera con él. Sus hermanos tampoco eran angelitos, precisamente y ella, siempre rodeada de ese tipo de violencia, había llegado a detestarla profundamente. Ahí parada, con Colton al lado, tan enfadado, se sentía como si en su vida no hubiera habido una mejora significativa. Como si viviera aún a la sombra de Bobby Dean. Como si el miedo aún no hubiera ardido con su casa y sus pertenencias.

Entonces, tomó una determinación. Para evitar que el puño de Colton siguiera crispado, le tomó de la mano. Fue un gesto instintivo, de pura protección. Si él quería protegerla a ella, Jorie no se iba a quedar atrás. Haría lo que hiciera falta para evitar que Colton se metiera en problemas.

Colton miró sus manos entrelazadas un instante, luego la miró a ella, sorprendido, y Jorie sintió que se relajaba un ápice, lo suficiente para que los puños dejaran de presentar un doloroso color blanco y la sangre volviera a fluir por ellos libremente.

—Mira qué bonito… así que es tu novia —se burló el chico mirándolos con malicia—. Haberlo dicho antes, hombre. Si la chica está pillada, solo tenemos que deshacernos de ti y así quedará libre. Qué fácil resolver el problema, ¿eh, Layton?

Cuando el chico, en un movimiento de lo más atrevido, volvió a acercarse a ellos, amenazante, Colton levantó la mano para recibirlo con un puñetazo.

El sonido estridente de una sirena y el coche del sheriff acercándose a ellos, acabó con cualquier conato de lucha cuerpo a cuerpo en mitad de la calle. Estaban salvados y podrían contarlo. Nunca antes pensó que se alegraría tanto de la presencia del sheriff.

El oficial, claramente enfadado, salió de su vehículo y se acercó a ellos con dos grandes zancadas. Los miró seriamente durante un par de segundos y se dirigió al cabecilla de los matones.

—¿Todo bien por aquí, Jimmy? —le inquirió con severidad.

—Todo perfectamente, sheriff —confirmó el chico con sorna—. Aquí Layton, que nos estaba presentando a su novia.

El sheriff Cranston los miró un segundo. Estaba claro que a Colton lo conocía y de ella se acordaba de su visita a la oficina con Troy, el día de la tormenta. Si se sorprendió al verla tomada de la mano con el hijo del hombre a quien había acompañada la vez anterior, no dijo nada. Se limitó a asentir y a girarse de cara a Colton.

—¿Todo bien, hijo? —preguntó con algo más de suavidad en el

tono de su voz.

—Sí, señor —contestó Colton, aún aferrado a ella, a la que sostenía con fuerza y una enorme determinación—. Lo cierto es que ya nos íbamos.

—Y nosotros —añadió inmediatamente Jimmy, que echó a andar con rapidez hacia una de las calles aledañas a la librería, con su séquito tras él.

Colton hizo un gesto de despedida al sheriff y se dispuso a llevar a Jorie a la camioneta, meterla dentro y ponerla a salvo. No llegaron muy lejos, la voz perentoria del oficial les cortó el camino de huida.

—Colton —le llamó.

—¿Sí?

—Dile a tu padre que me pasaré la semana que viene para interrogar a la gente de Layton sobre los últimos incendios, que no crea que se me ha pasado por alto —le comunicó con solemnidad. Luego, a modo de despedida, se tocó el ala de su sombrero y se metió en el coche.

El corazón de Jorie Sue latía a tantas pulsaciones por minuto que creía que acabaría por hacerle un agujero en el pecho para salir disparado de allí. Estaba tan conmocionada por todo lo que acaba de pasar que apenas podía moverse. Colton le tomó las llaves de la mano, acariciándosela casi imperceptiblemente, y la instó a entrar en la camioneta. La puso en marcha y llevó él las riendas de todo el viaje, de sacarla de allí, de acabar con toda la tensión de ese horrible momento.

Ni siquiera se dio cuenta de que habían llegado a la plantación de nuevo, que Colton paraba delante de la casa, y que le abría la puerta de la camioneta.

Solo cuando vio delante de ella la cara desencajada de Troy Layton, volvió a respirar con normalidad, a sentir sus latidos con la regularidad habitual y a escuchar y ver los sonidos y los colores como eran en realidad.

Solo cuando se dio cuenta de que Troy Layton estaba muerto de miedo porque pensaba que ella se había ido, ido de verdad, y que el alivio de verla de nuevo le había devuelto el color a las mejillas, supo que podía relajarse y volver a darle al botón de reproducción.

La vida seguía y ella estaba a salvo.

Capítulo 21

Te prometería la luna

La tarta quedó mucho mejor de lo que había imaginado.

El domingo por la mañana se levantó temprano para acabar de montarla y darle los últimos retoques. Era su manera de matar el tiempo, la angustia y los temores que le provocaba volver a dormir sola. No habían vuelto las pesadillas, pero las temía tanto como temía cada tormenta. Así que estar ocupada era una manera de conjurar sus demonios y matar el dolor por la ausencia de Troy.

Había vuelto el trato entre ellos. Después de las primeras horas tras despertarse sola la primera mañana que él no estaba allí, el pánico lo había inundado todo. Pero comprobar su preocupación y el alivio que había sentido al saber que ella no había abandonado la plantación, volvió a reajustar muchas cosas en su interior.

Por lo pronto, habían abandonado la intimidad pasada, pero no se rehuían si coincidían en el desayuno, en las cenas o en cualquier punto de la finca. Si estaban con Martha y él venía de visita, ella no se marchaba, y si ambos coincidían en la cocina por la mañana, se trataban con cortesía y no rehuían uno del otro.

Y aunque podía soportarlo, Jorie Sue se sentía morir con cada encuentro, como si fueran solamente jefe y empleada y no hubiera nada más entre ellos. Era una situación difícil que intentaba llevar de la mejor manera posible. Pero fingir indiferencia nunca se le había dado bien, y estaba convencida de que todos los sentimientos contenidos en su pecho afloraban a través de su mirada, de sus actos, de cada cosa que decía o hacía.

Era complicado, pero no le quedaba otra opción. El que había elegido aquello había sido Troy Layton, no ella, y aunque se preguntaba por qué demonios no era más valiente y le preguntaba directamente qué es lo que había hecho mal para acabar con aquello que habían saboreado unos días atrás, aún no había sido capaz de abordarlo y cuestionar los motivos de su abandono.

Desde que Troy Layton no dormía en su cama, ella se recluía cada noche en su habitación, soñando que él volvía, si no para amarla, al menos sí para aplacar los demonios que la acechaban en sus sueños. Más de una vez se había planteado ir a comprobar si él andaba por el salón, bebiendo y penando tristezas que se negaba a compartir con ella, como el día que llegó a la casa. Pero ella misma se imponía quedarse en su cuarto, encerrada. No quería que él pensara que lo andaba buscando. Si había sido Troy quien la había abandonado, debía ser Troy quien fuera a buscarla de nuevo. De otro modo, todo acabaría entre ellos, de forma irremediable.

Nunca había pensado en que las relaciones humanas en las que se implicaba una, poniendo en juego su corazón, fueran tan complicadas. Y quizá era que ella no estaba acostumbrada a sentir cosas o que fuera aún muy joven para entender la intensidad de un sentimiento tan grande como el que cada día crecía en su pecho, pero lo cierto es que todo aquello la tenía desquiciada y sin saber muy bien por qué reglas del juego regirse. Como si todo el abanico de opciones a sus pies estuviera compuesto de trampas mortales que acabarían por hacerla más daño.

Esa mañana no había música en la cocina. No había distracciones que pudieran sacarla de la concentración que precisaba su labor. No echaba de menos las notas musicales saliendo de la radio, ni siquiera el que las canciones la ayudaran a no pensar en nada, como a veces ocurría. Aquella mañana de domingo estaban solo ella, la tarta y sus atolondrados pensamientos.

Acabó de poner el glaseado blanco a la tarta, y sacó de una caja de cartón dos figuras que había modelado la tarde anterior y guardado para colocarlas en lo alto de la tarta. La cubrió con *fondant*, alisó la fina capa dulce, y puso, con mucho cuidado, los dos muñecos, elaborados con el mismo material y que había procurado que se asemejaran lo máximo a los originales.

En sus días escolares, Jorie Sue había destacado en las artes plásticas. Era buena con los pinceles y con el modelado, y se le daba bien cumplir las tareas de la clase de Arte. Todo eso lo había aplicado a su mano con la repostería, alquimia pura, como decía su abuela. Y así como era incapaz de hallarle el punto a un buen guiso, no había receta dulce que, calculada al dedillo báscula en mano, no le saliera perfecta. Además, el toque en la decoración que ella le daba a cada bizcocho hacía de cada una de sus tartas una pequeña obra de arte.

Cuando hubo acabado todo, miro satisfecha el resultado. A Cricket le encantaría celebrar su No Cumpleaños con semejante tarta. Era blanca, con motivos en color plata y negro y las figuras, también en esos colores. Era de dos pisos, suficiente para dar de comer a una pequeña comunidad y preveía que el sabor estaría a la altura de su potente impacto visual.

La metió en una caja y escribió la palabra frágil en mayúsculas. Si alguien iba a manejar ese paquete, que se atuviera a su fragilidad o se las vería con ella.

Justo cuando estaba acabando, llegó Vera, que alabó la obra terminada y le aseguró que Cricket se volvería loca de la emoción. Luego, mano a mano, acabaron de preparar sándwiches, ensaladas, fruta y refrescos para pasar el día al aire libre. Era agosto, el tiempo acompañaba y habían decidido hacer la comida en la playa, al más puro estilo dominguero.

—Ve a prepararte, niña —le dijo Vera una vez acabado el trabajo y los preparativos para el gran día de pesca y No Cumpleaños —. De lo poco que queda, ya me encargo yo antes de ir a buscar a Martha.

Contra todo pronóstico, Martha había mejorado bastante en los últimos días. Estaba claro que los retos le hacían crecer, porque desde que sabía del plan de fiesta para Cricket, solo había hecho que fortalecerse y dejar el cansancio y la flaqueza detrás. Cualquiera iba a celebrar algo relacionado con su sobrina sin contar con ella. Jorie estaba encantada con que hubiera encontrado un motivo para crecerse, demostrando a todos la auténtica pasta de la que estaba hecha.

—No os voy a acompañar, Vera —musitó con abatimiento—. Hoy no me he levantado muy bien y prefiero quedarme a descansar.

Llevaba varios días asumiendo que era mejor que se quedara en casa. No se veía con fuerzas para pasarse el día fingiendo. No podía estar al lado de Troy haciendo ver a todo el mundo que todo era perfecto. Era una cobardía y ella no quería actuar así, pero le dolía el corazón de pretender que las cosas no le afectaran y ya no podía soportarlo.

—De ninguna manera —resolvió el ama de llaves consternada—. Después de todo lo que has trabajado para que todo salga perfecto, me niego a que faltes.

—Vera, podéis pasar el día perfectamente sin mí.

La mujer la miró durante un segundo, evaluando la pena que desprendían sus ojos. Estaba claro que por Cricket hubiera ido encantada, pero algo de mayor envergadura la retenía. Vera, siempre tan intuitiva, la tomó de la mano y le acarició la mejilla. Sonrió débilmente y dejó traslucir un cariño enorme en esos gestos, reconfortándola casi tanto como un abrigo en lo más crudo del invierno.

—Niña —dijo con una voz cálida y llena de comprensión y ternura—. Dale tiempo… solo, dale tiempo.

Jorie Sue no acertaba a comprender cómo Vera era capaz siempre de intuirlo todo, de saberlo todo. Cerró los ojos con fuerza, reteniendo una lágrima tras los párpados. Ese día no quería llorar, estaba harta de llorar. Consiguió su propósito a duras penas, y se soltó con suavidad de la mano que ella le estaba reteniendo.

—Lo siento, no puedo…

Y echó a correr escaleras arriba, buscando la seguridad de su cuarto, en donde pensaba que se sentiría a salvo, libre para expresar el dolor que albergaba en su pecho y lo mucho que le estaban quemando los ojos de tanto retener el llanto.

Dio vueltas y más vueltas, pensó en Cricket y en lo mucho que le gustaría acompañarla, ver la cara que ponía al ver la tarta, descubrir

qué le regalaba cada miembro de su familia, saber que disfrutaba del día y que todo su esfuerzo había merecido la pena. Le daba pena pensar en que, cuando Vera o alguien más se lo contara, no fuera capaz de absorber toda intensidad que el momento hubiera tenido en realidad.

Pero le dolía tanto tener que aguantar el aliento para no derrumbarse, ser consciente de que no iba a disfrutar, que su presencia iba solo a incomodar y que no era humanamente posible retener las lágrimas un día entero, que la decisión de no acompañarlos se hacía más fácil de sostener. Se lamentaría, se odiaría y pasaría el peor día de su vida allí, sola en la plantación, pero al menos conseguiría que los demás sí tuvieran una jornada feliz sin tener que preocuparse por ella.

Cuando tocaron a la puerta de su cuarto, media hora más tarde, supo que tenía que volver a ponerse la máscara y a fingir que quedarse no le importaba en absoluto. Vera podía esgrimir argumentos muy poderosos, pero su propia estabilidad emocional debía pesar más que todos ellos.

—¿Estás bien?

No se esperaba abrirle la puerta a Troy Layton. No se espera el hilo de voz con el que la saludó, ni sus ojos, cargados de culpa por la decisión que ella había tomado de quedarse. Su mirada era acuosa, como si un mar revuelto hubiera tomado posesión de sus iris azules, y la posaba en ella llena de remordimientos.

—Troy…

Jorie Sue no estaba preparada para eso. De ninguna manera, en ningún escenario, se imaginaba que él fuera a buscarla así, ese día, por esa razón. Supuso que por Cricket se tragaría el orgullo e iría a su puerta a suplicarle, pero eso a ella no le bastaba. Necesitaba sentir que las cosas se asentaban entre ellos por las razones correctas y que no le pedía normalidad por su hija, a cambio de no dar nada de vuelta.

—Ava, sé que no te lo he puesto fácil, pero tienes que venir con nosotros —suplicó con la voz tomada por la pena—. Necesito que vengas con nosotros.

—¿Por qué? —contestó ella contrarrestando su pesar con ira—. ¿Me necesitas para acallar tu mala conciencia?

El golpe fue certero. Troy lo encajó con deportividad y volvió a la carga, no podía dejarla escapar.

—No sé cómo hacerlo —admitió mirándola directamente a los ojos, apelando a su corazón. Necesitaba convencerla de que lo había hecho lo mejor que había sabido—. Esto es nuevo para mí, no sé qué debo hacer.

—Desde luego, no desaparecer después de lo que pasó entre nosotros ahí —dijo señalando la cama, como si fuera el escenario de

un crimen abyecto—. ¿Sabes lo que duele lo que has hecho? ¿Sabes cómo me las tengo que ingeniar para que nadie me lo note?

Troy dio un paso adelante, un paso en dirección a ella. Pero Jorie Sue no podía tolerar su compasión, la que leyó en sus ojos, compasión y culpa, una combinación demasiado dolorosa como para resistirse a ella. Cuando vio que pretendía tocarla, no pudo soportarlo, y el paso en la dirección opuesta lo tuvo que dar ella, si no quería claudicar.

—Tienes razón, lo he hecho todo mal, por eso necesito que vengas hoy. Hagamos las cosas bien.

—¿Y qué es para ti hacer las cosas bien?

—Que tú no faltes, que no me mires como si te hubiera roto el corazón ni yo me sienta como si realmente lo hubiera hecho.

Lo miró un segundo y lo dejó en la puerta. Se fue a la cama y se sentó, descansando su cuerpo en el colchón. Estaba cansada de mantener esa estúpida lucha, pero no quería seguir sufriendo, no podía seguir soportando esa opresión en el pecho ni esa sensación de haber fracasado, de nuevo, con algo que creía tan importante.

—Es que me has roto el corazón, Troy Layton.

Jorie Sue ni siquiera lo miró cuando le descargó el golpe. Sus ojos no podían separarse del suelo, donde los había clavado para no darle más pistas sobre sus verdaderos sentimientos

—Lo sé.

Pero la voz rota de Troy hizo que lo mirara, que levantara la mirada desde el suelo y la clavara en la suya, llena de un sufrimiento que se moría de ganas por mitigar. Pero ¿cómo se hacía eso sin exponer otro pedazo más de sí misma que, invariablemente, quedaría reducido a cenizas?

Estaba acostumbrada a perder. Sabía lidiar con ese sentimiento, pero nunca había perdido algo de tanto valor, nunca antes había sentido que luchar por algo podía merecer tanto la pena. Pero si aquello por lo que luchaba no quería formar parte de lo que ella suponía, ¿cómo hacerlo de un modo en el que no saliera dañada? Realmente era muy complicado.

Con Bobby Dean nunca le importaron esas cosas. Con él no se sentía expuesta, vapuleada o rota, no desde el punto de vista emocional. Podía someterla por la fuerza, tenerla aterrorizada por la expectativa de la siguiente paliza y llenarla de amenazas por la razón más nimia. Pero nunca tuvo nada que hacer con su corazón, nunca llegó a tocar ni una fibra de él, ni se acercó siquiera.

—Me gustaría que las cosas fueran normales entre nosotros.

Él esbozó una sonrisa débil al escucharla y se sentó junto a ella, cerca, demasiado cerca.

—Define normal.

—No sé —se encogió ella—. Tener una cita, hablar entre nosotros

como si no hubiera un muro entre los dos, asumir que aquí hay algo, aunque ninguno de los dos tenga ni la más remota idea de lo que es...

—Ava, ¿eres consciente de que te saco más de quince años?

Jorie suspiró agachando los hombros. Ojalá ese fuera su único problema.

—Me importa una mierda cuántos años tengamos de diferencia —le dijo como si fuera evidente que eso estaba de más—. Pensé que no eras de esos a los que les importaba lo que pensaran los demás.

—Y no lo soy.

—¿Entonces? ¿A qué demonios viene sacar eso a colación? ¿A ti te preocupa que sea más joven que tú?

—No, pero…

—Si no te importa, no hagas como si lo hiciera y eso fuera realmente importante —le espetó ella furiosa—. No te inventes excusas. Si no quieres que tengamos nada que ver, simplemente dilo. Las cosas serían más fáciles si todo el mundo dijera qué es lo que quiere de los demás.

—¿Y qué es lo que quieres tú de mí?

«*Que me quieras como soy. Que me dejes quedarme en tu vida. Que me envuelvas en tus brazos cada noche para evitar que nada me haga daño*». Lo pensó, pero no lo dijo en voz alta. Era una hipócrita, una mentirosa que decía una cosa y era incapaz de actuar en consecuencia.

No dijo nada en absoluto porque no quería decirle la verdad ni contarle una mentira, que no se merecía. Así que permaneció en silencio, dejando que él sacara sus propias conclusiones.

—Ava...

«*No me llames Ava. Ava no existe. Soy Jorie Sue, soy esta que ves delante de ti. Estoy huyendo, vivo huyendo desde que decidí que tenía que poner fin a la vida de mierda que tenía. Mi marido me pegaba, me estaba borrando, estaba acabando con lo que yo era. Así que le prendí fuego a lo que tuvimos, me escapé con una maleta y un propósito. Y luego te encontré a ti y descubrí que todo duele más cuando te importa aquello que te está destrozando por dentro*». Quiso gritarle su verdad, su innegable verdad incuestionable, descargarse, sincerarse, abrirse en canal, destriparse y entregarse. Y dejar que él la juzgara. Que acabara por salvarla o condenarla. Que sus manos, sus ojos, su corazón decidieran por los dos, pero sabiendo todo lo que ahora ella le estaba ocultando.

Pero ¿cómo se hacía para ponerse delante de una persona que te hacía sentir, así como él y contarle que todo lo anterior era una mentira? No sus sentimientos, pero sí su nombre, su aparente falta de pecados, pasado y bagaje emocional. ¿Cómo contarle que no era un chica inocente ni dulce, sin remordimientos ni culpas que expiar? Troy Layton apenas sabía nada de ella, y Jorie Sue se moría de miedo cada vez que se planteaba abrirle los ojos y contarle toda su historia, sin

dejarse nada atrás, sin endulzar su vida o sus circunstancias.

Probablemente le tendría lástima y la miraría con pena. La abrazaría para consolarla y hasta le limpiaría las lágrimas que, sin ninguna duda, ella derramaría al contárselo. Pero jamás volvería a confiar en ella, y sin confianza, era seguro que jamás se ganaría su corazón. Y, al fin y al cabo, eso era lo único a lo que no estaba dispuesta a renunciar. Era su corazón o nada. Y si su ganancia era la nada, mejor apartarse de él cuanto antes, para poder seguir adelante con su vida.

—Verás, Troy —le dijo girándose para mirarle a los ojos y ser plenamente consciente de que todo se estaba derrumbando a su alrededor—. No se trata de qué quiero yo de ti, sino de que está claro que, cualquier cosa que yo te pida, no pareces estar dispuesto a dármela.

Él consideró sus palabras un segundo, antes de pasarse la mano por la cara, para aclarar simbólicamente unas ideas que parecían estar volviéndolo tan loco como a ella. Se enderezó en su sitio, y luego tendió su cuerpo en la cama, dejándose caer hacia atrás desde la posición que ocupaba junto a ella.

Miró al techo un largo minuto, un minuto que se le hizo interminable a Jorie Sue, y que acabó cuando ella lo imitó y se tumbó junto a él, para unirse en esa contemplación simbólica del techo que tenían sobre sus cabezas.

—Me gustaría pensar que no soy tan complicado —dijo por fin, arrastrando las palabras, sacándolas con esfuerzo de su garganta—. Me gustaría pensar que puedo hacerlo mejor, que puedo hacer esto sin hacer daño a nadie, pero ya he estado equivocado otras veces. Créeme, Ava, si te digo que te prometería la luna, pero no quiero tener que faltar a mi promesa ni que tú sufras por ello.

Jorie Sue se emocionó al escucharle. De algún modo, él también admitía sentimientos y cosas, morralla emocional que los vapuleaba a ambos y que los dejaba tan sumamente perdidos y a la deriva. Jodidos, absolutamente jodidos.

—Cuando dices que ya te has equivocado antes… ¿te refieres a Lisbeth? —Fue incapaz de no hacer la pregunta llevaba demasiado tiempo intentando sacar el tema y saber más de la mujer que, antes que ella, ocupó un lugar predominante en la vida de Troy Layton.

—Me refiero a Lisbeth, sí —admitió—. Y también a Minnie, aunque en menor medida, porque Minnie es diferente, y creo que a ella nunca le afectó demasiado cómo acabaron las cosas entre nosotros. Sin duda, es más fuerte que yo y le resbalan las cosas de una manera que muchas veces yo envidio.

—¿Qué pasó con Lisbeth? —No podía evitarlo, tenía que saber qué había habido entre los dos.

Troy la miró y sonrió levemente, parecía estar diciéndole que entendía, que sabía que era inevitable que toda mujer se preguntara por su predecesora. Así que se humedeció los labios, volvió a mirar al techo y le contó lo que tantas ganas de saber parecía que Jorie Sue tenía.

—Me crie con Lisbeth —empezó con la voz casi apagada, como si evocarla fuera un ejercicio de contención—. Era más pequeña que yo, más de la edad de Martha, pero siempre la recuerdo aquí, en la finca de mi padre. No sé por qué, siempre parecía pendiente de mí, un enamoramiento de niña de esos que son habituales cuando tú eres el único chico permanente en un mundo donde la gente rota tanto que casi es imposible retener los nombres. Yo qué sé… Lisbeth era divertida y alocada, como Martha, pero mucho más reflexiva. A veces, era fácil encontrarla sola, pensando en sus cosas, alejada de todo. No era taciturna, pero sí le daba vueltas a todo, nunca se conformaba. Era cabezota y extremadamente hábil consiguiendo todo aquello que se proponía.

Hizo una pausa y sonrió aún más. Los recuerdos eran buenos, no cabía duda, aunque pronto su semblante se volvió serio de nuevo.

—El día que me marché, me regaló una foto suya. ¡Tenía diez años! —exclamó como si aún le asombrara la valentía de aquella niña—. Me aseguró que, a mi vuelta, ya sería una mujer y que juraba esperarme.

»Y de algún modo, lo hizo, aunque yo tardara casi doce años en volver, ella me esperó. No empezamos a vernos al principio, de hecho, tardamos bastante en acercarnos. Aunque ella seguía siendo muy joven, había madurado considerablemente y estaba muy afectada por lo de Martha. Siempre hablaba de aprovechar la vida y de no desperdiciarla, así que un día cogió el toro por los cuernos y me dijo que no quería morirse sin saber qué era estar conmigo.

»No pude negarle eso, así que probamos y, durante un tiempo, funcionó de la manera en que lo establecimos. En secreto, esporádicamente, y con mucha libertad.

»Hasta el año pasado no lo hicimos más visible, más al alcance de todos. Y desde que eso ocurrió, solo duró un verano.

Sus últimas palabras murieron en su boca como con pena, aunque también convencido de que eso era inexorable, que ese final estaba vaticinado desde sus mismos inicios.

—¿Qué pasó? —preguntó Jorie Sue, con miedo real, no sabía si quería saber esa respuesta.

Troy guardó silencio unos segundos, buscando las palabras adecuadas. Era listo y sabía que no le podía dar cualquiera. No podía darle una respuesta vaga, ni una falsa, ni una que hubiera edulcorado para que cuadrara mejor. Necesitaba la respuesta correcta para que Jorie se sintiera satisfecha y su curiosidad, saciada.

—Lisbeth tenía alma de pirata —rio con su definición—. Le gustaba asaltar por sorpresa y luego desaparecer, esconderse hasta que la tormenta hubiera amainado. Le gustaba también el riesgo y la aventura. Supongo que yo no era lo suficientemente emocionante y se empeñó en buscar algo más interesante a lo largo y ancho del mundo.

—¿Te dejó ella, entonces?

—Me dejó ella, sí —admitió Troy sin reparos—. Esto se le quedaba pequeño y supongo que yo también. Ella quería aprovechar lo bueno de la vida, que el final no le pillara como a Martha, sin haber cumplido todos sus sueños, así que se fue en busca de metas mayores y de esos sueños que cumplir.

No había pena en sus palabras, de hecho, era como si celebrara que la mujer hubiera seguido su propio camino, sabedor de que no había posibilidad de un futuro juntos con objetivos tan diferentes en la vida.

—¿Lo lamentas? —Tenía que preguntarlo, esa sí que era una pregunta obligada.

Lo meditó un segundo y la miró para responder. Sonrió débilmente y le apartó un mechón de pelo que le puso detrás de la oreja.

—No estaba enamorado de ella si es lo que me quieres preguntar —confesó sin dudarlo—. Lamenté que se fuera, porque era una buena amiga, pero juntos como pareja no teníamos ninguna posibilidad. Por eso duró lo que duró y por eso ella está mejor sin mí, esté donde esté.

—Eso no lo sabes —le replicó Jorie Sue con una sensación que no supo identificar y que no quiso creer que fueran celos.

—Lo sé, porque nunca ha vuelto y porque es feliz haciendo lo que hace y siendo tan libre como es.

Callaron un minuto, miraron al techo de nuevo, cada uno sumido en sus propios pensamientos, y se dejaron llevar por esa marea calma en la que parecían estar a gusto, por primera vez desde que hicieran el amor y todo pareció derrumbarse a su alrededor.

Entonces Troy giró la cabeza y la miró. Ella hizo otro tanto y clavó en él sus ojos llenos de incertidumbre y dudas. Esperó ver reflejo de sus desvelos en los de él, en ese azul intenso que, en esos momentos, refulgía como un faro en la oscuridad. Pero se sorprendió encontrando lo que no sabía que podía haber allí: determinación, coraje, ganas de comerse el mundo, un objetivo claro, una hoja de ruta…

Troy deslizó su mano hacia la de Jorie Sue y la estrechó con suavidad. Sus dedos se enroscaron y ella cerró los ojos al sentir de nuevo ese tacto conocido, familia, tan reconfortante y que tanto había echado de menos todos esos días. Se sonrieron, se reencontraron en un lugar donde ambos se sentían en casa y todo dejó de importar. Aunque esa sensación durara apenas un minuto, ya habría merecido la pena. Era demasiado bueno como para no querer aprovecharlo.

—Te propongo una cosa —dijo él susurrando, como si le costara

romper la magia de ese momento, del regreso del contacto entre ambos—. Si hoy gano el concurso de pesca, te pediré una cita. Haremos cosas normales. Veremos si tenemos al destino de nuestra parte. Pero tienes que venir… tienes que estar con nosotros.

Jorie Sue sopesó la oferta, el reto, la apuesta. No le proponía nada fácil, pero sí algo en lo que él debía de esforzarse. Sonrió, sabiendo que Troy Layton acababa de ofrecerse para hacer algo normal, para complacerla en aquello que ella más deseaba. Era como un hilo de esperanza al que asirse y ella no estaba dispuesta a desperdiciarlo. Tampoco estaba por la labor de dejar que el azar, las dotes de Troy como pescador (de las cuales no sabía mucho) o las cualidades del resto de los pescadores en liza, se fueran a llevar sus posibilidades reales de tener su cita y su normalidad con el chico al que estaba empezando a querer.

Apretó su mano, se dejó acariciar por él y le sonrió complacida. Le gustaba el juego, pero con sus reglas. Eso acababa de aprenderlo.

—Y si no ganas el torneo de pesca, te la pediré yo a ti —respondió con suficiencia, dejándolo atónito por un segundo.

Troy se incorporó ligeramente, soltando su mano. La miró con una sonrisa maliciosa en los labios y adelantó la otra mano, la que no la había rozado ni sujetado, para ofrecérsela y sellar así su pacto.

—Que gane el mejor —dijo esperando que ella le estrechara esa mano que esperaba por ella, que esperaba para establecer los términos de una apuesta que, pasara lo que pasara, acababa de determinar el destino que su relación tendría a continuación.

Jorie Sue, con el corazón desbocado, cantando canciones de júbilo y regocijo, le imitó, se incorporó y situó su mano dentro de la suya. El tacto, al igual que había pasado solo unos minutos antes, la hizo sentir en casa. La sensación fue tan intensa, que cerró los ojos por un instante, un segundo en el que su pecho, agitado, se intentaba recuperar de ese momento y de lo tocados que estaba todos sus sentimientos, todo trastocado por obra y gracia de Troy Layton.

—Que gane el mejor.

El trato quedaba sellado y su destino, a punto de ser decidido.

Capítulo 22
El mar en las manos

El velero de los Layton estaba en Dauphin Island, más allá de la ciudad de Mobile.

El corazón de Jorie Sue latía desbocado, y esta vez no tenía que ver con Troy Layton: pasara lo que pasara, estaba a punto de ver el mar, tocarlo con sus manos, respirarlo, asumirlo. Estaba tan aterrada como emocionada y eso hacía que saltara en el asiento de la camioneta como una niña pequeña.

Troy llevaba a Martha, Vera y Cricket en una furgoneta que solían emplear para los traslados de Martha. Ella iba con Colton, que conducía atento a la carretera, respetando los límites de velocidad como un buen ciudadano —y no como había asegurado que le gustaba hacer: a toda pastillas—, y cantaba a todo volumen *Sweet Caroline* de Neil Diamond.

Lo miraba y se reían. Que estaban los dos contentos era innegable, y aunque ella se había resistido al principio a separarse de Troy al bajar de su cuarto, tenía claro ahora que lo mejor era poner un poco de distancia después de tanta intensidad. Colton, cuando Colton estaba de buen humor, era una compañía excelente, y hasta se olvidó de que tenía que tener cuidado, para no añadir más leña al fuego en el tema de su pequeño enamoramiento.

Él la invitó a cantar y ella no pudo resistirse cuando llegó el estribillo. Parecía tan natural seguirle… con las piernas recogidas y la sonrisa pintada en el rostro, con el pelo bailándole gracias al aire que entraba por la ventanilla y las ganas de ser normal, parecer y sentirse normal, Jorie Sue cantó a voz en grito con Colton por primera vez en toda su vida.

Sweet Caroline
Good times never seemed so good
I'd be inclined
To believe they never would
But now I
Look at the night and it don't seem so lonely
We filled it up with only two
And when I hurt
Hurting runs off my shoulders
How can I hurt when I'm holding you
One, touching one
Reaching out, touching me, touching you
Sweet Caroline
Good times never seemed so good

I'd be inclined
To believe they never would
Oh no, no[6]

Era divertido formar parte de algo tan tonto como cantar una canción a dúo y reír como si fuera el plan más alocado de la historia. Colton la miraba como si fuera la mujer más fascinante del mundo y ella evitaba pensar que debía sacarle esas ideas de la cabeza.

Cuando llegaron a la ciudad y pasaron a la parte norte, el mar se empezó a dejar ver a lo lejos. La bahía de Mobile les esperaba a la izquierda y Jorie Sue se puso nerviosa y a punto del infarto por la anticipación. Quería acercarse más, que la bajara allí, que la dejara para irse sola a hundir los pies en la arena, a mojarlos en las aguas, a tocar todo aquello con lo que soñaba desde hacía siglos.

En las telenovelas, cuando alguien está a punto de cumplir un sueño, era todo realmente emocionante y sonaba una música con mucha fuerza, tremendamente emotiva. Ella podía escuchar esa música en la cabeza, era una de las heroínas de sus seriales alcanzando y tocando con sus manos su deseo más largamente anhelado.

—Es enorme…

No pudo evitar que las palabras se le escaparan por la boca.

—¿Te refieres a la bahía?

—Sí, al mar… a todo ese mar.

—¿Nunca habías visto el mar? —preguntó asombrado por la propia sorpresa que había en cada una de las palabras de ella.

—Nunca.

Colton rio como si estuviera ante un niño pequeño que precisara un montón de explicaciones.

—Aunque es agua salada, no es mar abierto. Espera y verás.

Siguió conduciendo hasta que Mobile quedó del todo atrás y le señaló con el dedo lo que tenían ante ellos: una carretera que parecía flotar sobre las aguas.

—No me lo puedo creer. ¿Una carretera sobre el mismísimo mar?

—Es la intercostal de Alabama, que conecta el continente con Dauphin Island —le aclaró Colton satisfecho de poder aplacar su curiosidad—. Estamos llegando a la isla, desde allí ya se ve perfectamente el mar de verdad.

Ella iba con la boca desencajada y el corazón tamborileando en su pecho, como si una orquesta entera estuviera en plena actuación. Tenía las manos empapadas en sudor y era incapaz de mantenerse quieta. Necesitaba relajarse, cambiar de tema, pensar en cualquier otra cosa, o la emoción por toda el agua que la rodeaba, iba a acabar por matarla.

—Colton, el otro día en el pueblo… —empezó con cautela. No

quería ponerlo alerta, ni adoctrinarlo, ni revivir aquel angustioso momento. Solo quería concederle el crédito que el muchacho se merecía—. Solo quería que supieras que estoy muy orgullosa de ti.

Él la miró un instante, atónito, como si no se creyera que ella le estuviera diciendo que aquello estuvo bien.

—No entraste en su provocación —admiró Jorie Sue—. Al menos no hasta que se metieron conmigo. Gracias. Gracias por no hacerles el favor de ponérselo fácil.

Colton agachó la cabeza, y Jorie no supo si era por vergüenza o por emoción. Le hubiera gustado poner una mano sobre la suya, para expresarle mejor su profundo agradecimiento, pero no quería prodigarse en muchos gestos afectuosos con él, ahora que hablaban en serio y las chanzas y canciones había quedado atrás y, además, sus manos eran grifos chorreantes por culpa de los nervios. No, tocarle para expresarle gratitud, de ninguna manera era una buena idea.

—Y gracias por defenderme —añadió al final, sin querer dejar esa parte importante en el tintero.

Le había llegado al corazón la forma en la que la había colocado detrás de él, con qué mimo, con qué preocupación sincera. Y cómo se había enfrentado con aquel chico solo porque él había osado poner sus ojos en ella y haberse insinuado de mala manera. Entendía que su autocontrol estaba creciendo, que cada vez lo hacía mejor, que era capaz de controlar sus demonios, su tormenta interna, pero todo con un límite. Y el límite lo había establecido lo mucho que ella le preocupaba, su bienestar, que estuviera y se sintiera a salvo.

Colton seguía sin mirarla, demasiado absorto en la carretera o en lo que fuera. No quería mirarla, quizá se había pasado al recordarle el enfrentamiento y él no estaba preparado para algo así. Así que buscó en su cabeza, rápidamente, algo que le restara seriedad al asunto.

—No te lo creerás, pero hubiera podido con ellos yo sola —bromeó, o eso intentó—. Bueno, con todos igual no, pero a un par ya me hubiera llevado por delante. Al más bajito, seguro. Tengo un pasado, ¿sabes? Yo iba para pandillera.

Colton rio apenas, sin ganas, pero la sonrisa se plantó en su rostro, agradeciéndole que se lo pusiera mucho más fácil. Estaba claro que necesitaba de esa clase de gestos para ir superando los escollos del día a día, esos que, a veces, le complicaban tanto la vida.

Siguieron el resto del viaje en silencio, con las ventanillas bajadas, la música a tope y el mar a ambos lados de la larga carretera que los llevaba hasta la isla. Cuando la alcanzaron, Colton dirigió el vehículo hacia la Marina, donde podrían aparcar y empezar a preparar el velero de los Layton, atracado allí todo el año.

El puerto era diminuto, apenas cuatro dársenas, y casi todas vacías, porque el día de agosto había salido precioso, con unas rachas de

viento ideales para la navegación y un sol que calentaba lo justo para ser disfrutado sin sufrir. Colton le señaló un barco, un precioso velero con el nombre Shelby II grabado con letras doradas en la popa. Era blanco, majestuoso sin ser excesivamente grande, y daba sensación de haber sido disfrutado mucho. Estaba en perfectas condiciones pese a que Colton y Troy habían asegurado que hacía tiempo que nadie lo sacaba a navegar.

—Mi padre paga a la Marina de Dauphin Island no solo por el amarre, sino también porque lo mantengan a punto, limpio, engrasado y con el motor perfectamente acondicionado. Le cuesta una pasta al año por algo que apenas usa ya, pero no es capaz de desprenderse de él —le explicó Colton que, ese día, parecía su Cicerone particular.

—¿Quién es Shelby? —preguntó Jorie curiosa. No sabía por qué, pero los nombres femeninos asociados a Troy Layton la ponían en guardia inmediatamente. Tendría que aprender a controlar sus instintos—. ¿Hubo una Shelby I?

—Este velero es un barco moderno que mi padre se tuvo que comprar cuando el que heredó de su abuelo, Jordan Layton, se empezó a caer a cachos. Shelby era su esposa, en cuyo honor bautizó aquel barco. Y este, como no podía ser de otro modo, siguió la tradición iniciada por mi bisabuelo, así que Shelby II…

Jorie Sue sonrió para sí y se llamó paranoica, no todos los nombres de mujer eran una amenaza, un fantasma o las protagonistas de una parte importante de la vida de Troy Layton.

Como si lo hubiera conjurado, Troy apareció justo en ese momento, conduciendo la furgoneta con el resto de las chicas. Ayudaron a bajar a Martha gracias a la rampa automática que traía el vehículo y ellas esperaron abajo, mientras Colton y Troy desataban cabos, izaban velas y ponían todo en marcha para iniciar la navegación. Luego subieron a Martha y el resto se acomodó, todos con sus chalecos salvavidas reglamentarios, después de haber subido a bordo todo lo necesario para la comida y los aparejos de pesca.

Troy y Colton se colocaron chalecos de color verde caqui, con anzuelos, moscas y demás parafernalia pesquera de la que Jorie Sue lo desconocía casi todo. Una vez concluidos esos prolegómenos, pusieron el motor en marcha y salieron de las dársenas.

—La competición es en aguas de la bahía —le dijo Colton, sentándose a su lado—. Luego, para comer, volveremos a la isla e iremos a la casa de la playa. Podrás ver el mar abierto todo lo que quieras.

Ella sonrió mientras se giraba para ver cómo el barco iba rompiendo las aguas, sacando una brillante espuma blanca. Olía a salitre, olía como ella sabía que el mar olería. Y se oían los sonidos que también se había imaginado: las gaviotas, las olas chocando

contra el velero… era todo como siempre había pensado que sería, como se imaginaba ese mar amigable, sereno, cálido. El mar antes de la tormenta, de que la engullera y la ahogara. Ese mar que ese día prefería no ver ni tener que luchar en su contra en un día especial de celebración como aquel.

Sentía el mar en sus manos, como si le perteneciera un poco. Aún no lo había tocado, pero era suyo, y eso era lo más extraño de todo. Se preguntó otra vez cómo esa gigantesca masa de agua podía darle tanto pánico y, a la vez, sentir tal fascinación hacia ella. Nunca lo iba a llegar a entender, así que se limitó a dejarse imbuir por la sensación de paz y calma que se le colaba dentro justo en esos momentos de euforia.

Miró a Cricket, al lado de Martha, sujetándola de la mano. Habían anclado con unos cabos especiales su silla y se las veía a ellas disfrutar tanto como Jorie de esa preciosa mañana de verano. Había risas, despreocupación, muchas ganas de pasarlo bien y una corriente de cariño entre todos ellos que la maravilló. Se querían, eran una pequeña familia formada por miembros solitarios, taciturnos y llenos de equipaje emocional que, por un día, habían querido confluir para hacer el esfuerzo de ser felices colectivamente. Y ella, que no era nada para ellos, pensó que no le costaría sentirse parte de algo así, de la complicidad, las ganas y el afecto que esa mañana se repartían entre ellos como si fuera algo de lo más ordinario.

Y miró a Troy, sentado en popa, manejando la manilla del timón, poniendo rumbo a la bahía, con el viento peinando sus cabellos rubios y unas chispas de algo parecido a la emoción bailándole en sus ojos azules, como el mar en calma que estaba surcando en esos momentos. La sonrió, le dedicó la sonrisa más bonita de todas, una que le nacía en los labios y le llegaba a lo más hondo de esa mirada celeste que la tenía presa. «*Lo he conseguido*», pensó para sí, «*sonríe del todo, sonríe de verdad. Misión cumplida*». Y ella también sonrió, le devolvió el gesto llena de sensaciones preciosas inundando su pecho y haciendo que un ejército de mariposas le rondase el estómago como si estuvieran en pie de guerra.

—¿Qué es lo que tenemos que pescar, Troy? —preguntó Cricket que, desde que había llegado de Londres, no había dejado de llamar a su padre por su nombre de pila.

—Hoy pescamos seriolas —contestó él arrugando el rostro. Estaba claro que no le gustaba que la niña no le llamara papá o algo en esa línea, que no denotara tanto despego—. Es un pez entre azulado y plateado, que puede pesar más de sesenta kilos. Ese es el objetivo, que el nuestro pese eso… ¡o más!

—¿Un pez de sesenta kilos? —exclamó la niña con los ojos como platos—. ¿más que yo? ¿En serio?

—En serio. Y es realmente precioso, ya lo verás.

—Ya lo verás, si tenemos suerte y pillamos alguno —dudó Colton, para picarle.

—Pillaremos uno y será el más grande de todos.

Lo dijo mirándola a ella, a Jorie Sue, con una luz especial en los ojos. Aún más especial que las chispas que antes había lanzado al regalarse su sonrisa. Y Jorie le creyó, estaba convencida de que el pez más grande del océano iba a venir directamente a tragarse el anzuelo de la caña de Troy Layton para ganar el torneo. Y si no… bueno, si no, tendría que ser ella quien le pidiera una cita al hombre que le hacía suspirar de un modo tan bonito.

—Ven aquí, Olivia —llamó Troy a su hija cuando llegaron al punto exacto de la bahía donde él creía que podrían tener la mejor opción de pesca de la mañana.

Estaban rodeados de otros barcos, numerosas embarcaciones que estaba disfrutando del arte de pescar, de un buen puñado de veleros y pequeños barcos a motor que estaba participando en ese torneo. El ambiente era agradable, la brisa fresca y el suave balanceo al ser mecidos por las olas, un regalo para todos los sentidos.

La niña se acercó a su padre cuando la requirió. Se aproximó a él con la mirada llena de expectación ante lo que su él le iba a proponer. Troy estaba sacando cebo para colocarlo en el anzuelo, y le enseñaba a Cricket cómo proceder en todo momento. Cómo poner debidamente los aparejos, cómo colocar el cebo, cómo lanzar el sedal por encima de la cabeza hasta que este hubiera aterrizado suavemente sobre las aguas… la guía completa para pescadores principales, todo con una sonrisa y mucha paciencia.

La niña hacía preguntas constantemente, señalaba aparejos, lo tocaba todo, y Troy se iluminaba con cada gesto, con cada palabra que salía de la boca de su hija. Ese era el regalo perfecto, si Troy celebraba ese día también su No Cumpleaños, estaba claro que Cricket era su regalo.

—Puedes llamarme Cricket otra vez, papá —dijo la niña cuando su padre acabó de indicarle cómo lanzar el sedal de la caña al mar.

Troy la miró un segundo, paralizado, noqueado por las palabras de esa niña de nueve años que, a veces, le era tan desconocida como un nuevo jornalero, recién llegado a su plantación. A Jorie casi se le sale el corazón del pecho ante esa estampa idílica, ese sueño hecho realidad. Y le pasaba lo mismo a Vera, que tuvo que esconderse para no revelar las diminutas lágrimas que se le escapaban de sus ojos emocionados.

Se acercó al ama de llaves. Ese día llevaba un sencillo vestido claro, de tirantes, diferente a la ropa que solía llevar en la plantación, mucho más seria y oscura. No usaba uniforme, pero se parecía, de algún

modo, parecía que Vera siempre vestía igual. Al igual que su vestimenta, ese día también había sustituido su habitual moño estirado, siempre en lo alto de su cabeza, por un peinado mucho más informal, suelto, que revelaba una buena cantidad de preciosos rizos rebeldes, con los que la brisa marina no se cansaba de jugar. Estaba tan hermosa y tan vital que podría decirse que aparentaba una década menos.

Martha, igualmente relajada, también miraba a su hermano y a su sobrina con cariño y emoción. Se diría que hacía mucho que esa estampa no se producía en la finca, y eso hacía que a sus ojos fuera todo tan extraño, o esa impresión daba.

—Son tan bonitos juntos… —dejó escapar Vera igual que el llanto emocionante y silencioso que había eludido su control—. Ojalá les dure esta vez.

—¿Por qué no iba a durarles? —preguntó inocentemente Jorie Sue con los ojos clavados en la estampa de padre e hija pescando—. Solo se necesita voluntad.

Vera la miró un segundo como con pena, como si ella fuera una ilusa, una soñadora sin remedio que se negaba a ver los hechos y aceptar la realidad.

—Cricket se irá después del Día del Trabajo —le explicó Vera—. Y cuando se vaya, después de la boda de su madre, volverá al internado, donde creerá de nuevo que todos la han abandonado.

Jorie Sue no había contado con eso. Pero era lo que pasaría, lo obvio, lo esperado. La niña solo estaba de vacaciones, de paso, y la vuelta a casa no le iba a traer de regalo a la otra parte de la familia, sino un nuevo y largo curso escolar en un internado, impersonal, estricto, en el corazón de Inglaterra, donde consumirse nueve largos meses antes de volver a ver el sol. Para entonces, estaba convencida de que esos momentos con ellos, se habrían quedado relegados a un lugar muy chiquitito dentro de su cabeza, un lugar al que, cada vez, fuera más complicado acceder.

Le dolía profundamente la injusticia y se convenció, con tristeza, de que se podía tener todo, como tenían los Layton —una mansión enorme, campos y campos de labor, empleados, un velero precioso y hasta una casa en la playa—, y aun así sentirse profundamente infeliz por causa de una carencia evidente: el cariño, el tacto, el roce de un ser querido. Los Layton no eran diferentes a ella, no lo eran en absoluto con todo su dinero de por medio.

—Y sé que no puedo aspirar a que mi opinión sea tomada en cuenta —siguió Vera claramente perjudicada por sus temores con relación a Cricket—, pero su madre debería tenerla en casa con ella, en lugar de desprenderse de la niña y mandarla a un internado cualquiera. Y su padre… que Dios me perdone, pero su padre debería ir a verla más,

porque bien es cierto que tampoco ha puesto de su mano nada para hacer feliz a esa criatura.

Jorie Sue la tomó de la mano, se la apretó con ternura y la sonrió. No se le ocurrió nada más que hacer para consolarla. Tampoco encontró palabras que la pudieran hacer sentir mejor. Era cierto, todo aquello era cierto. Cricket estaba disfrutando por primera vez ese verano, y era sumamente injusto que, por delante, solo le quedaran meses de una absoluta ausencia de momentos como ese.

—Mamá —la voz metálica de Martha hizo que Jorie abandonara sus oscuros pensamientos—. Si no cambias ahora mismo esa cara, te juro que te arrojo al mar.

Y la voz de Martha no decía las cosas en susurros, así que todos miraron a Vera, que corrió a secarse las lágrimas y a poner buena cara, asegurando que solo estaba emocionada de estar todos juntos, algo que no pasaba a menudo.

—Perdonad a esta vieja tonta —dijo intentando que todos volvieras a sus cosas, olvidándose de ella.

Pero era tarde. Troy la estaba mirando con conmiseración, como si se sintiera culpable de las lágrimas de Vera, como si, solo con mirarla, supiera toda la pena que la mujer albergaba dentro de su corazón ante lo efímera que iba a ser la felicidad de Cricket. Él sonrió hacia esa madre que era la única que había conocido, y Vera, que se derretía cada vez que Troy hacía algo así, asintió en silencio, asegurándole, de verdad, que estaba bien.

—Dime, Ava —intervino Martha que parecía necesitar echar un capote a su madre después de haberla expuesto—. ¿Tú sabes pescar?

—Uy, no —se apresuró ella a contestar—. Ni remotamente.

Solo hizo falta que Martha lo dejara caer. En menos de dos minutos, tenía una caña en la mano y miraba a Cricket con complicidad, a quien parecía estar retando para sacar del mar el pez más grande.

Troy le había explicado lo más básico de una forma bastante aséptica, sin apenas tocarla, pero le había susurrado al oído que se moría de ganas por besarla, y eso fue todo lo que necesitó para pintar la sonrisa más amplia de su vida en esa cara de pánfila que se le había quedado al escucharle. Se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos ese tipo de cosas esos últimos días y se alegró profundamente de haberlos recuperado, de volverlos a vivir con la intensidad de las veces pasadas. Nunca había vivido ese tipo de cosas y, sin saber muy bien por qué, ahora parecían indispensables en su vida.

El primero en cobrarse una pieza fue Colton, que sacó a flore una seriola de, aproximadamente quince kilos. Le costó lo suyo izarla, pero lo consiguió gracias a los consejos y la ayuda de su padre, claramente orgulloso del muchacho. Vera lo aplaudió y Martha le hizo saber que

era toda una proeza pescar algo antes de que lo hubiera hecho Troy. Cricket, sin embargo, no recibió la captura de su hermano de muy buenos modos y se picó aún más, empecinada en cobrarse ella algún ejemplar y, por supuesto, ganarle con uno más grande. Mucho más grande.

Al final de la mañana, con todos empeñados en ganar el torneo, habían conseguido sacar algunas caballas y, lo que les interesaba, cuatro seriolas, de las cuales, una era de Cricket. Las otras dos eran de Troy, quien se erigía con el premio al que había pescado la más grande y la que presentarían en la prueba de peso en cuanto llegaran a puerto. Pensaban que la de Troy podría estar en torno a los cuarenta kilos y había precisado de la ayuda de todos para subirla a bordo. La verdad es que había tenido mucha suerte con la captura y Jorie Sue se regocijó en su interior, al final iba a ser verdad que el destino quería que Troy Layton le pidiera una cita, para sentir que podían tener algo de normalidad por una vez desde que se habían conocido.

Mientras se acercaban al puerto, que se hallaba más allá de la bahía, surcando aguas arriba del río Mobile, se veía el revuelo y el gran ambiente de la jornada. Troy saludó desde la proa a varios conocidos, que le devolvieron el saludo y le preguntaron cortésmente qué tal le iba todo. A Jorie Sue le gustó verle en ese ambiente tan distendido, tan lejos de las preocupaciones diarias de la finca. Alabó la buena idea de Dixon de llevarle el panfleto con el torneo, porque estaba claro que le hacía falta algo así para desconectar.

La cosecha estaba cerca y saber que no contaba con el personal necesario y que, quizá acabaría por perder aún a más obreros, lo tenía sumido en un mar de nervios. Toda distracción, de ahora en adelante, toda fuente de alegría, relajación y comadreo debería ser bienvenida y recibida con sonrisas y buen talante.

Aunque tratándose de Troy Layton, nunca se sabía.

En el puerto, les costó dar con una dársena libre en la que atracar, tal era el ajetreo y el movimiento atraídos por el torneo de pesca. Mucha gente, en los muelles, ya descargadas sus presas del día, se hacían fotos con ellas. Algunas eran enormes, casi tanto como la que ellos llevaban a bordo, aunque Jorie Sue confiaba en que vencerían y se llevarían el premio con ellos.

Amarraron el velero tras dar con un hueco no muy lejos de la zona de pesaje, donde se estaban llevando a cabo los registros, antes de declarar al vencedor.

Primero bajaron a Martha del barco y luego la gigantesca seriola, que trasladaron entre Colton y Troy hasta el puesto donde la pesarían y la registrarían. Jorie Sue, encantada, ayudó a Cricket a llevar la suya, mucho más pequeña, pero que no iba a quedarse sin presentar oficialmente al concurso. La sonrisa de oreja a oreja de la niña,

portando su preciada presa lo decía todo acerca de lo orgullosa que se sentía por haberla pescado justo ese día, que acababa de aprender los mecanismos más básicos del arte de la pesca.

Cuando llegaron, esperaron en la cola, que no era muy larga. Su turno llegó y Troy dejó que fuera su hija la primera en subir a la báscula, siempre con Jorie a la zaga, ayudándole con el enorme pez.

—A ver qué nos trae esta señorita —le dijo afectuosamente un hombretón ataviado con peto pesquero y una sonrisa gigante pegada a su cara bonachona—. Has pescado una buena pieza.

Lo dijo con tono admirativo, haciendo que el orgullo de Cricket se hinchara aún más. Miró a su padre con regocijo, justo cuando colocaban el pez en la báscula y arrojaba el fabuloso resultado, al menos para una niña de nueve años que cogía una caña por primera vez: siete kilos y ochocientos cincuenta gramos de seriola.

Todo el mundo alrededor aplaudió como si ella fuera la ganadora, alargando su momento de felicidad. Con eso ya tenía más que completo su día de No Cumpleaños, aunque aún le quedaran cosas por hacer, recibir y disfrutar.

Un fotógrafo del *Press* le tomó una foto sonriente, posando con su captura, mostrando todos los dientes y hasta el hoyuelo que se le marcaba cuando esbozaba sonrisas así de amplias y bonitas.

El pesaje del pez de Troy no fue ni tan fácil ni tan aplaudido. La pieza alcanzó los cincuenta y tres kilos de peso, y se llevó algunas alabanzas. Podía ser que estuviera entre los primeros, desde luego, era un buen ejemplar.

—Buena captura, Layton. —Troy se puso en tensión inmediatamente al escuchar a su espalda la voz de Phillip Redman. Parecía que, pese a querer poner tierra ese día con sus problemas, los problemas se habían empeñado en perseguirle—. Espero que no hayas hecho trampa, como con todo lo demás.

Troy apretó el puño y respiró hondo. Vera, que estaba justo al lado de Redman, no se pudo contener y se adelantó, poniendo su mano sobre su hombro, tan tenso como sus nudillos. A continuación, sin mediar palabra, se acercó a la báscula e intentó tomar ella sola el enorme pez. Quería demostrar algo, quería sacar a Troy de ese lugar, alejarle de la presencia tóxica de Phillip Redman, protegerle como una madre haría.

Jorie Sue se emocionó y, conteniendo una lágrima, se unió a Vera, cogiendo el pescado del otro lado. Era pesado, pero era mejor cargar con él que con los ojos impertérritos de Troy Layton. Colton las ayudó y Troy, que salió de su hermetismo y de esa posición de estatua que había adquirido al escuchar las palabras provocadoras de su vecino, tomó el pez de Cricket en una mano y a su hija de la otra. Lo miró al pasar junto a él. Se desafiaron de manera contundente y letal con las

miradas, echando ambas unas chispas cargadas de resentimiento y odio que podía notarse incluso entre quienes nada sabían de sus enfrentamientos.

—Nos veremos en el juzgado, Layton —le gritó delante de todo el mundo, cuando ya se iban—. Y cuando el juez meta entre rejas a tu hijo por violento y pendenciero, espero que no hagas ningún chanchullo de los tuyos para quedar por encima de todo. Como siempre.

Cuando Troy Layton quiso volverse para enfrentarlo y hacerle tragar cada una de las palabras llenas de rencor, Cricket le apretó aún más la mano. Él miró a su hija y debió de ver algo importante, intenso y lleno de vehemencia en sus ojos, porque asintió en una mirada llena de amor, y siguió su camino hacia el barco, para dejar las capturas, antes de dirigirse a la zona de premios, donde, en breve, se anunciaría al ganador del torneo.

—Los chicos Layton sois los mejores —le susurró Jorie Sue situándose a su lado, los ojos claramente llenos de orgullo—. No hay mejor desprecio que no hacer aprecio.

Troy la miró un segundo, con intensidad, antes de esbozar una amplia sonrisa que hizo desaparecer toda muestra de enfado y mal humor. Los labios de Jorie se llevaban a Phillip Redman y sus palabras tan lejos que, de repente, ya no existían.

Entre la muchedumbre, ocultos entre tanta gente, nadie se dio cuenta de que él la tomaba de la mano, entrelazando sus dedos, acariciando su dorso, esa piel suave… Jorie Sue se estremeció. Lo miró con una intensidad que le desgarraba el alma y apretó la mano que se acababan de dar. Eso era un sí. Era un «*Sí, Troy Layton. Voy a estar a tu lado para ayudarte a aplacar ansiedades, malhumores y pesares. Voy a acompañarte cuando todos los Phillip Redman del universo vengan a increparte, a intentar doblegarte, a buscarte… Voy a ser quien te lo ponga fácil, quien logre cambiar el abrasante dolor del odio por el delicioso goce de una sonrisa. Y te voy a seguir a donde quiera que vayas. Siempre*».

El anuncio de los ganadores los encontró así, prendidos de la mirada, absortos uno en los ojos del otro, absolutamente entregados a lo que estaba naciendo con fuerza y cada minuto que pasaba era más obvio, menos capaces de negar. Se miraron un segundo más, esbozaron una sonrisa confiada y centraron sus ojos al frente. Estaban a punto de saber si Troy Layton iba a pedirle una cita de verdad.

—En tercer lugar, con un peso de cincuenta y un kilos, setecientos gramos… ¡Milo Sorensen!

Los aplausos fueron ensordecedores. El galardonado subió a recoger su premio y saludó a todos los presentes. Se palpaba la emoción en el ambiente. El concurso estaba reñido. Los nervios de Jorie Sue, a flor de piel.

—El segundo y primer premio apenas se diferencian en doscientos veinte gramos —dijo el maestro de ceremonias al micrófono cuando el tercer premio hubo sido entregado y el escenario volvió a quedar vacío—. Nunca habíamos tenido una final tan reñida. Y por eso nos encanta esto… ¡Qué emoción, señoras y señores!

La emoción, pero también la tensión, se notaban alrededor. Troy sabía que uno de los peces era el suyo, el suyo que había pesado más que el que se había llevado el tercer premio. Todo podía pasar. El destino podía estar de su lado o podía reírse con ganas en su cara.

—Pase lo que pase, tú eres el ganador absoluto —susurró Jorie Sue con el corazón a punto de estallar de la anticipación—. Nadie ha conseguido lo que tú… nadie es tan fuerte como tú.

Él sonrió y a punto estuvo de inclinarse sobre ella para besarla. La megafonía estaba anunciando al segundo clasificado, eso evitó que todo el mundo supiera que a Troy Layton le volvía loco esa rubia de aspecto frágil y sonrisa llena de cosas por descubrir.

—En segundo lugar, con un peso de cincuenta y tres kilos, ciento cincuenta gramos… ¡Troy Layton!

Compartieron una última mirada antes de que él subiera a recoger el galardón. Una mirada que decía que lo que estuviera por venir estaba en sus manos, en las suyas, que desafiarían a ese destino que les acababa de decir que ellos no estaban hechos para la normalidad.

Jorie Sue lo vio agradecer el premio, lo vio sonreír de esa manera tan bonita que tenía él, contagiando su alegría a quien le miraba, y lo vio volver junto a su familia, junto a ella, a quien se acercó y a quien susurró al oído, sin importarle nada más.

—O me pides una cita tú o dejamos que los astros nos digan que no estamos hechos para estar juntos.

El mundo de Jorie Sue explotó en mil pedazos, una confianza en el futuro como nunca antes había sentido la invadió, la inundó y la llenó por dentro. Lo tenían todo para hacerlo bien. Ojalá ella consiguiera mantenerse a la altura.

Capítulo 23
Feliz No Cumpleaños

La casa de la playa de los Layton estaba en el extremo oeste de la isla.

La arena de la playa era de un blanco que cegaba, aunque había restos de vegetación que pintaban con trazos ocasionales de verde, la pulcritud de ese escenario.

La isla no era muy grande, apenas tendría un cuarto de milla de anchura por unas siete de largo. Era un lugar de veraneo habitual para la gente de Mobile y los alrededores, pero no se observaban grandes lujos en las casas, no era la típica zona en la que construirse una mansión. Las viviendas eran sencillas, ubicadas casi a pie de playa, como mucho de dos pisos, y con un gusto sencillo que las hacía muy coquetas y pintorescas. Estaban pintadas de colores claros y la mayoría tenían su propio acceso a la playa. Era un rincón perfecto para desconectar del ruido de la vida diaria, y Jorie Sue no podía escoger mejor escenario para ser presentada al mar, ese viejo amigo nuevo que estaba deseando conocer en persona y no por referencias o sueños.

Le preguntó a Vera si se las arreglaría ella sola para poner la mesa y prepararlo todo para sentarse a comer y, cuando obtuvo su afirmación, salió corriendo a la playa, descalza, para poder sentir eso que llevaba toda la vida esperando.

Lucía un vestido ligero, de color blanco roto, y debajo, el bañador negro que había pertenecido a Lisbeth Dixon antes de irse a buscar aventuras. Ya no le causaba malestar llevarlo puesto, Lisbeth había dejado de importarle desde esa misma mañana.

Caminó despacio, como si estuviera experimentando una epifanía, una experiencia religiosa que nada tenía que ver con Dios ni con nada divino, sino con ella misma, con sus recuerdos, sus sensaciones, sus miedos y sus deseos. Qué difícil era explicar todos los sentimientos que, en ese momento, la bombardeaban y la atravesaban como obuses, como bombas termonucleares de largo alcance.

La arena suave se colaba entre los dedos de sus pies y le hacía cosquillas. Ella reía, bajito, porque el regocijo que sentía era solo suyo y no quería que nadie más lo supiera. Necesitaba estar sola y que todo, todo lo que veía y experimentaba, fuera suyo y solo suyo. Al menos durante unos minutos.

Caminó como extasiada hasta la orilla. Tenía en el centro del pecho un miedo raro que le arañaba el corazón. No sabía cómo describirlo, no sabía ponerle palabras a eso que sentía, a eso que desbocaba sus latidos y le martilleaba en las sienes. Ese deseo prolongado, primitivo, que se remontaba a sus primeros recuerdos y esas ganas irracionales

de dar un paso más, de adentrarse en las aguas, perderse en ellas, dejarse tragar y poner en práctica sus sueños. Sabía que le faltaba cordura, que con aquello nunca la había tenido, pero nunca imaginó que estar tan cerca del mar y casi tocarlo, podía hacerle viajar a esas noches en las que soñaba que se ahogaba y, aun así, no desear otra cosa.

Cerró los ojos un segundo y dejó que la brisa marina le rozase el rostro, besara sus labios, le susurrara que la estaba esperando. Sonrió como si ella también hubiera esperado aquello, como si se estuviera lanzado a algo a lo que estaba destinada desde que había nacido.

Su pie descalzo, por fin, se atrevió a tocar el agua mansa, fresca, viva. Un escalofrío de placer y terror la sacudió sin remedio y sintió que todo era como debía ser. Metió un pie entero, lo dejó dentro, asimiló que lo había logrado, e introdujo el otro. Paso a paso, comenzó a caminar, despacio, mar adentro. Sentía en los pies la dureza suave de la arena y, en el corazón, un golpe de valentía y temor que la tenía como flotando en una nube.

Se le mojó el vestido. Los bajos se empaparon cuando las pequeñas olas empezaron a lamerle los muslos y amenazaban con seguir subiendo hasta alcanzarla y sobrepasarla. Sonrió, era lo único que podía hacer. Eso y seguir avanzando, sin prisa, sin pausa, sin remedio.

El tiempo se ralentizó, se hizo eterno, se paró todo a su alrededor. Las gaviotas dejaron de chillar, las olas dejaron de romper en la orilla, su corazón dejó de latir… el mundo en pausa, su cordura pendiente de un hilo.

—¡Ava!

La voz de Troy Layton la despertó de repente. Y todo volvió a ser como debía ser: los ruidos, su corazón, sus pensamientos… y sus pies, que, de repente, ya no necesitaban seguir avanzando mar adentro, no requerían la conquista de las profundidades ni dejarse arropar por el sueño dulce de unas aguas que la llamaban con la suave voz de las sirenas.

—¡Ava! —volvió a gritar Troy a su espalda, y ella se giró para comprobar que era real, que no era su mente creando espejismos para rescatarla de lo que su corazón parecía reclamar y anhelar.

Lo vio en la orilla, esperando a que volviera a él, paciente, con una pequeña sonrisa en el rostro curtido por los duros días de trabajo al sol, y se le hinchó el pecho con una sensación de pertenencia que nunca antes había sentido. Quería volver a la orilla. Por extraño que le pareciera después de todo ese deseo de avanzar y avanzar sin fin que la había invadido solo unos segundos antes, ahora necesitaba, irremediable, dolorosamente, volver a la orilla. Volver a Troy Layton.

Avanzó despacio, sin despegar sus ojos de los de él, sin borrar la sonrisa de complacencia en la que sus labios se habían curvado, y

llegó hasta donde Troy se encontraba esperando, como si fuera algo parecido a un refugio, al hogar lleno de paz que siempre había deseado a lo largo de toda su vida.

—Parecía que ibas a perderte entre las aguas —bromeó él sin saber lo cerca que estaba de la realidad.

Jorie Sue contuvo el aliento, no podía explicarle muchas cosas de ella, pero quizá sí su fascinación hacia algo que desconocía hasta hacía unos minutos. Contarle lo que el mar suponía para ella no tenía por qué darle miedo. Sabía que eso no era grave, no iba a hacer que él la despreciara y, sin embargo, aportaba una parte de su vida, de sus sueños, que sí podía entregarle sin temores ni pesar.

—Vera me envía a buscarte para comer —dijo cuando ella tocó la arena y se colocó a su altura.

Asintió, no tenía mucho tiempo, pero quería hacer eso ahora. Explicárselo, darle algo de ella después de tanto secretismo y tan pocos datos.

—¿Podemos sentarnos un minuto?

Se sentaron en una pequeña duna, muy cerca del agua. Las olas llegaban a sus pies, y rompían con parsimonia, con un ritmo hipnótico que completaba el ambiente mágico que tenía subyugada a Jorie.

—Llevo toda mi vida sintiendo cosas que no soy capaz de comprender, porque son una contradicción en sí mismas. Nunca antes había estado tan cerca del mar y, sin embargo, lo conozco de una manera extraña que me atrae y me da un miedo atroz —comenzó con voz suave, apenas un susurro—. Me fascina el mar a la vez que me aterra ahogarme. Solía soñar que me adentraba en el océano, que disfrutaba tocando las olas con los dedos de mis manos pero que, de la nada, llegaba una furiosa tormenta que me engullía, que me hacía desaparecer bajo las aguas, hasta que el aire dejaba de llegar a mis pulmones y me ahogaba. Sucedía a menudo, me despertaba empapada en sudor, tan mojada como si de verdad hubiera estado bajo el agua, y con la respiración tan agitada como si realmente hubiera estado al borde de la asfixia.

—Ahora entiendo los gritos…

La miró con pena en los ojos, con ganas de borrar su angustia. Sabía que había una forma en la que ella dormía bien cada madrugada, y Jorie Sue supo al instante que se sentía culpable por todas esas noches en las que había faltado a su habitación.

—Sí, bueno… —continuó ella, intentando restarle importancia a la intensidad de la sensación de culpabilidad que leyó en su semblante torturado—. No sé exactamente cuál es el motivo, pero desde la primera noche que llegué a la plantación, cuando sueño con el mar, cuando veo las olas rabiosas venir a por mí, soy capaz de ganarle la partida al agua, puedo respirar bajo el mar. Yo gano, no el mar… y

todo desde que os encontré. Supongo que eso es lo que se siente al estar en paz, al sentirse segura, no lo sé, pero tu casa, tú, tu familia, habéis hecho que sueñe que logro respirar bajo el agua, y quería darte las gracias por ello.

Su rostro se había quedado atónito por un segundo… y ella sabía que no le cuadraban los gritos de aquel día. Si no se ahogaba, ¿qué demonios le ocurría? Sintió que estaba entrando en arenas movedizas y quiso escapar, antes de ser presa de su agarre letal y de la presencia en esa conversación de Bobby Dean.

—Esa noche el sueño se complicó… pero respirar, te juro que respiré...

Aunque la respuesta no fuera una explicación completa, no le quedó más remedio que darla por buena. Estaba claro que ella no le iba a ofrecer más detalles. Y Jorie Sue agradeció que lo hiciera… no se imaginaba poniendo excusas o contándole mentiras para desviar su atención sobre el asunto que, irremediablemente, los llevaría hacia la aparición de Bobby Dean en aquella horrible pesadilla.

—Ava, mi casa es tuya, ya lo sabes…

—Lo sé. —Realmente lo sabía, aunque escucharle decir eso la animaba a sentirse a gusto con ellos, aún más.

—El que estés con nosotros también nos ha regalado muchas cosas buenas —afirmó con la mirada perdida en el horizonte—. Yo mismo me siento diferente. Aunque todo siga mal a mi alrededor, sé que eres una isla en la que refugiarme para descansar.

Jorie se quedó sin palabras al escucharle. Si él la consideraba como un hogar, un refugio, tal y como ella lo consideraba a él, eso tenía que significar algo, ¿no?

—Colton tiene la vista del juicio la semana que viene —continuó con pesadumbre—, y Cricket no tardará en volver a Inglaterra. La cosecha se acerca, la ley de inmigración me sigue robando hombres y cada día que pasa siento que tengo más ganas de ir a buscar a Phillip Redman y partirle esa boca por la que solo salen insultos y frases hechas para hacer daño.

—Sé que lo peor es la parte que le atañe a Colton —intervino Jorie con ánimo de consolación—. Pero estoy segura de que entre tu abogado y la verdad indiscutible de lo que pasó, Colton saldrá exculpado sin ningún género de dudas.

Respiró hondo. No quería meter la pata creando falsas ilusiones. Creía en la justicia, esa a la que ella nunca había acudido por miedo a las represalias, por miedo a que, al salir de prisión por maltratarla, Bobby Dean volviera a por ella en busca de venganza. Echó a su marido de la mente con un manotazo, ya había pensado suficiente en él como para todo el día.

—Si le mandan a prisión...

Le tomó de la mano, como en otras ocasiones anteriores, y le miró a los ojos. Le obligó a mirarla, se ancló en esos iris azul océano y le hizo respirar un segundo, lo justo para que todo ese agobio que presentía en él pasara y le devolviera a ese lugar, a los cielos celestes, a la playa y al mar en calma.

A lo lejos, se veía gente tomando el sol y entrando a nadar. Era una playa pública, aunque ciertamente poco transitada para ser mediados de agosto. Eso era, quizá, el mayor atractivo de la isla, que ni siquiera en fechas de congestión vacacional, ese lugar se llenaba.

Jorie Sue miró a lo lejos, hacia los otros ocupantes de la playa, y los envidió por un segundo. Envidió su forma desenfadada de disfrutar del verano, de la arena, las olas, el agua. Nadie dejaba que sus dramas interfirieran en ese día feliz del estío, nadie se estaba poniendo intenso, nadie tenía la intención de sacar más sentimientos de dentro, como si tuvieran un interruptor que fueran incapaces de apagar y poner en suspenso.

—Troy —dijo de repente, sin apenas pensar lo que estaba a punto de soltarle—. Hay cosas que no puedes controlar, pero otras muchas sí. Controla las que sí puedes.

—¿A qué te refieres?

Troy estaba atónito, le había pillado por sorpresa tanta vehemencia.

—Tienes que hacer todo lo posible por quedarte a Cricket. No la envíes de vuelta.

Silencio. No supo si era un silencio bueno o uno malo. No sabía si se iba a enfadar por entremeterse, a alegrarse por la idea o a pedirle amablemente que no le diera consejos de cosas que ella ni siquiera entendía. Porque era verdad, ella no tenía ni idea de si eso era siquiera viable. Si había una sentencia de un juez que dictaminaba que Cricket debía residir al cuidado de su madre o si Troy estaba dispuesto a quedarse con sus dos hijos a la vez, el año entero.

Cuando se atrevió a mirarlo de nuevo, vio luz en sus ojos y supo que había dicho lo correcto.

—Tengo que hacer que Cricket se quede conmigo —repitió como adhiriendo esa idea en su cerebro—. Si ella quiere, claro.

—Querrá.

—¿Tú crees?

—Aparte de que eres mucha mejor opción que un triste internado inglés… ¿quién no querría cambiar la madre patria por una finca como la tuya y un padre como tú? —lo dijo medio en broma, medio en serio, y supo que a él ya no le quedaban dudas.

—Te besaría ahora mismo.

—Sé que lo harías.

Y sonrieron ambos, como dos adolescentes que no tenían más en la mente que comerse uno al otro hasta no dejar más que los huesos. Se

imaginó una vida así y, por primera vez en mucho tiempo, supo que podía ser igual de bonita a como siempre la había soñado.

*****

—¡Ya no puedo más! —exclamó Cricket, apoyando todo su cuerpo en el respaldo de la silla.

Estaban terminando de comer en el porche trasero de la casa, con el mar al fondo y las gaviotas aportando la banda sonora a un día que iba tan perfectamente como Jorie Sue había planeado para la niña. Puede que su padre no hubiera ganado el concurso de pesca, pero en lo que a Cricket se refería, todo estaban siendo pequeñas victorias.

—Pues haz un poco de sitio, que falta la tarta —le recordó Vera con una sonrisa y ese afecto maternal que le salía siempre al dirigirse a la pequeña.

Colton cargó con la caja que la contenía, que escondía el secreto de esa tarta que ella se había esmerado por construirle poco a poco, hasta dar con lo que creía que a ella iba a gustarle más. Cuando la dejó encima de la mesa y, con mucho cuidado, la destapó, y miró inmediatamente a Cricket en busca de esa reacción que esperaba y temía.

La niña tenía los ojos como platos y la boca abierta, asombrada y maravillada. La tarta, preciosa y etérea, estaba coronada con dos figuras: un muñeco vestido de negro, en pie, sujetando a otro, femenino, al vuelo, por encima de su cabeza, vestido de blanco. Había sido toda una obra de ingeniería conseguir el equilibrio perfecto para que el muñeco Johnny sujetase a la muñeca Baby como en el final de *Dirty Dancing*.

—¿Te gusta? —preguntó Jorie Sue con una voz que apenas le salía, tan nerviosa estaba.

—¿Bromeas? —exclamó Cricket sin poderse contener—. ¿La has hecho tú? ¿Tú sola?

Jorie Sue asintió despacio, aún con un nudo en el estómago, llena de una inseguridad que la estaba matando. Sabía que era bonita y que le gustaría, pero con Cricket nunca se sabía. Casi se esperaba que, tras la alabanza, llegara la pulla, el comentario desdeñoso y cargado de malicia… no podía evitarlo.

—Es preciosa, Ava —balbuceó la niña emocionada, mirándola a ella, a la tarta y a Martha, que intentaba transmitir una sonrisa enorme a través de sus ojos. Ella también parecía emocionada—. Es perfecta…

—¡Feliz No Cumpleaños! —le contestó Jorie, no menos afectada por ese momento tan precioso.

Se la comieron todos con ganas, a pesar de estar medio

empachados, y se rieron, como si fueran una familia de verdad, una sin fisuras, sin traumas, sin niños rotos, sin nadie con ganas de morirse, sin hombres torturados, madres postizas, chicas huidas y otras aquejadas de enfermedades bestiales que te lo iban quitando todo poco a poco.

Los regalos llegaron con una algarabía sin precedentes para Jorie Sue entre esa peculiar familia.

Fue la primera en entregarle a Cricket el paquete con los libros que había escogido para ella. Lo desenvolvió ansiosa y se echó a sus brazos de una manera encantadora en cuanto los vio. Con Cricket era fácil acertar si se trataba de libros.

—Mira, Martha —dijo mostrándole el preciado regalo a su tía—, ya tenemos lectura para lo que queda de verano.

Le sonrió sabiendo que Martha le devolvía la sonrisa en su corazón y se volvió de cara a Vera, que le entregaba otro paquete, lleno de vestidos preciosos.

—Para cuando te puedas librar de ese horrible uniforme y te quieras sentir como la princesa que eres —le aseguró con una sombra de dolor en los ojos. La mención del uniforme no era agradable, pero sí la noble acción de compensar su oscuridad con la luminosidad de unas ropas hechas para desafiar aburridos uniformes y férreos internados británicos.

Cricket le dio las gracias con otro abrazo, antes de recibir una princesa Leia como la que tenía de pequeña, de manos de su hermano. Ella la miró como si aquello fuera imposible, como si recuperar aquello no pudiera ser verdad. Se sonrieron con la complicidad que, sin duda, habían compartido años atrás, y Colton la cogió en brazos para estrecharla muy fuerte y desearle un feliz No Cumpleaños, ese día y todos los demás.

—Mi regalo, Cricket, está esperando en casa —dijo su padre—. Imposible meterlo en el coche y en el barco y esperar que no me delatara.

Esbozó una sonrisa enorme al mirar la cara de contrariedad de su pequeña, y la llamó para que se sentara en su regazo. Cricket obedeció y se acomodó entre sus piernas, encantada.

—En casa te espera un labrador color canela como el que no parabas de pedirme desde que tienes uso de razón —le aseguró para regocijo de la niña—. Y, quiero que sepas que, además, voy a luchar porque te quedes conmigo este curso, para que puedas venir aquí al colegio, uno normal, sin uniformes ni reglas estrictas… todo si tú quieres, claro.

—¡Quiero, quiero! —exclamó Cricket sin acabar de creérselo, apresurándose a dejarle claro a su padre que estaba dispuesta antes de que este cambiara de parecer.

—Me alegra saberlo. Ahora solo necesito negociar con tu madre. Y no sé si me lo va a poner fácil… así que te pido un poco de paciencia.

La niña asintió, demasiado impactada por la noticia.

—¿Eso significa que podré ser una Dama Azalea? —preguntó inocente—. Si voy a un colegio de Mobile, ¿podré ser una Dama Azalea, papá?

—Claro —le aseguró su padre—. Al menos tendrás la posibilidad de serlo.

Con esa afirmación, Cricket no necesitaba más regalos ni más palabras. Acababa de tocar el cielo con la probabilidad, quizá remota, de poder cumplir el sueño de su vida.

La sonrisa en las caras de todos indicaba que la felicidad de la niña les proporcionaba a ellos algo que hacía tiempo que no tenían y que, quizá, hasta se habían olvidado de cómo te hacía sentir de bien.

—Quedo yo —la voz metálica de Martha se hizo oír un instante después—. Y me alegra que hables de las Damas Azalea, mi querida niña. La víspera del Día del Trabajo, las Damas celebrarán una comida benéfica en la que se revelarán los nombres de las candidatas para el año 2012. Este año la causa para la que recaudarán dinero es la ELA, y me han pedido que participe, como ex Dama y como paciente de ELA. Quiero que seas mi acompañante, que vengas conmigo y que disfrutes de una comida rodeada de Damas, para que empieces a aprender cómo es su pequeño gran mundo. ¿Qué me dices?

Cricket no sabía qué contestar a eso… era demasiado. Se la veía tan abrumada que su padre tuvo que salir a rescatarla y echarle una mano.

—Claro que irá, faltaría más.

—¿Y tú, papá? ¿Vendrás? —le preguntó con la inocencia de sus nueve años asomándole a sus ojos abrumados por tanta deferencia y tantas atenciones.

—Si quieres que vaya, iré, claro que sí —aseguró Troy también emocionado—. Todo sea por una causa como esa. Lo malo es que ya estás comprometida con Martha, tendré que buscarme otra acompañante…

Lo dijo clavando en Jorie Sue sus preciosos ojos celestes. Y ella creyó que se iba a morir de amor en ese preciso momento. Tan adentro le había llegado todo eso que acababan de vivir en torno a la niña. Qué fácil era hacerla feliz, qué poco hacía falta en realidad, una vez se tenía la intención...

Después de acabar de repartir los regalos, recogieron y Troy se llevó a Cricket a jugar a la playa. Vera se fue con ellos y Colton se retiró a descansar un poco. Había vuelto a tomar la medicación, o eso aseguraba, y muchas veces le dejaba hecho polvo. Así que se tumbó en el sofá del salón de la casa y dejó a Jorie Sue y a Martha solas en la

terraza, disfrutando del sol y viendo cómo, a lo lejos, los demás se lo pasaban bien y hacían de aquel domingo la experiencia más diferente de todo el verano.

—Gracias por hacer esto por Cricket —dijo Martha con su voz metálica, complacida con todo lo que había sido el día que habían pasado.

—¿Tan importante ha sido? —preguntó ingenuamente Jorie Sue encogiéndose de hombros—. Me refiero… no era tan complicado ¿nunca nadie se ha molestado en preguntarle qué quería ella?

Un silencio denso se hizo entre ambas y Jorie pensó que Martha se había sentido atacada por su reproche. En cierto modo, lo había dicho sin intentar buscar culpables, solo como una pregunta sin doble sentido, sin señalar faltas o culpables. Pero es cierto que la niña no podía decirse que estuviera sola en el mundo, a pesar de que así es como se pudiera sentir la mayor parte del tiempo. Y era responsabilidad de los adultos a su alrededor evitar tales sensaciones, velar porque ella se sintiera querida, a salvo, valorada y tenida en cuenta en todos los momentos de su vida.

—Supongo que nadie se ha tomado nunca la molestia de preguntarle… tienes toda la razón —acordó con un poco de tristeza en cada una de sus palabras. A pesar de que estas eran replicadas por un programa informático, Jorie pudo sentir su pena y su culpa. Inmediatamente, y sin saber muy bien la razón, quiso consolarla y exculparla, se sentía tremendamente responsable de hacer sentir mal a las personas.

—Todos aquí tenéis vuestra propia cruz —dijo Jorie intentando ayudar. No estuvo segura de haberlo conseguido.

—Sí, aquí pocos lo hemos tenido fácil, pero eso no es una excusa. Si la niña no está bien es el deber de todos averiguar el porqué y hacer todo lo posible por aliviar lo que sea que la aflija —aseguró Martha con vehemencia—. No pienso esconderme detrás de esta enfermedad, de mi silla o de mis limitaciones. Asumo que nunca he tratado de buscar las razones de su tristeza, simplemente me conformaba con darle un par de horas cada día de mi tiempo infinito…

—Martha…

—No, es verdad —siguió ella, con un dolor roto y sangrante en cada palabra—. Que estuviera conmigo me hacía bien, me reconforta tenerla al lado. Sé que a ella también le gusta y por eso era tan cómodo. Pero se trata de algo más que dejarla leerme libros y cogerme de la mano. Se trata de ser valiente y preguntarle por qué sus ojos están apagados, por qué ya nunca sonríe, por qué ya no viene a la finca la niña revoltosa y dulce que nos tenía a todos enamorados. Ni siquiera cuando abría la boca para soltar alguna mezquindad, a las que últimamente se estaba acostumbrando con demasiada velocidad,

hizo saltar todas las alarmas.

Jorie Sue asimiló las palabras de Martha. Era cierto que las señales estaban muy claras, pero a veces da miedo enfrentarse a las cosas, a veces es más fácil esperar a que todo vuelva a ser como solía, en lugar de embarcarse en cruzadas cuyas consecuencias desconoces. Lo malo es que, en este caso, la que había sufrido el desentenderse de aquellos que deberían haber velado por ella, había sido Cricket, una niña que no sabía hacerlo mejor, que no sabía cómo gritar su impotencia mejor que comportándose como el mismísimo demonio.

—Supongo que su madre también tendrá su parte de culpa… —dejó caer Jorie, para quien la tal Minerva era el mayor misterio de toda esa historia.

—Supones bien —aseguró Martha, categórica—. Minnie solo se preocupa de sí misma. Eso lo sabemos desde el principio, pero lo de los últimos tiempos ya no tiene nombre. Deshacerse de sus hijos así, con internados y aviones de urgencia a Alabama… Vamos… Sé que casarse con ese cantamañanas de la alta sociedad británica la tiene absorbida, pero no se trata así a tus hijos cuando, claramente, no lo están pasando bien.

Jorie Sue se confesó a sí misma que se moría de ganas de conocer a la susodicha. No había parado de oír hablar de ella a lo largo de esas semanas, pero aún no era capaz de hacerse una foto completa de la madre de los chicos. Sabía que, como ella, Troy se había casado muy joven y de forma muy precipitada. La diferencia era que él se había unido a una niña rica londinense, insolente y caprichosa, y ella al bruto de Bobby Dean, a sus borracheras, su indiferencia y sus arrebatos de ira. Lo que más le agradecía Jorie al destino, a Dios o a quién tuviera ese poder en su mano, era que al menos a Bobby Dean no le unía ningún hijo, porque de ese vínculo era imposible escaparse.

Una vez se había quedado embarazada, casi al principio, pero una paliza de él hizo que lo perdiera casi cuando ni lo sabía. Desde ese día, con determinación, juró que no iba a volver a quitarle eso. Así que tomaba la píldora con religiosa regularidad para no tener que sufrir otra vez golpes y decepción mayúscula en la misma paliza.

Apartó esos dolorosos pensamientos de su cabeza, apretando los ojos un segundo más de lo necesario. No podía soportar que aquello la dominara y lo manejara todo. Escapar de Bobby Dean tenía que ser mucho más que poner una distancia física, de cuantas millas quisiera que fuera. No, escapar de él debería ser mucho más, debería ser dejar de pensar en él, permitir que las heridas sanaran, que las cicatrices desaparecieran y que sus sueños no le abrieran las puertas al recuerdo emborronado de su cuerpo sobre el suyo, de sus manos hiriéndola y sus ojos mirándola como si no fuera nada más que un montón de basura.

—Y Dios sabe que Troy tampoco lo ha hecho mejor —añadió Martha, ayudándola a desterrar a Bobby Dean a un rincón de su mente donde, de momento, dejó de atormentarla—. Pero ha tenido suerte al encontrarte.

Jorie Sue dejó de respirar al escucharla. Ella no podía echarle esos méritos encima. No había hecho nada más que intentar que todos se escucharan. Solo habían hecho eso y eso no merecía alabanzas de ninguna clase. Quizá por venir de fuera, era que había visto las cosas más claras y a la primera. Supuso que, estar dentro del cuadro, como les pasaba a ellos, ofrecía otro tipo de visión, más sesgada, más distorsionada por juicios y experiencias personales. Pero eso no era mérito suyo, sino de las circunstancias y de la ignorancia previa.

—Troy…

Lo dijo susurrando, sin saber qué más añadir. Se sentía en el deber de exculparlo, pero sabía que no había palabras que la ayudaran porque era verdad que había fallado en cosas muy importantes. También lo era que estaba trabajando duramente en solucionar todo ello, con mucha paciencia, con dedicación, con ganas, con una determinación que le honraba y le hacía expiar todos sus pecados pasados en relación a sus hijos. Al menos así lo creía ella, que tampoco es que fuera muy imparcial con él, lo reconocía…

—Troy es un hombre afortunado —confirmó Martha con su voz virtual—. Rezo a Dios para que no meta la pata contigo… Gracias, Ava.

—¿Por qué me das las gracias? —preguntó ella realmente sorprendida.

Martha guardó silencio unos instantes, momentos en los que Jorie Sue sintió que un escalofrío le subía por la espina dorsal.

—Por devolverle la esperanza. Por hacerle sonreír. Por traerlo de vuelta.

Y Jorie, que sentía unas ganas horribles de llorar, asintió con el corazón encogido. Si supieran todos el fraude que había detrás de todo eso, acabarían por sacarla de sus vidas en menos de un minuto. Apretó los puños, cerró los ojos y rezó. Rezó por conseguir ser libre algún día y que todo lo que la rodeaba fuera tan de verdad como la luz de esperanza que cada día brillaba un poquito más en el centro de su pecho.

Capítulo 24
Una canción de Elvis

El camino de vuelta a la plantación lo hicieron deprisa, con Cricket en el asiento de atrás de la camioneta, aquejada de un intenso dolor de tripa.

Había vomitado varias veces y no tenía buen color. El médico de la isla al que visitaron antes de irse no tenía muy claro si todo eso respondía a un empacho, un corte de digestión o una intoxicación alimentaria, pero dado que nadie más había desarrollado los mismos síntomas, se desechó la última de las tres posibilidades. La más probable era el corte de digestión por haber comido demasiado y haberse zambullido en las aguas del mar sin guardar el tiempo recomendado.

Ya había caído la noche y la carretera estaba bastante despejada. Esa vez conducía Jorie, mientras Troy llevaba recostada a su hija sobre sus piernas en la parte trasera. Colton, por su lado, conducía delante de ellos la furgoneta con Vera y Martha.

Llegaron a casa y Troy subió a Cricket en brazos hasta su habitación. Estaba pálida y tenía sudores fríos. La metieron en la ducha y luego le pusieron un pijama largo. Vera le preparó un caldo caliente, que ella se negó a ingerir y, tras un par de amagos de vomitar lo que ya no tenía en el estómago, se metió en la cama para intentar descansar.

Su padre, bastante preocupado, se quedó en su habitación, recostado en la butaca, velando su sueño irregular.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Jorie Sue en un susurro, mientras centraba su mirada en Cricket, cuya respiración irregular hacía que su cuerpo subiera y bajara dentro de la colcha.

—No, gracias, Ava. Me quedaré hasta que vea que lo de ir al baño se ha cortado del todo.

También lo dijo en susurros, sin querer molestar a la niña, que había caído fulminada. Sin duda, las emociones de la jornada y el corte de digestión la tenían agotada y sin un ápice de fuerzas.

—Me da pena que el día haya acabado así para ella —dijo Jorie con pesar. No creía que fuera justo.

—Lo ha pasado tan bien que de esto no se va a acordar, ya lo verás —le aseguró él con una leve sonrisa.

A Jorie Sue le apetecía quedarse allí con ellos, sostener la mano de Troy y estar pendiente de las necesidades de la niña. Pero sabía que no era su lugar, que eso debía pasarlo él solo, y más tras haberse dado cuenta de sus carencias como padre tan recientemente. Eso la consoló. Al menos, él estaba haciendo lo correcto. Así que se limitó a retirarse,

acallando las protestas de su propio corazón decepcionado.

—Que descanses —murmuró despidiéndose.

—Que descanses —repitió Troy con la voz pesarosa del que tampoco quiere decir adiós tan rápidamente.

Jorie Sue se fue a su habitación a descansar, a intentarlo al menos. La estancia le pareció enorme y solitaria, y no pudo evitar desear estar en otro lugar y tener más compañía que su cama y la luz de la luna que se derramaba sobre el suelo desde su ventana.

Se dio una ducha rápida, para eliminar el salitre de su cuerpo, rememorando la forma suave y amistosa en la que el agua del mar le había acariciado la piel esa tarde. Le había maravillado la experiencia de hacer realidad la parte calmada y blanca de sus sueños, la parte en la que ella no sufría ni tenía que luchar por hallar una bocanada de aire. Había sentido cómo el mar la llamaba, cómo sus aguas en paz, sin peligros ni tormentas acechando, se le metían dentro y le hablaban directamente a ese corazón que estaba deseando entregarle. No sabía la razón de ese sentimiento, esas ganas de dejarse ir sin apenas plantearse que, en realidad, todo eso era una auténtica locura. Pero estaba allí, lo llevaba en su interior desde… desde siempre, en realidad.

A veces se decía que alguien había debido de llevarla a la playa cuando era muy pequeña y ella lo había olvidado por completo. O, quizá, la explicación era que había visto el mar en multitud de ocasiones a través de la televisión. Pero el caso es que algo sabía del océano, y es que era fundamental en su vida. De una manera u otra, el mar lo era.

Así que dejó de darle vueltas a un asunto que sabía que no podía desentrañar por mucho que se empeñara, y volvió a su habitación, a la soledad de esa alcoba que se negaba a disfrutar sin él.

Se metió dentro de las sábanas, se tapó hasta arriba y dejó que el sueño la alcanzara. Estaba cansada, eso era un hecho. El día había sido ajetreado, con muchas experiencias nuevas, con sensaciones que atesorar y, sobre todo, con Troy Layton de nuevo a su lado. Rememoró, igual que acababa de hacer con el tacto del mar en su cuerpo, las manos de Troy recorriendo su piel, sus besos y esas palabras que había venido a decirle a su habitación esa misma mañana. Le había recuperado, aunque ahora estuviera lejos, velando el sueño de su hija enferma. No podía negar que se moría de ganas de tenerlo, aunque eso supusiera el deseo más egoísta que había cruzado su mente en toda su vida.

Se quedó dormida pensando en su piel, en el roce de su lengua sobre sus labios, en aquella primera noche, en la cocina, cuando sintió sus manos por primera vez antes de besarla como si la necesitara para seguir respirando.

Y soñó de nuevo con el mar, el agua y la tormenta, con Troy ofreciéndole el aire necesario para no morir ahogada, y con ella misma salvándole a él, respirando en su boca, devolviéndole el hálito de vida que los mantenía a salvo a ambos. Respiraba bajo el agua de nuevo, vivía bajo el mar, asida a sus caderas para no perderle ni lamentarlo. También soñó con las manos de Bobby Dean sacándola otra vez del agua dolorosamente, apartándola de los labios de Troy, de la promesa que su presencia suponía. Y gritó, pero no tanto como la otra vez, porque en esta ocasión se despertó antes de que Bobby Dean la mirara con sus ojos de demente ni despertara en ella el miedo irracional a las consecuencias de tenerle frente a frente.

Estaba agotada de luchar. Un hilo de sudor le resbalaba por la espalda y su pecho, agitado, subía y bajaba con un ritmo frenético. Odiaba con todas sus fuerzas a Bobby Dean Monroe y toda la sensación de ahogo e impotencia que siempre iba aparejada a él. Necesitaba desprenderse de ella y ser la que resultara victoriosa. Aunque solo fuera por una vez. Una maldita vez.

Se incorporó y salió de la habitación. La sensación de ahogo no se iba y necesitaba volver a respirar con normalidad si no quería volverse loca.

Sintió el deseo irrefrenable de ir a ver cómo estaba Cricket, de mirar de refilón a Troy Layton, si es que estaba dormido, o de inventarse una excusa si es que permanecía despierto.

No estaba en la habitación. Cricket dormía profundamente, lo que era de agradecer después del último par de horas que la niña había pasado, pero de Troy no había ni una señal en la alcoba. La butaca que había ocupado estaba completamente vacía; su chaqueta, dejada allí, despreocupadamente.

Se acercó a la escalera, que era el lugar donde confluían el ala de la casa donde las habitaciones de Cricket y la suya estaban, la de Troy, al otro lado, y la planta baja, donde su instinto le gritaba con fuerza en el oído que buscara. Según bajaba las escaleras, peldaño a peldaño, su mente volvía una y otra vez a aquella otra noche, la primera, en la que se lo encontró medio borracho y tan triste como nunca lo había conocido, purgando sus penas y sus pecados a base de whisky con solera y remordimientos.

Aquel primer encuentro, el que los definió en todo lo que siguió, el que marcó las reglas de un juego al que Jorie Sue aún no se había acostumbrado del todo, que aún la dejaba sin aliento al recordarlo... Aún le temblaban las piernas si cerraba los ojos y sentía aquello que la recorrió en la cocina desde el mismo instante en que sintió la presencia de Troy Layton detrás de ella.

Se acercó al salón donde lo había encontrado la otra vez. Estaba sentado en el mismo sillón, bebiendo el mismo whisky de la misma

licorera, con el mismo gesto contrito. Pero la miró a los ojos con una seguridad y un regocijo que entonces no estaban. Eso marcaba la diferencia, sus ojos ya no eran los del hombre más cansado del mundo. Quizá es que había aprendido a manejar su carga, a compartirla, a dejarla fuera, pero los ojos de Troy esa noche eran los de un hombre reflexivo, pero no acabado.

Eso le sacó una pequeña sonrisa llena de afecto a Jorie Sue. Lo miró como si lo viera por primera vez, como si verle así fuera una imagen nueva que, en sus retinas, no tuviera precedente alguno.

Se sentó en el mismo sofá de la otra vez. Él mantenía sus pupilas clavadas en las de ella, la sonrisa, diminuta, aflorando a sus labios llenos y tan apetecibles. Inclinó la cabeza y subió el vaso a modo de saludo y ella sonrió, también con debilidad.

Frente a frente, jugando con el silencio y la penumbra de la estancia. Frente a frente, como dos gigantes, evaluándose, estudiando los puntos fuertes y las partes donde el otro podría flaquear. Preparados para apuntar al centro mismo del corazón, para disparar, para tirar a matar.

—Has tardado mucho —dijo él en un susurro, prendiendo en sus ojos una mirada que se iba volviendo más intensa y que quemaba más a cada segundo que transcurría entre ambos.

—No sabía que me estuvieras esperando…

—¿Qué más podría hacer, si no?

Ella se quedó sin aliento. Su corazón temblaba dentro de su pecho. Pero aún no sabía qué demonios esperar de él. ¿La esperaba para amarla? ¿La esperaba para desahogarse? ¿Para usarla como paño de lágrimas? ¿Para prometerle esa luna que había mencionado por la mañana? La duda debió de dibujarse en su rostro, porque él rio, rio como un niño pequeño, con una inocencia que ella no se acababa de creer del todo.

—Otra vez estás bebiendo solo…

No pudo evitar hacérselo notar. Venía de la casa de un borracho redomado, a cuyo carácter la bebida le afectaba hasta el punto de tratarla como un mueble, como una puerta a la que aporrear una y otra vez en busca de descargo. No toleraba el alcohol como una costumbre habitual, su olor le repugnaba; sus efectos, le afectaban al mismo corazón, que sufría de un modo que ella no estaba dispuesta a repetir. No quería más borrachos en su vida. Bobby Dean y su propio padre habían sido cargas suficientes para lo que le quedaba de existencia.

—Aunque no te lo creas —dijo él con serenidad—. El whisky de esta licorera llevaba años sin probarse. Me lo acabé *aquella noche* —pronunció esas palabras con un acento evocador que la hizo estremecer—. Vera lo ha rellenado, pero no es mi intención acabarme

la botella hoy con la misma rapidez.

Jorie Sue quiso creérselo y asintió levemente. Tenía que darle el beneficio de la duda, aunque le costara ser confiada con un tema tan grave y que tanto dolor le había ocasionado antes en su vida.

—Te lo prometo.

Lo dijo como si la conociera y le estuviera haciendo la promesa solemne de no repetir los errores que otros habían pagado en sus carnes. Sus palabras se le metieron bajo la piel, apelando a su cerebro, a su corazón, a sus mismas entrañas, para que le creyera y aceptara su juramento como si se tratara de algo sagrado.

Sonrió levemente, no quería dejarle creer que aquello era tan importante para ella. Aún no estaba preparada.

—¿Y por qué bebes hoy? ¿Para celebrar un buen día?

—Lo hemos pasad bien, ¿verdad? —dijo sin inflexión en la voz.

No parecía muy contento, y Jorie Sue no podía imaginarse la razón.

—¿Estás bien, Troy? —El nerviosismo de ella se podía notar a través de sus palabras temblorosas.

Él guardó silencio un segundo, bebió un trago largo y apuró el vaso, dejándolo en la mesilla de café que tenía a su izquierda.

—Siento que todo esto, el día de hoy, lo que nos rodea, no es nada más que algo pasajero, como la calma antes de la tempestad, como si nos fuera a arrasar un huracán y toda la aparente felicidad de hoy no fuera otra cosa más que un espejismo. —Su voz ahogada la impactó y la puso sobre alerta, esperando lo peor—. No logro sacarme esta horrible sensación del pecho. Me ahogo… no puedo evitarlo.

—Troy...

—A veces pienso que debería quedarme quieto, hasta que el viento viniera a borrarme, como si fuera un hombre de arena. ¿Tiene sentido? ¿Tiene algo de todo esto sentido para ti, mi dulce Ava?

A ella, el corazón no me latía. Se le había quedado congelado dentro de su pecho, anclado en esas palabras tan densas, tan llenas de miedos y temores, tan cargadas de resignación y pesadumbre.

Le costaba reconocer en él al hombre que había conseguido ilusionarla esa misma mañana, sacándola de la habitación para hacerla unirse a esa familia que le estaban poniendo en bandeja. ¿Qué podía haber ocurrido para que ese otro Troy Layton, resuelto y jovial, se hubiera diluido dentro de la piel de este otro, taciturno y desolado?

Le ardían los ojos, pero parpadeó para mantener a raya la humedad. No quería volver a llorar delante de él, le parecía impropio, como si le estuviera traicionando por sentir pena ante su pesar.

Se levantó y se acercó a él. Se puso en cuclillas delante suyo y le levantó el mentón, para que la mirara a los ojos, aunque fuera un solo segundo. Necesitaba traerlo de vuelta con ella, hacer por él lo que él había hecho por ella esa misma mañana. Y sonrió al pensar en que se

estaban rescatando uno al otro, como en un bucle eterno, sin ningún otro asidero al que sujetarse para no caer en los abismos que los acechaban.

Era por eso, probablemente, que su atracción y sus sentimientos habían escalado de ese modo tan vertiginoso, tan fulminante e intenso. Ambos sabían que nunca se habían llegado a conocer del todo, pero, a la vez, sentían que se reconocían con una sola mirada, como si en su interior fueran viejos amigos, hermanos en un sentimiento mucho más grande que ellos mismos. Era complicado de explicar sin volverse loco, pero había algo… algo trascendente que le impedía separarse de él, liberarlo o liberarse.

—Troy —susurró con tanta ternura que él se estremeció—. ¿Recuerdas que esta mañana me pediste que te pidiera una cita? ¿Que estaba en mis manos desafiar a los astros que se habían atrevido a decirnos que no estábamos hechos para estar juntos?

Él asintió despacio, de pronto intrigado. Era una buena señal y Jorie Sue sonrió confiada.

—Bien, quiero tener esa cita contigo —dijo categórica—. Y espero que estés preparado, porque quiero tenerla ahora mismo.

La sorpresa que reflejó su rostro la divirtió. Sabía que había captado toda su atención. Era un comienzo para empezar a sacarlo del pozo de la autocompasión en el que parecía estar atrapado.

—¿Ahora? —peguntó atónito—. Pensé que querías normalidad. Una cita en el salón de la casa que compartimos, a las tres de la mañana, no puede decirse que sea muy normal, ¿no crees?

—Una cita es un acto social en el que dos personas se conocen mejor con el fin de evaluar la conveniencia mutua para establecer una relación romántica… o algo así —dijo divertida tras pensarlo un rato—. Nadie dice que tenga que ser en un restaurante, en el cine o en el lugar que mejor te venga, como, por ejemplo, el salón de tu casa.

—¿Y qué planeas hacer en esta cita de salón? —Los ojos de Troy estaban volviendo a ese estadio donde el interés podía más que la desesperanza.

«*Ya te tengo. Ya eres mío*». No pudo evitar pensar ella, regocijándose por su idea. Quizá no fuera la mejor del mundo, porque implicaba quemar un cartucho demasiado valioso para ella, apostando esa normalidad que deseaba tanto como el respirar, solo por ganar algo de tiempo con él. Pero tenía que arriesgarse. Era un todo o nada. O así es como ella misma lo había sentido al entrar en el salón esa noche y verlo al borde del abandono total de la esperanza. De nuevo.

—No sé —dudó Jorie Sue, empezando a creer que había metido la pata—. ¿Te sirves otra copa?

La miró como si hubiera perdido la cabeza. ¿No acababa de dejar caer que, quizá, bebía demasiado? ¿No era ella una detractora de las

borracheras? ¿No le tenía miedo a lo que el alcohol podía traer consigo?

—Solo para brindar, si quieres —propuso entonces, saliendo al paso de su propio nerviosismo—. O música, podrías poner algo de música y… ¿Y si bailamos?

Troy se estaba divirtiendo al verla así, descolocada, agitada, convencida de que aquello le quedaba grande y, a la vez, poniendo todo de su parte para lograr que, de aquello, saliera algo bonito. Algo que le ayudara a él de algún modo.

Se puso de pie y pasó delante de ella, que seguía acuclillada en el suelo. Se dirigió a un pequeño equipo de música y buscó entre algunos CD que tenía en la estantería que estaba justo encima. Pareció dar con uno que le convenció y lo metió dentro de la pletina. Esperó a que cargara dentro del equipo, y le dio a reproducir, todo con una sonrisa de suficiencia en los labios.

La voz poderosa, brillante y característica de Elvis Presley invadió toda la estancia. Cantaba *Love me* y casi parecía mágico. La música no estaba excesivamente alta, no molestaría a Cricket ni alertaría a Colton, al otro lado de la piscina. La melodía invitaba al romance, a las confidencias, al abrazo.

Treat me like a fool,
Treat me mean and cruel,
But love me.[7]

—Cuando todo va mal, no hay nada que no se solucione con Elvis —le susurró él muy bajito, levantándola del suelo, tomándola entre sus brazos y comenzando a moverse despacio, al son lento y sensual de la canción.

A ella le dio por pensar que era como la escena de *Dirty Dancing* en la que Johnny y Baby bailan antes de hacer el amor por primera vez, aunque ellos tenían más sensación de inmensidad, como si necesitaran bailar no para acallar un discurso que no sabían cómo seguir con palabras, sino para sujetarse mutuamente para no caer al abismo, para no despeñarse por los agujeros que amenazaban con engullirlos.

Y Jorie Sue quiso gritar.

Quiso desahogarse.

Quiso amarrarse a él como si fuera su única oportunidad.

Wring my faithful heart,
Tear it all apart,
But love me.[8]

—Me gustaría que no fuera agosto —volvió a intervenir él ante el silencio de Jorie Sue—. Te hubiera encendido la chimenea. Hubiera sido el escenario perfecto para esta primera cita extraña.

Sonrieron ambos, los ojos de uno anclados a los del otro, sin derivas, sin que nada los mantuviera apartados uno del otro. Tan

dentro, tan cerca que parecían uno solo.

Las manos de Troy se aferraban a ella, usándola de salvavidas. Las de ella, temblorosas hasta hacía un minuto, se hallaban férreamente amarradas a su cuello, sintiendo la piel tersa de su nuca, la suavidad de su pelo. Percibía su olor, ese que la volvía loca, que le hacía perderse en sensaciones que le llegaban al corazón, a las entrañas, abriéndola por dentro y dejándola sin defensas. Troy Layton la tenía fascinada de una forma que nunca nadie había conseguido en toda su vida.

If you ever go,
Darling, I'll be oh so lonely
I'll be sad and blue,
Crying over you, dear only.[9]

Jorie Sue seguía callada. La música, la voz de Elvis, se colaban por cada poro de su piel y le hacían estremecer. Miró los labios de Troy, curvados en una ligera sonrisa que la tenía hipnotizada. Deseó besarlos con tal fuerza que se le hacía difícil controlar el impulso de inclinarse sobre él. Pero Troy no se lo ponía fácil. Parecía resistirse tanto como ella, pero a la inversa, como si besarla fuera lo último que quisiera hacer. Luchó por que la decepción no asomara a sus ojos, y esbozó una sonrisa que quiso creer que no era triste.

—Recuerdo el día que apareciste en este mismo salón, cuando saliste de la nada y te ofreciste a salvarme la vida —confesó él, con ese toque sensual y recogido en la voz—. Parecías muy sola, como si acabaras de llegar al mundo. Te hiciste la valiente… pero por tus ojos se veía que estabas aterrada. Y sentí…

Se calló de pronto, como si estuviera escogiendo palabras que no la hirieran, que no le despellejaran el alma ni le mataran cada esperanza que albergara en su corazón… Y Jorie Sue tuvo miedo de que la mandara a la cama, sola, de que le diera un beso en la frente, como una niña pequeña que necesita del consuelo vacío del que no la puede amar, y se deshiciera de ella, que la dejara sin nada a lo que seguir sujeta para no volverse loca.

—Troy….

—Sentí que tenía que averiguar por qué parecías tan asustada y tan sola —continuó con pesar en sus palabras, y dolor, todo el que ella había querido evitar invitándolo a bailar—. Y solucionarlo. Ayudarte a solucionarlo.

Su mano derecha abandonó la cadera de Jorie y subió hasta llegar a su mejilla, donde se detuvo en una caricia sin prisa, llena de una ternura que la acabó de romper por dentro. Su corazón temía la tempestad que estaba por llegar, y se aferró a su cuello, se aferró tanto como si el huracán azotara la cubierta del barco que la mantenía a flote, sobre esas aguas fascinantes y violentas que tanto le atraían.

I would beg and steal
(she would beg and steal)
Just to feel
(just to feel)
Your heart
(I want your heart)
Beatin' so close to mine.[10]

—Pero no me dejas, Ava —añadió destilando dolor—. No me dejas llegar, conocerte, ayudarte… no consigo alcanzarte y eso me está matando.

Jorie Sue apretó los ojos, tanto como estaba apretando sus brazos alrededor de su cuello. Sintió dolor físico y eso aplacó un ápice el dolor del corazón. Él tenía toda la razón, no le estaba dando nada. No tenía nada de ella salvo lo que se veía a simple vista. No se dejaba conocer porque era incapaz de compartir con él la parte negra de su historia. Y si no se lo contaba y dejaba que él juzgara la imagen al completo, jamás podría amarla como ella necesitaba que lo hiciera.

Era desesperante. El anhelo de tenerlo contra el miedo de perderlo.

—Troy… necesito…

Ni las palabras le salían. Ni el aire le llegaba a los pulmones, como todas esas veces en sus sueños, bajo el agua. Solo necesitaba que él lo entendiera, que se diera cuenta de que aún no estaba preparada, y fuera a rescatarla, que le diera su aire, que la sacara de esa espiral de dolor que la estaba consumiendo.

Darling, I'll be oh so lonely
Beggin' on knees,
All I ask is please, please love me
Oh yeah.[11]

—Tranquila. —Se apiadó de ella justo en el momento es que Jorie Sue estaba a punto de dejarlo todo y abandonarse a las aguas de la desesperanza.

Volvió a acariciarle la mejilla y su sonrisa se tornó menos densa, más liviana y cercana. Parecía que se había dado cuenta de que la estaba forzando demasiado y que no podía tensar tato la cuerda si no quería verla desecha delante de sus ojos. La miró con un cariño que nunca le había notado, parecía que se había percatado de que eso era precisamente lo único que ella necesitaba en ese momento. Eso y algo más frívolo. Que su cita se volviera otra vez algo ligero y que no le pellizcara el corazón hasta hacerlo sangrar.

La canción terminó y ellos permanecieron juntos, pegados, sin separar ni un ápice sus cuerpos. Sonó otro tema que ya no importaba, porque la intensidad del momento había perdido su poder y ellos ya no eran aquellos que habían bailando y sentido a Elvis.

—No sé si es un buen momento para decirte que creo que le gustas

a mi hijo —soltó él de pronto, acoplando aún más sus caderas a las de ella, haciendo más patente que entre ellos había demasiado fervor como para salir corriendo.

—Desde luego que no es un buen momento —respondió Jorie esbozando una tímida sonrisa. Por fin parecía respirar con normalidad, cosa que agradecía profundamente—. Preferiría que me dijeras que te gusto a ti.

Una sonrisa más abierta, sin fisuras y llena de significados se dibujó en los labios de ambos, que se acercaron un poco más. Solo un poco, apenas unos milímetros, pero algo era algo… algo era mucho.

—Me gustas mucho, Ava —aseguró mirándola con intensidad—. Me gustas tanto que creo que mi corazón se pararía si no pudiera volver a tenerte así.

No necesitaba más de él, con eso podía conformarse, pero una siempre puede pecar de ambiciosa y no quiso dejar ahí algo que podría haberle bastado y la podría haber llenado durante décadas. Sin saberlo, sin terminar de asimilarlo, se dio cuenta de que precisaba de más, lo requería por completo, necesitaba fundirse con él y cerrar los ojos a todo lo demás.

Así que se lanzó. Se puso de puntillas, alzó su mentón al cielo y trató de alcanzar sus labios. Se había vuelto valiente, se había atrevido a ir por delante, a darle antes de recibir de él. Pero Troy, cuyos ojos se oscurecieron y anunciaron tormenta en tan solo un instante, no la dejó alcanzar su boca, apartándose para evitar que ella le besara.

El corazón se le rompió.

Otra vez.

Troy le acababa de destruir las ilusiones de nuevo y esta vez ni siquiera entendía la razón. O sí la entendía y se negaba a darle validez para no hundirse en una miseria que amenazaba con tragársela.

Ya no pudo controlar esa lágrima rebelde que estaba amenazando con derramarse desde que había entrado en el salón. Se derramó sola, recorriendo con parsimonia su mejilla encendida de vergüenza y pesar. Y se preguntó qué debía hacer a continuación, si llorar libremente, si correr, si gritarle… no había respuesta buena para una situación así.

—Ava…

—Troy…

Se separó de él. Fue doloroso y él parecía resistirse a soltarla, pero lo hizo. Ambos habían comprendido que era mejor así y que las reglas del juego habían vuelto a cambiar.

—¿Te acuerdas de aquella tarde en los campos, cuando me dijiste que te usaba para descargar mi culpa y mi dolor? —preguntó Troy con la voz rota.

Ella asintió, sintiendo que el alma se le escapaba del cuerpo y ya

nada le importaba.

—Creo que era verdad…

Lo dijo y la sentenció. La puñalada que le atravesó el corazón fue tan certeza, que sintió cómo se derramaba la sangre por todo su interior, volviéndolo todo de un rojo intenso que le nublaba hasta la vista.

—Troy…

—Ava, no sé si sería capaz de estar contigo ahora sin sentir eso. Que quizá no te esté queriendo como tú necesites, sino que esté aplacando contigo toda la mierda que me está consumiendo, la culpa por todo, el dolor de todo… y no quiero. Contigo, no…

—Por favor, no lo hagas —los sollozos le habían subido a la garganta, y de ahí, le habían alcanzado la boca, los ojos, el cuerpo entero, que no podía resistirse a exteriorizar el dolor de su corazón destrozado.

No la quería. Acababa de confesar que no podía ser quien ella necesitaba. No podía amarla como Jorie quería ser amada y ella sabía, por encima de todas las cosas, que no podría amar a otro como lo amaba a él. Ya no. Nunca así.

Quiso girarse e irse, realmente precisaba llorar su derrota a solas, pero Troy Layton la abrazó con fuerza, le besó el pelo, y derramó sus propias lágrimas sobre ella, uniendo sus llantos como si fueran dos recién nacidos perdidos en un mundo al que acabaran de llegar.

Troy no la amaba.

Y por más que le hubiera gustado gritarle lo que Elvis acababa de cantarles, que la amara, que se lo suplicaría incluso de rodillas si fuera preciso, se calló. Se lo tragó todo y se acabó por hundir.

Costaba asimilar el hecho de no ser amada, cuando lo había creído posible por primera vez en su vida, y acostumbrarse a que sus sueños acabaran por hacerse pedazos. Ojalá tuviera más opciones, otra forma de hacer las cosas, de convencerle… y, entonces, como si lo hubiera sabido siempre, encontró su respuesta para él, lo que tenía que dejarle claro antes de salir de ese salón y continuar con su vida.

—Yo te quiero, Troy Layton —dijo ella con vehemencia, soltándose de su abrazo y mirándolo a los ojos enfurecida—. Yo te quiero y tú eres un cobarde que no te lo mereces. Pero ¿sabes qué? Ni eso va a conseguir que yo deje de quererte… ojalá algún día entiendas que tú me necesitas tanto como yo a ti, y no solo para matar ese dolor y esa culpa, sino porque soy la única capaz de rescatarte de eso y de todo lo demás.

Lo miró durante unos segundos más, su pecho subiendo y bajando con intensidad, aún afectado por los sollozos que él le había provocado. Ni siquiera las lágrimas en los ojos azul tormenta de Troy, su pena devastadora, su dolor sordo, fueron capaces de retenerla esa

vez. Así que salió corriendo.

Corrió a refugiarse.

Corrió a esconderse.

Corrió como si tuviera que poner a salvo su corazón partido en pedazos diminutos, esparcidos como esquirlas por todo su cuerpo, lacerando cada centímetro de su piel, haciéndole dolorosamente consciente de ese dolor que sabía que nada salvo Troy sería capaz de calmar.

Se encerró en su habitación, se metió en la cama y se tapó hasta arriba. Se hizo un ovillo y se rindió a los sollozos descontrolados. Era curiosa la cantidad de lágrimas que había derramado en esa casa en solo unas pocas semanas, cuando en toda su vida, esa que había sido dura y muy triste, nunca había tenido la sensación de necesitar recurrir al liberador llanto para desahogarse o rendirse al desaliento.

Ni siquiera se dio cuenta cuando la puerta se abrió, cuando sus pasos lo introdujeron dentro de la habitación, ni cuando se deslizó dentro de las sábanas, abrazándola y rescatándola por enésima vez.

—¿Por qué no consigo mantenerme lejos de ti? —le susurró al oído, con tanta pena como ganas.

Y alcanzó su boca antes de que ella pudiera responder o reaccionar, y se enredó en ella, dejando el primero de una retahíla de besos oscuros, desesperados, intensos y llenos de urgencia.

—Lo siento, lo siento, lo siento… —decía entre beso y beso, entre caricia y caricia, entre latido y latido.

Jorie Sue se aferró a su cuerpo, al presente que significaba que él estuviera allí, por ella. Aunque también por él. Por los dos. Y quiso creer que sí la amaba, y que la necesidad de demostrárselo era más fuerte que todo lo demás. Quiso creerlo con tantas fuerzas que se entregó como si fuera su última oportunidad para conseguir que él sintiera algo parecido a la felicidad.

Ojalá lo lograra… Ojalá.

Capítulo 25

La hora de la verdad

Jorie Sue y Troy durmieron juntos todas las noches desde ese día. Y todas, absolutamente todas, hicieron el amor como si cada vez fuera a ser la última.

Había entre ellos una necesidad difícil de definir. A veces, la mayoría de los días, Jorie se preguntaba si se amaban o si solo se buscaban para aplacar la urgencia de sentirse amados. Como si todo desapareciera al despertarse por la mañana. Pero otras, cuando ella se concentraba en lo que aquello podía esconder realmente, sabía que todo era real, era lo más real que jamás había experimentado en toda su vida.

Troy Layton apenas hablaba, centrado como estaba en que todo lo que giraba a su alrededor no acabara por desmoronarse. Atendía los campos, hacía verdaderos malabarismos con el poco personal que tenía, le dedicaba tiempo a Cricket y hasta se ofreció para acompañar a Colton en su vuelta a la terapia. Y por las noches, cuando las sombras caían y la casa se sumía en el más profundo de los silencios, se deslizaba dentro de la cama de Jorie Sue para calmar su fuego, para hacerla sentir viva, para mezclarse y salvarse mutuamente, para volver a respirar…

Todas las noches, Troy Layton repasaba con sus dedos las cicatrices que había ido encontrando en el cuerpo mancillado de Jorie, pero nunca preguntaba. Ella siempre había sido consciente de que, algún día, él encontraría marcas en su piel, porque no todas se habían diluido con el tiempo, y tendría que darle explicaciones. Le aliviaba que no las pidiera. Pero la martirizaba también. ¿Qué pensaría Troy de ella tras haberlas encontrado?

Jorie Sue estaba convencida de que les faltaba algo, una pieza perdida que hacía que el conjunto no encajara con la perfección que a ella le hubiera gustado. Y la culpa era suya. Hasta que ella no se abriera y le contara toda la verdad que traía a cuestas, sabía que Troy nunca iba a quererla sin condiciones, sin trabas y sin esa muralla que ella sentía que él había erigido entre ambos. No saber le torturaba a él; no poder contar, la mataba a ella.

Según se acercaba la vista de Colton, Troy se fue mostrando aún más taciturno y callado. Jorie Sue era consciente del miedo de Troy al momento en que su hijo tuviera que enfrentarse a las consecuencias de aquella pelea en la que le habían emboscado. Aaron Mansfield, el abogado de la familia, se había pasado casi todas las tardes por la plantación, con el objeto de preparar la defensa y no dejar cabos sueltos. No era un juicio, no lo era aún, pero si en esa vista se

desestimaban los cargos por no estar fundamentados, se podría evitar que hubiera uno en el futuro. Uno con sentencia, con la posibilidad de establecer una culpabilidad en la que, en esa casa, ya no creía nadie.

Colton estaba nervioso, a veces furioso. Sabía que no había tenido la culpa de aquella pelea, pero no había forma de demostrarlo. Se desesperaba a veces, otras desaparecía y era difícil saber dónde demonios se encontraba escondido. Era una bomba de relojería y a todos se les hacía difícil contenerlo.

El día anterior a la vista, Jorie Sue le preguntó si quería salir a montar a caballo con su hermana y con ella, cosa que solían hacer muchas mañanas después de pasar un rato con Martha. La sola mención del plan le hizo recordar aquel día en los establos, cuando ella descubrió que la pelea había estado orquestada desde el principio, y él, que ella era una pesa fácil. Aún recordaba las sensaciones que la bombardearon aquella mañana, acorralada, nerviosa, muerta de miedo… y siempre con la impresión de que estaba en su mano ayudarle a calmar toda esa ansiedad que lo convertía en un lobo, letal pero asustado, que solo mordía por puro instinto, para preservarse del dolor y proteger su propio corazón delicado y enfermo.

—¿Salir a montar? —le preguntó retóricamente con una sonrisa burlona en la cara—. ¿De verdad quieres que repitamos lo del establo?

Jorie Sue no supo qué pensar. Quiso creer que las bromas le salvaban de encogerse y volver a sentirse miserable por lo de la vista del día siguiente, aunque a ella no le hacía mucha gracia que rememorara aquel momento, quizá el peor que habían compartido.

Se obligó a esbozar una sonrisa que esperó no le pareciera falsa y lo miró a los ojos, aunque le costara hacerlo sin sentirse angustiada.

—No creo que sea buena idea repetir nada —dijo ella aparentando una seguridad que estaba muy lejos de sentir—. Menos aún con Cricket delante.

—En eso tienes razón —afirmó él riéndose—. La traumatizaríamos de por vida.

Sus carcajadas provocadas por su propio chiste le indicaron a Jorie que ese día les esperaba un Colton bipolar. Un Colton inestable que pasaría por mil cambios de humor, del miedo a la risa, de la furia a la calma, solo con una palabra que tocara el interruptor de cada una de sus emociones, esas que, sin duda, llevaba a flor de piel mientras los nervios se lo comían vivo.

—Me encantará ir contigo a montar —dijo serenándose y mirándola como si fuera el único ser sobre la faz de la tierra que mereciera sus atenciones—. Y con Cricket, claro.

Eso lo añadió más tarde, cuando ya había dejado claro que con quien le apetecía estar era con ella. Y Jorie, más incómoda que nunca, se arrepintió al momento de haberse ofrecido para aliviarle el

nerviosismo de las horas previas a su vista en la corte del juez.

Todo el mundo en la finca se había dado cuenta de que a Colton se le iban los ojos detrás de Jorie Sue. Ella se sentía bastante incómoda, pero no quería hacérselo notar porque creía que eso sería mucho peor para él. Pero, a la vez, se negaba a darle esperanzas, así que procuraba mantenerse lo más alejada de él, para evitar que Colton siguiera alimentando ese amor que él creía tan importante y que le crecía en el pecho día tras día.

Troy se lo había dicho medio en broma aquella noche de su cita, pero desde entonces las cosas habían evolucionado y ni su padre miraba con buenos ojos la forma en la que su hijo se la comía con la mirada y se las apañaba para estar siempre cerca de ella, por más que Jorie intentara poner distancia y mostrarse simplemente cortés con él.

A veces, cuando veía el lado dulce y atento de Colton, ella se ablandaba. Se acordaba de su viaje al pueblo juntos, de cómo la había protegido de esos que le habían tendido la trampa de la pelea, y en su interior se despertaba una sensación muy cálida, algo bonito y afectuoso que no pasaba del mero cariño que le podía haber cogido al muchacho durante todas esas semanas. Cuando eso pasaba, se sonreía pensando en que ojalá fuera capaz de sobreponerse a su enfermedad, a la tristeza congénita que lo tenía preso de esa desesperanza que a veces asomaba a sus ojos claros, para así conseguir el amor real de alguna chica. Alguna otra chica que no fuera ella y que le hiciera tan inmensamente feliz como se merecía.

—Te veremos en los establos después de salir de casa de Martha, sobre las once —le indicó sin entrar en muchos más detalles.

A veces era necesario marcar las distancias, sobre todo si Troy Layton los miraba de lejos, y empequeñecía los ojos pensando Dios sabía qué.

Colton le dedicó un último vistazo desconcertante. Era como si se hubiera dado cuenta de que tenía que alejarse de él y poner tierra de por medio. Quiso pensar que no era dolor ni decepción lo que había visto en su semblante antes de dejarlo allí, pero no estuvo segura de poder afirmar tal cosa.

Cuando se alejó con Cricket para ir a ver a Martha, el corazón de Jorie Sue estaba suspendido en una especie de duermevela, un extraño e hipnótico estado que no le permitía razonar con claridad. Quería ayudarlo de verdad, pero sabía que haciéndolo se metía en la boca del lobo… difícil disyuntiva la que tenía por delante.

Cuando llegó la hora de ir a los establos, Cricket estaba más animada de lo normal, lo que consiguió que Jorie Sue se sintiera un poco más liviana esa mañana. La niña se había recuperado a las mil maravillas de su corte de digestión, en apenas unas horas, y desde entonces se la veía despreocupada, risueña y feliz.

Jugaba con su perrito, regalo de su padre por su fiesta de No Cumpleaños, ya no daba malas contestaciones y la habían pillado haciendo un par de trastadas, lo que, según su padre y Vera, era la mejor señal de la vuelta total de la pequeña Cricket a la finca.

Ensillaron los caballos y esperaron por Colton a la sombra de los establos. El día era caluroso, pero no en exceso. Se podía estar perfectamente a la intemperie, sobre todo por la brisa que rebajaba la potencia del sol de mediados de agosto. Se sentaron en un banco de tosca madera y jugaron a retarse a ver quién de las dos decía palabras largas con menos vocales. Les gustaba dedicarse a retarse en temas de agudeza y vocabulario, donde Cricket era todo un genio que casi siempre acababa aplastando a una Jorie incapaz de alcanzar ese nivel.

Colton se retrasaba. Y Jorie Sue empezó a asustarse. No quería sentirse como cuando perdió a Cricket y la angustia lo inundó todo, pero era cierto que algo parecido le estaba subiendo por la boca del estómago. Cuando se hizo inasumible seguir esperándole, si no querían que la hora de la comida se les echara encima, las dos subieron a los caballos que habían ensillado, y salieron a dar su vuelta diaria.

Durante todo el camino, Jorie Sue se lamentó por no tener un teléfono móvil. Quizá había pasado algo y Colton había sido incapaz de avisarla porque ella seguía negándose a hacerse con uno. El recorrido con los caballos se le hizo eterno, tanto que, al regresar a los establos, casi tiró de Cricket para llegar a la casa cuanto antes.

Nada más llegar, dejó a la niña en la cocina, al cuidado de Vera, y ella se dirigió a la casa de la piscina, donde Colton tenía su pequeño refugio.

Nunca había estado allí. Para ella la casa y la piscina eran territorio libre y la casita de Colton, terreno independiente al que nunca le habían invitado a adentrarse. Se acercó con cautela, no sabía si estaría dentro, pero de estar, no quería alarmarlo.

Llamó suavemente a la puerta, dispuesta a llevarse el vacío y el silencio como única respuesta, pero, contra todo pronóstico, sus sospechas parecían certeras, y Colton estaba dentro de su pequeña casa, tranquilamente y sin dar ninguna muestra de arrepentimiento por haberlas dejado en la estacada.

—¿Te encuentras bien? —inquirió ella, aunque sabía de sobra la respuesta.

—Perfectamente, ¿por?

Jorie Sue no era una persona violenta. De hecho, detestaba cualquier clase de violencia tras haberla sufrido en sus carnes durante tantísimos años. Pero no pudo negar que, en ese preciso instante, le hubiera borrado la expresión de suficiencia y burla de un solo puñetazo.

—Eres un imbécil —le espetó sin pararse a medir sus palabras.

Lo miró muy seria, con todo el enfado que sentía, solo un segundo más, y luego se alejó de la casa, a paso ligero.

—¡Espera! —gritó él siguiéndola. La alcanzó y la sujetó por el brazo, con bastante más ternura y gentileza de la que ella se esperaba—. Espera, por favor, pequeña Ava.

Paró, se zafó de su brazo, se giró y lo miró furibunda. Los brazos en jarras, la expresión, inamovible.

—¿Puedes entrar dentro? No quiero hablar fuera y que todos piensen que estamos enfadados…

—¿Y desde cuándo te importan los demás?

—Vamos…

Su rostro pedía una tregua y su porte estaba vencido. Sin duda sabía que se había comportado como una auténtico imbécil y con eso se tenía que conformar.

Jorie Sue lo siguió al interior de la pequeña casa. La estancia principal, que ocupaba casi todo el espacio, era una habitación espaciosa y despejada, que hacía las veces de salón. Al fondo se podía ver una pequeña cocina y dos puertas, que Jorie Sue supuso que daban al baño y al dormitorio. Desde fuera, parecía una casa diminuta, pero engañaba gracias a la disposición inteligente del mobiliario y a su estructura, muy bien ejecutada. Entendía por qué alguien como Colton, que a veces requería de un espacio adicional, se sintiera a gusto allí. Lejos de los demás, pero no tanto como para no pertenecer al mismo lugar que ellos.

Colton le indicó un sofá que parecía muy cómodo y se sentó en él, mínimamente, con solo una parte de su pequeño trasero en el sofá, por si había que salir corriendo. Colton lo notó y se rio débilmente, el lobo no estaba en esa ocasión.

—¿Me vas a contar ya por qué no has venido? —preguntó Jorie a la defensiva, aún sin tenerlas todas consigo pese a que el semblante de suficiencia había desaparecido de golpe.

—¿Qué quieres que te diga? Al final no me apetecía… —lo dijo sin mirarla, eludiendo a propósito los ojos inquisitivos de ella.

Ella echaba fuego por cada poro de su piel, sentía el juego de él, que le tomaba el pelo. El lobo no estaba, pero seguía sin tomarla en serio. Se puso de pie en el sofá, dispuesta a volver a dejarlo ahí. Pero él se colocó en la puerta y le impidió el gesto dramático de la huida. Siguió sin mirarla a los ojos, no estaba segura de cuál podía ser la razón, pero no sabía si quería saberla.

—Colton… ¿Otra vez este juego? No tiene gracia ¿sabes?

Jorie Sue estaba preocupada. No estaba asustada como la última vez que la acorraló, y eso era porque conocía mejor a Colton y porque ahora veía en él el niño vulnerable y roto que antes no lograba

imaginar, escondido bajo esa capa de chulería, arrogancia y seguridad artificiales.

—Me lo cuentas o me dejas ir. Tú elijes.

Levantó los ojos, llenos de un inexplicable sentimiento de orfandad. Jorie Sue pensó que jamás había visto a nadie, en toda su vida, tan a la deriva como Colton Layton en ese momento. La intensidad de su mirada la quemaba, le hacía daño, y se preguntó por qué en esa casa tenía que ser todo siempre así de dramático, como si viviera momentos estelares de sus telenovelas favoritas casi a diario.

—Él estaba allí, nos vio, y no podía siquiera imaginarme que estuviera presente… él jamás nos dejaría solos. Hemos discutido, no puedo soportarlo más.

—¿A quién demonios te refieres, Colton?

Jorie Sue estaba perdida, no entendía las palabras inconexas del muchacho, y necesitaba saberlo para calmarlo o para salir ilesa.

—A mi padre —dijo escupiendo las palabras con una rabia impropia de alguien que parecía haber limado bastantes asperezas con el objeto de su ira.

Jorie sacudió la cabeza. Aquello parecía que nunca iba a cesar.

—¿Por qué ese odio hacia tu padre, esas ganas de oponerte siempre a él, en todo?

—Porque no puedo soportar cómo te mira, como si fueras suya —dijo con el dolor más intenso del mundo desgarrándole las entrañas—. Y porque no puedo soportar cómo le devuelves tú la mirada, como si fuera cierto.

Se lo gritó con una furia feroz, anclándola a sus ojos, oscurecidos de pronto por la rabia que lo acababa de invadir. Jorie Sue se estremeció durante un segundo, sin comprender, hasta que cayó en la cuenta de que se refería a la mirada que había intercambiado con Troy antes de despedirse de Colton tras quedar para cabalgar.

—¿Y qué demonios importa cómo le mire?

—Porque a mí no me miras así y no puedo soportarlo…

—Colton…

Trató de colocar la mano sobre su brazo, consoladora, pero él no parecía estar dispuesto a tomar esa parte de ella: la que le animaba y le limpiaba las lágrimas. Para eso no la necesitaba, se negaba a necesitarla. Se zafó de su mano y se alejó de la puerta. Se sentó en el sofá que ella acababa de abandonar y fijó su mirada en el suelo, mientras sus hombros subían y bajaban, agitados por su respiración irregular.

—Vete.

—Colton.

—Vete, por favor.

—Colton —repitió ella acercándose a él, con cautela, con la voz

aterciopelada de quien se acerca a un cachorrito perdido y asustado.

Él no se movió y Jorie Sue se sentó a su lado, despacio, conteniendo la respiración para no asustarle.

—No soy tan miserable como crees, ¿sabes? —dejó escapar él con pesar, retorciendo sus dedos y evitando su roce y su mirada.

Jorie estaba tan conmovida por sus palabras que quiso llorar y desbordar el dolor punzante que la estaba ahogando sin remedio. Pero se contuvo. Necesitaba contenerse para salvar lo que pudiera de aquel naufragio. Así que, con la misma cautela con la que se había sentado cerca de él, le tomó suavemente de la mano, hasta dejarla unida a la suya.

—No, ya lo sé, Colton —le dijo con una dulzura maternal que nunca se había oído en la voz—. Solo estás roto.

Silencio. El dolor de él se podía escuchar, oler, sentir. Era una sensación tan desgarradora que era insostenible por mucho más tiempo.

—Y yo no soy yo quien debe juntar las piezas. No me corresponde a mí curarte… —Jorie Sue lo dijo con un pesar que la hería, que la dejaba sin aliento.

Él la miró de frente, con la pena rebosando, completamente perdido.

—Sin ti, me quedo sin nadie —musitó más para sí mismo que para ella.

Jorie le acarició la suave melena con cariño, con todo el que era capaz de transmitirle, y le rogó, con una sola mirada, que la escuchara, que la creyera.

—Te tienes a ti mismo. Empieza por encontrarte a ti mismo y quizá soluciones todo lo demás.

Se quedaron en silencio varios segundos. El tiempo parecía haberse detenido entre los dos. Quizá Colton estaba asimilando las palabras de Jorie Sue, o quizá, de algún modo, en su cabeza él seguía queriendo que las cosas fueran a su modo: ella solo suya, con su padre fuera de la foto.

Jorie Sue los sacó de esa pausa extraña con un leve movimiento de cabeza. Se acercó a él poco a poco y le dejó un suavísimo beso en la mejilla. No sabía hacerlo mejor, tampoco sabía qué más entregarle de ella misma sin romper sus esperanzas más adelante. Quería protegerlo y, a la vez, dejarle claro que ella ya había elegido y no era a él.

Se levantó despacio. Lo dejó allí, inmóvil, con el corazón con tantos pedazos como los que ella había tenido que recoger unos días atrás. Y se odió a sí misma por esa valentía tan dolorosa y esos gestos con los que se involucraba tan poco.

—Adiós, Colton… —susurró desde la puerta.

Cuando lo dejó para adentrarse en la casa principal, la sangre aún

no había regresado a sus venas y el aire aún no había vuelto a llenar sus pulmones.

*****

La vista iba a tener lugar en Mobile, cerca del mediodía.

Por más que Jorie Sue había detestado la idea, al final se vio obligada a ir con ellos y con Cricket a la ciudad. La niña necesitaba un vestido para la comida benéfica de las Damas Azalea, y ella, por descontado, también. Había estado mirando vestidos de Martha de antes de la enfermedad, cuando aún se preparaba y se animaba a ir a toda clase de eventos sociales. Pero ninguno le quedaba bien ni mandándolo a arreglar. Martha era grande, y Jorie Sue apenas un retaco de metro y medio. Ni la altura ni las curvas concordaban. Así que una visita a la avenida comercial de Mobile, mientras Colton se jugaba su futuro en una corte judicial, parecía necesaria. Aunque más bien se asemejara a una broma de mal gusto.

Cricket, por su parte, tampoco tenía nada que ponerse. En su maleta no había nada con tanta clase porque en la finca nadie hubiera imaginado que lo necesitaría. Habían intentado que usara uno de los preciosos vestidos que Vera le había regalado por su fiesta de No Cumpleaños. Pero aquellas era prendas pensadas para el duro invierno británico y no para una comida benéfica en los páramos de Alabama, a celebrar la primera semana de septiembre.

El ambiente en la camioneta era tenso. Troy conducía, con su hijo al lado. Iba concentrado en el camino, apretando el volante como si la vida le fuera en ello, con los nudillos blancos de tanto hacer fuerza. Su hijo se la jugaba y él no había pegado ojo.

Esa última noche le había hecho el amor con furia a Jorie Sue, y luego había bajado a refugiarse en las sombras del salón. No había vuelto a la cama y se lo imaginó solo, con un vaso de whisky, otra vez ocupando su mano, su boca y la mitad de sus negros pensamientos.

Colton, a su lado, no tenía mejor aspecto. Era la hora de la verdad y él lo sabía. No se había atrevido a mirarla desde que habían ocupado sus sitios dentro del vehículo y Jorie Sue sufría cada vez que trataba de llamar su atención y él actuaba como si fuera invisible y no la viera, pese a estar a apenas unos centímetros, tan cerca que hubieran podido tocarse sin problemas.

Las revelaciones de la tarde anterior le habían producido mil dudas y mucho dolor, que aún le costaba procesar. Sobre todo, porque no sabía realmente si había hecho lo correcto al dejarlo allí, sin más esperanza ni respuestas que pudieran aplacar su pena. Ella había elegido hacía mucho tiempo. De hecho, Colton ni siquiera había sido nunca una opción para ella…

Troy dejó a las chicas al comienzo de la zona comercial de Mobile y prometió volver a buscarlas cuando salieran de los juzgados. Jorie no quería despedirse de ellos, no soportaba la idea de no acompañarlos, pero una corte judicial no era sitio para una niña de nueve años, así que no le quedaba otra que irse de compras con Cricket y esperar lo mejor, cruzando los dedos.

Entraron en decenas de tiendas, primero infantiles, en busca del vestido perfecto para Cricket y, una vez encontrado, pasaron a las de adultos, donde Jorie Sue se sentía intimidada y fuera de lugar. Troy le había dado una buena cantidad de billetes para las dos, pero ella se sentía incómoda. Prefería comprárselo de su sueldo, y comprarse algo sencillo y barato que pudiera volver a utilizar.

Lo más elegante que había tenido en toda su vida era el vestido que lucía en ese momento, el que se había puesto esa misma mañana. Su vestido azul oscuro con florecillas de colores. No se veía capaz de entrar en esas tiendas de gama alta y dejarse lisonjear por dependientas prestas a llevarse una buena comisión a su costa. Eso les pasaba a las protagonistas de sus seriales de televisión, no a ella.

Así que se prometió a sí misma que no alargaría la agonía y que se compraría lo primero que viera en el primer escaparate que se cruzara en su camino. Necesitaba un vestido para una comida, por la hora y el motivo de la celebración, tendría que ser un vestido corto. Por la época del año, debería ser veraniego. Ambos requisitos los encontró en una pequeña tienda escondida en la amplia avenida comercial de Mobile. No era especialmente barato, pero tampoco pedían por él una barbaridad desorbitada. Y, lo más importante, le veía más posibles usos, y no solo esa comida y luego una condena de por vida en un armario.

Era un vestido de color amapola, perfecto para su tono de piel y su color de pelo. Le quedaba ajustado en el pecho y le caía con gracia hasta llegar a las rodillas, sin tocarlas del todo. Era elegante y sencillo. Era simplemente perfecto. Dio gracias a Dios cuando, al probárselo, comprobó que su primera impresión al verlo encima del maniquí había sido la acertada. Estaba perfecta con él.

Cricket alabó su elección y, para hacer tiempo, esperaron a los chicos tomando un yogur helado en una terraza cerca del parque de Bienville. El río quedaba cerca, y se notaba la brisa fresca que traía el olor del mar, ya cercano. Los juzgados estaban al lado y podrían irse a casa desde allí los cuatro juntos.

—Si tengo que volver a Londres para la boda de mi madre, podré usar este vestido —dijo señalando la bolsa de la boutique donde se había hecho con un precioso conjunto con falda llena de vuelo, en color dorado, y cuerpo de oscuro y suave terciopelo—. El que ella eligió apesta. Es cursi, rosa y lleno de lazos por todas partes. Ni

siquiera me dio elección. Mandó llamar a la modista, le dio cuatro pautas y se marchó.

Jorie Sue se encontraba dividida cuando la niña hacía esos comentarios. Entendía que quisiera dar su opinión en algo que le afectaba directamente, pero Jorie no conseguía comprender que, teniendo una madre que se preocupaba por el vestido que ella llevaría, Cricket no lo valorara. Ella echaba tanto de menos algo así, una tontería tal como que una madre le eligiera un vestido… la miró con cara de circunstancias, para no dejarle traslucir su propia pena, e intentó que Cricket se mantuviera entretenida.

—¿Qué quieres decir con que *si tengo que volver a Londres para la boda de mi madre*? —preguntó ciertamente consternada, ese dato había estado a punto de pasársele por alto.

—Si mi padre consigue que no tenga que volver, no pienso pisar Londres en una buena temporada, y eso incluye esa *boda* —pronunció esa palabra como si le quemara en la boca, poniendo cara de asco.

Jorie la miró con asombro, no tenía ni idea de que Cricket detestara el próximo enlace de su madre de esa manera tan radical. Recordó que Dixon le había contado que la niña empezó a volverse más reservada, arisca y mezquina tras una serie de acontecimientos, entre los que estaba la relación de su padre con Lisbeth. Si la boda de su madre tampoco le agradaba, quizá Cricket tuviera problemas con dejar que sus padres siguieran adelante con sus vidas, en compañía de otras personas. Y eso, de muchas maneras, le afectaba directamente a ella.

Aún no sabía qué demonios era lo que la unía a Troy ni si eso sería algún día algo que compartirían con los de más. Pero, de ser así, lo que menos le gustaría es que su historia con su padre desestabilizara de nuevo a Cricket. No ahora que parecía haber recuperado una serenidad largamente extraviada.

—¿No quieres que tu madre se vuelva a casar? —preguntó con cierto recelo.

Se moría de miedo por escuchar la respuesta. De ella, dependían muchas cosas. Tantísimas cosas…

Cricket la miró mientras se metía en su pequeña boca sonrosada una cucharada de yogur con *topping* de virutas de chocolate de colores, y retrasó su respuesta. Jorie no sabía si es que estaba pensando qué contestar o si sabía de las verdaderas intenciones de la pregunta y la estaba martirizándola con la espera.

—Charles es gilipollas —resumió tras la tensa demora.

Jorie Sue asumió que Charles era el prometido de su madre y procuró esconder una sonrisa que la niña había provocado con su respuesta. La había lanzado a bocajarro, con una naturalidad arrolladora, como si no necesitara más explicaciones.

—Charles no te gusta…

—Charles es un esnob y un estirado y no puedo soportarlo —corroboró Cricket—. Se pasa la vida mirando a todos por encima del hombro y dando órdenes absurdas. Lo primero que hizo conmigo fue enviarme a ese internado horrible que detesto con todas mis fuerzas. Y mi madre le dejó hacerlo. Así que eso la convierte en la peor madre del mundo.

—Cricket…

Había comenzado a llamarla Cricket, dejando de lado el formal Olivia, cuando le permitió hacerlo a su padre. Todos los oyeron esa mañana en el barco, y estaba ya oficializado, de alguna manera. La niña la miró, esperando a que dijera algo para replicarle cualquier argumento a favor de su desnaturalizada madre, pero Jorie Sue calló, no quería que pensara que no estaba de su parte.

—Lo conoció en Mallorca, una isla española a la que a veces íbamos a pasar algunas temporadas —le contó Cricket, de repente habladora y deseosa de compartir confidencias. Jorie Sue supuso que necesitaba hacerle llegar datos que apoyaran su hipótesis, y así ponerla de su lado y ver las cosas con relación a su madre de la misma forma que ella—. Coincidió con él en la fiesta del yate de un amigo común. Desde que los presentaron, se olvidó por completo de todo lo demás. Yo también estaba, pero ya no se acordó más…

Jorie Sue sintió su pena, saliendo a borbotones por su pequeña boca, con cada palabra que decía. Su vocecita, aún tan infantil, no podía ser que estuviera tan cargada de resentimiento… era la maldición de los Layton, o eso parecía, todos acarreando esas taras y esos pesares tan condenadamente pesados.

—Tampoco creas que antes me hacía mucho más caso —dijo inmediatamente, para controlar las ganas de echarse a llorar que parecían encoger su diminuto cuerpo—. Pero al menos no había dejado nunca que nadie me mandara lejos…

—Cricket —dijo Jorie acariciando la mano que la niña tenía sobre la mesa—. A veces los adultos equivocamos las prioridades. Y puede que tengas razón con tu madre, pero piensa que aún tienes una, yo no tengo esa suerte.

—Para ser como la mía, tampoco me importa mucho tenerla —lo escupió con un odio que sacudió a Jorie y que le recordó, irremediablemente, a la niña llena de resentimiento que había bajado del avión la tarde en que se conocieron.

—Estoy convencida de que, un día, cambiarás de opinión. Hace poco pensabas algo parecido de tu padre, ¿verdad?

La dejó sin palabras. Le había tocado una fibra sensible, le había dado algo en qué pensar.

Cricket asintió levemente, dándole la razón. O casi.

—Mi padre nunca será como Minerva —aseguró muy convencida—.

Mi padre tiene corazón.

Eso no se lo podía negar. Y porque tenía corazón, Troy Layton sufría, vivía y pasaba todo de modo tan intenso que hasta dolía.

Cuando el reloj de la torre de Saint Michael, a cuyos pies se encontraban, dio las doce y media del mediodía, el móvil que Troy le había obligado a Jorie a llevar ese día, sonó, sobresaltándolas. Era él. La vista había acabado.

Se reunieron donde ellas esperaban diez minutos después. Troy traía buena cara. Colton, echaba chispas por los ojos. Jorie estaba perdida, no sabía si traían buenas o malas noticias.

—¿Y? —preguntó impaciente, clavando los ojos en Troy con una vehemencia arrolladora.

—No habrá juicio. Han desestimado el caso.

Lo dijo contento pero cauto, mirando de reojo a su hijo que, claramente, no estaba de acuerdo con esa resolución.

—¿Preferías ir a juicio? —no pudo evitar preguntarle a Colton, pese a que sabía que él no quería hablar de ello, a juzgar por el nubarrón que lo envolvía.

—¡Lo que no quería es que mi abogado alegara problemas mentales y prometiera terapia adicional solo para librarme de ir a un juicio y demostrar que eso es una mierda y que los verdaderos culpables son esos jodidos mafiosos!

Se quedó sin aliento tras soltar toda esa parrafada. Lo malo es que no se quedó a gusto, ni le cambió el semblante, ni parecía que nada de lo que nadie pudiera decir fuera a aplacar su mal humor.

El viaje de vuelta fue silencioso y tenso. Colton ni siquiera se movía en el asiento de atrás, a donde se había encaramado sin dar más opciones a los demás. Jorie Sue, que intentaba comprenderle y ayudarle a gestionar toda esa ira, solo podía pensar en que, por una vez, su enfado estaba plenamente justificado y que, aunque su padre hubiera animado al abogado a sacar a colación su condición de inestabilidad mental para salvarlo del juicio y probable condena, quizá hubiera sido mejor defenderse y ganar la causa luchando.

Troy no mostraba remordimientos. Colton no mostraba paz interior. Como siempre, pasara lo que pasara, era incapaz de contentar a todos. Y Jorie, que por una vez no pensó en que sus palabras podrían calmar los ánimos, sino ponerlos peor, se quedó tan callada como ellos, pensando en que había cosas que, de vez en cuando, era mejor dejar como estaban.

Capítulo 26
Toda una Dama

Se produjo un incendio más, la misma noche de su viaje a Mobile y la vista de Colton. Y luego, simplemente, pararon.

Todo el mundo dio por hecho que la culpa, tal y como el sheriff Cranston había sospechado, era de un inmigrante que había dejado el estado para huir a su lugar de origen, y que se había llevado su insano juego con él.

La propiedad que había ardido en último lugar habían sido los establos de los Layton, llenando el lugar de histeria y confusión. Y a Troy, convencido de que aquella plaga no iba a acabarse nunca.

Se equivocaba, pero el daño ya estaba hecho.

La misma mañana de la comida benéfica de las Damas Azalea, el tema de los incendios ya estaba casi olvidado. Tres semanas sin ningún incendio, tras un verano caldeado por las llamas, hacían que el tema ya apenas le interesara a nadie.

Con la llegada de septiembre y el inminente inicio de la temporada de cosecha del algodón, todo pasó a un segundo plano.

Todo salvo la reunión de las Damas, de la que Cricket no dejaba de hablar, para que nadie se olvidara de la cita que tenían y de las intenciones sin ambages de cobrarse el regalo que, el día de su No Cumpleaños, le había hecho Martha invitándola.

La invitación, de hecho, era extensiva a todos los miembros de la familia y a Jorie Sue, así que Troy Layton compró cubiertos en la comida para todos, desembolsando una buena cantidad de dinero, que iría a parar a distintos estudios que buscaban paliar los efectos de la ELA en quienes la sufrían.

Cricket apareció en la entrada con su precioso vestido de terciopelo negro y falda dorada, dando vueltas para mostrar el vuelo inmenso de su conjunto. Estaba pletórica y tan hermosa, que nadie podía apartar los ojos de ella. Jorie Sue, con su vestido amapola, se había recogido el pelo en un moño desenfadado que dejaba su cuello y su escote a la vista, haciendo que pareciera la musa de un pintor prerrafaelita. Estaba muy bonita, tanto, que Troy se quedó sin habla cuando la encontró en las escaleras del porche, contemplando feliz cómo Cricket daba vueltas y vueltas sobre sí misma.

—Te sienta muy bien el rojo —acertó a balbucir él azorado—. Estás realmente bonita.

Sus ojos, refulgentes y llenos de intensidad, ruborizaron a Jorie Sue con una sola mirada. Se sintió tan preciosa bajo sus iris azul eléctrico, que no pudo sostener a tiempo a su corazón, que dio un salto mortal en el interior de su pecho, poniéndola al borde del desmayo.

Esbozó una sonrisa tímida y se unió a él para bajar las escaleras. Aparcada a escasos metros, la furgoneta con el espacio necesario para Martha, los esperaba para ir a buscarla a ella y a Vera. Colton iría por su cuenta un poco más tarde, había anunciado Troy, y a Jorie no le extrañó en absoluto.

Desde la sobreestimación del caso contra el hijo de Phillip Redman, Colton no había dado muchas señales de vida. De hecho, Jorie Sue había tenido sus dudas sobre si iría finalmente a la comida y, hasta no verlo allí, estaba dispuesta a no creérselo del todo. En realidad, apostaba que el haber dicho que iba solo era una treta para que lo dejaran en paz y no tener que dar más explicaciones o enfrentarse al posible enfado de su padre si rehuía de la invitación.

Colton Layton se había convertido en un fantasma. En uno que comía y cenaba en su refugio al otro lado de la piscina, que no ayudaba en la finca, que apenas hablaba con nadie y que se dejaba ver lo justo. Lo justo, a veces, era nada durante dos o tres días. Solo Vera, que le llevaba la comida y se quedaba con él unos minutos, era su conexión con el mundo. Y Cricket, cuando, de vez en cuando, se acercaba a verle y a intentar convencerle de que saliera de su ratonera.

Había empezado a ir a la terapia adicional a la que se había comprometido para que retiraran los cargos y el ama de llaves aseguraba que estaba tomando religiosamente su medicación. Eso era todo lo que sabían de él. Eso y que no quería ver a su padre o a Jorie Sue. Ella, todos, se preguntaban qué culpas le estaba haciendo pagar a Jorie, pero nadie lo decía en voz alta. Si había sospechas, nadie decía nada.

Jorie Sue probó a que le abriera la puerta una mañana de finales de agosto. Solo obtuvo un silencio frío al otro lado de la puerta, lo que la hizo apenarse y desistir de seguir intentándolo.

Mientras se acercaban a recoger a Vera y Martha a su casa, Jorie Sue trató de desterrar a Colton de sus pensamientos. Bastante pena le daba el muchacho y sus pocas ganas de acertar en eso de la vida. No quería entristecerse tal día como ese, un día especial para todos en la casa.

Ambas mujeres los esperaban en la puerta, perfectamente arregladas para el evento social más importante al que habían acudido en mucho tiempo. Vera lucía un bonito vestido blanco y negro, ceñido de la cintura y con una caída muy vaporosa por las caderas. Martha, por su lado, llevaba un vestido blanco que la tapaba entera y una enorme flor del mismo color en su pelo azabache. Estaba realmente preciosa y su alegría se intuía detrás de sus luminosos ojos negros.

Salieron para la comida con expectación y nerviosismo, sobre todo Martha, que tenía que hablar en público y había confesado que no lo

llevaba nada bien. Cricket, igualmente inquieta, pero ella por razones tan frívolas como ver de nuevo a las Damas Azalea en acción y soñar que pronto podría ser una de ellas, miraba por la ventana descontando los minutos que la separaban de *Oakleigh House*, la preciosa mansión histórica de estilo a*ntebellum* en la que la comida iba a celebrarse.

Cuando llegaron, el lugar ya estaba repleto de invitados, que iban, poco a poco, llegando. Ellos bajaron del vehículo, que un aparcacoches se llevó casi de inmediato para despejar la entrada y permitir el acceso al siguiente vehículo.

Cuando Martha hizo su aparición, de repente, todo el mundo quería acercarse a ella. Se veían otros enfermos de ELA en los alrededores, personas con síntomas de la enfermedad en diferente estadio, pero Martha, de repente, se llevó todo el protagonismo.

Se acercó mucha gente. Antiguas compañeras de las Damas, organizadores del evento, compañeros en la cruel enfermedad y conocidos de los Layton que no podían dejar pasar la oportunidad de acercarse a saludar y a hacerse notar. Jorie Sue tomó consciencia de que la familia era bastante más popular en la zona de lo que habría jurado. No salir apenas de los límites de la finca en todo el verano, acortaba mucho el mundo y las implicaciones reales de lo que era moverse en sociedad.

Estaban en una propiedad preciosa, con la casa presidiendo el lugar, lleno de árboles, un jardín espectacular y zonas de recreo que hacían que el conjunto fuera armonioso y perfecto. Ellos se colocaron a la sombra de un magnolio, por donde se paseaban los camareros del catering, que daban la bienvenida a los recién llegados con copas de champán y refrescos, antes de pasar a la casa para los actos principales y la comida.

Jorie Sue estaba asustada. No lo podía negar. No es que en una comida benéfica en *Oakleigh House*, de a quinientos dólares el cubierto, tuviera una posibilidad, ni siquiera remota, de encontrarse con alguien perteneciente a su antigua vida que pudiera reconocerla. Pero sí era cierto que era la primera vez que salía formalmente con los Layton a un evento social, y eso no era algo para tomarse a la ligera.

Las manos le sudaban ligeramente, y temió ser presentada y tener que ir estrechándolas por ahí, con desconocidos que, sin duda, no se llevarían la mejor de las impresiones con algo como una mano sudada y una cara de terror que asustaba.

Troy, que no dejaba de sorprenderla, le cogió una de sus manos y se la miró. Sacó un pañuelo del pantalón de su traje y se la limpió. Luego, a continuación, tomó la otra, y con la misma dedicación y mimo, se la secó también, suavemente. Cuando acabó, la miró un segundo a los ojos, esbozando una sonrisa triste.

—Cuando estás nerviosa, te pasa —dijo simplemente, a modo de

explicación, mientras se encogía de hombros.

Permanecieron unos instantes así, cara a cara, sin decirse nada más. Si alguno de los invitados se percató de algo que pudiera estar pasando entre ellos, algo que agitara su respiración o hiciera que sus corazones latieran ligeramente más deprisa, nadie dijo nada. Estaban solos en el mundo. De algún modo, estaban solos y la gente no era gente. Estaban solos y solo ellos dos eran alguien.

Jorie Sue pensó que, pese a no haberle contado muchas cosas sobre ella, él la conocía. Conocía sus pequeños defectos, los síntomas de sus ataques de pánico. Conocía sus sueños y sus pesadillas, y que las tormentas la descolocaban. Conocía sus dotes culinarias, más bien escasas, pero también su maestría con las tartas de No Cumpleaños. Conocía su enorme pasión por los libros, su manera caótica de ordenar las cosas y sus esfuerzos continuos por ayudar a la gente de su casa.

La conocía después de todo. Así que no importaban tanto si Troy desconocía el hecho de que estuviera casada con un borracho miserable que la maltrataba o si había huido de su lado pegándole fuego a su casa, testigo mudo de años y años de violencia y sueños destrozados.

¿Qué más daba que no supiera esos detalles sobre ella si sabía que, cuando se ponía nerviosa, le sudaban las manos? ¿Qué más daba cuando él tenía siempre a mano un pañuelo y la promesa de ayudar a solucionar el problema como acababa de hacer? Se emocionó con el gesto, con sus palabras y con el modo de proceder tan natural, como si limpiar sus manos y ayudarla fuera lo más normal del mundo.

—¡Troy! Mi querido Troy —exclamó una voz aguda a sus espaldas con un fuerte acento sureño—. Me tienes tan abandonada que no sé ni por dónde empezar mi larga lista de reproches…

Jorie Sue se fijó en la portadora de esas palabras. Pertenecían a una mujer mayor, de unos setenta años, vestida como si fuera Alexis Carrington de *Dinastía*, con los labios más rosas que había visto en su vida, y con la cara estiradísima, a base de estiramientos, *botox* y demás trampas para engañar a la edad que, de todos modos, se dejaba ver casi con claridad meridiana. Su perímetro era considerable, y el vestido de gasa fucsia que llevaba, con pamela a juego, la hacía aún más visible, incapaz de ser pasada por alto.

Se acercó efusiva a Troy y lo abrazó como si se tratara de una mamá osa que hace milenios que no ve a su pequeño osezno, encerrándolo en su generoso pecho con efusividad. Troy, incapaz de hacer nada por evitarlo, se dejó hacer con cara de resignación.

—Me alegro de verte, tía Augusta —dejó escapar con cierto alivio cuando consiguió soltarse de su opresivo abrazo.

—Mucho alegrarte, pero poco que te dejas ver —le regañó con la voz más aguda que Jorie había oído en toda su vida—. Llevo

esperando meses a que me hagas una visita… pero no te apiadas de esta pobre anciana.

—Tú nunca serás una pobre anciana, tía —le aseguró él cortés.

Ella se vino arriba, sus labios fucsias curvados en la sonrisa más amplia que se pudiera imaginar. Su enorme cuerpo se contoneó como una gallina clueca y su mano, gordezuela, llena de anillos dorados y con unas uñas enormes y tan rosas como su atuendo y sus labios, le acarició el mentón con algo parecido al afecto.

De pronto, la tía Augusta se percató de que su sobrino no estaba solo. Miró a su alrededor con suficiencia, evitando deliberadamente a Vera y a Martha, y deteniendo sus pequeños ojos azules en Cricket, a quien sonrió con profusión mientras la abrazaba. La niña, pillada en un renuncio, ni la vio venir, ni supo cómo evitarla.

—¡Pero mira a la pequeña damita que tenemos aquí! —exclamó agudísima—. Madre mía, Olivia, estás hecha toda una mujercita… se nota de quién eres hija. Mira qué porte, igualita que Minerva.

La niña, claramente disgustada con las muestras excesivas de afecto de la señora, se separó con rapidez de ella y se colocó junto a Jorie Sue, lo más lejos que pudo de la tía Augusta y toda su exuberancia desbordada. Tampoco le gustó que la compararan con su madre, de eso estaba segura Jorie, que vio el profundo desprecio que las palabras de la mujer le merecieron.

—¿Te acuerdas de Vera, tía Augusta? —dijo Troy señalando a la mujer y provocando un gesto de desprecio mayúsculo en el rostro de su tía—. Y de Martha, claro, tu *sobrina*…

Dejó salir esas palabras con toda la intención del mundo. Y Jorie Sue comprendió entonces la incomodidad de la tía Augusta en ese momento, dados sus intentos por ignorar a ambas mujeres desde que había llegado. Estaba claro que no le hacía ni una pizca de gracia que Troy le recordara que Martha estaba emparentada con ella de algún modo.

—Es un placer verte, tía —dijo la voz metálica de Martha en la que Jorie quiso leer cierto sarcasmo—. Siempre tan diplomática y generosa…

La tía Augusta ahogó un grito de indignación por las palabras de Martha, a quien ni siquiera se dignó mirar cuando se dirigió a Troy, enfadadísima.

—¿Y esta? ¿Quién demonios es esta? —lo preguntó señalando a Jorie Sue y en su voz había aún rastro de ese desprecio con el que había mirado a Vera y Martha.

—Esta es Ava Mae Riperton, amiga de la familia —la presentó Troy con una sonrisa en los labios.

Jorie Sue se sorprendió al ser presentada de una forma que le parecía hermosa. No como su novia, su pareja, su amante. No como

parte integrante oficial de la familia, porque no era aún ninguna de esas cosas. Tampoco como una simple trabajadora a su servicio, contratada para cuidar de Cricket. *Amiga de la familia*… le gustó, se ajustaba muy bien y de forma muy acertada a lo que realmente se le podía considerar.

—Encantada —dijo alargando su mano para que la mujer la tomara y la estrechara. La tía Augusta se hizo de rogar, evaluando si le gustaba lo que veía y si se creía el título que su sobrino le había otorgado.

Cuando el silencio se hizo incómodo y Jorie estaba a punto de retirar su mano, ciertamente desconcertada por la falta de educación de una señora del sur profundo, que bien podría pasar por una dama, algo excéntrica, pero dama al fin y al cabo, la tía Augusta la sorprendió estrechándosela, aunque no del todo convencida. Jorie rezó para que no la encontrara pegajosa o húmeda y miró a Troy, aterrada, que le devolvió una mirada tranquila y llena de confianza. Eso le valió para calmar los gritos de angustia de su cerebro.

—¿Sabes que Martha es la gran protagonista de la comida? —intervino Troy, incapaz de dejar ir a su tía sin hacerle notar la presencia de su hermana a su lado.

—Eso he oído —dijo la interpelada, de no muy buena gana y sin mirar a su sobrina dentro de su silla de ruedas—. Pero no he querido enterarme de muchos más detalles.

Callaron todos. De repente, el silencio más incómodo de la mañana se había instalado entre ellos como si fuera un invitado más. Tardaron algunos segundos en reaccionar, los suficientes para coger aire y acabar con esa situación.

—Tengo que ir a saludar a los Miller y a los Cosgrove —se excusó la tía, nerviosa y acorralada—. Pero antes prométeme que me vendrás a visitar, querido…

—Veremos cómo andan las cosas cuando acabe la cosecha, tía Augusta —repuso Troy sin mojarse. Estaba claro que los desplantes a Martha y Vera le habían disgustado bastante y que no quería dar su palabra a la ligera, por si luego le daba por no cumplirla.

—Te espero en *Los Valles*, hijo —dejó ella caer, casi suplicando, con un mohín de pena arrugando sus labios fucsia—. Ya sabes lo sola que estoy…

«*Tal y como, sin duda, te mereces*», parecían decir los ojos de Troy Layton cuando se inclinó a besar a su tía en la mejilla. Fue un beso frío y distante, a juego con la indolencia que se reflejaba en sus ojos pesarosos.

Cuando la mujer se alejó de ellos, Jorie Sue pudo notar el alivio general que la ausencia de la mujer dejaba en su lugar. Miró a Martha en busca de algún signo de aflicción por parte del desplante sufrido,

pero no pudo hallar nada que así lo indicara. Una vez más, la fortaleza de Martha la maravilló y la dejó boquiabierta. Cada día se encontraba más enamorada de su personalidad, su arrojo y su valor.

No había pasado ni un minuto, cuando hicieron su aparición las cincuenta Damas Azalea por el camino principal que llevaba a la finca. Eran un espectáculo digno de admirarse, con sus sombrillas abiertas y esos vestidos de colores pastel y enorme circunferencia. Ocupaban un espacio considerable y todos les hicieron pasillo ante su brillante llegada. Todas sonreían, saludando con la mano como princesas ante su pueblo. Los ojos de Cricket se le salían de las órbitas, y Jorie Sue no pudo evitar enternecerse al contemplarla.

Pasaron de largo, se colocaron delante de la entrada de la casa, casi en formación militar, y se dejaron fotografiar por los invitados y por los fotógrafos oficiales del evento. La composición de amarillo, melocotón, rosa, verde, azul y lavanda era preciosa y armónica, y las chicas, la imagen misma de la felicidad y la juventud, del espíritu sureño que era lo que intentaban representar en Mobile y en el resto del país.

Cuando rompieron su perfecta formación para internarse dentro de la mansión, un silencio respetuoso les siguió.

Pasados unos minutos, les indicaron a todos los invitados que ya podían acceder al interior de la casa también, y todos pensaron que era mejor eso que quedarse quietos a merced de otra posible visita de la tía Augusta, aunque Jorie Sue creyó que a la mujer se le habrían quitado las ganas de volver a acercarse, al menos si Vera y Martha seguían cerca de Troy y de Cricket.

—Perdona a mi tía, Ava —le susurró Troy cuando estaban a punto de alcanzar el enorme comedor donde se llevaría a cabo el evento—. Es un poquito…

—No pidas disculpas por ella —le cortó ella, claramente molesta—. Al menos no a mí. La forma en la que ha tratado a Vera y Martha, Dios mío, ha sido…

—Lo sé —dijo él encogiéndose de hombros—. Augusta nunca las ha tratado mejor.

—Eso no es una excusa —añadió y se volvió hacia él con un dolor que no era suyo, pero que le había afectado igual—. Estamos en un lugar público, son su familia y las ha despreciado. ¿Es por el color de su piel?

Troy la miró unos segundos, evaluándola o admirándola, no estuvo segura, al menos no lo estuvo hasta que esbozó una sonrisa llena de ternura y asintió.

—Es por eso, y por *querer escalar posiciones*, según dice ella, a base de hija bastarda —musitó con pesar—. Está convencida de que Vera sedujo al bendito de su hermano para sacarle la mitad de mi herencia.

Estuvo años sin hablarme cuando murió mi padre y me negué a impugnar el testamento, que le dejaba a ella la mitad de todo.

Jorie Sue se estremeció ante ese deprecio tan grande. Y lo admiró, aún más, lo quiso aún más, como si eso fuera posible. El respeto que él tenía por Martha era tan genuino, tan lleno de amor, que tuvo que contenerse para no ponerse de puntillas y besarlo en ese mismo lugar, en ese momento en el que no estaban solos. Se prometió guardar ese beso para una ocasión en la que entregárselo no supusiera un cisma social, y le devolvió la sonrisa, mucho menos alterada que antes de escuchar su explicación.

—No entiendo que haya gente así en el mundo —dijo sin acabar de creerse que el personaje de la tía Augusta fuera real del todo.

—La hay… —le confirmó él sonriendo levemente—. Por desgracia la hay. Mi tía es viuda y sin hijos, y tiene miedo de que, si se muere, Martha le dispute parte de la herencia. Así ve las cosas. Creo que en su testamento está todo puesto a nombre de su pastor y de su iglesia, aunque no duerme por las noches por si llevamos todo a juicio para sacar tajada. Y no por mí o por mis hijos. Por ella… ¿te lo puedes creer? ¿Te imaginas a Martha luchando una guerra más absurda?

No, desde luego que no podía. Y le hervía la sangre por culpa de esa señora ridícula, entrada en carnes, ostentosa y desagradable hasta el extremo de dejar sus bienes a su pastor antes que a la sangre de su sangre, solo porque su sobrina tuviera una madre de color que no se había casado propiamente con su padre. El conservadurismo sureño y las viejas costumbres segregacionistas la ponían mala. Sin excepciones. Y sabía que había personas que aún tenían problemas para tratar como iguales a la gente de color, pero de ahí a humillar a personas que eran tu misma familia, había un trecho que, humanamente, no se podía tolerar.

Calmando la furia que ardía en su corazón por culpa de la tía Augusta, siguió a Troy que había tomado el relevo de Vera y ahora era él quien empujaba la silla de Martha, que, aunque estaba automatizada, era mejor manejar personalmente en un sitio con bastante poco sitio libre.

El comedor era grande y estaba decorado con un gusto exquisito. Numerosas mesas redondas, ataviadas con manteles de un blanco impoluto, estaban dispuestas con servicios de porcelana del mismo color, ribeteada en oro. Los centros florales estaban compuestos por ramos de azaleas, en los mismos colores que los vestidos de las Damas. Cada mesa lucía uno de los seis colores que las chicas llevaban en sus atuendos, y en cada mesa, también, una Dama, cuyo vestido hacía juego con el ramillete, esperaba a que los comensales se sentaran con ellas, para compartir esa comida y el evento en general.

Los invitados que aún no se había saludado, aprovecharon para

hacerlo antes de sentarse, y el resto, no dudó en acercarse a su sitio, dispuesto en un gran diagrama a la entrada del salón, para conocer a sus compañeros de mesa. Ellos habían comprobado, con enorme alivio, que la tía Augusta no estaba sentada con ellos. Hubiera sido una comida realmente tensa de haber sido así.

Cuando todo el mundo hubo ocupado sus asientos, los discursos de bienvenida comenzaron. Algunas personalidades locales les agradecieron su presencia en esa comida y sus generosos donativos. La presidenta de la junta de honor de las Damas Azalea les comunicó que pronto darían a conocer a las nuevas aspirantes, y un representante de la Asociación Americana de ELA les contó a dónde irían a parar todos los miles de dólares recaudados ese día.

Mientras, un ejército de camareros había comenzado a servirles los entrantes: crema de espárragos y espuma de oricios frescos sobre cama de berros. Una delicia que hizo afirmar a Jorie que era lo más sabroso que jamás había probado. Hasta le había dado miedo introducir el cubierto en la bella obra de arte que constituía la arquitectura del plato, tan trabajado como su asombroso sabor.

Al entrante le siguió el plato principal: salmón al horno, con salsa bearnesa y ciruelas al oporto. Olía como si se tratara de un manjar de los dioses, se dijo Jorie Sue, a la que todo alrededor estaba dejando de importar, imbuida como esta con esa fiesta de los sabores en su paladar. El postre, un tiramisú con base de queso mascarpone de tres chocolates y café, la acabó por llevar al cielo de los placeres gastronómicos.

Se dio cuenta de que Troy la miraba divertido cada vez que se llevaba a la boca el cubierto cargado de comida y se deleitaba en él. Ni siquiera le importó que él se riera de ella. Él podía estar acostumbrado a eso, tanto que no valorara la maravillosa mezcla de sabores y texturas de sus platos, pero para ella eso era un viaje único, una primera vez extraordinaria, y nada le iba a robar ese momento, ni a estropeárselo. Así que se limitó a devolverle la sonrisa y a sacarle la lengua, burlona, y siguió a los suyo.

Hasta que no acabó la última miga de su tiramisú y dejó el pequeño tenedor de postre a un lado, no se dio cuenta de que había pasado la comida y a su lado seguía habiendo una silla libre. Colton no se había presentado, como ella había sospechado que haría. El resto de los comensales de la mesa, incluida una Dama adorable vestida de color melocotón, de nombre Lenna Lynn Courtman, y un matrimonio de cierta edad y rostros amables y bondadosos, no habían mencionado el sitio que se había quedado sin ocupar en su mesa, la única que no estaba completa de todo el salón.

Miró interrogativa a Troy. Si él estaba preocupado o inquieto por la ausencia de su hijo, no lo dejó traslucir cuando la miró de vuelta. Y si

Troy no estaba preocupado, se dijo, ella debería relajarse. Así que se obligó a ello, mientras veía cómo, una vez acabada la comida, la presidenta de la junta de honor de las Damas Azalea tomaba de nuevo el estrado para empezar a nombrar a la nueva corte de chicas que empezarían su turno el siguiente 1 de enero de 2012.

Las nuevas cincuenta Damas que esperarían a la llegada del año siguiente para ocupar su puesto en el corte, saludaron y dieron las gracias emocionadas. Cricket las miraba como si se pudiera proyectar en ellas, tal fascinación sentía. Se había sentado al lado de su Dama particular, Lenna Lynn, y la tenía abrasada a preguntas sobre su año siendo Azalea. La joven, encantadora y paciente, no se dejó ni una sola pregunta sin contestar.

—Y ahora, si me lo permiten —comenzó la presidenta de la junta de honor de las Damas Azalea sin abandonar su puesto tras acabar de anunciar a las nuevas candidatas—, me gustaría dar la bienvenida a este lugar a una de las nuestras. A alguien que lo ha dado todo por las Damas y que ahora, está empleando esa energía, que siempre ha sido desbordante y única, en luchar contra la causa que nos tiene a todos hoy reunidos. Martha Morgan fue diagnosticada con esclerosis lateral amiotrófica cuando estaba en la corte de las Damas Azalea en el año 2000. Once años después y, contra todo pronóstico, sigue con nosotros, demostrando que a esta enfermedad se le puede mirar a la cara y hasta arrinconar.

»Por favor, damas y caballeros, demos un fortísimo aplauso a Martha Denisse Morgan-Layton.

Troy se puso en pie para acompañar a su hermana hasta el escenario, en la parte frontal del salón. No los habían colocado muy lejos, pero les resultó difícil llegar porque todo el mundo quería saludar y estrechar la mano de Martha, que se dejaba llevar y querer con una pequeña lágrima en sus preciosos ojos oscuros.

Al llegar al pie del escenario, Troy la colocó en una pequeña plataforma que habían instalado para subirla sin problemas y no tener que recurrir a la fuerza bruta de unas cuantas personas.

Cuando Martha estuvo arriba, Troy enganchó la toma del micrófono a la salida de su equipo de generación de voz digital y se apartó a un lado, quedando fuera de la vista de todos y del foco de atención.

—Buenas tardes a todos —comenzó su voz informáticamente generada, esa que era incapaz de transmitir la emoción que, sin duda, la tenía embargaba y que era la culpable de que Martha se hallara al borde del llanto—. Quiero agradecer a la presidenta de la junta de honor de las Damas Azalea, la señora Amelia Dupois, que me haya invitado a hablaros hoy.

»No es fácil estar en mi situación, y no solo porque me dé un miedo

atroz hablar en público (por favor, no os molestéis si os digo que, por supuesto, os estoy imaginando desnudos a todos en este momento). —Toda la sala rio el chiste de Martha, aunque sobre todo rio su capacidad de bromear—. No es fácil estar en mi situación, porque os tengo que contar qué supone vivir con esclerosis lateral amiotrófica. Y os voy a ser muy sincera. Esto es lo peor que le puede pasar a un ser humano.

Hizo una pausa, buscando quizá dar más dramatismo a su ya de por sí dramática afirmación. Todo el mundo en el salón estaba pendiente de ella. No se oía ni una mosca.

—La ELA te jode la vida. Así de simple. Y lo peor de todo es que sabes que nunca va a mejorar. Siempre es un camino cuesta arriba, nunca vuelve a brillar el sol...

»Pero que no haya esperanza de recuperación, no quiere decir que nos tengamos que rendir tan fácilmente.

»He oído muchas veces eso de que resistir es vencer. No, no es así, con ELA no sirve eso. Con ELA resistir es seguir. Porque a la esclerosis no se la puede vencer. Te lo quita todo y te deja en los huesos. Y no solo físicamente. Pero te deja una cosa: el coraje para decirle a la cara que contigo no puede.

Jorie Sue notaba cómo la emoción le iba subiendo por la garganta. Estaba convencida de que todo el público presente se sentía igual que ella, tomando el dolor de Martha, su lucha, y haciéndola suya. Su voz metálica les hablaba desde el corazón y la gente lo sabía. Era una dama, en su corazón seguía siendo toda una Dama Azalea.

—Yo peleo casi en horizontal, pero peleo —siguió con convicción—. Aunque os confieso que me cuesta resistir. Y que hubo veces en las que deseé que esto se acabara. Hubo días en los que creía que ser fuerte y tener una clase de enfermedad que no se me ha llevado aún, como a la mayoría, que lo hace en tres o cuatro años, es una maldición.

»No os voy a mentir. Esto no es fácil. Pero si resistes, aunque no venzas, vives. Y se trata de vivir. Aunque sepas por dentro que no vas a mejorar nunca y que todo irá a peor. Tienes que vivir porque, pese a todo, merece la pena.

»Vivir por lo que amas, desterrar lo malo, hacerle frente… ahí está el secreto para llevar esta enfermedad. Saca de dentro todo lo que no te deja ser feliz y quédate con lo bueno que te da la vida. La sonrisa de tu madre, la determinación de tu hermano, la voz de tu sobrina que te lee sin descanso y las charlas a la luz de la luna con ese chico que no sabe cómo convertirse en hombre.

»Todo eso cuenta, todo eso se puede convertir en fuente de vida. De lucha. De resistencia.

»Dicen los expertos que vive más el enfermo con ganas de luchar

que el que se rinde. Yo me permito tirar la toalla un solo día al año. Solo un día me dejo vencer. Cuando ese día horrible pasa, si no me he muerto, sigo adelante los otros 364 días. Con la misma fuerza que una leona, y eso no me lo quita nadie.

Los aplausos espontáneos llenaron la sala e impidieron que Martha siguiera hablando. Jorie Sue, que tenía el germen de algo dentro, el germen que determinaría su destino, sintió que las palabras de Martha apelaban al mismo centro de su corazón, prestándole el coraje necesario para llevarlo a cabo. Sin esconderse más, sin dejarse vencer. Cuando el aplauso acabó, y Martha pudo continuar con su alegato a favor de la vida, Jorie Sue tenía decidido que iba a cambiar las cosas.

—Les voy a contar un secreto: cuando me diagnosticaron ELA, primero pensé en mi madre. No me vine abajo pensando en todo lo que yo iba a perder, sino en lo que iba a perder ella. Por eso esta enfermedad es tan puñetera. Te lo quita todo, pero no solo a ti.

»Quiero que sepáis que hay asociaciones maravillosas en este país que están para ayudar. Y que hay cientos de miles de dólares invertidos cada año para investigar y, si no cómo curar, sí al menos entender cómo retrasar esta enfermedad y ganar calidad de vida. Con vuestros donativos de hoy habéis ayudado a que esas investigaciones se incrementen y que esas asociaciones den mejor ayuda a los enfermos y sus familias, todos afectados.

»Quiero pediros una única cosa antes de despedirme. Vivid, perseguid vuestros sueños, cumplidlos. Viajad, corred, amad, reíd, pisad la hierba con los pies descalzos, permitid que las olas del mar os acaricien el cuerpo, luchad vuestras causas, dejad atrás el miedo y sentid que todo ha merecido la pena. Yo quise ser Dama Azalea una vez y hubiera dado todo, incluso meterme mucho antes en esta silla, por cumplirlo. Muchas gracias por escucharme esta tarde… gracias por tenerme aquí arriba y pensar que soy algo más que una mujer sin futuro ni esperanzas. Buenas tardes.

Antes de que la gente se pusiera en pie y le dedicara una ovación cerrada y llena de cariño a Martha, antes de que Troy volviera a la mesa y la detuviera, antes de que ella se lo pensara dos veces y se diera cuenta de que era una locura, Jorie Sue cogió el teléfono móvil que Troy había dejado sobre la mesa y echó a correr fuera del salón. Recorrió la entrada con la misma sensación que quien escapa de una prisión de alta seguridad, y salió al exterior donde, por fin, pudo sentir que el aire volvía a sus pulmones.

La sensación no le duró mucho. El teléfono que sostenía en sus manos le decía que era mejor seguir reteniendo el aliento, al menos hasta que completara la misión y lograra que Martha se sintiera orgullosa de ella. Había tomado una decisión y no iba a echarse atrás. Necesitaba vivir, luchar, oponerse… resistir, simplemente, no era la

solución a su vida.

Se sabía el número de teléfono de memoria de tantas veces como había llamado para saber si Bobby Dean seguía vivo. Le temblaban los dedos al marcar los dígitos, pero se obligó a poner atención y a no equivocar ni uno de ellos. La tensa espera de los tonos se le hizo eterna. Uno, dos, tres… hasta que no llegó el quinto tono nadie descolgó al otro lado.

—¿Sí? —contestó una voz lánguida e indolente al otro lado. Su corazón iba a tres mil por hora y no había forma de calmarlo.

—Vilma, soy Jorie Sue —dijo intentando transmitir una serenidad que no sentía—. Necesito que le des un mensaje a Bobby Dean.

Un silencio espeso se interpuso entre ambas, y Jorie temió que su marido anduviera por el bar de Vilma a esas horas y ella le pasase el teléfono. No le había llamado a él porque no quería darle pistas sobre su paradero ni que el número se le quedara grabado en su móvil, pero, sobre todo, no le había llamado a él porque no estaba preparada aún para enfrentarse a su voz, no así, no sin tener claro aún cómo salir victoriosa de aquel entuerto.

—Tienes mucho valor llamando aquí —dijo Vilma con la voz dura del que se sabe seguro de su verdad—. Eres una zorra sin escrúpulos ni corazón.

Jorie Sue tragó saliva y trató de llevar aire a sus pulmones en cantidad suficiente como para no desmayarse y dejar esa conversación, quizá la más importante de su vida, a medias.

—Necesito que le digas a Bobby Dean que quiero verlo —declaró sin que se le quebrara la voz, lo que era todo un triunfo.

—Y yo necesito que te quedes donde estás y le dejes en paz.

Vilma no se lo iba a poner fácil. Estaba claro. Así que reunió sus últimos trazos de valor, y se lanzó a la aventura.

—Esa es mi intención también. Por eso necesito tu ayuda.

No quiso sonar como si le suplicara, pero quizá fue esa la impresión que le dio a su interlocutora. Lo que sí era cierto era que estaba harta de vivir con miedo y de mirar hacia atrás cada maldito minuto del día. Necesitaba desprenderse del yugo que la sombra de Bobby Dean suponía en su vida, y no había mejor manera de recuperar la libertad que pedirla y luchar por ella. Martha acababa de decirlo, la lucha era fundamental.

Vilma, tras unos segundos de silencio, claudicó. Y Jorie Sue le dio una dirección, convencida de que estaba sellando su destino. Quizá el tiro le saliera por la culata, pero, de no ser así, podría volver a respirar con normalidad y dejar de huir, algo que, en esos momentos, le era tan necesario como la seguridad de que había hallado el lugar donde quería pasar el resto de sus días.

—Dile que le espero allí, mañana, a cualquier hora, y que quiero

arreglar las cosas.

Colgó sin darle más oportunidades de insultarla o despreciar su gesto y su valentía. Lo que acababa de hacer era, probablemente, lo más difícil que había hecho en toda su existencia. Más incluso que huir del lado de su marido y quemarle la casa.

Cuando se giró para volver a entrar en la casa y continuar con el evento, aún con el corazón latiendo desaforado dentro de su pecho, se encontró frente a frente con Colton, que parecía salido, literalmente, de la nada.

—Hola, pequeña Ava —dijo en un murmullo grave, casi siniestro, y todo el cuerpo de Jorie se puso en tensión.

Presentaba un aspecto extraño, con su traje de chaqueta impoluto y su camisa arrugada. Con el semblante de quien se ha bebido una licorería entera y los ojos serenos de quien sabe un secreto.

Jorie Sue no estuvo segura de cuánto había escuchado de su conversación con Vilma. Pero sabía que aquello iba a complicar sus planes.

Cuando él sonrió ligeramente, con los ojos entornados, y le ofreció su brazo para entrar en el salón, supo que su castillo de naipes estaba a punto de desmoronarse.

Capítulo 27
Solo la verdad

Volver al interior de la casa y a ese salón repleto de gente, estuvo a punto de volverla loca.

Sentía que la mirada de todos estaba puesta en ella y que todos iban a juzgarla por algo que no estaba en sus manos. Era una fugitiva, una pirómana y una mala esposa. Pero también era una mujer capaz de establecer su propio destino, que había tomado decisiones importantes y que, por primera vez en toda su vida, no dejaba que los demás manejaran el curso de los acontecimientos en lo que a ella se refería.

Si su padre, sus hermanos o su marido habían tenido ese privilegio hasta la fecha, eso acababa de terminar. Estaba dispuesta a mucho más que eso, estaba incluso dispuesta a que ni siquiera Colton y su irregularidad emocional o Troy, con su sentimiento de culpa constante, dominaran ni sus pensamientos ni su forma de proceder.

Ava estaba muerta. Jorie Sue, también. De la fusión en el fuego de ambas identidades resurgía ella, como el ave fénix, convencida de que su destino solo podía recaer en sus propias manos.

El resto de la tarde se le hizo insostenible. Le temblaban las manos de puro miedo, se sentía fuera de lugar e inquieta, y Colton, que la perseguía con una mirada inquietante, dura y, a la vez, llena de vehemencia, no dejaba de hacerla sentir como si acabara de cometer un delito.

En su cabeza repasaba una y otra vez el paso que había dado, la conversación con Vilma y, sobre todo, el semblante circunspecto, los ojos cargados de intenciones, la presencia intimidante de Colton, alto como un vigía, adusto como una estatua de granito.

Se acercaba mucha gente a ellos, sobre todo para agradecer a Martha la honestidad y la valentía de su discurso, o para saludar a Troy quien, sin duda, pertenecía a esos círculos sociales, aunque Jorie Sue nunca le hubiera visto en ellos hasta ese momento. Poseer una de las mayores fincas agrícolas del estado debía de traer aparejada esa pequeña fama a nivel local. No se podía pasar desapercibido… además los Layton eran de la zona, llevaban allí desde mucho antes de la guerra civil, así que era normal que fuera muy conocidos.

Troy se pasó el resto de la tarde hablando con otros terratenientes sobre las complicaciones acarreadas por la ley de inmigración o por el aparente fin de los incendios del famoso pirómano que los había traído de cabeza todo el verano. Algunos propietarios estaban furiosos por las pérdidas y por que se hubiera desvanecido sin pagar sus deudas con la ley, pero la mayoría agradecía que no se volviera a

hablar de él y que se corriera un tupido velo sobre el asunto, cuanto antes.

Habían vuelto a salir al jardín y ella solo pensaba en que necesitaba regresar a casa, poner en orden sus caóticas ideas y hacer lo que tenía que hacer para acabar con esa parte de su vida en la que ya no se reconocía.

Se alejó de todos y se sentó en un banco de piedra, a la sombra de un sauce enorme y frondoso que parecía el cobijo ideal para dar rienda suelta a sus pensamientos desbocados. No le dio tiempo. En menos de dos minutos, Vera se sentaba a su lado, pidiendo permiso previamente, como no podía ser de otro modo. Menuda era Vera con eso de la cortesía sureña…

—Estás muy callada, querida —dijo el ama de llaves con tono dulce—. ¿Te encuentras bien?

No, no se encontraba bien, pero tampoco quería amargarle la tarde a nadie, y mucho menos a Vera, que no se merecía algo así después del maravilloso discurso de Martha, que la había llenado de un orgullo enorme que no le cabía en el cuerpo.

—Estoy bien —musitó con la voz pequeña y el pecho encogido de angustia.

Vera la miró un segundo, con cariño, cariño verdadero que le nacía del corazón, y luego tomó su mano. Jorie Sue miró cómo ambas manos se entrelazaban, su piel pálida y la brillante piel oscura de Vera. Negro y blanco, como si fueran polos opuestos de las emociones, del sentimiento, del padecimiento y la alegría que ahora mismo las tenía, a una y a otra, totalmente cogidas de las entrañas.

—Niña —dijo entonces Vera confiada—. Si no me lo quieres contar, estas en todo su derecho. Pero no me mientas… tú no estás bien.

Jorie Sue se ruborizó al instante. La mentira había sido flagrante, lo sabía, era imposible disimular su torbellino interior, pero no creyó que ella le sacara aquello a modo de reproche. Cuando le dices a alguien que estás bien, sin estarlo, se entiende que no quieres hablar de ello. Quizá Vera sí que lo sabía, después de todo, pero no estaba dispuesta a dejarlo pasar tan fácilmente.

—Vera… —balbució descolocada—. Te lo ruego…

—No, niña, no me ruegues. Pero dime qué es lo que te tiene en este estado, porque me mata verte así…

El corazón de Jorie Sue se derritió de amor en ese instante. Se acabó de enamorar irremediablemente de Vera Morgan, de su capacidad de sacrificio, de su inquebrantabilidad, de su instinto de protección, de su mano estrechando la suya.

—Hay cosas de mi pasado que debo solucionar, Vera —intentó explicarle, sin entrar en muchos detalles—. Cosas que, escuchando a Martha, soy incapaz de dejar sin resolver. No sabía que era posible,

pero oírla hablar de fortaleza… ha sido revelador, Vera. Sé que puedo hacerlo. Y que debo.

—Y esas cosas de tu pasado… ¿te harán más feliz una vez resueltas?

—Ese es el problema. Que quizá no me gane mi segunda oportunidad por haberlas dejado tanto tiempo escondidas…

Ese era el verdadero problema. Jorie Sue no sabía qué había sucedido para que ella anduviera tan acongojada esos últimos minutos, no lo tenía claro del todo. Le asustaba presentarle batalla a Bobby Dean, sí, le aterraba más bien. Pero no era nada con sacarse la verdad de dentro y compartirla con Troy. Porque sabía que se la debía, que, si no conseguía regresar jamás tras ir al encuentro de su marido, Troy Layton debía saber que esa mujer que dormía a su lado por las noches ni siquiera le había dicho su nombre de verdad y que no era tan buena ni tan inocente como les había hecho creer a todos.

Mantuvo la emoción, el miedo, las posibles lágrimas, todo a buen recaudo en el interior de su pecho, y procuró que nada se transmitiera en su voz. No podía dejar que la gente supiera que estaba muerta por dentro, absolutamente devastada y derrotada…

—Ojalá no tuviera tantas cosas que confesar…

—Mira, niña —dijo Vera subiendo sus manos unidas hasta su pecho y situándolas encima de su corazón—. Nadie es completamente inocente en esta vida. Todos tenemos secretos, culpas, pecados… estoy convencida de que los tuyos no van a dejarte sin nada, que te mereces lo que tienes y mucho más, y que, si hay que pelear en una guerra a tu favor, no dejes nunca de llamarme, que aquí tienes un soldado fiel para luchar a tu lado. Sin preguntas, sin explicaciones. No me debes nada.

Jorie Sue la miró directamente a los ojos, atónita. No se esperaba esa rendición incondicional hacia su causa, no se esperaba ese apoyo desinteresado y sin que ella le estuviera ofreciendo nada a cambio. Cerró los párpados con fuerza, reteniendo tras ellos una lágrima que quería escaparse y dejarla en evidencia, y rezó todas sus oraciones para que Troy Layton fuera la mitad de confiado y abierto que Vera con su confesión.

Al volver a abrir los ojos, al fijarlos en los de Vera, tan llenos de aceptación y bondad, no se puedo resistir y, como en aquella noche de tormenta, se refugió en sus brazos. El consuelo que halló en ellos compensó todos sus desvelos y, aunque no aplacó del todo el miedo que tenía a su corazón aprisionado, sí que aligeró la carga un instante, lo suficiente para saber que siempre había un rayo de esperanza, por oscura que fuera la tempestad.

Cuando la noche cayó sobre ellos, tras muchas horas de charla casual, fotos con las Damas Azalea, paseos por los alrededores de

Oakleigh House, barra libre con muy diferentes consecuencias y hasta discusiones políticas de toda índole, los invitados se empezaron a ir retirando a sus hogares, dando por concluida la maratoniana jornada benéfica.

Los organizadores confesaron que se habían superado todas sus expectativas y que los donativos posteriores a la comida, sobre todo tras la intervención de Martha, habían sido cuantiosos y considerables. La Esclerosis Lateral Amiotrófica había quedado claramente desmitificada y, además, se había hecho una buena campaña para recaudar fondos para ayudar a los enfermos y sus familias.

Martha estaba agotada. Llevaba todo el día atendiendo a gente, sin poder parar un minuto. No se había echado siesta, como acostumbraba en su casa, ni podía decirse que la crisis respiratoria de un mes atrás estuviera del todo olvidada, pero no había decaído su ánimo en ningún momento, luchando para conseguir la visibilidad que, muchas veces, se le había negado por su condición de enferma.

Había sido hermoso contemplarla recibiendo tantos halagos y tantas muestras de cariño y saber que, todo eso, además, había sido transformado en generosas donaciones para la causa. Troy confesó que nunca se había sentido más orgullosa de ella y, en su nombre, había donado una considerable cantidad de dinero.

Llegaron a casa al filo de la medianoche, extenuados de un día tan largo y tan lleno de emociones.

Jorie Sue ni siquiera esperó a Troy, ni se despidió de nadie. Le preguntó a Cricket si necesitaba algo y, cuando ella le dijo que no, corrió escaleras arriba. Necesitaba escapar de los ojos de Colton, de la opresión de su corazón latiendo a mil por hora, y del miedo a lo que estaba a punto de hacer.

Así que se encerró en su habitación, se hizo un ovillo en la cama, y lloró. Descargó todos los nervios, se deshizo del pellizco que estaba haciendo sangrar su pecho, y se convenció de que necesitaba eso para seguir.

Pasaron los minutos, una hora, dos… sin cambiar de posición. Sus músculos se agarrotaron y le costó deshacer su postura aovillada sobre la cama. Cuando se incorporó, le dolían los hombros por culpa de la tensión acumulada, y el corazón le latía como si fuera el altavoz de un concierto de música rock.

Se secó los rastros de humedad que las lágrimas habían dejado en sus mejillas, se puso de pie y salió al pasillo, tambaleante. Había oído a Troy haciendo girar la manilla de su puerta, sin éxito. Había echado el pestillo porque necesitaba ese momento a solas para aliviar una tensión que, de todas formas, llevaba aún consigo. No sabía cómo se había tomado él esa negativa a verle, a dejarle entrar en su cama como todas las noches anteriores, pero no había tenido más opción y,

en cualquier caso, no se arrepentía.

Llegó al otro lado del pasillo, reunió fuerzas hasta sentirse mínimamente valiente, y entró en la habitación de Troy. Era la primera vez que lo hacía.

Era más grande que la suya, pero mucho más austera. Apenas tenía muebles y, desde luego, no había toques como colchas de flores o papel pintado en las paredes. No había ornamentos ni nada que no respondiera a una función específica y práctica. No podía decirse que fuera masculina, solo era parca en detalles, elemental. La penumbra, además, hacía que pareciera menos atractiva aún.

Cuando Troy se dio cuenta de que ella estaba en umbral de la puerta, se quiso echar a un lado para dejarla entrar en su cama, a su lado. Si le sorprendió verla aún con la ropa, con los zapatos de tacón, con el maquillaje todo corrido sobre el rostro por efecto de la humedad de las lágrimas, no dijo nada. Se limitó a contemplarla en silencio mientras, con su gesto, la invitaba a acompañarle, una noche más.

Jorie se debatía entre ir a refugiarse al abrigo de sus brazos o hacer lo que tenía que hacer. Y como se venía autoconvenciendo de que era valiente y sabía que apenas les quedaba tiempo, la respuesta no se hizo esperar en su cabeza. Sabía qué debía hacer. Sabía qué debía decir. Aunque no tenía mucha idea del cómo llevar todo eso a cabo.

Así que se acercó a él con paso lento, lo tomó de la mano y lo arrastró fuera de la cama. Troy solo vestía una camiseta blanca de tirantes y ropa interior del mismo color. Ambas prendas se ajustaban a su cuerpo musculoso y perfectamente torneado como su fueran su propia piel. Jorie lo contempló como si se estuviera preparando para no verlo más. Se permitió memorizar las líneas de su cara, pensando que ese día era el último que iban a compartir. Se le partió el alma grabándose dentro su olor, el color de sus ojos azules, la suavidad de su piel, el tono aterciopelado de su voz cuando le hablaba al oído… se lo grabó todo dentro, en un rincón indestructible de su memoria, al que nadie más que ella tuviera acceso y que le permitiera recordar esas pequeñas cosas, casi nimias, mientras le quedara aliento en los pulmones.

Troy la miraba sin comprender. La estudiaba de vuelta, como si no pudiera ver más allá, como si ella hubiera dejado de ser transparente o él hubiera perdido el don de ver dentro de su corazón. Era extraño estar así, frente a frente, desconocidos de pronto.

A la expectativa.

Jorie Sue no lo pudo aguantar más. Con su mano sujetando la de Troy, lo arrastró con ella al baño que la habitación de él sí tenía. Encendió la luz y lo hizo pasar.

Era una estancia amplia, con una ducha al fondo y el resto de los

elementos de un baño completo. Lo guio hasta la mampara de la ducha y encendió el grifo para que saliera agua. Reguló la temperatura hasta dar con una que le resultara agradable y se volvió de cara a él.

Troy la esperaba. Se dejaba hacer. Se fiaba de ella. De algún modo, lo dejaba todo en sus manos, su propia vida, si hiciera falta. Jorie Sue lo entendía y eso la llenaba aún más de pesar. Saber que tenía su confianza inquebrantable y que estaba a punto de pisotearla, la tenía consumida de dolor.

Lo miró un instante a los ojos, esos ojos azules que hoy eran del color de los cielos despejados en un día de julio, y no pudo soportarlo. Así que lo besó. Se lanzó a sus labios para huir de sus ojos limpios, y se encontró con algo que no esperaba: su propia furia contra sí misma. Se detestaba tanto, que lo acabó por pagar con él, con cada beso que salía de sus labios, con cada latido que su corazón le regalaba pese a estar ya muerto.

Troy, que no opuso resistencia, no le hizo preguntas, solo se dejó besar, poniendo también de su parte, abriendo sus brazos para acogerla. Le acarició el pelo, rozó sus brazos, erizándole la piel, y le devolvió cada embestida de furia transformada en algo que, cada vez, se parecía más al amor.

Pero Troy Layton no podía estar enamorado de ella, se decía Jorie Sue con cada respiración. No podía estar enamorado de alguien a quien no conocía y, desde luego, no seguiría enamorado en cuanto ella abriera la boca y consumiera toda la magia con su confesión.

Le quitó la camiseta por encima de los hombros y arañó su tersa espalda desnuda. Le clavó las uñas y lo marcó, confiriéndole de cicatrices simbólicas, parecidas a las suyas, esas que a él le gustaba repasar cuando hacían el amor.

Lo volvió a besar para evitar pensar en sus cicatrices, y se sorprendió al comprobar que la ternura inicial de Troy parecía ir transformándose en algo más cercano a su huracán interior. Ahora se estaban encontrando en una especie de tierra de nadie donde cualquiera de los dos podía ganar.

Las manos de Troy se volvieron osadas y le deslizaron el vestido color amapola por los hombros, hasta que acabó al pie de sus zapatos de tacón. Con habilidad, le quitó el sujetador sin tirantes y cargó con ella, haciendo que le rodeara el cuerpo con sus piernas. Ella se aferró a sus brazos, a la fuerza con la que la sostenía, y recibió en su espalda la frialdad brutal de los azulejos de la pared. Se sobrepuso de inmediato, no en vano había un fuego interior consumiéndola, y el frío pronto se volatilizó hasta no ser ni siquiera un recuerdo.

En esa posición, pecho con pecho, piel con piel, el fuego abrasaba. Los besos se volvieron aún más audaces, las ganas subieron de nivel y

ya no era suficiente con tocarse así. Troy atacó entonces su cuello, que saboreó con fruición, para pasar luego a sus pechos, a los que sometió al rigor de su deseo, tan encendido como un volcán a punto de estallar. La recorrió entera, la saboreó, la colonizó, la hizo suya sin dejar de hacerla sentir el mismo centro de su mundo. Y Jorie Sue, que no podía dejar de pensar en que aquella iba a ser la última vez que iba a amarla así, procuraba pintar sonrisas en su rostro, de tanto amor como la estaba atravesando.

Cuando Troy se la supo de memoria, la bajó de sus caderas, despacio, clavando en ella sus ojos, mientras sus ganas se paseaban por la zona que compartían, más abajo de sus cinturas. En sus ojos solo había una sola cosa: la intención de meterse en su interior y llenarla con eso que a él le estaba costando la vida contener.

Se agachó y le quitó los zapatos. Deslizó su ropa interior por sus piernas, y volvió a besarle cada centímetro de la piel. Luego, se deshizo de su propia ropa y entró con ella dentro de la ducha.

El agua templada, perfecta, los bañó sin contemplaciones, los empapó, dejando que millones de gotas diminutas cubrieran sus cuerpos desnudos. Siguieron los besos, siguió el contacto hambriento, el deseo de seguir, nunca parar. Troy volvió a alzarla, esta vez para colocarla de forma que pudiera entrar dentro de sus entrañas, el único sitio donde soportaba estar en ese preciso momento. Ella lo recibió con los ojos clavados en los suyos, moviéndose con deleite, despacio al principio, subiendo el ritmo a medida que se sentían ambos navegando el mismo mar turbulento y lleno de desafíos.

Era curioso. Justo en ese momento, el corazón muerto de Jorie Sue pareció volver a la vida, solo para estallarle en cientos de pedazos de puro deleite cuando sintió que la invadía el calor insoportable de su placer, del más puro y hermoso placer que jamás había sentido en toda su existencia. Su cuerpo quedó como muerto, el de Troy, que parecía haber sufrido la misma suerte, se aferraba al suyo de manera desesperada, como si aquello que acababa de pasarles les hubiera dejado sin fuerzas, absolutamente uno a merced del otro.

Jorie fue la primera en reaccionar. Sin dejar de mirarle a los ojos, se salió de él, con parsimonia, sintiendo un dolor en el pecho que la hizo encogerse. Seguía con el convencimiento de que su vida se acabaría ese día. Su vida en común no tendría más capítulos. Y se sentía hasta mezquina por haber necesitado hacer el amor una última vez antes de que él supiera todo lo que ella estaba a punto de contarle.

Se bajó de entre sus brazos y se estiró para tomar un bote de champú del estante que tenía frente a ella. Se colocó de espaldas a Troy, que seguía sin salir de ese estado medio de trance en el que había entrado tras acabar dentro de ella, y le comenzó a masajear el cabello, suavemente, con una lentitud sensual, dejando en ese acto

tanto amor que se le desgarraba el alma.

Sabía que lo estaba demorando más. Se detestaba por hacerlo, pero no podía dejar de sentir que aún le podía robar unos minutos de felicidad a esa vida que pronto iba a perder. Así que siguió lavándole el pelo a Troy, que, varios segundos después, la giró, la colocó delante de él y la imitó, colando sus manos llenas de jabón entre su sedoso cabello claro. Sus dedos la acariciaban mientras el agua seguía cayendo por encima de ellos, limpiando las manchas de un amor que, para Jorie Sue, estaba condenado desde su mismo principio.

Cuando Troy acabó la tarea de lavarle el pelo, bajó sus manos, con una dilación exagerada, pasándolas por sus pechos, enjabonando su torso, sus caderas, el trasero, las piernas… la lavó como si fuera una inválida, como si la necesitara para eso y mucho más. Y cuando ella ya no pudo más, cuando las lágrimas amenazaban con no dejarla seguir, lo hizo incorporarse, lo beso suave, larga y dulcemente y supo que había llegado el momento.

Encaramada a su oído, de puntillas, con el corazón desbocado y latiendo a la velocidad de la luz, comenzó su alegato, su confesión, su verdad, la más pura y honesta verdad. La que necesitaba que él escuchara, la que tenía que sacarse de dentro, aunque le costara la vida, la felicidad, aunque le costara perder a Troy Layton y esa vida pausada, hermosa, simple que él tenía para ella.

En susurros le contó que Ava Mae Riperton no existía, que su nombre era Jorie Sue, que estaba casada desde los dieciocho años con una fiera sin escrúpulos llamada Bobby Dean Monroe, que había pasado un infierno de sumisión y desesperación, que sus cicatrices eran mucho mayores que esas que él recorría por las noches y que, huyendo, acabó por encontrarlo.

Le contó que él bebía, que la engañaba, que la torturaba con golpes y con mierda psicológica que empleaba para hundirla en la miseria, para anularla, para borrarla. Para hacerla creer que todo eso ella se lo merecía. Y que llegó a creerle y que se odiaba profundamente por ello.

Le contó que aguantó lo que pudo, hasta que decidió que no iba a dejar que nadie la borrara, que hasta llegar a esa casa se sentía una anciana, que toda su vida había vivido para servir a los demás y que nunca había sido amada, nunca en toda su miserable existencia.

Le contó que quiso irse sin hacer ruido, pero que no pudo evitar pensar que era mejor todo lo contrario. Así que le quemó la casa, le robó el sombrero y puso precio a su cabeza, porque sabía que eso aumentaría la ira hasta multiplicarla por infinito.

Le contó que una vez tuvo una esperanza, un niño que pudo haber sido su salvación de haber llegado a nacer, pero que él la hizo desaparecer de una paliza tan brutal que se le pasaron las ganas de volver a tener más esperanzas, y que ahora se alegraba de que nada en

ese mundo la atara a él. Que, quizá, un niño hubiera hecho que ella se hubiera quedado atrapada con Bobby Dean hasta que él acabara por matarla.

Y le contó, finalmente, que se había enamorado sin quererlo. Se había enamorado de los abrazos maternales de Vera, de la fortaleza sin medida de Martha, de los ojos llenos de ilusión de Cricket y hasta de la desolación cambiante de Colton. Se había enamorado de la finca, de las gentes, del paisaje, del olor que la tarde traía hasta la casa a ese algodón a punto de ser cosechado. De las tormentas incluso. De las tormentas si las pasaba en sus brazos.

Y de él.

Se había enamorado totalmente de él. Tristemente. Locamente. Sin solución.

Fue capaz de contener sus lágrimas hasta que llegó a ese momento de su confesión en el que ella le aseguraba que ya no podría vivir sin él, pero que entendía que él no quisiera vivir con ella. Que se iría por la mañana, que saldría de su vida y se curaría las heridas en soledad, aprendiendo a vivir sin nadie, para nadie que no fuera ella misma, intentando enfrentarse a la idea de que ese hogar no le pertenecía.

Se despegó de Troy entonces. Se atrevió a mirarlo a los ojos con tanto miedo que estuvo a punto de desmayarse. Fue una suerte que él la estuviera aún sujetando de la cintura, donde había colocado sus brazos cuando ella se apretó contra él, porque las piernas le temblaban tanto, que se hubiera caído redonda al suelo.

Lo que encontró en la mirada clara de Troy le robó el aliento.

Había confianza, había respeto. Había firmeza.

Había amor.

«*Dios mío. Troy Layton me ama*», pensó sin poder contener las ráfagas de felicidad que la invadieron. Aunque durara poco la felicidad, aunque se desvaneciera con la llegada del nuevo día, nadie le iba a quitar la sensación más bonita del mundo: la de sentirse amada por completo, incondicional y puramente, por aquella persona a la que ella amaba más que a su propia vida.

La besó con una ternura que la terminó de romper por dentro. Las lágrimas, mezcladas con las gotas de agua que los salpicaban a ambos, ya ni siquiera le quemaban los ojos. Solo le ardía el corazón, en llamas incomparables de gozo y dolor.

Sabía que eso solo serviría para que afrontar el día siguiente fuera más duro, pero ni siquiera le importó. Se tragó el llanto, el pesar, la miseria que le esperaba en el horizonte y se lo guardó para más adelante, para cuando necesitara acudir a ello para lamerse las heridas. Ahora, se lo debía a él, pero también a sí misma, tenía que estar total e incondicionalmente con él. En cuerpo y alma.

Troy acabó el beso con un pequeño toque de sus labios suaves en la

punta de su nariz. Le aclaró el jabón del cuerpo, hizo lo propio con el suyo, y la sacó de la ducha. La envolvió en una esponjosa toalla azul y la ayudó a secarse, centímetro a centímetro, con una dedicación casi obsesiva, como si estuviera cuidándola y compensando, con ese gesto, todo el dolor que los castigos que Bobby Dean infligieran a su pequeño cuerpo. La secaba y le daba besos, con una delicadeza absoluta y ella se dejaba hacer, porque el paraíso estaba en ese baño. El cielo estaba entre los brazos y el amor de Troy Layton.

Se fueron a la cama y se acomodaron uno en brazos del otro. Desnudos. Su piel desnuda, sus corazones desnudos de secretos. Jorie Sue se dijo que así podría pasarse la vida, descansando sobre su torso, rodeada de su abrazo protector y sanador. Y se atrevió a poner palabras a sus miedos, más para calmarse ella misma que para informarle a él de que, al fin y al cabo, ya había elegido.

Se había elegido a ella misma.

—Tengo tanto miedo de que llegue el invierno… —susurró poco antes de quedarse profundamente dormida, rendida por los acontecimientos, los nervios y la confesión descarnada de su verdad.

Capítulo 28

La chica que soñaba que podía ser feliz

El día más importante de su vida, amaneció con el cielo cubierto.

No quedaba ni rastro del soleado verano que habían disfrutado el día anterior, y unas nubes oscuras amenazaban con descargar lluvia a lo largo de la jornada.

Jorie Sue, nunca más Ava Mae, se despertó al alba, aún encogida por las confesiones de la noche anterior y con el corazón tan pesado, que se imaginó que su sitio había sido ocupado por una roca oscura, densa, inerte.

Se deshizo del abrazo de Troy con un dolor que fue como un latigazo y se escabulló a su propia habitación a ponerse algo de ropa. Se vistió rápidamente y se sirvió un café antes de salir de la casa. Estaba asustada, no era capaz de meter nada más en el cuerpo.

Fue hasta las cocheras donde se guardaban los vehículos, con las llaves de su vieja Chevy en la mano. Si iba a afrontar su destino, lo haría del mismo modo que como se largó de la vida de Bobby Dean, al volante de su camioneta, por muy en las últimas que estuviera. Esta vez iba algo más lejos que a Semmes, no era al pueblo de al lado, precisamente. Quería alejar a Bobby Dean de esa zona, no darle ni una pista sobre su paradero, llevarle a una especie de zona de nadie donde no obtuviera información de ningún tipo sobre los Layton.

Cuando dejó la finca atrás, sintió un alivio extraño, algo que le decía que todo había pasado ya, lo más difícil, tomar ese camino. Pero, a la vez, el alivio se diluía en su propia pena. Abandonar la plantación era mucho más complicado y doloroso que quemar la casa de su marido. Mucho más.

Esa noche, en brazos de Troy Layton, Jorie Sue había soñado que no tenía que irse. Que Bobby Dean desaparecía por arte de magia, que nunca iba a tener que enfrentarlo ni él tendría más ganas de buscarla. Soñó que podía ser feliz. Y casi consiguió creérselo. Al menos hasta que ese día gris había amanecido y todas sus esperanzas volvieron a morir.

Intentó poner la radio. A veces funcionaba y otras, la mayoría, solo se dejaba oír una especie de ruido abstracto que indicaba que su viejo cacharro era incapaz de sintonizar ninguna emisora de los alrededores. Necesitaba distraerse para no volverse loca de miedo, por eso agradeció cuando, a la primera, la radio de su Chevy le regaló la posibilidad de hacer el resto del trayecto oyendo música y las voces despreocupadas de los locutores. Parecía que tenía la suerte de su parte.

Ojalá durara.

De pronto, como un fantasma hablándole al oído, una voz profunda y llena de luz comenzó a cantar. Era Elvis. Elvis de nuevo. Elvis cantando una canción directamente para ella, Elvis cantando *Blue Eyes Cryin' in the Rain*. Una canción triste de amor, una canción que bien podía ser para ella, para Troy Layton, para los dos. Y se estremeció mientras sus labios seguían la letra, que se sabía de memoria.

In the twilight glow I see them
Blue eyes cryin' in the rain
When we kissed goodbye and parted
I knew we'd never meet again.
Love is like a dyin' ember
Only memories remain
Through the ages I'll remember
Blue eyes cryin' in the rain.[12]

La canción la había popularizado Willy Nelson en los años setenta, pero la versión que sonaba en su coche, la versión de Elvis Presley, era la más especial. No solo porque Elvis era parte de su pequeña historia de amor con Troy Layton, sino también porque, según los anales de la música, esa fue la última canción que Elvis cantó en su vida. Su canción de despedida, como lo era ahora la suya. El vello de sus brazos permanecía erizado mientras avanzaban la canción y las millas y ella se preguntaba si esa también sería su última canción.

Llegó a Mobile, siguiendo la interestatal 65 y, siempre al sur, rumbo al mar, lo dejó atrás, tomando la comarcal 193. Apenas había tráfico por la hora tan temprana que aún era, y porque los domingos, la saturación de vehículos era siempre mucho menor.

De algún modo, mientras quemaba minutos y millas, y se acercaba poco a poco a su destino final, Jorie Sue fue aligerando su corazón de dudas y de pesares. Estaba haciendo lo correcto y eso la empujaba a apretar el acelerador para acabar con todo eso cuanto antes. La vieja Chevy no era capaz de correr mucho, pero, de cualquier manera, no empleó más de hora y media en llegar, aunque ese trayecto se pudiera hacer en bastante menos tiempo con un buen coche.

Aparcó la camioneta en el extremo occidental de Dauphin Island, justo donde acababa el Bulevar Bienville. La casa de los Layton estaba cerca, aunque no quería aproximarse del todo, para que Bobby Dean no tuviera referencias de ninguna clase. En esa parte, la playa pública del oeste acababa donde los ojos se perdían en el horizonte. Las casas de los veraneantes cercanas estaban casi todas vacías. Era el fin de semana del Día del Trabajo y casi todo el mundo aprovechaba para retornar a sus hogares, sabiendo que el curso escolar empezaría en apenas unos días.

Eso le recordó a Jorie que la madre de Cricket aún no se había pronunciado sobre si su hija acabaría cursando sus estudios en

Alabama, o si debería subirse a un avión, de camino a Inglaterra, en los próximos días. Hasta en eso se estaba haciendo notar Minerva, aseguraba Troy cada día que pasaba sin un veredicto a favor de la estancia permanente de la niña en la casa de su padre.

El día iba a peor, y a eso de las diez de la mañana, una fina lluvia empezó a empapar la arena clara de la playa. Jorie Sue se quedó dentro de la camioneta durante unos minutos. No sabía qué hacer a continuación y se arrepintió de no haberle puesto una hora concreta a su fatídica cita con Bobby Dean. Esperarlo todo el día iba a conseguir que se volviera loca con el paso silencioso de los minutos.

Cuando la lluvia amainó, decidió salir del vehículo y acercarse a alguna cafetería a tomar otro café. No era una buena idea, en absoluto, pero no podía plantearse meter ningún alimento sólido en el cuerpo a riesgo de acabar echándolo fuera de su cuerpo. Había visto una cafetería, una llamada Karma, a un par de cientos de metros de allí. Así que se apeó de la camioneta y estiró las piernas. Se sintió extraña, una forastera, ese lugar no era suyo y lo había reclamado para afrontar sus temores más profundos. Pensar eso casi la hizo vomitar, y tuvo que controlarse para que la cosa no fuera a más.

Entró en la cafetería, que estaba vacía a esas horas. Era pequeña y coqueta. Estaba decorada con temas marineros, bastante comunes en las zonas de costa. La madera de sus suelos y paredes parecía darle un toque tradicional, que desmentía lo nuevo que estaba todo lo demás. Llevaría abierta uno o dos veranos, como mucho. A Jorie Sue esas cosas no le importaban, solo que aquel refugio momentáneo tuviera baño y café.

Pidió un expreso doble y preguntó por el aseo. Entró en la puerta que la joven dependienta le indicó y se apoyó en el lavabo. Era un cubículo estrecho que olía a lejía con aroma a pino y que se notaba recién repasado. Eso le gustó. Le encantaba entrar en un baño público y que este estuviera limpio. Se lavó la cara, se miró en el espejo durante algunos minutos, intentando reconocer a la mujer que la miraba de vuelta. Tenía sus rasgos, el miedo de antes en los ojos, y los pómulos altos… se reconocía en eso. Pero no en la determinación y en la confianza de estar haciendo lo correcto, aunque acabara muerta, que se veía detrás de ese miedo en sus ojos. Jorie Sue Monroe era y no era ella. Jorie Sue era Jorie Sue. A secas. Y estaba a punto de matar esa parte de ella que siempre había detestado.

Cuando pensó que a la dependiente le parecería bastante raro que se pasara tanto tiempo en el baño, y más siendo su única cliente, salió del aseo con pesar. Si por ella fuera, se hubiera quedado allí una larga temporada.

Arrastró los pies hasta la barra, donde la chica ya le había dejado el expreso en un envase de cartón, listo para tomárselo sentada en las

mesas blancas repartidas por el local o para llevárselo a dónde quisiera que los pies quisieran llevarla.

Miró a través de los enormes ventanales que daban a la playa y vio el día gris, la arena vacía, las olas revueltas queriendo tocar la orilla con desesperación. Y pensó que allí estaba a salvo, pero que en la playa se sentiría libre. Y un día como ese, la libertad era lo más importante.

Así que tomó el envase para llevar, le echo dos terrones de azúcar, revolvió con un palito de madera y le pagó a la dependienta el dólar que le había pedido por la bebida.

—¿Puedo acompañarte, pequeña Ava? —La voz de Colton a su espalda la paralizó cuando ya tenía una mano dispuesta a empujar la puerta y salir de la cafetería.

Debía de haber entrado mientras ella estaba en el baño. No se había dado cuenta de que alguien más ocupaba el espacio de las mesas, pero allí estaba él, sentado, con las piernas cruzadas, mirándola directamente, sin que ninguna emoción se leyera en sus enormes ojos azules. Ni siquiera pudo atisbar en ellos un retazo de ese fuego helado que solía consumirlos.

Jorie Sue agachó la cabeza y salió de la cafetería sin mediar palabra alguna con Colton. No sabía por qué, pero su presencia allí no llegaba a sorprenderla del todo. Ahora solo tenía que lograr que se largara y la dejara en paz, como si eso fuera algo fácil de conseguir.

—¿Qué haces aquí, Colton? —preguntó cuando el muchacho la alcanzó, de dos zancadas, y se puso a caminar a su altura.

En su voz había resignación. Pero también interés genuino por saber qué le había llevado a seguirla.

—Te oí hablar por teléfono el otro día…

—Claro —asumió ella, que, de algún modo, lo había sabido desde el mismo instante en que colgó la llamada a Vilma y se giró para encontrárselo de frente—. Y me has seguido hasta aquí porque no te fías de mí…

Siguieron caminando un trecho en silencio. Llegaron hasta la vieja Chevy de Jorie y ella se dio cuenta de que, justo a su lado, estaba aparcada una de las camionetas de los Layton. La que había traído a Colton hasta allí, sin duda.

—¿Qué demonios haces aquí, Colton? —repitió encarándolo directamente, clavando en él sus ojos llenos de miedo y de algo parecido a la rabia—. ¿Qué demonios quieres de mí?

Él le devolvió la mirada y esta vez, cuando sus ojos se encontraron en el medio, en la suya ya no había indiferencia ni falta de emociones su fuego helado, su frío ardiente había vuelto a tomar sus ojos con determinación. La cogió por los brazos y él también quiso enfrentarse directamente a ella.

—¿Qué narices es todo esto, Ava? —preguntó él sin contestar a las preguntas de ella—. ¿A quién vas a ver aquí?

Jorie Sue se deshizo de su agarre y echó a andar por la playa, en dirección al extremo occidental, donde se acababan las viviendas y solo había arena y agua hasta donde alcanzaban los ojos.

Casi de inmediato, sintió que él la seguía, que se colocaba a su altura de nuevo y que no le iba a dar ni un voto de confianza siquiera. Él la creía capaz de alguna deslealtad mayúscula que requiriera estar allí en secreto. Y Colton estaba dispuesto a desenmascarar su verdadera identidad. Si supiera… si solo supiera lo inconveniente que era que estuviera allí. Si solo supiera que, a la vez, a Jorie se le había olvidado un poco que tenía que seguir sintiendo miedo…

Apretó el paso, casi corría por aquella playa, intentando deshacerse de Colton y de la horrible sensación de saberse una mentirosa. No podía soportar que la considerara así, mucho menos después de la confesión agónica que le había hecho a su padre esa misma noche.

—¡Ava! —La alcanzó y trató de pararla, sin éxito, porque ella se zafó de nuevo de su agarre y le advirtió con una mirada de fuego que no pudo evitar.

—¡Déjame en paz y vete de una vez! —le escupió sin darle la oportunidad de seguir aquello.

Necesitaba ponerle fin ya. La sola idea de que Bobby Dean apareciera en cualquier momento y los viera juntos... La mera idea de que Colton intentara meterse en el medio… un escalofrío violento la atravesó y a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¿A quién cojones vas a ver, Ava? —gritó él con una frustración que le recorría y le hacía menos paciente—. ¿Qué coño es todo esto?

Ella paró de repente. Se volvió despacio y lo encaró. De frente y sin ambages. Sabía que no la iba a dejar hasta que le respondiera a esa maldita pregunta.

—¡A mí marido! —le gritó descontrolada—. Voy a ver a mi marido. ¿estás contento ya, Colton? Y ahora te tienes que ir porque no estoy segura de que no quiera matarte si te ve aquí.

Él se quedó paralizado, sin lograr mover ni un solo músculo de su rostro. De repente, a ella todo eso le pareció absurdo. Así que respiró hondo, intentó matar la furia que el miedo había sumado a la ecuación, y lo miró mucho más calmada.

—He quedado con mi marido para intentar conseguir que me dé el divorcio. —Su voz ahora sonaba como una disculpa y ella lo sentía casi así.

Se sentó en ese mismo sitio, en medio de la playa, mirando de frente al océano embravecido que esa mañana no se parecía en nada al mar cristalino, apacible y en calma de la otra vez. De la vez en la que lo descubrió y estar en esa isla era motivo de total alegría, y no

fuente de desdicha y profundo dolor.

—Pequeña Ava… —susurró Colton, sentándose a su lado.

—Te contaré un secreto, Colton, y luego te irás y me dejarás aquí sola, porque necesito hacer esto sola y también necesito saber que nadie se va a meter en medio, para evitar que se le crucen los cables.

Él parecía dispuesto a escucharla y ella, ella ni siquiera sabía qué contarle para conseguir alejarle de ella antes de que Bobby Dean llegara.

—Me casé muy joven, y más por una necesidad de salir de mi propia casa que por que quisiera a quien se iba a convertir en mi marido —comenzó con un cierto temblor en su voz clara—. Cometí un error porque ni le conocía ni le amaba. Parecía una buena opción, pero desde la primera noche en la que nos casamos, ya supe lo equivocada que estaba. Me pegó durante años, me anuló y me dejó en los huesos, emocionalmente hablando. Por eso, hace casi dos meses me escapé, tras años aguantando abusos, golpes, palabras cargadas de maldad, infidelidad y violaciones sin tregua.

Colton encogió el rostro, boquiabierto por la realidad descarnada que estaba pintando Jorie Sue para él. Diríase que casi hubiera preferido no saber. Pero sabía… ahora sabía qué ocultaba ella y no podía evitar cerrar sus puños, apretarlos hasta convertir sus nudillos en dos máquinas de pelear, con ganas de usarlos en cuanto apareciera ese animal, si es que aparecía.

—¿Y por qué no está en la cárcel? —preguntó realmente afectado—. ¿No lo denunciaste?

—No merecía la pena. Lo intenté una vez y pasó solo veinticuatro horas encerrado —dijo ella recordando, cerrando los ojos para contener aquel recuerdo horrible—. Cuando salió me reventó la cara a golpes. Me partió el labio, me dejó los ojos en punto ciego durante semanas. Y me pateó con todas sus fuerzas. Me rompió la mitad de las costillas y me destrozó el bazo.

Un escalofrío la recorrió sin poderlo evitar, como si aún al hablar de ello volviera a aquella horrible tarde de hacía un par de años, cuando todo se había vuelto negro solo por intentar salir de aquella situación por la vía legal.

—Aquello me valió para aprenderme la lección y no osar repetir la jugada de nuevo…

Colton puso su mano sobre la suya, en un intento torpe de transmitirle su fuerza, sus ánimos, su dolor compartido.

—He vivido encerrada en mi casa, con ese secreto a voces alrededor de mí durante años… y no sabes lo duro que es esconderte, tener un secreto así, vivir sin ser la que los demás ven. ¿Alguna vez te ha pasado algo así, Colton?

Se lo preguntó mirándolo a los ojos, reteniendo las lágrimas tras sus

párpados. De pronto, él asintió en silencio, con un dolor y una pena que parecían parejos a los suyos, de un modo que no podía entender…

Puso su muñeca derecha a la altura de sus ojos y se subió la mana del jersey ligero que ese día se había puesto para combatir la jornada desapacible con la que habían amanecido. Las marcas de su intento de suicidio estaban ahí, cicatrices que contaban una historia tan truculenta y nefasta como las que recorrían su propio cuerpo. Cerró los ojos, contuvo una arcada, y se dijo a sí misma que podía con aquello.

—Cuando me encontraron, cuando me *rescataron*, como ellos lo llaman, sentí solo rabia porque no me dejaron acabar con todo —su voz era lineal, sin inflexiones, como si estuviera leyendo un fragmento de un libro, carente de emociones—. Una rabia que se quedó aquí —dijo tocándose el centro de su pecho—, que no me dejaba ni respirar a veces. La mayoría de los días me tiraba en mi cuarto, me fumaba unos cuantos canutos, salía a emborracharme y a participar en carreras ilegales.

»Durante un tiempo, funcionó. Pero pronto se me quedó corto y la rabia era tan profunda que necesitaba hacer algo más. Quizá lo mejor hubiera sido volverlo a intentar, pero escogí peor camino, uno que permitía que saliera toda la rabia del mundo, que ardiera, que hiciera una hoguera gigante, que descompusiera todo, que lo redujera a cenizas…

Jorie Sue sintió que algo extraño crecía en su cerebro. Una idea peregrina, quizá algo descabellada pero que no era nueva, algo que, por estúpido que sonara, ya había pensado en algún momento a lo largo de esos meses. Quizá por las fechas, quizá por su manera de esquivar la mirada al hablar de ello, quizá por las ganas de demostrarle algo a su padre cada vez.

—Tú provocaste todos esos incendios…

No lo preguntó, no necesitaba hacerle esa pregunta. Lo sabía. Supo que lo sabía en cuanto lo pensó un minuto, en cuanto echó cuentas, en cuanto sumó dos y dos.

—Al principio estaba muy enfadado con mi padre, tanto que solo se me ocurrió quemarle un granero para evitar ir a buscarlo y enzarzarnos a puñetazos —dijo afligido, encogido como si, de repente, se hubiera convertido en un pequeño niño asustado—. Luego, cuando lo hice por segunda vez y ya no era mi padre el destinatario de mi odio, sino yo mismo, algo se liberó dentro de mí. Desde entonces ya no pude parar. Era superior a mis fuerzas…

Temblaba mientras le confesaba el secreto más terrible de toda su vida. Temblaba con una furia que daba hasta ternura. Jorie Sue le tomó de la mano y trató de calmarlo, de hacer que los temblores pararan y el miedo dejara de tener el control sobre su cuerpo y su

mente.

—Colton, Colton —susurró ella, cogiéndole del mentón y obligándole a mirarla—. Escucha, solo estás enfermo, solo tienes que decirte a ti mismo que puedes vencer eso con la ayuda adecuada y, estoy convencida, todo se solucionará.

Él trataba de negar con la cabeza y se desesperaba porque sabía la magnitud de sus pecados, la enorme lista de delitos a los que se podía enfrentar. Estaba muerto de miedo. Y, por descontado, también de esa rabia que el fuego no había conseguido extinguir.

Lo abrazó entonces. Con un amor incontrolable y una ternura que le nacía de ese instinto de protección que Colton despertaba en ella de un modo u otro.

—Prométeme que no se lo dirás nunca a mi padre —le suplicó él entre sollozos, abrazado a ella como si fuera un trozo de madera a la deriva en un mar inabarcable e inmenso.

—Te cambio una promesa por otra —le propuso ella con el corazón en la boca—. Tu secreto se queda entre nosotros si te vas y me dejas sola con mi marido.

Colton se incorporó, abandonando de golpe la calidez de sus brazos, mirándola a los ojos como si estuviera loca. Iba a ser más difícil de lo que se había imaginado, y se reprochó el haberle contado la historia de verdad. Quizá si no le hubiera pintado su matrimonio como el infierno que, en realidad, había sido, ahora le hubiera sido mucho más fácil alejarle de ella.

—Ese tío está loco —balbució él, inquebrantable en su decisión de protegerla—. Podría matarte.

«*Podría matarte a ti, y eso jamás me lo podría perdonar*», pensó Jorie Sue, martirizada. Se mesó el pelo, intentó aclarar sus ideas y, una vez creyó haberlo conseguido, le miró a los ojos con un cariño desbordante.

—Mira, vamos a hacer una cosa —propuso, jugándoselo todo a una carta—. Tú te vas de aquí, porque estoy segura de que si me ve acompañada no va a dejarse ver, y yo me acerco más a la otra parte de la playa, a la que tiene casas y es más probable que pase gente. Si hay gente, seguro que no se atreve a hacerme daño…

Colton dudó. El plan no le convencía en absoluto. A ella tampoco, estaba segura de que no iba a tragárselo. Con el día tan desapacible que estaba, era muy fácil que no hubiera gente en los alrededores.

—Vuelve a casa. Si pasa algo, te llamaré, te lo prometo —afirmó intentando parecer sincera. Ni siquiera tenía un teléfono móvil, pero esperaba que Colton no se acordara de ese detalle—. Podrás avisar a la policía de inmediato y no conseguirá hacerme daño.

Siguió la duda en sus ojos y ella empezó a impacientarse. Miraba al aparcamiento que quedaba unos cientos de metros a su izquierda, por

si Bobby Dean llegaba y los encontraba juntos. Su marido le ganaba a Colton en años, kilos, músculos y mala leche. No habría opciones para el muchacho.

—Por favor, Colton —suplicó desesperada—. Tengo que hacer esto yo sola. Es mi guerra y necesito saber que soy capaz de poder con ello sin ayuda. Sé que tiene mala pinta todo lo que te he contado, pero también sé que no va a hacerme nada a plena luz del día en un sitio público, aunque no haya mucha gente alrededor. Lo tengo todo previsto, tienes que creerme y dejarme hacerlo a mi manera.

—Ava…

—Por favor… si me aprecias, déjame salvarme sola.

La miró un segundo, asimilando ese último argumento, que parecía ser el de más peso. Por las palabras empleadas, por el lamento al pronunciarlas, por el anhelo de convertirlas en realidad.

—Yo no te aprecio, Ava, yo te quiero.

Le sonrió con dulzura. Lo sabía. Y ella también lo quería a él. Aunque solo fuera un poco, aunque el resto fuera cariño, afecto, ternura… se inclinó despacio sobre él y dejó un beso dulce en sus labios. Un beso casto, sin intenciones, sin mayor importancia más allá de demostrarle que lo sabía, pero que eso era lo único que ella podía darle.

Se pusieron en pie y caminaron de nuevo hasta las camionetas. Cuando Colton aceptó subir a la suya y permitirle luchar su guerra sin ayuda, el corazón de ambos estaba a punto de estallar de pena. Se miraron una sola vez más, se abrazaron con una fuerza desconocida y se dijeron adiós. Ella había prometido venirse a ese lado de la playa donde había casas, la cafetería, la carretera; y él, muy a su pesar, le juró alejarse, dejarla sola.

Con la ventanilla baja, Colton le dedicó una última mirada antes de arrancar, como si esperara que ella cambiara de opinión. Jorie dibujó en su rostro una sonrisa triste que esperó que no fuera la última.

—Por cierto, mi nombre es Jorie Sue… Ava era mi abuela.

Lo dijo y notó que un peso se le iba de dentro. Colton lo notó y asintió con una débil sonrisa pintada en sus labios antes de dar marcha atrás e irse.

Jorie Sue jamás había respirado más aliviada en toda su corta vida. Nunca se había sentido más sola, tampoco. Eran las dos caras de la moneda de haber apostado por la vida de Colton, exponiendo más la suya.

Echó a andar de nuevo hacia la playa, pero manteniendo su promesa. En lugar de alejarse hacia el oeste, se quedó en la parte que estaba rodeada de viviendas, casi todas cerradas a cal y canto. La cafetería quedaba a unos ciento cincuenta metros, y le daba la ventaja de poder llegar a ella corriendo en caso de extrema necesidad, pero de

mantener a la gente a raya si las cosas con Bobby Dean no iban tan mal como preveía.

Era impredecible. Eso lo sabía, lo asumía. Aunque lo más normal, conociéndole cómo le conocía, es que estuviera enfadado. Muy enfadado.

Se sentó en la arena, al lado de las aguas, a esperarle. Sabiendo cómo era Bobby Dean, no llegaría antes de mediodía, no antes de que durmiera la mona y despertara por que se muriera de hambre. Se acordaría de que tenía que ir a por ella, y solo después de haberse metido algo en el estómago, además de un par de copas de *bourbon* bien cargadas, se subiría a su coche y recorrería la distancia entre Chatom y Dauphin Island, masticando todo ese odio que le tenía por haberlo abandonado y haberle avergonzado quemándole ese inmundo hogar, escenario del escarnio al que él la había sometido durante años.

Jorie Sue se quedó allí, clavada en ese lugar de la playa, durante horas. Inmóvil. Si alguien la vio, si a alguien le llamó la atención su presencia como una estatua de sal, nadie se acercó a decirle nada. Comenzó a llover a eso de la una del mediodía y, aun así, ella se quedó en su sitio. Se arropó un poco más en la chaqueta fina que se había puesto esa mañana al salir de la casa de Troy Leyton, y dejó que los pensamientos la llevaran a la noche anterior, en sus brazos, en el calor de sus besos y sus caricias, y en la forma en la que la abrazó al terminar, cuando supo toda la historia y ella se liberó de una manera determinante y tan necesaria.

Se preguntó qué estaría haciendo en ese preciso momento. Qué pensaría de su ausencia. Qué estaría sintiendo por no tenerla cerca ni tampoco tener respuestas de su falta en la casa. Con un poco de suerte, Colton llegaría y le contaría que ella no le había abandonado. Y con más suerte aún, no le daría tiempo a llegar antes de que ella hubiera cerrado sus asuntos con Bobby Dean Monroe.

El sol estaba ya en todo lo alto, ya superado con creces el mediodía, cuando sintió unos pasos aplastando la arena detrás de ella. El vello de todo su cuerpo se le erizó y sintió unas terribles ganas de vomitar.

—Hola, Jorie Sue —dijo la voz dura y rabiosa de Bobby Dean a su espalda.

El peor día de su vida estaba a punto de comenzar.

Capítulo 29
Golpes en el corazón

No se giró de inmediato al escucharlo. No quería darle la satisfacción de hallar en su rostro demudado el miedo punzante que la tenía aterrada.

Se tomó unos segundos para respirar, para acomodar la idea de la lucha que estaba por venir, para calmarse y no parecer una niña asustada y desvalida, como siempre le pasaba en su presencia.

Recordó una mañana de hacía mil años, unos días antes de casarse con él y dejar su casa por la de Bobby Dean. Su padre, medio muerto por la resaca y la falta de sueño, se le acercó con paso vacilante, y se sentó junto a ella en la mesa del desayuno. En su casa, todo austeridad y carencias, nunca se tomaban la molestia de compartir momentos familiares. Si coincidían en la cocina, cada uno iba a lo suyo, solos con sus propios pensamientos.

Ella leía un libro mientras tomaba un café aguado y un trozo de pan seco con algo parecido a mantequilla. Iba vestida con un sencillo peto vaquero largo, era noviembre, no había mucho frío, pero era casi invierno. En sus hombros, una raída chaqueta gris suponía su única prenda de abrigo.

Se dio cuenta de que su padre, absorto, la miraba fijamente. La miraba como si la viera por primera vez, como si acabara de comprender que, entre sus muchachos, alguien había dejado a esa chica a la que ahora miraba igual que si fuera una auténtica desconocida. Probablemente lo fuera, ya que nunca se había molestado en conocerla.

Ella carraspeo, se revolvió inquieta en su silla y decidió devolverle la mirada que la estaba quemando mientras trataba, en vano, de concentrarse en su libro.

Se sostuvieron uno al otro el examen exhaustivo, lo más extraño que nunca le había pasado con su padre. Se estudiaron, se desafiaron y cuando él ya no pudo más, se pasó la mano por su barba rala cubierta de canas, y se bebió el café de un trago. Se levantó con desgana y se dirigió a la puerta.

Si Jorie pensaba que era el momento ideal para compartir un recuerdo padre e hija, el primero de toda su existencia, se equivocaba de cabo a cabo. Al menos hasta que, a punto de abandonar la estancia, él se giró, la volvió a mirar como si se la intentara aprender de memoria y se inclinó un poco hacia adelante, para hablarle.

—Siempre pensé que eras la más lista de todos —dijo con su voz rasposa, producto de todo el aguardiente barato que había atravesado su garganta a lo largo de años y años de mala vida—. Creo que puedes

hacerlo mejor. Que te mereces a alguien mejor.

Y se fue. La dejó allí boquiabierta, completamente descolocada por las primeras palabras de su padre con algo parecido a un halago. No supo cómo reaccionar entonces. Pensó que, de todos modos, fuera cierto o no, ya era tarde para echarse atrás, pero era consolador saber que ese extraño al que le debía la vida estaba de su parte. O algo así.

Aquella mañana no le dio más vueltas al asunto. Ella ya había tomado su decisión y, en aquellos días, aún era orgullosa. No se hubiera retractado por nada del mundo. Bobby Dean era su pasaporte para huir de esa casa y no podía dejarlo pasar. Con el tiempo, llegó a olvidar incluso que su padre le había dicho que pensaba que era una chica lista y que tenía más opciones en la vida, que podía hacerlo mejor.

Solo ahora, bajo el yugo incuestionable de su verdugo, volvía a acordarse de aquello y se arrepintió profundamente de no haberle dado más valor a las palabras de su padre en aquel momento. Pero entonces, ¿que sabía ella de la vida? ¿Qué sabía de lo que era capaz ese hombre que ante Dios había prometido amarla, protegerla, serle fiel y estar a su lado hasta que la muerte los separara? Si él había incumplido todos los puntos de su contrato matrimonial, ella estaba en su perfecto derecho de salir de esa relación tóxica, insana, enfermiza y tan desastrosamente dolorosa para ella, en lo físico y en lo emocional. La cuestión era si él iba a permitírselo o iba a llevársela por delante solo para demostrar que él seguía mandando allí.

Cerró los ojos una décima de segundo, volviendo a enterrar de nuevos ese recuerdo que, de todos modos, en esos momentos parecía un chiste. No podía arrepentirse ahora por no haber escuchado a su padre la única vez en su vida que trató de darle un consejo útil.

Cuando se giró para encararlo, Bobby Dean se le antojó gigantesco, de pie tras ella, con esa mirada implacable y la mandíbula, cuadrada y tensa, amenazando con destrozarla de una dentellada mortal.

Se incorporó despacio, sin separar los ojos de los suyos. Esos ojos oscuros, perversos, llenos de una ferocidad que la había atormentado años y años… los suyos, más grandes, más luminosos, más llenos de vida, de bondad, de generosidad, no se amilanaron. Había hallado algo en esas palabras de su padre, lejanas pero reveladoras, y ahora sabía que era lista, que podría presentar batalla. Aunque estaba claro que acabaría perdiendo si llegaban a enfrentarse de una forma física. Ahí ella no era rival.

Antes de hacer ningún movimiento o abrir la boca, miró a los lados, casi imperceptiblemente. Quería hacerse una composición de lugar. Quería saber cuál era el escenario. Si había gente cerca, si su camino de escape hasta la cafetería era factible, si podría tener una oportunidad siquiera si no era capaz de razonar con él con palabras.

—Bobby Dean… —dejó escapar en un susurro, inclinando levemente la cabeza, a modo de saludo.

Se midieron durante unos segundos más. Así, frente a frente, nadie hubiera dado un centavo por Jorie Sue. Bobby Dean le sacaba casi cuarenta centímetros y más de cincuenta kilos. Sus músculos, lo único a lo que dedicaba más tiempo y atención que al whisky barato, eran enormes. Sus brazos eran más amplios que las piernas de ella. Su cuello le recordaba al de un toro o un rinoceronte, tan poderoso que solo mirarle ya intimidaba. Sus tatuajes, su pelo con corte militar, su gesto de animal salvaje… todo en él incitaba al miedo. Un miedo visceral, oscuro y bestial que tenía a su corazón trabajando a un ritmo absolutamente demencial.

Pero en su cara, podía jurarlo, no había ni el más mínimo reflejo de ese desequilibrio emocional de proporciones épicas. En su semblante, más calmado que las aguas del mar en un día de sol, no se dejaba traslucir ni un ápice de ese terror primitivo y brutal que él provocaba, que la tenía subyugada hasta el extremo de temblar solo con escuchar girar el pomo de la puerta de la casa que habían compartido.

—Estás guapa —dijo él, con simpleza, como si le sorprendiera que a ella le hubiera ido bien tras abandonarle.

No era verdad, no estaba guapa. Había dormido mal, tenía el corazón en un puño y estaba bastante desaliñada. No había querido darle el gusto de ponerse guapa para él esa mañana. No se lo merecía.

En otro tiempo se había esmerado por parecerle bonita. Pensaba que, si ella le retenía a su lado por su belleza, dejaría de buscar otros cuerpos y otras camas, y dejaría de castigarla por no ser suficiente. Nunca se sintió suficiente a su lado, hasta ese punto la tenía anulada y borrada.

Ahora, ahora que sabía que no solo era suficiente sino que era capaz de hacer que un hombre tan fascinante y complejo como Troy Layton se sintiera atraído por ella, que despertara en él el instinto de cuidarla y protegerla y que, además, la aceptara como era, con sus virtudes y sus carencias… ahora que sabía que existían más formas de vida y, sobre todo, que había experimentado el amor, que Bobby Dean la encontrara guapa solo podía repugnarla hasta extremos cercanos al vómito.

Jorie Sue pensó, no obstante, que ese cumplido era buena señal. No estaba tan enfadado como ella se había imaginado. Aunque podía ser que él también tuviera la rabia escondida detrás de sus buenas palabras. Prefirió no bajar la guardia, más valía ser precavida que acabar lamentándolo después.

—Demos un paseo —propuso él, poniendo una mano en la parte baja de su espalda e iniciando el camino hacia la parte occidental de la playa, a donde no había nadie, ni casas, ni gente, ni cafeterías, ni

guaridas donde esconderse.

En ese momento fue incapaz de esconder su miedo. Si la alejaba de la zona segura, no podría escapar de él. No podría tener ni siquiera una oportunidad de ganar esa batalla. Sin nadie que la pudiera escuchar gritar o que llegara corriendo a socorrerla, podía darse por muerta.

—No creo que sea una buena idea… —comenzó intentando zafarse.

—Insisto —se empeñó Bobby Dean, pasando a sujetarla directamente por el brazo, para evitar que se le escapara.

Le hacía daño en la zona donde su manaza apretaba con fuerza su piel, ya no había cumplidos ni cortesía falsa. Ya estaban empezando a poner las cartas boca arriba, sobre la mesa, a dejar los juegos a un lado para pasar a lo que de verdad importaba: que Bobby Dean estaba profundamente enfadado y que ese cabreo lo iba a acabar por pagar ella.

La alejó deprisa de la zona de viviendas y la arrastró, como si fuera una muñeca vieja, a ese lado de la playa donde, un rato antes, había estado con Colton. La sensación de inseguridad, de miedo intrínseco, de anticipación del alud de dolor que estaba por venir, hizo que se le nublara la vista y todo se volviera rojo de golpe.

Comenzó a llover más intensamente que uno rato antes. El agua inmisericorde los empapó, los sumió en una humedad pegajosa que hacía torpes hasta los movimientos. A medida que pasaban los segundos, el aguacero arreciaba y se convertía en un aluvión que caía a plomo sobre sus cabezas desnudas.

A Bobby Dean pareció no importarle en absoluto. La lluvia torrencial no interfería en los planes que parecía tener para ella.

—Eres más tonta de lo que imaginaba, Jorie Sue —dijo tras llegar a un lugar que consideró lo suficientemente apartado de toda posible fuente de ayuda. La soltó y la miró con un desprecio sin disimulo que hizo que su estómago se revolviera—. Habías conseguido largarte y estabas bien escondida… ¿Por qué coño llamaste? ¿Es que echabas de menos todo esto? ¿Me echabas de menos?

Ella cayó de rodillas en la arena empapada. Se lamentó porque tenía que darle la razón. Porque no lo había planeado mejor, porque por más que se lo propusiera, era incapaz de vencerle y porque él, solo con sujetarla del brazo y arrastrarla por la playa, había conseguido volverla a tener donde se supone que él la quería.

—Bobby Dean, quiero el divorcio —intentó decir algo que no sonara a una patética excusa—. Tenemos que hablar. Esto puede acabar bien para los dos.

—¿Acabar bien? —le chillo él con la rabia más candente que anidaba en su corazón estropeado—. ¿Me dejas, me quemas la casa, te escondes durante dos meses y quieres que esto acabe bien?

Ella lo miró, suplicante, solo necesitaba que la escuchara. Necesitaba pensar que, quizá, razonando, pudiera conseguir que la escuchara, que la entendiera…

—Tú no me quieres… ¿qué demonios necesitas de mí si no me quieres?

—¡Tú eres mía! —gritó con toda la potencia de su enorme corpachón—. Eres mía y no tienes derecho a hacerme esto, a ponerme así, a largarte, a esconderte, a machacar nuestros recuerdos, a pedirme el divorcio… ¡Lo has estropeado todo!

Ella dejó escapar una risa sarcástica. No pudo evitarlo y, sinceramente, llegados a ese punto con tan pocas posibilidades a su favor, no le importaba enfadarlo aún más. ¿Qué más daba si ya estaba muerta, de todos modos?

—¿Yo lo he estropeado? ¿Yo? —preguntó ella con los mismos gritos que él, incorporándose, poniéndose a su altura. Quizá no tuviera ni una sola probabilidad de ganarle en una pelea, si él empleaba la fuerza bruta, ella estaría perdida, pero algo había cambiado: era la primera vez desde que se conocían que ella le levantaba la voz, que no se rezagaba, que no jugaba el papel de la muchacha sumisa y buena que aceptaba sus gritos, sus insultos y sus ataques físicos con resignación.

El primer golpe llegó para confirmarle que a él no le gustaba esa nueva Jorie Sue que le replicaba y le levantaba la voz. Dejó caer con fuerza su mano sobre su mejilla, hasta tumbarla de nuevo en la arena. El impacto hizo que retrocediera por el dolor intenso, como un latigazo que la atravesaba. Casi se había olvidado de lo que se sentía al ser el saco de los golpes de alguien.

—¡Cállate, zorra! —dijo él despacio, con un desprecio desgarrador que la rompió por dentro—. ¡Mira lo que me haces hacer! ¡Joder!

Ahí estaba el Bobby Dean que asumía que todo era culpa de ella. Que, si la pegaba, era porque ella se lo buscaba, quien se lo merecía, quien lo pedía a gritos, cada vez. Nunca se hizo responsable, nunca. Cuando sus peleas acababan, cuando por fin la dejaba en paz, bien por hastío o porque muchas veces la dejaba demasiado tocada como para seguir sin riesgo a matarla, siempre se acurrucaba a su lado, la acariciaba con algo parecido a la ternura y le decía, con la voz de un corderito que nunca ha matado una mosca, que la perdonaba. Que la perdonaba por ser capaz de sacar lo peor de él, por hacerle enfadar, por volverse loco y por darle lo que ella pedía a gritos recibir.

Había cosas que nunca iban a cambiar, y la verdad podrida, tergiversada y completamente ridícula de Bobby Dean siempre iba a poder más que la cordura racional de una situación en la que ella era una mera receptora de la ira que él no sabía gestionar.

Cuando le propuso ir a ver a alguien que pudiera ayudarlo, le faltó

tiempo para machacarla hasta el punto de mandarla al hospital de la paliza más brutal que nunca le había propinado. Desde entonces, la cautela la convirtió en una mujer retraída, asustada, alejada de la realidad, de todo lo que pudiera ser considerado normal.

—No vuelvas a ponerme tus sucias manos encima —le advirtió ella en un arranque de valentía que sabía que, tarde o temprano, iba a acabar lamentando.

—Y si no ¿qué? —se mofó Bobby Dean dando un paso hacia ella, con la furia mezclada en su semblante con un regocijo nuevo, el que le provocaban sus amenazas—. ¿Vas a darme una paliza?

—Voy a llamar a la policía —intentó sonar calmada, pero determinada.

Él se rio. Se echó a reír de una manera histérica, descontrolada, como si le acabaran de contar el chiste más hilarante de toda su existencia.

—Perfecto —asintió cuando recuperó la serenidad—. Llámalos y les contamos cómo quemaste nuestra casa antes de largarte con todas mis cosas.

—Yo no me llevé nada tuyo —mintió recordando el sombrero tejano que descansaba en el asiento del copiloto de su viaja Chevy—. Y no podrás demostrar que fui yo quien hizo nada. De hecho, me consta que ya les has dicho a los del seguro que el culpable es el pirómano que está haciendo estragos en el sur.

Al decirle eso no pudo evitar que Colton le viniera a la mente. Colton a quien había enviado de vuelta a casa. Estúpidamente. Colton, a quien entregaría su vida porque estuviera cerca para que pudiera llamar él mismo a la policía y sacarla de ese embrollo del que no parecía poder salir por sí misma.

A Bobby Dean le cambió el gesto de inmediato. De la sonrisa de suficiencia pasó al desconcierto por sus palabras, hasta acabar en la furia, de nuevo, a donde siempre acababa por regresar.

—Pues entonces, tendré que matarte —pronunció cada palabra con parsimonia, con el semblante serio, con la mirada espeluznante de un demente sin solución.

El corazón de Jorie Sue se paró de repente. Lo decía en serio. Lo decía tan absolutamente en serio que ya se sintió muerta, tirada en esa playa, abandonada a merced de esa lluvia fría y de las olas del mar, que se la terminarían por llevar lejos, muy lejos, hasta hacer desaparecer toda evidencia de su paso por ese mundo.

—No… no puedes hacer eso —balbució aterrada—. No puedes…

—Claro que puedo. ¿Quién me lo impide?

—Hay gente que sabe que estoy aquí y que he quedado contigo…

—Ah, amigos —masticó las palabras antes de escupirlas con desprecio—. ¿Tienes amiguitos, Jorie Sue?

—Sí —afirmó categórica, convencida de que eso pararía sus intenciones homicidas y la dejaría marchar—. No puedes hacerme nada sin pagar las consecuencias.

La miró un segundo. Parecía realmente divertido, como si esa nueva Jorie Sue que le amenazaba, le gritaba y le presentaba batalla fuera lo más interesante a lo que se enfrentaría en toda su vida.

—¿Sabes? —dijo mirándola con una intensidad que a ella le quemaba de rabia en las entrañas—. Pagaría las consecuencias gustoso solo por borrarte de una puta de vez de mis pensamientos, nena.

Había perdido su sonrisa demencial y ahora asomaba a sus ojos una tristeza que ella no supo descifrar. Era como si necesitara borrarla para no sufrirla más, como si ella fuera la culpable de toda su desdicha. Y se preguntó qué locura tendría asentada en ese cerebro suyo para desvirtuar tanto la realidad y ser capaz de ver las cosas con tanta distorsión.

—Aunque tengo la suerte de que no pagaré nada de nada —se mofó, volviendo a pintar en sus labios el desdén hecho sonrisa—. Tengo una coartada cojonuda, nadie pondrá en duda que yo nunca he puesto un pie en este inmundo lugar y nadie me implicará jamás.

Una arcada le subió por la garganta y tuvo que controlar las ganas de vomitar lo poco que su estómago tenía en su interior. Estaba muerta. Ella misma había firmado su maldita sentencia de muerte.

—Vilma… —dejó escapar casi sin querer.

—Eso es, nena, esa zorra estúpida dirá lo que yo le diga que tenga que decir y no habrá manera de que nadie me sitúe aquí.

Jorie Sue se levantó de su posición sobre la arena. Si iba a matarla, no se iba a quedar ahí, esperando a que sucediera. Iba a devolverle los golpes, las afrentas, aunque él se los diera con diez veces más de fuerza, aunque él le diera veinte golpes por cada uno que pudiera darle ella. Si iba a acabar con su vida, que supiera que no mataba a la Jorie Sue con la que había compartido años de sumisión y de inutilidad a la hora de responderle. Que supiera que no era la misma, que no se conformaba.

—Eres solamente escoria, Bobby Dean Monroe y ojalá la vida te devuelva en algún momento todo lo que tú has repartido —dijo con un odio profundo naciéndole de lo más profundo de su alma, y escupiéndole a la cara, con una satisfacción que la asombró y la llenó de un júbilo que, aunque sabía efímero, nadie iba a arrebatarle.

El siguiente golpe se lo dio en el estómago, haciendo que se doblara por la mitad. Ella contuvo el aliento, se incorporó poco a poco, penosamente, aguantando el inmenso dolor sin que saliera ni un solo grito o quejido de su boca. Lo miró a los ojos un segundo, y levantó su puño para devolverle algo parecido a lo que él le había propinado.

Apenas le hizo cosquillas, pero había peleado. Se lo había devuelto.

Lo intentó con el otro puño mientras la invadía una especie de rabia desconocida, un perder el control absoluto en el que no se reconoció. Un puño a su estómago, otro, y otro, otro más… se hacía daño en cada embestida, la lluvia y las lágrimas no le dejaban ver nada, pero ella seguía y seguía, descargando una frustración y un dolor de años, de peleas, de palizas, de insultos, de desprecios, de asaltos, de intimidación, de violaciones, de matar a su bebé no nacido, de inutilizarla, de mancharla, de borrarla…

Cuando Bobby Dean comenzó a reírse, a reírse con fuerza y sin disimulo de ella, Jorie Sue supo que lo había intentado, sin ningún éxito. Era como luchar contra gigantes contando solo con una pequeña espada de madera. Estaba orgullosa de no haber puesto la otra mejilla, simplemente, como llevaba haciendo con él desde el primer día. Y eso la calmó.

Se separó de él y lo miró un segundo. Se miraron, se contemplaron, se evaluaron.

Y cuando el tiempo entre los dos parecía que iba a detenerse, echó a correr. Corrió con todas sus fuerzas, como si el viento estuviera de su parte y tuviera opciones reales de llegar a algún sitio donde alguien pudiera ayudarla. Corrió como si pudiera lograrlo, como si Bobby Dean pudiera ser derrotado y ella pudiera anotarse la victoria de aquel choque de voluntades.

Quiso creerse que una figura diminuta, a lo lejos, iba a buscarla, venía en su auxilio, pero duró poco el espejismo, porque pronto estuvo mordiendo la arena. El sueño de escapar se había muerto antes incluso de convertirse en una posibilidad real.

Cuando la alcanzó, cuando cayó sobre ella y la aprisionó, cuando, cerca del agua, el mar empezó a lamerles los pies, se dio por perdida. Abandonó toda esperanza y dejó de luchar. Cerró los ojos, se permitió sentir la derrota en los huesos y lloró, solo una pequeña lágrima, que salió solitaria por su mejilla. El resto del llanto era interno, se lo quedaba para ella, aunque le abrasara el corazón, el pecho, las mismas entrañas.

La golpeó para borrar su lágrima, que de pronto, parecía la mayor afrenta que podía hacerle. La cogió del cuello y la acercó al agua, la arrastró dentro del mar, y con una furia devastadora, le lavó la cara para eliminar el rastro de esa lágrima, como si la lluvia y su golpe no hubieran hecho ya un buen trabajo.

La hundió sin darle opción, sin mediar palabras o más insultos. Como si Bobby Dean, de repente, hubiera tenido la idea de ser misericordioso y acabar con todo cuanto antes.

La hundió y sujetó su cabeza dentro del agua. Como en su sueño, el mar la rodeaba y le robaba el aire. Aunque esta vez nada iba a salvarla, nadie vendría a darle aliento.

Se reprendió por última vez por haber sido tan estúpida y deseo, fervientemente, que el peso de la ley lograra caer sobre él. Troy y Colton tenían datos de su matrimonio con él, les había dicho cómo se llamaba, esperaba que le hicieran justicia y le hicieran pagar por todo. Pensó en Troy una última vez, en el poco tiempo que habían tenido, en las cosas que se les habían quedado por hacer, en los ojos tristes y la sonrisa ausente que ella había conseguido desterrar...

Cuando el aire comenzó a escasear en sus pulmones notó que la presión sobre su cuello y su cabeza desaparecía, de un modo liberador, casi doloroso. Se incorporó poco a poco, tosiendo por haber tenido la cabeza enterrada entre las olas del mar, y se encontró con una escena dantesca, furiosamente brutal y visceral. Colton, con una barra de hierro enorme, golpeaba sistemáticamente el cráneo medio abierto de Bobby Dean, que, tendido boca abajo sobre las aguas, no retenía ya ni un hálito de vida en su interior.

Colton, poseído por una furia irracional, sobrehumana, seguía golpeando, sin pausa, sin dejar de gritar salvaje con cada golpe… Jorie tardó unos segundos en reaccionar. No podía creérselo, no podía…

Se acercó con cautela y le puso una mano sobre las suyas, procurando no salir herida, intentando parar el salvaje ajusticiamiento de su marido muerto. Estaba más que muerto cuando lo consiguió. Cuando le quitó la barra de hierro y la dejó caer al agua, al lado del cadáver de Bobby Dean, derrotado y, por fin, fuera de su vida.

Notó un alivio tan intenso que estuvo a punto de desmayarse. Las piernas le fallaron y tuvo que sujetarse a Colton, que la sostuvo y la ayudó a salir del agua.

Ambos estaban agotados cuando, a los pocos segundos, se sentaron en la arena, con la vista perdida en el horizonte. No dijeron nada. Ninguno de los dos lo necesitaba. Jorie Sue, aún respirando con dificultad después de haberse convencido de que no vería otro amanecer, no podía creerse que la figura que creyó un espejismo hubiera resultado ser de verdad Colton. Colton que, en contra de lo que le había pedido, había regresado para tumbar y derrotar a un hombre como Bobby Dean.

Pasaron un par de minutos hasta que un movimiento les hizo ponerse alerta a sus espaldas.

La tensión podía palparse en el ambiente. Estaban nerviosos y alerta. Pero solo era Troy, que llegaba corriendo, a toda velocidad, con el rostro desencajado. Miró en dirección al agua, donde sobresalía parte del cadáver de Bobby Dean, y luego se dejó caer en la arena, a sus pies, para abrazarse a ella y besarla como si necesitara cerciorarse de que aún respiraba, para preguntarle si estaba bien, para tocar la pierna de su hijo con afecto, para hacerle la misma pregunta a él…

Su semblante estaba enfermo de preocupación. Tocó con delicadeza la mejilla hinchada de Jorie, allí donde su marido había dado el primer golpe, y la acarició con un mimo que ella no acababa de creerse. Le había dado por perdido, a él, a todos, a la vida misma, y ahí estaba… ahí sin nada que temer nunca más.

La lluvia cesó poco a poco, como si la pesadilla hubiera quedado relegada y con ella, el clima y la adversidad que llegaban de los cielos. Troy se incorporó y examinó el cuerpo de Bobby Dean, que presentaba un aspecto realmente resquebrajado.

—Hay que llamar a la Policía —decretó tras unos instantes, mirándolos a ambos—. Hay que avisar…

Colton y Jorie asintieron poco confiados. ¿Qué les pasaría cuando se supiera lo que había pasado allí? ¿Qué les depararía el futuro?

—Papá, he sido yo. Yo soy el único responsable.

Troy miró a su hijo con una pena infinita, pero también con orgullo, como si la proeza de salvar a su chica le mereciera todo su reconocimiento y sincero agradecimiento. Asintió en silencio.

—Me voy a encargar de todo, no te preocupes. Te prometo que no te va a pasar nada —aseguró confiado—. Me voy a acercar a la casa de la playa a por unas mantas y, de camino, llamaré a la Policía. No os mováis de aquí, por favor, y no toquéis nada más. Llegaré antes que ellos… confiad en mí.

Ambos asintieron, impertérritos.

Cuando Troy se alejó, Colton se puso de pie y lo llamó. Su padre se dio la vuelta y lo miró de frente. Se acercó a él de nuevo, le sonrió y se abrazaron.

Se abrazaron como si fuera la primera vez que lo hacían en toda su vida, como si ese abrazo lo resumiera todo. Duró una eternidad y Jorie sonrió tímidamente, tiritando, pero con el corazón mucho más aliviado que hacía unos segundos.

—Papá… pase lo que pase, cuidarás de ella ¿verdad?

Troy lo miró sin comprender, hasta que vio el miedo bailándole en los ojos y creyó entenderlo.

—Colton, no te preocupes por nada —repitió, sereno, cogiendo a su hijo de la sien, acercándolo de nuevo para abrazarlo—. No os va a pasar nada porque esto se va a solucionar. Te lo juro, ¿me oyes? Tienes mi palabra de que no te va a pasar nada.

Se fue. Se fue corriendo, como si estuviera en una misión y se les estuviera acabando el tiempo, y Jorie Sue se sintió medio huérfana, como si su presencia fuera indispensable en ese lugar para evitar que nada más pasara. Colton volvió a sentarse a su lado y la abrazó y ella, congelada, se dejó hacer, abrazando su propio cuerpo a su vez, buscando un calor que no encontraba. Se sentía helada hasta la misma médula y le daba la impresión de que nunca volvería a sentir calidez

en su interior.

Se quedó absorta, viendo cómo las olas lamían el cuerpo sin vida del hombre que había sido su carcelero y su verdugo todos aquellos años, y no encontró en su interior el sentimiento exacto para describir lo que la estaba recorriendo. No era pena, no era dolor, tampoco alegría o gozo. Quizá se parecía un poco al asco, aunque no lo era completamente, al menos, no solo asco. Había también dudas, más miedo, incertidumbre, y frustración. Mucha frustración por no haberlo podido vencer ella sola, por haber caído tan fácilmente en sus manos y haber estado a punto de morir sin poder evitarlo.

Guardaron silencio un rato interminable. Jorie Sue aún estaba en *shock*. No era capaz de reaccionar. Con esfuerzo, pasado mucho tiempo, logró reaccionar.

—Gracias —balbució por fin, aún abrazada a Colton—. Gracias por volver.

—En realidad, no me fui —admitió él con una sonrisa débil y una voz pequeña, que le temblaba al salir de su boca—. Me quedé a dos calles de distancia. No podía dejarte sola con él después de lo que me habías contado.

Jorie Sue se estremeció y se volvió a reprender por haber sido tan estúpida. Por haber puesto eso sobre la conciencia de un muchacho tan perdido como él. Era imposible que gestionara esos horribles hechos con la mente fría, que se sobrepusiera a esos golpes, a haber matado a un hombre, aunque hubiera sido para salvar la vida de otra persona, claramente en peligro.

—Lo vi llegar hace bastante rato —siguió sin perder de vista el horizonte del mar, allá a lo lejos—. No sé por qué, pero enseguida supe que era él y me pareció mucho peor de lo que me había imaginado al hablarme de él. Se quedó en el coche, observándote sentada en la playa, como un maldito enfermo.

Calló un segundo, tragó saliva y le acarició el pelo. Con cariño, con ternura, con todo el amor que el pecho de Colton albergaba para ella, ese que nunca iba a ser correspondido.

—Llamé a mi padre y le dije que se diera prisa —siguió con la voz cada vez más tomada por la rabia—. Y mientras, ese bastardo te miraba y te miraba y te mirada, y yo me moría de ganas de ir a darle su merecido. Estuvo más de veinte minutos en su coche, sin bajarse, mirándote como si fueras un conejillo indefenso y él, el cazador preparándose para ir a acabar contigo.

Jorie se estremeció. Se imaginaba a Bobby Dean al acecho, pensando en sus movimientos, la manera de hacerla sufrir, de salirse con la suya. Lo vio en el coche, observando desde la sombra a la presa antes de abalanzarse sobre ella. Supuso que solo estaba haciendo tiempo para ponerla aún más nerviosa. Y lo había conseguido, vaya si

lo había conseguido, con cada minuto de más que la tuvo esperando en esa playa, creía su miedo, su angustia y su falta de seguridad. Con cada segundo de espera, le daba más y más golpes en el corazón, a la espera del definitivo, del golpe final que acabaría con ella.

—Sabes lo que va a pasar ahora, ¿verdad? —preguntó más calmado.

Jorie Sue no sabía exactamente a qué se estaba refiriendo, si hablaba de lo que pasaría al llegar la policía o más allá, de lo que pasaría si había un juicio y tenían que pasar por el infierno de revivir toda la pesadilla otra vez.

Guardó silencio. Aún le costaba que le salieran las palabras.

—Yo te lo diré —respondió él a su propia pregunta—. Mi padre no va a dejar que yo vaya a la cárcel, como con la pelea con Redman y sus secuaces. ¿Y sabes cómo lo va a hacer? Se va a echar la culpa él…

—Eso no los sabes —dijo Jorie con un hilo de voz, de pronto muerta de miedo por las posibles consecuencias, pagara quien las pagara.

Pero, en su fuero interno, ambos lo sabían. Troy Layton iba a inculparse para salvarlos a los dos. Aunque declarara que fue en defensa propia, la macha sería para él, nunca para ellos dos.

—Lo sé. Y tú también lo sabes —dijo él esas palabras que ambos pensaban.

Colton se puso en pie, rompiendo su abrazo. Se acercó al agua, miró el cadáver de Bobby Dean y se estremeció. Jorie Sue no supo si fue por el frío, que mordía como un puñal, o por la evaluación de esas fatales consecuencias.

—No le voy a dejar ¿sabes?

Lo dijo mirándola, muy serio, muy seguro.

—Esto lo he hecho yo, y me lo llevo yo.

No le entendió. No supo o no quiso hacerlo. Aunque en su cabeza sabía lo que estaba a punto de hacer.

—Recuérdale que te cuide mucho, ¿vale?

La miró, parpadeó. En sus ojos había una pena primitiva, una tristeza primera, como esa de la que hablaba Vera. Había miedo. Había dolor. Había determinación. Mucha. Toda la que necesitaba para intentarlo por segunda vez.

Ella se quedó muda. Se colapsó.

Se estaba despidiendo y ella ni siquiera se daba cuenta.

Cuando Colton se quitó la chaqueta, el corazón se le volvió a parar, como cuando había comprendido que Bobby Dean iba a matarla. Cuando metió el primer pie dentro del agua, una voz en su cabeza le dijo que no lo dejara seguir. Cuando empezó a caminar mar adentro, por fin, sus mecanismos de alerta consiguieron despertarla del coma profundo en el que parecía estar sumida. Cuando quiso alcanzarlo, la

distancia ya era demasiado grande.

Aun así, corrió tras él. Se metió en el agua, le gritó, imploró, pero Colton no se volvió. Chilló con todas sus fuerzas mientras lo seguía aguas adentro, unas aguas encabritadas, agitadas, iguales a las de su sueño.

—¡Colton! ¡Colton vuelve! ¡Por favor, no lo hagas! ¡Vuelve!

Nunca en su vida se había sentido tan indefensa, tan poco poderosa, tan inútil.

Colton desapareció bajo el mar embravecido unos metros más adelante. Ella paró en seco, se dijo que aquello no estaba bien, se le desgarró el corazón y se negó a aceptarlo.

—¡No! ¡No! ¡Colton! ¡Noooooo!

Y se lanzó en su busca, con las lágrimas obstruyendo su visión y un nudo en el estómago, que le impedía hasta respirar de la opresión. No era buena nadadora, pero se lanzó tras él. Se sumergió para buscarlo bajo las olas, para dar con él y sacarlo a la fuerza.

No lo veía. No daba con él.

Se volvió a sumergir y la corriente, mucho más fuerte ese día que cuando había avanzado mar adentro, sin miedo, unas semanas antes, amenazó con llevársela. No podría aguantar mucho antes de que el mar se la tragara a ella también, pero no podía dejar de intentarlo.

—¡Colton! —gritaba entre zambullida y zambullida, entre respiración y respiración.

Llegó un momento en que se sintió desfallecer. Todo su esfuerzo, sin resultado alguno, la estaban dejando sin aliento. No había rastro de Colton, pero no podía fallarle. Seguiría buscando sin descanso, aunque ella acabara por seguirle al fondo del mar.

Cuando una ola que ni siquiera había visto venir la engulló por completo, fue incapaz de volver a salir a la superficie. El agua la rodeó, le acarició el cuerpo, la acogió en sus brazos. Era igual que en su sueño. A diferencia de unos minutos antes, cuando Bobby Dean había intentado ahogarla, ahora sentía una especie de paz blanca, una armonía, una comunión extraña con el agua. Giró a su alrededor, intentando salir, buscando aún a Colton. Era imposible. Una cosa y la otra, mejor darlas por perdidas y rendirse a la muerte dulce que siempre había aparecido en sus sueños. Al fin y al cabo, parecía destinada a ese final.

Cuando el aire empezó a faltarle, los pulmones le empezaron a quemar. Hizo un último esfuerzo por ascender, quiso volver para despedirse de todo, para hacer las cosas bien. Para salvar a Colton antes de irse del todo.

El cuerpo le pesaba, la lucha decrecía. El negro caminaba rápido para apoderarse de todo, para volverlo oscuro y turbio. Para llevársela. El fundido tardó en llegar apenas unos segundos más. Así

acababa todo.

Como siempre había sabido.

Como tenía que ser.

Como parecía estar escrito.

Todo se volvió fácil entonces. Negro, solo negro. Y una paz luminosa que luchaba contra esa oscuridad una batalla perdida de antemano.

No quedaban fuerzas.

No quedaba esperanza.

El fin.

Capítulo 30
Toma aire. Respira. Vive

Lo primero que pensó al sentir un hálito de vida luchando por mantenerla a flote, fue que no quería regresar.

La paz era demasiado hermosa, la calma, la ausencia de dolor y de miedo. El negro era mejor que cualquier cosa…

—Jorie… Jorie vuelve…

Y entonces oyó su voz y sintió sus labios, y una nueva oleada de vida entró directa a sus pulmones y el corazón, detenido y derrotado, volvió a latir y a llevar sangre a las venas. El pecho le dolía, la opresión que sentía la partía en dos. Y le escocía el aire que entraba en su interior, y le sangraba el alma por todo lo que había tenido y perdido, y por todo lo que, al escucharle, quiso recuperar.

Cuando abrió los ojos, un súbito remolino de agua la invadió, abandonándola desde su estómago hasta su boca. Escupió, tosió, se revolvió, y unas manos expertas la colocaron de lado para expulsar todo eso de dentro, ayudándola a vencer toda esa oscuridad que la había tentado por un instante. Para toda la eternidad.

Respiraba. Vivía.

Se giró de nuevo hacia él y lo miró. Estaba colocado encima de ella, con las manos aún sobre su pecho, tras haber aplicado el masaje cardíaco que, junto a la respiración regalada a través de sus labios, la había traído de vuelta. Sentía todo su cuerpo sobre ella, el calor que le ofrecía, la seguridad, la ternura.

Se sintió mezquina por haberse querido quedar en el otro lado y alargó la mano para acariciar su rostro, para perderse en el azul tormentoso de sus ojos, más tristes que nunca.

Y entonces recordó.

Y el corazón volvió a detenerse y el aire, a faltarle. Colton no estaba, no estaba a su lado, tendido como ella sobre la arena, escupiendo el agua de sus pulmones y arrepintiéndose de haberse querido quedar.

Porque él se había quedado.

La furia, el miedo y la rabia de no haberlo alcanzado la sumieron en un mar de sentimientos enfrentados, de devastación interior. Se miraron un segundo, ella negaba bajito, y él asentía como ausente, como asumiendo la vida perdida de su hijo. Lloraban ambos, el pecho desgarrado, la presencia que faltaba, el dolor que los mantenía a flote.

Colton no estaba a su lado, ni siquiera sabía dónde estaba. Recorrería el mundo cabalgando las olas, siendo inmortal, poderoso, mitificado hasta que ya no quedara nadie para recordarlo.

Se había sacrificado por ella y por su padre. Para darles un futuro,

para evitar que comprometieran el suyo por él, para salvarlo. Y se fue sin saber que ambos lo hubieran hecho, una y mil veces, con tal de no tener que estar haciendo hueco en sus corazones para echar de menos a su niño perdido.

Se abrazó a Troy, se ancló a él para no perder el rumbo, para pisar tierra firme, para vencer la tempestad.

Se preguntó si él la culparía por haber traído a Bobby Dean a su vida, por haber hacho que Colton lo matara, por no haber podido alcanzarlo cuando decidió sacrificarse… era culpable de tantas cosas que sintió la necesidad de inmolarse de nuevo, de huir a las sombras, de encontrarse y fundirse a negro otra vez, de desaparecer.

Nunca pensó que aquello fuera a acabar así. En el peor de los escenarios, la muerta sería ella. Se podía imaginar a Troy triste, pero no derrotado. Se lo podía imaginar digiriendo el dolor, pero no pensando en cambiarse por su hijo, cambiar muerte por vida, irse en su lugar, renunciar… para eso no estaba preparada.

—¿Estás bien? —le peguntó él entre sollozos y ella negó en silencio, sin poder reprimir las lágrimas.

Se abrazaron de nuevo mientras las sirenas sonaban a lo lejos. Llegaba la hora de la verdad, la de enfrentarse a las consecuencias de todo lo que acababa de suceder.

—Déjame hablar a mí —le pidió Troy acariciando su mejilla enrojecida—. Podemos hacerlo…

Jorie Sue asintió perdida. De todos modos, no era capaz de enfrentarse a nada de todo eso en ese preciso momento. Estaba demasiado cansada, demasiado vencida.

Llegó la policía y acordonó la zona. A Troy se lo llevaron aparte para prestar declaración, dejándola en manos de los paramédicos que insistieron en subirla a una ambulancia y llevársela al hospital. Ya la interrogarían mañana, primero había que hacerle pruebas. Había estado muerta unos segundos. Podían quedar secuelas.

Ni siquiera se pudo despedir de Troy, al que los ayudantes del sheriff retenían hasta acabar de declarar. Se miraron a los lejos, pero ni tiempo tuvieron de decirse una última palabra.

Jorie Sue estaba asustada, y sola, y perdida. No sabía qué hacer a continuación y cualquier escenario se le antojaba espeluznante.

Ahora que era libre, no estaba segura de qué hacer con toda esa libertad. Eso daba miedo. Mucho más miedo que esperar a que Bobby Dean llegara a casa con ganas de castigarla.

Tenía mucho que asimilar, mucho que grabar a fuego en su alma y su corazón. La muerte de Bobby Dean, la de Colton, su confesión sobre los incendios, su nuevo estatus de viuda, Troy… ¿Qué iba a pasar con Troy? ¿Cómo quedaba su historia tras la pérdida de su hijo por salvarla a ella? ¿Por salvarlos a ambos?

Pasó horas en el hospital completamente sola. Le hicieron pruebas de resistencia, de corazón, un escáner para comprobar el estado de sus pulmones y otro para descartar que el agua hubiera formado coágulos de sangre en el cerebro. La pincharon, le curaron la herida de la mejilla y la sedaron, la indujeron el sueño y la dejaron en una habitación para que recuperara fuerzas después de ese día absolutamente demencial que ella misma había provocado.

En sueños, en esa duermevela inquieta y descorazonadora, solo le venía eso a la mente. Que todo se podía haber evitado de haber seguido escondida. Que era su culpa, que había sido estúpida, desconsiderada, demasiado confiada… que era injusto estar en ese hospital, mientras el cuerpo de Colton permanecía en el fondo del mar, a merced de las olas y de las corrientes.

Se despertó y era otro día. A su lado, dormitando sobre la silla incómoda de la habitación de hospital, descansaba el cuerpo de Vera.

La miró con ternura, le agradeció que, a sus años, y con Martha y Cricket a su cuidado, se hubiera escapado para pasar la noche con ella y hacerle compañía. No negó que esperaba encontrar a otra persona a su lado, pero no iba a quejarse.

Solo entonces se dio cuenta de que la ausencia de Troy podía deberse a que estaba en la cárcel por el asesinato de Bobby Dean y el corazón le dio un vuelco dentro del pecho. No se lo perdonaría jamás, necesitaba ir a hablar con quién fuera que hiciera falta para aclarar que Troy ni siquiera había estado allí antes de los hechos… necesitaba sacarlo del embrollo en el que ella misma le había metido.

Se intentó incorporar de la cama, pero le dolía todo el cuerpo, especialmente donde Bobby Dean le había clavado su puño cruel, a la altura del estómago. Y en el pecho, en ese lugar en el que Troy había apretado con desesperación para traerla de vuelta a la vida. Para resucitarla sin apenas merecérselo…

Su esfuerzo y su pequeño quejido por el dolor alarmaron a Vera, que se despertó de inmediato.

—¿Qué haces, niña? —la regañó con voz dulce—. Vuelve a acostarte, deja que tu cuerpo descanse.

—¿Dónde está Troy, Vera? ¿Lo han detenido?

La mirada llena de pánico se perdió en los ojos repletos de dolor del ama de llaves. Ni siquiera se había fijado en ellos en su desesperación, pero ahí estaba también la ausencia de Colton, llenándolos con el pesar de su marcha. Se le paró la respiración, volvió a sentirse culpable, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Troy está en casa, con Cricket —la tranquilizó Vera, acariciando su cabello, ayudándola a recostarse de nuevo—. Está en casa…

Jorie Sue se sintió tan aliviada que dejó de llorar, al menos ningún inocente más pagaría por sus culpas. Estaba deseando que el sheriff

apareciera por la puerta de su cuarto, para dejar claro todo lo que había pasado. No podía más con la angustia que la estaba desbordando.

—Vera, ve con ellos, te necesitan más que yo —le pidió entonces.

No se hacía a la idea de que Vera no estuviera consolando al hijo que había criado por la pérdida injusta y cruel de Colton. También le estaba quitando eso.

—Tranquila, me han dicho que hoy te darán el alta —le aseguró—. Nos iremos juntas. No es buena idea que estés sola.

Le conmovió su dedicación, su sacrificio. Entendía que su compromiso era con Troy, no con ella, pero se negaba a abandonarla. Cada vez que pensaba en ello, se negaba a creer que existiera mejor ejemplo de familia que el que Vera tenía a su alrededor. Con sus cosas, como en todas partes, pero lo que ella conseguía, con la disparidad de gentes que habitaban esa casa, era realmente asombroso. Incluyéndola a ella, que siempre se sintió incluida cuando era Vera quien representaba el núcleo familiar.

A media mañana, un agente de la oficina de sheriff se presentó para hacerle unas preguntas.

Contestó a todo, confesando la verdad, exculpando a Troy por completo. Haciéndose responsable, dejando a Colton con su papel real: el de salvador *in extremis*, cuando ella ya estaba más muerta que viva, cuando ya no tenía ni esperanza. Y rezó con todas sus fuerzas para que Troy se hubiera ceñido a la verdad, y que no fuera de verdugo, que no intentara limpiar el nombre de Colton, asignándose la muerte de Bobby Dean, como estaba segura de que era capaz de hacer.

El agente lo anotó todo y se despidió. Jorie Sue lo paró en la puerta.

—¿Lo han encontrado ya?

Lo preguntó en un susurro. Casi con miedo de conocer la respuesta.

—Seguimos buscando —confesó el agente—. Pero estos días las corrientes son muy fuertes y puede estar en cualquier parte entre la bahía y el mar abierto.

Se vino abajo. Troy no iba a tener un cuerpo que enterrar, una certeza que llorar. Una tumba que visitar. Hasta eso le había quitado...

Le dieron el alta antes del último cambio de turno, recomendándole mucho descanso y nada de movimientos bruscos en unos días. El aire aún le escocía al entrar en los pulmones, y el pecho y el costado estaban todavía resentidos, pero se alegró infinitamente de volver a casa.

Vera la ayudó a bajar hasta el aparcamiento, donde Dixon las esperaba para volver a la plantación. Ella pasó todo el viaje en silencio, lamentando que no hubiera sido Troy el que se hubiera encargado de recogerla. Lo echaba de menos con una intensidad que

le dolía tanto como los golpes y que la dejaba tan agotada como su respiración irregular.

Necesitaba llegar junto a él y comprobar que se encontraba bien o, al menos, que no estaba sentado en las sombras del salón, ahogando sus penas en alcohol o añorando estar con ella. Necesitaba estar segura de que no estaba desamparado, hundido, roto, devastado… y, aunque sabía que las probabilidades de que así es como estaría eran altas, se odiaba por no haber podido estar ahí para ayudarle con el duelo.

Entraron en la casa, que estaba vacía, a oscuras. Vera la acompañó a su habitación y prometió subir luego con algo de cenar y la medicación prescrita por el médico. Se fue a ver a su hija, a preguntar si podía ser útil en otro lugar.

Jorie Sue se quedó sola con su dolor, sus dudas, su deseo de volver atrás y hacerlo todo de un modo diferente. Le habían dado calmantes en el hospital y pronto se quedó dormida. Soñó que Colton y ella, bajo las aguas, bailaban una danza macabra, vestidos con ropas antiguas, él con sombrero de copa, ella vestida de blanco… bailaban y bailaban, dando vueltas sin parar, hasta que su propio movimiento hizo que las olas del mar originaran un torbellino, un pequeño huracán que los envolvió, amenazando con soltar sus manos, con desprenderlos uno del otro. Cuando perdió el contacto con Colton y vio cómo era engullido por el ojo de ese huracán salvaje, se desesperó y chilló con toda la fuerza de sus pulmones, pero de su boca no salía nada. Ni un solo sonido. No podía pedir ayuda, no podía hacerle saber que estaba allí, que seguía allí… Desapareció, la dejó allí, sin nada más a lo que aferrarse, sin nada a lo que asir su mano, sin esperanzas.

Se despertó cerca de la medianoche. En la mesilla de al lado de la cama había una bandeja con comida que Vera debía de haber subido y que ya se había quedado fría.

Estaba tan sola como en su sueño. No había rastro de Troy por ninguna parte. Se sintió abandonada y quiso morirse de nuevo. Su ausencia decía muchas cosas. Muchas y ninguna buena.

Se quedó quieta en la cama, sin probar bocado, sin ir a buscarlo. Si no estaba con ella, la razón no podía ser buena y no era tan tonta como para ir a buscar respuestas que solo iban a destrozarla. Así que se quedó allí, arropada por las mantas, intentando matar el frío que le congelaba el corazón y buscando razones para no perder la esperanza.

Troy no vino, ni esa noche ni las siguientes. Por el día, apenas lo veía y por las noches, no aparecía por su alcoba.

El segundo día, Jorie Sue abandonó por fin la habitación y se dedicó a hacer vida normal. Vera le contó que Troy estaba en los campos, atareado con la cosecha, que era su nueva ocupación a tiempo completo para no pensar en que acababa de perder un hijo, y

que ella se encargaría de Cricket de momento, hasta que Jorie estuviera recuperada.

Le dolía en el corazón su ausencia. No podía soportarlo.

Vera cumplió su palabra y estuvo pendiente de Cricket y ella, desconsolada, apenas salía de su habitación. Dejó de comer por la angustia, por el dolor, por la negativa de él a hablar con ella y por su propio orgullo, por no ir a buscarlo a él. No tenía ni idea de qué pasaba por su cabeza en esos momentos, pero peor era intentar comprenderlo, porque si lo hacía, volvía a culparse a sí misma, una y otra vez, en un bucle perverso que no le convenía si quería recuperarse de aquello.

El quinto día, se arregló un funeral simbólico en la parroquia de Semmes, para darle un adiós oficial a Colton y dejar de esperar un cuerpo que, quizá, nunca lograran recuperar.

Vera intentó que Minerva viniera a despedirse de su hijo, pero se negó a participar en lo que ella denominaba una absoluta pantomima. Ella necesitaba ver su cuerpo para creerse que Colton estaba muerto. No le servían las palabras de su marido ni de una chica a la que no conocía y que juraba haber presenciado los hechos. Es verdad, Jorie Sue y Minerva no se conocían, pero era tan necio negar esa evidencia… podía entender que, como madre, le costara aceptarlo y prefiriera agarrarse a un clavo ardiendo, antes que acudir al funeral de su hijo, al funeral sin ataúd, cuerpo presente o urna sin cenizas, pero como persona racional a quien le han dado hechos… no lograba entender que no quisiera estar presente en el acto de despedida de Colton.

La noche anterior al funeral, Jorie y Troy coincidieron en la cocina. No se dijeron nada, apenas se miraron. A Jorie se le resquebrajaban los cimientos de su nueva vida y sabía que así no podrían continuar durante mucho tiempo. Era absurdo prologar una situación que los hacía infelices a ambos.

Antes de irse él carraspeó y ella se volvió hacia él.

—He hablado con el sheriff Cranston —dijo sin entonación, como si estuviera leyendo un comunicado—. El caso se acabará por cerrar. Seguirán alguna línea más investigación, pero no hay muchas más pruebas en contra de nuestra versión.

—De la verdad —matizó ella.

—De la verdad —confirmó Troy, saliendo de la cocina y no dándole nada más a lo que agarrarse.

Cuando regresó a su cuarto, del que apenas salía, abrió el armario y sacó su vieja maleta. La llenó con sus escasas pertenencias, derramando lágrimas casi secas de lo vacía que ya estaba a esas alturas. El corazón se le había tornado de piedra y le pesaba en el pecho, un peso muerto que lastraba todo lo demás.

Dejó fuera solo su único vestido oscuro, para llevarlo puesto en el funeral. Después del servicio religioso, abandonaría la finca de los Layton para siempre.

*****

El Pastor McAllister dedicó unas hermosas palabras en honor de Colton Layton, aunque Jorie Sue había desconectado casi al principio de la misa funeral.

Estaba sentada al fondo, apartada de la familia, distanciada ya en todos los sentidos. Martha, al lado de Troy, ejercía de apoyo para el hombre al que ella amaba, mientras ella los miraba desde la distancia con anhelo y un dolor extraño en el pecho.

Vera abrazaba a Cricket, que se sonaba la nariz con un pañuelo cada pocos segundos, incapaz de detener su llanto infantil. Era tremendamente triste verla apagada, pequeñita, y tan afectada, en brazos de Vera, que a duras penas podía contener su propia pena.

Los cuatro eran la viva imagen del duelo más devastador, fiel reflejo de cómo se sentía ella en su interior. Aunque no tuviera ningún derecho ni fuera parte de ellos.

Troy subió al púlpito y les dedicó unas palabras a todos los presentes. Se le partía el corazón y la voz según hablaba, pero aguantó el tipo y les contó a todos lo especial que era su hijo. No les contó la razón, pero sí les dijo que Colton se había sacrificado de una manera generosa y humana, y que eso él nunca iba a olvidarlo.

Ella tampoco. Que Colton se hubiera metido en el mar para perderse en él, solo para que su padre no cargara con su culpa, era tan asombroso que dolía.

Cuando el oficio terminó, volvió a la casa con Dixon, mientras los demás se quedaban atendiendo las muestras de afecto de sus vecinos. Le pareció incluso ver cómo Phillip Redman se acercaba a ofrecer sus condolencias, y cómo abrazaba a Troy con pesar.

Una vez en casa, se despidió del capataz con un dulce beso en la mejilla y le dio las gracias por todo. Apenas parecía entender, aunque le apretó la mano antes de bajar de su camioneta, como deseándole una buena vida lejos de ellos.

Subió las escaleras con pesar, arrastrando los pies, sintiendo el peso de su decisión como si fuera una roca gigantesca colgando de su cuello. Miró por última vez la habitación donde había sido feliz por primera vez en su vida, y tomó su maleta ajada. La decisión estaba tomada. Su capítulo con los Layton estaba cerrado.

Como el día que llegó, tomó a pie el camino, aunque esta vez lo hacía a la inversa. Su vieja Chevy estaba aún en Dauphin Island, asumía, y tendría que ir en autobús hasta allí para recuperarla.

No tenía un plan específico, pero sabía que no se quería quedar cercar. Quizá lo mejor era volver al norte, a Selma, con su familia disfuncional, o probar en las otras capitales grandes del estado, en Montgomery o Birminghan, donde seguro que hallaba una ocupación que pudiera llevar a cabo para empezar una nueva vida. Quizá pusiera la Chevy en marcha y dejaría que se parara de nuevo en otra parte, al azar, para volver a lanzar los dados y dejar que su destino se fuera resolviendo así.

Lo que sí sabía, lo que tenía tan claro que no era objeto de discusión alguna, era que jamás iba a volver a amar nada como había amado el rancho Layton y a todas sus gentes y que, pasara lo que pasara, su corazón no se iba a ganar tan fácilmente la siguiente vez. Ahora se elegía a sí misma, esa lección se la llevaba bien aprendida.

Supuso que seguiría llevando a Troy Layton en el fondo de su corazón mientras viviera y no le importó. Era la primera persona a la que había amado sin condiciones en toda su existencia, esa consideración se la había ganado y no le pesaba reconocerlo.

Mientras recorría el camino de tierra, se preguntaba si le daría tiempo a llegar a la estación de autobuses antes de que los demás volvieran a la finca desde la iglesia. Rezó para que la improvisada reunión para ofrecer condolencias durara un poco más, y que, con suerte, ella llegara a tiempo de no cruzarse con nadie. Decidió que, si veía coches venir desde el pueblo, abandonaría la carretera para que nadie la viera, no estaba dispuesta a exponerse y que su huida fuera interpretada como un gran gesto melodramático para llamar su atención.

Llegó a la carretera y siguió su camino por la lindera del bosque. Se colocaba detrás de los árboles del camino si veía coches de frente y así, escondida, se fue acercando a Semmes, desde donde empezaría a construir su nueva vida.

La diferencia era que ahora ya sabía lo que la vida podía ofrecerle, y nunca jamás iba a conformarse con menos.

Le quedaban apenas dos millas para alcanzar el pueblo, cuando se dio cuenta de que en ese preciso lugar había patinado el coche de Troy aquella tarde de tormenta en la que, irremediablemente, había unido su corazón al suyo. Se situó sobre las marcas de neumático que habían quedado grabadas al secarse la tierra barrosa, y dejó que su mente volviera a aquellas confesiones y a aquel roce de sus cuerpos, cargados con tantas culpas como penas, emocionados por reconocerse como iguales bajo la lluvia torrencial de la tormenta.

No supo cuánto tiempo pasó quieta en ese lugar que había significado tanto. Solo cuando notó que un vehículo se paraba junto a ella en la carretera, entendió que se le había hecho tarde. Demasiado tarde.

—¿A dónde se supone que vas con esa maleta? —Troy le hablaba con distancia, pero también enfadado.

Notó cómo sus latidos aumentaron su fuerza al instante, le temblaban las rodillas y se resistió a gritar. El martilleo en su cabeza no la dejaba ni pensar.

Troy seguía dentro de la camioneta, con la ventanilla bajada, los ojos echando chistas azules. Por fin volvía a haber alguna emoción en ellos, tras permanecer días enteros apagados y sin vida.

Jorie Sue ni siquiera se paró a mirarle más de un segundo. Echó a andar por el arcén, sin prestarle la más mínima atención. Si ahora él quería hablar, la que iba a permanecer muda era ella. Ya estaba harta del desdén al que la gente la sometía en ocasiones, sin tener en cuenta el daño que eso provocaba.

—¿Vas a hacer que te siga así todo el camino hasta el pueblo? —preguntó él que iba a su paso, dentro del coche, mirándola entre divertido y enfadado.

Más silencio, más pasos apresurados para alejarse de él. Su corazón ya había sufrido bastante. No quería una de cal y esperar por la otra de arena, no podía permitírselo a esas alturas de la vida.

—Bien, tú ganas, haremos este ridículo teatro hasta que te dignes contestarme.

Se paró en seco. Lo miró y lo fulminó con una mirada furibunda que a él le hizo cambiar el gesto y hasta remitió su propia rabia. Jorie Sue no estaba para juegos, eso se veía a la legua.

—¿Ahora quieres que te conteste? —le preguntó dejando que la ira tomara el control de todo—. ¿Ahora? ¿Después de ignorarme tú durante cinco días enteros? ¡Ni me has mirado, por el amor de Dios!

Siguió andado a grandes zancadas, lo que fuera por alejarse de él cuanto antes. Troy, desconcertado, aceleró hasta situarse por delante de ella, aparcó la camioneta en el arcén y bajó de ella hecho una furia, cerrando de un portazo la portezuela del vehículo.

—¿Es que no me vas a conceder ni dos minutos para recuperarme de lo que ha pasado? —gritó fuera de sí, desesperado por hacerse entender.

Jorie Sue no supo qué quería decirle, pero entendió que él también tenía mucha angustia en el pecho, y no solo por el hecho de acabar de fingir un funeral de despedida para un hijo muerto del que no tenía un cuerpo sobre el que llorar.

—¿Dos minutos? —se quejó ella igualmente desesperada—. Llevas una eternidad sin mirarme.

Troy agachó la cabeza, aceptando parte de esa culpa.

—Y ya no puedo más —acabó susurrando Jorie, descompuesta, soltando la maleta, dejando caer los hombros en una clara muestra de derrota.

Se miraron a los ojos, claramente, sin muros, sin excusas. Se miraron por espacio de varios segundos, aunque el tiempo entonces había dejado de correr para ellos. Troy estaba guapo, muy guapo. Con su traje negro y la corbata oscura, deshecha sobre la blancura de su camisa, que se pegaba perfectamente a su cuerpo, como si se tratara de su misma piel.

—¿Para qué demonios me sacaste del agua y pusiste tus manos aquí? —Se señaló el corazón—. ¿Para qué me diste tu respiración aquí? —Se tocó los labios—. ¿Para qué demonios me salvaste si no ibas a quererme después? ¿Para qué me trajiste de vuelta si no ibas a darme nada por lo que mereciera la pena quedarse?

Lo dijo en apenas un susurro, que hizo que Troy se estremeciera por todo el dolor y toda la frustración que las palabras de Jorie Sue desprendían.

—He estado ocupado —musitó él, por fin, tras hundirse en la pena de los ojos de ella y sentir todo su pesar y desconcierto.

—¿Haciendo qué?

—Arreglando las cosas.

—Evitándome.

—Buscando soluciones.

—Culpándome.

—Intentando no morirme de pena…

Las palabras de Troy se perdieron en el viento, se enredaron en los árboles, se fueron tras arrasar con todo. Jorie lo miró como si lo estuviera viendo por primera vez. Casi había conseguido ablandarla, pero su corazón aún se resistía a creerle del todo. A dejarle que la convenciera. A entender que podría tener razón en necesitar tiempo y espacio…

—He hablado con Minerva —dijo en un hilo de voz—. Al principio amenazó en venir ella misma a buscar a Cricket y a arrebatármela de golpe. Luego, tras escuchar mis alegatos, se ha conformado con que se quede aquí este curso escolar, para probar, al menos.

—¿Qué alegatos?

—Que la llevaría a los tribunales basándome en los informes psicológicos de Colton, en los que se refleja que su negligencia con él hizo que se quisiera quitar la vida la primera vez.

Un golpe bajo. Un golpe bajo para una madre que se negaba a creer que su hijo acababa de morir ahogado.

La pena en los ojos de Troy dejaba bien claro que él tampoco estaba orgulloso pero que, a esas alturas, estaba dispuesto a darlo todo por quedarse con Cricket, por protegerla y salvarla de cualquier peligro. Y su madre parecía un peligro con toda esa indiferencia y esa forma de mantenerla lejos.

Jorie Sue asintió pasados unos segundos. Le daba su conformidad a

su acto cruel de padre desesperado. Lo entendía, lo compartía.

—Espero que sea muy feliz aquí —le dijo, tomando de nuevo su maleta y disponiéndose a dar un paso más en dirección al pueblo—. Está en tu mano que eso sea así.

La paró poniendo una mano sobre su pecho, junto a su corazón, justo en ese sitio donde había aplicado toda la presión que sus fuerzas le permitían para devolverla a la vida tras estar muerta. Su tacto le quemó de una manera que hasta le hizo daño, pero no paró, no se detuvo por él. No había expresado sus dudas, no había dejado claro que no la culpara, no le había dicho que la amaba… y así no podía quedarse.

—Jorie…

Le dolió escucharle decir su nombre como si fuera una súplica. Se paró un segundo, de espaldas a él, y cerró los ojos un solo instante. Lo suficiente para tomar aire, respirar, y seguir su camino. Dolorosamente. Con el alma muerta.

Lo notó detrás. La paró abrazándola por la espalda, dejando que su cuerpo hablara por él. Sintió su calor, el aroma inconfundible a hierba, a lluvia y a madera que siempre desprendía, y se sintió en casa. Era su hogar, y la mataba estar huyendo de él.

—Crees que fue culpa mía, ¿verdad?

—No…

—Crees que no debí llamarlo, que debería haberme quedado escondida…

Se mantuvo pegada a ella unos segundos más, en silencio, antes de soltarla y hacerla girar, para colocarla de frente a él. Jorie Sue sintió frío de pronto, cuando el calor de su espalda la abandonó súbitamente. No quería que dejara de abrazarla. Prefería eso a enfrentarse a unos ojos que ahora iban a confirmar sus peores temores.

—Hubiera sido mucho más fácil —dijo él, corroborando el terror más grande que ella tenía guardado dentro. Que él la culpaba—. No tenías que demostrar nada, ni haber salido a su encuentro.

Su reproche era duro, aunque sus palabras eran sosegadas. Escuchar lo que pensaba la estaba matando. Era peor escucharlo que solo intuirlo, saberlo lo hacía real, saberlo tenía el poder de romperla en pedazos.

—Tú no lo entiendes —intentó defenderse—. No quería vivir mirando siempre atrás, pensando que él estaba en alguna parte, acechando. Eso no es vida, llevaba viviendo sin vivir tanto tiempo, que necesitaba quitarme el miedo de encima… si quería una oportunidad contigo, necesitaba saber que él no iba a aparecer de repente.

—Pero me lo podías haber dicho —añadió él, vehemente—. Podría

haber ido contigo…

Ella lo miró con ternura, le acarició la mejilla y sonrió débilmente.

—Sabes tan bien como yo que así las cosas tampoco hubieran ido bien. Habríais acabado mal, sobre todo tú.

—Eso no lo sabes —dijo—. La policía está para estos casos. Con una denuncia…

—¿Y con qué pruebas lo denunciaba? —exclamó ella, derrotada, encogiendo los hombros—. Nunca tuve conmigo un parte de lesiones, nunca nadie me vio llena de moratones o me oyó gritar. ¿Quién o qué iba a sostener mi historia?

Se callaron ambos un segundo, lo justo para que Jorie Sue volviera a coger aire.

—Siento que las cosas acabaran así para Colton —susurró afligida—. Ojalá pudiera volver atrás y devolvértelo, haberlo salvado, o haber evitado que escuchara mi conversación para no saber dónde encontrarme aquella mañana. Ojalá fuera yo y no él…

Una lágrima resbaló por la mejilla de Troy, que la abrazó de pronto, como si la necesitara que no caerse al suelo. La envolvió en sus brazos y se echó a llorar con fuerza y vehemencia, el primer llanto liberador desde la muerte de su hijo… después de aquellas lágrimas pequeñas derramadas con ella sobre la playa.

Se vació y ella lo sujetó mientras se liberaba, mientras la entendía, la perdonaba y se convencía de que aquello había pasado y no se podía reparar. Y ella, con el alma en vilo, acariciando sus cabellos, aplacando su dolor, se dio cuenta de que lo estaba consolando, y no al revés, y le pareció la cosa más hermosa del mundo.

Cuando se soltaron, quedaron apenas a un par de centímetros. Las ganas de besar los labios de Troy la invadieron por completo y, de repente, no pudo contener esa sensación de estar flotando. Así que lo besó, lo arrastró con ella en ese torbellino de emociones que la estaba consumiendo y mandaba sobre todo lo demás. Los labios cálidos de Troy la quemaban. Eso era lo que más iba a echar de menos… eso y su mirada azul, cuando esta sonreía y el color se parecía al del cielo en un día de verano.

Al separarse, con los ojos a la misma altura, ella le sonrió y dio un par de pasos hacia atrás.

—Adiós, Troy…

Se giró para seguir su camino, para dejarlo ser feliz sin ella, pero no pudo dar más que un par de pasos. La mano de él tomó la suya y, de un tirón delicado, la giró hasta colocarla de nuevo entre sus brazos. Le retiró un mechó de pelo de su cara y se lo colocó detrás de la oreja…

—Jorie…

—Déjame —suplicó con el corazón en los huesos. Era una súplica pequeñita, era un grito de auxilio. O la amaba del todo, sin

condiciones, o la liberaba…

—Nunca te voy a dejar ir —le dijo él, susurrando en su oído, como si acabara de leerle el pensamiento.

—¿Por qué? —La angustia de su pregunta se le clavó a él en el centro de su pecho, dejando que sus ojos reflejaran el dolor que acaba de provocarle escucharla.

—Porque…

—Troy, después de cinco días de silencio, me merezco que me digas lo que tienes aquí dentro —dijo colocando la mano en el centro de su corazón, anclando su mirada en los ojos azules llenos de brumas de él.

—Han sido los cinco días más difíciles de mi vida —confesó despacio.

Lo sabía. Jorie sabía que perder un hijo debía de ser la cosa más devastadora del mundo, que Troy estaba roto de dolor y que las dudas habían conseguido arrastrarlo al lado más oscuro de la vida. Pero no se conformaba, ahora, ya no podía conformarse solo con eso.

—Porque esos cinco días he estado tan perdido que ni siquiera podía recordar mi nombre. Porque solo lo veía a él, y a mí, fallándole. Porque mis únicos minutos de claridad solo servían para despreciarme más, por no poder hacer lo que quería de verdad. Por no cruzar el pasillo, entrar en tu cuarto y abrazarte… por no decirte que, pese a todo, sobre todo, me esperaras, que tuvieras fe en mí, y que era consciente de que no lo estaba haciendo bien.

La desesperación en su voz porque ella le creyera era tal que la coraza de Jorie Sue se empezó a resquebrajar sin poderlo evitar. Su rostro quebrantado, su lamento, sus palabras cargadas de verdad y dolor…

—Supongo que, cuando amas tantísimo a alguien, das por hecho que las cosas se acabarán por solucionar, aunque te hayas encerrado en ti mismo y te cueste volver incluso confiar en que serás capaz de hacer lo que tienes que hacer para demostrar lo que sientes.

—¿Acabas de decir que me…?

—Con toda mi alma —confesó él pintando, por fin, una sonrisa tímida que se moría por dejar aflorar en sus labios—. Con todo lo que soy y todo lo que tengo. Por completo y sin condiciones.

Lo dijo con tal intensidad y con tanto fervor que el corazón de Jorie, de repente, se llenó de luz y dejó de pesarle en el pecho. Se había vuelto liviano, por fin, y ya no tenía heridas ni había pedazos de él extendidos por todo su cuerpo maltrecho. La sensación de liberación fue tal, que a punto estuvo de desmayarse. Afortunadamente, sus brazos la tenían bien sujeta, pegada a su pecho, corazón con corazón.

Se inclinó sobre ella, despacio, dilatando el momento, llenándola de expectación. Y la besó. La besó con un mimo desconocido, la estrechó

contra sí y se abandonó en ella, como si fuera el ancla que le permitía seguir a flote. Troy y Jorie luchando contra las tempestades, abatiendo dragones, alcanzando la cima de la montaña más alta.

Creía en sus palabras. Creía y apostaba por ellas. ¿Qué más podía hacer si era él la única persona capaz de romperla y recomponerla con una sola mirada? ¿Si podía sentir que confiaba en ella y se moría de ganas de ayudarla a sanar del todo?

—Siento haber tardado tanto en decirte que te quiero, que te necesito y que siempre estaré para ti —confesó en un hilo de voz mientras era incapaz de soltarla o dejar de mirarla—. Deja que haga las cosas bien, deja que te ame…

La respiración le faltaba en el pecho, el ritmo de sus latidos estaba descontrolado y su semblante se quedó sin color. Le costaba asimilar que todo aquello que tanto había deseado de él se lo estaba ofreciendo sin condiciones.

La quería. Estaba dispuesto a dejarla entrar, a regalarle una familia entera y a recomponer los pedazos de lo que les quedaba, ellos dos juntos.

Entonces, como si no necesitaran nada más, asintió en un gesto, le sonrió y se abrazó a él, inmensamente aliviada.

Y mientras él le hacía un hueco permanente en su corazón, ella se repetía el mismo estribillo que no había dejado de escuchar desde la primera vez que sus sueños con el mar la vinieron a visitar. Ese que, pese a todo, la había acompañado al salir del infierno, mientras luchaba por una vida mejor. Justo lo que ahora Troy Layton le estaba ofreciendo.

«*Toma aire. Respira. Vive*».

Agradecimientos

Acostumbrada a escribir agradecimientos kilométricos, en esta ocasión me limitaré a nombrar a unas cuantas personas que, de verdad, han hecho que yo sea capaz de sacarme esta historia de la cabeza y pasarla al papel.

Siempre digo que mi familia es mi pilar, y es cierto, tanto como que sin ellos no tendría ni inspiración ni tiempo, así que gracias a Raúl y Olivia por la paciencia; a mis suegros, Isabel y Francisco, por los servicios maravillosos de canguro siempre que las musas llamaban a la puerta; y al resto de la familia, mi padre, Jesús, mis hermanos, Begoña, Arantza y Roberto, así como mi otra hermana, Isabel, por el apoyo de siempre, pase lo que pase.

A Pilar Pomarino de *El Baúl de Pili*, en Valderas. Por todo, porque cada vez me sorprende más lo tuyo que haces mi sueño y las alas que me das para cumplirlo.

Quiero agradecer con un cariño especial a las que os habéis leído la novela mientras la escribía a marchas forzadas, con ese *feedback* maravilloso que me habéis dado. Gracias por quedaros sin aliento, gracias por anteponer la historia a todo lo demás. Ya sabéis quiénes sois, pero os tengo que nombrar si no quiero que luego me echéis del grupo: Gema Alonso, que hizo suya la historia y se la acabó quedando; Marisa Gallén, que me hizo detener el corazón y a quien hay que agradecerle el final; Maite López, que ha peleado para enviarme audios con sus preciosas palabras, pese a odiarlos; Begoña Arteaga, que ha robado contracorriente y sus oposiciones a Correos solo por leer a Jorie Sue y sus aventuras; Pili Doria, que me regaló LA ESCENA de la novela; Vane Amorós, a quien espero que le haya gustado mucho, mucho aunque haya ido más lenta por culpa de su bloqueo lector.

Gracias, además, a todas aquellas personas cuyo aliento he sentido en cada paso del camino. A quienes compráis y leéis mis libros, a quienes los reseñáis en vuestros preciosos blogs. A quienes perdéis un minuto en dejar vuestra opinión en Amazon. Gracias a los que me animáis a sacar cada historia, a quienes hasta me dais de lo vuestro para sacarlas en papel, a quien no me dejáis que tire la toalla…

Gracias, gracias, gracias.

¿Te ha gustado *La chica que soñaba con respirar bajo el agua*?

Pues te ruego que me ayudes a que otras personas también conozcan mi obra dejando un comentario sobre ella. Puedes hacerlo en Amazon, Goodreads, iTunes o en cualquier otra plataforma que te apetezca.

Los autores independientes nos nutrimos de esos comentarios para poder hacer llegar nuestras historias a más gente. Es por eso que te pido que dediques unos minutos y me hagas, así, muy feliz.

Si quieres decirme algo personalmente, te dejo mi relación de medios de contacto. Contesto a todo el mundo, y procuro no tardar mucho en hacerlo.

Correo electrónico:
joanasue.ja@gmail.com

Twitter:
@ParvatiEnserie

Facebook:
@joanarteagautora

Instagram:
@joana_arteaga

SOBRE LA AUTORA

Joana Arteaga nació en Bilbao en 1978, aunque se ha criado en Valderas (León) y ahora reside en Lezo (Gipúzkoa). Aficionada a escribir desde muy temprana edad, se hizo periodista de vocación, como no podía ser de otro modo. Después de probar televisión, prensa, comunicación de agencia y comunicación corporativa, se ha decidido a publicar su primera novela, 'Clávame las uñas en el corazón', una historia que primero ha visto la luz en versión digital. También ha publicado para Kindle un conjunto de relatos titulado 'Siete versos sueltos' y la serie de novelas 'Chicas de Bleecker Street', compuesta por los títulos 'El mundo, contigo', 'Juntos somos invencibles' y 'La princesa de Central Park'. Con el lanzamiento de sus últimas novelas, 'Besos bajo la lluvia' y ‘La chica que soñaba con respirar bajo el agua’, Joana Arteaga se posiciona como una de las voces a tener en cuenta del panorama romántico en castellano.



OTRAS OBRAS DE JOANA ARTEAGA



[1] Las *Azalea Trail Maids,* aquí traducidas como *Damas Azalea* aunque no existe un nombre en castellano para ellas o traducción oficial a nuestro idioma, son un grupo de cincuenta estudiantes de secundaria elegidas cada año para servir como 'embajadoras oficiales' de la ciudad de Mobile, en Alabama. Las Damas lucen vestidos extravagantes de colores, de estilo *antebellum,* que simulan ser flores y participan en numerosos actos locales, estatales y nacionales, siendo toda una referencia del estado de Alabama y un privilegio ser seleccionada entre las cincuenta chicas elegidas.

[2]La tormenta tropical Don fue el cuarto ciclón tropical de la temporada del océano Atlántico de 2011 y el primer sistema que recibió dicho nombre. Se desarrolló a partir de una onda tropical, monitoreada por el Centro Nacional de Huracanes durante una semana mientras se desplazaba desde el océano Atlántico hacia el mar Caribe. El 27 de julio,

se le declaró tormenta tropical al moverse a través del canal de Yucatán hacia el golfo de México. Tocó tierra en Texas, alcanzando vientos de más de 190 km/h. (Fuente: Wikipedia).

[3] Freddie Mercury. 1976 (A Day at the Races) Queen © Sony/ATV Music Publishing LLC. «*Y comienzo a rezar. Hasta que me salen lágrimas de los ojos. Señor, alguien, ooh alguien. ¿Puede alguien encontrarme alguien a quien amar?*».

[4] Se refiere a *Indochina*, de Christian de Montella © 1992. Ed. Fayard.

[5] Steven Morrissey, Johnny Marr. 1985 • Copyright © Warner/Chappell Music, Inc, Universal Music Publishing Group. «*Anoche soñé que alguien me amaba. Sin esperanza, sin daño. Otra falsa alarma. Anoche sentí brazos de verdad alrededor de mí. Sin esperanza, sin daño. Otra falsa alarma*».

[6] Neil Diamond. 1969 • Copyright © Sony/ATV Music Publishing LLC, Universal Music Publishing Group. «Dulce Carolina, los buenos tiempos nunca parecieron ser tan buenos. Me inclinaba a pensar que nunca lo serían, pero ahora... Miro a la noche y no parece tan solitaria, la llenamos con solo dos personas. Y cuando sufro, el dolor se desliza por mi espalda, ¿cómo podría sufrir cuando te estoy abrazando? Cálida... una cálida caricia, extendiendo el brazo, acariciándome, acariciándote. Dulce Carolina, los buenos tiempos nunca parecieron ser tan buenos. Me inclinaba a pensar que nunca lo serían, oh no».

[7] Jerry Leiber y Mike Stoller. 1956 • Copyright © Universal Music Publishing Group. «*Trátame como un tonto, trátame con maldad y crueldad, pero ámame*».

[8] «*Arranca mi fiel corazón, rómpelo en pedazos, pero ámame*».

[9] «*Si algún día te vas, me quedaré, oh, tan solo, estaré tan triste y nostálgico, llorándote, nena*».

[10] «*Suplicaría y robaría, solo por sentir tu corazón latiendo tan cerca del mío*».

[11] «*Nena, estaría tan solo, que te suplico de rodillas, lo único que te pido es que me ames*».

[12] Fred Rose. 1947 • Copyright © Sony/ATV Music Publishing LLC. «E*n el resplandor crepuscular he visto sus ojos azules llorando en la lluvia. Cuando nos despedimos con un beso y nos separamos, sabía que nunca volveríamos a encontrarnos. El amor es como una brasa moribunda y sólo quedan los recuerdos. A través del tiempo recordaré ojos azules llorando bajo la lluvia*».